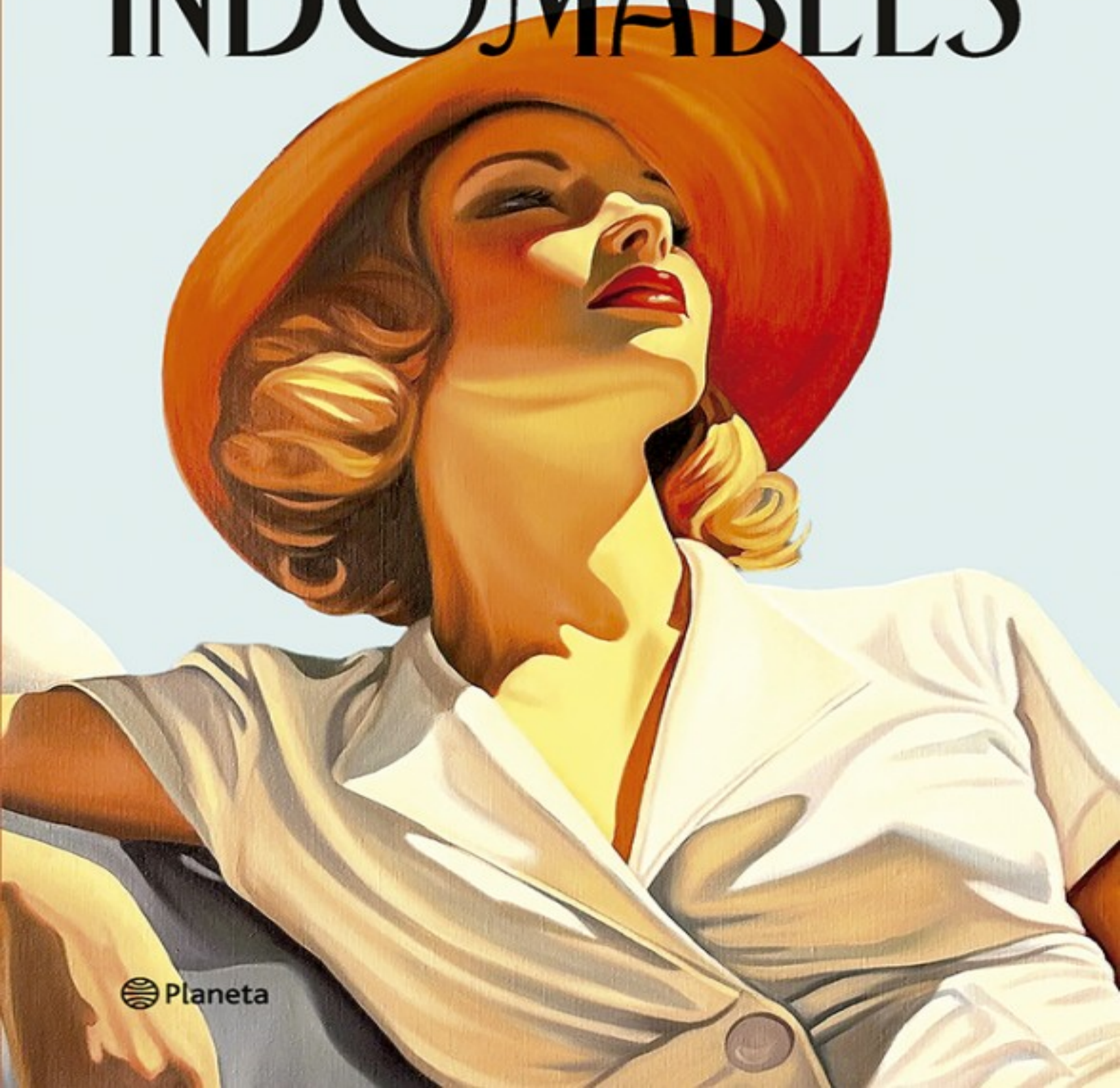
KATHRYN STOCKETT

# EL CLUB DE LAS INDOMABLES



Planeta

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Birdie**

**PRIMERA PARTE**

- Meg
- Birdie
- Meg
- Birdie
- Meg
- Birdie

**SEGUNDA PARTE**

- Meg
- Birdie
- Meg
- Birdie
- Meg
- Birdie
- Meg

Birdie
Meg

**Nota de la autora**

**Notas**

**Créditos**

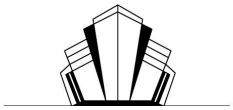
# El club de las indomables

Kathryn Stockett

Traducción de Claudia Conde

Planeta

*A mi preciosa y brillante madre, Ruth Elliott Stockett*



# Birdie

SEPTIEMBRE DE 1933

## Prólogo

La droguería del centro tenía una campanilla en la puerta que hacía un solo *plin* al entrar. La farmacia Oxford contaba con dos campanillas, por lo que el sonido era más bien un *plin-plan*, aunque tampoco nada que fuera a sobresaltar a nadie. Pero la puerta de la droguería Gathright-Reed tenía en el picaporte una ristra de cascabeles de latón de dos palmos de largo, que se entrechocaban al menor movimiento y anunciaban: «¡Está entrando alguien, así que volveos y mirad a ver quién es!». Si les hubierais hecho caso, me habríais visto a mí.

En la caja, a mi derecha, había una mujer rolliza comprando algo. Pripp. De las muchas amigas de mi hermana, Pripp era la más entrometida. Su melena corta y rubia se expandía hacia los lados, más que hacia abajo, en esta húmeda mañana de septiembre.

—¡Birdie! —exclamó—. ¡Cuánto tiempo sin verte! —Estaba pagando unas medias de rayón, seguramente de talla extragrande.

—Hola, Pripp —dije, y seguí mi camino.

Me escabullí detrás de la estantería más alta del fondo de la tienda, cogí lo que encontré más a mano, que resultó ser un bote de cera Brylcreem, y lo sostuve muy cerca de mi cara, con la esperanza de disuadir cualquier intento de conversación. «¿Por qué diablos tengo que hacer esto, y encima en un comercio de la plaza, cuando todas las demás chicas pueden ir a la otra punta de la ciudad a comprar sábanas o discos de jazz?». En el fondo, conocía perfectamente la respuesta: porque nadie habría sospechado jamás que yo fuera capaz de algo así. Yo era Birdie Calhoun, de veinticuatro años, dócil y beata, amable con los animales y la gente. Jamás habría hecho nada ni remotamente parecido a lo que estaba haciendo.

—Lo único que digo —se quejaba Pripp delante de la caja, aunque yo la oía desde el fondo de la tienda— es que me parece injusto que cobréis treinta y cinco centavos por mi talla, cuando la mediana cuesta treinta.

Oí el tintineo de las monedas cuando se las dio a la señora que atendía la caja.

—Bueno, es casi el doble de género —replicó la cajera—. Visto de esta forma, hasta puede decirse que es una ganga.

Escondida detrás de la estantería, yo esperaba a que se fueran Pripp y un chico con la cara llena de granos que estaba hojeando un libro junto al expositor de la biblioteca, al frente de la tienda. Todo tipo de productos abarrotaban los anaqueles que cubrían las paredes, en cajas y botes de colores, con promesas de lo que podían hacer por ti: «Para esa imagen de estrella de cine», «Para ese molesto picor», «Para el caballero exigente». ¿Por qué no decían «Para la mujer soltera que preferiría no estar haciendo esto»? ¿Dónde estaba esa etiqueta? Los cascabeles sonaron y me incliné

para mirar hacia la puerta. El chico del expositor de la biblioteca estaba saliendo. Uno menos, pero todavía quedaba Pripp.

Delante de la caja, la amiga de mi hermana se colgó del hombro la bandolera amarilla y yo contuve la respiración. En lugar de marcharse, se puso a echar un vistazo a su alrededor. Era evidente que me estaba buscando. Devolví a su sitio el bote de Brylcreem mientras se acercaba adonde me encontraba, ya que no había ninguna razón lógica para tenerlo en la mano.

—¡Ah, estás ahí, Birdie! —dijo.

Tenía una sonrisa condescendiente, con los labios apretados. Podía estar segura de que le contaría a todo el mundo cualquier cosa que le dijera.

—No os vi en la iglesia el domingo —me soltó—. Vuestros asientos al frente quedaron vacíos. Y Frances no ha cumplido todas sus horas de voluntariado. A Garnett Pittman no le ha hecho nada de gracia. Dile a Frances que la próxima vez debería avisarnos de...

—Está de viaje. Se ha ido de viaje con la señora Tartt —la interrumpí. Como Pripp no hacía ninguna pausa cuando hablaba, había que aprovechar cualquier oportunidad para meter una cuña—. Se han ido a Jackson a visitar a unos parientes —añadí.

Pripp frunció el ceño, casi como si la hubiera ofendido.

—Frances no me ha dicho nada de ningún viaje, y la presidenta Garnett necesita saber quiénes vendrán a las Huérfanas, para organizar los horarios. Piensa que, después de que hayan adoptado a tantas niñas pequeñas, solo nos quedan niñas mayores, y para colmo...

—Tengo cosas que hacer, Pripp. —Sentía como si el corazón se me fuera a salir del pecho—. Me esperan en un sitio.

—Bueno, no olvides transmitirle a Frances lo que te he dicho —repuso, y se quedó esperando hasta que se dio cuenta de que no iba

sacarme nada más, aparte de un asentimiento con la cabeza.

Finalmente, se volvió y se marchó, haciendo sonar por tercera vez los cascabeles de la puerta.

Solo quedaba yo en la tienda, además de la señora de la caja detrás del mostrador y, al fondo, el farmacéutico, con su imponente bata blanca, en su impresionante pedestal, moliendo alguna sustancia en un cuenco. «Señor, haz que no tenga que pedírselo a un hombre», recé. Me dirigí hacia la señora mayor detrás del mostrador con cubierta de vidrio.

Debía de tener unos sesenta años, vestía un delantal blanco con volantes y llevaba las gafas levantadas sobre una mata de pelo gris. Se lo dije rápidamente y en voz baja.

—Quería unos Merry Widows, por favor.

—Oh —dejó escapar ella, estupefacta. Después se inclinó sobre el mostrador y lanzó una mirada en dirección al farmacéutico, al fondo del local—. Bueno, en realidad... El señor Castel suele ocuparse de este tipo de cosas, pero como ya no se requiere receta... —Buscó a tientas debajo de la caja y colocó encima del mostrador una cajita redonda de metal plateado, que cubrió con la mano—. Serán cincuenta centavos.

En el espejo, a su espalda, yo veía mi pelo castaño, largo hasta el mentón, húmedo y apelmazado por el calor.

—Necesitaría algunos más.

La mujer asintió, volvió a buscar y depositó otra cajita plateada sobre el mostrador, cuidándose de ocultar ambos envases con una mano cubierta de manchas y surcada por venas prominentes.

—Aquí los tienes. Un dólar, por favor.

Quería ahorrarme el mal trago de visitar más farmacias y tener que repetir lo mismo a otras señoras o, peor aún, a un hombre. Ya

había estado en otras dos, las que no frecuentaban mi hermana ni la señora Tartt, pero no tenían la marca que buscaba.

—Ya sabes que en cada envase vienen tres, ¿no? —me susurró la cajera.

Asentí. Una gota de sudor caliente me bajó por la espalda.

—Sí, lo sé. Pero aun así voy a necesitar más. —Todavía no me había atrevido a decir lo peor.

Se le arrugó la frente ya de por sí arrugada y se apartó un mechón de pelo gris y sudoroso.

—¿Cuántos quieres, exactamente? —preguntó, echando una mirada al sencillo vestido azul que me había hecho mi abuela, con los botones más simples, como corresponde a una joven soltera y decente.

Cuando le dije la cantidad en un murmullo, las gafas que llevaba sobre la cabeza se le levantaron, como dos pequeñas orejas.

—Es un número... muy poco habitual —comentó.

«Lo sé, señora, lo sé». Me enjugué la frente con la manga del vestido y noté que la mujer se fijaba en la ausencia de anillo de casada. «Maldita sea, debería haberme puesto guantes».

—No sé si estoy autorizada... —Volvió otra vez la mirada en dirección al farmacéutico, pero el hombre ya no estaba. Era posible que en ese mismo instante estuviera viniendo hacia nosotras entre los anaqueles. Entonces la cajera susurró—: Puede que sea ilegal vender noventa y nueve preservativos a una mujer soltera. Tendré que consultarlo con...

—No, no hace falta que lo consulte, porque no son para mí. Son para alguien a quien le está permitido... hacer uso de ellos.

Que no eran para mí era la pura verdad. Yo ni siquiera había tenido nunca un novio formal, y ya me estaba bien que fuera así.

Pero la segunda parte, lo de que le estaba «permitido», era completamente falsa.

—Está desesperada. Los necesita —susurré.

La señora se dio unos golpecitos en los labios con los dedos manchados de tinta mientras sopesaba mentalmente el número noventa y nueve y calculaba si debía venderme treinta y tres cajitas, ya que cada una contenía tres preservativos, o necesitaba que yo la ayudara con la aritmética. Al final no hizo falta.

—Desde luego, entiendo que a veces las circunstancias son difíciles para una mujer —comentó meneando la cabeza, como si recordara una época en que ella también habría podido hacer buen uso de unos cuantos profilácticos—. Pero, si te los vendo, estoy obligada a hacerte una pregunta. ¿Sabe esa persona que solo están indicados para la prevención de enfermedades?

—Sí, lo sabe.

—No deben usarse para... —Se me quedó mirando—. Su uso con cualquier otro fin es ilegal.

—Lo sé.

—Bueno, entonces... Supongo que debo preguntártelo. ¿Tiene alguna enfermedad el hombre en cuestión?

La miré directamente a los ojos y respondí:

—Es muy probable, señora.

Asintió, pasándose la lengua por los dientes.

Haber dicho tamaña verdad me hizo sentir el aguijón de la urgencia. Teníamos que acabar cuanto antes, no fuera a ser que entrara otro cliente en la tienda. Supongo que ella pensaría lo mismo, porque abrió precipitadamente la bolsa blanca de papel, que enseguida me pareció demasiado pequeña. Deslizó en el interior los dos envases plateados que ya estaban sobre el mostrador y, después, detrás de la caja, añadió otros treinta y uno. Cuando trató

de doblar la boca de la bolsa para cerrarla, los bordes no se juntaron, de modo que se la quité de las manos y la metí sin más en el morral lleno de provisiones. Coloqué encima una caja de galletas Uneeda Biscuit y dejé sobre el mostrador tres billetes de cinco, uno de un dólar y dos monedas de veinticinco centavos.

La mujer miró el dinero.

—Una última cosa —dijo mientras me tendía una libreta azul, abierta por una página—. Tienes que escribir aquí para quién son y firmar. Son las normas del señor Castel.

Cogí el lápiz y lo mantuve un segundo en el aire. ¿Debía inventarme un nombre? ¿No llamaría todavía más la atención? Pero entonces sonaron los cascabeles de la puerta y no tuve más opción que garabatear el nombre de la primera mujer casada que me vino a la mente. Cerré la libreta y me encaminé hacia la salida.

—Gracias, adiós —me despedí, mientras me cruzaba con una señora que llevaba a un niño pequeño de la mano, y empujé la ruidosa puerta otra vez.

Dios mío, mi hermana iba a matarme.



# PRIMERA PARTE

Bienvenidos al
HOGAR DE NIÑAS HUÉRFANAS
DEL CONDADO DE LAFAYETTE

FUNDADO EN 1927

No se aceptan:
Negras, indias, judías, mexicanas, asiáticas, gemelas
o cualquiera que haya padecido o padezca lepra, tisis,
ausencia de algún miembro o paladar hendido.
Tampoco varones ni niñas mayores de doce años, enfermas
o de naturaleza retrasada.
No se acogen mujeres en estado.
Esto no es una maternidad.

*Que el Señor os bendiga*.



# Meg

JULIO DE 1933

## 1

Cuando me trajeron a las Huérfanas, solía montar mentalmente una escena en la que mi madre entraba y exclamaba: «¡Margot, he vuelto! ¡He venido para llevarte a casa!». La imaginaba con el vestido amarillo de ribetes rojos en el cuello que llevaba puesto cuando se marchó, o con un elegante vestido azul cortado al bies y el broche caro de rubíes en el pelo. En cuanto la tenía vestida como a mí me gustaba, perfectamente conjuntada, se inclinaba sobre mí y me decía: «¡Me arrepiento tanto de haberte abandonado, Meg!».

En esa parte de la historia, sé que la mayoría de las niñas habrían corrido a los brazos de su madre para decirle que la perdonaban, estrecharla con fuerza y pedirle que las llevara de vuelta a casa. Pero mi fantasía era distinta. Cuando mi madre me decía todo aquello, me gustaba hacerla sufrir un poco al principio.

«Bueno, bueno —solía decirle yo—, veo que no te has privado de comer». Y a veces añadía: «Supongo que no te falta de nada, ahora que no tienes una niña pequeña a la que alimentar». Después le decía que había pasado muchísimo frío cuando me había dejado sola, que había quemado todo lo que ardía hasta quedarme sin

nada, que como madre era una gigantesca pila de mierda y que ojalá pudiera encontrarme otra mamá muy pronto. Más o menos en ese momento era cuando empezaban sus disculpas y sus ruegos. Al principio me ofrecía cosas como una bolsa grande de caramelos o unos zapatos nuevos de charol, o también una enciclopedia a la que no le faltara ninguna letra. Sí, realmente me empleaba a fondo cuando imaginaba los regalos que me prometía mi madre, pero, a partir de cierto punto, yo cedía y respondía: «Muy bien. Acepto tu oferta». Después le hacía una peineta a la gran farsante de la señorita Garnett y salía con mi madre por la puerta.

Antes de esa semana nunca me había dejado sola en casa. Lo máximo que me permitía hacer por mi cuenta era el trayecto de kilómetro y medio hasta la escuela. O hasta la casa de Ophelia, nuestra vecina negra, que me acogía cuando ella estaba trabajando. Pero siempre venía a buscarme luego y me llevaba a casa en brazos, cantando *I Can't Give You Anything but Love, Baby*. Hasta que un día ya no vino a recogerme.

Pero, claro, eso fue cuando tenía solo nueve años. Ahora tengo once y ya no me molesto en imaginar tonterías de niña pequeña. Mi mejor amiga, Ava, me dijo que a nuestra edad no podemos perder el tiempo con fantasías de cosas que no van a pasar.

Mi nombre en los documentos es Margot, pero en general respondo por Meg. Como ya he dicho, llegué hace dos cumpleaños al orfanato, conocido por la mayoría como las Huérfanas, o también las Antiguas Huérfanas, aunque todavía no he podido averiguar dónde están las Nuevas Huérfanas, y creedme que lo he preguntado. Esto de aquí no es más que una casa vieja de madera, atendida por las damas voluntarias de Oxford, que es una pequeña ciudad situada en la parte de arriba del mapa del estado de Mississippi. En este momento

somos dieciséis niñas en la casa. He oído decir que corren tiempos difíciles. En cualquier caso, seremos menos después del próximo Día de Visita, que es cuando viene gente a vernos para decidir si nos quiere adoptar.

Las señoritas procuran mantener bonita la fachada de la casa, con arbustos de azaleas, un baño de pájaros que veo cuando se abre la puerta que da a la pequeña salita que llaman «el vestíbulo», tiestos con plantas y otras cosas por el estilo. La puerta principal está recién pintada de blanco, aunque no he vuelto a ver el otro lado desde el día de mi llegada, porque nos tienen aquí encerradas como si fuéramos delincuentes. En el vestíbulo, hay dos ventanas limpias y un cuadro enmarcado con aquel cartel tan curioso. Cuando la señorita Garnett no me ve, me cuelo en esa salita y reflexiono sobre lo que dice el cartel hasta que empieza a dolerme la cabeza.

Me pregunto, por ejemplo, quién habrá inventado esas normas, y si la «naturaleza retrasada» será diferente de la estupidez común y corriente. Pero lo que más me intriga es lo de la lepra. ¿Habrán venido alguna vez huérfanas leprosas y por eso tuvieron que incluirlas en el cartel? ¿Y cuál de las damas voluntarias les habría abierto la puerta, teniendo en cuenta que todas salen corriendo cuando nos oyen estornudar aunque solo sea una vez, por miedo a contagiar a sus propios hijos? Casi puedo oír a una de ellas diciendo: «Poned lo que queráis en el cartel, pero yo no pienso trabajar con leprosas». Y a otra apoyándose una mano en la cadera y apuntando: «Ni yo con asiáticas». ¿Y qué harían esas señoritas si una judía retrasada y leprosa se presentara en la puerta? Eso sí que sería divertido.

A la derecha del cartel está lo que se llama «la sala de las voluntarias». A las niñas no nos dejan pasar, pero la veo cuando se abre la puerta. Las señoritas se ocupan de tener bonita esa

habitación, para su propio disfrute. Mullidos asientos tapizados, una cafetera de plata y cortinas con motivos florales. Además, en esa sala siempre tienen comida buena. Lo sé porque la huelo.

La parte delantera de la casa es lo mejor de las Huérfanas.

Después del vestíbulo, hay un pasillo largo sin nada destacable. Hasta ahí, nadie sospecharía nada. A la derecha del pasillo está la sala de las parvulitas, con algunos juguetes que parecen bastante interesantes: una muñeca con su cuna en miniatura, un caballito con balancín y todo un estante de libros que me gustaría mirar. Pero alguien decidió hace unos años separar a las pequeñas de las mayores, por lo que ahora las niñas de esa habitación comen y duermen allí en un cuartito muy mono. Un poco más adelante se encuentra la sala de las cunas, que siempre está blanca e impoluta. Los bebés son la clase más valorada de huérfana, por lo que no suelen pasar mucho tiempo en la casa. En esa sala tampoco podemos entrar las niñas mayores.

Cuando una niña tiene ya unos siete años, cambian muchas cosas. Para empezar, le toca ponerse un vestido de manga larga con enaguas que cubren desde el cuello hasta los pies. La mandan a dormir arriba, a la sala de las mayores, con el techo plagado de siniestras manchas de humedad de las goteras del tejado. Los catres de alambre chirrían y los colchones de algodón, manchados de meadas viejas, están llenos de bultos. ¡Y, por Dios, no me hagáis hablar de lo que nos dan de comer! En el comedor de las niñas mayores, el desayuno es una masa gris con grumos, y la comida y la cena, un plato de guisantes recocidos, una mazorca de maíz, un trozo de patata que no ha conocido la sal ni la mantequilla y un cuadrado de pan de maíz. Si me dieran a elegir entre un cofre de diamantes y un plato de jamón, probablemente me quedaría con lo segundo. Es un milagro que nadie se haya muerto de hambre en

esta casa. Lo que nos suele matar es la gripe o el sarampión, y por lo general solo afectan a las más pequeñas. Supongo que Dios, lo mismo que las damas voluntarias, prefiere a los bebés.

Pero la peor de todas las salas es el despacho. Es donde me ha puesto la señorita Garnett, para mantenerme separada de las demás.

—¿Por qué ya no vas a clase con las niñas normales, eh? —me pregunta la idiota de Dorella desde el pasillo, rodeada de otras niñas —. ¿Y con quién hablas ahí dentro? ¿Con Santa Claus? ¿Con el conejito de Pascua? ¿Eh, Megadera?

Entonces me enseña su asquerosa lengua blanca, cubierta de hongos. A Dorella la adoptaron una vez, pero la devolvieron por perezosa. Y seguramente también por sucia. Tiene un collar permanente de mugre alrededor del cuello.

Aquí dentro soy un blanco fácil para las burlas de esas niñas.

Cuando la señorita Garnett me condenó a estar metida en este cuartucho, sentada en una silla dura, delante de un viejo escritorio de madera, la habitación no olía tan mal ni tenía tan mala pinta. Y menos cuando trabajaba aquí la señora mayor que llevaba los libros, antes de renunciar. Pero, en los últimos meses, el olor a humedad y las manchas en las paredes han empeorado aún más. En cuanto a la iluminación, no hay más que una bombilla incandescente cubierta de grasa que cuelga del techo y que te quemaría los dedos si intentaras averiguar cómo funciona la electricidad. La única ventana está tapiada con cinco tablas horizontales astilladas, y cada vez que la veo me enfado. Alguien lo hizo a propósito solo para arruinarme las vistas.

—Ten cuidado luego en la bomba del patio, Megadera —profiere Dorella desde el pasillo, y las otras niñas estallan en carcajadas.

Odio ese apodo. Me lo puso la propia Dorella. Fue porque una vez intenté explicarle que existe algo llamado «inodoro» y le dije que hay uno al lado de la sala de las señoritas. Las niñas solo tenemos un retrete exterior, en el patio. ¡Dios, con qué cara me miró Dorella cuando le di la noticia!

—Entonces ¿adónde se va toda la porquería? —quiso saber.

—Afuera —respondí.

A lo que ella me dijo:

—¿Y por qué no salen afuera las señoritas, como todo el mundo?

—Porque ahora pueden hacer sus necesidades dentro de la casa —repliqué.

—¡Menuda guarrería! —repuso ella—. ¿Intentas tomarme por tonta?

—No resulta muy difícil —le dije yo, segura de haber encontrado una respuesta excelente.

Pero entonces ella me espetó:

—Estás loca como una regadera, *Meg... adera*.

En ese momento fue como si sonaran campanas en las Huérfanas. Desde aquel día, todo ha sido «Megadera por aquí», «Megadera por allá» y cartelitos pegados a mi espalda que dicen PROPIEDAD DEL *HASILO* DE LOCAS FURIOSAS o MEGADERA, LOCA COMO UNA REGADERA. ¿Qué esperaban de mí? No pueden tenerme encerrada ocho horas al día en un cuarto diminuto, sola y sin nada que hacer aparte de contar monedas, escribir invitaciones para el Día de Visita y copiar aburridos pasajes de la Biblia, y aun así pretender que no me ponga a hablar con gente imaginaria. O que no cante villancicos aunque no sea Navidad, o que no ponga la silla sobre el escritorio, apile libros encima y trepe hasta lo más alto para comprobar si desde allá arriba mi feo mundo se ve diferente. A veces desearía que Dorella Pratt pillara la gripe y se muriera.

Ella y las otras se cuidaban mucho de meterse conmigo antes de que Ava se marchara, porque podía enfrentarse a cualquiera de ellas y arruinarle la semana. Ava era valiente. Uno de los primeros días, Dorella me agarró y me sostuvo la cabeza bajo la bomba de agua como si fuera a ahogarme, y, cuando Ava le dijo que me soltara, ella replicó:

—¿Quién me va a obligar?

Entonces Ava le arrancó las bragas y las tiró al pozo de la letrina. Dorella tuvo que meter la mano en ese agujero apestoso, para salvarse de los correazos que le habrían dado por haber perdido las bragas. En ese momento, comprendí que Ava era la mejor amiga que podía tener. Pero hace dos meses cumplió doce años y la enviaron a Biloxi, a trabajar en la fábrica de conservas.

## 2

Lo primero que hace la señorita Garnett todas las mañanas es venir al despacho, donde tengo que presentarme justo después del desayuno, y ponerse a husmear por todas partes, como si yo escondiera a un delincuente en la habitación. Luego inclina sobre mí su cuerpo huesudo, para ver qué estoy haciendo.

—¿Has terminado ya de copiar tu pasaje de la Biblia, Meg?

—Sí —y, para irritarla, espero un segundo antes de añadir—, señorita.

Aliso la página donde he copiado los aburridos versículos de Proverbios 13, que tratan sobre un hijo sabio, su padre y lo que llaman un «burlador». ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo, una niña de once años con un nivel de lectura de octavo curso? No lo sé. Si intento decírselo a la señorita Garnett, estoy segura de que

replicará: «Al niño parado lo tienta el pecado». O me hará copiar la lista de las generaciones bíblicas: Fulano engendró a Mengano, Mengano engendró a Zutano, y así. La vez que la copié, me quedé dormida encima de la mesa y se me cayó tanta baba que se arrugó el papel.

La señorita Garnett y yo somos como el agua y el aceite.

Ella dirige esta casa y por lo general viste ropa sencilla, de colores sobrios. Es rubia y lleva el cabello corto y estirado hacia atrás. No es fea, pero tiene la cara plana, como hecha de cera. También es plana por delante y por detrás. Mi madre tenía curvas por todas partes y era bajita. Diría que la señorita Garnett es mayor que mi madre, pero no puedo asegurarlo, porque no se me da bien adivinar la edad de las personas de más de doce años. Si trabajara en el puesto de la feria donde adivinan las edades, me despedirían enseguida.

Cuando hacía poco que estaba aquí, la señorita Garnett fue elegida presidenta de la junta. No fue algo inesperado, ya que tiene mucha influencia. Como me sobra el tiempo para pensar en esas cosas, he llegado a comprender sus tácticas. Cuando habla con una de las voluntarias, la mira directamente a los ojos para captar su atención. Si quiere recalcar algún punto en concreto, mueve las manos como si cortara el aire a rebanadas, para mayor énfasis. Corta el aire como si tuviera delante un costillar de ternera. Si sobreviene una tragedia o una enfermedad en la familia de alguna voluntaria, o es la fecha de algún cumpleaños o el aniversario de la muerte de la madre de alguien, lo recuerda siempre. La señorita Garnett nunca olvida nada y, si no ha podido darte un pellizco como castigo por hurgarte la nariz a las nueve en punto, se acordará de hacerlo a mediodía.

Pero lo que más enardece a la señorita Garnett es hablar de una mujer a la que llama «la débil mental». De pie en el pasillo, despotrica interminablemente contra ella. Y para asegurarse de que las demás le están prestando atención, se interrumpe con brusquedad en medio de una frase. Después continúa, sin dejar de cortar el aire con las manos. Si tuviera una soga, probablemente la usaría para enlazar por el cuello a sus oyentes y cerciorarse así de que se enteran de todas las maldades de la débil mental. Y sin duda consigue que la escuchen. Incluso llega a preocuparlas.

Me he preguntado en varias ocasiones cómo será esa mujer. Por lo que he oído, me la imagino mala, fea y encorvada bajo una chepa, con diez hijos idiotas de diez padres diferentes, unos blancos, otros negros y otros de colores variados. Los veo a todos viviendo en el interior de una bota gigante, aunque puede que haya sacado esa imagen de un libro ilustrado que vi una vez. La señorita Garnett afirma que esa mujer está arrastrando a nuestro maravilloso estado al peor de los abismos de la ignominia. Pues ese abismo debe de ser terrible, porque mi madre solía decir que en el estado de Mississippi no hay nada, aparte de algodón, hipócritas y mierda de caballo, y que lo mejor que podía hacer una persona nacida aquí era largarse lo más lejos posible.

A la señorita Garnett le gustan más las normas que las personas. Mi amiga Ava, que estaba aquí antes que yo, me contó que cuando la Gran Farsante llegó a presidenta, se inventó un montón de reglas nuevas. Por ejemplo, que las niñas mayores ya no podíamos frecuentar a los bebés ni a las parvulitas. Ahora no podemos siquiera recibir correspondencia; eso también se aseguró de prohibirlo. Según Ava, lo hizo porque algunas veces nos hacían llorar y las damas voluntarias ya tienen bastante con la dureza de su jornada. Tampoco nos está permitido preguntar dónde demonios están

nuestros padres. Esta última norma fue la más difícil para mí al principio.

Cuando llegué, se lo preguntaba cada día a las señoritas: «¿Dónde está mi mamá?», «¿Saben algo de ella?», «¿Por qué no me lo quieren decir?». A veces no podía más y les montaba una escena. Me devanaba los sesos pensando qué podía haberle pasado. Tenía una lista: quizá tuvo un accidente y se está desangrando al borde de la carretera; quizá la han secuestrado para pedir un rescate; quizá llegó a la conclusión de que corrían tiempos demasiado difíciles para tener una niña pequeña a su cargo y decidió que era mejor confiársela a las damas voluntarias. Esta última posibilidad me producía pánico.

Cada vez que preguntaba, las señoritas se limitaban a responder: «Da gracias al Señor por estar aquí, jovencita, has tenido suerte». Y enseguida se iban a acunar a un bebé.

Dicen que a las niñas mayores nadie nos puede ayudar. Que estamos más allá de toda salvación. «Son basura blanca», afirman cuando hablan entre ellas. «Algún día crecerán y abandonarán a sus bebés ellas también». ¿Acaso se piensan que no las oigo?

A la señorita Garnett le gusta cortar el aire con las manos diciendo: «El mal empieza con la madre y se contagia a la hija, a menos que alguien haga algo para impedirlo».

La señorita Garnett no me ha quitado ojo desde el primer día. Cada vez que llegaba un poco tarde a la misa del domingo o a comer la masa harinosa que llaman «desayuno», me daba un pellizco por la parte de dentro del brazo, donde la piel es más delicada. Y lo hacía con tanta fuerza que me dolían hasta los ojos. O si me descubría riendo con Ava o pasándolo bien de cualquier otra manera, también me pellizcaba. A las otras niñas no las trataba como a mí. La mayor

parte del tiempo ni siquiera se atrevía a tocarlas, como si olieran mal. A decir verdad, algunas de ellas sí que olían. Ava me lo decía: «La muy perra la ha tomado contigo. Es un hecho».

Una tarde, la señorita Garnett vino a buscarme al aula de la planta de arriba. Me encanta el aula, porque es el lugar donde se aprenden cosas. La mayoría de las niñas se escandalizan al enterarse de que aquí nos obligan a ir a clase todo el año, a excepción de unas pocas semanas en verano para que la señorita Spencer se tome vacaciones. Pero yo no, yo iría a clase todos los días si pudiera. Incluso me gustaba quedarme después de las lecciones para limpiar la pizarra y colocar las sillas. La señorita Spencer a veces me dejaba mirar por encima de su hombro mientras corregía los deberes de ortografía, siempre que no le echara el aliento en el cuello. El aula es la única sala decente para las niñas mayores. Tiene seis mesas largas delante de la pizarra, con sillas bajas que a la mayoría de las niñas les quedan chicas, pero para mí están bien, porque soy pequeña para mi edad. Las paredes están cubiertas de folios de distintos colores, con dibujos y palabras como «Abeja», «Bota», «Casa» o «Dedo», para que las estúpidas niñas analfabetas aprendan a leer. A mí me enseñó mi madre a los cuatro años y, sin contar aquel suspenso en Religión, siempre he sacado sobresalientes. Mi asignatura favorita es la lectura. Si leo algo que vale la pena, intento aprendérmelo de memoria, como hice con aquel poema que nos leyó la señorita Spencer, que me pareció precioso. Me lo guardé tanto como pude en la memoria, para más tarde.

«La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y entona una canción sin palabras...».

No estoy segura de lo que viene después, pero un poco más adelante dice: «Y es dulce sobre todo en la borrasca. Muy

inclemente ha de ser la tormenta para abatir a ese pajarillo, que a tantas almas ha consolado».

Por alguna razón, ese poema me recuerda al cabello negro de mi madre, ondeando por fuera de la ventana de nuestro viejo automóvil. Su mano saludando y su cabello al viento.

Aquel día, la señorita Garnett me agarró por el brazo y me llevó al despacho. «Dios mío, ¿qué pasará ahora?», pensé. Nunca había visto a ninguna niña entrar en esa habitación, solo a la señora que llevaba la contabilidad, que según decían se había largado de un día para otro, para trabajar en el Club Floral o en algún otro sitio. Fue un escándalo para las damas voluntarias. La señorita Garnett me sentó frente al escritorio de persona mayor, me colocó delante una bolsa de monedas de la hucha de donativos y me pidió que las contara.

Aunque me trataba muy mal, supuse que me había elegido a mí para la tarea porque tengo la cabeza bien puesta y, después de todo, eso es lo que importa en la vida. Pero lo había hecho porque le intereso especialmente. En el futuro, preferiría que nadie más se tome un interés especial por mí.

Cuando terminé de contar, pensé que podría ir a hacer las faenas de la casa con Ava, como siempre. Cuando estábamos juntas, Ava y yo lo pasábamos de miedo, incluso barriendo el suelo o lavando pañales cagados. Pero la señorita Garnett me dijo:

—Vuelve a contarlas, para estar segura.

Me pareció ofensivo que me lo pidiera. No soy como esas niñas tontas y analfabetas que no saben aquello de «me llevo una» ni son capaces de leer sin seguir la frase con el dedo. Cuando terminé y me volvió a dar el mismo resultado que antes, me ordenó que me quedara en el despacho hasta la hora de la cena, copiando pasajes del Antiguo Testamento.

Un par de días después, se repitió la misma maldita escena, y una vez más al cabo de unos días. Sube al despacho, jovencita, suma esto de aquí con esto de allá y escribe estas bobadas. Si me sorprendía durmiendo encima del escritorio, me pellizcaba y decía: «Siéntate con la espalda recta». Me espiaba desde el pasillo. Ya en aquel entonces la habitación me parecía sofocante y no estaba ni remotamente tan mal como ahora. La ventana aún no estaba tapiada y las paredes se conservaban bastante limpias. De vez en cuando, la señorita Garnett se me ponía detrás, miraba por encima de mi hombro y me peinaba con sus dedos huesudos, jugueteando con mi pelo y separándolo en varias partes. Tengo el cabello muy largo y en verano se me vuelve casi blanco de tan rubio. La señorita Garnett murmuraba cosas que yo no llegaba a oír y, si le preguntaba qué había dicho, me mandaba callar.

Me avergüenza reconocer lo mucho que me gustaba que jugara con mi pelo. Mi madre solía hacerlo en las noches de invierno, junto al fuego. Otras veces me hacía inclinarme sobre el fregadero, me lavaba el cabello y después me peinaba. Me derrito cuando alguien me hace cosas en el pelo.

Una vez le pregunté a la señorita Garnett cuántos hijos tenía. Si pasas suficiente tiempo con una persona, te acaba picando la curiosidad. Me dijo que había tenido uno, pero que se le había muerto dentro. La sola idea me produjo escalofríos. Aquí no nos explican mucho las cosas de las mujeres, pero mi madre me había contado un poco. Pensaba mucho en el bebé muerto, sobre todo por la noche, cuando me quedaba mirando las siniestras manchas de humedad del techo.

En ocasiones, la señorita Garnett me observaba desde el pasillo entre una reunión y la siguiente. Si yo no tenía nada mejor que hacer, le devolvía la mirada. De tanto en tanto disputábamos un

duelo de miradas, que ella solía ganar. Se me cierran los ojos de sueño cuando no estoy en movimiento o aprendiendo algo interesante.

El moho marrón de las paredes estaba empezando a extenderse. Debí saber que se propagaría mucho más.

Los martes tenemos lo que se llama la «hora de las historias bíblicas». Es cuando viene al aula la Culo Gordo, para leernos una parábola de Jesús. Su verdadero nombre es señorita Pripp. Está muy gorda, es mandona y nos pone exámenes. Una vez hizo pasar al frente a una niña tonta analfabeta y le dio unos azotes por haberse equivocado en las respuestas. Yo no quería verlo, pero es difícil no mirar cuando alguien está recibiendo unos azotes. Después de Navidad, la señorita Pripp vino a presumir de todos los regalos que Santa Claus les había traído a sus hijos por ser tan buenos.

Hace un mes o así, durante la hora de las historias, nos pidió que dibujáramos una escena de la vida de Jesús, cualquier historia que nos gustara, y dijo que el premio al mejor dibujo sería un lápiz rojo. Yo ya le había echado el ojo a ese lápiz y pensaba que podría usarlo para corregir las tareas, como si fuera una maestra de verdad. Así que dibujé una última cena como las que había visto en las ilustraciones de *La Biblia contada a los niños*, con sus platos de uvas y sus jarras de vino, y expresiones interesantes en las caras de los apóstoles. Y para que mi obra destacara aún más, le puse un título llamativo: «Jesús manda a Judas a tomar por saco». Había oído que mi madre mandaba a tomar por saco a algunas personas y me parecía una respuesta eficaz. No imaginaba que fuera algo sucio.

Pero, cuando la señorita Pripp vio mi dibujo, apretó la boca y frunció los labios.

—Esto, jovencita, es una blasfemia contra el Señor —soltó, antes de ponerme un cero enorme y rojo.

Le faltó tiempo para ir a enseñárselo a nuestra profesora, la señorita Spencer. Estuvieron un momento cuchicheando, inclinadas las dos sobre mi ilustración, y después bajaron directamente a hablar con la señorita Garnett. Más adelante me enteré de que el lápiz rojo lo ganó Dorella, por una representación muy mediocre del Niño en el pesebre.

Supuse que me esperaría un viaje al cuarto de la correa y ahí se quedaría todo. Pero no fue así. La señorita Garnett me hizo ir al despacho y convocó una reunión de la junta en la sala de las voluntarias. Me escabullí para escuchar desde el otro lado de la puerta y la oí decir que estaba contaminando a las otras niñas con mi conducta soez. También me pareció oír que agitaba mi dibujo e imaginé que estaría cortando el aire con la otra mano. Nadie le discutió. Ni una sola persona.

Cuando la señorita Garnett salió de la sala, parecía satisfecha con su plana humanidad y sonreía como si hubiera ganado algo en la feria. Me miró y dijo:

—A partir de ahora, pasarás todo el día en el despacho, Meg.

—¿Y las clases?

—Ya no te está permitido subir al aula.

Por la noche del día en que Ava cumplió doce años, fingimos estar dormidas hasta que oímos a la vieja señorita Mildred echar el pestillo de nuestra puerta. La señorita Mildred es la señora mayor que duerme todas las noches en la planta de abajo, y todo en ella se está cayendo, desde los párpados hasta las tetas, que le llegan casi hasta la barriga. No se molesta en ponerse ningún tipo de sujetador. En cuanto oíamos el pestillo, Ava y yo juntábamos nuestros catres. Todavía quedan marcas en el suelo de tanto arrastrarlos.

—Jamón frito, gachas con queso, tortitas de maíz, chocolatinas, caramelos, pastelitos rellenos de crema... —suspiró Ava.

—Yo lo primero que quiero es pollo frito con salsa de carne y una caja de palomitas Cracker Jack —repuse—, y, digan lo que digan, no pienso comer ninguna verdura.

—Tocino... —añadió Ava.

Nos quedamos un momento pensativas. Ella se iba a la mañana siguiente a la costa del Golfo, a trabajar en la fábrica de conservas, con las otras dos niñas de doce años que ya había mandado allí la señorita Garnett. Ava tiene ocho meses más que yo.

—Cuando llegue mi turno —apunté—, seré la enlatadora más rápida que nadie haya visto nunca. «¿Quién es esa chica tan hábil para el enlatado?», dirán. «¡Se merece un aumento de sueldo!».

—¡Cierra el pico, Megadera! —me espetó Dorella desde su catre.

Entonces Ava anunció que pensaba comprar cigarrillos con su paga y le hice notar que ni siquiera sabía fumar. Después le conté que yo prefería ahorrar para comprar una enciclopedia completa, con todas las letras, y ella me acusó de ser la persona más aburrida de todo el país.

—Mientras me den una paga, todo me da igual —repliqué.

Y las dos coincidimos en que el olor del aire marino debía de ser fantástico.

Por el modo en que se le iba apagando la voz, me di cuenta de que se estaba quedando dormida; pero yo no quería dormir, porque entonces ya sería el día siguiente. Para que no se durmiera, me saqué de la manga un plan para que me escribiera desde la costa. Tendría que hacerse pasar por una madre en busca de una niña rubia de unos once años, con los incisivos un poco separados y una oreja más saliente que la otra. Así podría deslizar mensajes secretos en sus cartas. Podría referirse, por ejemplo, a la comida que

pensaba darle a esa niña, y entonces yo sabría que estaba hablando de lo que comía ella en la fábrica. Porque si había alguien en esta casa capaz de hacerse con una carta, esa persona era yo. Noté que no estaba muy interesada, pero, aun así, bostezó y dijo que lo intentaría.

—No te preocupes, Ava. Estaré bien cuando te vayas —le aseguré, pero su respiración ya se había vuelto profunda y regular.

El programa de trabajo había sido idea de la señorita Garnett. Decía que estaba destinado a las niñas mayores con lo que llamaba «problemas de colocación». Antes nos enviaban al hogar metodista de Water Valley o al orfanato de Jackson, donde tenían tantas huérfanas que las hacían desfilar por las calles para ver si alguien quería adoptarlas.

—Niñas, estaos quietas y con la espalda recta. Tengo un anuncio importante —dijo un día la señorita Garnett, cuando yo llevaba aquí unos seis meses—. Como presidenta de la junta directiva —comenzó, señalando la insignia de oro que llevaba prendida al pecho —, tengo el orgullo de anunciaros que las niñas que no hayan sido colocadas con una familia al cumplir los doce años y no parezca que vayan a serlo —y al decir esto nos lanzó una mirada gélida a Ava y a mí— serán enviadas a trabajar a la fábrica de conservas de Biloxi, en la costa del Golfo. Allí os proporcionarán alojamiento en los terrenos de la fábrica, iréis a la escuela y aprenderéis un oficio útil, en un ambiente cristiano... ¡Quieta y con la espalda recta, Ava! —se interrumpió—. Además, recibiréis un salario por vuestro trabajo.

¡Tendríais que haber visto cómo se iluminaron las caras de las damas voluntarias con el discurso de la señorita Garnett!

—¡Con lo que cuesta encontrar un empleo en estos tiempos! — exclamó una de ellas.

Algunas incluso aplaudieron como si estuvieran en un circo, porque solo venían para abrazar bebés y no hacían todo el maldito camino hasta aquí para que las niñas mayores las importunáramos mientras ellas acunaban a las criaturas. La señorita Garnett ya estaba cortando el aire con las manos, hablando de las madres solteras. Decía que lo llevaban en la sangre, lo de la debilidad mental, y que a nosotras no se nos podía conceder ninguna libertad, porque entonces nos daríamos prisa en traer niños al mundo para dejarlos morir de hambre.

A mi lado, Ava asentía como una mula, lo mismo que las señoritas. Pero yo no.

Os recuerdo que por aquel entonces yo continuaba con mis ideas. Aquella escena con la que solía fantasear ya empezaba a desdibujarse, pero en el fondo seguía convencida de que era bastante probable que mi madre viniera a buscarme algún día.

Y eso fue lo que les dije a la señorita Garnett y al resto de las damas voluntarias. Les aseguré que no pensaba ir a trabajar a ninguna fábrica apestosa, porque quería estar en este maldito lugar cuando mi madre volviera a por mí.

El comentario me valió un viaje al cuarto de la correa. Se trata de una habitación con una silla en el centro y un cinturón de cuero colgado de la pared, con agujeros a lo largo para que vuele por el aire con más facilidad. La silla es para la señorita, por si necesita sentarse y tomarse un descanso. Mientras me azotaba el trasero, la señorita Garnett me soltó su discurso sobre las llamas abrasadoras del infierno y lo poco que le gustan a Nuestro Señor las niñas malhabladas.

Cuando empezaron a caer los correazos, di unos saltitos y bailé un poco, pero después apreté los dientes y me dispuse a recibir el castigo. Había oído decir a las otras niñas que la señorita Garnett

pegaba más veces y con más fuerza si fallaba algún golpe. Al principio me dolió como si me clavaran espinas; luego, como si me mordieran la piel mil dientecillos afilados, y, al final, como si me quemaran la parte trasera de las rodillas con un hierro candente. Pero no lloré ni me hice pis encima, porque no pensaba ir a ninguna maldita fábrica de conservas.

Esa noche, en la cama, Ava me cogió de la mano.

—Eres patética —me dijo.

—Y tú más —repliqué.

—Tu madre no vendrá a buscarte, Meg. Métetelo en la cabeza de una vez.

A lo que yo repuse:

—¿Cómo lo sabes? No eres adivina. Puede que esté viniendo en este mismo instante. O que se le haya averiado el coche. O que esté esperando a que pase algo para venir a buscarme.

Pero hasta yo me daba cuenta de que mi vieja lista de justificaciones estaba perdiendo fuerza.

—A ver si espabilas, tontaina. Tu madre te ha abandonado, como la mía.

—No es lo mismo. La tuya no te quería.

—Es cierto —convino Ava.

Me había contado que, tras la muerte de su padre, su madre había decidido «quedarse con los otros» y deshacerse de ella. La había depositado en las Huérfanas y se había marchado al volante de su furgoneta. En aquel momento, yo aún no había presenciado la llegada de muchas niñas, pero, después de un año y medio, he visto de todo: las que montan una escena, las que lloran a gritos, las que guardan un silencio extraño, las que suplican, las que pegan, las que insultan, las que se mean encima. He visto situaciones de «adiós,

ahí te quedas» y huidas a todo gas después de empujar a la niña por la puerta. También hermanas que quieren quedarse más tiempo abrazadas para despedirse y madres que no se deciden y pasan mucho rato yendo y viniendo delante de la entrada. Las que llegan al vestíbulo suelen suplicar: «Por favor, solo un minuto más con ella». Cuando la señorita Garnett les arrebata su más precioso tesoro de las manos, ponen unas caras que dan ganas de apoyar la frente contra el escritorio.

Pero nunca he visto ni una sola madre que haya vuelto para llevarse a su hija.

«Da igual cómo hayamos llegado aquí, Meg, porque no van a venir a buscarnos», me recordaba Ava. Sin embargo, algo en mi interior me seguía diciendo que mi situación era distinta. Puede que corrieran tiempos difíciles, pero mi madre y yo no pasábamos hambre, ni teníamos otros quince niños que alimentar que la hubieran obligado a deshacerse de algunos. Soy pequeña y no necesito comer mucho. Teníamos una casa decente donde vivir. Cuando mi madre se fue, ni siquiera se llevó su mejor par de zapatos, ni ninguna otra cosa. Y me había dicho que quería cortarme el pelo. No le dices algo así a tu única hija como si nada, si sabes que no vas a volver.

Ava salió reptando de su catre, se me sentó a horcajadas sobre el pecho y me atrapó los brazos con sus fuertes piernas.

—Escúchame bien, Meg, y repite conmigo —me dijo. Por la manera en que respiraba por la nariz, me di cuenta de que hablaba en serio—. «Mi madre me abandonó porque quiso y no volverá, porque las madres nunca vuelven». Ahora tú. Repite lo que te he dicho.

Conseguí soltar un brazo y le di un manotazo, pero ella me inmovilizó de nuevo. ¿Qué madre abandona a su hija dos días antes

de Navidad?

—¡Es por tu bien! Repite conmigo: «Las madres nunca vuelven». —Sus palabras sonaban desesperadas, pero aun así me negué a repetirlas, y entonces se inclinó sobre mí y me susurró al oído—: Tú y yo somos iguales, Meg. ¿No lo ves? Somos hermanas. Así que repite lo que te he dicho hasta que te lo creas.

Cada vez me costaba más respirar, pero no era porque ella me estuviera oprimiendo el pecho con las rodillas.

Ava es más lista que yo. Me había dicho que era por mi bien, que solo tenía que repetirlo.

Así que al cabo de un rato la obedecí, porque en el fondo sospechaba que tenía razón. Era mayor y más fuerte que yo.

—Mi madre me abandonó porque quiso. Las madres nunca vuelven.

—Otra vez —insistió, y yo lo dije y lo repetí una y mil veces más.

«Mi madre me abandonó porque quiso. Las madres nunca vuelven».

Y resulta que Ava, mi mejor amiga, estaba en lo cierto. Me llevó un tiempo, pero fue como cortar de raíz algo podrido, una cosa mojada y pegajosa que iba arrastrando allá donde fuera.

Pronto dejé de imaginar con tanta frecuencia aquella escena, hasta que la sepulté del todo en el pasado. Así es una amiga. Una hermana. Porque las madres nunca vuelven.

A la mañana siguiente de cumplir doce años, Ava estaba nerviosa y feliz, sentada a la mesa del desayuno, charlando con las otras niñas. Las señoritas la habían hecho lavarse, incluso le habían dado unos zapatos para que los llevara en el tren. Le quedaban un poco grandes, pero no estaban muy gastados y eran blancos con una franja negra en un lateral. Me parecieron bastante bonitos.

Mientras Ava se despedía de las demás, empecé a notar un zumbido grave en los oídos. Me abrazó y noté que olía a limpio, diferente de como huelen las huérfanas.

—Cuando vengas a la fábrica, te enseñaré a fumar, lo quieras o no.

Habría querido contarle lo que había planeado, decirle que éramos hermanas y recordarle que había prometido escribirme. Pero no me salió ni una palabra, y el zumbido en los oídos se iba volviendo cada vez más intenso. ¿Cómo podemos callar cuando tenemos tanto ruido en la cabeza?

«Vuelvo enseguida», había escrito mi madre en la pared.

—Ava, te tienes que ir ya —dijo la señorita Garnett con severidad. Extendió una mano hacia mi amiga, pero se cuidó mucho de tocarla.

Y así, sin más, Ava se fue.

## 3

Nunca he tenido una hermana de verdad. Éramos solo mi madre y yo. Vivíamos a unos treinta kilómetros del centro de Oxford, en una casita de las que llaman «de alquiler», porque hay que pagarlas todos los meses, en lugar de hacerlo de una sola vez. Antes habíamos vivido en un apartamento de una sola habitación en Memphis, pero nos mudamos cuando cumplí cuatro años, porque mi madre dijo que una niña mayor necesita tener su propia cama. Por lo visto daba patadas en sueños.

Después contestó a un anuncio del periódico y tuvo suerte, porque le dieron un nuevo trabajo, que consistía en limpiar la casa y cuidar a las niñas de una familia rica, los Cooper, que se habían

mudado a Mississippi y habían comprado una plantación por muy poco dinero. Como eran yanquis, no sabían que para ese tipo de trabajo tenían que contratar a una persona de color. Mi madre le había causado buena impresión a la señora en la carta, porque le había dicho que podía enseñar buenos modales a sus hijas e indicarles qué tenedor usar y qué modismos del sur debían evitar, ya que las expresiones más vulgares a veces acaban pegándose. Mi madre solía decir que los vulgarismos son más contagiosos que las lombrices.

Como vivíamos en el campo, podíamos tender la ropa entre un magnolio y un poste para atar las mulas, como la gente normal. Teníamos algodonales por los cuatro costados y, si bien la casa necesitaba una mano de pintura, disponía de electricidad e incluso de agua corriente, por lo que mi madre decía que era suficiente para nosotras. La parcela alrededor de la casa estaba cubierta de matorrales, pero recogimos grava de la carretera e hicimos un sendero hasta la puerta.

Mi madre decía que había comenzado una nueva vida para nosotras. En Memphis había estado trabajando en una sala de baile llamada El Paraíso. Yo imaginaba que debía de ser divertido trabajar en un sitio así, pero a ella le parecía horrible. Estaba harta de trabajar por la noche y le apetecía empezar de cero.

Recuerdo nuestra casa entre algodonales. Venía con algunos muebles: una mesa de comedor azul, con sus sillas y su alfombra a juego, y dos camas en dos habitaciones diferentes. Mi madre había conseguido un pequeño tocador de madera con espejo, para poder sentarse y verse mientras se rizaba el pelo. Tenía el cabello oscuro y lo llevaba corto, justo por debajo de las orejas. Se lo cortaba ella misma. Era capaz de hacerse un vestido, por lo general cortado al bies, con solo ver el dibujo en una revista. Siempre decía que el

corte al bies producía prendas más ceñidas y elegantes. Le gustaba enseñar un poco las piernas, porque las suyas eran de esas que hacen que los hombres se vuelvan y silben de admiración. Teníamos una radio en el cuarto de estar y mi madre se sabía todos los bailes. Sintonizaba una estación y me enseñaba a bailar el charlestón, el *big apple*, el vals y el *boogie-woogie*. Dábamos vueltas como veletas sobre aquella alfombra azul, hasta que toda la habitación seguía girando a mi alrededor aunque me quedara quieta. ¡Qué tiempos, Dios mío, bailando con el ruedo de la falda lastrado con pinzas de la ropa, para que se nos levantara más alto todavía cuando girábamos!

Una vez, la señora que nos alquilaba la casa le preguntó a mi madre: «¿Y su marido?», y ella respondió: «Está con Dios. Murió en la guerra». Lo dijo tranquilamente, sin ladear la cabeza ni ponerse a jugar con los botones, porque así de buena era ella.

Cuando yo le preguntaba qué había sido de mi padre, respiraba hondo y respondía: «Se fue». Así, sin más; dos palabras y a pasar página. Fin de la historia. Entonces me abrazaba como diciéndome: «Por favor, Meg, no me hagas más preguntas».

Pero yo sentía curiosidad. No había fotografías suyas por ninguna parte y yo había alcanzado una edad en la que una niña necesita saber ese tipo de cosas.

Mi madre no era de las que se quedan quietas sin hacer nada, así que yo le iba detrás, acribillándola a preguntas: «¿Adónde se fue?», «¿Era alto o bajo?», «¿De qué color tenía el pelo? ¿Oscuro como el tuyo o casi blanco como el mío?».

Y ella me decía: «Por favor, Meg. Lo hago lo mejor que puedo».

Lo repetía todo el tiempo.

Cuando cumplí nueve años, al fin me dijo que respondería a todas las preguntas que yo le hiciera, pero solo una vez. Así me enteré de que mi padre era de altura mediana, tenía un color de

pelo ni muy claro ni muy oscuro, había crecido en el condado de Carroll y estaba sirviendo en el ejército cuando se conocieron. Se marchó cuando yo todavía era un bebé.

—¿Me cogía en brazos, cuando era pequeñita?

Ahora me da rabia haberle preguntado eso en lugar de cosas más importantes, como su nombre verdadero, o la razón de que se fuera, o si alguna vez volvería.

Mi madre negó con la cabeza.

—No, nunca te cogía en brazos.

—¿Sabe que me llamo Margot Louise y que todos me llaman Meg?

—Sí, lo sabe. Louise viene de su lado de la familia.

—¿Por qué no te gusta hablar de él? ¿Te trataba mal o algo?

Me miró y respondió:

—No, no me trataba mal. Pero sufro cuando pienso en él. Lo entenderás cuando seas mayor.

Yo habría querido averiguar más cosas, porque era mi naturaleza querer saber. Pero no quería hacerla sufrir.

Sé que mi madre intentaba tener paciencia conmigo, pero, ¡Dios mío, cómo se ponía cuando no la obedecía! «¡Te lo diré una sola vez, Margot Louise!», me gritaba, pero no era cierto. Lo repetía tantas veces como fuera necesario. Todo el tiempo me estaba diciendo que me peinara «ese pelo tan enredado», que me lavara la cara o que usara aquel polvo dentífrico que sabía tan mal. «¡Por los clavos de Cristo, Meg! ¡Pareces una vagabunda! ¡La próxima vez usa el jabón!». Era muy menuda, lo que en francés se llama *petite*, pero su apariencia era engañosa. Cuando había que fregar algo, tenía más brazos que un pulpo. ¡Y no hablemos de sus modales!

De niña había trabajado ayudando a su madre a limpiar casas y a servir en banquetes y clubes, y de ese modo había aprendido a comportarse de la manera correcta. Me enseñó a ponerme la servilleta sobre la falda y a comer sin cambiar de mano el tenedor, «a la europea», como decía ella. Una vez encontró en una revista una foto de una cubertería de veintisiete piezas y entre las dos recortamos todas las cucharas, los tenedores y los cuchillos con las tijeras de la cocina. Los tenedores fueron lo más difícil, por los dientes. Entonces mi madre elegía un plato de la página de recetas —un pescado con espárragos en salsa o unas ostras al horno—, y lo recortaba, junto con una bebida. ¡Menudos festines de revista nos dábamos! Me decía: «Muy bien, pon la mesa», y «¿Qué tenedor?», «¿Qué cuchara?», «¿Qué copa?». Yo tenía que escoger las piezas correctas y después sentarme y fingir que cenaba. Pensaba que mi madre lo hacía para enseñarme a servir a las señoras de la alta sociedad, para que pudiera trabajar en el futuro, pero ella me dijo: «No, Meg. Te estoy enseñando a ti a ser una señora». Decía que era capaz de distinguir a una verdadera dama a un kilómetro de distancia. Yo iba a empezar la escuela ese otoño, y mi madre no quería que me tomaran por una palurda.

El pequeño edificio azul de la escuela estaba a un kilómetro y medio de nuestra casa, al final de la carretera antigua. Mi madre me llevaba en coche, hasta que tuve edad suficiente para ir yo sola andando. Era una buena escuela para niños pobres, o al menos eso decían. Teníamos suficientes cartillas para compartir entre todos y una pizarra grande al frente del aula, e incluso habían instalado una especie de tiovivo en el patio, para que jugáramos.

La primera semana, la señorita Pettybone nos organizó en tres grupos según nuestra aptitud para el aprendizaje: alumnos lentos, normales y excepcionales. Le dije a mi madre a cuál de los tres

grupos me había asignado la maestra y, ¡Dios, qué orgullosa se puso! Las excepcionales éramos solo chicas y mi madre comentó que ya se lo esperaba. Me aseguró que ya descubriría yo, más adelante en la vida, que la mayoría de los hombres son lentos para aprender las cosas.

En aquella época yo no sabía que mi familia era diferente de las otras de la zona, y no porque estuviéramos las dos solas, sin un padre, ni unos hermanos, ni unos abuelos, sino porque nunca íbamos a la iglesia. Mi madre tenía un rosario y una imagen de la Virgen al lado de la cama, pero decía que todo lo demás eran tonterías. No necesitaba que ningún hombre la señalara con el dedo ni le dijera lo que tenía que hacer.

En uno de mis primeros días de clase, la señorita Pettybone nos enseñó la historia de Adán y Eva. Se emocionó tanto contándonos cómo había creado Dios el cielo, la tierra, los animales y finalmente al hombre, a su imagen y semejanza, que casi puso fin a su relato con una reverencia teatral.

Entonces levanté la mano y dije:

—Mi madre me ha contado que, según ha oído, es posible que vengamos del mono.

Toda la clase estalló en carcajadas y los niños se pusieron a gritar como micos. La señorita se llevó la mano al pecho y me dijo que tenía que hablar conmigo.

Mientras el resto de los niños se iban al patio a montar en el tiovivo, la maestra me llamó a su escritorio. Me dijo que esa historia de los monos era propaganda de infieles y que estaba prohibida en nuestro estado. Me preguntó a qué iglesia pertenecía mi familia y me aconsejó que destruyera de inmediato ese tipo de material, si lo encontraba en casa.

Le respondí que mi madre y yo no íbamos a ninguna iglesia.

Ella asintió e hizo una anotación en su libreta roja. Después me preguntó dónde estaba mi padre.

—Se fue —le dije. Dos palabras. Fin de la historia. Se me olvidó por completo decirle que había muerto en la guerra.

Tomó nota de mi respuesta, junto a mi nombre, y me pidió que le dijera a mi madre que tenía que ir a verla.

No me hacía ninguna ilusión contarle nada de esto. Pero, en cuanto llegué a casa, mi madre se percató enseguida de mi inquietud y se puso a masajearme la espalda para engatusarme, hasta que empecé a hablar.

—¡¿DE VERDAD?! —exclamó—. ¡¿ESO TE HA DICHO?!

Y entonces salió por la puerta y se sentó al volante de nuestro pequeño coche con las mejillas encendidas. Cuando llegamos, la vi dirigirse a la escuela, echando fuego por la boca como un dragón, y tuve miedo de que la señorita Pettybone no me permitiera hablar nunca más en clase.

Mi madre me pidió que esperara fuera, pero me llegaron algunos retazos de la conversación: «Usted no es quién para decirme lo que puedo o no puedo decir en mi casa», «Incluso en este estado atrasado y dejado de la mano de Dios, lo que yo diga es asunto mío».

En cuanto pudo meter una cuña, la señorita Pettybone repuso con frialdad:

—Me ha dicho Meg que no asisten ustedes a ninguna iglesia. También que su marido la dejó. ¿Es eso cierto, señora Lefleur? —No lo dijo con amabilidad, sino más bien como si la culpa fuera de mi madre. Antes de que mi madre pudiera reaccionar, la señorita Pettybone añadió—: Si vuelvo a oír esas herejías en mi clase, señora Lefleur, acudiré directamente a la autoridad policial para que se aseguren de que esa niña sea educada en la fe cristiana.

Mi madre no tenía miedo de nada, ni de los perros rabiosos ni de las arañas, ni de los tornados ni de los tiburones, ni de la polio, ni de los atracadores, ni tan siquiera de las inyecciones que ponen los médicos. Pero, cuando la señorita Pettybone mencionó a la policía, dio media vuelta y se marchó sin decir ni una palabra más.

Esa noche, mi madre estaba sentada delante de su pequeño tocador, ocupada en rizarse el pelo para el día siguiente. Lo hacía siempre por la noche, para ahorrar tiempo, y se ponía un gorro para dormir. Me gustaba mirar cómo movía los dedos. Rociaba agua con un pulverizador, retorcía un mechón de pelo y se lo sujetaba con una horquilla. Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar, con una cadencia que me adormecía.

—Voy a enseñarte una cosa, Meg —me dijo—, y es importante. Voy a enseñarte a mentir, así que necesito que me prestes atención. —Después añadió—: Pero antes tienes que aprender a reconocer a los mentirosos. No te fijes en lo que dicen, sino en lo que hacen. Los hombres se tocan la nariz cuando mienten. Si son diestros, miran a la izquierda; si son zurdos, a la derecha. ¿Estás tomando nota en tu cabecita?

—Sí, mamá.

Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar.

—Las mujeres, en cambio, te miran a los ojos —prosiguió—, pero juegan con el pelo o con los botones. Parpadean demasiado o se ríen aunque nadie haya dicho nada gracioso y asienten con la cabeza cuando niegan la verdad.

Rociar, retorcer, sujetar. Rociar, retorcer, sujetar.

—Ahora vamos a practicar. Meg, ¿me cogiste el otro día los cigarrillos del bolso?

—No...

—Sí que lo hiciste, Meg. Lo sé por tu reacción.

—Pero solo quería coger uno entre los dedos, no quería fumar.

La verdad es que quería fumar, ya que cada día veía a todas las personas de este bendito país con un cigarrillo en la mano. ¡Por Dios, yo también leía la revista *Life*!

—Los cogiste para fumar, Meg —repuso mi madre—. Ahora inténtalo de nuevo, sin mover las manos. Dime que no me cogiste los cigarrillos.

—No te cogí los cigarrillos —articulé con tanta calma como pude.

Sonrió y me dijo:

—Parpadeas demasiado.

—No te cogí los cigarrillos.

—Te estás tocando el vestido. ¿Ves que te has llevado la mano al botón?

—No... No te cogí los cigarrillos.

—Mejor —observó, mientras yo la ayudaba a abanicarse el pelo para que se le secara—. En algunas ocasiones tendrás que mentir, Margot, si quieres salir adelante. Cuando alguien te lo pregunte, quiero que digas que tu padre murió en la guerra.

—¿Si me lo pregunta la casera, por ejemplo?

Asintió y dijo:

—Sí, la casera. O los Cooper o cualquier otra persona. Te facilitará mucho las cosas. —Roció, retorció y sujetó el último mechón oscuro y añadió—: ¡Y, por lo que más quieras, no se te ocurra contarle a la señorita Pettybone lo que acabo de enseñarte!

A la mañana siguiente, se quitó las horquillas una por una y, ya está, ¡toda una cabeza de rizos perfectos!

Una tarde, al poco de llegar, cuando estaba barriendo el suelo con Ava, la señorita Garnett me mandó subir al despacho. Cuando

entramos, cerró la puerta, que en aquella época todavía no estaba tan alabeada, pero en la pequeña habitación hacía calor y el ambiente era sofocante. «¡Dios mío, haz que la deje abierta!», recé. Colocó una bolsa de monedas sobre la mesa y me pidió que las contara. Mientras las monedas se deslizaban entre mis dedos, algunas relucientes, otras manchadas y algunas de un brillante color rojizo, se situó detrás de mí y empezó a peinarme con las manos, separándome el pelo en tres partes. Enseguida sentí que el contacto me relajaba, aunque me dije: «No te líes con la cuenta, Meg. No le des esa satisfacción». Esa mañana, la señorita Garnett me había dado un pellizco brutal por hacer una mueca mientras ella bendecía la comida.

Para mantenerme alerta, me puse a imaginar todo lo que habría podido hacer con ese dinero, como ir al centro a comprar dulces o tal vez una revista. Sabía que la cantidad no era suficiente para una enciclopedia completa, pero pensé que quizá lo fuera para adquirir algunas letras, tal vez la S o la M...

Detrás de mí, la señorita Garnett susurró:

—Niña sucia, marrana...

Dejé de contar y pregunté:

—¿Sucia yo? —Ya entonces mi vestido blanco se había vuelto más bien grisáceo, pero por debajo conseguía mantenerme bastante limpia—. Me he lavado a fondo esta mañana en la bomba del patio —le aseguré—. Y ayer me di un baño.

Yo jamás le habría tocado el pelo a una persona que considerara sucia o marrana.

—No me refiero al tipo de suciedad que se puede lavar, Meg —replicó ella—, sino a la que llevas por dentro.

¿Por dentro? Dios mío, igual se refería a que había pillado una solitaria o algo, porque por fuera me consideraba la niña más pulcra

de la casa. Y aún sigo creyendo que lo soy. Además, no había llegado a este lugar con la cabeza infestada de piojos del tamaño de saltamontes, como otras niñas. Las damas voluntarias aplicaban un tratamiento con vinagre y jabón de ceniza que podía abrirte un agujero en el cráneo.

A mi espalda, oía respirar a la señorita Garnett a través de sus labios viscosos, con el ruido de chapoteo que produce cuando habla, como el de una vaca rumiando.

—Sucia, marrana...

Opté por decírselo claramente:

—Créame, señorita Garnett, las otras niñas están mucho más sucias que yo. Ni se acercan al jabón cuando llega la hora del baño.

Me manipulaba el pelo de una manera que no era especialmente brusca ni tampoco suave. Me peinaba como si fuera una tarea que le hubieran encomendado.

—Además —añadí—, si tuviera algo sucio por dentro, no me lo podría limpiar. ¿Cómo iba a hacerlo? —Me parece que lo dije cortando el aire con las manos, como hacía ella cuando quería recalcar algún punto importante. Los niños suelen copiar lo que ven.

—Es un tipo de suciedad que no puede limpiarse, Meg, la llevas en la sangre. Porque naciste en un estado de idolatría.

—Creo que nací en Memphis, en el estado de Tennessee —repliqué.

Pero ella continuó insistiendo. Tendré cien años y seguiré oyendo el chasquido húmedo de sus labios al despegarse.

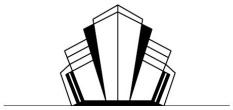
Entonces me dijo:

—Eres el fruto de una mujer lasciva, irresponsable y débil mental. Pero ahora estás a mi cargo.

Al oír eso, me quedé atónita.

—¿Está segura de que no se equivoca de persona, señorita Garnett? —repliqué, porque mi madre era muy lista.

Pero, por mucho que se lo pregunté, no conseguí que la maldita señorita Garnett me diera una respuesta.



# Birdie

JULIO DE 1933

## 4

De pie junto a las vías con mi abuela y mi madre, esta última me entregó un pequeño cojín. El tren iba a llevarme a Oxford a ver a mi hermana, por varias razones, todas ellas horribles. En el anverso del cojín, mi madre había bordado con hilo de color sangre: EL HOGAR ES EL LUGAR DONDE ESTÁ TU CORAZÓN.

—Dáselo a Frances y dile que por favor nos escriba —me suplicó.

Lo cogí y le dije que lo haría, no sin recordarle:

—Que conste que voy contra mi voluntad.

La parada de Footely no era una estación, ni tan siquiera un apeadero, sino uno de esos sitios donde te plantas entre la maleza y agitas los brazos, rezando para que el tren desacelere con tiempo suficiente para recogerte. Lo sentíamos aproximarse antes de verlo y lo oíamos antes de sentirlo. Yo había leído que el sonido se movía más deprisa por el suelo aluvial del delta del Mississippi que por otros medios. En cambio, las madres, las abuelas y el tiempo mismo se movían más despacio. Nadie lo sabía mejor que yo, que con veinticuatro años seguía viviendo en la casa de mis padres.

—Quizá sea mejor que no se lo pidas nada más verla —intervino la abuela—. Dale un día o dos para que se reponga de la sorpresa.

Inclinó hacia delante su endeble osamenta para otear las vías a lo lejos, en un gesto que desafiaba a la gravedad. Pese a tener ochenta años, casi nunca se caía. Yo había tenido una abuela normal que murió discretamente a los setenta y cinco años, bien peinada y entre sábanas planchadas, y que nunca había levantado la voz. Y me quedaba otra, deslenguada, terca y menuda, que era la que tenía a mi lado.

—Tu hermana puede llegar a ser un verdadero incordio, no lo olvides —me dijo.

—¡Mamá! —la regañó mi madre—. No hables así de tu nieta pequeña.

—¡Pero si es verdad, Doris, tú también lo sabes! —replicó la abuela—. Yo en tu lugar, Birdie, le diría que he ido para darle una sorpresa por su cumpleaños, que será dentro de un par de semanas. Se lo tragará seguro.

La abuela había insistido en acompañarme a coger el tren, porque le gustaba estar en medio de la acción.

—Quizá sea mejor que vayáis vosotras dos y habléis con ella, y que yo me quede en casa —les solté, aunque no lo decía en serio.

Tenía ganas de salir de Footely y echaba de menos a mi hermana pequeña. Pero también me daba cuenta de que la apreciaba mucho más cuando no la veía que cuando estábamos juntas.

—A mí no me llevas ni atada —respondió la abuela—. No hay nada peor que presentarse en un sitio sin haber sido invitada. Además, ¿quién sabe?, puede que en casa de Frances conozcas a algún joven casadero.

—Calla, mamá. No hace falta que la niña se haga ilusiones.

—¿Por qué no? Ya tiene una edad —prosiguió la abuela—. Procura que sea alguien con dinero —dijo después, volviéndose hacia mí—, y trata de aparentar que nosotras también estamos en buena posición.

—¡De ninguna manera! Birdie no va a mentirle a nadie sobre nuestra economía —repuso mi madre.

—No he dicho que mienta. Solo que aparente un poco. —Sacó un pañuelo del bolso azul y se enjugó el sudor del cuello. Hacía un bochorno pegajoso, casi irrespirable, incluso a las ocho de la mañana—. Por cierto, si ves gente bebiendo alcohol o apostando en el tren, no olvides escribir para contármelo —me dijo y, al cabo de un segundo, añadió bajando la voz—: Te he metido algo en la maleta, por si tienes que defenderte.

—¡Dios santo! ¿Qué me has metido, abuela? —pregunté.

Conociéndola, muy bien podía ser una barra de dinamita. Había crecido en el oeste de Texas, en una época en que lo mismo podía temer que un comanche le arrancara el cuero cabelludo como que unos bandoleros asaltaran el tren en el que viajaba. Mi abuelo la había convencido para trasladarse a Mississippi, donde su familia algodonera había hecho de mi madre una persona gentil, educada, con buenos modales y acostumbrada a cabalgar de lado. Mi madre era como mi hermana Frances. Pero mi abuela seguía fiel a sus orígenes en el salvaje Oeste, y yo me parecía a ella.

—Luego lo verás. Ya lo oigo venir, prepárate.

Un segundo después, divisé el morro reluciente del tren, que venía lanzado hacia nosotras. Recogí la maleta y me puse debajo del brazo el cojín que afirmaba: «El hogar es el lugar donde está tu corazón». Por supuesto, mi madre había omitido bordar que el hogar también era el lugar donde están el sentimiento de culpa, las obligaciones interminables y el convencimiento de que te ha tocado

cuidar de tu madre y de tu abuela el resto de tu vida, de la que solo han transcurrido veinticuatro años. Tampoco había bordado que el hogar era el lugar del que se había largado tu hermana, porque saltaba a la vista que no tenía allí su corazón. Pero mi madre había preferido una frase corta y sencilla. Sea como sea, el cojín era muy pequeño.

Habíamos decidido que viajaría a Oxford solo dos días antes.

Yo estaba detrás de la casa, recogiendo la ropa del tendedero a toda prisa, antes de que los mosquitos me extrajeran medio litro de sangre. Más allá de las sábanas, de los camisones y de una faja que parecía la figura de mi abuela, pero sin cabeza ni piernas, se extendían nuestras diez hectáreas de terreno boscoso. Según algunos mapas, estábamos en el delta del Mississippi, la tierra más fértil de toda América, pero otros decían lo contrario. Daba lo mismo, porque mi padre no había sido productor de algodón, sino técnico del Cuerpo de Ingenieros, y había trabajado diseñando diques, presas y canales. En otoño, nuestra finca solía convertirse en una isla en medio de un mar de algodón, y yo me pasaba todo el mes de septiembre estornudando. Pero este año no habría estornudos. Los campos estaban en barbecho, llenos de cardos y hierba carnicera, por la medida desesperada del gobierno de pagar a los agricultores para que no sembraran y evitar así el hundimiento del precio del algodón. Cuando miraba a mi alrededor, lo sentía en los huesos. Algo muy malo debía de estar pasando en el mundo si para el mes de julio los campos del delta no estaban cubiertos de verdes algodonales.

Cuando estaba descolgando la faja, mi madre me gritó desde el porche:

—¡Entra, Birdie! Tenemos que hablar.

Refunfuñando, me encaminé hacia la casa con la cesta medio llena. Ya recogería el resto de la ropa cuando anocheciera, porque, si bien yo era una mujer hecha y derecha, seguía haciendo lo que me mandaba mi madre, y ella seguía obedeciendo a la suya. A veces pensaba que si la gente no se muriera, el ciclo no acabaría nunca.

Nuestra casa era sólida, confortable y ya estaba pagada del todo. Tenía dos plantas pintadas de blanco y un porche grande detrás, aunque es verdad que la pintura se estaba empezando a desconchar. La vieja hamaca que ya nadie utilizaba aún estaba colgada en un extremo del porche. La habíamos confeccionado unos años atrás Frances y yo, con seis sacos de harina Gingham Girl, y allí nos tumbábamos, cada una con los pies en la cara de la otra, para escuchar *La hora de la levadura Fleischmann* en la radio. El tejado tenía goteras y el regulador de tiro de la chimenea se seguía atascando. Pero, como no había dinero para reparaciones, habíamos aprendido a sacudir la palanca del artilugio y a situarnos donde no caía el agua cuando llovía, porque vivir en una casa es como convivir con tu madre y con tu abuela: te adaptas a su forma de ser.

Dos años antes, mi hermana Frances se había marchado de Footely para asistir a una academia de señoritas en las afueras de Memphis. Cuando llevaba allí un año, se comprometió con un hombre al que no nos presentó y, cuando se casó con él, ni siquiera nos invitó a la boda. Se limitó a enviarnos una tarjeta de color crema con un mensaje impreso: «Nos complace anunciar el enlace matrimonial de la señorita Frances Begonia Calhoun con el señor Roderick Beauregard Tartt». Lo mismo habría podido mandarnos el dibujo de una mano haciendo la peineta. En los últimos tiempos, sus cartas se habían ido espaciando y, las pocas veces que nos escribía, no hacía más que presumir de su preciosa mansión llamada Idlewilde, con línea de teléfono privada, y de su marido, cuyo cargo

de vicepresidente en un banco o algo similar habría indignado a nuestro padre, que odiaba los bancos y detestaba aún más a los banqueros. La única queja de Frances en su nueva vida era el hecho de tener que convivir con la bruja de su suegra, como ella decía.

Dejé la cesta en el porche y seguí a mi madre hasta el cuarto de la abuela, a la que encontramos sentada en la cama. Había pocas cosas en la habitación: la cama, una cómoda pequeña, la chimenea y la pantalla mosquitera, que yo desmontaría cuando llegara el mes de octubre.

—Ven, siéntate aquí —me dijo, dando unas palmadas sobre la cama y apartando la Biblia, abierta por el libro de Jueces. A la abuela siempre le habían gustado las historias bíblicas más truculentas.

Mi madre se acomodó en la mecedora, en un rincón. Desde que se había quedado viuda, dos años antes, se le habían formado bolsas debajo de los ojos y estaba tan delgada que el delantal abultaba más que ella. El año de la muerte de mi padre fue cuando empezó a hacerse vieja.

Mi madre ladeó la cabeza y me sonrió. Desconfié enseguida.

—¿Qué opinas de ir en tren a Oxford a ver a tu hermana, Birdie? —me preguntó.

—Opino que no tiene sentido gastar dinero en el billete para ir a ver a alguien que ni siquiera responde a nuestras cartas.

Me recosté en el cabecero de la cama, que tenía unos amorcillos pintados a mano. Cuando éramos pequeñas, solía decirle a Frances que aquellos querubines la morderían si se acercaba demasiado, porque se alimentaban de la sangre de las niñas guapas. No le tenía envidia a mi hermana, al menos no mucha, pero me parecía justo hacerla pagar un poco por ser la más agraciada.

—Por favor, Birdie, ¿no puedes ir a comprobar que se encuentra bien?

Seis semanas antes, Frances había dejado de responder a nuestras cartas. Entonces mi madre me pidió que fuera en coche hasta Port Gibson, a cincuenta y dos kilómetros de distancia, para enviarle un telegrama y preguntarle si todo estaba en orden. Tampoco respondió, de modo que le mandé otro suplicándole que nos llamara por teléfono. Le indiqué que lo hiciera el lunes 26 de junio, a las dos de la tarde, al Foote, la tienda donde yo trabajaba, cuyo nombre completo era Footely Farm & Mercantile Store. Ese mismo año, el señor Parkins había pagado de su bolsillo el tendido de los cables del teléfono desde algún lugar remoto, pero casi nadie usaba el aparato, porque cada llamada costaba una fortuna. Así pues, el lunes 26 de junio, el señor Parkins depositó el artefacto negro sobre el mostrador, junto a la jarra de huevos encurtidos, mientras mi abuela, mi madre y yo esperábamos ansiosas a que sonara. Por supuesto, cada cliente que entraba en el local quería saber quién iba a llamarnos y cuánto le costaría. Según el folleto de la compañía, la llamada de Oxford a Footely le supondría a Frances un desembolso de tres dólares con treinta y cinco centavos por los primeros tres minutos, más sesenta centavos por minuto a partir de entonces. Pero ella misma había dejado claro que podía permitirse ese gasto. Sin embargo, pese a la mirada fija y constante de la abuela, el aparato no sonó, por lo que la preocupación de mi madre aumentó todavía más.

¿Y cómo no iba a preocuparse? Llevábamos dos años seguidos de desgracias. La primera había sido el infarto que mató a mi padre. Al cabo de unos meses, la abuela se fracturó la cadera y, poco después, la helada hizo estallar las tuberías. Al poco tiempo se averió la furgoneta y la reparación nos costó más que la cadera de la

abuela. Estábamos al borde de la ruina. Para colmo, se nos había pasado el plazo para pagar los impuestos de la casa. Pero eso no nos preocupaba tanto, aun cuando la prensa informaba de que casi la cuarta parte de los inmuebles del estado de Mississippi habían sido embargados la primavera anterior por deudas con el fisco. Supongo que encontrábamos cierto consuelo en saber que corrían tiempos difíciles para todos, en todo el país. Excepto los más ricos, la mayoría de la gente de por aquí compraba de fiado y comía lo que producían sus huertos.

En cualquier caso, unas tardes después, cuando las tarifas de larga distancia eran más económicas, descolgué por fin el aparato y solicité una llamada, que nos cargarían a la cuenta que teníamos en la tienda. Cuando se estableció la comunicación, oí la voz de una mujer de color que decía:

—Residencia de la señora Tartt. —Y después—: No, la señorita Frances no está.

Cuando le pregunté si mi hermana se encontraba bien, hizo una pausa y contestó:

—Sí, está como siempre.

Entonces le pedí que le transmitiera el siguiente mensaje: «Te agradeceríamos mucho que nos llames a tal y tal hora». ¿Creéis que nos llamó?

—Debe de tener mucho que hacer —aventuré, sentada en la cama de mi abuela—. Ya sabéis que a Frances siempre le ha gustado hacer ver que está muy ocupada.

Desde su mecedora, mi madre soltó uno de sus suspiros interminables.

—Digas lo que digas, estoy muerta de preocupación por ella, Bird —repuso, y añadió sin poder contenerse—: Y por nosotras.

—Por eso mismo no puedo faltar ni un día al trabajo, mamá. No nos lo podemos permitir.

La paga que me daba el señor Parkins por trabajar en el Foote era de apenas un dólar y cincuenta centavos, de los cuales veinticinco centavos eran solo crédito para comprar en la tienda. Hasta John Morton, con quince años, ganaba más que yo, y a él le daban toda la paga en efectivo y encima solo trabajaba cuatro días a la semana. Yo trabajaba de martes a sábado, pero muchas veces me llamaban también los lunes e incluso los domingos después de misa, aunque la tienda estuviera cerrada. También solía quedarme casi todas las tardes después del cierre. La tienda tenía que estar abierta, porque era el único comercio en treinta kilómetros a la redonda y sus clientes eran sobre todo familias campesinas, a las que vendíamos desde cordones para los zapatos y sacos de harina hasta ataúdes. Mi trabajo consistía en llevarle los libros al señor Parkins y cobrar a los clientes. También atendía el mostrador de artículos para señoras, que era un expositor de vidrio disimulado detrás de una cortina verde. Allí dentro había bragas blancas, medias de algodón —ya que la señora Parkins consideraba demasiado atrevidas las de rayón—, desinfectante Lysol con irrigador para las partes íntimas, píldoras Baldwin para el cambio de edad y, en los últimos tiempos, compresas Kotex con cinturón. Se me ponía la cara como un tomate cada vez que venía el agente comercial y nos preguntaba si necesitábamos más. Casi siempre le respondía que no, porque las mujeres del condado de Warren no apreciaban mucho ese tipo de novedades. También había unas barras de pintalabios de un color llamado Devil’s Delight, que unos años atrás había probado en secreto. Me pareció que el tono me sentaba bastante bien. Me hacía sentir como una persona que hubiera salido del estado y hubiera visto mundo, pero cuando llegué a casa, como

era de esperar, Frances soltó una risotada. «¡Ay, Birdie! ¿Para qué te molestas, si...?». Me limpié los labios antes de que dijera una grosería. Dos años después, casi no había vendido ninguna barra.

Pese a lo exiguo de la paga, me gustaba atender al público y se me daban bien los números, habilidad heredada de mi padre, el ingeniero civil. Esperaba tener algún día un pequeño negocio propio, donde vendería cosas que no fueran ataúdes ni píldoras para el cambio de edad. Pero trabajar en el Foote tenía la ventaja de alejarme un tiempo de mi casa y sus habitantes.

Cuando no estaba trabajando, mi madre me agobiaba constantemente con sus preocupaciones. Si veía en *El mensajero del Delta* que el precio de la lata de melocotones había aumentado aunque solo fuera un centavo, comentaba: «Bueno, Birdie, ya está. Estamos acabadas», como si hubiera leído su propia necrológica. Yo bromeaba diciendo que escucharla a ella era como sintonizar «el informativo de Doris y sus angustias», pero era cierto que la situación se estaba volviendo cada vez más difícil. Según *El mensajero*, incluso el señor Bilbo, el antiguo gobernador, había perdido su finca. El declive se notaba en todas partes, desde la bandeja de limosnas de la iglesia, donde solo se veían monedas de un centavo, hasta las caras demacradas de los clientes del Foote o el estado de la estantería de los zapatos en oferta, que para 1933 habían acumulado ya una gruesa capa de polvo. Pero si algo había aprendido yo en la tienda era que mi familia era más afortunada que la mayoría, incluso después de la sucesión de desgracias sobrevenidas. Además de mi sueldo, cada primavera recibíamos un sobre azul con un talón de doscientos dólares, correspondiente a la pensión anual de mi padre por el tiempo que había servido en el Cuerpo de Ingenieros. No era mucho, pero era mejor que nada. Habíamos recibido la última hacía menos de cuatro meses, aunque,

después de reparar la furgoneta y de pagar las facturas de hospital de la abuela, solo nos habían quedado unos treinta y cinco dólares, y tendríamos que aguantar con eso hasta que nos llegara otro cheque la siguiente primavera. Continuábamos guardando el dinero en la billetera de papá, en un bolsillo de sus pantalones, dentro del armario.

Nos quedamos un minuto en silencio, con diferentes grados de preocupación cada una de nosotras. Solo se oía el ruido de fuelle que producía la abuela al respirar. Yo sabía que seguía echando en falta a su marido, Thomas, aunque hubieran pasado dieciocho años desde su muerte. También mi madre extrañaba al suyo, Samuel, y a mí me dolía la ausencia de mi padre. Éramos tres mujeres que añoraban a sus hombres. Aun así, nos las arreglábamos para salir adelante, o al menos lo habíamos hecho hasta ese momento.

Mi abuela rompió el silencio.

—Doris quiere que vayas a pedirle a Frances algo de dinero.

—¿Cómo? —Me volví para mirar a mi madre—. No estamos tan mal, ¿no?

Ella bajó la vista y se puso a amasar el delantal, enrollándolo como si fuera pasta para hacer bollos.

—Los Tate han perdido su casa esta tarde. Por no pagar los impuestos.

—¿Estás de broma? ¿Los Tate? ¡Pero si son ricos! Y terriblemente desagradables.

¿Era posible que la gente rica y desagradable perdiera su casa? Creía que eso solo les pasaba a los pobres y a las buenas personas. Supuse que la noticia aún no habría tenido tiempo de llegar a la tienda por la carretera, pero a la mañana siguiente ya sería la comidilla de todos. Los Tate eran propietarios de una enorme mansión blanca de antes de la guerra, con más de trescientas

hectáreas de tierras, muy cerca de nuestra casa. Frances adoraba a la cursi de su hija. Debían de ser la familia más rica en ochenta kilómetros a la redonda.

—Ya sabes que también nosotras nos hemos retrasado en el pago, Birdie. Pronto se cumplirán dos años de demora, y cada poco tiempo nos llegan notificaciones y advertencias del condado...

—Pero les pagaremos. Abonaremos al menos una parte de la deuda en marzo, cuando llegue el próximo cheque de papá.

Para fin de año, la deuda con el fisco ascendería a unos cuarenta y tres dólares. ¡Pero yo era contable, por el amor de Dios! No podía desprenderme de todo nuestro dinero y dejar a la familia sin blanca. Además, casi toda la gente de los alrededores estaba en la misma situación. El pobre señor Parkins llevaba años sin ganar ni un centavo, porque lo vendía todo a crédito. Nosotras mismas le debíamos doce dólares.

—Ahora mismo no podemos hacer nada —añadí.

—Sí que podemos hacer una cosa —apuntó la abuela con expresión inocente, mirando por la ventana—. Pedir a Frances y a su marido que nos saquen del apuro.

—Abuela, ni siquiera conocemos a ese hombre.

La abuela me dio unas palmaditas en la mano.

—He dicho que «podemos» hacerlo, pero he querido decir que lo harás tú.

—Pero... yo soy la única en esta casa que tiene un empleo remunerado. ¿Cómo quieres que se lo explique al señor Parkins?

No era propio de mí faltar al trabajo. Y, en caso de tener unos días libres, habría preferido que fuera por Navidad.

—Dile que, si te da unos días de fiesta, le pagaremos lo que le debemos —me sugirió la abuela—. Tal como funciona el mundo, cuando no puedes usar el palo, tienes que recurrir a la zanahoria. —

Ya tenía la colcha echada hasta la barbilla y, cuando bostezó, me di cuenta de que en cualquier momento se quedaría dormida—.Y cuando estés allí, intenta que te presenten a algún caballero, Birdie. La única condición es que tenga más dinero que nosotras. —Se rio por lo bajo, con los ojos ya cerrados—. Y que sea fuerte y trabajador. Tampoco estaría mal que tuviera una buena furgoneta.

—Hazlo por tu familia, Bird, por favor —me dijo mi madre.

—Me lo pensaré —contesté, aunque sabía que la decisión ya estaba tomada.

## 5

Solo había viajado en tren unas pocas veces. El trayecto más largo lo había hecho a los dieciséis años, cuando mi madre me llevó a Jackson, a que me viera un médico después de unas fiebres muy malas que había padecido. Aquella vez, el tren iba lleno hasta los topes de gente bien vestida por las fiestas navideñas, y el viaje habría sido fantástico si lo hubiéramos hecho por otros motivos. Habíamos ido en segunda clase, con asientos tapizados que según mi padre eran casi tan buenos como los de la primera. Pero esta vez yo viajaba en tercera, en un tren conocido como «Little J», detrás del vagón correo y del coche para la gente de color, más cerca de la ruidosa locomotora. El revisor había tenido que limpiar de hollín mi fila de asientos de madera antes de que me sentara. El tren permaneció inmóvil durante unos segundos, resoplando, mientras a mí me corrían goterones de sudor por las sienes.

Después arrancó el convoy, lentamente y con suavidad al principio, como si nos deslizáramos sobre hielo. A medida que fuimos ganando velocidad, las tablas del asiento que me sostenía

empezaron a balancearse y el runrún de la locomotora se convirtió en un rugido mientras avanzaba como una exhalación por los campos en barbecho. Cuando tomamos una curva con un chirrido ensordecedor, una fina lluvia de grava se coló por la ventana abierta y cayó sobre mí. Me levanté como pude, retiré el seguro que mantenía abierta la ventana, la cerré de un golpe y me dejé caer sobre el asiento. El calor empeoró, pero prefería presentarme sudorosa en casa de Frances antes que cubierta de polvo del delta.

Desde la última fila, conté una docena de personas en el vagón, casi todos hombres, salvo por una niña pequeña con un sombrero rojo acompañada de su padre y, al otro lado del pasillo, un matrimonio de mediana edad. Yo era la única mujer que viajaba sola.

—¡El sabor que refresca, señoras y caballeros! ¡Preparen sus monedas! —El mozo del tren empujó la puerta del vagón, que se cerró tras él. Se inclinó a mi lado para enseñarme el contenido de la caja amarilla que llevaba colgada del cuello: cigarrillos Lucky Strike, chicles de menta, Coca-Cola, caramelos de miel y latas de jamón cocido con el dibujo de un demonio rojo en la etiqueta, con precios que podían oscilar entre los diez y los treinta centavos y que en todos los casos eran excesivos, como bien sabía yo por mi trabajo en la tienda. Le dije que no quería nada y el chico se fue a ofrecer su mercancía al matrimonio.

El marido le echó una mirada a su esposa, que se había quedado dormida con la cabeza apoyada en la ventana, y en voz baja le dijo al mozo:

—¿No tendrías alguna cosa más?

Vi que el chico levantaba la parte superior de la caja y permitía que el hombre extrajera subrepticiamente, como un ladrón, algo que encontró en el compartimento inferior. Enseguida hizo desaparecer

el artículo en el bolsillo interior de la chaqueta y le entregó al mozo unos billetes. «Ese tipo acaba de comprar licor», pensé. Cuando el empleado del tren siguió su camino, me recosté en el asiento, cerré los ojos y sonreí. Me pregunté qué pasaría si llamara al chico y le dijera: «¿No tendrías alguna cosa más?». ¡Dios! A Frances le habría dado un ataque. Todo esto me hizo pensar en el sabor de los caramelos de canela en la boca de un hombre.

Conocí ese sabor en el instituto, después de que mi madre, presa del pánico, nos hiciera prometer a Frances y a mí que jamás besaríamos a un hombre «con lengua». Así nos lo dijo. Había oído hablar de una joven que había practicado esa aberración en algún lugar del mundo, en una época remota. Yo tenía apenas dieciséis años, por lo que Frances debía de tener catorce. Mi hermana le prometió a mamá que nunca en su vida haría una cosa tan repugnante. Apuesto a que todavía no lo ha hecho, después de tantos años. Pero yo sí. Detrás de un establo, con el primo ya adulto de alguien. Y sentí algo que solo podría calificar de alivio. Una bocanada de oxígeno después de aguantar la respiración bajo el agua durante demasiado tiempo. El aliento cálido de otro ser humano mezclado con el mío, el contacto con su barba incipiente. Me atreví a apoyarle una mano en la mejilla, como atraída por un imán. Nunca volví a ver a aquel hombre. Después del beso, salí huyendo, pero no se me ha olvidado el sabor a humo de tabaco y a caramelos Red Hot de canela. Haber sido testigo de un acto reprobable a escasa distancia me había hecho recordar aquel alivio, aquella sensación de haber salido por fin de mi burbuja.

«Frances». Coloqué su cojín entre la ventana y mi cabeza.

Tenía dos años menos que yo y era guapa, menuda, remilgada y capaz de librarse llorando de cualquier castigo. Yo, en cambio, era más alta y de aspecto más corriente, pero también más divertida, y

eso, en mi opinión, me hacía más interesante. Frances tenía los rizos de color castaño claro y los ojos almendrados de mi madre, y su figura era más femenina, pero tenía el cuello demasiado largo. Yo había heredado los ojos oscuros de mi padre y mi pelo era tan liso que cualquier intento de ondulación se perdía en el trayecto entre el tocador y la puerta principal. Además, tenía el pecho plano y una barbilla casi inexistente, algo que no podía olvidar, porque Frances se encargaba de recordármelo a cada momento. «¡Y también demasiadas o-pi-nio-nes!», solía gritar mi madre desde la otra habitación. «Si tuvieras menos, la vida te resultaría más fácil». Yo le respondía que, en mi o-pi-nión, tenía tanto derecho a tenerlas como cualquier otro ser humano con una suscripción anual a *El mensajero del Delta.*

Temía que Frances no se alegrara de verme, sobre todo después de lo que había dicho la abuela acerca de presentarse sin ser invitada. De repente, sentí tanto calor que tuve que abrir la ventana otra vez.

De niñas habíamos estado bastante unidas, al menos durante un tiempo, aunque éramos muy diferentes. A mí me gustaba cuidar de las gallinas y la pareja de pavos reales que había encargado por catálogo, mientras que Frances solo quería peinarse y mirarse en el espejo. Pero contraatacaba cuando se sentía presionada, e incluso era capaz de morder si se veía acorralada. Aún conservaba grabado en el antebrazo el pequeño arco de sus dientes superiores, aunque ya se había borrado bastante. Con el tiempo me di cuenta de que hacíamos las cosas juntas porque no había nadie más y no tanto porque nos lleváramos bien. ¿A qué otra persona habríamos podido torturar? Mi padre, un hombre callado pero brillante, se ausentaba tres días por semana, para protegernos de las inundaciones del Mississippi. Mi madre siempre estaba ocupada cocinando, lavando la

ropa y sufriendo por el precio de los melocotones en lata, y la abuela nos amenazaba con la pica eléctrica si la molestábamos (la tenía siempre a baja potencia, por lo que era mucho peor la amenaza que el calambrazo). Pero yo llevaba las torturas demasiado lejos, al menos según Frances. Una vez, después de aguantar una de sus pullas por mi falta de barbilla, dibujé un pavo, le puse su cara y pegué el retrato en una pared de la escuela. ¡Dios, se le parecía muchísimo! Era Frances, pero con pico y con un cuello largo que se extendía a través de tres folios y acababa en un cuerpo diminuto de pavo. Por desgracia, el apodo de Pava la persiguió más tiempo del que nadie habría previsto. Durante años la siguieron llamando así.

Mi lema siempre había sido: «Como eres importante para mí, encontraré maneras nuevas y originales de vengarme». Dedicaba mucho tiempo a tramar la represalia perfecta. Me parecía una forma de mantenernos unidas. Y lo estuvimos, hasta que llegó Mathilda Tate.

Nuestra pequeña escuela al final de la carretera impartía hasta sexto curso. Mi padre ganaba un buen sueldo en el Cuerpo de Ingenieros, pero no se preocupaba mucho por el dinero. Ni siquiera le parecía bien contratar a nadie para el trabajo doméstico, y mi madre lo apoyaba. Era una especie de librepensador, escorado hacia el socialismo, y consideraba injusto que unos pocos tuvieran tanto dinero y otros muchos fueran tan pobres. Pero valoraba en gran medida la educación, por lo que un día le pidió a mi madre que preparara un pastel de crema de caramelo y, dejando sus convicciones en casa, se fue a ver a los Tate para preguntarles si podrían llevarme en el coche con su hija Mathilda a la escuela del condado de Warren, que estaba a cuarenta y cinco kilómetros de distancia e impartía todo el ciclo secundario.

La mayoría de nuestros vecinos tenían granjas, pero los Tate poseían una «plantación». Los Tate tenían criadas, mientras que los Calhoun teníamos a la abuela. Había islas de fortuna como la suya dispersas por todo el delta, aunque en la radio se empeñaran en repetir que el estado de Mississippi sufría la mayor incidencia de malnutrición y los ingresos más bajos de todo el país. Mathilda Tate era de la misma edad que Frances y llevaba cintas de seda en la larga cabellera dorada que, a los ojos de quien no la conociera, podían hacerla pasar por una niña adorable. Tenía la nariz respingona como un perro pekinés, pero más mona. La habían expulsado de un internado caro en el este y algunas veces la oí decir que, cada vez que se le acercaba un pobre, sentía el impulso de salir corriendo a darse un baño. Pues bien, a Frances la tenía fascinada. Nunca había visto a ninguna persona tan antipática como mi hermana asentir tanto y decir tantas veces que estaba de acuerdo como en esos trayectos hasta la escuela.

Al poco tiempo, Frances solo sabía hablar de nuestra vecina: «Mathilda Tate tiene un cepillo de plata auténtica con su nombre grabado», «Mathilda Tate tiene una nevera que se enchufa a la pared»... Los padres de la niña le pagaban para que la ayudara con los deberes, aunque ella lo habría hecho gratis con mucho gusto. «Mathilda Tate me ha dicho que la llevarán a Europa en barco cuando cumpla dieciocho años», dijo un día. «¿Para qué esperar? —repliqué yo—. Que se la lleven ya».

No era exactamente envidia lo que yo sentía, pero veía que mi hermana se estaba volviendo cada vez más guapa y popular con cada viaje de ida y vuelta a la escuela. Yo era mayor y tenía mis propios amigos. Era presidenta del club del Tomate (el huerto donde las chicas cultivábamos una pequeña parcela) y del club de

Matemáticas, y cantaba en el coro de la escuela, aunque todo eso quedó interrumpido por culpa de las paperas.

A mis dieciséis años, Frances y yo pillamos un caso fuerte de esa enfermedad. Se nos hinchó tanto el cuello que parecíamos vacas. A ella le quedaba más gracioso, por tenerlo tan largo. Al cabo de un par de semanas, mi hermana ya estaba mejor, pero yo seguía ardiendo de fiebre y empezó a correrme entre las piernas un reguero de sangre caliente que no paró en semanas. Nuestro frío e indiferente médico de Jackson, con prisa por volver a casa a tiempo para la fiesta de cumpleaños de su mujer, le dijo a mi madre en el pasillo que las paperas se me habían complicado con una encefalitis. Acabé el undécimo curso, ya que hasta ahí llegaba la escuela, confinada en mi lado de la habitación que compartíamos.

Después de la visita al médico, mi padre empezó a pedirme que lo ayudara a hacer pequeños arreglos. Tenía mucha paciencia y la mente matemática típica de un ingeniero. Me enseñó a poner tablas nuevas en el suelo del porche, a reparar el grifo del fregadero y el tambor de la lavadora, a cambiar el aceite y las bujías a la furgoneta y a comprobar el nivel de todos los líquidos. Aunque nunca alcancé el grado de experto de mi padre, aprendí a vérmelas con el carburador del Ford T.

Al principio no comprendía del todo por qué me enseñaba esas cosas. Pensaba que quizá lo hacía porque no tenía hijos varones y alguien debía ocuparse de las reparaciones domésticas cuando él se marchaba a trabajar. «Échame una mano, Bird», me decía, y, al cabo de una hora o dos, yo había aprendido a cambiar los neumáticos del Ford. Estaba claro que a Frances no le interesaba nada de eso, pero aun así le preguntaba a papá por qué me lo enseñaba a mí y no a ella. Mi padre sonreía, pero no decía lo que más adelante supe que pensaba: «Tú no necesitas saberlo, porque tendrás un marido que lo

hará por ti». Unos meses más tarde, mi madre me confió llorando lo que le había dicho el médico: que yo nunca podría traer hijos al mundo. No recuerdo que la noticia me quitara el sueño.

Más allá de Vicksburg, las vías del tren discurrían junto a una polvorienta carretera amarilla. Vi gente, primero en grupos de tres o cuatro y después por docenas, desplazándose a pie o en carros cargados de baúles, sillas y mesas. La mayoría eran personas de color, aunque también había blancos. Supuse que serían arrendatarios, obligados a marcharse por culpa del programa del gobierno, que pagaba a los terratenientes para que no cultivaran algodón. Me sentí fatal por ellos. Iban mirando hacia delante, sumidos en un silencio que me pareció mortal. Los niños tenían un aspecto extrañamente viejo, como ancianos arrugados, y cuando las vías se acercaron un poco más a la carretera, noté que llevaban la cara y los brazos embadurnados de fango, para que no los quemara el sol. ¿Adónde irían?, me pregunté. ¿Qué iban a hacer cuando llegaran? Después, el tren se separó de la carretera y ya no volví a verlos.

En ese instante me sentí muy agradecida por todo lo que teníamos. Yo había heredado la complexión robusta de mi padre, tenía un empleo y cobrábamos su pensión. «Seguro que todo se arregla», pensé. Pero la idea de pedirle dinero a Frances me resultaba humillante. Me dejaba un regusto amargo, como el de los posos del café en el fondo de la taza. ¡Cómo me habría gustado demostrarle a mi hermana que había cometido un error al abandonarnos!

—Dice Mathilda Tate que si no estás prometida a los veinte años, tienes un noventa y nueve por ciento de probabilidades de quedarte

soltera.

Yo tenía diecinueve y pico por aquel entonces. Me había graduado con la promoción de 1928 y estaba siguiendo un curso de Contabilidad Básica por correspondencia. Más o menos por esas fechas, oí decir a Frances por primera vez:

—Uno de estos días, me iré de aquí para siempre.

Y vaya si lo hizo. Cuando se graduó, convenció a mis padres para que la enviaran a la academia de perfeccionamiento de la señorita Pickering, en Memphis, Tennessee, a cuatrocientos kilómetros de casa. Cuando le dijeron que sí, casi se mea en las bragas de la emoción por marcharse de Footely. En la academia ofrecían cursos del tipo «Etiqueta del Noviazgo», «Gestión de las Proposiciones de Matrimonio» y «Protocolo». Pero, dos semanas antes de la fecha prevista para su viaje, papá sufrió un infarto mientras estaba trabajando en el río y falleció.

No tengo palabras para describir aquella semana. Los sollozos de mi madre sonaban como si estuviera vomitando. Purgar el dolor puede ser un proceso violento para algunas personas, pero a mí me dejó muda. No fue fácil ver cómo bajaban a un hoyo y cubrían de tierra al hombre al que llamaba «papá».

Pensé que Frances aplazaría el traslado a la academia, al menos hasta después de Navidad. Al fin y al cabo, no parecía de buen tono marcharse cuando aún no habían pasado ni dos semanas del ataque cardíaco que había matado a su padre. Pero, cuando se lo mencioné, se puso como una fiera. Me llamó «egoísta» y «envidiosa», y dijo que ella no tenía por qué quedarse solo porque yo estuviera «atrapada en esta casa». Entonces intervino mi madre y me mandó callar antes de decir:

—Claro que puedes irte, Frances, por supuesto que sí.

Mi hermana debió de graduarse con honores en la academia, porque, cuando no hacía ni un mes que había terminado el curso, se casó. ¿Ya he mencionado que no nos invitó a la maldita boda?

Cuando alguien me preguntaba por qué seguía soltera, a veces me habría gustado responder: «Mi prometido murió». Les contaría que era agente comercial —lo llamaría Johnny—, que vendía líquido para limpiar alfombras y que se desplazaba al volante de un Buick. Les diría que había muerto en un accidente, en una carretera de Alabama, y que el líquido limpiador había hecho estallar el Buick en llamaradas del color del crepúsculo.

Me desperté sobresaltada por los gritos del revisor:

—¡Próxima parada: Oxford! ¡Entrando ya en la estación!

Los frenos chirriaron como ante una catástrofe inminente y el tren se detuvo con tanta brusquedad que hizo que todos los pasajeros asintiéramos al mismo tiempo con la cabeza, como si llevásemos un tiempo hablando y nos hubiésemos puesto de acuerdo en una cosa: «Sí, en efecto. Tu hermana se marchó a la primera oportunidad. Y ahora tienes que presentarte en su casa sin que te haya invitado y pedirle que os saque del aprieto».



# Meg

## 6

Debió de ser algún científico muerto o algún romano antiguo el que se inventó que todos los días tienen el mismo número de minutos. Fuera quien fuera, ya os digo yo que estaba equivocado. A las diez de la mañana, podría jurar que llevo un par de años sentada en este despacho. ¡Dios, es posible que haya cumplido los catorce mientras esperaba la hora del almuerzo! Cuando llegan las cinco de la tarde, no me sorprendería si bajo la vista y descubro que me han crecido las tetas.

Intento planificar las tareas para llenar toda la jornada, pero siempre me quedan un par de cientos de horas sin nada que hacer.

Lo primero que hago al sentarme es ordenar los útiles sobre el escritorio. Alguien entra cuando no estoy y los desordena, y apuesto a que sé quién es. Las otras damas voluntarias ni siquiera se dignarían pisar esta habitación maloliente. Se limitan a pasar por delante de la puerta, fingiendo que no ven el moho de las paredes ni la ventana tapiada.

Coloco la Biblia exactamente en el centro de la mesa y sitúo mis tres lápices amarillos alineados con la goma de borrar de color rosa. A su lado pongo las tarjetas del Día de Visita en una pila perfecta. Lo mido todo con la regla de madera, para asegurarme de que las distancias sean correctas. Por último, marco en una pata de la mesa los días que faltan para volver a ver a Ava, como haría un preso en

la cárcel. Me quedan seis meses, ocho días y aproximadamente quince minutos aquí, si Dorella no me mata antes. Ella será la siguiente en trasladarse a la fábrica de conservas, dentro de seis semanas. Anoche me sostuvo tanto tiempo la cabeza bajo la bomba de agua que, si no hubiera salido la señorita Mildred a gritarle, podría haberme ahogado.

Esta mañana, he visto sobre la mesa virutas rosas de goma de borrar, que estoy segura de no haber dejado yo. Procuro mantener limpia la superficie de trabajo. Cuando entra la señorita Garnett, me encuentra de mal humor.

—Buenos días, Meg.

Como de costumbre, se ha puesto un vestido del exacto color de la nada. Apuesto a que su marido también piensa que no tiene estilo, ni sabe lo que es.

Le suelto directamente:

—Ya le he dicho, señorita Garnett, que, si utiliza mis cosas, al menos podría ordenarlas después de...

—No son tus cosas, Meg. Son los útiles de la persona que vendrá a llevar la contabilidad... y que aún no he podido encontrar.

Cuando preguntó a las otras señoritas si alguna podía venir a ayudar en el despacho en su tiempo libre, se miraron las unas a las otras con la cara que habrían puesto si a alguna se le hubiera escapado una ventosidad. Es la expresión que se les pone cuando no quieren hacer algo pero tienen miedo de decírselo a la Gran Farsante.

—Necesito una persona que venga a poner los libros en orden. Faltan solo unas semanas para la visita del inspector.

Yo ya sé lo que pasará cuando venga.

El inspector debe de ser la única persona a la que la señorita Garnett trata con amabilidad, ya que de sus decisiones depende

nuestra subvención, palabra del gobierno que significa «dinero gratis». Viene un par de veces al año y mira los libros, para ver en qué se ha gastado la pasta la presidenta de la junta. Después se da una vuelta por la casa e indica que es preciso reparar esto o aquello. «Recuerda que son niñas blancas, Garnett». A continuación, nos pone en fila y hace que sigamos su dedo con la mirada o le enseñemos la lengua. Cuando hemos superado la prueba, le pregunta a la presidenta si alguna de las niñas ha empezado a sangrar. Solo dos o tres tienen la regla, o al menos la tenían al llegar, porque se les retira en cuanto llevan un tiempo aquí. Las señoritas siempre comentan que es muy raro. Después el inspector pasa al interrogatorio sobre lo que denomina el «desarrollo cerebral».

Cualquiera pensaría que un hombre en bata blanca debería tener la sensatez de hacernos las preguntas a nosotras para determinar si somos listas o tontas. Pero, en lo referente a nuestros cerebros, al inspector solo le interesa la opinión de la Gran Farsante, que no ve el momento de darle la mala noticia: «Como ya me esperaba, hay unas cuantas que han resultado estar bastante por debajo de la media». La última vez, vi que indicaba con un movimiento de la cabeza a la idiota de Dorella y estuve a punto de echarme a reír, ¡pero entonces me señaló a mí! «Y esa también. El mes pasado no tuvimos más remedio que sacarla de la escuela». Se inclinó hacia el inspector y es probable que le susurrara algo relacionado con aquel dibujo supuestamente soez. Después se lo llevó a la sala de las voluntarias, para ofrecerle gelatina de frutas o algo parecido.

Sospecho que será más o menos igual la próxima vez.

Esta mañana, la señorita Garnett se pone a rebuscar en la bolsa de la correspondencia que ha traído.

—Déjelo, señorita Garnett —le digo—. Ya me ocupo yo de las cartas. Usted vaya con los bebés.

Valía la pena intentarlo.

—Las internas no tienen permitido acceder a la correspondencia. Ya lo sabes, Meg.

Creerá que, si cae en mis manos una carta dirigida a alguna de las niñas, soy capaz de cambiársela por comida. Y no se equivoca. Pero lo que de verdad me interesa es un mensaje de Ava.

Rebusca de nuevo en la bolsa y guarda algunas facturas en el archivador para ocuparse de ellas más tarde. Se nota que empiezan a acumularse las deudas. Chasquea la lengua, probablemente porque se considera demasiado importante para estar pendiente de esas minucias. Luego me entrega las cartas de los potenciales padres que quieren venir a vernos. Hay tres, que ya son muchas.

Cuando sale para guardar la bolsa de la correspondencia bajo llave en el cuarto de los abrigos, desgarro los sobres que me ha dado y leo las cartas, pero nadie pregunta por una niña rubia de once años con los incisivos un poco separados y especial preferencia por los dulces y el tocino, como habíamos acordado en el plan secreto para que Ava pudiera escribirme a escondidas. Pero no importa. Probablemente aún no haya tenido tiempo de escribir, mientras se adapta a la vida en la fábrica y todo eso.

Además de contar monedas, parte de mi trabajo consiste en escribir tarjetas a los posibles adoptantes. Las cartas llegan de todo el estado y a veces incluso de Tennessee o de Louisiana. Solo se les permite venir a vernos cuatro veces al año, en los Días de Visita. A la señorita Garnett le molesta que se presenten aquí en cualquier momento. Si acaban escogiendo a una niña que les gusta, se los lleva a la sala de las voluntarias para que tengan la «Charla Especial» con la niña y asegurarse así de que son compatibles. Como nunca he llegado a esa fase, no puedo saber de qué se habla.

Lo único que sé es que luego la niña desaparece. Puf. Justo delante de tus narices.

En los últimos tiempos, casi nadie adopta a las mayores. Aunque alguna pareja se fije en nosotras, la señorita Garnett les quita la idea de la cabeza, diciéndoles que las niñas pequeñas son «más adaptables». Casi todos quieren un bebé o una niña pequeña de todas formas, para poder criarlas desde el principio. Si piden una niña mayor, suele ser porque quieren ponerla a trabajar. «Mejor con *esperiencia*», dicen. O a veces: «Una chica sana para *alludar* en la cocina». Si hubiera ganado aquel lápiz en la clase de la Biblia, les marcaría en rojo las faltas de ortografía.

Cuando tengo claro que ninguna es de Ava, las vuelvo a leer, esta vez muy despacio. Dios sabe que me muero por leer cualquier cosa, lo que sea. Las dos primeras son aburridas. Quieren un bebé y punto. La tercera está escrita a lápiz sobre un trozo de cartulina recortada de una caja de horquillas para el pelo de la marca Victoria, como las que solía utilizar mi madre. Dice así:

> *Nos hace falta una chica mayor, porque yo estaba cortando algodón y hacía tanto calor y estaba sudando tanto que se me voló la cuchilla de las manos y le rebanó el brazo a la parienta y tuvimos que hacerle un funeral al brazo, y ahora la mujer no puede levantar la olla y por eso necesitamos una chica para la cocina.*

Un funeral para un brazo. Esas cartas son las que me gustan. Con personajes, acción, descripción del tiempo meteorológico para crear ambiente y un toque truculento para mayor interés.

Les escribo una tarjeta:

*BEBÉS: 1*

*PARVULITAS: 6*
*NIÑAS MAYORES: 9*
*EL PRÓXIMO DÍA DE VISITA SERÁ: el 7 de agosto de 1933*

Dentro de tres semanas. Al pie de la tarjeta, hay una advertencia ya impresa:

*No olviden traer prueba de residencia y certificado de disponer de un mínimo de 25 dólares en una cuenta bancaria a su nombre.*

Escribo las direcciones, pego los sellos y a las nueve de la mañana he acabado todo el trabajo. Me quedo un momento con la vista fija en la ventana tapiada. Hay cinco tablas dispuestas de izquierda a derecha. Delgadas franjas de sol se cuelan por debajo de la segunda y de la cuarta. Me fijo tanto en esas tablas que las veo aunque no las esté mirando. Al cabo de un tiempo, me pongo a repasar la lista de cosas que hacer cuando estoy desesperada: «Encontrar apodos malvados que rimen con Dorella». No se me ocurre ninguno. Me tienta la idea de quitar ese punto de la lista, solo por la emoción de hacerlo.

Lo único que le pido a la vida es una ventana con vistas decentes, unos caramelos y algo para leer. ¿Acaso es demasiado?

Al otro lado del pasillo, una niña pequeña llamada Ella Jane empieza a chillar. Se ha encariñado con la señorita Frances, una de las damas voluntarias. Si aún está aquí cuando cumpla seis años, la señorita Frances la dejará tirada como un felpudo y se buscará otra niña pequeña a la que hacer carantoñas. Alguien debería advertírselo a Ella Jane.

Otra cosa que podría hacer es continuar mi serie de retratos de las señoritas. Las dibujo como si fueran criminales, con un cartel colgado al cuello y un apodo que me invento según la personalidad

de cada una. Hasta ahora he dibujado a la Gran Farsante, que es la señorita Garnett, a la Pelotillera, que es la señorita Frances, y a la señorita Pripp, que para mí es la Culo Gordo desde que me expulsó de las clases a cuenta de mi dibujo. Tengo los retratos bien escondidos en el fondo del cajón del escritorio. Cuando me vaya de este sitio, tengo pensado llevármelos para no olvidar las caras de estas mujeres, por si alguna vez me las encuentro por la calle. «Sé la clase de persona que eres», les diré.

—¡Garnett, ven enseguida! ¡Una de las chiquitinas tiene fiebre! —oigo que grita una dama voluntaria por el pasillo.

Cuando miro, varias señoritas se dirigen como una exhalación a la sala de los bebés. También veo que alguien ha dejado la puerta del cuarto de los abrigos entreabierta. Suelen tenerla cerrada con llave. Desde donde estoy, distingo algo en un estante.

Me levanto de la silla y me asomo a la puerta. Giro la cabeza a izquierda y derecha. Oigo las voces de las señoritas en la habitación de los bebés. La señorita Frances está en la sala de las parvulitas, cambiando un pañal. Las niñas mayores están todas arriba, en el aula. Con siete zancadas, me planto en el cuarto de los abrigos.

Echo un vistazo dentro. Un ejemplar de la revista *Life* vuela del estante a mi mano, como un pajarillo. Me deslizo la revista debajo del vestido y me la meto por dentro de las bragas. En la bolsa de la correspondencia, arriba del todo, veo también una carta, dirigida a una niña interna: Dorella Pratt. Si me la llevo, ¡podría cambiársela por la ración de pan de maíz de toda una semana! La cojo, me arreglo rápidamente el vestido y salgo del cuarto. Pero, de repente, la pequeña Ella Jane y otra parvulita salen corriendo por el pasillo, gritando, y la señorita Frances las persigue. Se detiene cuando me ve.

—¡Jovencita, ahí no puedes estar! —exclama.

Y entonces viene la Culo Gordo, con las manos apoyadas en las caderas.

—¡Fuera de ahí! ¿Qué estabas haciendo ahí dentro?

—¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho? —pregunta la señorita Garnett, que acaba de subir y parece muy interesada.

Ahora están aquí arriba la Gran Farsante, la Culo Gordo y la Pelotillera, con dos niñas pequeñas corriendo descontroladas a su alrededor.

Siento como si el corazón se me fuera a salir del pecho. Me voy a llevar veinte correazos por esto. Noto el impulso de acercarme la mano a la cintura, donde tengo escondidas las cosas, pero recuerdo lo que me enseñó mi madre acerca de las mentiras.

—Estaba tratando de atrapar a estas niñas que alborotan en el pasillo —digo entonces, lanzando una mirada severa a la señorita Frances—. Llevan un rato corriendo como indios salvajes.

La señorita Frances corre para intentar atrapar a las pequeñas, que van en dirección a la cocina, pero la señorita Garnett me observa unos segundos con dureza. Vuelvo al despacho, rezando para que mis tesoros no se me deslicen de las bragas y caigan al suelo.

Después me acomodo en la silla y espero, conteniendo la respiración. Noto en los oídos los latidos de mi corazón. Me quedo mirando al frente, pero nadie viene a ver qué estoy haciendo. Cuando oigo que se van, meto la carta y la revista en el cajón del escritorio y las escondo debajo de otras cosas.

Más tarde, tras asegurarme de que no hay peligro, saco el ejemplar de *Life.*

¡Dios, por fin algo que leer! Estaba famélica de lectura. En la portada hay un dibujo de una mujer vestida con un atrevido traje blanco, bastante corto, contemplando un maniquí ataviado con

capota y falda hasta el suelo. «Un siglo de progreso», reza el titular a su lado. No me parece muy interesante, pero cuando abro la revista es como si abriera el cofre del tesoro: está Tarzán, el hombre mono; la Exposición Universal de Chicago; el tebeo del perro Sinbad; un artículo largo y aburrido sobre el Partido Demócrata, que parece estar entero, pese a llamarse «partido». ¡Y anuncios! Electrolux, Radio Dial y un nuevo desodorante llamado «Odor». Deberían despedir al que decidió ponerle ese nombre. También veo la foto de un paciente en una cama de hospital, fumando un cigarrillo Camel. La enfermera de cabello oscuro que lo atiende se parece a mi madre. Paso las páginas, devorando los titulares e inclinándome sobre el papel para descifrar la letra más pequeña.

Si oigo el más leve rasguño de patitas de ratón, levanto la vista y hago como que estoy mirando la ventana tapiada, con ojos inexpresivos, como uno de esos niños retrasados. Aquí no hay nada que ver. Solo Megadera, mirando como una tonta las tablas de la ventana.

Es increíble la rapidez con que puede transcurrir un día cuando tengo el mundo entero aquí, sobre el regazo. Paso por lo menos dos horas leyendo acerca de un jugador de béisbol gordo llamado Babe Ruth, el hotel Waldorf-Astoria de Nueva York y la halitosis, que al parecer es algo horrible que las mujeres deben combatir. Ojalá lo leyera la señorita Garnett. Cuando llega la hora del almuerzo, ni siquiera he tenido tiempo de hablar con personas imaginarias, ni de quedarme dormida y babear sobre el escritorio. Me siento como si volviera a estar viva de verdad, como las personas auténticas. Averiguo que incluso existe un aparato que se enchufa a la pared y refresca toda la casa. Deben de haberlo inventado mientras yo estaba aquí, sudando la gota gorda.

Con seis dólares te puedes comprar un billete de avión a Memphis; con doce, una estola de visón. Hacia el final de la revista, encuentro un reportaje fotográfico de CA-LI-FOR-NIA. ¿Cómo lo han sabido? ¡A California quería ir mi madre! «Para salir de este maldito estado y empezar de cero en un sitio en el que haya algo más que algodón y mierda de caballo», decía.

Observo a la mujer de pie junto a la piscina, en traje de baño, con una niña cogida de la mano. Me pregunto si mi madre se habrá ido a California sin mí. Hace mucho tiempo que no pensaba en eso.

—¡Meg!

Me quedo paralizada. Levanto la cabeza y veo a la señorita Garnett, que me mira desde el umbral de la puerta. Siento un nudo en la garganta. Cuando extiende la mano, me pongo de pie y le doy la revista.

—Ven conmigo al cuarto de la correa —dice.

El cuarto no ha cambiado desde mi última visita. La misma silla y la misma correa, con orificios para que vuele con más rapidez. Tengo pesadillas con esta habitación y también con otra, aunque esa era mucho más fría y silenciosa. Al otro lado de la puerta, oigo que Dorella y otras niñas sueltan risitas divertidas. Apoyo las manos en la pared y me dispongo a recibir el castigo como un hombre. Pero, después de siete u ocho correazos, me echo a llorar. No solo por el dolor y por los cortes en la parte trasera de las piernas, sino porque me pega como si quisiera llegar a algo más profundo. Es como si intentara quitarme toda esperanza a base de azotes. Pienso en los dibujos y las fotografías de la revista *Life*. Ca-li-for-nia. La piscina azul, la mujer con la niña cogida de la mano. Mientras tanto, ella no para de susurrar:

—Sucia, marrana...

Después de quince correazos, la señorita Garnett se sienta en la silla, jadeando. Solo para porque se le ha cansado el brazo.

Por la noche, me acuesto boca abajo, por lo que me duelen las piernas por detrás de las rodillas. Dudo que vaya a dormir mucho hoy. Cuando oigo el ruido del pestillo al cerrarse, me levanto del catre y voy cojeando hasta la cama de Dorella, en la otra punta de la habitación.

—Te han escrito, Dorella —le anuncio.

Las otras niñas se incorporan en sus camas. Hay suficiente luna para vernos las caras.

Dorella mira la carta como si fuera un vaso de agua y ella se estuviera muriendo de sed. Sé que podría pedirle dinero o pan de maíz a cambio, pero, después del día que he pasado, se me han quitado las ganas de todo.

—Te la doy gratis si la lees en voz alta —le digo.

No le habría costado nada arrancármela por la fuerza, pero asiente y coge el sobre. Yo vuelvo a acostarme en la cama mientras ella la abre lentamente y la lee en voz alta para que todas la oigamos. Es de su madre. Dice que lo siente mucho. Que sus otros hermanos y hermanas están bien. Y promete que algún día encontrará la manera de compensarla.

## 7

Cuando tenía siete años, mi madre me orientaba en la dirección correcta y me seguía con la vista hasta que atravesaba todo el campo detrás de nuestra casa. A partir de ahí, tenía otros diez minutos de camino hasta la escuela. De ese modo, ella podía llegar

a tiempo a casa de la señora Cooper y yo me sentía como una niña mayor yendo sola por la calle.

Una vez le pregunté a mi madre si las hijitas de los Cooper eran listas y me dijo que sí, pero no más que yo. Me gustó esa respuesta. Desde entonces, cuando me contaba cómo les enseñaba a usar los tenedores y las cucharas, yo insistía: «Pero no son tan listas como yo, ¿verdad?». Entonces ella sonreía de aquella forma que hacía que le apareciera un hoyuelo en la mejilla. «Ni de lejos», decía en voz baja, como si fuera un secreto entre nosotras. Eso también me gustaba. Me enfurruñaba cuando hablaba bien de esas niñas demasiado rato.

Pero cuando le pregunté si pensaba enseñarles a mentir, como a mí, guardó silencio un momento y dijo:

—Todas las niñas deberían aprender a mentir, pero es cosa de su madre enseñárselo.

El único problema era que los Cooper pagaban muy poco. Mi madre decía que el salario apenas nos permitía ir tirando. Inclinada sobre nuestra mesita, me aseguraba: «Si algún día consigo ahorrar aunque solo sea unos centavos, te prometo, Meg, que haremos las maletas y nos iremos a Ca-li-for-nia».

Lo pronunciaba así, marcando cada una de las sílabas. O cantaba una canción que decía: «¡California, allá vamos! ¡California, el lugar donde nací!». Entonces yo le recordaba que éramos de Memphis, Tennessee.

Los asuntos de dinero la ponían de mal humor. Además del alquiler, teníamos que pagar cuatro dólares al mes por nuestro viejo Ford Modelo A, que tosía como un gato resfriado, se bebía la gasolina como si fuera agua y se sacudía hasta hacerte castañetear los dientes si ibas demasiado rápido. Pero mi madre lo necesitaba para ir a trabajar y para el trayecto de treinta kilómetros hasta la

ciudad, aunque para las compras básicas teníamos suficiente con la tienda ambulante que se establecía a un kilómetro y medio de casa. El tendero era un extranjero bajito llamado Rudy, que instalaba su negocio en la parte trasera del camión, como si fuera una tienda de verdad. «¡Bienvenida a la tienda ambulante de Rudy!», solía decirle a mi madre, levantándose el sombrero. Colocaba unos cajones en el suelo y allí exponía hogazas de pan, galletas saladas y sardinas en lata, y, encima de un bloque de hielo, leche, tocino, mayonesa y mantequilla. También tenía una cesta con una variedad de caramelos de colores que me volvía loca. Por lo general mi madre me dejaba elegir dos y, muy de vez en cuando, compraba uno para cada de una de las niñas de los Cooper.

En ocasiones, mi madre se ganaba un dinero extra, cuando la señora Cooper tenía que «salir». Esas noches, y también algunas tardes después de la escuela o en verano, yo me quedaba en casa de nuestra vecina de color, la vieja Ophelia Lee. He dicho que era vieja, pero no tenía ni una sola arruga en la cara, aparte de los pliegues de la gordura. Cuando me abrazaba, era tal su corpulencia que sentía como si me abrazaran dos personas a la vez. Me encantaban sus abrazos. Además, cocinaba mejor y freía mucho más que mi madre, y todos los ingredientes procedían de su huerto: boniatos, okras, bledos carboneros, calabaza. Rebozaba y freía las verduras en manteca de cerdo y, como por arte de magia, dejaban de saber a verduras. O las sacaba del frasco donde las había metido el año anterior. Siempre decía: «No me hace falta comprar provisiones. En el huerto tengo todo lo que necesito».

Ophelia solía contarme historias sobre sus hijos. Tenía dos niñas, y le había puesto nombres que hacían pensar en joyas caras: Goldie y Pearl. Goldie cantaba como nadie, y Pearl había aprendido a leer el periódico ella sola a los cinco años. Yo habría querido conocer a esas

niñas, pero ella me decía que ya habían crecido y se habían marchado. El hecho de haber crecido no me parecía razón suficiente para que alguien se fuera de casa. Yo no pensaba separarme nunca de mi madre, aunque llegara a medir un metro ochenta de estatura.

Pero lo mejor de ir a casa de Ophelia eran los perritos que criaba para ganarse la vida. Si se lo preguntáis a cualquier niño del mundo, os dirá que no hay nada mejor que una camada de cachorritos preciosos para pasar las horas jugando. Ophelia no tenía jefe. Hacía lo que se llama «trabajo por cuenta propia», y mi madre decía que era más lista que el hambre por haberse organizado de esa forma. Tenía cuatro perras mamás que se quedaban preñadas por turnos, por lo que casi siempre había cachorros en su casa. Las mamás me gruñían cuando cogía a un perrito demasiado pequeño, pero nunca intentaban morderme. Eran perros destinados a la caza, de esos que se quedan quietos con la cola recta cuando ven algo interesante que abatir. Cuando eran lo bastante grandes, Ophelia se los vendía a un hombre blanco llamado Bert, que a su vez se los vendía más caros a sus amigos blancos, porque así es como funciona el mundo.

Yo me los llevaba al césped, me tumbaba y dejaba que me treparan por el cuerpo y me hicieran cosquillas en la cara. Recuerdo que en esos momentos sentía que el mundo era perfecto. Es lo que pienso cuando me vienen a la memoria Ophelia, sus cachorros y los abrazos tan buenos que me daba. Que entonces el mundo era perfecto.

¡Qué bien lo pasábamos la vieja Ophelia y yo! Si hacía frío para salir, me enseñaba a tocar canciones en su piano.

Una vez le pregunté de dónde lo había sacado. Era lo único de valor que tenía en casa, con suntuosos pedales de bronce y la marca Wurlitzer escrita en letras doradas. A veces, cuando llovía, las teclas

blancas se quedaban atascadas, pero, aparte de eso, sonaba bastante bien.

—Se lo debo a Jesús —respondió ella—. Recé y me lo envió.

Me sorprendí, porque no sabía que las cosas funcionaran así. Yo siempre rezaba para que un cachorrito viniera conmigo a casa, pero hasta ese momento no me había dado ningún resultado.

—Dime de verdad cómo lo conseguiste —insistí.

Me miró y replicó:

—Pedí un piano en mis oraciones y vino flotando. Lo vimos bajar por el río, cuando las inundaciones del veintisiete. Venía amarrado a una balsa, con partituras y todo. Trillin lo sacó con una pértiga y se quedó esperando, pero al ver que no venía nadie detrás, lo trajimos a casa y aquí lo tienes.

Me habría encantado vivir a orillas de un río, para quedarme con las cosas que bajaran flotando. Llegué a tocar bastante bien el piano, gracias a las lecciones de Ophelia.

Cuando mi madre terminaba de trabajar, me recogía con el coche. Todas las semanas le daba a Ophelia una moneda de veinticinco centavos, que ella se guardaba entre los enormes pechos. Nunca vi que sacara nada de allí, así que no puedo saber cuántas monedas tendría acumuladas en la pechera. Lo suyo era como un banco. Algunas noches, mi madre entraba y se quedaba un rato fumando con Ophelia. Tenía que encender los cigarrillos de las dos, porque a Ophelia le temblaban las manos y no atinaba a juntar la llama con la punta. No puedo evitar pensar que las damas voluntarias se pegarían un tiro antes que encenderle un cigarrillo a Lucinda, la cocinera, que también es negra. Ni siquiera se molestan en preguntarle cómo la trata la vida.

Las dos charlaban un poco mientras yo practicaba con el piano o jugaba con los perritos. Recuerdo que Ophelia repetía todo el

tiempo: «Lo haces lo mejor que puedes, Charlie». Supongo que mi madre sacó de ahí la frase.

A veces decía: «Gracias a Dios que he dejado atrás ese maldito infierno de Memphis». Y Ophelia replicaba: «No te atormentes. Haces lo que tienes que hacer para salir adelante».

De vez en cuando mi madre se refería a «él». La oía decir: «Y el muy cobarde ni siquiera tiene la decencia de responder a mis cartas». Entonces Ophelia meneaba la cabeza y comentaba: «Con los hombres no hay nada que hacer».

Si pasaban mucho tiempo hablando, me quedaba dormida en la falda de mamá.

¿Recordáis la sensación de ir a la cama en brazos de vuestra madre? Cuando os acostaba por la noche, ¿también cantaba *I Can't Give You Anything but Love, Baby*? De no ser así, os lo habéis perdido. ¿Quién iba a pensar que una madre capaz de enseñar a su hija a cepillarse el pelo con esmero y que se esforzaba por ser a la vez mamá y papá iba a marcharse un día para no volver nunca? Me dijo que solo se iba un momento a la tienda.

El último verano que pasé en casa, la tienda ambulante de Rudy dejó de venir. Mi madre supuso que habría quebrado, como la mayor parte de este maldito país nuestro. Tuvimos que empezar a gastar en gasolina para hacer el trayecto de cuarenta minutos hasta la ciudad cada vez que necesitábamos comprar provisiones. A mí no me importaba. ¡Había tantas cosas que ver en Oxford, aunque no las pudiéramos comprar! Mi comercio favorito era la tienda de cinco y diez centavos. Por esos precios había de todo, desde una barra de pintalabios hasta un tablero de damas con todas sus fichas. Eso sí que es tener género variado.

Primero comprábamos los comestibles, los dejábamos pagados para recogerlos más tarde, y nos íbamos a la biblioteca pública, en la planta superior del ayuntamiento. En aquella sala no había nada más que libros. Nunca he visto tan feliz a mi madre como en esa biblioteca. Había tenido que dejar los estudios en noveno curso, pero decía que en sus tiempos llegar tan lejos era todo un logro para una chica. Me gustaría decirle que lo sigue siendo. Yo solo llegué a quinto. En cuanto a la ciudad, la veo tan poco como si estuviera encerrada en una cárcel. Me cuesta creer que ese mundo bullicioso esté tan cerca de aquí, a pocas calles de distancia de las Huérfanas.

Una noche, mi madre vino a buscarme a la casa de Ophelia Lee un poco antes que de costumbre. Debía de ser otoño, porque en la escuela nos estaban enseñando la historia de los peregrinos y los indios, y yo aún llevaba puesto el tocado de papel con plumas que me había fabricado cuando mi madre entró en tromba por la puerta, con la cara roja y el ceño fruncido. Lloraba y respiraba por la boca.

—¿Qué te ocurre, mamá? ¿Ha pasado algo?

—Espérame en la cocina, Meg —repuso.

Protesté, por supuesto, y cuando mi madre me empujó en dirección a la cocina, noté que le temblaban las manos. Apoyé el oído en la puerta, pero solo me llegaron retazos confusos: «una carta», «tendré que buscar otro empleo», «viviendo con su mujer» y «esa maldita fuente del jardín». Me moría por saber qué estaba pasando, cuando la oí decir:

—Creo que esa bruja asquerosa escribió la carta.

Durante toda una semana, mi madre estuvo tan furiosa que casi no podía hablar. Yo procuraba cepillarme los dientes, portarme bien y no ensuciar nada. Poco a poco le fui sonsacando algún detalle, aunque era como exprimir agua de una piedra. El resumen era que

alguien le había escrito una carta horrible sobre mi madre a la señora Cooper, que la había despedido de inmediato.

—Dime quién la escribió, mamá. Dime quién es la bruja, para que le parta los dientes de una patada y tenga que sorber la comida por una pajita durante el resto de su vida. —Había aprendido ese tipo de amenazas escuchando la radio.

Pero mi madre no me contestaba. Se limitaba a levantar la mano para mandarme callar.

Si yo insistía, se le llenaban los ojos de lágrimas y me suplicaba:

—Por favor, Meg, necesito que lo olvides. Ahora solo debemos concentrarnos en que encuentre otro empleo.

Las preguntas me carcomían por dentro. ¿Quién? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Por qué? Pasábamos mucho tiempo fregando los suelos y sacando brillo a la cocina y al pequeño lavabo. Cada vez que le hacía una pregunta, se ponía a limpiar.

Mi madre examinaba cada periódico que caía en sus manos en busca de trabajo. Visitaba los comercios de la ciudad y llamaba a todas las puertas de servicio para preguntar si alguien necesitaba que le cuidara a los niños o le limpiara la casa.

Después de uno de esos recorridos, se iba a la universidad y se ofrecía para transportar a los estudiantes en nuestro coche destartalado. Volvía a casa con veinte o treinta centavos, pero la gasolina se comía gran parte de nuestras ganancias. Además, los hombres que hacían el mismo trabajo trataban de expulsarla de la zona, solo por ser mujer.

Al cabo de dos o tres semanas, la situación empezó a empeorar de verdad. Mi madre intentaba ocultarlo, pero no me hacía falta ser muy lista para notar que la cena se estaba volviendo cada vez más sosa y ya no comprábamos nada. Íbamos a las tiendas solo para mirar. Cenábamos alubias con jamón. Pan de maíz con jamón.

Guisantes con jamón. Teníamos un jamón que le habían regalado los Cooper casi tres meses atrás, por eso siempre comíamos lo que fuera con jamón. Nadie se creería lo que he llegado a echar de menos el jamón, con lo que me harté de comerlo.

Recuerdo que mi madre se miraba en el espejo y repetía:

—Si lo hice una vez, puedo volver a hacerlo. Empezaré otra vez de cero.

El primero de diciembre, la casera vino a cobrar el alquiler.

—Le prometo que pronto tendré el dinero —le dijo mi madre—. Estoy a la espera de un pago.

La mujer la amenazó con el desahucio si no pagábamos cuanto antes.

Cuando dije que mi madre no tenía miedo de nada, olvidé mencionar una cosa: la falta de ingresos. Aquel día me confesó que sentía pánico de que vinieran a llevarse el condenado automóvil, porque ¿qué íbamos a hacer entonces?

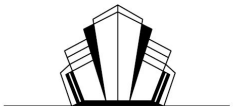
—Voy a la ciudad, a ver si me contratan para algún trayecto.

Como ya casi había anochecido, me llevó a casa de Ophelia. Cenamos verduras rebozadas y tocamos el piano. Al día siguiente me desperté en mi cama.

—¿Has llevado a muchos clientes en el coche, mamá? —le pregunté.

—A uno solo, pero me pagó muy bien —respondió.

Sin embargo, noté que no estaba contenta.



# Birdie

## 8

La casa de mi hermana era muy blanca, muy ancha y muy alta. Seis gruesas columnas sostenían un extenso porche delantero, con una docena de mecedoras negras que parecían reclinadas hacia atrás con los brazos extendidos, mirándome. Durante un largo minuto, me estuvieron observando mientras yo las observaba a ellas desde el polvoriento North Lamar Boulevard. La casa era la única estructura habitada en un tramo de uno o dos kilómetros. Al otro lado de la finca se erguían robles altos y bien dispuestos, cada uno con su elegante faldita de aligustre. La propiedad podía pasar por prima hermana de la casa de los Tate, solo que más grande y más blanca. Era como una blanquísima prima mayor del lado todavía más rico de la familia.

Franqueé una verja sin tranca y subí por un sendero de ladrillos, que pasaba junto a un escalón para carruajes, con el apellido Tartt grabado en la piedra. No me sentía en mi mejor momento, ni por el estado de ánimo ni por mi aspecto, pero su jardín tampoco parecía estar mucho mejor. Entre los arbustos de azaleas que bordeaban el porche, vi una rama caída y supuse que la habría derribado el último temporal. Me había parecido razonable ir andando desde la estación, en lugar de gastar veinticinco centavos en un taxi. Por el camino había visto una plaza y varias mansiones tan imponentes como la de

mi hermana, algunas con automóviles estacionados delante. Tras unos diez minutos andando, la carretera pavimentada se había convertido en camino de tierra y las casas se habían vuelto más pequeñas y espaciadas, hasta que solo quedaron descampados. Entonces empezó a llover. Torrencialmente. Subí los peldaños de la casa de mi hermana con el vestido de los domingos pegado al cuerpo y el pelo mojado y apelmazado. Al menos había guardado en la maleta mi único sombrero presentable, para tratar de salvarlo del desastre. Y, aunque estaba ansiosa por ver a mi hermana, no solo me sentía incómoda, sino también irritada y furiosa con ella por no habernos escrito ni llamado. Ninguna de esas emociones era la más indicada para presentarme en su casa sin avisar, sobre todo teniendo en cuenta mi necesidad imperiosa de hacer uso de su cuarto de baño.

Dejé la maleta en el suelo y golpeé el pesado llamador de latón de la puerta. Oí una risa familiar en el interior y pensé: «Gracias a Dios, está en casa». Unos segundos después, se abrió la puerta y apareció Frances, sonriendo, como si esperara a otra persona.

Se me quedó mirando, mientras asimilaba el hecho de que fuera yo.

—¿Birdie? —preguntó con los ojos como platos.

Por un segundo me pareció que se alegraba de verme y, aunque yo seguía irritada, me acerqué a ella y la abracé.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Frances! —exclamé, mientras ella se retorcía entre mis brazos como si la estuviera estrechando con demasiada fuerza. La solté y añadí—: Muchas gracias por no escribirnos ni llamarnos.

Llevaba un elegante vestido azul marino con el cuello redondo y blanco. En el delantero le había quedado impresa la mancha mojada de mi cuerpo. Había engordado un poco, pero tenía la misma nariz

respingona y los mismos rizos vaporosos de color castaño claro, que le enmarcaban la línea de la mandíbula. Estaba todavía más guapa que antes de irse. ¿Creéis que me dijo: «¡Pasa, te serviré un refresco!»? No, nada de eso.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Bird? —fue su manera de recibirme.

—Llevamos un mes escribiéndote, Frances. Mamá está muerta de preocupación. ¿Qué pasa, que estás tan ocupada que ya no abres la correspondencia?

—No, yo... —Los hombros que tenía encogidos a ambos lados del largo cuello se relajaron un poco—. He recibido vuestras cartas, pero todavía no he tenido tiempo de leerlas.

Debo reconocer que al menos se le notaba cierto sentimiento de culpa en la voz.

—También le dejé un mensaje a tu criada. ¿No te lo ha dado?

—Sí, lo siento. He estado demasiado ocupada, con las reuniones y el voluntariado... —Se volvió para mirar la puerta, como si tuviera miedo de algo que había dentro, y la cerró de un golpe—. Y aquí nadie me ayuda. Las criadas se comportan como si no me oyeran y Rory casi nunca está en casa.

Otra vez se oyeron risas en el interior de la casa.

—Está bien —la tranquilicé—. Toma, esto es para ti, de mamá. —Le entregué el cojín, que para entonces estaba empapado—. ¿Puedo entrar ahora? Estoy chorreando y las botas me están destrozando los pies.

Bajó la vista hacia mis botas con cordones, que habían conocido épocas mejores muchos años atrás.

—Ahora estoy con unas señoras muy importantes del Hogar de las Huérfanas. Hace meses que estoy tratando de entrar en la junta directiva. Ven, dame eso. —Me quitó la maleta de las manos y,

entreabriendo la puerta, la deslizó hacia el vestíbulo, junto con el cojín—. Entra por la cocina. Es por allí. Dentro de unos minutos me reuniré contigo, te lo prometo.

—Frances Calhoun, no puedes enviar a tu única hermana a la puerta de servicio...

Pero ya había vuelto a entrar y la imponente puerta negra se había cerrado tras ella.

Aquella fue la tercera vez que utilicé un inodoro moderno. Sé que no es corriente llevar la cuenta de ese tipo de cosas, pero, después de toda una vida de orinales y retretes exteriores, esas ocasiones eran para mí acontecimientos memorables. La primera vez había sido en Jackson, en la consulta de aquel médico, cuando tenía dieciséis años: una habitación fría y aterradora, donde una enfermera igualmente gélida me había enseñado a sentarme en el también frío inodoro blanco. La segunda había sido en el hotel Eola de Natchez, unos años después. Mathilda Tate había celebrado allí su cumpleaños, así que Frances quiso imitarla. La cuenta que nos trajeron por el té con hielo, la tarta de fresa y el helado estuvo a punto de matar a mi padre antes de que lo hiciera el infarto. La tercera vez fue en el húmedo y estrecho cuarto de baño de Frances, junto al porche trasero de su casa.

Por las paredes de madera de pino, supuse que sería el lavabo del jardinero, que, a juzgar por el aspecto del patio, debía de estar de vacaciones. Aunque el frente de la casa no estaba del todo mal, el jardín trasero, por algún motivo, parecía casi abandonado. La hierba me llegaba a los tobillos, con islas dispersas de maleza, furiosos estallidos de cardo rojo y ramas caídas, que parecían el resultado de un mes o dos de tormentas.

Cuando salí, vi que una mujer negra pequeñita, de unos cincuenta años, en uniforme blanco, me observaba a través de una malla mosquitera.

—¡Hola! —la saludé—. Espero que no te importe. Necesitaba usar el retrete.

Era por lo menos dos palmos más baja que yo, estaba cruzada de brazos y llevaba una cofia blanca de papel sujeta con horquillas en lo alto del pelo oscuro. A través de la mosquitera se me quedó mirando el vestido mojado y los pies descalzos; antes me había quitado las botas y las medias empapadas.

—Aquí no damos comida. ¡Fuera!

—¡Picador! —la recriminó otra mujer de color, alta, delgada y más joven, que enseguida se dispuso a abrir la puerta—. Lo siento, señorita —añadió, dirigiéndose a mí—. La señorita Frances me ha dicho que vendría usted por esta puerta.

—A mí nadie me había dicho nada —se quejó la otra mientras pasaba por su lado—. La he tomado por una vagabunda de las que vienen a pedir comida. ¡Si hasta va descalza...!

—Lo siento. Me ha sorprendido la tormenta —expliqué—. Soy Birdie, la hermana de Frances.

—Yo soy Polly —dijo la mujer más joven—. Y ella es mi hermana Picador.

Debían de llevarse diez años. Me abstuve de comentar que las dos teníamos hermanas muy poco hospitalarias.

La cocina era grande y cuadrada, con suelo de baldosas blancas y negras, y una encimera con fregadero en el centro. Me dirigí hacia allí.

—Si no os importa, me voy a lavar un poco. Frances no querrá que pise la casa con la ropa embarrada.

Me lavé las manos y me limpié la cara con la bayeta blanca que me dieron, pero seguía estando impresentable. Polly me indicó la mesa redonda de roble, al otro lado de la encimera, y me sirvió un vaso de té con azúcar y unos sándwiches que habían sobrado «de la fiesta». El nombre que daban a esos bocados alargados —«sándwiches de dedo»— siempre me había parecido inquietante. Cuando me llevé uno de esos «dedos» a la boca, descubrí que estaba muy bueno, relleno de jamón con mayonesa.

La cocina era luminosa, con paredes amarillas y techos altos. La minúscula Picador, de pie detrás de la encimera, apenas llegaba al fregadero. De ese lado de la sala, que era la zona donde se cocinaba, había una curiosa variedad de aparatos anticuados (como una nevera de madera con compartimento para el hielo o una impresionante cocina de hierro, tiznada de hollín), así como el tipo de artefactos que en el *Clarion Ledger* de Jackson aparecían anunciados como «lo mejor para la mujer moderna». Sobre las distintas superficies, observé todo un despliegue de artilugios cromados, enchufados a la pared o a las lámparas del techo. Cuando me fijé mejor, distinguí que todos llevaban grabados en letras plateadas nombres como El-Grillo, El-perco o El-Eggo. Supuse que, en este caso, «el» significaría «eléctrico».

Esperé, cansada como estaba. Pasaron diez minutos y después otros veinte más, hasta que por fin vino Frances.

—Ya se han ido. He venido tan pronto como he podido. —Se sentó a la mesa, a mi lado, y dejó escapar un suspiro, como si hubiese sido ella la que había viajado seis horas para llegar a su cocina—. Me alegro de verte, Birdie —dijo, y me dio un abrazo de lado que, si tuviera que calificarlo, diría que no pertenecía a la categoría de abrazos de «llevo todo un año sin verte», sino más bien a los de «nos vimos hace un par de días».

Aun así, este segundo abrazo superó con mucho al que ni siquiera me había devuelto en la puerta principal.

—Se te ve bien, Franny —le dije.

Tenía los labios pintados y llevaba unos pendientes de perlas que no le había visto nunca. En la insignia de cobre que lucía en el vestido, pude leer: HOGAR DE NIÑAS HUÉRFANAS DEL CONDADO DE LAFAYETTE, y debajo: MIEMBRO DEL COMITÉ DE APOYO.

—Estás un poco más rellenita —añadí. Ese era el mejor cumplido que se le podía hacer a una chica en Footely, pero enseguida comprendí que allí no.

Mi hermana frunció los labios.

—Estoy tratando de perder peso, pero es prácticamente imposible, con tantas meriendas y almuerzos benéficos.

—Uy, en el pueblo estamos como tú. No paramos de asistir a almuerzos benéficos. La abuela y yo tenemos la agenda completa.

Puso los ojos en blanco. Frances casi nunca encontraba graciosas mis ocurrencias.

—¿Cómo está la abuela? —preguntó.

—Gruñona, como siempre —repuse, mientras me separaba del cuerpo el vestido mojado, que empezaba a quedarse rígido—. Me metió en la maleta la pica eléctrica, por si los bandoleros asaltaban el tren. La encontré a la altura de Water Valley.

Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero cambió de idea.

—Veo que sigue cortándote el pelo. —Me colocó un mechón detrás de la oreja—. ¿Y mamá? Ya lo sé, tengo que escribirle.

—Está preocupada por ti, Frances. Y por otras cosas. —No me apetecía hablar todavía de las dificultades que atravesábamos, y menos con alguien que ni siquiera leía nuestras cartas—. Le dije que vendría a verte por tu cumpleaños.

Me miró con una sonrisa feroz.

—¡Pero si aún faltan tres semanas! —Sus palabras estallaron en el aire como pequeñas pompas.

Le sonreí a mi vez y vi que le cambiaba la expresión cuando comprendió las implicaciones de lo que acababa de decir. En realidad, yo pensaba marcharme en cuanto hubiera cumplido mi misión.

—Podríamos celebrarlo antes —propuse.

Frances cogió un sándwich de mi plato, pero lo dejó enseguida. Estiró el cuello, se volvió hacia el fregadero y dijo:

—Picador, ve con Polly a recoger la mesa. No quiero tener la casa patas arriba todo el día.

Polly murmuró una afirmación y salió por la puerta de vaivén, pero Picador siguió secando una salsera azul y blanca, empeñada en que cada hueco y cada saliente quedaran perfectos. Después se subió a un taburete y, de puntillas, la guardó en el estante más alto del armario. Entonces se secó las manos por última vez y salió de la cocina, empujando la puerta con tanta fuerza que el batiente quedó balanceándose un buen rato. Mi hermana apretó los labios. Fue maravilloso verlo.

—No me malinterpretes, Birdie. Echo de menos el pueblo y a todas vosotras.

—Bueno... Supongo que, si fuera cierto, habrías leído nuestras cartas.

—Quiero decir que hay ciertas cosas que debes comprender, si piensas quedarte aquí una temporada.

—Perfecto, pues dime cuáles son, que me gustaría ir a cambiarme. —Sentía la tela del vestido como papel de lija sobre la piel irritada.

—Esto no es como Footely. Las cosas son... Aquí todo es diferente para mí, Bird. Los Tartt son gente prestigiosa y respetada.

Conocen el mundo: Europa, África... El padre de Rory fue un destacado hombre de negocios, fundador de uno de los principales bancos de Oxford. —Batió las largas pestañas, como a la espera de mi enhorabuena.

¿Acaso pensaba que yo iba a decirle: «Bien hecho, debes de haberte esforzado mucho para casarte con el hijo de un tipo que ganó un montón de dinero»?

—Créeme, Franny, todas estamos muy contentas de que te hayas casado con un hombre rico —repliqué—. No te haces una idea de lo mucho que nos alegramos. —Me limpié con la servilleta una mota de barro que descubrí en la falda del vestido—. Aunque papá debe de estar retorciéndose en la tumba, viéndote casada con un banquero.

—Yo no tengo la culpa de que la familia de Rory sea tan importante —repuso ella, y, aunque no se alegrara de verme, estoy segura de que estaba feliz de tener a alguien a quien decírselo—. Por eso no puedes presentarte aquí de repente con esas pintas, como si fuéramos una familia de pobres palurdos de pueblo.

—No somos pobres —protesté. En realidad, sí lo éramos, aunque antes de ese año jamás nos habría descrito así.

Frances se echó a reír, pero el sonido resultante fue más parecido a un ronquido.

—¡Claro que sí! En comparación con los Tartt, lo somos. La madre de Rory me trata como si hubiera nacido en Villa Ratas.

—Bueno, Franny, a quien le quepa el sayo...

—No tienes idea de lo mucho que me he esforzado para causar buena impresión en la ciudad, Bird, y lograr que me inviten a los mejores almuerzos benéficos y me abran las puertas de las comisiones más importantes, para que los Tartt dejen de verme como una campesina. —Empezó a parpadear, mientras se le estiraba el cuello y se le ponía cada vez más tenso. ¡Dios mío, creía que ya

habría superado esa forma de reaccionar!—. No me ha sido fácil llegar tan lejos, y no voy a permitir que te presentes descalza en esta casa, con ese vestidito de costurera, y lo eches todo a perder.

—Tranquilízate, Pava, y deja de erizar las plumas. No he venido para estropearte nada.

—¿Lo ves? —me espetó, señalándome con el dedo—. Eso es justo lo que quiero decir. Será como aquella vez, cuando me hundiste en la miseria con aquel dibujo del pavo. Lo hiciste entonces y volverás a hacerlo ahora.

—¡Franny, lo del dibujo del pavo fue hace diez años!

—Te lo he dicho mil veces: ¡no me llames Pava! —exclamó con el cuello aún más tenso y estirado que antes, incapaz de comprender que el efecto era también la causa—. Ahora soy una persona nueva y aquí nadie ha oído nunca ese apodo.

—Vale, lo siento. No volveré a llamarte... eso. Lo prometo.

Por fortuna, su cuello largo y estirado volvió a su estado normal.

—Lo único que estoy diciendo es que me he esforzado mucho para mejorar, Bird, y que solo aspiro a ser la esposa que Rory desea tener. ¿Lo entiendes?

No, no lo entendía. Pero contesté:

—Supongo.

Hablaba de sí misma como si fuera un artículo de un catálogo que fuera posible cambiar por otro de forma o talla diferente.

—Pero necesitas recordar de dónde vienes —añadí—, porque es verdad que naciste en Villa Ratas, Mississippi, y tu madre, tu abuela y tu hermana seguimos viviendo allí.

—No lo he olvidado —replicó, entrelazando las manos sobre el regazo—. A decir verdad, a Rory le gusta que yo sea una chica de pueblo, del delta del Mississippi. En su opinión, una mujer debe ser

femenina, no como esas chicas que hablan de política, leen los periódicos y tienen todo tipo de opiniones estridentes.

—No veo la hora de conocerlo —dije.

—Está en Jackson hoy, con unos clientes importantes, pero volverá antes de la cena.

Asentí. Sin embargo, tenía una espina clavada desde hacía un año y por fin iba a poder sacármela.

—¿Por qué no nos invitaste a tu boda, Franny?

Colocó las manos sobre el borde de la mesa, como si necesitara apoyarse en algo. Debía de ser consciente del daño que nos había hecho.

—No invité a nadie, ¿vale? Habría querido hacerlo, pero nos casamos tan precipitadamente que ni siquiera tuve tiempo de comprar un vestido. La señora Tartt me consiguió uno prestado.

—¿A qué venía tanta prisa? —pregunté.

De no haber sabido que Frances era una mojigata incurable, habría pensado lo obvio.

—Algún asunto legal, relacionado con los impuestos o algo así. Da igual. Rory tenía mucha prisa y, en consecuencia, yo también.

Era bastante evidente que no me estaba contando toda la verdad, pero en ese instante entró Picador, la criada diminuta, cargada con un montón de sábanas sucias. Pasó junto a nosotras de camino al pequeño lavadero detrás de la cocina y Frances aprovechó la ocasión para levantarse.

—Será mejor que te cambies, antes de que vuelva la señora Tartt de la partida de bridge. Y escúchame bien: quiero que seas amable cuando te la presente.

—Yo siempre soy amable.

—Pero ella no. Es una bruja —dijo en voz baja, volviéndose para echar un vistazo por encima del hombro—. No hago más que

preguntarle a Rory cuándo vamos a mudarnos. La bruja siempre está dando vueltas por la casa.

—¿Cómo se atreverá a dar vueltas por su propia casa? —repuse.

—Creo que no le caigo bien, por alguna razón que no alcanzo a comprender.

—Es un misterio —comenté, y salí tras ella de la cocina.

Me hizo subir por una escalera estrecha y mal iluminada, que llamó la «escalera de servicio», y, una vez arriba, me condujo por un pasillo alfombrado de colores claros, hasta un cuarto de baño que resultó ser completamente diferente de todo lo que yo había visto a lo largo de mi breve historia de baños y retretes. Era casi tan grande como todo mi dormitorio en el pueblo, con azulejos de color rosa pálido. Un lavabo redondo de porcelana se erguía bajo un espejo ovalado, lejos del inodoro, que estaba discretamente escondido en el rincón más apartado. Bajo la ventana destacaba una enorme bañera blanca, con un par de grifos curvados como cuellos de cisne.

Frances abrió los dos a la vez. En la pared, un aparato blanco comenzó a vibrar. Cuando tendí la mano, sentí que salía agua fría y caliente al mismo tiempo, y, aunque no ignoraba la existencia de los calentadores —yo también leía el catálogo de Sears Roebuck cuando no podía dormir por la noche, como todo hijo de vecino—, nunca hasta ese momento había tomado un baño caliente sin tener que acarrear quince ollas de agua hirviendo desde los fogones hasta la bañera.

—¡Dios bendito, ahora entiendo por qué tenías tanta prisa por casarte con Rory! —exclamé, mientras me sumergía en la tibieza aterciopelada del baño.

No lo había hecho para meterse en su cama, sino en su bañera. El agua era como un bálsamo para la piel irritada. Me eché hacia

atrás y cerré los ojos. Si la sensación era tan deliciosa en julio, no podía ni imaginar cómo sería en enero.

Frances se sentó en un taburete junto a la bañera y fijó la vista en la pared. Nunca había soportado la desnudez, ni siquiera la suya. La noté incómoda antes incluso de quitarme la ropa, pero en algún momento debió de echarme una mirada fugaz.

—¡Por Dios, Birdie! ¿Cuándo has dejado de depilarte las axilas?

—Cuando tú nos abandonaste y dejaste de atormentarme para que lo hiciera. No le veo el sentido a arriesgar la vida cada vez que me crece un pelo en el sobaco.

Fue hasta el botiquín y volvió con su maquinilla de afeitar Curvfit de alpaca, mientras yo me enjabonaba las axilas para complacerla.

Después me pasé la esponja por el cuello y la cara. Ella se cruzó de piernas y empezó a batir nerviosamente un pie, arriba y abajo.

—¿Qué haces en Footely, cuando no estás trabajando en la tienda? —preguntó.

—Lo que he hecho siempre, Frances. Repartir alegría allá adonde voy.

—Pero ¿qué más? Te lo pregunto en serio. ¿Qué haces? —insistió, y pensé: «Ya estamos otra vez». Mi pequeña vida no tenía suficiente emoción para ella.

—Más o menos lo mismo que antes de que te marcharas, Franny. Me levanto al alba, ordeño a la vaca, pongo la cafetera, hago mis mundialmente famosos huevos revueltos. Después de trabajar, preparo la cena. Ya sabes que me gusta cocinar. Los domingos voy a misa, los martes por la noche juego al bridge con las señoras mayores en la tienda y los sábados por la noche vuelvo al Foote y escucho las conversaciones de los que vienen a hablar por teléfono.

—¿Nunca te sientes sola, sin un novio ni un marido? —Parecía sinceramente preocupada. Me habría emocionado su interés, de no

haber sido tan irritante la pregunta.

—No es fácil sentirse sola cuando siempre estás rodeada de gente, Frances —respondí, aunque era mentira. Incluso con mamá y la abuela en casa, la soledad me agobiaba tanto como el calor—. ¿Por qué? ¿Qué haces tú todo el día? —pregunté a mi vez—. Aparte de comer sándwiches de dedo y mangonear a las criadas.

—Asisto a almuerzos benéficos y reuniones de comités.

—Sí, eso ya lo sabemos. ¿Qué más?

—Trabajo como voluntaria en el orfanato, tres días a la semana, a veces cuatro. Ahora estoy en el comité de apoyo, pero Garnett Pittman, que es la presidenta, me ha dicho que podré entrar en la junta directiva si juego bien mis cartas. Muy poca gente lo sabe, pero Garnett tuvo un bebé que murió antes de nacer y, a raíz de eso, ya no podrá ser madre. —Frances suspiró—. Me parece muy noble que dedique su vida a esas pobres niñas huérfanas.

—Debe de ser una buena persona —comenté. Se me estaban empezando a arrugar los dedos y cogí la toalla que mi hermana tenía en el regazo—. Por cierto, no pienso ponerme ese vestido.

Antes de sentarse en el taburete, me había traído un vestido blanco que colgó detrás de la puerta. Tenía ribetes negros y un cinturón negro brillante.

—Solo te pido que te lo pruebes, Birdie. Te sentará bien.

Después de ponérmelo, me quedé de pie frente al espejo junto a Frances. Era demasiado corto, como ya me imaginaba. Frances era siete u ocho centímetros más baja que yo, y, aunque su pecho era tan plano como el mío, parecía tener más curvas, por lo exiguo de su cintura. Saqué de la maleta un segundo vestido de algodón azul con estampado de cuadros, que ella enseguida empezó a alisar con la mano.

—Para ya —le dije.

—Es que está arrugado y, además, parece comprado en un baratillo.

—Es mucho mejor que eso. Lo ha hecho la abuela —repliqué, arrancándolo de sus críticos dedos, para ponérmelo por encima de la enagua—. Ven, ayúdame.

Cuando me abroché los botones del vestido, ella me recogió hacia un lado el cabello mojado con una de sus horquillas de plata. Mi hermana tenía unas manos de oro para el bordado y era especialmente hábil cuando se trataba de convertir algo vulgar en una cosa maravillosa o, en mi caso, en algo un poco menos vulgar. Me miró de arriba abajo y frunció el ceño al ver mis viejos zapatos de cordones, pero los dejó pasar.

—Tienes las cejas demasiado gruesas. Deberíamos depilártelas un poco.

—Será muy divertido, pero dejémoslo para mañana. —Mientras salíamos del baño, comenté—: Me parece que el desagüe de la bañera está atascado.

—Ya lo sé. Le he dicho mil veces a Rory que haga algo.

—Creo que yo podría arreglarlo, si tienes un...

—¡No! —exclamó, agarrándome por ambos hombros—. Ya sé que te gusta reparar cosas, pero solo me falta que la madre de Rory piense que tengo una hermana fontanera. Recuerda, cuando te presente a la señora Tartt, no hables demasiado, intenta ser cortés y... —Se interrumpió, como suplicando con la mirada. Yo sabía que se estaba esforzando por ser amable. Al final, triunfó su verdadera naturaleza—: Por favor, Birdie, no hagas que me avergüence de ti.

Yo sabía muy poco de la señora Tartt. Por las cartas de Frances, la suponía mucho mayor que nuestra madre, que tenía cuarenta y siete años. Imaginaba a una gran dama de cabellos grises, quizá un poco

senil, y sin la menor preocupación por cuestiones de dinero. Según Frances, era «horrible y grosera», lo cual desde mi perspectiva resultaba bastante aterrador, teniendo en cuenta la enorme tolerancia que tenía mi hermana para las personas horribles y groseras, siempre que fueran ricas.

En la planta de arriba, Frances me hizo pasar por delante de más dormitorios hasta el otro extremo del pasillo, donde bajamos por una escalera mucho más fastuosa, que se ensanchaba y parecía florecer en la planta baja. Llegamos de ese modo a un amplio y largo pasillo, que mi hermana llamó «el gran *hall*». Cuando lo dijo, su voz arrancó ecos de las paredes. El pasillo discurría por el centro de la casa, desde la puerta trasera hasta la principal. Observé junto a esta última un precioso reloj azul de pie, con curvas como las de una mujer. El tictac era muy suave, apenas una insinuación del paso del tiempo en Idlewilde.

—Es sueco —dijo Frances—. Lo trajo la abuela de la señora Tartt.

Mientras mi hermana me hacía el *tour* de la casa —como ella misma dijo, con pretendida pronunciación francesa—, recitaba las explicaciones como si las estuviera leyendo en el *Almanaque Mundial*:

—Idlewilde fue construida en 1847. Henry Tartt, el padre de Rory, se la compró a un primo menos afortunado, que también se apellidaba Tartt, con el dinero que había ganado en la Bolsa. Solo tenía veinticinco años.

A la izquierda del gran *hall* se encontraba el salón «formal», con gruesas alfombras de color burdeos, pesados muebles de madera oscura y sillones con tapizado de brocado. Prácticamente cada centímetro de la sala estaba decorado con terciopelo verde, malva y azul, que enmarcaba las ventanas e incluso revestía parte de las paredes.

—Es un milagro que Idlewilde haya sobrevivido a la guerra de Secesión —continuó Frances—. A los soldados yanquis les pareció demasiado bonita para prenderle fuego.

«Sí, seguro —pensé—. Debían de ser miembros del comité de decoración del Ejército».

—Y aquí está el comedor. —Desde el salón, Frances abrió un par de enormes puertas correderas, con un gesto que me recordó a Moisés dividiendo las aguas del mar Rojo.

En las vitrinas, a lo largo de las paredes, relucía la vajilla de plata. Alrededor de la larga mesa oscura que ocupaba el centro de la habitación, había dieciséis sillas de respaldo recto. Pero la mesa solo estaba puesta para tres personas.

—Las sillas son *Chippendolls* auténticas. Chippendales —se corrigió enseguida, visiblemente contrariada.

—Todo muy bonito —comenté—. Muy... anguloso.

No tenía idea de cuál habría sido el comentario adecuado en esas circunstancias. Al lado de la larga mesa y de las sillas de nombre impronunciable, bajo el techo de cuatro metros de altura, pensé que mi hermana parecía pequeña e insignificante.

Después me llevó a ver otras habitaciones, cuyos nombres no guardaban ninguna relación con el uso que podía darles Frances. Por ejemplo:

—Esta es la biblioteca, donde nos sentamos a leer.

Mi hermana nunca leía libros. Solo revistas de cine y del hogar, y novelitas románticas de cinco centavos.

—Ahí está el estudio de Rory, y este es el salón de fumar —dijo señalando otro par de habitaciones a la derecha del pasillo.

De nuevo, Frances no fumaba; mi madre decía que no era propio de una señorita. (Como era de esperar, mi abuela me enseñó a liar tabaco en cuanto cumplí quince años). Las únicas habitaciones

cuyos nombres hacían honor a su utilidad eran los dormitorios y los vestidores, en la planta de arriba. Habría apostado a que allí pasaba Frances la mayor parte del tiempo. Nadie se vestía con tanto esmero para irse a dormir como ella. Aunque lo más curioso de la casa para mí era que resultaba bastante fría, pese a los muchos revestimientos de caoba y terciopelo, incluso en una calurosa tarde de julio.

—¿Cuántas tierras tiene esta granja? —pregunté, mirando por una ventana trasera.

Más allá de la hierba crecida, al otro lado de una hilera de magnolios que marcaba el límite del jardín, se extendían campos sin cultivar. Supuse que allí también los tendrían en barbecho, como en el delta, y que por eso no se veían algodonales ni maizales. Si Rory era un «caballero granjero», metido en el negocio de la agricultura no ya para subsistir, sino para ganar un dinero extra, me preguntaba si sería capaz de echar de la tierra a sus arrendatarios, como habían hecho con la pobre gente que había visto desde el tren.

—Rory no es granjero. Se dedica a las finanzas. Vendió todas esas tierras hace años.

—Veo que tampoco es hortelano.

No era solo que la hierba estuviera demasiado crecida. También había un huerto junto al establo que estaba pidiendo a gritos que le arrancaran las malas hierbas.

—Hagas lo que hagas, no saques el tema del huerto —me advirtió Frances—. Es un tema delicado. Los Tartt son gente de ciudad. Compramos todo lo que comemos, excepto los pollos y las gallinas, porque a Rory le gusta que haya huevos frescos para el desayuno. También tenemos una vaca, pero no veo la hora de deshacerme de ella, porque se pasa el día mugiendo.

—¿La ordeñas bien? —pregunté—. Las vacas no mugen porque sí, porque se aburren.

—Calla, anda, yo no sé nada de ordeñar vacas —repuso ella, antes de continuar el recorrido.

De hecho, Frances había ordeñado una vaca cada maldito día de su vida, durante dieciocho años.

Mientras regresábamos al amplio pasillo central, observé:

—¡Anda! Ahí está el teléfono que no usaste para llamarnos.

En un rincón bajo la inmensa escalera, había un teléfono negro sobre una mesita con una silla adosada.

—Es una línea privada. Son muy caras. La mayor parte de la gente de la ciudad tiene línea compartida.

Extendí la mano para levantar el auricular y comprobar si era tan pesado como el de la tienda, pero ella me lo impidió.

—¡No! Rory no quiere que nadie lo use. Haría subir la factura.

En la otra punta del pasillo, cerca de la puerta trasera, Frances me apoyó una mano en el brazo.

—Muy bien, ha llegado el momento de presentártela. Com-pór-ta-te. —Me lo dijo así, separando las sílabas.

—¿Qué crees que pensaba hacer?

No me respondió. La seguí a la última habitación, a la izquierda.

—Y aquí está el saloncito donde solemos sentarnos —dijo mi hermana, como si me hubiera convertido de repente en una invitada importante.

Era una habitación más bien pequeña, situada en la parte trasera de la casa, con ventanales que daban al porche. Tenía una alfombra verde preciosa, un poco gastada, unos sillones azules que parecían excesivamente mullidos y ningún mueble de nombre impronunciable. Sentada en un sofá de color salmón, había una señora rubia de baja estatura, no demasiado rolliza, que escuchaba a Bing Crosby

interpretando *At Your Command* en un aparato de radio apoyado sobre el alféizar de la ventana.

—Señora Tartt —dijo Frances, y casi pareció que fuera a hacerle una reverencia—, tenemos una visita inesperada. Le presento a mi hermana Birdie.

Los grandes ojos azules de la pequeña dama se agrandaron aún más.

—Vaya, qué sorpresa. Es un placer conocerte, Birdie. Ya me había dicho Picador que tenías una invitada.

Tenía el rostro redondo y cordial, con hoyuelos en ambas mejillas. Vestía un traje sastre azul pálido y llevaba un montón de joyas: un collar de perlas enormes, una insignia de oro con la leyenda CLUB FLORAL – COLABORADORA y pesados pendientes de zafiros que parecían alargarle los lóbulos de las orejas. Cuando me incliné para estrecharle la mano, noté que llevaba anillos en cuatro dedos.

—Siéntate, por favor —dijo.

Frances me indicó con un gesto que me acomodara en el sillón azul, a la derecha de su suegra, mientras ella se sentaba a la izquierda.

—Cuéntame, Birdie —prosiguió la señora Tartt—. ¿Qué te trae a Oxford de visita?

—Ha venido a celebrar mi cumpleaños... anticipadamente —intervino Frances—. Se alojará aquí con nosotros. —Hizo una pausa —. Si a usted no le parece mal.

—Claro que no. Puede quedarse en mi casa todo el tiempo que quiera —replicó la vieja señora, y yo noté un ligero temblor en la mandíbula de Frances.

Estaba poniendo lo que yo llamaba su «sonrisa escalofriante», una mueca de labios rectos que le salía cuando tenía que ser amable

con alguien que no le caía particularmente bien. Conmigo la había puesto varias veces.

—La instalaremos en el dormitorio dorado, al lado del vuestro.

Mientras hablaba, la pillé echando un vistazo a mi vestido y mis viejos zapatos acordonados. Su gesto fue más de curiosidad que de reprobación, y por un momento me pregunté si las criadas no la habrían advertido ya de mi aspecto. Yo también la estudié a ella. Su piel era de una tersura asombrosa y el cabello le formaba un perfecto arco dorado en torno al rostro. Nada que ver con la vieja bruja que Frances me había pintado.

—Cuesta creer que ya haya pasado casi un año de la boda de Frances y Rory, y yo aún no hubiera conocido a nadie de su familia —observó la señora Tartt.

—A mí también me cuesta creerlo —convine, sonriéndole a Frances por encima de la mesita de café.

—Vivís en el delta, ¿verdad? —prosiguió la señora Tartt—. Dime, Birdie, ¿habéis podido ir este año a la romería de primavera en Natchez? Me han dicho que es preciosa.

Frances me lanzó una mirada que me perforó la piel, de modo que contesté:

—Por desgracia, esta vez nos la perdimos.

La romería era un recorrido por varias grandes mansiones de antes de la guerra, en el que señoras con miriñaque y caballeros en uniforme de soldado confederado pedían amablemente a los negros que fingieran haber vuelto a la época de la esclavitud. Cuando *El mensajero del Delta* publicó un artículo de dos páginas acerca del festejo, yo les escribí una carta para informarlos de que ESO NO ERA UNA NOTICIA.

—Me encantaría ir algún día —repuso la señora Tartt—. ¿Y cómo están vuestros primos, los Tate? Hace siglos que no hablo con

Emmogene Tate. Debe de hacer por lo menos diez años desde la última vez.

¿Primos? Le sonreí a Frances, aunque en realidad habría preferido soltar una carcajada. ¿Cómo se me había podido olvidar su pequeño problema? Esa tendencia suya a contar mentiras inocentes. Mentía bien, aunque sus patrañas nunca pasaban de ser pequeños detalles decorativos pero engañosos, como las cintas de seda que Mathilda Tate lucía en el pelo.

—Los primos Tate están de viaje por el continente europeo este verano. Por eso no hemos sabido nada de ellos —respondió Frances, escurridiza como una anguila.

El sol poniente, detrás de la señora Tartt, comenzaba a teñir la habitación de un rosa suave y difuso. En realidad, era un saloncito muy agradable. Dentro de la chimenea había un tiesto con un helecho. Sobre la repisa, la pintura de la pared conservaba la huella de algo que había estado colgado allí alguna vez. En un rincón había un gramófono Victor Victrola, con una gran bocina roja. No mencioné que era la primera vez que veía uno de esos aparatos fuera de un catálogo, para no avergonzar a Frances. Sin embargo, cuando vi una fotografía sobre la mesita, al lado de una copa vacía, no me pude contener.

—¿Es Theodore Roosevelt? —pregunté, levantando la foto de la mesa, donde había otras más, todas ellas enmarcadas.

—¿Lo es? —dijo Frances. Incluso ella parecía sorprendida.

—Sí —afirmó la señora Tartt—. ¿Conocíais a Teddy?

Mi hermana se limitó a negar con la cabeza con expresión contrita, como si el hecho de no conocer personalmente a un presidente de Estados Unidos fuera uno de sus defectos.

—No, no conocí al presidente Roosevelt —respondí yo.

La señora Tartt se inclinó hacia delante y señaló algo por encima del apoyabrazos del sofá rosa.

—El que está al lado de Teddy es Henry, mi difunto esposo. —Junto al presidente aparecía un hombre muy corpulento, de ancho tórax, vestido de esmoquin y con un cigarro en la mano—. Esta foto fue tomada allí mismo, en el jardín. —Su voz se suavizó y sus palabras se quedaron flotando en el aire—. En aquella época organizábamos bailes y celebrábamos todo tipo de grandes ocasiones. A Henry le encantaban las fiestas. Aprovechaba cualquier excusa para darlas.

Detrás del hombretón, bajo una pancarta que rezaba FELIZ AÑO NUEVO 1917, los invitados lucían trajes formales y vestidos de fiesta. Algunos posaban con un pie más adelantado que el otro, levantándose el sombrero de copa. En medio del césped habían instalado una pista de baile. La hierba parecía bien cortada, y los arbustos, muy cuidados. Los magnolios eran treinta centímetros más bajos. Eché un vistazo al patio trasero por encima del hombro de la señora Tartt. La fotografía no se parecía en nada a como estaba ahora.

—Ya no hacemos nada de eso, por supuesto —prosiguió la señora Tartt—. Rory dice que no sería de buen tono, ahora que la gente lo está pasando tan mal. ¿Y vosotros, en el delta? ¿Seguís organizando recepciones y *soirées*?

—No, señora —contesté.

Antes de dejar la fotografía sobre la mesa, descubrí a una joven señora Tartt, mucho más delgada, con vestido largo y guantes hasta más arriba del codo. En los últimos dieciséis años se había ensanchado un poco, pero, aparte de eso, se la veía más o menos igual. Algo en esa constatación me entristeció.

—¿Qué edad tiene, señora Tartt, si no le importa que se lo pregunte?

—¡Birdie! ¿Cómo te atreves? —exclamó Frances.

—No pasa nada —replicó la señora Tartt—. Cumpliré sesenta y dos en diciembre.

Examiné un momento su cara, mientras Frances seguía protestando por lo bajo. Era casi quince años mayor que mi madre y ni siquiera tenía bolsas debajo de los ojos. Se le marcaban algunas patas de gallo y tenía varios mechones plateados entre el cabello rubio, pero no parecía totalmente exhausta, como mi madre y las otras mujeres mayores de Footely. Me pregunté si así serían los sesenta y dos años cuando no has tenido que pasar la vida entera sufriendo por el precio de los melocotones en lata. No la culpaba. Era solo una pregunta que me hacía.

—Está usted prácticamente igual que en 1917 —le aseguré.

—Gracias, querida —contestó ella, llevándose una mano a las gruesas perlas del collar. Su agradecimiento fue tan sincero que pensé que llevaría años esperando a que alguien se lo dijera.

—Se está haciendo tarde, ¿no cree? —intervino Frances.

—¡Cielos, es cierto! —exclamó la señora Tartt, y de inmediato hizo sonar una campanita de plata que había en la mesa de las fotografías.

El tintineo me hizo pensar en cristales de azúcar y me dio hambre. Mi abuela solía agitar un cencerro para llamarnos a cenar. Salía a la puerta y gritaba: «¡Todo el mundo a casa!».

Por el amplio pasillo volvimos al comedor, envuelto en una luminosidad dorada, y nos sentamos a cenar. Frances y yo nos situamos frente a la señora Tartt, dejando libre el puesto de Rory, en la cabecera. Picador, la criada más menuda pero mayor que la otra,

nos esperaba de pie, con una jarra de plata con gotas de condensación en la superficie.

—¿Querrá hielo la señorita? —preguntó, después de servirme el agua.

—Sí, por favor —respondí, y entonces ella, con unas pinzas de plata, extrajo dos cubitos de un recipiente que había sobre la mesa y los dejó caer en mi vaso. Eso sí que era un lujo. Hielo en el agua, sin necesidad de partir los trozos con un picahielos en el fregadero.

Después, Picador colocó en la mesa las bandejas y las fuentes con la comida: lonchas de rosbif poco hecho, arroz blanco, una salsa marrón y un poco picante, guisantes con jamón, tomates cortados en rodajas y un recipiente con mayonesa que se podía servir con una cuchara en forma de concha marina. Me moría de hambre. Un codazo de Frances me dio a entender que me estaba sirviendo demasiado el plato.

Tras una bendición murmurada de la señora Tartt, dijo:

—Todo parece delicioso, Picador, gracias. Y lo siento por haberte entretenido hasta tan tarde.

—Polly ya se ha ido, pero a mí no me importa. De todos modos tengo que esperar a que vuelva el señor Rory. —Por último, Picador puso sobre la mesa un vaso con un líquido lechoso, delante de la dueña de la casa—. Le he puesto un poco de azúcar. —Aguardó a que la señora se lo bebiera.

—Es horrible —comentó la señora Tartt, quitándose con una servilleta la película blanca que se le había quedado adherida a los labios.

—El doctor Speed ha dicho que se lo tiene que beber. Pero le doy la razón, tiene muy mala pinta.

—Picador lleva ya casi veintiséis años con nosotros —dijo la señora Tartt, volviéndose hacia mí—. Desde que nació Rory. No sé

qué haríamos sin ella.

—Se saltaría la medicina, eso es lo que haría —comentó la criada, y la señora soltó una risita.

Mientras cenábamos, la luz estival se deslizaba por la pared, y vi que la suegra de Frances fruncía el ceño mirando la ventana a mi espalda.

—Espero que disculpes el estado del jardín, Birdie, pero Rory ha despedido al señor Jake, el jardinero. Dice que es solo por un tiempo. Hace unos días, él mismo cortó el césped del jardín delantero, pero el trasero sigue hecho un desastre.

No parecía feliz con la situación.

—Rory me ha dicho que se ocupará del jardín trasero este fin de semana —dijo Frances, y luego se volvió hacia mí—: No es de buen tono tener mucho servicio cuando hay tanta gente que no se lo puede permitir.

«Misterio resuelto», pensé, aunque me abstuve de señalar que probablemente el tal señor Jake ya no podría permitirse nada.

—¿Cómo es Rory? —pregunté, mientras clavaba el cuchillo en mi rosbif poco hecho. Lo único que sabía hasta ese momento era que no le gustaban las mujeres con opiniones.

—Es un hijo maravilloso —replicó la señora Tartt con una sonrisa.

—Y un buen marido —añadió Frances, dándose toquecitos con la servilleta en la comisura de los labios—. Además, es muy trabajador. Lleva un tiempo yendo a Jackson varias veces por semana para reunirse con un nuevo cliente.

—Nadie puede estar más orgullosa de él que su madre —aseguró la dueña de la casa.

—Excepto su esposa —replicó Frances, con su sonrisa escalofriante.

—Ya sé que estás orgullosa de él, querida —respondió la señora Tartt—, pero es diferente cuando es tu hijo. Quizá algún día lo entiendas.

Con eso hizo callar a mi hermana, pero de toda esa devoción no logré sacar ninguna información útil.

Cuando llegaron el café y la tarta de caramelo, estaba tan cansada que me costaba mantener los ojos abiertos, aunque el reloj de pie marcaba solo las siete y media. La señora Tartt disimuló un bostezo.

—Creo que debería irme a la cama.

—¿Puedo irme yo también? —le pregunté a mi hermana.

—Vaya usted —le dijo Frances a su suegra—. Birdie y yo nos quedaremos a esperar a Rory.

—Pensándolo bien, he bebido tanto café que quizá será mejor que me quede yo también a esperarlo —replicó la señora.

Tras otra media hora de charla intrascendente, oímos que se cerraba la puerta trasera. La porcelana vibró en el interior de las vitrinas.

—Es él. ¡Rory, estamos aquí! —exclamó la señora Tartt.

—¡En el comedor! —gritó Frances con más fuerza, y entonces entró Rory, con un maletín.

Era solo unos centímetros más alto que yo, que mido un metro sesenta y cinco. Vestía traje azul rayado y corbata roja con el nudo muy apretado. Llevaba el pelo rubio engominado y peinado hacia atrás, y se notaba que había sudado un poco. Tenía la cara redonda como su madre y su expresión era agradable, un tanto infantil. No era feo, pero me había hecho una idea más grandiosa del marido de mi hermana, sobre todo después de ver la fotografía del hombretón que había sido su padre.

—Hola, cariño —dijo la señora Tartt, preparando la mejilla, aunque Rory fue a besar a Frances en primer lugar.

—Te presento a mi hermana Birdie. Ha venido a darme una sorpresa por mi cumpleaños, que será dentro de poco.

Noté cierto énfasis en la palabra «cumpleaños», y quizá Rory también, porque tardó una fracción de segundo en sonreír. ¡Dios mío, qué dientes tan blancos tenía!

—Me alegro mucho de conocerte —dijo, mientras me estrechaba la mano.

Tenía la piel suave y los hoyuelos de su madre; de hecho, con el mismo peinado y una insignia del Club Floral, habría sido su vivo retrato.

Frances se había levantado para separar la silla de la cabecera de la mesa y se dispuso a servirle el rosbif en un plato. Yo le pasé los guisantes y la señora Tartt añadió un poco de mayonesa con la reluciente cuchara en forma de concha.

Rory retrocedió unos pasos.

—Gracias, pero no tengo apetito...

—Tienes que comer, hijo. No es bueno que estés en ayunas —lo animó la señora Tartt, agregando al plato unas rodajas de tomate.

—He almorzado tarde. Solo quiero subir y quitarme este traje. Necesito trabajar un poco más en el estudio. Debo tener listos unos números para mi cliente por la mañana.

—¡Pero si acabas de llegar! —exclamó Frances, con el plato en la mano—. Además, esperaba poder hablar contigo de mi cumpleaños, que ya es el mes que viene.

Rory frunció el ceño con el maletín aún en la mano y retrocedió un paso más. Parecía sentirse acorralado por tres mujeres que intentaban alimentarlo y obtener respuestas. Yo conocía esa sensación. Cada vez que volvía a casa, después de trabajar en la

tienda, mi madre me exigía que le enumerara a los clientes y le contara todo lo que habían dicho y comprado, cuando yo solo quería sentarme y debatir en silencio con *El mensajero del Delta*.

—Lo siento, cariño —dijo Rory en un tono que me pareció sincero —, pero es importante que prepare esos números para mañana.

—Está bien —repuso Frances, dejando el plato en la mesa—. Te entiendo.

Se le acercó para darle un beso en la mejilla y él se marchó después de darnos las buenas noches.

## 9

—¡Qué habitación tan... cálida! —había dicho yo la noche anterior, cuando Frances me enseñó el cuarto donde iba a dormir.

Me parecía una auténtica cámara de tortura. La cama tenía dosel y estaba rodeada de pesadas cortinas de terciopelo por todos los lados, y todo era amarillo: las paredes, la alfombra, la ropa de cama y los cortinajes. Iba a ser como dormir dentro del sol. Como me imaginaba, me desperté al amanecer, acalorada y pegajosa entre las sábanas.

Junto a la cama, colgada de la pared, había una cuerda trenzada de fibras doradas.

—Es para llamar al servicio —me había dicho Frances.

Y yo, en tono de broma, le había preguntado si de verdad eran tan perezosos los ricos, a lo que ella había replicado que había una gran diferencia entre ser rico y ser perezoso, y mencionó «la obligación de permitir que otras personas hagan el trabajo para el que han sido contratadas». Recitó esa parrafada como si la estuviera

leyendo en la Biblia, y pareció un poco abatida cuando me confesó que los Tartt ya no usaban esas cuerdas.

En el cuarto de baño, del tamaño de un dormitorio, me lavé la cara y me puse otra vez el vestido azul de la noche anterior, que casi no estaba arrugado. Al salir, noté una brisa que se colaba por debajo de una puerta contigua al baño, que no correspondía a la habitación de Frances ni a la de la señora Tartt. La abrí y, ¡aleluya!, era una galería para echarse la siesta, en una esquina de la casa. Dos de sus lados eran mallas mosquiteras que se extendían desde el suelo hasta el techo, y tenía un par de catres de hierro y esa brisa maravillosa. Estaba llena de polvo, como si nadie la hubiera usado en muchos años. Antes de volver a cerrar la puerta, susurré:

—Nos vemos esta noche.

Al pasar junto a los otros dormitorios, aún cerrados, vi una puerta al final del pasillo, cerca de la gran escalinata, con un voluminoso pestillo de latón atornillado. Estaba cerrada con llave desde dentro. Mientras bajaba la escalera, me pregunté quién pondría pestillos en su propia casa para evitar que alguien entrara en su habitación.

Las criadas aún no habían llegado, de modo que busqué en un armario de la cocina y encontré una lata de café. La cafetera de plata estaba encima de la cocina, una enorme bestia de hierro negro, fabricada por unos tales Duparquet, Huot & Moneuse. Tenía cuatro compartimentos interiores, a diferencia de la nuestra en Footely, que solo tenía uno. Había sido reconvertida a gas y disponía de nada menos que de seis fuegos para cocinar, con una reja encima. Su aspecto era explosivo, como de máquina de guerra. Contuve la respiración, abrí la llave del gas, hice girar la perilla roja de uno de los quemadores y acerqué una cerilla. Me aparté deprisa

cuando comenzó a arder una llama suave y amable como la señora Tartt.

Mientras esperaba a que hirviera el agua del café, me fui a dar una vuelta por la planta baja de la casa. Diez minutos después, podía decir que la conocía bastante bien. Aquello no era una casa, sino una maleta o uno de esos baúles enormes de viaje, con mil bolsillos y compartimentos abarrotados de cosas. En el amplio pasillo había dos cuartos para la ropa llenos a rebosar de abrigos y sombreros para las cuatro estaciones y toda clase de mal tiempo, desde una suave llovizna hasta un furioso huracán. En la pequeña despensa contigua al comedor había montones de manteles recién planchados y piezas de porcelana y cristalería, pero también pilas de periódicos, revistas y catálogos de los últimos treinta y tantos años. Dentro de un cajón cualquiera, encontré botones suficientes para dos camisas, todo un nido de hilos enredados, cartuchos de escopeta sin usar, naipes, postales de Navidad, varios carnets de baile, un par de abonos de tren de 1919 a 1926 y un manual para *boy scouts* que no parecía haber sido abierto nunca. Mi abuela habría dicho que alguien pretendía ocultar alguna cosa en aquella casa, porque parecía limpia y ordenada hasta que abrías un cajón. Pero los Calhoun tampoco tirábamos nada. Era solo que los Tartt tenían muchas más cosas que nosotros. Nada de lo que vi parecía pertenecerle a Frances.

Cuando el café estuvo listo, me senté a beber una taza en el porche trasero. La mañana estaba despejada, pero no demasiado calurosa aún, con una leve brisa. El jardín era como una habitación con cuatro paredes. La del fondo estaba formada por la hilera de magnolios, y la de la izquierda, por un seto alto de aligustre. En el centro destacaba una pérgola de hierro cubierta de rosales rosa medio marchitos. A la derecha había un establo negro y grasiento,

con un Studebaker aparcado al lado. Un sinsonte gemía posado en el adorno plateado del capó, mientras un gallo le respondía y una vaca mugía en otra parte, como un eco. A tan solo tres kilómetros de la ciudad, solo se oían los sonidos propios del campo.

Encontré a la vaca en un corral fangoso, detrás del establo.

—Pobrecita.

Tenía las ubres llenas a reventar. Era posible que el jardinero despedido por Rory fuera el encargado de ordeñarla. Vi que había un cubo y un taburete, de modo que me senté y la ordeñé. Como no le salía la leche, le apoyé la mejilla contra el costado y la estuve masajeando hasta que le bajó. Si le hubieran permitido comerse la hierba, probablemente habría dejado el césped perfecto en un solo día.

Después entré y estaba batiendo huevos y nata en un cuenco cuando oí rechinar los goznes de la puerta mosquitera.

—Ni siquiera dice «por favor» cuando...

—Buenos días —saludé.

Picador y Polly interrumpieron la conversación y me devolvieron el saludo con una inclinación de la cabeza. Esta vez llevaban uniformes sencillos, sin cofia.

—He preparado café —anuncié—. Os podéis servir. Y he ordeñado la vaca. La leche está en la fresquera.

Polly echó una mirada a la cafetera, como si todo aquello la pusiera nerviosa.

—Siéntese en el comedor, señorita. Nosotras le llevaremos el desayuno.

Pero yo no quería ni pensar en sentarme sola en aquella mesa enorme.

—No hace falta. Ya me lo preparo yo.

La minúscula Picador me sonrió, o al menos lo intentó. Había algo gélido en su sonrisa.

Mientras dejaban sus bolsas y se lavaban las manos, encendí una cerilla frotándola contra un lado de la cocina y puse a fundir mantequilla en una sartén. Antes de que se dorara, eché los huevos que había batido muy ligeramente y los removí con un tenedor. Oí que Picador susurraba algo justo detrás de mí.

—Déjala que lo haga a su modo —le dijo Polly a Picador.

Cuando los huevos empezaron a adquirir cierta firmeza, golpeé dos veces la sartén contra la placa y eché por encima el queso rallado que había encontrado envuelto en papel encerado. Añadí cebollino y un tomate que había cogido del huerto. Después doblé la tortilla en tercios, como si estuviera plegando una camisa, y la volqué en un plato. Me apoyé en la encimera y probé un bocado.

—Debería haberle puesto más nata —observé.

Picador estudió de lejos la sartén y luego me miró a mí.

—¿Quién le ha enseñado a cocinar, señorita, si no le importa que se lo pregunte? ¿Su madre o una criada? —Lo preguntó midiendo cada palabra como si fuera el ingrediente de una receta.

—Me enseñó mi padre, que había aprendido a hacer tortillas y huevos revueltos en la guerra. Cuando Frances y yo éramos pequeñas, no teníamos criadas en casa.

Picador le echó una mirada a Polly y arqueó una ceja, como indicando que había ganado una apuesta. La otra se tapó la boca con el dorso de la mano, para disimular una sonrisa. Cuando oí la voz de Frances en el comedor, dejé el plato en el fregadero y fui a buscar el café, pero antes de llegar a la puerta de vaivén Polly me dio una taza de porcelana y me quitó de las manos la de hojalata con una sonrisa.

—Esta es para el servicio —me susurró—. Tenga cuidado, si no quiere que su hermana la regañe.

Encontré a Frances y a Rory sentados a la mesa del comedor, que la noche anterior había quedado puesta para el desayuno. Rory ocupaba su lugar en la cabecera, con Frances a la izquierda, erguida como una planta de interior.

—¿Qué te parece si pasamos unas noches en Jackson? —le estaba diciendo mi hermana a su marido—. Podríamos alojarnos en el Robert E. Lee, que tú sueles frecuentar...

—Buenos días, Birdie —me saludó Rory con una sonrisa.

Parecía muy feliz de verme, o quizá de que Frances tuviera que callarse aunque solo fuera un segundo.

—Buenos días, Bird —dijo mi hermana.

Tenía el cabello perfectamente rizado en ondas de color beige y se había aplicado pintalabios rojo rubí, aunque aún vestía un largo albornoz de color rosa con un volante en el cuello. Me senté a su lado.

—Estamos hablando de mi cumpleaños. ¿Te puedes creer que voy a cumplir veintidós en tres semanas? ¡Ya soy prácticamente una anciana! —exclamó, pero enseguida me dio una palmadita en el brazo—. Lo siento.

Rory se había puesto esta vez una corbata azul, cuyo nudo apretado acentuaba la redondez de su rostro. Tenía ojeras de no haber dormido y, pese a sus facciones infantiles, se le notaba que era unos años mayor que mi hermana.

Picador atravesó la puerta de vaivén.

—Ayer no cenó nada, señorito —dijo la criada, mientras le servía café a Rory.

Como era tan pequeña, tenía los ojos casi al mismo nivel que él.

—Hoy prometo comerme todo el desayuno, Pic —replicó él.

—¡Picador! —exclamó Frances, levantando la voz—. ¿Dónde está mi nata? —Cuando la criada se marchó a la cocina, mi hermana refunfuñó—: Se lo tengo que decir cada día. —Después se volvió otra vez hacia Rory—. En cualquier caso, Garnett me ha dicho que hay un restaurante llamado *rotisserie*, donde sirven *filet mignon*...

—Voy tan a menudo a Jackson, cariño... —suspiró Rory—. ¿No podríamos salir a cenar aquí mismo, en Oxford?

Pero Frances tenía la respuesta preparada.

—¡Si no quieres ir a Jackson, vayamos a Memphis! En tren son apenas unas horas. Podríamos alojarnos en el Peabody. Lo he visto en una revista. Hay una fuente con patos en el vestíbulo.

Rory me sonrió, por ser yo la invitada, y en voz baja le contestó a Frances:

—Ya te he dicho, cariño, que no quiero hacer viajes caros en este momento. No quedaría bien. Debemos ser prudentes. Corren tiempos impredecibles.

—¡Pero yo quiero que vayamos a alguna parte! —replicó Frances, dejando caer las manos sobre el regazo—. Tú y yo solos.

Vi que su marido tenía la misma expresión que la noche anterior: «Que alguien me saque de aquí». Entonces propuso:

—¿Y qué te parece si vamos al delta para tu cumpleaños? Me encantaría conocer la plantación de tus antepasados, el lugar donde pasaste la infancia. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué dices, Birdie? ¿No crees que a tu madre y a tu abuela les encantará que vayamos a hacerles una visita?

Ahí estaban las mentirijillas de Frances otra vez. Me pasé la lengua por los labios y le dediqué la respuesta a mi hermana.

—¡Cielo santo, Rory! ¡Para nuestra madre y nuestra abuela sería el colmo de la dicha recibiros en la plantación de los Calhoun!

Para entonces, mi hermana parecía absolutamente concentrada en la tarea de verter la nata que por fin le había traído Picador en un café que ya se estaba volviendo casi blanco. Le concedí unos segundos más para que pensara en cómo sería que Rory viera de primera mano nuestro fastuoso estilo de vida, y luego dije:

—Pero me temo que no es buen momento. Nuestra madre ha estado un poco indispuesta últimamente.

—¿Estás segura? —insistió Rory—. ¡Me parecía tan buena idea!

—Una cena aquí en la ciudad será suficiente —se apresuró a sugerir Frances, llevándose a los labios la taza de nata con café.

Unos minutos más tarde entró la señora Tartt, con una bata azul celeste larga hasta los pies.

—Buenos días. Buenos días, hijo —saludó, apoyando una mano en el hombro de Rory.

—Buenos días, mamá —respondió él, mientras volvía a doblar la servilleta sobre el regazo.

Alisándose la bata por debajo de las caderas, la señora Tartt se sentó a la derecha de su hijo. Picador le puso delante un plato con dos pastelitos y le sirvió a Rory unas tortitas. A Frances le dio solo una tostada.

—¿Cómo haces para adivinar siempre lo que quiero, Pic? —preguntó Rory, sonriéndole. Parecía más afectuoso con ella que con su madre.

—¿Tú no comes nada, Birdie? —preguntó la señora Tartt.

—Ya ha comido una tortilla, que se ha preparado ella misma —dijo Picador, antes de volver a la cocina.

—¿Te gusta cocinar? —se interesó la dueña de la casa—. Yo cocinaba mucho al principio de mi matrimonio. A Frances no le gusta.

—¡A mí me encanta cocinar! —la contradijo mi hermana.

Le di unas palmaditas en el brazo y le solté:

—Ya lo sabemos, pero preferimos que no lo hagas.

Era consciente de que me lo haría pagar más adelante. Frances no dijo nada, pero la señora Tartt sonrió. ¡Por fin alguien encontraba divertidos mis comentarios!

—Antes de que Henry fundara el banco, a él también le gustaba cocinar. Pero al año siguiente nació Rory y entonces contratamos a Picador. —Echó un vistazo a su hijo, esperando que le devolviera la mirada, pero él no se inmutó—. La última vez que fui al banco, no vi ni una sola cara conocida de la época de Henry.

—¿Cuándo fuiste al banco, mamá? —preguntó Rory. Ahora sí que la miraba, con el tenedor suspendido en el aire.

—Hace un mes, ¿no te acuerdas? Fui a cobrar mis dividendos. Por cierto, cuando vayas al despacho, quiero que llames a Jackson y preguntes por el cuadro de Fraser. Hace meses que está en el taller del restaurador.

Rory asintió y siguió comiendo sus tortitas.

—¿Qué haces en el banco? —le pregunté.

Yo ni siquiera había entrado nunca en una oficina bancaria. Mi padre decía que todos los banqueros eran unos sinvergüenzas.

—Es vicepresidente —dijo Frances.

—Me ocupo sobre todo de inversiones, especulación, futuros... —respondió Rory—. Estamos en todas las grandes bolsas del país y también en algunas del extranjero.

Parecía hablar con confianza y yo lo tomé por una buena señal, ya que después de todo había venido a pedirle dinero. Supuse que seguiría teniendo beneficios, pese a lo «impredecible» de los tiempos.

—También concedemos hipotecas y préstamos —continuó—, aunque en la situación actual nadie presta gran cosa.

—Es una pena —comenté.

—¿Cómo están los mercados, hijo? —preguntó la señora Tartt—. Vi esta semana en el periódico que habían subido un poco.

—Ayer volvieron a bajar —repuso Rory—. No tiene sentido preocuparse por eso.

Se levantó de la mesa y Frances le tocó una mano.

—No olvides que hoy es mi día en las Huérfanas y has prometido llevarme, ya que Pripp no puede venir a recogerme.

Habíamos hablado al respecto la noche anterior y yo le había preguntado a mi hermana si podía cambiar «su día», para pasarlo conmigo. «¡Pero es mi día!», había replicado ella, mirándome como si la hubiera ofendido.

—¿Qué te parece si llevamos también a Birdie y la dejamos en la plaza, para que pasee un poco? Después podría visitar el banco...

—Lo siento, se me había olvidado —la interrumpió Rory—. No te puedo llevar esta mañana. —Buscó en el bolsillo del pantalón y, al cabo de un instante, dejó caer sobre la mesa una moneda de veinticinco centavos y otras tres de diez. Enseguida volvió a guardarse una de estas últimas—. Tengo que estar en la oficina a primera hora. Llama al señor Binny, para que venga a recogerte.

—Pues... ¿qué te parece si comemos todos juntos en la ciudad? —dijo Frances—. Podría pedirle a alguien que me lleve al banco hacia las doce, para encontrarme con vosotros dos. A Garnett no le importará...

—No puedo dejar el trabajo, Frances. Tengo muchas reuniones, una tras otra. Mi secretaria me traerá la comida al despacho. —Le rozó la mejilla a Frances con los labios—. Volveré por la noche. Intentaré que no se me haga muy tarde.

Cuando la señora Tartt se marchó también y nos quedamos solas en la mesa, Frances dijo:

—Birdie...

—Siento lo que he dicho, pero es verdad que cocinas como si quisieras envenenarnos.

—Gracias por la excusa que has puesto. Te prometo que algún día llevaré a Rory al pueblo, pero necesito un poco más de tiempo.

—No te preocupes. Estoy segura de que tus antepasados lo entenderán.

La seguí por el pasillo hasta el teléfono, pero, antes de levantar el auricular, me miró pensativa.

—Garnett está buscando una persona que le lleve los libros, y tú de eso sabes bastante. —Tras informarme de la gran noticia, se puso reflexionar, moviendo rítmicamente un pie—. Le preguntaré si puedes venir conmigo mañana, para ayudar en el despacho —dijo por fin.

No fue una sugerencia, sino una afirmación.

Cogió el teléfono y le dijo a la operadora que llamara al señor Binny para que fuera a recogerla. Supuse que no lo llamaba ella para no tener que pagar la llamada. Después se dirigió a la escalera.

—Procura estar lista dentro de veinte minutos. Y no te pongas ese vestido.

Yo poseía dos pares de zapatos, que usaba según un estricto calendario. Mis botas negras abotonadas W. B. Coon, de 1925, eran para los domingos y las ocasiones especiales, mientras que los zapatos marrones acordonados, los más cómodos, eran para el resto de la semana, como hoy. Para compensar, me puse otro vestido azul, el tercero y más bonito de los que tenía, con botones que imitaban perlas, y me recogí el pelo como había hecho Frances la noche anterior, aunque esta vez solo conseguí que me cayera sin gracia a los lados de la cara, lacio.

Al cabo de un momento, entró mi hermana en mi habitación amarilla. Su atuendo era de «mujer industriosa aunque a la moda», como correspondía a una dama voluntaria: vestido verde oliva con gran cantidad de bolsillos cuadrados y pañuelo rojo anudado al largo cuello. Echó un vistazo a mi vestimenta, pero no dijo nada, lo que me pareció muy poco amable. Hacía un año que no nos veíamos; al menos podía tomarse el trabajo de criticarme un poco.

—¿Todavía sigues usando ese sombrero viejo?

Debería haber sabido que no se resistiría a hacer un comentario. Se refería a mi sombrero *cloche* de paja adornado con una flor roja de seda. Me había costado tres dólares con cincuenta centavos, comprado por catálogo.

—¡Pero si solo tiene dos años! —Era lo mejor de mi vestuario.

Respiró hondo y se tragó lo que fuera que quisiera decir. Cualquiera hubiese dicho que se había tragado una bola de algodón.

Unos minutos después, el señor Binny hizo sonar el claxon y nos abrió la puerta de su pequeño taxi. Era un hombre bajo y más bien grueso, de piel casi negra, con una herradura de pelo gris en la cabeza y traje negro de corte holgado. Tenía mal carácter, quizá porque, según me había contado Frances, había galanteado con Picador tras la muerte del marido de ella, hacía dos años, pero su romance se había agriado a partir de cierto punto y la señora Tartt había tenido que pedirle a la criada que no saliera a la ventana a ponerle mala cara cada vez que llegaba con el taxi.

En el asiento trasero, el señor Binny se agachó para desplegar un escabel verde que recordaba los reclinatorios de la iglesia para que apoyáramos los pies y, tras sentarse al volante, puso rumbo al centro. Aunque hacía calor, Frances insistió en mantener cerradas las ventanas, para que no nos cubriera el polvo de la carretera.

—Todas estas tierras eran de los Tartt —me explicó—, pero, como te he dicho, Rory las vendió hace años.

—Espero que lo hiciera antes del hundimiento de los precios —repliqué.

Frances se encogió de hombros. No lo sabía, ni le importaba.

—¿Qué es esa casa de allí? —pregunté.

Estaba un poco más cerca de la carretera y era tan grande como la mansión de los Tartt, pero el jardín estaba aún más descuidado que el suyo. Distinguí unos letreros pegados a las columnas blancas.

—Es la casa de los Percy, viejos amigos de la familia Tartt. Perdieron toda su fortuna cuando se desplomó la Bolsa, pero no lo menciones delante de la señora Tartt, porque se pondría a hablar y no pararía.

Pasé el resto del trayecto pensando en la temida conversación sobre el motivo de mi visita. Al cabo de un minuto, el coche se detuvo en la plaza. Yo apenas la había visto el día anterior, cuando había llegado.

—Veo que tenéis un montón de tiendas para elegir —comenté al bajar del taxi.

Veinte, treinta o quizá cincuenta negocios se alineaban en torno a la plaza. Una carretera pavimentada rodeaba el impresionante edificio blanco de los tribunales, de varias plantas, con una torre con un reloj en las cuatro caras en lo alto del tejado, para que todos supieran la hora, sin importar de qué lado lo miraran. En la extensión de hierba que lo rodeaba, había carros cargados de sandías, melones y verduras, con las mulas atadas a unos postes.

A través de la puerta abierta del taxi, Frances me dio quince centavos.

—Toma. Cómprate un refresco y algo que te guste.

Noté superioridad en su actitud, pero quizá fueran cosas mías, porque estaba especialmente sensible. No me preocupaba que me rechazara cuando le pidiera el dinero, sino que me tratara con altiva satisfacción.

—Pero tráeme la vuelta —añadió.

Todavía no eran las nueve y ya hacía calor. Eché a andar bajo los aleros que daban sombra a los escaparates. A esa hora de la mañana, había en la plaza una veintena de personas, que en Footely habrían sido una multitud. Según *El águila de Oxford* —el periódico de Rory que había estado hojeando esa mañana—, la ciudad tenía casi tres mil habitantes. La población de Footely, en cambio, era de 330. O 329, ahora que yo no estaba en el pueblo. En Oxford parecía haber una tienda para cada necesidad que uno pudiera tener y alguna más para lo innecesario. Pasé por delante de Modas Ruth, la zapatería Boles, de una tienda de alimentación y de la peluquería Patton, donde vi a una señora con un artilugio azul en la cabeza del que salían cables. En la tienda de electrodomésticos Morgan, tenían en oferta una lavadora Maytag con secadora, ¡por «solo cuarenta y un dólares»! Nos habría venido muy bien una de esas, ya que nuestra lavadora era antediluviana, pero con cuarenta y un dólares probablemente habríamos podido pagar la entrada de un Ford coupé. En el escaparate de la farmacia Gathright-Reed, un cartel planteaba la siempre acuciante pregunta: «¿Se queja tu marido de que siempre estás de mal humor?», junto a la figura de una mujer de ojos desencajados, que sonreía y sostenía en las manos un frasco marrón. Cuando un cliente empujó la puerta para entrar, una ristra de cascabeles colgada del picaporte hizo tal estrépito que comprendí que la pobre mujer necesitara una medicina para calmar los nervios. En la esquina de fuera, una flecha señalaba la planta alta, en dirección al bufete de Faulkner Abogados y de la funeraria Douglas,

lo que significaba que una persona podía vestirse, peinarse, mejorar su actitud, planificar su funeral y poner una demanda, todo en menos de cien metros.

Aun así, cada cinco o seis locales había un escaparate vacío y oscuro, como un diente faltante. Vi bastantes comerciantes apoyados en el marco de la puerta de su tienda, como aguardando casi sin esperanza la llegada de un cliente. Entendí entonces que no todos los negocios eran prósperos. La gente que paseaba por la plaza también parecía representar todo un espectro de situaciones económicas. Una elegante señora con vestido amarillo de seda y bolso de charol se cruzó con un hombre que se movía lentamente, con la suela de un zapato despegada. Daba la impresión de que cuanto mejor vestidas iban las personas, más rápido caminaban. El individuo de la suela colgante fue a situarse al final de una fila de hombres, tanto blancos como de color, apoyados sobre una barandilla, todos ellos a la espera de algo que quizá no llegaría. Trabajo, probablemente. El asiento del limpiabotas estaba vacío y un hombre dormitaba a su lado. Parecía como si gran parte de la ciudad estuviera esperando algo. Entonces descubrí qué era.

El comercio más grande, que ocupaba el lado este de la plaza, eran los grandes almacenes J. E. Neilson. Una sucesión de amplios ventanales formaba el frente del local, a la sombra de grandes toldos de rayas azules y blancas. En uno de los escaparates había una pareja de maniquíes de madera que parecían mirarme, vestidos con jerséis de color rojo vivo. El maniquí masculino llevaba en la mano un altavoz con el letrero UNIVERSIDAD DE MISSISSIPPI y una pancarta sobre su cabeza rezaba: ¡YA VUELVEN LAS CLASES! Enseguida comprendí que casi todos, desde el limpiabotas hasta los vendedores de jerséis, estaban esperando el regreso de los estudiantes.

—Supongo que esto se animará bastante cuando empiecen las clases en la universidad, ¿no? —le pregunté a un hombre que estaba limpiando los cristales del escaparate.

Iba bien vestido, con pantalones anchos de tirantes color caqui.

—Dentro de un mes, esta ciudad parecerá otra —contestó. Echó un vistazo a mis botas anticuadas y mi vestido de confección casera y dedujo que, si bien debería ser clienta suya, probablemente no lo era. Pero no por ello dejó de tratarme con amabilidad—. ¿De visita? —preguntó.

—Sí, en casa de mi hermana Frances —respondí—, casada con Rory Tartt. ¿Los conoce?

Dejó de sacar brillo a los cristales y su mirada se volvió tan neutra como la de la pareja de madera del escaparate. Me sonrió, pero con los labios apretados.

—Claro que conozco a Rory. Salude de mi parte a la señora Tartt. —Se marchó al interior del local con sus pantalones perfectamente planchados.

No entendí lo que había pasado.

Como ya empezaba a hacer mucho calor, entré en la tienda de alimentación Variety Everyday, para comprar un refresco con el dinero de Frances. El local tenía techos altos, con losetas de hojalata, y olía a virutas de madera. Había varias hileras de cubos metálicos con cebollas, algo que llamaban «chalotas», tres variedades de patatas y harina que vendían empaquetada en bolsas, en lugar de venir en un barril. Metí la mano en una nevera roja mientras un delicioso relámpago helado me recorría el brazo. Cogí una botella pequeña de Coca-Cola, con el cristal húmedo por la condensación. En nuestra tienda solo vendíamos Chero, porque el señor Parkins no quería pagar el recargo de la Coca-Cola.

De camino al mostrador, un hombre de color con un bombín negro retrocedió un paso y se chocó conmigo.

—Disculpe, señorita.

Me di cuenta de que había retrocedido para dejar pasar a un hombre blanco, como ocurría también en el Foote. Sin embargo, antes había visto que la tienda de al lado, la zapatería Boles, estaba regentada por un hombre de color, que además era el dueño. En Footely no teníamos nada de eso, aunque dudaba que en esa zapatería de Oxford los blancos se apartaran para dejar pasar a la gente de color. El hombre del bombín se quedó a unos dos metros de distancia, esperando en silencio su turno para pagar. En Footely, al menos, las personas de color se quedaban charlando mientras esperaban, aunque no se conocieran: «¿Habéis sembrado ya?», «Menuda lluvia la de anoche». Aquí, en la gran ciudad de Oxford, parecía haber un pesado y frío silencio entre blancos y negros.

Después de que el hombre de color pagara, coloqué mi botella en el mostrador. Un viejo con pajarita roja me dijo que serían cinco centavos y añadió:

—No recuerdo haberla visto por aquí.

—No, señor. Estoy de paso.

—¿Por la universidad? ¿Ha venido a matricularse?

Le sonreí mientras ponía sobre el mostrador una moneda de diez. Después, al ver su expresión, respondí:

—No, estoy de visita en casa de mi hermana Frances, casada con Rory Tartt.

El viejo retuvo un momento en la mano mis cinco centavos de vuelta. Detrás de los labios secos, se pasó la lengua por los dientes. Inclinó brevemente la cabeza y me entregó la moneda sin añadir ni una palabra. Los nombres de Frances y Rory no parecían despertar simpatía en la ciudad.

Encontré un banco a la sombra y me puse a abanicarme la cara con el sombrero. Hasta el papel de carta que había traído en el bolso estaba blando por el calor. Empecé a escribir sobre las rodillas, con cuidado para que la punta del lápiz no atravesara el papel.

*Queridas mamá y abuela:*

*Llegué entera a Oxford. Frances se encuentra bien, no hay necesidad de preocuparse. Rory y la señora Tartt son amables y hospitalarios. En la casa de Frances tienen más retretes que culos. Me encantaría que vierais todas las tiendas que hay en esta ciudad.*

Dejé de escribir y fijé la vista en la estatua de un soldado confederado. No quería cantar las alabanzas de un lugar al que quizá mi madre y mi abuela nunca serían invitadas, porque Frances se avergonzaba de nosotras. Borré la última frase y escribí:

*Frances lamenta mucho no haber escrito ni llamado, pero dice que lo hará muy pronto. Esta noche le pediré el dinero.*

*Os quiere,*

*Birdie*

Fui a la oficina de correos, detrás del ayuntamiento, y compré un sello de tres centavos, feliz de no tener que estar al sol, aunque solo fuera un minuto. Al salir, eché los dos centavos de la vuelta en una caja roja atada a una columna, marcada con el letrero DONATIVOS PARA EL ORFANATO. La moneda produjo al caer un tintineo muy satisfactorio.

Como no sabía qué más hacer esa mañana, decidí dar una vuelta por la zona, en dirección al sur, para hacerme al menos la ilusión de que había un poco de brisa. Caminando a la sombra de viejos robles, pasé por delante de varias mansiones enormes de estilo gótico, con

jardines de un verde intenso. Un par de mujeres de color con cestas sobre la cabeza iban de puerta en puerta, recogiendo ropa sucia para hacer la colada. Lo mismo que el día anterior, cuando había llegado por North Lamar Boulevard, las mansiones se fueron volviendo menos ostentosas y la calle pavimentada se transformó en camino de tierra. Entonces pude contemplar casas de tamaño mediano, con fuentes de piedra en el jardín delantero, algunas con un angelito que parecía elevar una plegaria al cielo.

Estaba a punto de dar la vuelta y dirigirme hacia la casa de los Tartt cuando oí que una furgoneta se me acercaba lentamente por detrás. Me volví para mirar y vi que iba cargada de cajones de fruta, que se sacudían con el traqueteo. Detrás del vehículo venía un coche, que aprovechó que la carretera se ensanchaba para adelantar a toda prisa a la camioneta. Era un coche con morro largo en dos tonos de gris, una auténtica ballena sobre ruedas, un Studebaker como el que había visto aparcado junto al granero aquella mañana. «Un momento. ¿No es Rory el que va al volante?». El coche siguió su camino, pero desde atrás pude verlo a él, o a un hombre bajo y de cabeza redonda que se le parecía mucho. Un tipo pequeño en un coche enorme. Giró a la derecha, alejándose de la plaza.

Para la cena, que esta vez fue escasa, curiosamente dulce y a la vez demasiado salada, volvimos a estar solas las tres. El plato principal era una receta oriental de pato con fideos, servido en una fuente azul y blanca. Resultaba terriblemente pesado y, para prepararlo, Picador había tenido que seguir las instrucciones de un viejo recorte del *New York Times*, nada menos. Mientras lo servía, la oí murmurar por lo bajo:

—La señorita Viktoria no debería cenar estas cosas tan indigestas.

Hubo un largo silencio mientras cenábamos. Al menor ruido, las dos levantaban la cabeza y se volvían hacia la carretera. La señora Tartt, sentada una vez más frente a nosotras, había estado esa tarde en la peluquería, pero el pelo le había quedado exactamente igual que antes: redondeado, rígido y de color crema. Supuse que esa era la idea. Por mi experiencia de vivir con dos mujeres mayores, sabía que los cambios eran lo más temido, porque solo podían ir en una dirección: la vejez. Por eso se empeñaban en mantener el peinado que habían lucido a los treinta y nueve años. A la señora Tartt le sentaba bien. Era un buen marco para sus facciones agradables y su expresión satisfecha.

Durante un buen rato comimos en silencio. Las sillas eran incómodas, duras y rectas. Habría preferido cenar en la cocina, como en casa, porque entonces habría podido leer el periódico o escuchar *La hora de Chase y Sanborn* en la radio. En mis peores momentos, cuando tenía que cenar sola, sentaba a nuestro gato anaranjado en la silla de mi madre, le anudaba una servilleta al cuello y le servía un plato de lo que estuviera comiendo. Problema resuelto. De alguna manera, cenar con mi hermana y su suegra era peor que estar sola.

En un momento dado, Frances dejó de llevarse comida a la boca y se echó hacia atrás en la silla.

—Me ha pedido Garnett que te lleve mañana a las Huérfanas, para que la ayudes a poner al día los libros.

—Me alegro de poder ser útil —respondí.

No sabía cuánto tiempo estaría allí, pero no tenía nada más que hacer cuando Frances se iba a su voluntariado.

—¿Y sabes qué? Han dejado en la puerta a una niñita nueva, ¡y es lo más bonito que hayas visto en tu vida! Tiene unos mofletes enormes y ojos azules muy grandes...

Mi hermana parecía tan hambrienta y sedienta de sangre cuando hablaba de la criatura que, si en ese momento hubiera dicho «Así que le hinqué el tenedor a esa niña y me la comí», no me habría sorprendido. (Mi madre siempre dice que mi humor es un poco depravado).

—Ojalá traigan más —añadió Frances.

—¿Quieres que haya más huérfanas? —repliqué.

—Solo algún bebé más. Aun con esta nueva, solo tenemos dos.

Me la quedé mirando, pero no entendió mi ironía.

—¿Cuántas niñas tenéis ahora? —preguntó la señora Tartt.

Tapándose la boca que aún tenía llena, Frances respondió:

—Con esta, diecisiete.

—Pobrecitas —intervino la señora Tartt, y chasqueó la lengua—. Cuando Mary Pepper dirigía las Huérfanas, eran solo siete u ocho, aunque antes habían llegado a ser veinticinco. Pero eso fue cuando se fundó el orfanato, después de las inundaciones del veintisiete.

Asentí; todo el mundo había oído hablar de las inundaciones. Mi padre nos había enseñado fotografías escalofriantes de cuando el Mississippi se tragó familias enteras con sus casas y sus animales, en la localidad de Greenville. Él mismo había ayudado a diseñar el sistema de diques y compuertas para que nunca volviera a producirse una tragedia semejante. Por eso me resultaba interesante que aquello que nuestro padre había hecho para ganarse la vida fuera lo mismo que impulsaba a Frances a levantarse por las mañanas y ponerse su ropa ridícula.

—Las damas voluntarias de Greenville y de Oxford siempre hemos tenido una relación muy estrecha —prosiguió la señora Tartt —. Una vez me pidieron que entrara en la junta directiva, pero, como yo ya era vicepresidenta del Club Floral, les dije que no. Por cierto, Frances, ¿alguna noticia de tu ingreso en la junta?

Frances terminó de masticar los fideos que tenía en la boca y respondió que no.

A las siete y media, Rory no había vuelto todavía. Nadie hizo ningún comentario. En torno a las ocho, yo ya estaba en mi habitación amarilla, con mi camisón blanco, pasando calor. En cuanto tuviera la conversación con Frances, pensaba escabullirme hacia la galería que había descubierto esa mañana.

Llamé a la puerta de mi hermana, que salió a abrirme con un camisón de seda en tonos claros, con un lazo en el pecho. Olía a lavanda, probablemente por las sales de baño, y se había vuelto a aplicar el pintalabios. Era evidente que estaba esperando a Rory y no a mí. Volvió a meterse en la cama y yo me puse a observar la habitación a mi alrededor. Su cama tenía dosel, como la mía, pero, en lugar de ser amarilla como el sol, era de un rosa lechoso, como el tónico Lydia Pinkham para los días difíciles que vendíamos en la tienda. Sobre un tocador con espejo, había un cepillo de plata como el de Mathilda Tate, una borla con su polvera y un retrato enmarcado —¡vaya sorpresa!— de la propia Frances. El rostro de mi hermana asomaba desde un vestido de novia de cuello alto, con una orla de lirios blancos. Sus labios, que en la fotografía estaban coloreados, eran de un rojo intenso y estaban entreabiertos, como si acabara de decir «Frances». Seguro que no estaba diciendo «Footely». No vi nada nuestro en su habitación, ni siquiera el joyero que le había hecho el abuelo, con sus iniciales grabadas en la tapa. ¿Adónde habría ido a parar? Me habría gustado saberlo. ¿Lo habría metido en un cajón para no verlo, como había hecho con nosotras? Tampoco vi nada que ni remotamente pareciera ser de Rory.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Frances desde la cama.

—Curiosear. —Abrí su armario de doble puerta y vi una cantidad enorme de ropa colgada, estantes con jerséis doblados y cajones

llenos de medias y sostenes. Cuando éramos pequeñas, las dos compartíamos un armario pequeño y un solo cajón—. Franny, ¿qué se supone que es esto?

Había encontrado una prenda de satén rosa con tirantes colgada de una percha. Era más exigua que un traje de baño, con cortes muy profundos para las piernas. Se la enseñé a mi hermana, que palideció, en lugar de ponerse roja como un tomate, como me pasaba a mí cuando algo me avergonzaba. Se levantó de la cama y alargó el brazo diciendo:

—Dame eso. Es privado.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté antes de devolvérselo.

—Lo encargué por correo. A Nueva Orleans. —Parecía mortificada—. Lo estaba guardando para mi viaje de cumpleaños, pero supongo que ya no iremos a ningún sitio.

—Tráelo a Footely. Te lo puedes poner para pasear por la plantación.

Vi que algo brillaba cerca de la entrepierna de la prenda y, cuando ella notó que lo estaba mirando, me explicó:

—Son broches de presión, una cosa nueva. Se abren fácilmente, con solo tirar. No puedo permitirme otro fallo.

No pude evitar echarme a reír.

—¿Qué tipo de fallo?

Levantó la nariz, un gesto típico de ella.

—Tendrías que estar casada para entenderlo. —Volvió a guardar la prenda en el armario para no tener que seguir hablando del tema con su hermana solterona.

Para ser sincera, me sorprendía que se hubiera explayado tanto. A Frances no le gustaba hablar de relaciones íntimas, por lo menos conmigo. La última vez debía de haber sido en la escuela secundaria, cuando me contaba quién había estado

«besuqueándose» con quién o incluso, según ella, «haciendo cosas peores».

Así que no la presioné. Pero sentía curiosidad.

—¿Por qué no está aquí la ropa de Rory? ¿No duerme contigo?

—Por supuesto que sí —contestó—. Bueno, a veces —añadió enseguida, y por fin reconoció—: Le gusta dormir en su habitación de soltero, al final del pasillo.

Me pregunté si se refería al cuarto con el pestillo de latón en la puerta. Quizá no conocía a mi hermana tanto como yo creía. La prenda escandalosa, un marido que instalaba un pestillo en la puerta para cerrarle el paso a su mujer... La idea me dio risa. ¡Con qué poco me entretenía! O puede que solo fueran distracciones para no pensar en lo que había venido a hacer.

Me senté a los pies de la cama, tal como hacía cuando Frances regresaba a casa después de una cita. En ese mismo instante, un par de faros de automóvil recorrieron las paredes. Como no había mucho tráfico por la carretera, me dije: «Tengo que pedírselo ahora mismo». Frances siguió los faros con la vista, pero el coche no se detuvo. Entonces se recostó en el cabecero y se cruzó de brazos.

Respiré hondo y estaba a punto de decírselo, cuando me espetó:

—¿Por qué eres tan conformista? —Entrecerró los ojos—. De todas las personas que conozco, eres la que más se conforma con lo que tiene.

—No es cierto —repliqué. Lo había dicho como si fuera algo malo, lo mismo que mis costumbres pueblerinas, que le parecían reprobables—. De hecho, soy una persona muy disconforme. Cada día me incomoda alguna cosa que he probado, olido o leído en el periódico. Mejor explícame tú por qué te conformas con tu vida. —Contemplé la habitación rosa y mullida a mi alrededor, tratando de encontrarle un defecto—. No importa, no contestes.

—Todo te parece bien —insistió ella, jugueteando con un hilo suelto de la colcha—. No te importa quedarte a vivir en Footely el resto de tu vida, trabajando en el Foote, cuidando a mamá y a la abuela, y viviendo en la misma casa de siempre.

—Disculpa si mi vida no es tan maravillosa y emocionante como la tuya. Intentaré mejorar.

—Al menos nadie espera un montón de cosas de ti: primero, cuándo te vas a casar; después, cuándo tendrás un bebé; al poco tiempo, cuándo tendrás otro... Tú ni siquiera tienes que preocuparte por tener hijos.

Le sonreí lentamente, con dulzura. Era cierto. Yo era mercancía averiada. Las paperas me habían chamuscado los ovarios. Pero el hecho de que sacara el tema me hizo querer preguntarle si sabía por qué le había mentido su marido, diciendo que estaba demasiado ocupado para comer con ella, cuando yo lo había visto por la carretera. O por qué no dormía con ella en la misma habitación. O por qué Mathilda Tate no había respondido nunca a sus cartas, después de que ella la ayudara a graduarse. Podría haberle hecho todas esas preguntas, fingiendo inocencia, pero no quise. Lo único que dije fue:

—Tendrás unos hijos preciosos, Frances, ya lo verás. Solo tienes que darle tiempo. —Y enseguida cambié de tema, antes de perder los nervios—. Oye, necesito hablarte de una cosa.

Me volví hacia la ventana, para no tener que mirarla a los ojos, y le dije que la mala situación que atravesaba todo el país había acabado por afectarnos. No mencioné los detalles más humillantes, como la paga miserable que me daba el señor Parkins, pero tampoco le recordé que podríamos habernos ahorrado los cuatro dólares con setenta y cinco centavos del billete de tren y las conferencias de

larga distancia, si tan solo hubiera respondido a nuestras cartas. Así pues, puede decirse que fui considerada con sus sentimientos.

—Esperábamos que pudieras prestarnos algo de dinero, para salir del apuro. —Lo de usar la palabra «prestar» era idea mía, para mantener cierta dignidad.

Ella se alisó el camisón de seda sobre los muslos y sonrió. Supongo que se alegraba de verme humillada. Yo sentía la cara caliente y llena de granos, como a los doce años.

—¿Cuánto, más o menos? —preguntó.

Decidí apuntar alto.

—¿Unos doscientos cincuenta dólares, quizá?

Levantó la barbilla de nuevo.

—Eso es muchísimo.

—Todavía faltan ocho meses para que nos envíen el cheque de la pensión anual de papá.

Hizo una inspiración profunda y dejó escapar el aire lentamente mientras lo sopesaba. Hasta ese momento, había considerado la posibilidad de que dijera que no de la misma manera que consideraba el fin del mundo: si bien era posible que el sol se precipitara sobre nosotros, era poco probable que fuera a ocurrir. Pero el hecho de que mi hermana tuviera que pensárselo me pareció peor aún que su sonrisa. ¿De verdad tenía que plantearse si iba a ayudar a su familia o no? ¿Era consciente de lo que pasaría si se negaba? Aparte de que nos cortarían la luz y de que yo no podría pagar la gasolina para ir a trabajar, se nos acumularía un retraso de dos años en el pago de los impuestos, por un importe total de cuarenta y tres dólares y cincuenta centavos. Perderíamos la casa, como les había pasado a los Tate. Pero esto último no se lo dije, porque esperaba que dijera que sí sin conocer ese detalle. Mi hermana seguía pensando y yo habría querido preguntarle: «¿De

verdad tienes el corazón enterrado en un lugar tan profundo, Franny?».

—¿Sabes qué? Si te resulta tan difícil decidir, se lo pediré directamente a Rory —dije al fin.

—¡No, no! No hables de dinero con Rory. —Se apretó las sienes con los dedos, claramente alterada por la conversación.

—Entonces se lo pediré a tu suegra. —Sabía que no iba a gustarle la idea, pero de verdad estaba dispuesta a hacerlo.

—Perfecto, así ya le quedaría claro que somos pobres.

—Que no tengamos dinero en este momento no significa que seamos pobres, Franny. Después de todo, papá era ingeniero civil. Estamos mejor que... la mayoría. —Respiré hondo antes de añadir —: Los Tate han perdido su casa y todas sus tierras por no pagar los impuestos. Tuvieron que marcharse la semana pasada. Ahora estamos mejor que ellos.

—¡Dios santo! ¿En serio?

Busqué en su expresión la menor insinuación de una sonrisa, pero no la encontré. Solo parecía tan aturdida y confusa como yo.

—Veré cómo puedo pedírselo a Rory —dijo—. Es solo que... No es fácil hablar con él de dinero. Sobre todo cuando es para mí.

Dirigí ostensiblemente la mirada hacia el armario lleno de ropa elegante y zapatos caros, pero Frances hizo un gesto desdeñoso, como si en las perchas solo hubiera viejos harapos.

—La señora Tartt me llevó de compras cuando Rory y yo nos prometimos, y lo cargó todo a su cuenta. Creo que le dieron pena mis vestidos viejos.

Por una milésima de segundo me preocupó que no fuera solo egoísmo de Frances o vergüenza por que su familia necesitara dinero; pensé que podía haber algo más. Pero estaba demasiado

aliviada por haberme librado de la carga de pedírselo para preocuparme por eso.

—Gracias, Franny. Siento hacerte esto. —No sabía muy bien por qué, pero era verdad que lo sentía—. Escribe a mamá mañana, por favor, para que deje de atormentarse.

—Le escribiré. Sé que tengo que hacerlo —repuso, haciendo girar en el dedo la alianza de matrimonio—. Debe de estar al borde del colapso porque no la he llamado.

—Es su estado natural.

Unas luces volvieron a recorrer las paredes de la habitación y, al cabo de un minuto, se oyó el ruido amortiguado de una puerta que se cerraba. Frances se levantó de la cama con su camisón de satén y se sentó delante del tocador para echarse un vistazo rápido en el espejo.

—Hablaré con él. Dame un poco de tiempo. Deja que lo haga después de mi cumpleaños.

—Pero para eso faltan tres semanas... ¿No se lo puedes decir antes?

—¿Cuándo? ¿En el desayuno? «Por favor, pásame la mermelada. Por cierto, necesito doscientos cincuenta dólares para mi familia». Ya te he dicho, Birdie, que le cambia el humor cuando le hablo de dinero. Pero te prometo que encontraré el momento.

No me entusiasmaba la idea de regresar a casa antes de que ella se lo pidiera, porque temía que no fuera a hacerlo nunca. Nos quedamos mirándonos un segundo.

Finalmente Frances suspiró.

—Vale, quédate para mi cumpleaños. —Se encogió de hombros —. Es bastante agradable tenerte aquí de todos modos.

Quedarme sin duda era la opción más segura, así que el señor Parkins tendría que esperar.

—A las ocho estaré lista para ir al orfanato —dije. Me alegraba poder darle algo a cambio, aunque no fuera mucho. Las deudas me escocían en el alma.

Cuando la casa se quedó en silencio y oí que se habían cerrado las puertas de todos los dormitorios, salí sigilosamente al pasillo y fui a acostarme en uno de los catres metálicos de la vieja galería. Me había llevado las sábanas y la almohada de la habitación infernal, pero, como seguía acalorada, me quité el camisón y me tumbé desnuda en el colchón. Se me erizó la piel al sentir la brisa estival que soplaba a través de la malla mosquitera.

«Vas a vivir en Footely el resto de tu vida, Birdie. Ni siquiera puedes tener hijos».

Algunas noches, en el pueblo, cuando el último cliente salía de la tienda y ya no había nada más que decirle para que se quedara un rato más —podía ser un granjero que venía a comprar aceite de ricino para su bebé o la chica de los Coleman, que a veces salía de casa a escondidas en el coche de su padre—, yo buscaba un cigarrillo a medio fumar, en el cenicero de pie que había junto a la nevera de los refrescos. Me sentaba en los peldaños de la entrada y lo encendía. Un poco asqueroso, ¿verdad? Era lo que habría hecho un vagabundo, pero me resultaba muy íntimo poner la boca donde habían estado los labios de otro ser humano. Me parecía sentir el contacto de esa otra boca y no me importaba que fuera de una persona blanca o de color, de un hombre o de una mujer. Aun así, elegía cigarrillos de la marca Lucky Strike o Parliament, porque eran un poco más caros. Pensaba que quien fumara esos cigarrillos al menos tendría dinero para comprar polvo dentífrico, pero ¿cómo podía estar segura? Yo era un pájaro raro y lo sabía. Me lo habían estado diciendo la mayor parte de mi vida. Pero había aprendido a convivir con la soledad mucho mejor que mi hermana, que nunca

había tenido que hacerlo. Me habría preocupado mucho por ella si alguna vez hubiese tenido que verse en esa situación.

## 10

—Parece un lugar bonito —comenté cuando Rory nos dejó delante del orfanato.

Su Studebaker tenía los asientos de terciopelo azul y portavasos plegables de latón, y rodaba con suavidad incluso en la parte de gravilla de North Lamar. Nunca había viajado en un coche tan lujoso como ese.

Durante el desayuno, Frances había vuelto a preguntarle a Rory si podían comer juntos, pero él le había dicho otra vez que no, aunque en esta ocasión había añadido su nombre al final de la frase, enunciado con particular firmeza: «¡Frances!». También le había hecho ver que estaba «demasiado ocupado», «soportando ya suficiente presión», y le había pedido que dejara de insistir. Se lo dijo con tal dureza que a mi hermana se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo, por mi parte, no aparté la vista de los huevos revueltos. Si la abuela hubiera estado en el comedor, habría amenazado a Rory con la pica eléctrica. A la máxima potencia. Y, aunque yo sabía que no era fácil juzgar un matrimonio ajeno, sentada tranquilamente a dos sillas de distancia, también empezaba a sentirme mal por mi hermana. Además, desde una perspectiva egoísta, necesitaba que se llevaran bien, para que nos prestaran el dinero. Pero Rory debió de notar que se había excedido, porque al final cedió y se ofreció a llevarnos al orfanato, en lugar del viejo señor Binny. Y así todo volvió más o menos a la normalidad.

El hogar de las huérfanas se encontraba en un camino desierto, que se desviaba de North Lamar poco antes de llegar a la plaza, a menos de tres kilómetros de la mansión de los Tartt. Aunque el día anterior no lo había notado, desde el bulevar se veía el edificio: una casa estrecha y azul de dos plantas, con una cuidada hilera de arbustos de azaleas a lo largo de un pequeño porche. Un rótulo sobre la puerta principal rezaba: BIENVENIDAS SEAN TODAS LAS CRIATURAS DE DIOS. Frances abrió la puerta con una llave que llevaba en el bolsillo y volvió a cerrarla cuando estuvimos dentro. En el vestíbulo, un gran cartel repetía la bienvenida al Hogar de Niñas Huérfanas del Condado de Lafayette y a continuación enumeraba todas las excepciones que en la práctica quedaban al margen de la buena acogida. Frances no comentó la contradicción entre los dos carteles y ni siquiera creo que la notara.

—Aquí está la sala donde puedes sentarte a descansar —me indicó, mientras me hacía pasar por una puerta a nuestra derecha.

La habitación era luminosa y alegre, con motivos florales en las cortinas, un sofá azul de elegante respaldo curvo y una alfombra también azul, delante de la chimenea. Imaginé a las niñitas sentadas con las piernas cruzadas sobre esa alfombra, escuchando cuentos de hadas. Encima de una mesa redonda había una cafetera y una caja metálica roja.

—¡Anda, han traído galletas! —exclamó Frances, que abrió la caja y se llevó una a la boca.

—¿Dónde están las niñas? —pregunté.

Sin dejar de masticar, mi hermana respondió:

—Aquí no pueden entrar.

Regresamos al vestíbulo y pasamos directamente a un largo pasillo. Las paredes desnudas eran de un blanco triste. En esa parte de la casa se notaba más el calor y flotaba en el aire el olor dulzón y

pegajoso de los bebés y los niños pequeños. A la derecha, el sol se derramaba a través de varias puertas abiertas, pero a la izquierda había una sola puerta, que parecía un poco alabeada y estaba entreabierta. Por desgracia tengo un olfato excesivamente sensible, y por la puerta también percibí que salía un penetrante olor a humedad.

—¡Ahí está! ¡Eh, Garnett, hola! —Frances aceleró la marcha por el pasillo, con el largo cuello por delante.

En el otro extremo, una mujer de pelo rubio desvaído se volvió y esperó a que nos acercáramos con rostro inexpresivo. No vino hacia nosotras.

—¡Garnett, buenos días! —la saludó mi hermana, usando toda la cara para decirlo—. Esta es mi hermana Birdie, de la que ya te he hablado. Birdie, tengo el placer de presentarte a nuestra presidenta, Garnett Pittman.

La presidenta asintió y luego me sonrió. No hizo las dos cosas a la vez, sino una después de la otra.

—Ya lo recuerdo, por supuesto. Estamos muy agradecidas de que hayas venido a ayudarnos.

—Hace más de un año que Garnett preside la junta directiva —me informó mi hermana, y enseguida añadió, mirando a la otra—: ¡Y esperamos que la presida muchos años más! —Esto último no lo dijo, sino que lo entonó como una canción. Mi hermana respiraba audiblemente por la boca.

Garnett era delgada, tan alta como yo y aparentaba unos cuarenta años. Las clavículas esqueléticas se le marcaban por encima de un sobrio vestido de color mayonesa. No llevaba pintalabios ni se había aplicado polvos sobre la cara pálida y amarillenta. Frances, en cambio, lucía esa mañana una fuerte dosis de pintalabios rojo sangre. La insignia que Garnett llevaba en el

pecho, a la izquierda, era más grande que la de mi hermana y no era de cobre, sino de oro, con la palabra PRESIDENTA inscrita.

Sus ojos grises me miraron con una intensidad que casi me paralizó.

—Eres del condado de Warren..., en el delta del Mississippi, ¿no es así?

Asentí, y Frances se emocionó casi hasta las lágrimas al comprobar que Garnett recordaba ese detalle.

—Yo crecí muy cerca de allí, en el condado de Carroll —prosiguió la presidenta—. Eran tiempos mejores, ¿verdad? Antes de que se empezara a perder la moral.

—Birdie lleva la contabilidad en una de las tiendas de Footely y además tiene formación para hacerlo. Ha hecho un curso.

¡«Una» de las tiendas! Como si hubiera más... Aun así, me sorprendió que Frances lo dijera con orgullo.

—Bueno, no te preocupes —dijo Garnett, sonriendo—. Lo que tienes que hacer no es muy difícil.

—No estoy preocupada —repuse.

Seguí a Frances hasta la última puerta del lado derecho, la mitad soleada del pasillo. La abrió y susurró:

—Aquí están los bebés.

Parecía admirada y emocionada. La sala era de un blanco inmaculado, con varias cunas vacías. Había dos mujeres sentadas en sendas mecedoras, cada una con un bebé en brazos, mientras otras dos las contemplaban.

—Y aquí está la sala de las parvulitas, donde hago mi voluntariado —me explicó Frances, dirigiéndose hacia otra puerta, a la derecha del cuarto de los bebés.

Dentro de la habitación, un grupo de niñas pequeñas jugaban con unos bloques de madera sobre una alfombra azul. A su lado,

otra niñita gemía abrazada al cuello de una mujer mayor que parecía muy cansada, sentada en una silla. En el suelo había unos cuantos libros desgastados de cuentos infantiles, bloques con las letras y juguetes. Conectada con esta había otra habitación, con muchas camitas. Todas las niñas llevaban vestidos blancos de falda corta, con bordados en el cuello que enseguida reconocí como obra de Frances: flores azules, hojas verdes y pajarillos rojos.

—Mantenemos una separación estricta entre las párvulas y las niñas mayores —dijo Garnett detrás de nosotras—. Por razones sanitarias.

Frances me indicó con un gesto a la mujer de aspecto exhausto sentada en una esquina.

—La señorita Mildred duerme aquí con las parvulitas —explicó.

La niña a la que estaba acunando la señorita Mildred era morena y debía de tener unos tres años. Al oír la voz de Frances, la pequeña se volvió para mirarla y, aunque estaba medio dormida, rompió a llorar. Se bajó torpemente del regazo de la señora mayor y corrió a abrazarse a una de las piernas de Frances. Comprendí que lo suyo era amor.

—Tranquila, Ella Jane. Estoy aquí —dijo Frances, levantándola en brazos.

Sollozando, la niñita apoyó la cara en el hombro de mi hermana. Los ojos de Frances resplandecieron. «Su mamá murió. Un incendio», me dijo solo con el movimiento de los labios, para que la pequeña no la oyera. No me pareció que a mi hermana la apenara particularmente la tragedia.

Mientras buscaban una muñeca que se había perdido y Ella Jane se ponía violácea de tanto llorar, salí al pasillo. Me gustaban los niños, pero los prefería un poco mayores, con algo más de vocabulario.

Frente a la sala de los bebés, encontré la cocina. Eché un vistazo y no me pareció terrible, pero tampoco gran cosa, y el calor que hacía dentro era espantoso. Una mujer de color, en delantal, controlaba una serie de ollas altas, con cosas hirviendo. Un poco más adelante se abría la puerta de un comedor sencillo, más bien pequeño, y a su lado, una escalera bastante estrecha. Frances seguía buscando la muñeca, con la niña que no dejaba de gritar, mientras Garnett le explicaba algo a la señora mayor, de modo que yo subí a la planta de arriba. Ya en la escalera, empecé a ver manchas de humedad en el techo. Me puse a seguirlas, como sigue el pastor las constelaciones, y en menos de diez minutos había pasado de «¡qué lugar tan bonito!» a «¡cielo santo, qué horror!».

En la planta de arriba había una habitación grande con dos docenas de catres de metal, cada uno con un colchón fino y unas sábanas. Algunos tenían una almohada llena de bultos, pero otros, ni eso. El suelo estaba desnudo y lleno de marcas, con diez o doce latas de hojalata oxidadas repartidas por la estancia. Había un fuerte olor a moho y, cuando levanté la vista, vi que la escayola del techo estaba cubierta de manchas marrones de humedad, como grandes nubarrones. Parecían parcialmente secas, ¡pero qué visión para una pobre huérfana, tumbada en la cama, contemplando esas manchas horribles y bulbosas! Entonces lo vi y me sobresalté: en uno de los catres yacía la muñeca desaparecida, o, mejor dicho, solo su cabeza, su cuerpo y un brazo.

Oí unas risitas y me volví para mirar. En un rincón, había dos niñas acurrucadas, con algún objeto entre ellas. Cerca de donde estábamos, alguien hizo sonar una campana una sola vez, como con disgusto, y las dos niñas soltaron lo que tenían entre manos y salieron corriendo de la habitación. Eran mayores que las parvulitas, de unos ocho o nueve años. Las dos llevaban vestidos de manga

larga con la falda hasta los pies; aunque la tela parecía ligera, debían de ser calurosos para el mes de julio. Me acerqué al rincón y vi en el suelo las piernas pálidas y el brazo curvo de la muñeca. Por lo visto, las menores de diez años habían perpetrado una matanza. También había unos cuantos cubos con letras, que parecían mojados. La Q y la T estaban roídas.

—¿Quién financia este lugar? —le pregunté a Frances, cuando volví a la planta baja.

Mi hermana aún llevaba en brazos a una llorosa Ella Jane.

—La iglesia metodista, en su mayor parte. También recibimos donativos de particulares y cada año organizamos una gran recaudación de fondos, con un comité en el que estoy tratando de entrar. Además, en la plaza hay una hucha para donaciones y el condado nos subvenciona el aula que tenemos en el ático.

Parecía bastante dinero.

—En la planta de arriba he visto a unas niñas que se estaban comiendo unos bloques de madera. —No mencioné a la muñeca amputada, porque sabía que Ella Jane no habría sido capaz de asimilar la noticia. Parecía como si en cualquier momento fuera a estallar en llanto otra vez.

Frances negó con la cabeza.

—Yo no perdería el tiempo, Birdie. Las niñas mayores están más allá de toda salvación, créeme. —Me miró con las cejas arqueadas, como si yo supiera a qué se refería.

Le dije que no lo sabía.

—La mayoría de esas niñas vienen de una situación miserable: hogares pobres, con diez niños mugrientos de diez padres diferentes. Dentro de un par de años, esas chiquillas estarán trayendo al mundo un bebé ilegítimo tras otro, como han hecho sus madres. —Su cabeza se movía como la de una marioneta—. Es

mejor concentrarse en las más pequeñas, que todavía son maleables.

Mi hermana no hacía más que repetir lo que había oído, de eso no me cabía la menor duda. Al menos eso significaba que no eran ideas suyas.

Dejó a Ella Jane en la sala de las parvulitas y yo la seguí. De pie en el pasillo estaba Garnett, que miraba fijamente algo o a alguien dentro de la primera habitación de la izquierda, en el lado de la casa que olía a humedad. La puerta alabeada estaba entreabierta.

Frances siguió hablando.

—Fue a Garnett a quien se le ocurrió la idea del programa de trabajo. Es una oportunidad maravillosa para las niñas que llegan a los doce años sin que las hayan adoptado. Las enviamos a trabajar a la costa del Golfo, donde aprenden un oficio, asisten a la escuela y los domingos van a misa.

—¿Qué tipo de trabajo hacen?

—Enlatan algo. Verduras, creo. Ya hemos enviado a dos chicas. Es una oportunidad maravillosa para ellas.

—Sí, eso ya lo has dicho.

La habitación que Garnett estaba observando era tan exigua que apenas podía albergar una mesa de escritorio de doble cara, dos sillas, una niña y un mueble archivador de madera. En el techo vi las mismas manchas marrones que en la planta de arriba, y el olor a perro mojado era todavía más intenso. En el escritorio, la niña estaba dibujando, con la mejilla apoyada en una mano.

—¿Por qué no está en clase con las demás? —pregunté.

Sobre el escritorio colgaba una polvorienta y solitaria bombilla incandescente y, por si fuera poco, la única ventana estaba tapiada, con tablones claveteados directamente sobre el marco. La habitación

de las niñas mayores me había parecido horrible, pero ese cuartucho era el más triste de la casa, con diferencia.

—Por desgracia, ha sido expulsada. Es lo que llamamos una «manzana podrida» —replicó Garnett, sin dejar de mirarla—. No tenemos ningún otro sitio donde ponerla hasta que la enviemos al programa de trabajo.

—¿Qué ha pasado con sus padres? —quise saber.

Al oír mi pregunta, la niña se volvió y nos miró. Nos había estado escuchando. Tenía el pelo largo, rubio y fino, y los ojos muy azules. Detrás de Garnett, Frances me hacía gestos frenéticos y me indicaba con el movimiento de los labios que no hiciera más preguntas.

La presidenta entró en el cuartucho y le espetó a la pequeña:

—Ya te he dicho que no garabatees en las tarjetas.

La niña apoyó el lápiz sobre la mesa y ajustó su posición, para que quedara perpendicular a la tarjeta, que a su vez, según pude observar, estaba perfectamente alineada con un grueso ejemplar negro de la Biblia.

—Meg, esta es la señorita Birdie, la hermana de la señorita Frances, que ha venido a ocuparse de los libros. Birdie, te presento a Meg.

Me acerqué a la puerta. La bombilla difundía una luz anaranjada y sucia. El moho que manchaba el techo comenzaba a extenderse por las paredes. Deduje que la habitación debía de encontrarse justo debajo del dormitorio de las niñas mayores.

—Creo que la humedad de la planta de arriba empieza a filtrarse hacia aquí —comenté.

—Lo sé —replicó Garnett, negando con la cabeza—. Créeme que lo sé. Hemos puesto todos los parches posibles en el tejado, pero de momento no podemos permitirnos nada más. —Me apoyó una mano en el brazo y me miró. Parecía preocupada—. No espero que

trabajes aquí. Imagino que preferirás llevarte el trabajo a casa, porque en la sala de las voluntarias no hay suficiente espacio.

—Ya... —No me atraía la idea de quedarme todo el día en casa de Frances con su suegra, que era muy simpática, pero... Además, había hecho todo el viaje para ver a mi hermana. Aparte de para pedirle el dinero, claro—. Creo que aquí estaré bien —contesté—. Además, así será más fácil si me surge alguna duda.

Cuando dije esto último, la niña suspiró. Era más pequeña y frágil que las dos cirujanas de muñecas que había visto antes en la planta de arriba.

—¿Estás segura? Hay mucho que hacer. La última contable nos dejó en marzo y dentro de diez días vendrá el inspector y querrá ver los libros.

—Haré lo posible —respondí.

Garnett cogió una de las llaves de su enorme llavero y abrió el mueble archivador. Depositó sobre la mesa unas cuantas pilas de sobres, varios libros de contabilidad y todo tipo de documentos.

—Meg, ¿te quedarás quieta y callada, para no molestar a la señorita Birdie? —le preguntó a la niña.

La pequeña Meg le sonrió con una dulzura que no podía ser sincera.

—Sí, señorita.

Por la manera en que la presidenta arqueó una ceja, me pareció que tampoco había amor por su parte.

Me acerqué a la niña y le tendí la mano.

—Encantada de conocerte, Meg. Soy Birdie.

—No hagas eso —me indicó Garnett en voz baja—. Nunca tocamos a las niñas mayores.

La buena noticia era que la puerta del despacho estaba tan alabeada que resultaba imposible cerrarla del todo, en el lado de la casa más fértil desde el punto de vista de la proliferación fúngica. La mala era que seguía oliendo como si estuviéramos en el interior de un calcetín sudado.

—Supongo que tendremos que trabajar juntas, ¿no? —le dije a Meg una vez que Garnett y Frances se hubieron marchado.

El cabello le caía lacio y deslucido por la espalda. Me miró con cara de aburrimiento. Sus ojos no eran simplemente azules. Eran cristales transparentes, con un punto negro en el centro. Le sonreí.

—¿Cuántos años tienes?

—Once —respondió. No me devolvió la sonrisa. En su lado de la mesa, volvió a ajustar la posición de sus tres lápices amarillos, afilados como armas.

—Eres pequeña para tener once años. ¿Cómo llegaste... aquí? —Era una pregunta directa, pero estábamos en una habitación que no se prestaba a los rodeos.

—En coche.

—¿Dónde está tu mamá? —le pregunté, aunque Frances me había pedido que no lo hiciera.

—Fue a comprar loción para rizarse el pelo.

Asentí.

—¿Y después?

Me dedicó una larga mirada azul, como preguntándome si de verdad podía ser tan estúpida.

—Después ni siquiera se molestó en volver a casa.

—Lo siento mucho. ¿Y tu papá? ¿Dónde está?

Dejó escapar otro suspiro, como molesta con el interrogatorio.

—Murió. En una guerra. —Y enseguida añadió—: No se lo digo para darle pena.

—Tomo nota. No hablas mucho, ¿verdad?

Se recogió el pelo detrás de las orejas, una de las cuales —la izquierda— sobresalía más que la otra. Después cogió un lápiz y se puso a dibujar de nuevo en una de las tarjetas. Me miró de soslayo, probablemente para averiguar si yo iba a regañarla. Cuando vio que no, replicó:

—Nos dicen que no hablemos con ustedes, las señoritas —me informó, y enseguida murmuró—: En todo caso, las mujeres de Oxford son todas iguales.

—Entonces me alegro de ser de Footely. ¿Me permites?

Cogí uno de sus lápices y ella se apresuró a ajustar la posición del otro más cercano. Saqué mis gafas de lectura del bolso y abrí el libro correspondiente a 1933. La contabilidad era sencilla, de balance. En cada línea azul celeste figuraban una fecha, un nombre, un importe y una categoría, nada fuera de lo común: «Alimentación», «Electricidad», «Ropa» y otras similares. Todos los meses, pequeñas sumas de dinero eran depositadas en el Banco del Condado de Lafayette, donde trabajaba Rory. Mucho más trabajoso fue lidiar con las pilas desordenadas de sobres sin abrir, recibos y facturas en papeles de todos los tamaños y procedencias. Empecé a clasificarlos por fecha hasta el 12 de marzo, que debía de ser el día en que la anterior contable, Marcy Mayweather, había abandonado esa sala exuberante de verdor mohoso. Ni por un momento me sorprendió que se hubiera marchado. La temperatura en el pequeño despacho iba en aumento.

—¿A quién estás dibujando? —le pregunté a Meg.

Por encima de las gafas, me pareció distinguir la figura de una mujer que bailaba, con la falda ondulando a su alrededor. La niña no respondió. En lugar de eso, le dio la vuelta a la tarjeta y empezó a dibujar otra cosa del otro lado.

Al cabo de más de una hora, el calor se había vuelto insoportable, y cuando levanté la vista hacia el reloj colgado de la pared sucia, me quedé estupefacta. ¡Dios mío! Había empezado a trabajar a las ocho y media, ¿y solo eran las nueve? Me eché hacia atrás haciendo rechinar la silla, me enjugué la frente sudorosa con un pañuelo y miré detenidamente a mi alrededor. Para entonces me había acostumbrado en parte al mal olor, pero ¿a nadie le preocupaba que esa niña pasara todo el tiempo metida en ese cuartucho, rodeada de moho y de hongos, durante una cantidad indeterminada de días? Por no hablar de la ventana tapiada, que me volví para mirar.

—Me parece que alguien ha escapado como ha podido —comenté.

Había un agujero en el rodapié, bajo la ventana, y otro más detrás de la silla de Meg. Ni siquiera las malditas ratas soportaban el calor de esa habitación.

—¿Ya estaba así este despacho cuando venía a trabajar la otra contable?

—No, señorita —respondió Meg—. Ahora está mucho peor.

Tres horas después, a las doce menos cuarto, la niña se levantó y se marchó sin decir palabra. Supuse que se iría a almorzar al comedor, con las otras. Entonces Frances vino a buscarme para que fuera a comer con ella a la sala de las voluntarias y me preguntó qué tal estaba avanzando el trabajo.

—Lento. Hace mucho calor. No sé si lo tendré listo antes de la inspección.

—Pero lo intentarás, ¿verdad? Si lo consigues, Garnett se pondrá muy contenta conmigo —contestó mi hermana.

—Bueno, eso es lo importante.

Cogimos unos sándwiches de jamón, nos servimos un poco de ensalada de patata de una fuente y nos sentamos en el sofá. Había otras seis o siete mujeres en la sala y apenas cabíamos todas. Garnett tenía razón. Aquel no era un buen sitio para trabajar.

—Le he preguntado a esa niña, Meg, por sus padres y...

—¡Birdie, no puedes preguntar esas cosas!

—Pues ya lo he hecho. Dice que su madre se fue a la tienda a comprar algo y nunca volvió. ¿No te parece muy triste?

—Es horrible —repuso Frances—. Aunque no fue una sorpresa para nadie. Dicen que su madre era... —Levantó las cejas.

—¿Era qué?

—Bueno, entre otras cosas, débil mental. No estaba bien de la cabeza. Les pasa a la mayoría de las madres solteras. No tienen moral. Por eso se acuestan con blancos, negros, indios... Con cualquiera. Lo mejor es dejar que el estado se ocupe de ellas, para cortar el mal de raíz.

Volvía a tener la misma expresión de marioneta de antes. No la soportaba.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces personalmente a su madre? —le pregunté.

—No, pero tiene que ser verdad, porque me lo ha dicho Garnett.



# Meg

## 11

Cuando termino de comer un cuenco de gachas grises que parecen hechas para envenenarnos, voy al despacho tan despacio como puedo. No solo tengo que ver a las demás, que suben al aula para aprender cosas nuevas, sino que encima me toca aguantar a una mujer sentada todo el día frente a mí.

—«Señorita Kay: Tapizados dos dólares»... ¿Qué será esto? —La señorita Birdie se lo está diciendo a uno de sus libros de contabilidad.

Como yo no tengo nada que ver con ninguna señorita Kay Tapizados, me siento en mi puesto sin decir nada. Al menos a esta hora de la mañana no hace tanto calor aquí.

—Y esto está... mal sumado. —Coge mi goma de color rosa, borra algo que estaba escrito y me la devuelve.

Veo que también me ha torcido la fila de lápices y me ha desordenado las tarjetas del Día de Visita. Vuelvo a colocar mis cosas, utilizando la regla para mantener las distancias correctas.

—Y esto es... ¿Cómo? —Me mira por encima de las gafas de lectura, como si despertara de un sueño—. Buenos días, Meg.

—Buenos días, señorita Birdie.

Lleva puesto otro vestido azul sencillo, esta vez con botones negros en el delantero, en lugar de blancos. Esta mujer no es elegante como su hermana, la Pelotillera, ni tampoco tan guapa. Las

mejillas de la señorita Birdie siempre están encendidas y no por algún producto que se pueda comprar en la tienda, sino porque parece que acabara de correr una carrera. Tiene eso que llaman «aspecto atlético».

Intento dibujarla en una tarjeta del Día de Visita. Imito la forma en que el pelo castaño le cae sobre la frente, un poco torcido, como si se lo cortara ella misma sin mirarse en el espejo. La retrato con los ojos entrecerrados, como si me estuviera observando, y le añado unos cuernos puntiagudos, por puro rencor. Mientras dibujo, percibo un leve aroma a algo... comestible. Por debajo del espeso estrato del olor a moho, me llega la insinuación de algo cremoso y esponjoso. Parece como si hubiera algún tipo de bizcocho dentro del despacho.

—¿Has dormido bien? —pregunta la señorita Birdie.

—Sí, señorita. —Respiro hondo, pero el olor delicioso empieza a desvanecerse... y yo quiero que vuelva.

—Menos mal que no ha llovido. Allá arriba, en la sala de las niñas mayores, es casi como si no tuvierais techo. —Me observa por encima de las gafas de montura negra, que se le han deslizado hasta la punta de la nariz—. ¿Quién es Lucinda? —pregunta.

—La cocinera.

—¿Cocina bien?

—No, señorita. —Si lo ha preguntado, será que quiere saber la verdad—. Creo que intenta matarnos a todas. —Sin embargo, con solo pensar en la bazofia que prepara Lucinda, me gruñe el estómago. ¡Dios, qué hambre pasamos en este sitio!

—Debe de haber recibido clases de mi hermana. Por cierto —añade, levantando la barbilla—, mira en el cajón.

Cuando abro el cajón más alto, a la derecha, veo algo envuelto en un paño rojo de cuadros y siento el maravilloso aroma de antes. Lo saco, lo despliego y aparecen dos pastelitos dorados, cremosos y

rellenos de algún tipo de jalea roja. ¡Cielo santo! ¡El relleno incluso se derrama por un costado! Rápidamente, me meto un pastelito en la boca para que nadie me lo quite y estoy a punto de morir atragantada. Cuando lo trago, me enfado conmigo misma, porque no he tenido tiempo de apreciar todo su delicioso sabor.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —pregunta la señorita Birdie, mirándome masticar.

—Un año y medio —respondo después de tragar.

Me digo que debo cuidar los modales, porque de lo contrario es probable que me quite el segundo pastelito y se lo lleve. Este último lo cojo en el hueco de la mano y esta vez me propongo comer despacio. Me lo acerco a la nariz y hago una inspiración profunda. Huele a tostado, como debe ser. Lo empiezo a comer a pequeños mordisquitos, disfrutando de cada cremoso bocado.

—Y después de aquí, irás a trabajar... ¿adónde?

—A la fábrica de conservas. —Me llevo a la boca el último delicioso trozo de pastelito y me quedo sin nada. Ya no hay más.

La señorita Birdie arruga la nariz.

—Ah... ¿Y cómo esperas que sea?

—Divertido —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Sí? ¿Por qué?

No tenía intención de hablar con esta mujer, pero quizá si lo hago mañana me traiga más pastelitos.

—Porque iré otra vez a una escuela de verdad y nos darán una paga de dinero en efectivo. Además, mi amiga Ava ya está en la fábrica, porque cumplió doce años antes que yo y me está esperando en la costa. —Cada vez que hablo de mi amiga, se me pone una sonrisa en la cara.

La señorita se me queda mirando detrás de sus gafas de montura oscura.

—¿Y tú quieres ir a trabajar a la fábrica de conservas? Pero eres una niña...

—Es una oportunidad maravillosa.

—Sí, eso me ha dicho Frances. Ya sabes, mi hermana. La que trabaja en la sala de las parvulitas.

Asiento. Claro que conozco a la Pelotillera, la que fue a chivarse cuando me sorprendió en el cuarto de los abrigos, la que se pavonea cada día por aquí, vestida de punta en blanco, para que la señorita Garnett la vea. Un día de estos le derramaré algo en el vestido.

—He venido a visitarla desde el delta. Ha sido bonito volver a verla... —me explica, mientras se gira hacia el pasillo y dirige la vista hacia la sala de las niñas pequeñas—. Aunque me acuse de conformista.

—¿Qué significa «conformista»? —pregunto. No parece nada bueno.

—Significa... —Se cruza de brazos—. Que te conformas con lo que tienes. Que el mundo ha dejado de asombrarte. ¿Sabes? El verano pasado cultivé un tomate de tres kilos y medio, y te aseguro que fue increíble. Pero Frances piensa que, si no vives como ella, es que has abandonado toda esperanza de tener una vida emocionante y llena de interés. O algo así.

—La esperanza es esa cosa con plumas —comento.

La señorita Birdie me mira un momento a los ojos y asiente. Después se pone a escribir en su libro. Borro de su retrato los ojos entrecerrados y los cuernos que le había dibujado y empiezo de nuevo.

A las ocho y media, entra la señorita Garnett.

—¡Buenos días y gloria al Señor! —nos saluda—. ¿Todo bien por aquí esta mañana?

Habría podido echarme a reír. La Gran Farsante nunca me lo había preguntado en todo el tiempo que llevo aquí.

—Tenías razón —responde la señorita Birdie—. Hay mucho que hacer, pero creo que conseguiré tener todos los libros al día antes de la visita del inspector.

—¡Muy bien, Birdie! —La señorita Garnett lo dice como si le estuviera hablando a una niña de dos años, aunque en realidad nunca le ha dicho nada amable a ninguna niña de esa edad ni de ninguna otra—. Reconozco que Frances nos ha hecho un favor enorme al traerte. Haré todo lo posible para demostrarle lo mucho que apreciamos su ayuda.

La señorita Birdie sonríe, sin levantar la vista del cajón.

—Sí, no olvides darle las gracias.

Y aquí viene la bolsa de la correspondencia. La señorita Garnett la deposita sobre el escritorio. Me la quedo mirando mientras le pide a Birdie que tome nota de las nuevas facturas pendientes de pago y que me entregue los mensajes de familias interesadas en adoptar, pero solamente esas cartas y ninguna otra.

—Las niñas tienen prohibido recibir correspondencia personal —dice.

—¿Por qué? —pregunta la señorita Birdie.

La presidenta la mira de arriba abajo. La noto un poco molesta por la pregunta de Birdie. Es interesante observarla.

—Porque son las reglas. —Y luego añade—: Es lo mejor para todas, créeme. Muy bien, si no hay nada más... —Se vuelve hacia la puerta, sabiendo que en cualquier momento el despacho se convertirá en una caldera del infierno.

—Solo una cosa. ¿Por qué está tapiada esta ventana? —inquiere la señorita Birdie.

—El cristal está roto. Se rompió con la misma tormenta que causó daños en el tejado. —Niega con la cabeza, como si esa triste realidad le quitara el sueño—. Ojalá tuviéramos recursos para cambiarlo.

—Bueno, ¿quién sabe? Puede que descubra algún dinero sobrante que sirva para eso.

—Sería estupendo. Pero antes tengo una larga lista de compras y reparaciones necesarias.

Cuando la señorita Garnett se marcha, la señorita Birdie abre la bolsa de la correspondencia. En lugar de actuar con discreción y sigilo como la señorita Garnett, la señorita Birdie vuelca directamente el contenido de la bolsa sobre la mesa.

—Vamos a ver... Oxford Electric... Señora de Welty Pittman, presidenta... Una solicitud de adopción... —Cuando termina, me pasa dos cartas de potenciales adoptantes que quieren venir de visita. Desgarro rápidamente los sobres.

*No podemos tener hijos y queremos un bebé.*

*Deseamos una niñita recién nacida, porque solo tenemos chicos.*

Ninguna parece ocultar un mensaje secreto de Ava. Además, su letra es mucho más fea. Amontono las cartas y las aliso. Puede que mi amiga aún no haya tenido tiempo de sentarse a escribir.

Escribo las tarjetas del Día de Visita:

*BEBÉS: 2*
*PARVULITAS: 6*
*NIÑAS MAYORES: 9*
*EL PRÓXIMO DÍA DE VISITA SERÁ: el 7 de agosto de 1933*

Dentro de dieciséis días. No pasa nada. Tengo tiempo de sobra. Seis meses, cinco días y un trayecto de tren de entre ocho y diez horas, para ser exactos. Además, para enviarle una carta a alguien, se necesitan muchas cosas: papel, lápiz, un sello, un sobre y tiempo para ir a la oficina de correos.

Quizá está demasiado ocupada comiendo platos deliciosos y aprendiendo a fumar. Cuando lo pienso, me enfado un poco con ella.

Cada vez hace más calor y el aire se vuelve pegajoso. La señorita Birdie se apoya en el respaldo de la silla y respira hondo de vez en cuando. Yo casi no sudo. He descubierto que me mantengo más fresca si me quedo quieta. La señorita Birdie se quita las gafas, que casi siempre se le caen hasta la punta de la nariz. Me pregunto si me las dejaría un momento, para probarlas, pero no creo que esta habitación se viera mejor. Para eso haría falta un incendio que arrasara la casa entera.

Las horas anteriores al almuerzo transcurren con tanta lentitud que muchas veces me pregunto si no estará jugando alguien con el reloj.

Al final, la señorita Birdie endereza la espalda y dice:

—A ver si conseguimos que entre un poco el aire.

Se levanta y se sitúa entre la silla y la ventana tapiada. Mira a través de la rendija entre los dos tablones superiores y murmura:

—Vaya, vaya... —Después se agacha para ojear por el espacio entre el cuarto y el quinto—. Ven, Meg. Tira del otro extremo de la tabla más baja. Cuidado con los clavos.

Lanzo un vistazo hacia el pasillo. ¿Podría meterme en un lío por hacer esto? Estoy bastante segura de que la señorita Garnett no podría enviar a una adulta al cuarto de la correa, pero a mí sí, siempre que le dé la gana. Aun así, obedezco y meto los dedos por detrás de mi extremo de la tabla. Las dos tiramos, sacudimos,

volvemos a tirar y entonces la tabla de más abajo se suelta de golpe. La señorita Birdie la aparta, mete una mano por el espacio que ha quedado libre y empuja hacia arriba el marco de la ventana, que se desliza fácilmente. Respiro por la nariz. Es aire bueno y fresco, incluso huele como el color verde.

—Mejor, ¿no? —me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Por poco que sea, es mucho mejor.

—Birdie, ya es hora de... —La señorita Frances se asoma por detrás del mueble archivador y ve toda la ventana que hemos abierto—. ¿Garnett os ha dado permiso para hacer esto?

—No, pero los cristales de más abajo no están rotos. No había necesidad de tapiar toda la maldita ventana —responde la señorita Birdie.

La señorita Frances me echa un vistazo fugaz.

—Se supone que no podemos abrirlas.

—¿Por qué? ¿Se os podría escapar una huérfana? —Las dos me miran—. Son quince centímetros. ¿Podrías colarte por ahí, Meg? ¿Qué crees?

Me siento en mi silla. Muchas gracias, pero prefiero quedarme al margen de vuestros líos, aunque me pregunto qué pensaría la señorita Frances si supiera que debajo de este escritorio hay un retrato suyo con un cartel que dice PELOTILLERA colgado del cuello.

—Haz el favor de volver a poner la tabla donde estaba y limítate a hacer tu trabajo. Antes de hacer estas cosas, tienes que pedirle permiso a Garnett.

La señorita Birdie pone los ojos en blanco.

—De acuerdo. Iré a buscar un clavo y un martillo, y la colocaré otra vez. Ve a la sala. Ya iré cuando termine, dentro de un minuto.

Cuando su hermana se marcha, se vuelve hacia la maravillosa ventana parcialmente abierta. El aire huele a inminente tormenta de

verano.

—Supongo que la señorita Garnett sabe lo que hace... —Coloca la tabla en su sitio, sin clavarla, de modo que la ventana sigue tapiada pero solo en apariencia. Todavía entra un poco de aire—. Pero lo que no sabe no puede hacerle daño, ¿no crees? —añade.

Me parece que esta señorita es más sensata de lo que yo pensaba.

De regreso en el despacho, después de comer, noto la diferencia. Por supuesto, cuando la señorita Garnett pasa por el pasillo, se detiene y mira. Se da cuenta de que algo ha cambiado aquí dentro. El ambiente ha mejorado. El calor no es tan agobiante. Pero, como no sabe a qué se debe el cambio, sigue su camino sin decir nada.

Fuera retumba un trueno. Tenemos la tormenta casi sobre nuestra cabeza. La casa se oscurece. Bostezo y también lo hace la señorita Birdie, que se levanta y vuelve a quitar la tabla suelta. Las latas de la habitación pronto empezarán a llenarse de agua por la lluvia. Escribo más tarjetas para matar el tiempo. Me pregunto si la señorita Garnett me permitiría saltarme el próximo Día de Visita, ya que de todos modos iré a la fábrica de conservas dentro de poco. Así no tendría que ver a ninguna de esas mamás a las que envío las tarjetas con una niñita en brazos, mirándola a los ojos como si siempre hubiera sido suya.

—¿Te trajo alguien aquí, cuando desapareció tu madre? —La señorita Birdie me suelta la pregunta sin venir a cuento—. Me habías dicho que se fue a comprar a la tienda y no volvió, ¿verdad? —insiste en voz baja.

Abro la boca, pero... ¿no lo sabe ya? ¿Cuándo fue la última vez que alguien se interesó por mí? Las damas voluntarias solo me preguntan: «¿Qué tienes que decir en tu defensa, jovencita?».

Me cuesta creer que me estén haciendo una pregunta diferente.

Esto sí que no me lo esperaba.

A su espalda, el viento arrastra un poco de lluvia a través de la ventana medio abierta. Es una pena que la señorita Birdie tenga que levantarse y cerrarla.

—Mira en el cajón —vuelve a decirme por la mañana del día siguiente, y así todos los días.

En efecto, dentro del cajón me esperan dos pastelitos: los de ayer eran con mermelada de fresa, los de anteayer, con jalea de arándanos, y los de hoy, con jamón de verdad. También ha traído el periódico de ayer y, sin que yo se lo pida, separa las páginas de las tiras cómicas y me las da, como haría con cualquier niña normal. Apoya los pies sobre el escritorio y abre el periódico. Yo me recuesto en el respaldo y hago lo mismo. No puedo contenerme y devoro el primer pastelito, pero el segundo me gusta hacerlo durar, antes de que venga la señorita Garnett a arruinarme el día.

Oigo un siseo en el pasillo y me giro. Es la malvada Dorella, que me está enseñando la lengua. Ya se ha olvidado de la carta que le di hace unos días.

—Eh, Megadera, ¿qué estás haciendo, Megadera? ¿Por qué no vas a clase como las otras niñas?

La señorita Birdie está enfrascada en la lectura del diario. Dios, siento que he pasado la vida entera esperando este momento. Detrás de las páginas de las tiras cómicas, levanto el trozo de pastelito que me queda. Me lo llevo a la boca, le doy un mordisco y lo mastico muy pero que muy despacio y con la boca abierta, para que Dorella vea bien cada trocito. ¡Qué envidia le doy! Los ojos se le transforman en dos estrechas ranuras. Sé que lo pagaré más tarde con un pellizco o algo peor, pero a veces el crimen vale tanto la pena que no importa el castigo. Lo oí decir una vez en la radio.

A las ocho y media, nuestro periódico ha sido leído, los bizcochitos comidos y la tabla de más abajo, vuelta a colocar contra la ventana.

—Aquí viene —susurra la señorita Birdie, y las dos ponemos la misma cara inexpresiva.

Estoy bastante segura de que ella solo lo hace para que yo me divierta. Todavía no ha descubierto que la señorita Garnett es una gran farsante, porque cuando te haces mayor pierdes la habilidad para ver ese tipo de cosas, como el monstruo debajo de la cama o el que te acecha dentro del armario. Mi madre nunca veía nada cuando miraba, pero yo sabía que estaban ahí.

La señorita Garnett vuelve a alabar la gloria del Señor y pregunta una vez más si «vamos avanzando».

Dice «vamos», como si ella también trabajara.

—No he podido encontrar a qué corresponden estos gastos —apunta la señorita Birdie.

La directora se le acerca y mira por encima de su hombro. Está de espaldas a la ventana.

—Esto de aquí es la tela para los vestidos nuevos de las párvulas y la ropita de bebé... Esto es la pintura para la sala de las cunas y la habitación de las niñas pequeñas, que estaba un poco triste... Y esto otro es para la limpieza de la alfombra y las cortinas de la sala de las voluntarias. —La señorita Garnett sonríe como si compartieran un pequeño secreto—. Tenemos que procurar que estén cómodas, ya que de lo contrario no vendrían a trabajar con nosotras, ¿no crees?

—Ya —dice la señorita Birdie, levantando la vista y mirando la pared que tengo detrás, cubierta de moho.

Antes de irse, la presidenta ladea la cabeza, confusa.

—¿Hoy está un poco más fresco aquí dentro o me lo parece a mí?

La señorita Birdie endereza la espalda y hace como si acabara de notarlo.

—Ahora que lo dices, sí, es verdad.

—Bueno, ya tenemos una cosa más que agradecer al Señor.

Cuando se marcha, la señorita Birdie replica:

—O también me lo puedes agradecer a mí.

Aunque es una adulta, no me habla con condescendencia, sino como si yo también fuera adulta o estuviera cerca de serlo. Dice que su hermana es «una persona difícil», su madre, «una preocupación constante», y su abuela...

—Espera. ¿Tienes abuela?

—Sí. ¿Tú no? La mía es muy buena, pero a veces da un poco de miedo.

Cuando pienso en el pasado, las personas que suelen aparecer en mi mente son mi madre, la vieja Ophelia, los cachorritos y un hombre que menea la cabeza y dice: «Tenemos que llevarte a un sitio seguro, darte algo de comer...».

—Meg, te he dicho que te sientes con la espalda recta —me regaña la señorita Garnett al pasar.

—¿Siempre te habla así? —pregunta Birdie.

La informo de que, efectivamente, siempre lo hace.

Las horas pasan más rápido cuando hay alguien con quien charlar.

—¿Con qué frecuencia se organizan esos Días de Visita?

La señorita Birdie hace todas sus preguntas sin que vengan a cuento y parece tener opinión sobre todo.

—Tres o cuatro veces al año.

—¿Y cuánta gente suele venir?

—Seis o siete parejas. Lo más que hemos llegado a recibir han sido unas diez. Pero entonces teníamos muchos bebés.

—¿Y a ti por qué no te han adoptado?

¡Ja, ja! ¿Qué se habrá creído, que esto funciona como el mundo de las tiras cómicas y que en cualquier momento entrará Daddy Warbucks para adoptar a Annie? Seguro que viene en busca de una niña de once años, demasiado pequeña para trabajar y demasiado mayor para cogerla en brazos y darle mimos.

—La señorita Garnett dice que soy... —«sucia, marrana»—. Dice que estaré mejor en la fábrica de conservas.

La mención de la enlatadora la saca de quicio. Dice que está «totalmente en contra de que las niñas trabajen en fábricas», que «no tiene el menor sentido», y me pregunta si alguna vez he visto una foto de uno de esos sitios en el periódico.

—No, pero pagan dinero en efectivo, así que haga sus cálculos.

Me pregunto si me castigará por contestarle con tanta familiaridad, ya que después de todo es una dama voluntaria. Pero, en lugar de eso, se echa a reír. Tiene los dientes de delante un poco separados, como yo.

Otra ventaja de tener aquí a la señorita Birdie es que la señorita Garnett se lo piensa dos veces antes de entrar por la mañana para ponerse a jugar con mi pelo y llamarme esas cosas.

—No hace falta que me llames «señorita» cuando nadie nos oye. Llámame Birdie y tutéame.

En su opinión, lo otro es demasiado rígido y «encorsetado». También dice que no estamos obligadas a respetar las normas en un lugar donde nadie se ocupa de repararnos la ventana ni las goteras del tejado.

Por la tarde, después de que la señorita Garnett anuncie que se va a buscar la correspondencia, la señorita Birdie dice que necesita estirar las piernas.

—¿Puedo acompañarte? Prometo quedarme callada.

Me dice que sí.

La sigo a la planta de arriba, a la habitación de las niñas mayores, donde observa nuestros viejos catres oxidados y levanta la vista al techo, que se encuentra en un estado penoso. Si te quedas el tiempo suficiente contemplando esas manchas de humedad, tumbada en la cama, empiezas a ver cosas que preferirías no ver: una mujer malvada gritando «¡estás despedida!», una ostra viscosa en un frasco, un hombre gordo que busca a la responsable de haber dejado morir a aquellos cachorritos en la noche helada... Todavía no sé cómo hago para dormir, cuando en el techo pasan tantas cosas.

Después bajo con ella la escalera y la sigo a la cocina. Aquí no hace el mismo calor que en el despacho. El calor de la cocina es diferente. Te ennegrece los pulmones. Es un milagro que Lucinda lo soporte. Birdie arruga la nariz mientras observa las ollas donde el agua hirviendo acaba con el poco sabor que podría tener nuestra comida. Cuando prueba nuestro puré de guisantes, se estremece. Se apoya en la encimera y se pone a charlar con Lucinda, tal como hacía mi madre con Ophelia.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Pronto hará cinco años. ¿Usted de dónde es?

—Del condado de Warren, en el delta.

—Tengo familia por allí.

Aunque la cocina se estuviera incendiando, ninguna de las otras señoritas le dirigiría la palabra a Lucinda.

Miro si hay pan de maíz que robar, pero todavía está en el horno.

Birdie se ofrece para hacer una lista de las cosas que faltan en la cocina. Quizá entonces Garnett...

—No hay bastante papel en el mundo para hacer esa lista —responde Lucinda, y escupe en una lata un trozo de tabaco de mascar.

Oigo cosas como «insípido», «pastoso» y «ni rastro de carne ni de mantequilla». Palabras que a nadie le gusta oír en una cocina.

—Desde que está ella, no puedo servirles nada apetitoso a las niñas, porque dice que eso sería malcriarlas. ¡Son huérfanas! —exclama Lucinda, agitando su manaza—. ¡Es imposible malcriarlas!

—¿Quieres decir que antes era diferente?

—Sí, señorita. En estos dos últimos años las cosas han cambiado bastante. —Y entonces Lucinda vuelve a concentrarse en cortar zanahorias, para no hablar más del tema.

Cuando regresamos al despacho, Birdie contempla el moho de las paredes. Se agacha y mira por el agujero que hay detrás de mi silla.

—Sé que estás ahí —masculla. Coge mi goma de borrar rosa y frota una mancha de moho de la pared.

—Birdie, para, lo estás empeorando —dice la señorita Frances, que ha venido con la pequeña Ella Jane en brazos. Cuando está dormida, Ella Jane es una niñita muy mona, pero esperad a que despierte y se ponga a chillar.

—¿No te molesta ver cómo está este despacho? —replica Birdie —. Y el dormitorio de las niñas mayores, en la planta de arriba... El resto de la casa no está así.

—Es mucho mejor que los tugurios donde vivían antes. Estas niñas son afortunadas de tener un techo sobre su cabeza.

—Pero ¿has visto cómo está ese techo? —insiste Birdie—. Y detrás de la silla de Meg hay un agujero que han hecho las ratas.

—¿Qué esperabas, Birdie? Es una institución benéfica. Hacemos lo que podemos con los pocos recursos que tenemos.

—Lo que tú digas, pero así empezó la maldita peste bubónica.

Después de eso, se ponen a hablar de la gran cena de cumpleaños de la señorita Frances, que será dentro de poco. Espera

que su marido la compense con un regalo especial, ya que no ha querido llevarla de viaje. No creo que sea apropiado hablar de esas cosas delante de una huérfana que nunca recibe regalos. Es cuestión de educación, me parece a mí.

La señorita Frances baja la cabeza y se frota la barbilla contra el pelo de Ella Jane.

—¿Pensarás que soy una mala persona si digo que ojalá nadie adopte a Ella Jane la semana próxima?

—Sí.

—Si Rory me dejara, me la llevaría a casa ahora mismo.

Yo miro para otro lado. Tampoco necesitaba oír eso.

Más tarde, cuando la señorita Garnett regresa con la bolsa de la correspondencia, Birdie le dice:

—Podría buscar a alguien que venga y nos diga cuánto costaría tapar esos agujeros y pintar las paredes. O al menos que nos dé una idea de cuánto costaría reparar el tejado.

La farsante asiente, como si le pareciera interesante la idea.

—Agradezco mucho tu preocupación, Birdie, de verdad. Pero, como ya te he dicho, solo esperamos de ti que pongas al día esos libros.

Lo que en realidad le está diciendo es que se meta en sus propios asuntos.

—¿Qué daño puede hacer que venga alguien a echar un vistazo? Yo siempre lo digo: el agua es peor que las termitas...

La señorita Garnett junta las manos como si estuviera rezando, como rogándole a Dios que esta mujer cierre el pico de una puñetera vez.

—Sería hacer perder el tiempo a un trabajador, ya que no disponemos de los medios para pagarle. Así que, por favor, termina tu trabajo, para que podamos recibir la subvención.

—De acuerdo —contesta Birdie, y deja escapar un suspiro.

—Si eso es todo, ya podéis volver al trabajo, niñas.

—No soy una niña, Garnett —murmura Birdie cuando la señorita ya se ha ido y no puede oírla—. Soy una mujer adulta, con un certificado expedido por la Academia Blanton de Contabilidad por Correspondencia, y aquí no necesitáis más cortinas ni más cojines. ¡Lo que aquí hace falta es reparar el tejado!

Veo que por fin empieza a olerse que la señorita Garnett es una farsante.

Después de quedarse mirando la pared mohosa con el ceño fruncido, coge un paño húmedo y se pone a frotar la pared.

—No sale —le advierto—. Ya lo he intentado yo.

Cuando se rinde, vuelve a sentarse y se vuelca sobre el regazo el contenido de la bolsa de la correspondencia.

—Señora Garnett Pittman... A quien pueda interesar...

Me da un par de sobres. Lo mismo de siempre, todo el mundo quiere un bebé.

—¿Ocurre algo? —me pregunta.

Por lo general no me fío de ninguna de estas señoritas, pero pruebo suerte, ya que ella no parece como las otras.

—Mi amiga Ava está en la fábrica, y ya sé que no está permitido, pero esperaba que me mandara alguna carta.

—Debe de estar demasiado ocupada enlatando cosas. ¡Qué horror! Una niña... —Frunce el ceño y añade—: ¿Puedes elegir entre ir a la fábrica o quedarte aquí?

Me la quedo mirando unos segundos, para darle tiempo a reflexionar sobre lo que acaba de decir.

—Tienes razón —dice al cabo de un momento—. ¿Quién en su sano juicio querría quedarse en este sitio?

—Adivina quién no vendrá hoy a ponerte mala cara.

Cuando me dice quién, no puedo reprimirme:

—¡Aleluya!

Ayer por la tarde, la señorita Mildred salió al pasillo gritando: «¡Garnett, otra de las parvulitas ha vomitado!». Era fácil adivinar lo que iba a pasar entonces. Cada vez que una niña vomita, un par de voluntarias se escabullen por la puerta. Pero, si son dos niñas las que se ponen malas, ya no se van discretamente, sino que abandonan la casa en estampida, para no contagiar a sus hijos y sus maridos. Hacia las cinco de la tarde, la señorita Garnett tenía el pelo revuelto y se había puesto verde como nuestro puré de guisantes.

Hoy Birdie vuelve a llevar el vestido azul de botones blancos. Por eso sé que ha venido un total de siete días al despacho. Tiene este vestido, otro con botones negros y un tercero con botones que imitan perlas, y se los va poniendo por turnos. Una vez le anuncié el que iba a ponerse al día siguiente y me dijo que era una niña muy lista.

—Parece que hoy tendremos todo esto para nosotras —comenta mientras me como mis pastelitos.

Su hermana y unas pocas señoritas más se han encerrado en el cuarto de las parvulitas y en la sala de las cunas, para no extender el contagio al resto de la casa. Cada vez que pienso en la palabra «vómito», me parece olerlo. No me pasa lo mismo con «tocino» o «tarta de arándanos», pero la mente es misteriosa y no es fácil descifrarla.

Cuando aún no han dado las nueve, Birdie cierra el libro de contabilidad y lo aparta. Yo me inclino sobre la mesa y corrijo su posición.

—Ya he tenido suficiente, Meg, no puedo quedarme ni un minuto más mirando esa pared mohosa.

Se va y vuelve al cabo de un minuto con un delantal, una bayeta y un cubo de algo que huele más fuerte que el jabón. Empieza a frotar en círculos la pared, detrás de mi silla, y al principio no hace más que desparramar la fea suciedad marrón. Pero deja que el producto haga efecto unos minutos y, cuando frota la pared por segunda vez, aparece una zona limpia, de color amarillento.

Me levanto de un salto y le digo:

—¿Quieres que te ayude? Sé limpiar muy bien.

Dios, haría cualquier cosa, incluso frotar las paredes con un trapo, con tal de no seguir sentada en esta silla.

Me da una bayeta de la cocina y me dice que frote la parte de abajo, mientras ella se ocupa de la de arriba. El olor me hace cosquillas en la nariz.

—No te toques los ojos, que esto tiene lejía. Frances no pararía de meterse conmigo si dejara ciega a una de sus huérfanas.

Cuando el olor se vuelve demasiado penetrante, sale al pasillo y mira a la izquierda y a la derecha, como si fuera a cruzar una calle con mucho tráfico. Después va a la ventana, desprende la segunda tabla empezando por abajo, sin siquiera pedirme ayuda, y levanta el cristal otros quince centímetros.

¡Qué gusto! Más aire fresco. Ahora sí que podemos respirar mejor.

Mientras limpiamos en círculos la pared, le pregunto cuánto tiempo piensa quedarse antes de regresar a su pueblo. Necesito saber cuántos pastelitos hay en mi futuro. Dice que se irá dentro de unas dos semanas, después del cumpleaños de su hermana. Ha venido principalmente para pedir dinero.

—¿Cuánto? —Como siempre me ha interesado el dinero, se me olvida lo que decía mi madre. Que no es de buena educación preguntar.

—Más que unos centavos y menos que una fortuna —responde.

Me cuenta que su cuñado tiene dinero de sobra y línea de teléfono privada, pero que su hermana sigue enfadada con ella desde que la retrató como si fuera un pavo hace por lo menos un siglo. Le digo que me gustaría ver el dibujo, y entonces ella se baja de la silla a la que se había subido para frotar la pared y, en una tarjeta, traza la cara de una mujer con pómulos marcados y nariz en forma de pico que realmente se parece mucho a la señorita Frances. Después le dibuja el cuello, que ocupa cinco tarjetas del Día de Visita alineadas una detrás de la otra, y añade debajo un cuerpo pequeñito de pavo.

Me muero de risa. ¡Es igual que la señorita Frances!

—¡No hagas tanto ruido, que pueden oírnos! —Pero ella también se está riendo—. Si piensan que nos divertimos aquí dentro, nos separarán.

Tiene toda la razón.

Después despliega el periódico de ayer sobre el escritorio y se sube a la silla con la fregona, para alcanzar las manchas del techo. Fregar el techo es mucho más difícil que el suelo, sobre todo si no puedes parar de reír. Como era inevitable, oímos que se abre la puerta de la sala de las parvulitas.

—¡Birdie! ¿Qué estás haciendo ahí arriba? —pregunta la señorita Frances.

—Limpiar el techo, nada más. —Si hubiera respondido que estaba robando un banco, no habría parecido más culpable—. Casi he acabado con la contabilidad.

La señorita Frances me mira con el ceño fruncido. Sabe que debería estar sentada en mi puesto, dormitando sobre el escritorio.

—Pero, cuando acabes, te pondrás a trabajar otra vez con los libros, ¿verdad?

—Sí. En cuanto termine de limpiar el techo.

La señorita Frances contempla un momento la pared limpia y comenta:

—No me había dado cuenta de lo sucia que estaba.

A las once, tengo el brazo cansado, pero sigo frotando en círculos.

—¿Birdie?

—¿Sí, Meg?

—¿Qué significa que una mujer es una «débil mental»? —le pregunto.

Baja la fregona y se pone a pensar.

—Supongo que será alguien que... no está bien de la cabeza.

—¿Loca?

—Podría ser, pero esas cosas son relativas, ¿sabes? Todos estamos un poco mal de la cabeza, pero nos parece que los locos son los demás. Es como uno de esos espejos que permiten ver a través. Aunque también es verdad que hay gente realmente loca en el mundo...

Creo que la única persona realmente loca que he visto con mis ojos es aquella mujer mayor, la señora Rondo, que pedía limosna en la plaza. Cuando le pregunté a mi madre qué le había pasado para acabar así, me respondió que a veces la gente tiene un mal día.

Después del almuerzo, el despacho ha mejorado sustancialmente.

—Buen trabajo, Meg —me dice Birdie—. Sí que se te da bien limpiar.

Le agradezco el cumplido y le digo que lo he heredado de mi madre.

—Tenía buena mano para todo, ¿verdad?

Le digo que sí y que, cuando se ponía a limpiar, era como si un tornado recorriera la casa.

—Ah, ¿sí?

Le cuento que dejaba las cosas más limpias que cuando estaban nuevas y sin usar.

Dios, hace años que no pensaba en nada de eso.

—¿Qué más recuerdas?

Abro la boca, pero me arrepiento. Birdie tiene una manera de ser que te hace hablar aunque no quieras. Creo que sería capaz de hacer confesar a un delincuente.

—Puede que te haga bien hablar de ella —dice Birdie, pero yo me callo. Ava me ha aconsejado que me la quite de la cabeza.

Cuando terminamos de limpiar, las dos estamos rendidas. Todo a nuestro alrededor está mojado, nosotras también. Secamos las gotas del suelo y del viejo mueble archivador, que se escora hacia un lado como la torre inclinada de no sé qué ciudad. Tengo que reconocer que las paredes han quedado muy bien. En las zonas donde había más moho no están perfectas, pero han mejorado bastante. Es una pena que el color de la pintura sea tan feo, con un tono parecido al de los escupitajos de un viejo enfermo.

La señorita Mildred pasa por el pasillo. Ha ido a la ciudad a comprar más aceite de ricino y está empapada. Echa una mirada al despacho.

—Bueno, ya era hora —dice. Nada más. Ninguna pregunta—. Por cierto, parece que Garnett aún se encuentra mal y tampoco vendrá mañana. —Mira a Birdie, disimulando una sonrisa.

¡Aleluya! ¡Gloria al Señor!

A la mañana siguiente, después del desayuno, me llega una vaharada de un olor penetrante. Lo único que puedo decir es que no

es un olor apetitoso. Recorro el pasillo a toda prisa para ver de qué se trata. «¡No corras, jovencita!». Aunque la señorita Garnett no está, la oigo en mi cabeza.

La señorita Frances está en la puerta del despacho con las manos apoyadas en las elegantes caderas.

—¡No puedes asignarte tú misma las tareas, Birdie!

Doblo la esquina y la veo.

Birdie ha empezado a pintar las paredes horribles y enfermizas de un bonito tono azul pastel. ¡Me encanta!

—Esto estaba inhabitable. Meg no puede pasarse todo el día en un despacho lleno de moho. He encontrado en los libros un poco de dinero extra para pintura. Iba a usarse para la sala de las cunas.

—¡Hay unos protocolos que es preciso respetar, Birdie! ¿No podrías al menos habérselo consultado a Garnett antes de ponerte a pintar?

—Podría haberlo hecho, sí.

Me dirijo discretamente a mi silla, tratando de aparentar inocencia. Veo que en el suelo también hay una lata de resplandeciente pintura blanca.

—¿Por qué no iba a alegrarse Garnett? Estará todo listo justo a tiempo para la visita del inspector —argumenta Birdie, mientras moja el pincel en la pintura azul—. ¿Recuerdas cuando pintamos de este mismo color nuestra habitación?

—Lo recuerdo —contesta la señorita Frances secamente—. Ya suponía que estabas tramando algo cuando te he visto salir tan temprano de casa. Ahora todos pensarán que tengo una hermana pintora de paredes.

—Todavía no entiendo cómo ha dejado Garnett que esta habitación llegara a deteriorarse tanto —comenta Birdie—. Cuando vuelva, se lo preguntaré.

—¡No, por favor, Birdie! —suplica la señorita Frances con cara de pánico—. Tu trabajo es poner al día los libros, no hacer preguntas. Ni pintar paredes.

Cuando se marcha al cuarto de las niñas pequeñas, Birdie niega con la cabeza y sigue pintando.

—¿Que no es mi trabajo hacer preguntas? —Me mira con sus grandes ojos castaños—. No tengo otra misión en la vida. ¿Para qué estamos aquí, si no?

Debe de ser lo más lógico que he oído en años.

Por mi parte, me muero por pintar yo también. Le pregunto si la puedo ayudar y le prometo que seré muy cuidadosa. Como soy bajita, decidimos que yo pintaré de blanco el rodapié, mientras ella sigue aplicando en las paredes ese color azul tan bonito. Lo llama «el toque complementario».

Ahora os explicaré cómo se hace para pintar:

Primero hay que ponerse un delantal, porque pintar ensucia mucho y de manera bastante permanente. Después hay que cubrir el suelo con papel de periódico, mojar el pincel, darle unos golpecitos para quitar el exceso de pintura y pasarlo suavemente a lo largo del rodapié, adelante y atrás, sin hacer movimientos bruscos ni dejar que gotee..., y ¡ya está! Has aprendido una habilidad útil que, sin duda, es más divertida que meter comida en una lata.

Birdie dice que, cuando haya terminado, retocará las partes que me hayan quedado mal, lo cual es un alivio. Tenemos que trabajar en silencio, para no meternos en más líos.

Descubro que la mejor forma de pintar un rodapié es tumbarse en el suelo, para que el pincel quede a la altura de los ojos. Vamos cogiendo ritmo. Birdie silba por lo bajo una melodía que me da sueño. Dice que la canción se llama *Danny Boy*.

Por supuesto, de vez en cuando deja de silbar y me hace una pregunta.

—¿Conocías al hombre que te trajo aquí?

Mientras mojo el pincel, lo sacudo y lo paso suavemente por la moldura, le respondo que no, que nunca lo había visto.

—¿Cómo supo que estabas sola? —pregunta.

Le explico que simplemente se presentó en casa y me dio una manzana, la mejor manzana que he probado en mi vida.

—Tenías mucha hambre, ¿no? —insiste.

¿Que si tenía hambre? Estaba tan hambrienta que se me estaban consumiendo las entrañas. ¡Y qué frío! Cada vez que respiraba, mi aliento formaba una nubecita, incluso dentro de casa.

—Recuerdo ese invierno. Fue algo fuera de lo común.

Y cuando terminé de roer el hueso de jamón y me acabé el frasco viejo de ostras viscosas que me daban ganas de vomitar, intenté comerme un...

—¿Un qué?

Me da vergüenza decirlo.

Al final le confieso que traté de comerme un libro.

—¿Cuál? —pregunta Birdie.

Le digo que el título era algo como *Ulisis*. Pero no lo recuerdo bien.

—¿Qué sabor tenía? —me pregunta.

Me echo a reír.

—Aburrido —contesto—. El libro más soso que he comido en mi vida.

Cuando falta poco para el almuerzo, la señorita Pripp, la Culo Gordo, entra bailando por la puerta principal. Lleva puesto un vestido amarillo que ondea cuando camina. Va en busca de alguien.

—¡Oh, aquí estáis!

En el pasillo, les cuenta a la señorita Frances y a la señorita Mildred que sus hijos, gracias al cielo, no han pillado la enfermedad, pero añade que por desgracia no se sabe cuándo podrá volver Garnett y por eso ha traído sus llaves.

—Aquí las tienes, Mildred, y ahora me voy, que tengo un asado en el horno... —Se interrumpe bruscamente, mirando el despacho—. ¡Vaya, vaya! ¿Qué ha pasado aquí?

—Ha sido idea de Birdie —se apresura a decir la señorita Frances.

Dejo de pintar, preguntándome si la Culo Gordo va a ordenarme que vuelva a mi puesto.

—Pero... creo que ha quedado mejor, ¿no te parece? —arriesga la señorita Frances.

—¿Quieres decir que Garnett no ha dado su permiso? ¿Tu hermana lo ha hecho así, sin más?

Oigo unas risitas de la señorita Mildred en el pasillo, pero la única respuesta de la señorita Frances es:

—Pues...

La Culo Gordo entra en el despacho. Los ojos se le iluminan al ver a Birdie, como si acabaran de hacerle un regalo.

—Perdona, Birdie, pero no puedes ponerte a hacer algo así sin antes preguntar. Lo primero es pedir permiso a Garnett.

—Pero Garnett no estaba —replica Birdie, sin dejar de pintar.

—Entonces creo que acabas de meterte en un buen lío —comenta la Culo Gordo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y eso te alegra? —pregunta Birdie, mirándola como si realmente sintiera curiosidad por oír la respuesta.

La señorita Pripp frunce el ceño, desconcertada, y se va por donde ha venido.

—¡Birdie! —la regaña la señorita Frances.

—No te preocupes, Franny. Yo cargaré con toda la culpa.

Me pongo a pintar otra vez. Ya le he dicho mil veces que nada en este lugar tiene el menor sentido.

Cuando tienes un proyecto, las horas pasan más deprisa. «Buen trabajo, Meg», me dice Birdie unas diez veces por hora, y yo no me canso de oírlo.

Las cosas mejoran todavía más cuando Dorella asoma el cuello mugriento por la puerta y me ve haciendo algo más divertido que dormitar sobre el escritorio y babear las tarjetas.

—¡Señorita! ¿No sabe que Megadera está mal del coco? Habla con gente que no está.

Habría preferido que la señorita Birdie no se enterara de ese tonto apodo. Después de todo, tengo mi orgullo.

—Todos hablamos con gente invisible, Dorella —replica Birdie—. Pero se da el caso de que Meg es bastante lista. —Y finalmente añade la guinda al pastel—: Por eso la he nombrado mi lugarteniente, encargada de pintar el rodapié.

Me entusiasma tanto ser la lugarteniente de alguien que casi no soporto la emoción.

Cuando el olor a pintura se vuelve demasiado intenso, Birdie va y arranca la tercera tabla de la ventana, empezando por abajo. Y después la siguiente. Examina la última, como si notara algo extraño, y la desprende también de un tirón. Todos los cristales están bien, salvo por un pequeño triángulo que falta en una esquina. Da un paso atrás y la luz se cuela entre las hojas verdes de un árbol frondoso. Le sonrío. ¡Ahora lo veo! ¡Ahora sé cómo es su mundo!

—Vaya, vaya... Solo falta un trozo pequeño de cristal, ni siquiera un panel entero —observa—. Rellenaré el hueco con un poco de lana de acero. Creo que aguantará un tiempo.

Cuando levanta la ventana, entra la brisa. Ya no huele a amarillo como antes.

Por la tarde, ya hemos pintado todo, incluso el techo. Solo faltan los retoques.

—Así deben de sentirse los pajaritos cuando están dentro de su huevecito azul —observo.

Asiente, porque me entiende. Las dos estamos agotadas.

—¿Crees que podríamos pintar también la planta de arriba? —pregunto.

No solo porque no quiero que se acabe la diversión, sino porque espero que se quede más de la semana y media que pretende estar. Temo el momento de estar sola de nuevo. Seis meses se me antojan ahora mil años.

Así que la sigo hasta el dormitorio de las niñas mayores y contemplamos juntas las manchas de humedad del techo que a veces dan miedo. Sería demasiado trabajo para hoy. Me pongo triste solo de mirarlas.

—Por desgracia, Meg, lo que está podrido por dentro no se arregla con pintura.

Creo que esa enseñanza también se aplica a la vida.

Bajamos de nuevo. Os voy a dar un consejo: no trabajéis nunca debajo de alguien que está pintando una pared. Tengo manchas de color blanco brillante y azul huevo de pajarillo por todas partes. Birdie dice que me las quitará con trementina en un pispás.

Apoyo la cabeza en el escritorio mientras ella abre los cajones superiores del mueble archivador con el llavero plateado. La señorita Mildred está recostada en el marco de la puerta y las dos hablan en voz baja. Me recuerdan a alguien.

—He oído que ha habido muchos cambios por aquí estos últimos dos años —comenta Birdie.

—Sí, algunas cosas han cambiado, de eso no hay duda —confirma la señorita Mildred.

—¿Desde cuándo, más o menos? —pregunta Birdie, mientras saca una carpeta del archivador.

—Desde que Garnett fue elegida presidenta de la junta directiva. Hace algo más de un año y medio.

—¿Y qué tipo de cambios introdujo? —la interroga Birdie, mirándola a través de sus gafas de lectura. Tiene mucha habilidad para hacer hablar a la gente.

—Para empezar, separó a las niñas mayores de las parvulitas. A las mayores las envió a dormir a la planta de arriba.

Oigo cajones que se cierran, llaves que tintinean, otro cajón que se abre... Pienso en mis primeras semanas aquí. Pero en aquella época tenía la cabeza como un queso suizo y la gente y los momentos se me escurrían por los agujeros.

—¡Ah! ¿Antes estaban todas juntas?

—Sí, jugaban y comían juntas. Si te soy sincera, creo que de ese modo se adaptaban más fácilmente a estar en el orfanato, sin sus familias.

Me pregunto adónde habrán ido a parar esos recuerdos. ¿Estarán metidos en un cubo, en alguna parte? ¿Me toparé con ellos algún día?

—Ya me lo imagino —conviene Birdie.

—Bueno, y no digas que yo te lo he dicho, pero... fue ella quien tuvo la idea de vestir a las niñas mayores con esa ropa tan calurosa, que las cubre desde el cuello hasta los pies, y de prohibirles la correspondencia. Y pronto empezó a predicar esas tonterías de que las chicas mayores están más allá de toda salvación, y a obsesionarse con las normas y con que hay que proteger a los

buenos cristianos. ¡Aquí todos somos cristianos! —exclama la señorita Mildred—. No hay unos mejores que otros.

Se hace un silencio y oigo que Birdie pasa las hojas de una carpeta.

—Aquí pone que su padre no se conoce... y que su madre está...

Pero no entiendo lo que dice.

—Que seas pobre y que te haya ido mal en la vida no significa que estés mal de la cabeza. —Es lo último que oigo decir a la señorita Mildred antes de quedarme dormida.

## 12

Después de tres días de absoluta maravilla, las damas voluntarias van volviendo poco a poco. Yo estoy recostada en mi silla, dentro de mi huevo de pajarillo, disfrutando de las vistas y del brillo del sol a través de la ventana sin tapiar. El árbol, que según Birdie se llama «árbol del paraíso», susurra con la brisa. Ella dice que está contenta porque por fin puede verse la mano delante de la cara. Su lema es: «Mejor pedir perdón que pedir permiso».

Las señoritas pasan por delante del despacho y exclaman: «¡Anda, mira!», como si nunca hubieran reparado en esta pequeña habitación. Me parece que se alegran de que esté hecho porque no han tenido que hacerlo ellas. Mientras tanto, la Pelotillera es un manojo de nervios y no deja de asomarse para ver si vuelve Garnett. A cada momento se lleva la mano a la insignia de cobre y se nota que no ve la hora de verla convertida en plata. Apuesto a que cree que las niñas no nos damos cuenta de esas cosas.

Solo le pido al Niño Jesús que la señorita Garnett siga más enferma que una gallina clueca, aunque por desgracia lo que se

comenta es que empieza a recuperarse.

Oigo que la Culo Gordo dice en el pasillo:

—Lo que me gustaría saber es de dónde ha sacado el dinero para comprar la pintura.

—Lo he robado de tu cartera, Pripp. Un poco cada día —responde Birdie sin levantar la vista.

—Deja de decir tonterías, Birdie —replica la señorita Frances—. Mi hermana descubrió un poco de dinero sobrante en los libros. ¿No es maravilloso?

—Bueno, tendrá que explicárselo a Garnett.

Mientras yo no me meta en ningún lío, me da igual lo que opine la Gran Farsante. Aunque sería divertido que se irritara un poco. Me echo hacia atrás en la silla y me lo imagino.

A las ocho y media, oigo un traqueteo, como si todos los huesos de un esqueleto estuvieran entrando por la puerta. Birdie ha subido a la planta de arriba para echar otro vistazo al techo.

Oigo que alguien dice:

—¡Bienvenida, Garnett! Hemos rezado mucho por ti.

Me asomo al pasillo y veo venir a la Gran Farsante, andando muy rígida, como si llevara el palo de una escoba metido por el trasero. La señorita Garnett se detiene un segundo y levanta la nariz para olfatear el aire. Ha percibido el olor del cambio.

—Garnett, tu idea de renovar el despacho antes de la inspección de mañana ha sido brillante —dice una señorita.

Ese comentario sí que me ha fastidiado. Aparece en la puerta del despacho y clava los ojos grises en mí, entre mis nuevas paredes azules. La Culo Gordo ya la había prevenido, pero no se esperaba que hubiera quedado tan bonito, con el sol entrando a raudales por la ventana. ¡Y eso no es todo! Birdie ha traído un pequeño tiesto con una de esas plantas que se llaman «cintas» y lo ha colocado sobre el

mueble archivador. La Gran Farsante se me acerca a trompicones cuando lo ve.

Yo me quedo quieta en mi silla, intentando no parecer culpable, aunque estoy rodeada de pruebas que me incriminan.

La Pelotillera entra tras ella y pregunta:

—¿Qué te parece el lavado de cara que le ha dado Birdie al despacho? Ha quedado bonito, ¿verdad?

La Gran Farsante mira la ventana sin tapiar y después a mí. La piel se le ha vuelto todavía más pálida que de costumbre, del color de unas gachas de avena muy aguadas. Le duele no verme sentada entre paredes mohosas, bajo una luz enfermiza. Pero sabe que le conviene fingir alegría.

—¡Vaya! ¡Cómo está esto! —es lo único que consigue articular.

Pero la señorita Frances esperaba un comentario un poco más elogioso.

—¿Verdad que está mejor? Sobre todo pensando en la niña, que se pasa el día entero aquí dentro. Birdie se ha esforzado mucho para tenerlo todo preparado a tiempo.

A mí no me metas en esto. Ojalá la farsante siguiera enferma y postrada en la cama.

—¿Dónde está Birdie? —quiere saber la señorita Garnett.

Pero la señorita Frances se mantiene en sus trece:

—Pues Birdie ha estado viniendo muy temprano para frotar las paredes y pintar. A decir verdad, hacía buena falta renovar este despacho. No me había dado cuenta de lo deslucido que estaba hasta que lo ha limpiado.

Vaya, vaya. No sabía yo que la Pelotillera era capaz de hablar así.

La sonrisa de la señorita Garnett se vuelve tan rígida que las comisuras se le curvan hacia abajo.

—Lo que realmente hace falta es que Birdie termine de poner los libros al día, para que nos concedan la subvención y este sitio pueda seguir funcionando. —La Gran Farsante le da unas palmaditas en la mano a la señorita Frances—. Estoy segura de que lo entenderías mejor si estuvieras en la junta directiva.

Parece que a la señorita Frances se le hubiera encogido el cuello. Tartamudeando, anuncia que se vuelve ya a la sala de las parvulitas.

Poco después, entra Birdie.

—Qué bien que estés de vuelta, Garnett.

—Por favor, dime que, además de pintar las paredes, has tenido tiempo de acabar el trabajo con los libros como se te pidió. —A la señorita Garnett se le han ensanchado los agujeros de la nariz. Desde mi sitio, los veo por dentro.

—No te preocupes, ya lo he terminado, sí. Solo tengo algunas dudas.

Le da igual la opinión de la señorita Garnett sobre su trabajo de pintura. Va directa al grano y le señala algunas cosas que no entiende de los libros: qué es este asiento y a qué corresponde este otro. Tapo con la mano una tarjeta y dibujo de nuevo a la Gran Farsante. Esta vez hago que le falte un diente para que parezca una bruja.

—Cuando comparo las cuentas del año pasado y las del año anterior con las de este —empieza Birdie, mientras abre otro libro y lo coloca junto al primero—, veo que antes se gastaba mucho más en cosas para las niñas mayores: ropa, comida, libros...

—Las niñas mayores no necesitan libros de cuentos. Solo la palabra de Dios.

Después empieza a parlotear sobre «el peso de la herencia» y sobre madres «que traen hijos al mundo sin orden ni concierto y

crían niños imbéciles». Añado cuernos sobre su cara inexpresiva y le pinto un lunar con pelos.

Birdie señala unos números en uno de los libros.

—Entonces, la mayor parte del dinero asignado a las niñas mayores se usa para cubrir el coste del programa de trabajo, ¿verdad? ¿Y la paga de las niñas se destina al mismo fin?

Al oír eso, levanto la cabeza. Me interesa lo que puedan decir de la paga.

—Se destina a su futuro. Por desgracia, con las nuevas leyes sobre trabajo infantil, tienen horas de trabajo limitadas y la paga es una miseria. Por eso ahora no sobra nada. —Se vuelve hacia unas señoritas que están en la puerta y les dice que saldrá en un momento.

Miro a Birdie, para tratar de entender lo que ha dicho, pero ella ya está haciendo más preguntas sin dejar de señalar el libro.

—Para que el programa funcione —explica la señorita Garnett—, tenemos que pagar el transporte, la alimentación y la ropa. Además, el alojamiento de las chicas en un lugar seguro y separado del resto es muy costoso.

—Estoy de acuerdo en que es importante velar por su seguridad, pero quizá sería mejor no enviarlas de entrada a trabajar en una fábrica de conservas. Son niñas.

—¿Podemos volver al tema de la paga? —pregunto.

—Es una oportunidad maravillosa —afirma la señorita Garnett, sin prestarme atención. Le lanza una mirada severa a Birdie—. No las separamos solo por su seguridad, sino por el bien de la sociedad. Ya se han aprobado unas leyes. Ahora solo falta que se cumplan.

Birdie arquea las cejas. Tiene la misma cara que puse yo cuando terminó de arrancar las tablas de la ventana. «¡Ah, ahora lo veo! Ahora sé cómo es tu mundo».

Lo único que quiero saber es si nos dan o no la maldita paga.

La señorita Garnett se pone los libros bajo el brazo y sale del despacho, con Birdie detrás.

Cuando Birdie regresa, le suelto:

—Dímelo sin rodeos, ¿nos dan la paga que nos corresponde por meter cosas dentro de una lata o no?

Se frota el entrecejo con tanta fuerza que se deja una marca roja.

—Vuestro salario se destina a pagar la comida y el alojamiento hasta los dieciséis años, cuando tenéis edad suficiente para trabajar la jornada completa. O sea que no. Lo siento, Meg.

¡Dieciséis años es ser adulta!

Pero todavía hay más.

—Como ya he terminado la «tarea asignada» —añade Birdie—, me ha dicho que no hace falta que venga el resto de la semana. —Frunce el ceño—. Pero estoy preocupada, Meg.

Cualquier otro día me habría imaginado que estaba preocupada por estar soltera o por tener que pagar la suscripción a un periódico y no tener dinero; la gente suele inquietarse por esas cosas. Pero hoy dice que está preocupada por mí.

—Cinco meses es mucho tiempo para estar aquí sin una persona, Meg. —Así es como llama ella a alguien que te gusta tener cerca. Mi persona era Ava.

—¿Tienes que irte a casa?

—Sí, y créeme que lo siento.

Corrijo la posición de los lápices, la goma de borrar y la Biblia, que coloco bien centrada. Pero el aire ya sabe a soledad.

—¿Echas de menos a tu madre, Meg?

¡Menuda pregunta para una huérfana!

—Está bien decir que la echas de menos.

No, no lo está.

—Si no quieres hablar de ella, no pasa nada. Pero puede que te haga bien.

Ah, ¿sí?

—Inténtalo. Empieza por algo pequeño. Dime algo bueno que recuerdes de ella.

Creo que me gustaría hablar.

—Solo una cosa.

Puedo intentarlo.

—Bailaba muy bien.

—¿Qué tipo de baile?

—Jitterbug, foxtrot... Me enseñaba los últimos pasos.

—¿Qué más?

—Leía todo lo que caía en sus manos. Hasta la etiqueta de las latas de sopa.

—¿Qué más?

La tengo enterrada en un lugar tan profundo que necesito hacer un esfuerzo para recordar. Eso significa que estoy empezando a olvidarla. Pero olía a talco de rosas. Manejaba la aguja mejor que una costurera profesional. Me enseñó a leer la hora en un reloj de bolsillo de plata con el cierre de la tapa roto. Le gustaba más el otoño que la primavera, por «el ambiente nostálgico». Y, cuando trató de abrazarme, yo salí corriendo. Me arrepiento de eso. No estoy segura de cuánto de todo esto he dicho en voz alta.

—Cuando llegue el Día de Visita, quiero que hagas todo lo posible para que te adopten, ¿de acuerdo, Meg?

¿Para qué molestarme? El Día de Visita es una pérdida de tiempo para mí.

—Es difícil explicarlo, pero prométeme que lo intentarás. Yo ya no estaré, pero Frances sí. Veré si puede hacer algo para ayudarte.

Le digo que sí, mintiendo. ¿Para qué intentarlo, si esa mujer los ahuyentará a todos? Birdie recoge su bolso y sus gafas, se acerca y me aprieta ambas manos entre las suyas.

—Ha sido una suerte conocerte, Meg.

Los días después de la marcha de Birdie se hacen eternos y tediosos, como si unos dedos largos y esqueléticos sujetaran las manillas del reloj para impedir que se muevan. Me pongo de mal humor cada vez que veo que el cajón de los pastelitos está vacío. Un par de veces meto la nariz para tratar de oler las delicias de antaño.

La señorita Garnett viene al despacho después de la visita del inspector. Empuja la puerta alabeada para cerrarla todo lo posible y se coloca detrás de mí. Me pongo rígida de inmediato.

«Ya estamos otra vez», pienso. Por supuesto, la Gran Farsante empieza a juguetear con mi pelo. Oigo el ruido que hacen sus labios al despegarse. Se está preparando para la monserga de siempre: «Sucia, marrana...».

Pero esta vez no me deshago de gusto, ni siquiera un poco. Desde la visita del inspector, ya no quiero saber nada de ella.

Ayer por la mañana, nos pidió a las niñas mayores que formáramos fila en el pasillo —«quietas y con la espalda recta»—, bien peinadas y con los vestidos blancos de domingo, que son los que pican. Ella se había puesto su vestido del color de la nada sobre el cuerpo plano como una tabla de planchar y tenía el pelo repeinado y rígido. No entiendo para qué lo intentan algunas mujeres.

Como de costumbre, el inspector olía como si hubiera pasado la noche sumergido en desinfectante. Supongo que muchos lo harían si

tuvieran que venir al orfanato. La señorita Garnett le hizo visitar el despacho, para poder presumir de todo el trabajo por el que ni siquiera había tenido que mover un dedo. Menudo descaro el suyo. Los vi a los dos aquí dentro. El inspector elogió el bonito color azul de las paredes y pareció gratamente impresionado cuando ella le enseñó los libros que «se había ocupado» de actualizar.

—A veces una chica tiene que remangarse y pasar a la acción —dijo con una risita.

¿No se da cuenta de que es demasiado vieja para hablar así? Después mencionaron su nominación al premio de beneficencia y él le dijo que esperaba que se lo concedieran. La noticia incluso había aparecido en un periódico importante de Jackson. Más tarde, mientras nos indicaba que siguiéramos su dedo con la mirada (Fanny no superó la prueba, porque es bizca) y preguntaba si alguna de nosotras tenía la regla (no la teníamos), le anunció a la señorita Garnett que el gobierno del estado estaba preparando «un gran test de inteligencia en las escuelas». Con eso captó mi atención, porque me encantan ese tipo de cosas.

—El problema es que los colegios no tienen dinero para efectuar el test, ni hay un lugar al que trasladar a los alumnos retrasados. —Se rio por la nariz, como si tuviera gracia el asunto.

—Justamente por eso iniciamos el programa de trabajo —replicó ella—. Para darles un sitio adonde ir. Pero podríamos hacer mucho más, Richard, si dispusiéramos de fondos suficientes.

—Tienes suerte de recibir lo poco que te dan, Garnett. Son tiempos difíciles.

«Y no sabe usted ni la mitad de la historia, señor inspector —pensé—. Ni siquiera nos pagan por meter las verduras en las latas».

—He oído que la situación del gobierno del estado es tan precaria que están soltando a los locos del manicomio —continuó—. Dicen

que ya no tienen dinero para darles de comer.

Dejó escapar otra risita, pero la señorita Garnett no sonrió, ni mucho menos.

—Pero si son un peligro para la sociedad —repuso—. Seguramente la colonia de Ellisville podría acogerlos. No hay otra forma de mantener el problema controlado.

El inspector se encogió de hombros y dijo que eso esperaba, y que volvería la semana siguiente para el Día de Visita. Se tocó el sombrero a modo de saludo y se marchó. En total, no estuvo más de media hora.

¡Ah, pero en la cabeza de esa mujer había algo que fermentaba y bullía! Una especie de furia. Al rato, entró en el despacho y volvió a tapiar la maldita ventana, mientras yo la observaba desde mi silla. Después me dijo que a partir de ahora tomaría aquí todas las comidas. Ni siquiera podría ir a comer con las otras niñas.

¿Qué se cree que soy? ¿Una enferma a la que no se puede dejar salir ni para las comidas? Y ahora la tengo aquí detrás, jugueteando con mi pelo y llamándome esas cosas. Se me empieza a revolver el estómago solo de pensar en estar sentada aquí sola los próximos cinco meses. Sería una idiota si pensara que alguien querría adoptar a una niña de mi edad así porque sí, como Birdie cree que podría ocurrir. Una vez oí a las señoritas decir que no somos normales, que es muy extraño que no nos venga la regla y que se les interrumpa a las que les había venido antes de llegar aquí. Es como si algo nos congelara en el tiempo, porque sabemos que nadie quiere adoptar a una niña mayor. Bueno, yo ya he tenido suficiente, así que aparto de mi pelo sus dedos huesudos y grito:

—¡Basta!

Me mira y parpadea, sorprendida.

—Siéntate, jovencita.

—¡No!

Sé que mi vida sería mucho más fácil si me sentara y obedeciera. Pero también he aprendido una cosa: si le das a una niña un soplo de aire fresco y después se lo quitas, se volverá feroz y luchará como una salvaje para recuperarlo.

Me alejo de ella hasta que estoy contra la pared. Me siento más grande de lo que soy, pero aún conservo cierta prudencia e intento poner distancia entre las dos.

—No quiero que me siga llamando esas cosas, ni que me meta en esta habitación para separarme de las demás. Y no entiendo por qué demonios la ha tomado conmigo.

Sus labios se abren, con el conocido sonido de chapoteo. Tiene la respuesta en la punta de la lengua. Casi la distingo ahí dentro. Creo que sería capaz de abrirle la boca y arrancársela. La imagino como una larga serpiente negra que se retuerce en mis manos mientras la extraigo. ¿No puede al menos tener esta ínfima consideración conmigo y decirme por qué me odia?

En lugar de eso, niega con la cabeza y me suelta:

—¡Mocosa desagradecida! ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

Alarga la mano y empuja la puerta que no cierra. Increíblemente, consigue cerrarla. Se acerca tanto a mí que tengo que apoyar la cabeza contra la pared.

—Deberías dar gracias a Dios por estar aquí y no donde estabas antes. ¡Arrodíllate ahora mismo, jovencita, y da las gracias al Señor!

Me gustaría saber qué le pasa a la gente. ¿Por qué se pone así? ¿Y qué le dices a alguien que te azota con un cinturón por hacer preguntas o te encierra sola en una habitación hasta que te pones a cantar villancicos fuera de temporada? Esto le dices:

—No pienso rezar ninguna de esas mierdas aunque me pagara por hacerlo.

Me cruza la cara de una bofetada. ¡Vaya! ¡Eso sí que ha dolido! Estoy tan furiosa que me entran ganas de devolverle el golpe.

—No deberías haber nacido, Meg. Eres un error. Y ahora tengo que cuidarte yo, en lugar de la depravada de tu madre.

No sé qué significa esa palabra, pero a estas alturas estoy escupiendo sapos y culebras.

—¿Sabe qué, señorita? Mi madre era mucho más lista y más guapa que usted, que tiene el trasero plano y la cara chata y pálida. Y, además, creo que le tiene envidia, porque a usted se le murió el bebé, pero seguro que se quiso morir en cuanto se dio cuenta de que estaba dentro de usted.

Ella se me queda mirando mientras me pego a la pared. Luego retrocede y sonríe, enseñándome los dientes. Me pregunto cómo es posible que parezca tan feliz. Su odio es tan ardiente que me quema el cuerpo.

—No olvides, Meg, que esa madre tuya tan lista y tan guapa te abandonó. Dos días antes de Navidad. —Sonríe de nuevo, con una sonrisa más amplia aún—. Tu madre te odiaba tanto que te dejó sola para que te murieras de hambre.

A veces me siento vieja. En la piel y en los huesos. Recuerdo que cuando cumplí nueve años, en casa con mamá, sentí que aún conservaba un poco de los ocho años. Pero cuando cumplí diez en este lugar, ya no me quedaba ni pizca de los nueve. Ahora tengo miedo de haber consumido ya todos mis once años y la mayor parte de mis doce.

En esta vida, he aprendido una cosa: no puedes confiar en la gente. Te das la vuelta y, *¡paf!*, han desaparecido, aunque pensaran

cortarte el pelo. O aunque hayan dicho que erais hermanas y hayan prometido escribirte cartas secretas. O aunque te hayan asegurado que querían algo mejor para ti que un trabajo en una fábrica.

Estoy comiendo en el escritorio, sola. La señorita Mildred me ha traído la cena. Ya no me duele la bofetada de la señorita Garnett, pero su mano aún me quema en la cara. Oigo que las otras niñas salen del comedor y me levanto como movida por un resorte para reunirme con ellas. Pero la señorita Mildred me detiene enseñándome la palma de la mano y me indica que espere para usar el retrete y la bomba de agua del patio hasta que todas las demás hayan terminado. Le pregunto qué cosa tan horrible he hecho. Le exijo que me lo diga. Pero ella se encorva todavía más y ni siquiera me mira a los ojos. Creo que también le tiene miedo a la señorita Garnett, pero ¿acaso soy una extraña para ella? ¿Un criminal no se merece al menos saber cuál ha sido su delito?

Sin embargo, cuando por fin llega mi turno, veo que me observa y niega con la cabeza, apenada. Al menos sabe reconocer una injusticia.

En el dormitorio, las otras niñas me reciben en silencio. Y no solo Dorella; las ocho me miran sin decir nada y no solo como se mira a una loca. Creo que empiezo a darles miedo.

Cuando la señorita Mildred dice que es la hora de la oración, todas nos arrodillamos junto a nuestras camas. Nos ponemos los camisones bajo las rodillas, para no sentir el suelo tan duro. Lo que piden en sus oraciones las otras niñas nunca es muy interesante. «Bendice a mis diez hermanos y hermanas», o «envíame esto o aquello para comer», o «haz que Megadera no se ponga a gritar en sueños, amén». Yo, la mayoría de las noches, ni siquiera intento rezar. Pero finjo que lo hago, porque al final del día no tengo ganas de discutir.

Sin embargo, esta vez decido que rezaré de verdad. Pero no como lo hace la señorita Garnett, que es siempre: «Señor, te agradezco tus mercedes y lo que sea que te tenga que agradecer». No, mi oración será breve y simple. Si yo fuera Dios y me llegaran a la vez tantos ruegos, me gustaría que las oraciones fueran cortas y no demasiado complicadas.

—Querido Dios —rezo—. Soy Meg Lefleur y necesito que me escuches un momento. Tengo que pedirte una cosa, Dios. Por favor, dame algo mejor que cinco meses sola en esa habitación. No te pido nada más. Con eso me conformo. Soy Meg Lefleur. Amén.

Cuando me meto en la cama, repito la oración un par de veces más. Supongo que la insistencia no puede hacer ningún daño. Además, mi madre siempre decía que los hombres aprenden despacio y que a veces hay que repetirles lo mismo hasta que lo pillan.

Mientras las demás niñas duermen, yo permanezco despierta en la cama viendo cómo las siniestras manchas del techo comienzan a bailar.

El penúltimo diciembre, mi madre me llevó al centro a ver las decoraciones de Navidad. Delante del edificio de los tribunales había un árbol muy alto, con bombillas eléctricas de verdad. La gente paseaba cargada de cajas y bolsas llenas de regalos y sorpresas. En la fachada de los grandes almacenes Neilson, había un gran cartel que deseaba una muy feliz Navidad a todo el mundo. Aunque nosotras no podíamos comprar nada, siempre visitábamos la tienda, por diversión. En cuanto entramos, vi un par de manoplas rojas que parecían demasiado bonitas para ser verdad. La etiqueta decía: «Lana de borreguito – 50 centavos». Yo sabía que mi madre no podía gastar tanto, así que me mordí los labios para no pedírselas.

Pero me las probé y les di mil vueltas entre las manos, sintiendo la suavidad de la lana. Lo único que me compró mi madre aquella vez fue un par de caramelos y ni siquiera me dejó echar un centavo a la hucha de las niñas huérfanas. Me gustaba el sonido que hacía la moneda al caer y siempre me preguntaba cómo serían esas huérfanas y qué cosas tan malas habrían hecho para que sus madres las hubieran abandonado. Así creía yo que funcionaba lo de ser huérfana cuando era pequeña. Después mi madre fue y dejó caer una moneda de cinco centavos en la lata de melocotones de la vieja señora Rondo, y eso me dio mucho que pensar mientras volvíamos a casa.

Al día siguiente, por la tarde, mi madre dijo que tenía que ir a la ciudad.

—¡Pero si fuimos ayer!

Lo sabía, pero se le había olvidado comprar loción para rizarse el pelo y era mejor que fuera ella sola. Yo podía quedarme con Ophelia. Me pareció extraño, porque mi madre no solía olvidarse de nada. Recuerdo que llevaba puesto su bonito vestido amarillo de punto, con el ribete en zigzag en el cuello, y que se puso a juguetear con uno de los botones delanteros. Entonces supe que me estaba ocultando algo.

Pero le seguí la corriente.

—De acuerdo. Ve a la ciudad —le dije.

Me sonrió de una manera extraña y replicó:

—Perfecto. Te dejaré en casa de Ophelia de camino.

Antes de salir de casa, me apartó un mechón de pelo de la cara con delicadeza, como si fuera una gavilla de hilos dorados.

—Mañana te cortaré el pelo —anunció—. No acepto excusas.

Pensé que iba a la ciudad para comprarme mi regalo secreto de Santa Claus. Debían de ser aquellas manoplas rojas y no querría

arruinarme la sorpresa.

Cuando llegamos a casa de Ophelia, mi madre se inclinó hacia mí para darme un abrazo de despedida, pero yo no le hice caso y corrí hacia la puerta, porque estaba demasiado entusiasmada. Es una pena que se me ha quedado dentro.

No llevaba ni una hora allí cuando Ophelia dijo:

—No me encuentro muy bien.

Entonces hice un gran despliegue de persona mayor para demostrarle que era capaz de cuidarla. Me sentía muy lista para mis nueve años, después de haber adivinado mi regalo. Le dije:

—Métete en la cama, que yo me ocupo de todo.

Le llevé una taza del café que ella misma había preparado, un paño frío para la frente y un número viejo de la revista *Life* para que mirara las ilustraciones, ya que no veía lo suficientemente bien para poder leer. Después dejé salir a la perra gorda preñada y al cabo de un momento le abrí la puerta para que volviera a entrar. Ophelia siempre dejaba que las perras durmieran dentro de la casa cuando estaban preñadas. Me acerqué a la cama y le di unas palmaditas a Ophelia en la mano, como me hacía ella cuando yo no me encontraba bien.

—Eres una buena doctora, Coreen —me dijo.

Coreen era su hermana. Pero ¿para qué hacerle ver a una pobre mujer vieja y enferma que me había confundido con su hermana muerta? Solo la habría hecho sentir peor.

—Ya puedes irte a descansar, Coreen —añadió—. Estoy bien.

—De acuerdo. Descansa tú también, Ophelia —respondí.

Al anochecer, comí la sémola con mantequilla que encontré en la cocina, toqué unos villancicos en el piano y me tumbé en el sofá a esperar a que viniera mi madre a recogerme. Recuerdo que estaba orgullosa de lo bien que me había portado.

Cuando me desperté, nadie me estaba llevando en brazos por la carretera. Había amanecido y hacía un frío espantoso. Oí que Ophelia tosía.

—¿Por qué no ha venido a buscarte tu madre, Meg? —preguntó.

En un primer momento, al ver que todavía no estaba en casa, me asusté.

—¿Crees que se habrá quedado dormida? —dijo Ophelia.

—Debe de ser eso —respondí, intentando actuar como una persona mayor.

Le llevé un vaso de agua y dejé salir a la perra preñada. Al cabo de un rato, decidí volver a casa andando. Había un kilómetro y medio de distancia, más o menos, y mi madre me había dejado muchas veces ir y venir sola. Hacía tanto frío que hice todo el trayecto corriendo. No vi un alma. No vivía mucha gente por esa zona.

Pero, cuando llegué a casa, tampoco encontré a mamá. La estuve esperando todo el día, pensando dónde podría estar y jugando a las comiditas con los recortes de las revistas. Supuse que probablemente nuestro coche destartalado se habría vuelto a averiar. No valía ni el dinero que costaba llenarle el depósito.

Anocheció temprano, porque faltaba poco para Navidad. Fuera caía una lluvia helada. Para entonces, yo estaba muy enfadada con mi madre, pero no podía volver andando a casa de Ophelia, bajo la lluvia y en medio de la oscuridad. Decidí que me quedaría en casa a esperar mi regalo de Santa Claus y que regañaría un poco a mi madre cuando llegara, por haberme obligado a cenar pan de maíz frío. Pero sabía que enseguida se me pasaría el enfado y me pondría muy contenta por tenerla otra vez en casa, con mi sorpresa secreta. Creo que lloré un poco aquella noche, pero prefiero que no se sepa.

A la mañana siguiente, mi madre seguía sin aparecer. Entonces tuve mucho miedo y se me ocurrieron más cosas que podrían haberle pasado. Quizá había tenido un accidente de coche y se estaba desangrando al borde de la carretera. O tal vez se había quedado encerrada en la biblioteca y estaba esperando a que la señora Block regresara para abrirle la puerta. Era Nochebuena, así que tendría que quedarse un par de días más allí, encerrada. Esto último habría sido como un regalo para ella y, pensándolo, me enfadé todavía más.

Al final, me puse toda la ropa que podía llevar encima sin que me impidiera caminar y regresé a la casa de Ophelia, porque tenía tanta hambre que ni siquiera era capaz de jugar. Además, me pareció lo más sensato. Hacía un frío fuera de lo común tratándose del estado de Mississippi. Se me congelaban por dentro los agujeros de la nariz. Por la noche se me había escapado un poco de pis y las bragas mojadas también se me estaban empezando a congelar. Esto tampoco me gustaría que se supiera.

Cuando por fin llegué a casa de Ophelia, entré y me topé con un hombre blanco con chaqueta roja de cuadros. Nunca había visto a ninguna persona blanca en su casa, aparte de nosotras.

—¿Quién eres? —me dijo el hombre.

—¿Qué?

—¿Conocías a la negra que dejó morir de frío a mi perra? —me preguntó.

—¿A quién?

—¡A la negra Ophelia! ¡Ya podría haber tenido la decencia de dejar entrar a la maldita perra antes de estirar la pata! —exclamó.

—¿Qué? ¿Quién se ha muerto? —quise saber yo.

—Llego y me las encuentro a las dos muertas: a la negra y a la perra. ¡Si esa imbécil tuvo fuerzas para dejar salir al animal, digo yo

que también podría haberle abierto la puerta para que entrara!

—¿Ophelia ha muerto? ¿O la perrita?

No me gustaba la forma en que el hombre agitaba las manos.

—¡Las dos están muertas! ¡La perra estaba a punto de parir! ¡Cualquier idiota habría dejado que se cagara en el suelo antes que abrirle la puerta para que saliera a mear fuera con este tiempo!

—¿Ophelia ha muerto? —volví a preguntar.

—Se ha quedado seca, con la puta revista *Life* en la mano.

—¿La perra mamá también? ¿Con los cachorritos dentro?

—¡Te digo que las dos están muertas! —me gritó, agarrándome por los hombros—. ¡Yo ya había vendido cuatro de esos cachorros! Y si alguien aparte de esa negra dejó salir a la perra para que se congelara, quiero saber quién ha sido para hacérselo pagar.

Entonces di media vuelta y salí corriendo. No paré hasta llegar a casa. Entré, aseguré el picaporte con el respaldo de una silla y me escondí debajo de la cama. Me puse a llorar muy fuerte, por mi mamá, que no estaba; por la perra que se había muerto con los cachorritos dentro, y por la vieja Ophelia. Lloré hasta que no tuve más remedio que quedarme dormida para no pensar más.

Pasé otros dos días sin salir de casa. Roí la poca carne que quedaba en el hueso de jamón. Probé a mezclar harina de maíz con el último resto de leche y a meter la mezcla en el horno. El resultado fue espantoso, pero me lo comí. No teníamos huevos ni nada comestible en casa, excepto una lata pequeña de judías y un frasco de ostras que nos había dado la patrona de mamá. Cuando olí las ostras, me dieron tanto asco que no pude ni tocarlas.

¿Adónde se habría ido mi madre? ¿Se habría quedado atrapada en un pozo? ¿La habrían capturado unos bandoleros para pedir un

rescate? Quizá se había golpeado la cabeza durante el accidente y había perdido la memoria. En la radio se oyen ese tipo de cosas.

O puede que hubiera sido mucho más grave. ¿Y si mi madre estaba muerta, como la pobre Ophelia? Si yo hubiera vuelto directamente a su casa, al ver que mi madre no estaba, quizá no se habría muerto. Y estoy segura de que la perra no se habría congelado con los cachorritos dentro.

Mi aliento formaba nubecillas, incluso dentro de la casa. Hacía un frío que dolía en los huesos. Era imposible poner en marcha la estufa de petróleo, porque para hacerla funcionar tenía que venir una persona experta. Fui a buscar leña para encender el fuego, pero tenía los dedos entumecidos y apenas conseguí que saliera un poco de humo, porque la madera estaba mojada y helada. Entonces me puse todos los abrigos y manoplas que encontré, me metí bajo las mantas y, cuando tuve ganas de ir al baño, me dije que era solo mi imaginación.

Para matar el tiempo, me puse a mirar los libros que mi madre había sacado de la biblioteca: *La edad de la inocencia* y *Fiesta*. La señora Block se pondría furiosa cuando viera que se pasaba la fecha y no los devolvía. Luego traté de leer otro que mi madre había encargado por correo. Se llamaba *Ulisis* o algo así, pero era muy aburrido y no era fácil seguir la historia.

Uno de esos días, salí de la casa para ver si encontraba a alguien. Estuve un rato yendo y viniendo por la carretera, pero no había nada: ni una casa, ni un coche, ni una persona, ni nada. Vivíamos en el campo. Fui hasta la escuela y la encontré cerrada a cal y canto. Después, en el camino de vuelta, ¡vi algo! Un coche a lo lejos, que quizá había estado en mi casa. Corrí, grité con todas mis fuerzas y agité las manos como una loca, pero no se detuvo. El

tiempo había empeorado aún más. Hacía demasiado frío para estar mucho rato en la carretera persiguiendo coches.

Aparte de las ostras, la despensa estaba vacía. Me recordaba a un cuento que había leído en un libro de la escuela: «Sin nada en la alacena, el perro se quedó sin cena».

Al quinto intento inútil de hacer fuego con la leña húmeda, empecé a mirar las cosas que había en casa. Les sonreí a las sillas y a los libros, como para convencerlos de que saltaran al fuego sin tener que ser yo quien los empujara. ¿También sería culpa mía si lo hacían ellos mismos por su propia voluntad? Pero, a partir de cierto punto, el frío superó al miedo a un posible castigo. ¡Qué maravilla poder calentarme aunque solo fuera unos minutos! Antes incluso de que anocheciera, todos los libros habían ardido. Recuerdo que las páginas se iban pasando solas, como si el fantasma de mi madre las estuviera hojeando.

Una noche sentí algo extraño en la cara y, al mirarme en el espejo, me vi un punto rojo en la mejilla. Ahí fue cuando empecé a quemar más cosas: cucharas de madera, cajas viejas, perchas, los dibujos que había hecho en la escuela, abanicos, un taburete y los cojines del sofá. La mesa y las sillas de madera eran demasiado grandes y no cabían en la chimenea, pero aun así lo intenté.

Debían de haber pasado cinco o seis días cuando empecé a hablar y a comportarme como ella.

Me sentaba en un sillón y fingía ser mi madre. Decía: «¡Meg, ve a peinarte y a lavarte la cara! No he criado una cerdita, que yo sepa. ¡Lávate bien y esta vez usa el jabón!». Fue así como me mantuve aseada y más o menos presentable. No quiero pensar cómo habría acabado de no haber estado ahí para decirme a mí misma lo que tenía que hacer.

Finalmente, el tiempo mejoró y dejó de hacer tanto frío. Entonces pensé: «Caminaré los treinta kilómetros hasta la ciudad y pediré limosna para comer, como hace la vieja señora Rondo con su lata». Pero una voz en mi mente me advirtió: «Piénsatelo dos veces, Meg. ¿Qué pasará si vuelve y no te encuentra, y entonces se va y tú vuelves, y no os encontráis y así seguís, yendo y viniendo, sin coincidir nunca?». Fui a buscar un lápiz rojo y escribí en letras grandes en la pared: QUÉDATE AQUÍ. VUELVO ENSEGUIDA. Tuve que hacerlo de esa forma, porque ya había quemado todo el papel que había en casa. Y todo el tiempo estuve pensando en lo mucho que iba a enfadarse mamá conmigo por ensuciar la pared.

Ojalá me hubiera quedado en casa de Ophelia.

Ojalá hubiera dejado entrar a la perrita.

Me dolían los huesos como si por dentro tuvieran hojas de afeitar. Las articulaciones me rechinaban como los goznes de las puertas. Sentía náuseas, pero, cuando vomitaba, no salía nada, de modo que fui a la despensa, me tapé la nariz y me tragué una ostra. Se me deslizó por la garganta como una babosa cayendo por un pozo. La vomité enseguida, así que lo intenté de nuevo. Antes de darme cuenta, me había comido todo el frasco.

Estaba terriblemente cansada. También estaba segura de que ella volvería. Se lo habría dicho a cualquiera que me lo hubiera preguntado.

Una mañana, la mamá imaginaria que me obligaba a mantenerme aseada me pidió que me sentara y le prestara atención. «Eres una niña muy mala, Meg —me dijo—. Has quemado mis cosas y has escrito en la pared».

«Yo no he sido», contesté, aplicando su lección sobre las mentiras.

«Sí, has sido tú, y ya me he hartado de ti».

Entonces la mamá imaginaria se puso de pie, salió por la puerta y se marchó, dejándome allí sola. ¿Quién habría dicho que podía ocurrir lo mismo dos veces con la misma persona?

Habrían pasado uno o dos días cuando se presentó en casa un hombre que venía en un coche con paneles de madera en los costados, como un cajón sobre ruedas.

Supuse que sería el hombre blanco aquel, Bert, el que encontró a la perrita preñada muerta, y que venía a retorcerme el cuello. Me escondí detrás del sofá con tapizado de cuadros y el apoyabrazos de madera que no había podido arrancar para quemar.

Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, la abrió. Me asomé un poco para verlo. Llevaba una chaqueta marrón arrugada. No estaba gordo, pero parecía bien alimentado. Tenía el pelo castaño y miraba a su alrededor, entrecerrando los ojos. Debió de descubrirme, porque enseguida rodeó el sofá y vino hacia mí, diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

No parecía malo, ni enfadado conmigo, pero aun así me quedé quieta donde estaba.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó.

—Podría estar mejor, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve —respondí—. ¿Y usted?

Se pasó despacio la mano por el pelo. Observé que lo tenía del color del pan tostado, porque solo podía pensar en comida. Tendió una mano hacia mí, pero retrocedí de un salto.

—No temas, cariño. Soy médico.

Le dije que no necesitaba ninguna inyección.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí sola?

—¿Qué día es hoy? —pregunté, echando un vistazo al calendario de pared, con el sonriente Santa Claus que bebía Coca-Cola de una

botella. Entonces me di cuenta de que podría haber quemado al maldito Papá Noel para calentarme.

—Dos de enero —dijo el hombre.

¡Santo cielo! ¿Adónde se habría ido todo el tiempo?

Tragó saliva y consultó la hora en un reloj de plata que llevaba colgado de una cadena. Parecía que no sabía qué hacer conmigo.

Yo se lo dije:

—Lo único que tiene que hacer es llevarme a la ciudad y comprarme pan, un trozo de tocino y también un par de caramelos, si no es mucho pedir. Después puede traerme de vuelta para que mi madre me encuentre en casa cuando regrese.

Me dijo que no me moviera y se fue al coche a buscar una manzana.

Nunca había probado una manzana tan deliciosa.

—¿Tiene algo más de comer, señor? —le pregunté.

Se había puesto a recorrer la casa y estaba mirando la silla medio quemada y los armarios de la cocina. Empecé a pensar que quizá querría dinero.

—Si me lleva a la tienda, se lo pagaré más tarde, en cuanto recibamos un cheque que estamos esperando —le propuse.

Negó con la cabeza y dijo:

—Tengo que llevarte a un sitio seguro, pequeña.

—Pero ¿qué pasará si ella vuelve? —Le señalé lo que había escrito en la pared, porque me sentía muy confusa.

—Habría venido antes si lo hubiese sabido, si tu madre me hubiera llamado antes...

En ese momento, estallé y me puse a gritar:

—¿Dónde está mi madre? ¿Cuándo va a venir? ¿Adónde se ha ido? ¿Qué sabe usted?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Cariño, tengo que llevarte a un lugar donde estés a salvo y puedas comer.

¡Comer! Dios, eso era lo único que quería.

—De acuerdo —acepté—. Pero enseguida me traerá de vuelta, ¿no? Me llevará a la tienda y después me traerá a casa, ¿no?

Porque en la pared ponía: VUELVO ENSEGUIDA. Y yo estaba muy confundida, la verdad.

Él asintió y no se rascó la nariz ni nada. Me sentó en el asiento trasero de su coche y yo le seguí haciendo preguntas sobre mi madre, pero él no hacía más que negar tristemente con la cabeza. Estaba tan cansada que me quedé dormida. Cuando me desperté, el coche estaba delante de un edificio azul con un cartel delante que decía: HOGAR DE NIÑAS HUÉRFANAS DEL CONDADO DE LAFAYETTE.

# 13

El séptimo día de agosto, me despierto antes que las demás. Una suave luz rosada se cuela a través de los cristales sucios. Miro las manchas de humedad: el triste Santa Claus, los cachorritos que flotan muertos en el agua... Pero no dejo que me distraigan sus viejas historias. Hoy es el Día de Visita, y la pequeña Megadera ha hecho algunos planes.

Me he devanado los sesos de todas las maneras posibles para encontrar el modo de que alguien se fije en mi insignificante persona. Lo primero que hice fue añadir un toque especial a las tarjetas. No sé cuánto tardan en llegar a su destino, pero donde tenía que escribir «BEBÉS: 2», puse «BEBÉS: 10». Diez bebés atraerán a una multitud. Además, he empezado a practicar caras adoptables, ladeando la cabeza. También he intentado poner cara de

chica dura y sacar pecho, como si fuera capaz de cosechar algodón o partir leña con un hacha. La cara que ponga finalmente dependerá de las necesidades de cada familia.

La Gran Farsante me ha dejado más o menos en paz, porque está ocupada preparándose para la gran gala de entrega de premios en Jackson, nuestra capital. Espero que quede la última. Ojalá se ponga de pie por error, creyendo ser la ganadora, y tenga que decir «¡Ay, lo siento!» y volver a sentarse, mientras todos se parten de risa. He visto esa escena en mi mente casi tantas veces como la de mi madre viniendo a buscarme.

Más vale que se prepare si me adopta una nueva familia, porque tengo una colección de «se lo dije» y «gracias por nada» que pienso dedicarle. Cuando acabe con eso, le enseñaré el dedo corazón y haré una salida a lo grande.

Es bonito soñar.

También tengo preparada una declaración que he practicado en voz alta en el despacho. Como era de esperar, Dorella me estaba espiando desde el pasillo y casi se hace pis encima de la risa. Primero me ha dado vergüenza y me he puesto colorada, pero después me he echado a reír yo también. Durante unos segundos, nos hemos reído las dos a carcajadas. La buena de Megadera había vuelto a las andadas. Luego nuestras risas se han ido apagando, como un tren que se pierde a lo lejos. Dorella, con la cara sucia, se me ha quedado mirando dentro de mi huevo azul. Ha abierto la boca como para decir algo en voz baja, pero no ha dicho nada.

¡Tanto ruido dentro de nosotras y no somos capaces de articular ni un sonido!

Al ver que venía la señorita Garnett, Dorella se ha ido corriendo. Y entonces ha sido ella la que se ha quedado mirándome desde el

pasillo, hasta que al final también se ha marchado. Me he convertido en un maldito espectáculo.

Después he estado practicando mi discurso en silencio, solo para mí. Es más o menos así: «Ya sé que no soy muy guapa y quizá soy un poco mayor de lo que ustedes querrían, pero permítanme que les exponga mis ventajas». Aquí cortaría un poco el aire con las manos, para mayor énfasis. «Además de estar acostumbrada al trabajo duro, sé hacer divisiones, cortar jamón, leer el periódico en voz alta, aguantar insultos sin llorar y tocar un par de canciones al piano, si por casualidad tienen uno en casa».

Entonces rebajaría la presión, diciéndoles: «Pero, por favor, tómense su tiempo para decidir».

Eso haría si me parecen medio decentes. Cuando son horribles, las niñas mayores tenemos trucos para ahuyentarlos. A veces viene gente en busca de una chica que trabaje en el campo de sol a sol o de una esclava para la casa. Entonces fingimos un ataque de locura o nos orinamos en las bragas y normalmente nos dejan en paz. Nadie quiere llevarse a casa a una niña que se mea encima, es un hecho.

En cuanto la señorita Mildred abre la puerta del dormitorio de las niñas mayores, bajo a toda prisa y me pongo a llenar cubos para la bañera en el porche trasero. No tiene sentido plantearse la idea de un baño si eres la tercera o la cuarta de la fila, porque entonces el agua ya está espesa como una sopa. A las ocho, estoy limpia y peinada, tengo puesto el vestido blanco de los domingos y me he anudado el cinto a la espalda con un bonito lazo. Y, aunque soy un poco mayor y estoy bastante flaca, apuesto cualquier cosa a que huelo mejor que Dorella.

Me duele la barriga de esperar a que llegue la tarde para que empiece la visita. Me preocupa que la señorita Garnett me impida

asistir. Y, aunque me deje, puede que acabe diciéndoles lo que opina de mí para hacerlos cambiar de idea.

Hoy, es la Pelotillera quien me trae las gachas del desayuno en lugar de la señorita Mildred. Va demasiado arreglada, con un conjunto azul marino y un pañuelo rojo y blanco anudado al cuello de pavo. Sonríe de oreja a oreja, como si alguien le hubiera pagado por hacerlo.

—He oído que esperamos más familias que de costumbre en la visita de hoy —dice—. Debe de ser porque todos los periódicos están hablando de la señorita Garnett, por su nominación al premio de beneficencia.

No sé por qué está hablándome. Pero, si la Pelotillera espera de mí que diga que ojalá la Gran Farsante gane el premio, puede meterse esa esperanza por donde no brilla el sol.

—En cualquier caso, la señorita Birdie y yo hemos estado hablando, y me ha pedido que te ayude a encontrar una buena pareja de padres adoptivos en el día de hoy. ¿No sería fantástico?

Asiento, pero la miro con recelo. La Pelotillera ni siquiera está en la junta directiva esa. Si intenta ayudarme, podría echar al traste todo mi plan.

—¿Estás bien aquí, Meg?

—Sí, estoy bien. —Solo muerta de miedo por mi futuro.

A las diez menos cuarto, bajamos todas a la sala de las parvulitas. Hace calor y hay mucho ruido, con diecisiete huérfanas y una cantidad exagerada de mujeres adultas deseosas de causar buena impresión. Las nueve niñas mayores nos colocamos en fila a lo largo de la pared de la izquierda, por orden de edad, lo que me sitúa en el penúltimo puesto, con Dorella a mi lado. Los visitantes tendrán que recorrer casi toda la fila para llegar hasta mí. Sobre la alfombra, en el centro de la habitación, las seis parvulitas alborotan,

se pelean entre ellas y dejan que las señoritas les limpien los mocos. La Pelotillera, vestida como para la fiesta del Cuatro de Julio, se aferra a Ella Jane como si fuera su último dólar. Las dos bebés están dormidas en brazos de diferentes damas voluntarias. La señorita Garnett suele administrarles láudano, para que no se pongan a chillar. Cuando esas dos criaturas salgan adoptadas, todas estas señoritas cogerán una depresión y probablemente empezarán a preguntarse si la biblioteca no estará buscando voluntarias.

La señorita Garnett está de pie junto a la puerta, con aires de ser la dueña del lugar. Un largo reguero de sudor me recorre la espalda y hace que me retuerza. Echo un vistazo a mi alrededor, para evaluar a mi competencia.

Sé que no tengo nada que hacer al lado de las parvulitas o las bebés. Mi mayor rival en la categoría de las niñas mayores es Sue Anne, que tiene diez años y unos bonitos rizos negros. Por desgracia, está justo antes que yo. También son competencia Dorella y Ethel, puesto que son fuertes para el trabajo en el campo. Estoy muy igualada con las dos niñas de nueve años, pero creo que les saco mucha ventaja a Fanny, la niña bizca, y a Ginny, que siempre se está metiendo el dedo en la nariz.

—Y, si te parecen horribles —oigo que Dorella le dice a Fanny, que ha llegado hace poco al orfanato—, les preguntas si no les importa que seas medio negra por el lado de la familia de tu madre.

—Te he oído, Dorella —la reprende la Culo Gordo—. ¿No estaréis pensando montar un numerito hoy, tú y las otras niñas mayores?

—Quizá, ¿quién sabe? —responde Dorella.

—Si lo haces, jovencita, ya puedes ir preparándote para los azotes.

Apostaría dinero a que sus hijos darían cualquier cosa por tener otra madre.

—Bueno, ya es la hora —anuncia la señorita Garnett desde la puerta—. ¡Niñas, estaos quietas y con la espalda recta! Ya llegan los primeros visitantes.

Entra la primera pareja. Todas contenemos el aliento. ¡Dios mío, tienen un aspecto estupendo!

—Bienvenidos al Hogar de Niñas Huérfanas del Condado de Lafayette. ¿Puedo ver sus papeles? —pregunta la señorita Garnett, y ellos le entregan un formulario que han rellenado antes, donde demuestran que tienen una casa y veinticinco dólares a su nombre en el banco.

Enderezo la espalda y sonrío. La mamá luce un vestido de un bonito color rosa, que parece comprado, y se ha hecho la permanente. El papá viste un traje bien cortado y tanto él como su mujer parecen bastante jóvenes, al menos lo suficiente para jugar en el jardín.

Ella va directamente hacia una de las voluntarias con un bebé en brazos y coge a la criatura como si fuera oro puro. Cuando no ha transcurrido ni un minuto, salen para completar el papeleo con el inspector. Noto la decepción de las niñas mayores, como una fila de neumáticos que se estuvieran desinflando.

La señorita Pripp ya está haciendo pasar a una segunda pareja. Son mucho mayores que los primeros. Él viste un traje polvoriento, y ella, un vestido marrón ligero. Pero parecen bien alimentados, y eso para mí es suficiente. Los ojos de la mujer se vuelven en primer lugar hacia las niñas más pequeñas de nuestra fila. Empieza a avanzar, pero enseguida la señorita Garnett la coge suavemente por el codo y la orienta hacia las parvulitas que juegan en la alfombra.

La mamá se agacha para mirar a Ella Jane.

—¡Pero qué mona eres!

La criatura suelta un chillido y se agarra con fuerza a una pierna de la señorita Frances, haciéndola tambalear. Me doy cuenta de que la señorita Garnett le lanza una mirada acusadora a la Pelotillera por haber permitido que la niña se encariñe con ella.

Pero ya están llegando más madres y padres potenciales. Veo a dos matrimonios, tres. Noto que la señorita Garnett los orienta, agarrándolos por los codos, para que no vengan directamente hacia las niñas mayores. Cuando una parvulita nerviosa corre hacia una de las mujeres, ella le sonríe, pero mira a la señorita Garnett y niega con la cabeza. Tras una breve conversación, veo que la Gran Farsante los conduce a ella y a su marido hasta la niña más pequeña de nuestra fila. Oigo que la señorita Garnett menciona la palabra «adaptable». Permanecen un momento indecisos entre una niña de siete años y otra de ocho, como si estuvieran de compras.

Pero no importa, porque ha entrado todavía más gente. El calor dentro de la habitación va en aumento, con tantas bocas respirando a la vez. Yo sé que la señorita Garnett nos reúne a todas en un cuarto pequeño para que parezca que somos más y que hay mucho donde elegir. La cantidad y la variedad son importantes cuando se trata de comprar personas. Pero nunca había visto una multitud como la de hoy. Incluso hay parejas esperando en el pasillo, sin poder avanzar.

Algunas parecen mirar hacia nuestra fila, pero no es fácil verlo entre tanta gente, ni tampoco oírlo, porque Ella Jane grita a pleno pulmón y la señorita Pripp vocifera como si estuviera vendiendo tónico crecepelo junto al maletero de su coche.

De repente, una mujer me aprieta el brazo, como para comprobar que es carne fresca. Después, un tipo gordo con la cadena de un reloj de oro colgando del bolsillo del chaleco se coloca delante de mí. Cuando me pasa una mano rechoncha por el pelo,

retrocedo, pero me muerdo los labios y lo dejo hacer. No es el día para montar una escena. Enseguida veo a otra pareja recorriendo nuestra fila.

¿Qué diantres les pasa a esos dos? No creo que sean viejos, pero ella tiene los ojos hundidos como los de esas muñecas que se fabrican con manzanas secas, y él tiene la cara alargada y huesuda. Se parecen mucho, como si fueran parientes cercanos. Llegan adonde está Fanny la bizca y pasan de largo. Después se saltan a Sue Anne, que ya está hablando con otra posible madre, por lo que solo quedamos Dorella y yo. Él viste un mono de trabajo con manchas de aceite, y ella, un vestido bastante sucio, que no podría decir si es marrón o gris. Me mira de arriba abajo y le pregunta al hombre:

—¿Qué te parece esta, Enoch?

—Un poco canija, pero nos puede servir.

Me coge un brazo y lo sacude como si fuera el rabo de un perro.

—Eso significa que no comerá mucho —dice la mujer de cara reseca, mientras se acerca para verme mejor. El aliento le huele a carne en conserva—. ¿Alguna vez has ayudado a traer una criatura al mundo? —pregunta con una sonrisa.

Me separo un poco y veo que tiene el vientre abultado. Ayudarla a tener un bebé me parece todavía peor que pasar cinco meses sola encerrada en el despacho. Miro a mi alrededor, dispuesta a fingir un ataque de epilepsia con profusión de babas. Ni siquiera veo a la señorita Garnett, que podría venir a hablarles mal de mí. Debe de estar en la sala de las voluntarias, dando una de sus Charlas Especiales.

La mujer se vuelve y le dice a la señorita Frances:

—Ya le enseñé nuestros papeles a la señora gorda.

—Lo siento mucho, pero Meg ya tiene otra familia interesada —responde ella.

La mujer de aspecto reseco deja escapar un suspiro, echándome a la cara su aliento maloliente, y procede a observar a Dorella. Miro a la señorita Frances con agradecimiento y, para mi gran asombro, me doy cuenta de que... ha dicho la verdad.

Me pongo recta como un poste.

Otra pareja ocupa el lugar de la anterior. No son jóvenes ni viejos. La mujer tiene grandes ojos castaños y el pelo oscuro recogido en un peinado sencillo. Sonríe con dulzura. No viste a la moda. Luce un vestido corriente, gastado, blanco con flores de color azul claro. Lleva tres niñitas agarradas a la falda, como crías de zarigüeya. Detrás viene el papá, muy alto, con un traje marrón. Sujeta su sombrero en las manos, dócil como un gatito.

—Señores Smith, les presento a Meg —dice la señorita Frances, sonriendo—. Es lista, sabe leer... —Se interrumpe un momento y mira hacia arriba, como si tratara de recordar—. ¡Y también limpia muy bien! Los dejaré un momento con ella, para que la conozcan.

Miro a la mujer. El corazón parece que se me fuera a salir del pecho.

—Meg, ¡qué nombre tan bonito! —comenta con suavidad la señora.

Parece buena persona y algo me dice que cocina muy bien, y con esas dos cosas ya estoy contenta.

—¿Cuántos años tienes, cariño?

—Once años y medio, señora.

—Y tienes unos ojos azules preciosos, Meg —dice, mirándome fijamente—. Parecen transparentes.

Diría que bajo su amabilidad hay un cansancio tremendo, como si no durmiera mucho de tanto preocuparse por los demás.

—Gracias —me aseguro de responder, para que vea que soy educada. Ha llegado el momento de desplegar todo mi encanto—. Veo que tiene niños pequeños. Podría cuidárselos. Me levantaría por la noche, para que usted pueda descansar. —Les sonrío a los niños y la más chiquitina me devuelve la sonrisa, antes de darle un mordisco en la pierna a su madre.

La mujer no se inmuta, solo dice:

—No me muerdas ahora, Carolanne.

—También puedo enseñarles a tocar el piano, si tienen uno en casa.

—Oh, no. No tenemos piano —replica ella, apartándose un poco de mí.

—¿Y en la iglesia? —pregunto—. Tal vez algún tipo de órgano.

—Sí, en la iglesia tenemos uno, claro. —Se mueve otra vez, como un pez enganchado en mi anzuelo, pero enseguida frunce el ceño—. ¿De dónde es tu familia? Hablas un poco como la gente de la ciudad.

Noto que no lo dice como algo bueno.

—No, señora. Soy de los algodonales del Mississippi. —Lo cual es casi cierto.

Mira a su marido tras ella y es como si se comunicaran sin palabras. Intento localizar a la señorita Garnett, pero sigo sin verla. Dios, me apuesto algo a que estas personas ni siquiera azotan muy fuerte.

—¿Qué te parece, Quitman? —pregunta ella.

—Creo que será una buena hermana mayor, mamá —responde él —. Y podrá ayudarte en casa.

La mujer se gira hacia mí y dice:

—No tardaremos nada, cariño.

Y se vuelven para hablar con la señorita Frances, que los conduce a la sala de las voluntarias. Si es verdad que los caminos de

Dios son inescrutables, como dicen, pronto regresarán para que tengamos nuestra Charla Especial.

Me quedo quieta y con la espalda recta, tratando de acordarme de cómo se respira. Me pregunto si los Smith tendrán un retrete dentro de casa. Puede que también tengan perritos o gatitos con los que jugar. Unos puestos más allá, en la fila, Fanny se ha colocado un brazo sobre la cabeza y está sacando la lengua, esforzándose para hacerse pis encima y conseguir así ahuyentar al hombre de los dientes podridos y a la mujer de la cara reseca. Casi siento pena por ella, pero tampoco hace falta llegar tan lejos.

Después de un par de minutos sudando por los nervios de la espera, veo que los Smith regresan. Los trae la maldita farsante. Veo que se detiene delante de Sarah, de nueve años, que está cuatro niñas más allá. Oigo a la señorita Garnett decir que «viene de una familia de muchos hermanos» y que «sabrá cuidar mejor de sus pequeños».

A partir de ahí, todo pasa muy rápido y a la vez muy despacio.

La señora mira a Sarah a los ojos y le dice que tiene un nombre precioso. «¿Verdad que es bonito, Quitman?». A mí me rechinan los dientes, porque aquí el único nombre precioso es Meg. Ya sé que parezco desesperada, pero me pongo de puntillas y agito la mano para llamar su atención, alargando mucho el cuello. No me hacen caso. Me vuelvo hacia la señorita Frances, que está viendo lo mismo que yo. Veo que frunce el ceño, como si tampoco pudiera entenderlo, mientras Ella Jane se abraza a sus rodillas porque una mamá la ha elegido y está intentando llevársela. Siento en la garganta la necesidad imperiosa de salir de aquí. Tengo que encontrar un lugar mejor o morir en el intento.

Veo que se llevan a Sarah para su Charla Especial. Y, con eso, el bullicio del día prácticamente ha acabado.

Un poco más tarde, la Culo Gordo deja por fin que las seis niñas mayores que quedamos nos sentemos en el suelo.

—Ha sido un récord. Podemos dar por terminado el Día de Visita. —Lo dice porque quiere irse ya a casa.

Las dos bebés, tres parvulitas —entre ellas Ella Jane— y las niñas mayores Sarah, Ethel y Sue Anne se han ido. Solo quedamos la mercancía sobrante. Una última visitante rezagada se queja porque le habían asegurado que habría más bebés.

Ginny, que ahora es la primera de la fila, se pone a llorar llamando a su mamá, con un dedo metido en la nariz. Yo no tengo ganas de llorar, sino de emprenderla a patadas con todo. Cierro los ojos y me imagino que desaparezco.

Supongo que me quedo frita durante unos minutos, apoyada contra la pared.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Darles un cheque o algo?

—Lo siento, pero ya le he dicho que se nos han acabado los bebés —responde la señorita Pripp.

—¡Hemos conducido durante casi dos horas para venir! A ver, enséñeme las niñas que le quedan.

Abro los ojos.

Una señora delgada con un vestido verde esmeralda avanza decidida, dejando atrás a la señorita Pripp. Lleva el pelo corto y ondulado, entre rubio y rojizo. Aunque no soy experta en el precio de las cosas, parece acaudalada. Bolso rojo de charol y sombrero verde a juego con el vestido. Las niñas mayores la observamos mientras se dirige hacia las parvulitas.

La Culo Gordo sale tras ella a toda prisa.

—No puede entrar aquí y llevarse a una niña como si nada. Tenemos un protocolo que es preciso respetar.

Veo que la señora frunce la nariz ante la pobre oferta que ve sobre la alfombra junto a la señorita Frances: una niñita con manchas de urticaria en la piel y dos criaturas lloronas. Abre el bolso y busca algo dentro, sin mirar. Su pintalabios rojo es exactamente del mismo tono que el forro del bolso. Eso sí que es estilo. Saca un cigarrillo, pero en el último momento se contiene y se limita a sujetarlo entre los dedos. Gira sobre los talones y recorre con la vista nuestro lado de la habitación.

—¿Qué tipo de protocolo? —le pregunta a la Culo Gordo.

¡Dios mío! Creo que se está planteando la posibilidad de adoptar a una niña mayor.

Me levanto rápidamente y avanzo en la fila, sin importarme el orden establecido. Dorella me da un golpe en el tobillo, pero yo no le hago caso y me coloco en segunda posición. Ginny, la número uno, está acurrucada en un rincón.

—Los potenciales adoptantes deben aportar pruebas de que disponen de una vivienda adecuada y demostrar que tienen al menos veinticinco dólares depositados en un banco a su nombre.

Vista de cerca, la mujer es más joven y mucho más guapa que la mayoría de la gente que nos visita. Tiene la piel muy blanca, pero no pecosa como algunas pelirrojas. Y sus pestañas son negras y espesas. Estiro el cuello para que se fije en mí, pero va hacia la número uno de la fila: Ginny, de solo siete años, con una melena rubia muy bonita, y que por primera vez en su vida no tiene el maldito dedo metido en la nariz.

—Lo siento, pero no he traído nada de eso. ¿Qué me dice de esta? —Señala a Ginny con un gesto—. Tiene el pelo de un color precioso.

—Después de presentar esos documentos —dice la señorita Pripp, molesta por la interrupción—, los interesados deben reunirse

con nuestra presidenta, Garnett Pittman, y con el inspector. Solo entonces pueden ir con la niña a tener la Charla Especial.

«¡Vamos, Ginny! ¡Hazlo!».

La señorita Frances se pone de pie al comprender lo que está pasando, pero parece dudar sobre la conveniencia de apartar a una potencial adoptante de una niña. A mí la conveniencia me importa un pepino.

La señora guapa sigue mirando a Ginny de arriba abajo. Si lo que quiere es una niña rubísima, ya puede mirarme a mí. Mi pelo es del mismo maldito color.

«¡Vamos, Ginny!».

Un hombre alto con gafas y traje azul claro acaba de entrar en la sala.

—Cariño, pensaba que habíamos venido a buscar un bebé —le dice.

«¡Vamos, pequeña!».

Y, como un deseo hecho realidad, el dedo de Ginny se hunde en su nariz y empieza a rebuscar y explorar. La mujer frunce levemente el labio superior y se aparta. Entonces sus ojos y sus pies avanzan hasta la siguiente niña, que soy yo.

—¿Cómo te...?

—Me llamo Meg —me apresuro a decir—. Pero mi nombre en los documentos es Margot.

Me estudia un momento y después me tiende la mano, como si acabaran de presentarnos en la calle. Se la estrecho con firmeza. He oído decir que un apretón de manos firme puede hacerte llegar muy lejos.

—Muy bien, Meg... Margot. ¿Qué edad tienes?

—Once años. —Decido omitir «y medio».

—Lucille, ¿podemos hablar un segundo? —interviene el hombre —. Hemos venido a...

—Ya no quedan. Se han acabado. —La mujer se vuelve y le suelta una parrafada por lo bajo, siseando, que no oigo, pero noto que el hombre desvía la vista y encorva la espalda. Cuando ha acabado, la señora guapa mira a su alrededor y dice—: Nos interesa esta.

Me giro hacia la señorita Pripp. Dios, el corazón me está dando saltos dentro del pecho.

—¿Están seguros? —pregunta la Culo Gordo, mirándome de reojo —. ¿No prefieren una niña más pequeña y adaptable?

El marido ha vuelto a susurrarle algo a la mujer en tono preocupado, pero está claro quién lleva la batuta en ese matrimonio.

—Nos interesa esta —repite la mujer, volviéndose hacia la señorita Pripp—. ¿Qué tenemos que hacer exactamente? Parece que ya lo ha decidido.

La Culo Gordo contesta vacilante:

—Bueno, tendríamos que hacer una excepción si no cuentan con los documentos requeridos. Pero veré qué puedo hacer por ustedes. —Y entonces se marcha.

La señorita Frances se acerca a la pareja con una de las niñitas lloronas sentada sobre la cadera, para nada tan mona como Ella Jane.

—Meg es una excelente elección —dice—. Es lista y limpia y..., bueno, mejor vayan ustedes mismos y háganle algunas preguntas.

La mujer frunce el ceño.

—¿Preguntas? ¿Qué tipo de preguntas?

—Pues cualquier cosa sobre ella misma. ¡Adelante!

La señora echa un vistazo a la puerta como si se le estuviera acabando el tiempo.

—Muy bien, de acuerdo... ¿Cuáles son tus esperanzas y tus sueños, pequeña?

—Tener una enciclopedia completa, con todas las letras, y una tarjeta de la biblioteca para sacar libros.

Detrás de ella, el hombre me mira directamente a los ojos. Lleva unas gafas redondas, con montura de oro.

—Supongo que no hará ningún daño que sea lista —comenta la señora.

Pero, antes de que yo pueda confirmarle que ni siquiera imagina lo lista que soy, entra la Gran Farsante con una enorme sonrisa falsa pintada en la cara.

—¿En qué puedo ayudarles?

Quiero pegarle una patada, quiero gritar, quiero salir de aquí con esta pareja, ¡son míos!

—Estas personas dicen que están interesadas en Meg —explica la señorita Pripp, como si le costara creérselo.

La señorita Garnett no se altera.

—Ya veo —responde—. Vengan conmigo a la sala de las voluntarias, para que hablemos bien de esto.

—¿Qué ocurre, hay algún problema? —pregunta la mujer con cierta irritación en la voz—. Nos quedan muchas horas de carretera para volver a casa.

—Me temo que es el protocolo. También tendrán que hablar con el inspector y solo entonces podremos pasar a la Charla Especial.

Entonces entra la señorita Mildred, seguida del inspector.

—Bueno, Garnett, se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya antes de que... ¡Anda! —exclama el inspector—. No los he visto entrar.

La señora lo mira con una sonrisa diferente de la que le había dedicado a Garnett, ladeando un poco la cabeza.

—Hola, señor —dice la mujer—. Es un placer conocerle. Por desgracia, no tenemos mucho tiempo, pero nos encantaría adoptar a esta niña.

El inspector contempla apreciativo su figura. Lo sé porque estoy observando atentamente cada movimiento suyo, creedme.

—Perfecto, pues rellenemos los papeles —responde él—. Solo tendrán que contestar unas preguntas.

La señorita Garnett mira la puerta como si quisiera cogerlos a los dos y arrastrarlos hasta la calle. Da un paso al frente.

—Lo siento, pero me temo que esta niña no está disponible para ser adoptada. Quizá pudiera interesarles...

—¿Por qué no? —pregunta la señora.

—Porque, por su edad, pasará dentro de poco al programa de trabajo. Es una oportunidad maravillosa...

—¡Hasta enero no! —intervengo yo, golpeando el suelo con un pie.

—Lo siento, pero ya está decidido —añade la señorita Garnett—. El programa de trabajo es lo mejor para una niña como Meg.

—Bueno, Garnett, nuestro principal cometido en esta casa es la adopción —apunta la señorita Mildred.

La Gran Farsante se vuelve y la mira directamente a los ojos.

—Y tu principal cometido es trabajar con la negra en la cocina.

La señorita Mildred abre la boca, pero niega con la cabeza y se marcha de la habitación.

Siento que el suelo se hunde bajo mis pies. Miro a la señorita Frances, pero veo que ha perdido el coraje. La niñita que tiene en brazos está berreando y tirándole del pañuelo rojo y blanco que lleva anudado al cuello.

—Por otra parte —continúa la señorita Garnett—, tenemos varias niñas más entre las que pueden elegir. ¿Qué les parece si

seguimos...?

Pero, antes de que la Gran Farsante pueda llevárselos, entra la señorita Mildred y viene hacia nosotros enarbolando un librito rojo. Se aclara la garganta y lee:

—Párrafo uno, primera enmienda: «La prioridad del Hogar de Niñas Huérfanas del Condado de Lafayette es colocar a las niñas con una familia adecuada. Aquellas niñas que no encuentren colocación podrán ser enviadas al programa de trabajo».

La señorita Pripp pone cara de sorpresa, como si se acabara de enterar. Yo me siento como si estuviera sobre la cuerda floja.

—Tengo que reconocer que así es, Garnett —conviene el inspector—. Esta niña puede salir en adopción.

—Muy bien, nos la llevamos —dice la señora, y sus palabras son música para mis oídos. Pero no me hago muchas ilusiones, Dios sabe que esto no ha acabado todavía.

—Les aseguro que esta niña no les conviene —insiste la señorita Garnett a voz en cuello, porque la parvulita que está con Frances está llorando a pleno pulmón—. Tiene algunos problemas...

—Todos tenemos problemas —replica la señora, volviéndose para mirar a su marido.

Él se limita a frotar con una mano el reloj de oro que lleva en la otra muñeca, como si tuviera miedo de hablar.

—Es una niña difícil, no sabe comportarse, ha hecho un dibujo soez... ¡Por favor, Frances! ¿Podrías llevarte de aquí a esa parvulita?

Tratando de tranquilizar a la niña, la señorita Frances se la lleva, pero no sin antes volverse para mirarnos una última vez.

—¿Puedo ver sus papeles, por favor? —pregunta el inspector.

—Lo siento mucho, pero no los hemos traído —confiesa la señora —. Los tendríamos, de haber sabido que era necesario.

Una sonrisa helada florece en el rostro de la señorita Garnett.

—Por desgracia, no podemos permitir ningún tipo de adopción sin la documentación adecuada. Es el protocolo.

Podría ponerme a vomitar aquí mismo, en el suelo. La mujer le susurra algo al marido, en tono firme. El hombre parece avergonzado, pero saca un estuche de plata del bolsillo de la chaqueta y le entrega una tarjeta al inspector.

—Quizá podrían hacer una excepción con nosotros —sugiere ella.

Necesito que haya un maldito milagro impreso en esa tarjeta.

El inspector se la aleja un poco de la cara para leerla y arquea las cejas.

—Diría que en este caso es muy posible hacer una excepción, y creo que tú estarás de acuerdo, Garnett. —Le pasa a ella la tarjeta y después le estrecha la mano al hombre—. Estudiaste en Yale, ¿verdad, Tom? Me parece que lo he leído en el periódico. —El hombre asiente con la cabeza—. Si no recuerdo mal, el doctor Pittman también es exalumno de Yale, ¿no es así, Garnett? —El inspector se vuelve otra vez hacia el visitante—. Es mayor que tú, pero puede que lo conozcas. ¿Te suena el doctor Welty Pittman?

El hombre asiente y endereza la espalda.

—No lo conozco mucho, pero creo que mi hermano Nick fue compañero suyo. De la promoción de 1913...

La señora le da un codazo en las costillas para que se calle.

La señorita Garnett se apoya una mano contra el vientre, como si volviera a afligirla la enfermedad gástrica de la otra vez. Me da miedo hasta respirar, para no romper el hechizo.

—Bueno, jovencita —dice el inspector—, creo que ya has encontrado una familia. —Y me pone una mano en el hombro.

Estoy mareada, así que me apoyo en la pared para no caer. Siento como si me hubiera metido en el sueño de otra persona.

—Garnett, solo una buena cristiana como tú se preocuparía tanto por el futuro de esta niña.

Entre dientes, la Gran Farsante responde:

—Gracias, Richard.

—Unas pocas preguntas más, por favor, y ya habremos terminado. ¿Sois miembros de una iglesia? Sí, seguro que sí. —Sin esperar respuesta, hace una marca en el formulario—. ¿Queréis que designemos a Welty como médico de la niña?

La señorita Garnett niega violentamente con la cabeza.

—No, eso no hace falta. No es necesario designar un médico...

—Pero podemos hacerlo de todos modos —replica el inspector. Después le pasa el formulario al hombre—. Puedes rellenar el resto.

—Es solo un período de prueba. Tenéis dos meses para devolverla —le dice la señorita Garnett a la mujer—. Si no se comporta, nos la podéis traer.

—Aunque eso no suele ocurrir —interviene el inspector.

Algo en mi pecho está dando saltos mortales. No me importa quiénes sean estos desconocidos, solo quiero salir de aquí. Aunque sea para trabajar el campo, merecerá la pena solo por ver ahora la cara de la señorita Garnett, que sonríe con los labios apretados e intenta mantener la ilusión de que aún lo controla todo. Recuerdo las grandes frases que había pensado decirle, pero me he quedado sin aliento y no consigo articular ninguna.

Mientras firman unos papeles, la señora me pregunta si tengo pertenencias que recoger.

—Solo unas pocas cosas de aquí. La pobrecita vino con lo puesto —responde la señorita Mildred, que me acompaña fuera para que haga uso del retrete apestoso por última vez en mi vida.

Después, en el camino de vuelta, corro al despacho para llevarme mi colección de retratos y poder recordar las caras de todas

las señoritas y así apartarme si alguna vez me las encuentro por la calle. Me deslizo los folios por dentro de las bragas para que nadie me los quite.

Entonces Mildred me da un abrazo que me pone contra la cara su sobaco oloroso, y me dice:

—Dios te bendiga y te proteja. Si te soy sincera, no me puedo creer que hayas conseguido salir de aquí, Meg.

—Ni yo tampoco —respondo.

La señorita Frances me entrega una bolsa de papel con mi vestido de día y mi enagua. Se las arregla para darme una palmadita en el brazo sin llegar a tocarme del todo. Probablemente teme que le caiga un castigo por la parte que le ha correspondido en todo esto.

—Buena suerte, Meg —susurra—. Birdie se va a alegrar muchísimo cuando se lo cuente.

Y, como en un sueño, salimos los tres al pequeño vestíbulo. Leo otra vez el cartel con las normas absurdas. Ojalá estuvieras aquí para verme, Ava. Y tú también, Birdie. Me vuelvo y veo a las niñas restantes, que me observan en silencio desde la escalera. Detrás de nosotros, la señorita Mildred exclama:

—¡Qué contento se pondrá cuando sepa que han adoptado a Meg!

—¿Quién? —le espeta la señorita Garnett.

—El doctor Pittman, ¿quién si no? Fue él quien trajo a la niña medio muerta de hambre.

Salimos al porche delantero y veo el lado de la puerta principal que no había visto desde el día de mi llegada. Una bocanada de aire fresco y limpio me inunda los pulmones. El hombre, mi nuevo padre, abre la puerta trasera de un automóvil negro y me hace entrar. El

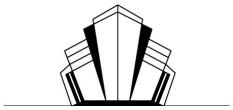
tapizado de los asientos es suave y está frío, por haber permanecido a la sombra.

Luego le abre la puerta delantera a la señora, para que ocupe el asiento del acompañante.

—Gracias a Dios que ya se ha acabado —dice la mujer.

Entonces el hombre enciende el ruidoso motor y siento el traqueteo del coche debajo de mí. Mientras nos alejamos, me pongo de rodillas sobre el asiento y miro por la ventana trasera. La señorita Garnett se ha quedado en uno de los peldaños de la puerta y nos observa fijamente con sus ojos gélidos. Con cuidado, para que mis nuevos padres no me vean, le hago una peineta, como había planeado. Le sonrío y noto que se sobresalta un poco, como si yo le hubiera dado la última bofetada.

Después me quedo mirando cómo se aleja todo: las Antiguas Huérfanas, la señorita Mildred, la Culo Gordo, la Gran Farsante... ¿Quién iba a decir que la Pelotillera se pondría del lado de la pobre Megadera? Pero, a medida que el edificio azul se hace más pequeño, empieza a faltarme el aire. «Vuelvo enseguida», escribí en la pared, en algún sitio, por si ella venía a buscarme. Pero las madres nunca vuelven, Meg. Ava se ha ido. Birdie también. Todas se han ido. Mientras dejamos atrás Oxford, lo único que veo son las manecillas del reloj en lo alto del edificio de los tribunales por encima de los robles, hasta que eso también desaparece.



# Birdie

## 14

—¿Alguien puede atender la puerta, por favor?

Yo iba por el pasillo de las Huérfanas, cargada con una escalera de dos metros y medio de largo, brochas y un bote de pintura. Me había muerto de aburrimiento en casa de los Tartt desde que terminé con los libros, así que había decidido pintar el techo del dormitorio de las niñas mayores con lo que había sobrado de pintura azul, como regalo de despedida. No pensaba pedir permiso. ¿Qué podían hacer, ordenarme despintarlo? De todos modos, estaría de vuelta en casa en una semana. Calculaba que para entonces Frances ya le habría pedido el dinero a Rory, poco después de la celebración de su cumpleaños, esa misma noche. Volvieron a llamar a la puerta, con más fuerza.

—Vale, vale, que nadie se moleste —mascullé—. Ya voy yo.

Apoyé la escalera contra la pared junto al despacho, donde aún me parecía raro no ver a Meg. Eran las siete de la mañana y, aunque Mildred ya estaba aquí, en algún lugar, la mayoría de las voluntarias seguían en casa, entre ellas Frances, que pensaba quedarse todo el día en su habitación acicalándose para su fiesta. Garnett estaba en Jackson, intentando ganar un premio importante por su labor benéfica. Si hubieran concedido un galardón a «la mujer más fría del año», habría sido la ganadora indisputada.

Le abrí la puerta a una mujer que llevaba un vestido de lana amarillo bastante sucio y una boina roja de lana caída sobre los ojos, aunque estábamos en pleno agosto.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla? —dije.

Su mirada se deslizó más allá de mi persona, hacia el pequeño vestíbulo.

—Vengo a ver a una niña. Se llama Margot Louise.

—Perdón, ¿cómo ha dicho que se llama?

En el delantero del vestido tenía una especie de nubarrón rojizo, como si se hubiera ensuciado y hubiera intentado limpiar la mancha sin mucho éxito.

—Margot Lefleur, pero todos la llaman Meg. Tiene once años y necesito verla cuanto antes.

Sentí que se me aceleraba el corazón y que luego se me paraba de golpe.

—Puedo preguntarle... ¿quién es usted?

Sus ojos oscuros volvieron a rehuirme y se perdieron en el vestíbulo y el pasillo.

—Una vieja amiga.

Me la quedé mirando.

—Meg solo tiene una amiga, señora. Y estoy bastante segura de que no es usted.

Levantó la barbilla tal como solía hacer Meg cuando no le gustaba algo.

—Necesito verla, por favor. Vaya a buscarla, se lo ruego.

Me quedé parada como una estúpida, sin saber qué hacer.

—Lo siento, señora, pero Meg ha sido adoptada.

Le llevó un segundo asimilarlo.

—¡No! —exclamó mientras venía hacia mí, sacando pecho y con la barbilla en alto—. ¿Dónde está mi hija?

Levanté las manos.

—No lo sé. Lo siento.

—Entonces ¿quién lo sabe?

—La presidenta, la señora Pittman. Tendrá que hablar con ella —respondí, conteniéndola todavía con las manos—. Pero no está en la ciudad. Volverá mañana..., o al menos eso creo.

—Alguien aparte de la señora Pittman tiene que saberlo. Debe haber algún tipo de documento.

—Probablemente sí, pero...

—Entonces ¡vaya a buscarlo! —Estaba alterada, con la cara enrojecida.

—Lo siento mucho, señora, pero yo no tengo autoridad para... Ni siquiera debería haberle abierto la puerta.

Respiraba con fuerza por la nariz y me miraba a los ojos. Tan claramente como pude, le dije:

—Los documentos están guardados bajo llave, así que tendrá que regresar cuando la señora Pittman esté aquí. Ella tiene la llave.

Era cierto. Garnett no le había dejado la llave del mueble archivador a Mildred antes de irse a Jackson. Yo lo sabía porque lo había preguntado.

Finalmente, gracias a Dios, la mujer dio un paso atrás y cerró los ojos, como para recuperar el control. Había dejado de arremeter contra mí, de modo que pude pensar: ¿por qué se había presentado de repente, casi dos años después de abandonar a Meg?

—Madre mía, ¿cómo puede estar pasándome esto a mí? Por favor, se lo suplico. Necesito saber dónde está.

Respiré hondo y le contesté despacio:

—Señora Lefleur —dije, dando por hecho que ese sería su nombre—, hasta donde tengo entendido... —No era fácil decirlo en voz alta. Ni siquiera era fácil pensarlo—. Usted la abandonó.

Sus ojos se oscurecieron y se volvieron más redondos.

—¿Cree que dejé sola a Meg adrede? —replicó—. ¡Dios mío! ¿El doctor Pittman no le...? ¿Nadie se lo ha dicho? ¿Cree Meg que me fui por decisión propia?

—¿El doctor Pittman? ¿Qué tendría que decirle el doctor Pittman?

Hizo una mueca al oír el nombre del doctor y el bolso negro se le deslizó del brazo y cayó al suelo del porche. Cuando se agachó para recogerlo, vi que por un lado de uno de sus zapatos de color beige, de tacón y correa atada al tobillo, corría un hilillo de sangre. Estaban muy gastados y eran muy poco indicados para caminar mucho tiempo con ellos.

—No... no pude hacer nada, pero créame: jamás habría abandonado a mi hija.

Yo necesitaba un minuto para entender lo que estaba pasando y lo que podía significar para Meg. El vestido amarillo que llevaba la mujer debía de haber sido bonito varios inviernos atrás, pero estaba raído y manchado. No parecía que tuviera muchos más, si es que tenía alguno.

—Mire. Lo único que puedo decirle, y espero que le sirva de consuelo, es que la nueva familia de Meg tiene dinero y dispone de medios para cuidarla muy bien. —No me pude reprimir y, bajando la voz, añadí—: Seguro que estará mejor que aquí.

—¿Qué quiere decir? —Sus cejas oscuras se unieron bruscamente—. ¿No estaba bien aquí? —Y otra vez me embistió. Entendí lo que debían de sentir los toreros.

—Está bien, o al menos lo estaba cuando se fue, el lunes.

Se me quedó mirando, desconcertada. Separó los labios, agrietados y despellejados bajo la capa de pintalabios.

—¿Me está diciendo que no la he encontrado por solo tres días?

Cuando asentí con la cabeza, se abrieron las compuertas y un río de lágrimas empezó a correr por sus mejillas. Temblaba y sollozaba, tratando de recuperar el aliento. Abrió el bolso, sacó un pañuelo y se lo llevó a la cara.

Respirando entrecortadamente detrás del pañuelo, consiguió articular:

—¿No hay algo que pueda decirme de ellos? Cualquier cosa: un nombre, una ciudad... ¿Viven cerca de aquí? ¿Se la han llevado a otro estado?

Fue realmente duro presenciar cómo se le rompía el corazón a esa mujer.

—No lo sé, lo siento. Pero, como ya le he dicho, parece que pueden cuidarla muy bien.

—¿Mejor que su madre? —replicó entre sollozos—. ¿No cree que Meg se merece estar con su madre?

Me pareció demasiado cruel decírselo otra vez y, aunque no se lo enuncié con palabras, la expresión de mi cara fue suficiente. Ella la había abandonado. Había dicho que iba a la tienda y no había vuelto. ¿Qué esperaba? ¿Creía que podía presentarse aquí cuando le diera la gana y decir que había cambiado de idea?

Le llevó un buen rato recomponerse. Con el pañuelo arrugado en la mano, sufrió otro ataque de llanto y la boina roja que debía de darle tanto calor se le deslizó de la cabeza, dejando al descubierto el pelo oscuro, con los rizos apelmazados. No tendría ni treinta años, pero las ojeras profundas y casi azules la hacían parecer mayor.

—Verá —dijo con un suspiro—. La verdad es que me enviaron lejos de aquí. A la colonia de Ellisville, para cumplir mi condena.

—¿Condena? —pregunté—. ¿Quiere decir que la arrestaron?

Apretó los dientes, como si quisiera triturar la respuesta.

—Así es. —Se giró rápidamente para ver un coche que pasaba por delante del orfanato.

—¿Por qué la arrestaron? —le pregunté. No conocía a nadie que hubiera estado detenido.

—Me acusaron de... —apretó los dientes otra vez— de tener trato con un negro y de agredir a un oficial de policía, aunque en realidad fue él quien me pegó a mí primero. Y de otras cosas sin importancia. Me condenaron a dos años.

¿Se habría fugado?

—Pero Meg solo estuvo un año y medio aquí... —señalé.

—Libertad anticipada. Me soltaron hace dos semanas para recortar gastos. Dijeron que ya estaba «rehabilitada».

Cuando volvió a apartarse un mechón de pelo de la frente, observé que tenía una cicatriz roja alrededor de la muñeca.

—¿Por qué demonios no vino antes a buscarla? —Fue una crueldad preguntárselo, pero no hablaba muy bien de ella que hubiera esperado dos semanas, teniendo en cuenta que la había abandonado.

—Créame, vine directamente en cuanto me pusieron en libertad. Me quedé allí... —Señaló un punto por encima de su hombro—. Pero no soy tonta. Garnett Pittman fue muy clara. —Apretó los labios y bajó la voz—. ¿Cómo de bien conoce usted a la señora Pittman?

Supuse que me lo preguntaba para averiguar de qué lado estaba yo. Aunque no confiaba en ella, tampoco tenía sentido andarme con rodeos.

—Lo suficiente para alegrarme de no tener que conocerla mejor.

Asintió al oírlo, y me pareció aliviada.

—Leí en el periódico que la señora Pittman estaría hoy en Jackson para asistir a algún tipo de ceremonia. Esperaba poder

encontrar a alguien razonable. —Hablaba con cautela, observando mis reacciones—. ¿Puedo preguntarle su nombre?

Algo me decía que, si le contestaba, no podría poner fin a la conversación, y no estaba muy segura de si eso era bueno o malo.

—Birdie Calhoun —dije.

—Charlie Lefleur —se presentó ella, y me tendió la mano. Después añadió con voz grave—: ¿Le importaría no decirle a Garnett que he venido?

Mi desprecio por la mujer que desde mi punto de vista había abandonado a su hija empezaba a desvanecerse. Sentía pena por ella. Pero, por encima de todo, accedí porque sabía que mencionarle a Garnett la visita de Charlie Lefleur no habría sido bueno para Meg, y eso era lo único que me importaba.

—No se lo diré.

Sin embargo, sospechaba que en su historia había mucho más de lo que me había contado. Estaba descubriendo de dónde había sacado Meg su mente despierta, su determinación y aquella barbilla tan decidida.

—Tuve mucha suerte de conocer a Meg y pasar un tiempo con ella —admití.

Al oír esto, se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Ha estado con ella? —preguntó, a lo que yo asentí—. ¿Cómo es ahora? ¿Le sigue gustando estudiar tanto como antes?

No podía romperle todavía más el corazón, así que me limité a responder:

—Meg era la niña más lista del orfanato. Me encantaba estar con ella.

—¿Qué más puede contarme de ella? —preguntó, ansiosa.

Reflexioné un momento.

—Le gusta leer el periódico y los pastelitos. Solía traerle uno o dos de contrabando cada día. Y es muy ordenada. Dice que lo ha heredado de usted.

Cualquiera diría que acababa de abrazarla. No paraba de llorar. Me daba cuenta de que tenía mil preguntas que hacer, pero se sobresaltó cuando otro coche pasó por la calle.

—Señorita Calhoun —me dijo—, ya sé que usted no me conoce, pero... ¿me ayudará a encontrar a mi hija?

Se mordió los labios, como si esperara una respuesta negativa y estuviera dispuesta a recibirla como un puñetazo en la cara. Pero yo sabía que no se daría por vencida y seguiría insistiendo. Conocía a más personas como ella. Porque yo misma era una de esas. Aunque eso no cambiaba lo que había sucedido.

Haber sido arrestada no la convierte en la mejor madre del año. No estaba del todo segura de fiarme de ella. Y Meg había sido colocada con una nueva familia que, según Frances, tenía medios suficientes para cuidarla bien. En cambio, esta mujer no parecía tener dinero ni para pagarse un plato de sopa, y menos aún para mantener a una niña.

Metí las manos en el bolsillo del delantal. Yo solo quería lo mejor para Meg, fuera lo que fuera.

—Tengo que pensármelo. Deme un par de días —le pedí.

Charlie asintió y respiró hondo, como si intentara aceptar que de momento no conseguiría nada más. Tenía los ojos tan enrojecidos por el llanto que parecía que la hubiera picado una abeja.

—Me alojo en la pensión del señor Finch, justo a las afueras de la ciudad. —Me pareció que se estremecía al decirlo—. Me paga por hacer las faenas, pero no tendré suficiente dinero para pagar otro taxi hasta... —hizo el cálculo mentalmente— el martes por la tarde. No hay teléfono allí.

El tren a Footely no saldría hasta el día siguiente, si es que finalmente me marchaba en él.

—Sí, creo que ese día puedo.

—¿Podríamos vernos en algún otro sitio? No puedo volver al orfanato.

A Frances no le haría ninguna gracia recibir a esa mujer en su casa, pero yo siempre había sido más sensible que ella a la desgracia ajena.

—Puede encontrarme en Idlewilde, al final de North Lamar Boulevard, a unos tres kilómetros de la plaza. A la entrada verá un escalón antiguo para carruajes, con el apellido Tartt grabado.

Avancé bastante con la pintura el techo de las niñas mayores antes de que llegaran las demás, pero al día siguiente tendría que colarme en el orfanato si quería terminar lo que faltaba. Sabiendo que Frances tenía una cita en el Unique para hacer todo lo que solía hacerse en un salón de belleza, volví a su casa para prepararle un pastel de cumpleaños. Y no un pastel cualquiera, sino uno de coco. Había comprado el coco rallado en la ciudad, con mi propio dinero.

Mientras abría y cerraba los armarios de la cocina, Picador me observaba, de pie junto al fregadero.

—¿Necesita algo, señorita Birdie? Dígamelo y yo se lo daré —me propuso por segunda vez.

—Ya está, ya lo he encontrado —repuse yo, depositando tres moldes circulares sobre la encimera.

—Yo le haré el pastel de caramelo a la señorita Frances, así que vaya tranquila y siéntese en el salón.

—Yo me ocupo. Voy a hacerle pastel de coco. —Fui a la despensa y recogí en un cuenco un poco de harina que encontré en un barril.

Cuando regresé, Picador dijo:

—¿Le ha pedido su hermana que haga usted ese pastel, en lugar del mío de caramelo?

—No, no, Picador. Pero yo sé que el de coco es su favorito.

—Ya veo... —contestó, y me estuvo observando mientras yo echaba el coco rallado en una sartén para tostarlo. En voz muy baja, casi inaudible, murmuró—: Si me pide mi opinión, yo lo prefiero fresco.

Levanté la vista.

—¿Fresco? ¿A qué te refieres?

Bajó la escalera del sótano, regresó con una caja de madera rellena de paja y sacó un coco verde fresco. La caja tenía a un costado un sello rojo en el que podía leerse: BARACOA, CUBA.

Nunca había visto un coco fresco. ¿Os lo imagináis? Lo cogí, preguntándome cómo haría para abrirlo. Picador me lo quitó de las manos, lo perforó con una barra y un martillo y vació la leche en una jarra. Después puso el coco entero en el horno y, cuando lo sacó, lo partió fácilmente en varios trozos. Entonces me pasó el relevo, pero seguía teniendo la expresión de quien acaba de enseñarle a un niño a hervir agua y aún sospecha que hay bastantes probabilidades de que meta la pata.

Para cuando Frances volvió a casa, muchas horas después, yo ya había terminado el pastel y lo había escondido en la despensa, y entonces comenzó el suplicio de ver a mi hermana arreglándose. Frances tenía un talento increíble para estirar un ritual tan sencillo como el de vestirse para la cena, hacerlo durar hasta el anochecer y, aun así, llegar tarde. Como yo no tenía nada mejor que hacer, la acompañé todo el tiempo. En la peluquería le habían depilado las cejas, pero «no demasiado», de tal manera que le habían quedado un poco más finas y formaban un arco algo más alto. Con mucho cuidado, Frances se ató un gorro rosa de baño sobre el cabello de

color miel recién peinado y ondulado, y se metió en la bañera. Yo me quedé sentada en el taburete mientras ella se pasaba una piedra pómez por las piernas y la maquinilla de afeitar Curvfit por las axilas.

—¡Estoy tan nerviosa! ¡Le he pedido el brazalete que he visto en la joyería Lett's! ¿Crees que me regalará el brazalete de Lett's? ¡Si lo sabes, no me lo digas!

Después salió de la bañera, se masajeó todo el cuerpo con aceite, se echó polvos de talco, hizo cincuenta ejercicios faciales para que sus preciosos pómulos le quedaran todavía más altos y se frotó la cara con aceite de manzanilla, para no estar roja como un tomate. (Al decir para qué lo hacía, me echó una mirada). A las cinco y media, sacó del armario un vaporoso vestido blanco de seda que le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla. Cualquiera que no la conociera habría supuesto que ya estaba casi lista, pero yo sabía que no era así. Tras once cambios de ropa, llegaron los lamentos. Ahora sí que ya nos acercábamos al final. Se quejó de estar gorda, de ser bajita y de tener poco pecho y caderas demasiado abultadas.

—Todas las chicas tienen vestidos preciosos menos yo, Birdie.

Cuando le traje una bolsa de hielo para la cara, volvió a ponerse el primer vestido blanco y, sonriendo por fin delante del espejo, se dio por satisfecha con su aspecto.

Sentí que habían pasado días enteros cuando por fin se marchó con Rory a la ciudad para cenar. A él se le notaba que tenía que esforzarse para no parecer enfadado con su mujer el día de su cumpleaños. Yo estaba agotada de pintar, cocinar y dar apoyo moral, así que le dije a la señora Tartt que me saltaría la cena y bajaría en cuanto volviera la pareja, para la pequeña celebración.

En la galería donde dormía, me tumbé y cerré los ojos. Tenía agujetas por todas partes después de pintar solo la mitad del techo del dormitorio de las niñas mayores. Pero a los quince minutos me

desperté con el cuerpo rígido y dolorido, y volví a la planta de abajo. Antes de irse, Picador había dejado puesta la mesa del comedor para cuando comiéramos el pastel, junto a los regalos sin abrir de Frances. Había una cajita blanca con un lazo rosa, de Rory. La caja con el lazo azul era de la señora Tartt. Ya me había enseñado que el regalo era un broche de oro de su colección, pero me había aclarado que era «solo de fantasía», para «no opacar el obsequio de Rory». Yo conocía los otros planes de Frances para la noche. La había visto colgar de un gancho, por dentro de la puerta del armario, aquella prenda rosa tan escueta.

—Ese es el regalo de cumpleaños para Rory, ¿no? —había bromeado yo.

Oí la radio en la salita, al final del pasillo. Sonaba la voz de Kathryn Crawford, cantando *Love for Sale*. Prefería escucharla a ella antes que el parloteo incesante dentro de mi cabeza. Cuando me asomé, vi a la señora Tartt sentada en el sofá rosa.

—¿Le importa que me siente con usted? —pregunté.

Ella levantó la vista, sobresaltada, y sonrió.

—No, claro que no. Ven, Birdie, siéntate. —En cuanto hubo recogido las cuatro manos de naipes que tenía extendidas sobre los cojines de color rosa, fui a sentarme—. Bueno, aquí estamos —dijo, entrelazando los dedos.

Aunque yo llevaba dos semanas en la casa, me seguía tratando con la rigidez de una de sus sillas de respaldo recto. Nunca era grosera conmigo —no habría sido de buen tono—, pero yo aún no sabía qué opinaba de la hermana de esa nuera que supuestamente le caía tan mal.

—¿A qué estaba jugando? —le pregunté, señalando la baraja.

—A nada. Solo eran unas manos de bridge —respondió, mientras dejaba a su lado las cartas, muy usadas, que tenían al dorso la

figura de una *flapper* de falda muy corta, recostada sobre una luna dorada—. Solía jugar con Henry todas las noches. Jugábamos a la versión de dos jugadores, si estábamos solos, y al bridge normal cuando teníamos invitados. Henry era un verdadero demonio con las cartas. —Noté cuánto le pesaba la soledad al mencionar su nombre. Me había dicho que había fallecido hacía cuatro años, dos años antes que mi padre. Luego añadió—: Intenté enseñarle a Frances, pero sin éxito, así que ahora juego sola.

—Yo puedo jugar al bridge con usted.

—¿Tú sabes jugar? —Parecía desconfiada.

—Claro, juego casi todos los martes, con las... —Me alisé el delantero del vestido—. Con las señoras del club. —Alguna cosa se me había pegado de Frances.

Con educación, aunque claramente dubitativa, la señora Tartt se puso a barajar las cartas, arqueándolas en un puente perfecto. Repartió cuatro manos, dos de ellas ficticias, ya que no teníamos parejas. Levantó sus cartas y las sostuvo en abanico, muy cerca de su bata azul. Jugamos la primera partida en silencio. Ella ganó ocho bazas y yo cinco. Después pujé tres, pero gané seis, y ella se enderezó en su asiento y dijo:

—Eres buena.

Mientras yo barajaba, echó un vistazo al vaso que tenía sobre la mesita.

—¿Te apetece una copita de bourbon, Birdie?

—Eh...

Yo nunca había probado el alcohol. Ni siquiera había visto una botella de licor, excepto la que había entrevisto en el tren, en el viaje a Jackson. En una ocasión, la abuela había bebido demasiado licor de cereza y el abuelo la había amenazado con el divorcio. Mi madre decía que si bebíamos, tendríamos «mala fama».

—Sí, probaré un poco.

Cogió un vaso de cristal del carro metálico y sirvió dos dedos de Old Taylor para cada una. Levantamos los vasos para brindar, bebí un trago y un relámpago de fuego me bajó por la garganta y me quemó por dentro. Pero... era un fuego agradable. Ahumado y profundo. Me gruñía el estómago por no haber cenado, así que bebí otro trago.

—¿Dónde lo consigue? —pregunté—. Si no le importa que se lo pregunte.

En una etiqueta en torno al cuello de la botella leí: «Embotellado bajo garantía federal», lo cual me pareció totalmente legal. En el estado de Mississippi, la ley seca estaba vigente desde antes de mi nacimiento, y también lo había estado en el resto del país durante más de una década, aunque en la radio decían que la prohibición tenía los días contados y que la decisión final correspondería a cada estado. Aun así, *El mensajero del Delta* aseguraba que, antes de que nuestro estado derogara la ley seca, se congelaría el río Mississippi.

—¿Por qué lo dices? ¿Quieres saber si lo compro en el mercado negro? —preguntó la señora Tartt, sonriendo con una picardía que no le conocía y que le formaba hoyuelos en las mejillas. Se puso a repartir las cartas—. No. En el año diecinueve, cuando Henry se enteró de que iban a aprobar la ley seca, viajó a Kentucky y se trajo cien cajones de bourbon con garantía federal. El cargamento ocupaba medio vagón del tren. Teníamos suficiente alcohol en la bodega para dar de beber a una tribu de indios y a todo el ejército irlandés. —Como mi vaso ya estaba vacío, me sirvió un poco más y rellenó el suyo.

Me lo bebí como habría hecho con cualquier otra bebida en una calurosa noche de agosto, es decir, bastante rápido. En esta segunda

ocasión, sentí una extraña y agradable calidez que me encendió las mejillas.

—¿Cómo se conocieron? —me interesé, mientras jugábamos la ronda.

—¿Henry y yo? Hace mucho que nadie me lo pregunta.

Enderezó la espalda un poco más. Yo seguí bebiendo, mientras me contaba su historia.

—Yo tenía diecisiete años y un día fui con mi yegua Easter Lily al Old White, para encontrarme con mi hermana y tomar el té en el porche del hotel. Debes de conocer el Old White, ¿verdad? Está en Virginia Occidental. Mi familia pasaba allí los meses de junio y julio, para huir del calor de Memphis y tomar las aguas. Pues bien, cuando ya nos íbamos, me puse de pie, me llevé dos dedos a la boca y llamé con un silbido a Easter Lily, que subió los peldaños del porche y vino a buscarme hasta la misma mesa. Llevaba meses practicando ese truco con mi yegua, para ganarle en algo a mi hermana, que era preciosa y ese verano era el centro de la atención de todos los hombres. Entonces Henry vino a nuestra mesa y me dijo: «Señorita, tendrá que enseñarme cómo lo ha hecho». A mi madre casi le da un ataque. —La señora Tartt soltó una risita y noté que se ruborizaba—. No le gustó que Henry y yo empezáramos a salir juntos a cabalgar sin acompañante. Él tenía veintitrés años y solía jugar al póker con los camareros de color, porque le gustaba su forma agresiva de jugar. Yo ni siquiera había hecho todavía mi presentación en sociedad.

Respiró hondo y sonrió. Ya había contado su historia. Quizá por primera vez desde que yo había llegado, la noté relajada. Podía imaginarme a su yegua subiendo los peldaños del porche y era capaz de entender mejor que nadie la emoción de superar a una hermana, aunque solo fuera en algo. Me pregunté si habría notado

la rivalidad entre Frances y yo. Me sirvió un poco más de bourbon y se excusó para ir un momento al lavabo.

La radio Silvertone, alta y de madera con forma de lápida, había pasado a emitir las noticias. No eran buenas. El precio del algodón se había desplomado a ocho centavos, cuando apenas unos años antes había llegado a cotizarse al triple. Mientras bebía, contemplaba por la ventana el jardín trasero. El atardecer desplegaba sus rayos dorados sobre la hierba, que a esas alturas debía de llegarme hasta las espinillas. Rory no se había «ocupado de cortarla», como Frances había prometido. De hecho, no quedaba del todo mal. El césped era exuberante y verde, y una enredadera con hojas que parecían corazones empezaba a trepar por la barandilla del porche. Aun así, el conjunto resultaba un poco inquietante. Bebí otro trago. Siendo una chica del delta, sabía que la gente se dividía entre los que cortaban el césped y los que no lo cortaban, y los Tartt eran del tipo de gente que corta su maldito césped. Cuando me había ofrecido para hacerlo, Frances me lo había prohibido, para que Rory no sufriera por no haberlo hecho él. La suya era exactamente la clase de lógica que me sacaba de quicio y me impulsaba a escribir cartas al director del periódico, para preguntarle por qué demonios estaba al frente de un diario.

—Tu turno, querida —dijo la señora Tartt.

—Lo siento. —Había algo en ese licor que me hacía pensar.

Después de jugar un rato, preguntó:

—¿Te ha gustado trabajar en las Huérfanas? Frances ha dicho que ya has terminado con la contabilidad.

—Me ha gustado, sí —respondí—. Bastante. Había una niña que me caía muy bien, que ha sido adoptada. Garnett no me dejó ir el Día de Visita. Para que no hubiera tanta aglomeración, dijo.

Pero yo no creía que fuera esa la auténtica razón. Sospechaba que prefería mantenerme alejada porque yo tenía el descaro de criticar su programa de trabajo y posiblemente era la primera persona que se había enfrentado a ella en años. Solo por eso, sentí ganas de volver y plantarle cara una vez más. Empezaba a marearme, después del último trago.

—He oído que últimamente las cosas han cambiado —comentó la señora Tartt—. Mi amiga Mary Pepper fue presidenta de la junta durante cuatro años seguidos, pero, de repente, sin que nadie se lo esperara, Garnett anunció que presentaba su candidatura y se puso a hacer campaña contra ella, lo cual fue... —Frunció el ceño, por lo que deduje que su actitud le parecía reprobable—. Hasta ese momento, Garnett iba solamente un par de días por semana a trabajar de voluntaria.

—¿Cuándo fue? ¿Cuándo la eligieron presidenta?

—Hará un año y medio, más o menos. Un mes después de las penúltimas Navidades.

La fecha me sonaba. Comprendí que había debido de ser poco después de la llegada de Meg al orfanato. Me llevé el vaso a los labios y tragué más bourbon del que habría deseado. Tosí y dejé el vaso en la mesa.

—Después de tantos años de servicio, la pobre Mary Pepper perdió las elecciones. ¡Le encantaba cuidar a esas niñas! —La señora Tartt secó con una servilleta una gota de bourbon que corría por fuera de mi vaso y parecía a punto de caer sobre la mesa—. Siento mucho decirlo, Birdie, pero yo, personalmente, estaría mucho mejor sin Garnett Pittman.

—Y que lo diga. —Por lo visto, a ella le caía tan mal como a mí.

—No me gusta el cotilleo, pero Garnett Pittman es una hipócrita de la iglesia bautista. Probablemente no lo sabías, ¿no?

—La parte de que es bautista, no —respondí.

La señora Tartt dejó sus cartas boca abajo sobre la mesa.

—Creció en el condado de Carroll, donde los bautistas le enseñaron que las personas de color no necesitan aprender a leer y las mujeres no deben votar. Soy veinte años mayor que Garnett y recuerdo cuando conseguimos el derecho a voto. No me gusta armar revuelo, pero, siempre que he podido, he ido a votar. También fui la primera de mi promoción del ochenta y nueve en enseñar los tobillos después de las seis de la tarde.

Sonreí al oírlo. Mi vaso aún no estaba vacío, pero la señora Tartt ya me estaba sirviendo otro. ¿Sería el tercero o el cuarto?

—¿Qué se propone Garnett? ¿Usted qué cree?

—He leído en el periódico que aspira a ser la presidenta de la Liga contra el Vicio de todo el estado. Es un cargo importante, pero realmente no sé para qué lo quiere. Si te soy sincera, está demasiado obsesionada con la religión para mi gusto.

—Pero, si es bautista, ¿por qué trabaja con las damas metodistas? —Sabía que asistía a la misma iglesia que los Tartt.

—Porque está casada con el doctor Pittman, que pertenece a la Primera Iglesia Metodista. Es unos años mayor que ella... —Se puso a contar con los dedos—. Veamos... Yo tengo sesenta y uno. El doctor Pittman debe de tener cuarenta y cinco, por lo que Garnett no puede tener más de cuarenta. Era guapa cuando se casaron, hace veinte años, pero... —Se detuvo ahí—. El doctor Welty Pittman me cae muy bien. Es un buen hombre. Cuando no está trabajando en el hospital, sale a poner vacunas gratis en las zonas rurales y atiende en su consulta, en la parte de atrás de su casa. Y, si considera que los pacientes no tienen dinero, no les cobra. Mucha gente ignora esa faceta suya, pero yo la conozco, por Henry. Mi marido lo sabía todo de todo el mundo, por su trabajo en el banco.

El sofá había empezado a balancearse un poco, como una barca, pero a la señora Tartt no parecía importarle. Volvió a levantar sus cartas.

—No le menciones a Frances lo que he dicho de Garnett. Creo que busca un poco su favor.

Me eché a reír.

—¿Un poco? Mi hermana lleva siendo una auténtica pelotillera desde que tenía...

Me interrumpí bruscamente. El bourbon estaba actuando como un suero de la verdad. ¿Había dicho «pelotillera» delante de la señora Tartt?

—Creo que Frances está tratando de encontrar su camino. No siempre es fácil integrarse en la buena sociedad de Jackson. —Jugó una carta y después me miró—. Tengo la impresión de que no te pareces en nada a tu hermana, Birdie. ¿Me equivoco?

—No, tiene razón. No nos parecemos mucho. —Me salió un tono un poco triste al decirlo. Bajé la vista hacia mis pies descalzos y me parecieron enormes. De repente, tuve un ataque imparable de hipo.

—¿Recuerdas que te he mencionado a mi hermana, la que era tan guapa? —preguntó la señora Tartt, y yo asentí con la cabeza. Ella levantó la barbilla y esbozó una sonrisa sutil—. Pues acabó casada con un hombre bastante pobre.

Me reí entre dientes. Seguramente estaba al tanto de la rivalidad entre Frances y yo.

En la radio estaban hablando de la última conversación junto al fuego del presidente Roosevelt, que yo no había podido escuchar. Un hombre leyó las palabras del presidente con voz grave y firme: «No vamos a pasar otro invierno como el último. Dudo que haya otro pueblo capaz de soportar con tanta valentía y alegría una estación ni la mitad de ingrata». Estaba segura de que mi madre y la abuela

habrían estado muy pendientes cuando habló el presidente, la primera retorciendo el delantal por la preocupación, y la segunda, negando con la cabeza. Cuando bajé la vista, la señora Tartt había vuelto a ganarme al bridge de manera inapelable.

—Deberíamos dejarlo aquí —dijo—. Frances y Rory llegarán en cualquier momento para abrir los regalos.

—¿Sabemos ya...? —Me interrumpió otro hipo—. ¿Sabemos qué le ha comprado?

—Estoy segura de que será algo bonito, pero Rory no me ha dicho nada.

Me incliné hacia delante y observé que de repente había dos señoras Tartt.

—¿Se llevan bien, Rory y usted? —pregunté.

Ella bajó la vista hacia la baraja, quizá intentando decidir si debía contestar o no.

—No muy bien, no —dijo por fin.

—Siento oír eso. ¿Ha pasado algo?

Yo tenía mis teorías. Por ejemplo, era posible que ella se hubiera opuesto a su matrimonio con Frances y que eso hubiera abierto una brecha entre los dos.

—Es... —Dejó escapar un suspiro—. Es un poco complicado.

Me di cuenta de que necesitaba contármelo, pero no la presioné.

—Hace siete u ocho años, Henry quiso que Rory fuera a Nueva Orleans a... a ocuparse de una cosa. Eso fue antes de que Rory se marchara a la universidad. Él no quería ir, pero Henry ya lo había decidido, y cuando a mi marido se le metía una cosa en la cabeza, no había nada que hacer. Siendo su mujer, no tuve más remedio que ponerme de su parte. Y, después de todos estos años, Rory aún no me ha perdonado que tomara partido por su padre.

—¿Le reprocha que quisiera enviarlo a Nueva Orleans? —Me costaba entenderlo.

—No importa. Ahora es cosa del pasado. —Entrelazó las manos y sonrió, otra vez en su papel de señora elegante—. Estoy muy contenta de que se haya casado con Frances, eso sí. Ojalá Henry estuviera aquí para verlos. Y espero tener nietos muy pronto y poder verlos correteando por esta casa tan grande.

Yo no acababa de decidir si la historia era realmente desconcertante o si estaba demasiado borracha para entender explicaciones sencillas. Empezaba a sentir la cabeza separada del cuello. Estaba mareada, pero la señora Tartt parecía totalmente sobria. Era incomprensible. Y, cuando contemplé el acogedor saloncito de color salmón a mi alrededor —¿se había vuelto más verde el helecho de la chimenea?—, se me ocurrió algo, una cosa importante, digna quizá de consideración científica. Esa casa con sirvientas en la cocina y un comedor Chippenosequé...

—Señora Tartt —empecé—, hay algo que debería saber sobre nosotras.

—Ay, Señor. ¿Qué ocurre, querida?

Fijé la mirada en su cara empolvada y sin arrugas, en sus enormes pendientes de zafiro. Nosotras éramos indigentes en comparación con ellos. ¿Cómo iban a querernos? Intenté dar con las palabras para hacerle saber que había venido a su casa a pedirles dinero, que nos encontrábamos al borde de la quiebra y que no teníamos nada que ver con la imagen que Frances pretendía dar de nosotras. Pero solo conseguí decirle:

—Nosotras no tenemos cocos frescos en la bodega, señora Tartt. Ni siquiera tenemos bodega.

Me miró con curiosidad.

—¿Has cenado, Birdie?

Reflexioné un segundo.

—Creo que no.

Me dio una palmadita en el brazo mientras las luces de un coche se colaban por la ventana.

—Puede que hayas bebido suficiente bourbon por hoy.

La miré a los ojos y pregunté:

—¿Y usted no?

—Yo desarrollé tolerancia a la bebida hace mucho tiempo. Henry se aseguró de que así fuera. —Recogió las cartas con la figura de la joven recostada sobre la luna—. Así nos asegurábamos cierta ventaja, cuando servía bourbon en el club de bridge.

Minutos más tarde oímos que se abría la puerta trasera. Ya me empezaba a doler el estómago.

—Intenta entretenerlos un momento, mientras yo voy a encender las velitas —dijo la señora Tartt.

Salí como pude al vestíbulo, donde Frances se estaba quitando los guantes, magnífica con su vestido blanco y sus labios rojos. Estaba resplandeciente y ansiosa por abrir sus regalos. Mi hermana adoraba las sorpresas. Detrás de ella, vestido con traje azul y corbata roja, Rory la observaba con una sonrisa extraña. El vestíbulo daba vueltas a mi alrededor.

—Hola, Franny —le dije, abrazándola y apoyándome sobre su hombro—. Feliz... día de Acción de Gracias. —El estómago se me revolvía como si tuviera un animal encerrado dentro.

—Birdie, ¿qué te...? ¿Estás borracha? —me preguntó Frances, tratando de apartarme con la mano, pero yo me agarré con fuerza a su largo cuello.

—No, no estoy borracha —repliqué, porque la palabra me había parecido demasiado dura—. Estoy ebria.

Me desenganché de su cuello y corrí al baño dorado bajo la escalera. Cerré la puerta de un golpe y la aseguré con el pestillo. Vomité todo lo que había bebido, pero al menos conseguí atinar en la taza del inodoro. Con la mejilla contra el suelo frío de baldosas, oí que Frances llamaba a la puerta y me preguntaba si estaba bien. Después, alguien que hablaba con mi voz le gritó que no se preocupara por mí y que fuera a abrir sus regalos. Y añadió que esa noche pensaba dormir en el baño.

Mucho más tarde, abrí los ojos y me encontré acurrucada contra un taburete blanco. Me había despertado un timbre. Era... ¿el teléfono? ¿Tan tarde en la noche? ¿O lo habría soñado? Separé la mejilla de las baldosas del suelo y me puse de pie, agarrándome al borde del lavabo. El pasillo principal estaba a oscuras, con la excepción de una luz tenue que había quedado encendida en el comedor. Me abrí paso hasta allí y vi el pastel de coco bajo una campana de cristal. Un poco más de la cuarta parte había desaparecido. En los platillos solo quedaban migajas y tenedores usados. Parecía que les había gustado. Los regalos de Frances estaban junto al pastel. Había dos cajas abiertas y una cinta azul colgando de una de ellas. En la primera estaba el broche de fantasía que la señora Tartt había escogido de su propio joyero. En la otra, una tarjeta. La levanté para leerla. Rory le había regalado a su esposa una suscripción anual a *Good Housekeeping*, una revista para amas de casa.

A la mañana siguiente, levanté la cabeza del catre de la galería y... ¡Dios mío! ¿Qué me estaba pasando? Entonces lo recordé. O al menos me volvió un poco la memoria. Me sentía como si la señora Tartt me hubiera golpeado la cabeza con su botella de Old Taylor.

Todos dormían, incluida Frances, gracias a Dios. Debía de estar enfadada conmigo por lo de la noche anterior. Me puse un vestido y me escabullí por la escalera trasera para salir al patio lateral. La hierba húmeda de la mañana me alivió el dolor de cabeza. Para no vomitar sobre los rosales Champney Pink de la señora Tartt, en caso de que me volvieran las náuseas, me dejé caer sobre el taburete de ordeñar y apoyé la mejilla contra el costado de la vaca.

—Anoche bebí algo fuerte —le confié—. Bebí mucho.

El animal no hizo ningún comentario. Me comprendía. Solo logré recordar una yegua que subía los peldaños de un porche, un desacuerdo entre Rory y la señora Tartt y la triste realidad de no tener cocos frescos en el sótano de nuestra casa.

Cuando volví a entrar, me encontré a la señora Tartt en el pasillo.

—Creo que tenemos problemas, Birdie —me susurró con una sonrisa de emoción, echando un vistazo fugaz a la puerta de Frances.

Estaba entreabierta y, cuando me asomé, vi a Frances sentada delante de su tocador. Se estaba cepillando el reluciente cabello castaño claro. Tenía la firme convicción de que era necesario azotarlo con energía para que creciera más denso y sano.

«Muy bien, vamos al grano», pensé.

—¿Cómo fue la cena de cumpleaños? —pregunté mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—Bien —contestó, dejando el cepillo sobre el tocador y emitiendo un suspiro—. Tomamos solomillo de ternera con salsa de nata y un postre de plátano al que prendieron fuego al traerlo a la mesa. Después, los camareros me cantaron el *Cumpleaños feliz*. —Lo dijo todo con voz monótona, mirándose en el espejo.

—Entonces ha estado muy bien —comenté yo, aunque la salsa de nata me sugería lo contrario.

Frances cogió un pañuelo y se lo llevó a los ojos.

—¡Fue tan humillante, Birdie!

—Lo siento, Franny. No debería haber bebido tanto.

—No, no deberías haberlo hecho, y menos con ella. Pero no es eso lo que... —Se apretó el pañuelo con más fuerza—. Después de ese regalo mediocre y barato que me dio, subimos y entonces yo me puse esa prenda rosa tan atrevida, ya sabes... Pero él...

—¿Él qué?

—No pudo... No se le... Ya sabes. —Su voz era aguda y vítrea—. Lo intenté todo, pero fue inútil. Me dijo que era por la presión que tiene que soportar en el banco, pero yo me sentí como una imbécil, vestida con esa cosa ridícula. Cuando fingí que me quedaba dormida, él se levantó y se fue a dormir a su habitación de soltero, al final del pasillo.

Las cortinas aún estaban cerradas y, en la tenue luz rosada, me di cuenta de que debía de sentirse muy sola en ese dormitorio. Me acerqué a su tocador, de madera clara de arce, bonita y nudosa. Cuando éramos adolescentes, sabía cómo consolarla. El guion era sencillo: «¡Claro que le gustas a Mengano! ¡Por supuesto que a Fulano le pareces más guapa que la otra!». Pero ¿cómo consolarla cuando su marido era incapaz de cumplir con sus obligaciones conyugales? No se me ocurrió nada mejor que decirle:

—Siento mucho... la decepción.

—Dime, Birdie, ¿crees que Rory está viéndose con otra? —me preguntó, echándose a llorar—. Va a Jackson todo el tiempo y dice que es por trabajo. Pero ¿no lo hará para encontrarse con la novia que tenía antes de conocerme? ¿Con Esther Royal?

Me incliné sobre ella, sentada en su pequeño taburete, y le pasé un brazo por los hombros.

—Rory no te haría algo así, Franny. Seguro que es solo que tiene demasiadas preocupaciones en el trabajo, como te ha dicho. Corren tiempos difíciles. Tu marido te quiere, Franny. —La miré en el espejo —. Y ya sé que no te servirá de consuelo, pero nosotras también te queremos. Estás siendo muy generosa con tu familia.

—Lo sé —dijo—. Y no te preocupes. No se me ha olvidado. Se lo pediré el domingo, después de la misa.

Yo se lo agradecí con un gesto. De todos modos, solo había tren para Footely los miércoles. Le di un abrazo y fui a vestirme para seguir pintando el techo de las Huérfanas.

El Hogar de Niñas Huérfanas del Condado de Lafayette donde solo algunas niñas eran bienvenidas estaba lleno de mujeres que parloteaban entre sí para cuando bajé después de pintar. Me palpitaban las sienes y tenía la boca seca. Le pedí al Niño Jesús que me curara la resaca de bourbon. Terminaría de pintar el techo de la habitación de las niñas mayores, pero la verdadera proeza sería hacerlo sin echar los higadillos.

Una secuaz de Garnett, una tal Patsy, salió del cuarto de las cunas y me vio merodeando.

—Es una pena que ya no haya bebés para tenerlos en brazos —comentó.

—Es cierto. A veces se diría que ya no queda gente dispuesta a abandonar a sus hijos —repuse.

Patsy me miró con el ceño fruncido.

—Por cierto —le dije en voz baja—, ¿cuál es el protocolo cuando viene una madre a buscar a su hija? ¿Y qué pasa si ya ha sido adoptada?

—No creo que haya ningún protocolo. Hasta donde yo sé, no ha ocurrido nunca. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo por curiosidad —respondí.

Por la ventana veía a Garnett, que hablaba con Mildred en el porche trasero. Noté a esta última más cabizbaja que otros días, con los hombros más hundidos.

—No olvides que en breve nos reuniremos todas en la sala de las voluntarias para dar la enhorabuena a Garnett por su gran premio —me dijo Patsy.

Yo no pensaba asistir a la vomitiva celebración. Me metí en el despacho y me oculté tras el mueble archivador, esperando a que todas estuvieran reunidas en la sala.

—¡Ahí viene! ¡Enhorabuena, Garnett! —oí que exclamaba Pripp.

Su voz chillona podía perforarte los oídos, sobre todo si solo habías cenado bourbon la noche anterior. Todas las presentes aplaudieron. Cuando me aseguré de que habían entrado ya en la sala, probé una vez más a abrir el mueble archivador. Esperaba que Garnett lo hubiera dejado sin llave tras su regreso a la ciudad esa misma mañana. Pero no tuve suerte. Seguía cerrado. La madre de Meg había dicho que pasaría por la casa al cabo de unos días. En cualquier caso, no pensaba entregarle sin más la dirección de su hija, aunque la consiguiera. Si había estado recluida en una institución psiquiátrica, por algo habría sido. Pero no dejaba de venirme a la mente la imagen de Charlie suplicándome que la ayudara a encontrar a su hija. Y sabía que Meg todavía se arrepentía de no haber abrazado a su madre para despedirla. Además, pensé que, si conseguía su dirección, podría decidir más adelante qué era lo correcto.

El concurso de pelotilleras había comenzado en la sala de las voluntarias, con Pripp en primera posición, seguida de cerca por mi hermana. Pripp había ido a Jackson con Garnett y estaba contando su experiencia:

—... y entonces le hizo entrega de un cheque por valor ¡de doscientos dólares!, y de esta bandeja de plata..., y un caballero les hizo una fotografía con flash.

Los gemidos de éxtasis de mi hermana se oían desde la otra punta del pasillo.

Casi había llegado al vestíbulo cuando vi venir a Mildred, cargada con un saco de harina lleno hasta arriba de todo tipo de objetos y el bolso colgado del hombro.

—¿Adónde vas, Mildred?

Me dejó que le quitara de las manos el pesado saco. Tenía la mandíbula floja y los ojos rojos e hinchados.

—Garnett me ha despedido. Dice que ya no me necesita, porque en la última visita muchas niñas se han ido adoptadas. Pero yo vivo aquí, Birdie. Duermo con las parvulitas.

—¿Te ha despedido? Pero pronto llegarán más niñas...

—Ya lo sé. Estoy aquí desde que se fundó esta casa, en el año veintisiete. Dentro de poco este sitio volverá a estar lleno.

—¿Quién se quedará con las niñas por la noche?

—Le pedirá a las voluntarias que se queden a dormir dos veces al mes cada una, para recortar gastos.

Le apoyé una mano sobre el hombro encorvado. ¿Qué edad tendría? ¿Sesenta y cinco años? ¿Setenta? El orfanato podía permitirse pagarle su exiguo salario. Los fondos eran escasos, pero Mildred solo cobraba un dólar y cuarenta centavos por semana.

—¿Sabes por qué creo que lo hace? —Miró un momento el pasillo desierto—. Porque salí en defensa de Meg para que la adoptaran. Garnett intentó impedirlo, pero para esa niña era la última oportunidad. A Garnett no le importan las niñas mayores, porque ella no tiene que verles las caras la noche del Día de Visita, cuando han sido rechazadas.

No sabía qué podía decirle, aparte de:

—Quédate aquí, yo iré a la plaza a buscarte un taxi, ¿de acuerdo?

—Gracias, me harías un favor. Voy solo hasta la estación. Tengo una hija en Meridian. No me quiere en su casa, pero no tengo otro sitio adonde ir. —Levantó la mirada hacia el vestíbulo y la puerta de la sala de las voluntarias y añadió en voz baja—: ¿Sabes lo que me fastidia de todo esto, Birdie?

No me sorprendió lo que dijo a continuación.

—Que alguien a quien ni siquiera le gustan los niños esté al frente de un orfanato.

El domingo por la mañana, Rory nos llevó a todos a misa en su Studebaker. Era mi primer viaje a la iglesia en Oxford, ya que había pasado los dos primeros domingos tratando de poner al día la contabilidad de Garnett.

Frances y yo íbamos en el asiento trasero, mientras que la señora Tartt viajaba delante, junto a Rory. No podría decir que Frances estuviera contenta con su sitio, pero parecía acostumbrada.

Al lado de mi hermana, con su vestido blanco comprado en una tienda y su elegante sombrero negro de rueda de carro inclinado hacia un lado, yo debía de parecer la prima pobre del campo, lo cual en sí mismo debería haberme avergonzado, aunque lo que más me avergonzaba era notar lo mucho que la abochornaba a ella. Frances le había pedido a Picador que me planchara el vestido azul hasta dejarlo tan tieso que crujía cuando me movía, como si llevara puesto un ejemplar de *El águila de Oxford*.

—Te vas a ganar un calambrazo con la pica eléctrica de la abuela como me sigas mirando de esa forma —le susurré en el asiento trasero.

Tras recorrer poco menos de un kilómetro, pasamos junto a la enorme mansión abandonada de los Percy, rodeada de maleza y con carteles pegados en las columnas. Desde su puesto, la señora Tartt meneó la cabeza y observó:

—Henry siempre decía que cuanto más se sube, más dura es la caída.

Apenas dejamos atrás la casa abandonada, Rory se colocó detrás de un carro tirado por una mula, demasiado cerca para mi gusto. La familia del carro iba ataviada con monos de trabajo recién lavados, vestidos largos y sombreros de paja, lista para ir a misa. Rory pisó el acelerador y los adelantó, levantando a su alrededor todo el polvo de Lamar Boulevard. Me recordó a aquel día, al poco de llegar aquí, cuando un conductor había adelantado a una furgoneta cargada de cajones de fruta, después de que Rory le dijera a Frances que estaba demasiado ocupado para comer con ella. Ahora estaba segura de que aquel conductor era Rory.

Un poco más adelante, la señora Tartt se volvió hacia mí.

—Muy bien, Birdie —dijo, y respiró hondo, como si fuera a revelarme algo importante—. Al final de esta carretera está la Iglesia Metodista de Oxford y, un poco más allá, la Episcopal. Por ese otro lado se encuentra la Presbiteriana de South Street y, a la vuelta de la esquina, la Primera Iglesia Presbiteriana, que es la vuestra. En las afueras de la ciudad tenemos la Presbiteriana de College Hill, en un edificio precioso, y esa de ahí es la Bautista de Oxford, aunque también tenemos la Iglesia Bautista Primitiva. La mayoría de la gente de color va a Burns, en Freedmen Town, o a la Segunda Iglesia Bautista, donde va Picador, aunque no siempre está de acuerdo con el pastor William, que Dios lo ayude, y los católicos de Freedmen Town se desplazan hasta Water Valley. —Respiró hondo

una vez más—. Nosotros, por supuesto, pertenecemos a la Primera Iglesia Metodista de Cristo.

Sí que había iglesias en esta ciudad.

Mientras nos acercábamos a la plaza, vimos largas filas de automóviles, carruajes y carros tirados por mulas, que regresaban o esperaban su turno para dejar a sus ocupantes en sus respectivas iglesias. Muchos feligreses iban andando, con diferentes atavíos, desde monos de trabajo hasta trajes caros, desde prendas muy gastadas hasta vestidos recién comprados, pero todo perfectamente planchado. Todos los mayores de trece años llevaban sombrero.

—¿Van alguna vez a las otras iglesias de la ciudad, señora Tartt? —pregunté.

—¡Cielos, claro que no! —exclamó la señora Tartt, mientras Frances me daba un codazo en las costillas.

En Footely teníamos la iglesia presbiteriana, para los blancos, y la bautista, para los negros, y yo había estado en las dos.

Rory giró por una calle lateral y se detuvo para que nos apeáramos del coche. Antes de bajarse para abrirle la puerta a su madre, dijo:

—¿Son nuevos esos zapatos, mamá?

—Sí, los encargué a Gimbels. El señor Binny me llevó a la oficina de correos para recogerlos.

—Ya te he dicho que no compres cosas nuevas. Corren tiempos difíciles. También me gustaría que dejaras de ponerte ese perfume tan penetrante.

—Me lo compró tu padre en París. Shalimar era su favorito.

—Muy bien, pero papá ya no está —replicó Rory, e incluso Frances lo miró compungida.

—¡Rory! —le susurró por detrás, pero la señora Tartt se volvió hacia la ventana y no dijo nada.

Mientras mi cuñado se iba a aparcar el coche, recorrimos andando los cincuenta metros que nos separaban de la iglesia. Puede que la Primera Iglesia Metodista de Cristo no fuera la más grande de la ciudad, pero parecía una de las más antiguas. Construida con bloques de piedra oscura, tenía a los lados vidrieras de colores que brillaban como joyas, con representaciones de Lázaro, Moisés y el Nacimiento. La puerta, con una bonita forma de trébol, invitaba a entrar. Los feligreses reunidos delante del templo parecían mejor vestidos que la mayoría de los que habíamos visto antes. No había ningún mono de trabajo, pero distinguí algunos codos remendados y muchos guantes blancos. Casi todos tenían en la cara la expresión solemne de antes de la misa, causada tal vez por el respeto o quizá por el temor al hambre atroz que una hora de iglesia suele provocar.

—¡Anda, ahí está Mary Pepper! —exclamó la señora Tartt, alejándose de nosotras.

Frances fue a hablar con Pripp, que estaba con su marido, por lo que yo me aparté un poco para contemplar el conjunto. Me gustaba la idea de la misa y su sencillo y discreto recordatorio de ser amables y no matar a nadie. Pero quizá fuera porque solo me tomaba la iglesia a mi ritmo, yendo por lo general solo dos domingos al mes, una costumbre que mi madre calificaba de «peculiar». A nuestro pastor no le importaba que los otros domingos yo aprovechara la misa para arrancar las malas hierbas de los parterres o me quedara sentada fuera escuchando el sermón a través de las ventanas abiertas. La abuela decía que era una manera eficiente de matar dos pájaros de un tiro.

Divisé a Garnett moviéndose entre la multitud de fieles.

—Buenos días y gloria al Señor —iba diciendo con una sonrisa condescendiente.

¡Qué cara de estreñimiento tenía! Los demás la saludaban, pero no se detenían a charlar con ella como hablaban entre ellos. Porque ¿cómo charlar con una persona que hacía largas pausas después de cada palabra para dar a entender que todo lo que decía era importante? Me pregunté si le hablaría así a su marido cuando estaban en el dormitorio: «Lo que tienes... que hacer... ahora... es tumbarte... y meterme tu...». No sé por qué, pero siempre se me ocurrían las ideas más enfermizas cuando estaba en la iglesia.

Por toda la ciudad habían empezado a sonar las campanas, y el sonido era maravilloso, aunque un poco caótico. Noté que Garnett había venido con un hombre, que estaba a varios metros de distancia de ella, hablando con otra pareja. Era un poco mayor que ella, de cuarenta y tantos años, con cabello castaño claro ondulado. Me di cuenta de que debía de ser su marido, el doctor Welty Pittman. Al menos desde donde yo me encontraba, me pareció bastante apuesto. Garnett le sonreía de verdad, con una sonrisa auténtica de ser humano, y hasta pareció crecer en estatura cuando creyó que él había terminado su conversación y se volvía hacia ella. Pero al final resultó que el doctor estaba girándose para hablar con otra persona. A Garnett se le aplanó la cara otra vez y su expresión volvió a ser la de la presidenta de la junta directiva. «Garnett Pittman, la mujer más fría del mundo, desearía que su marido se fijara en ella», pensé. Debía de ser una persona diferente cuando se conocieron. ¿Qué demonios le habría pasado?

Rory vino hacia nosotros, cogió a Frances del brazo y le dijo algo en voz baja. Ella asintió con la cabeza y le tocó la mano. Parecía haber sido una disculpa y yo lo consideré una buena señal, porque mi hermana iba a pedirle dinero esa misma tarde. Podía resultarnos útil que él ya se sintiera culpable por otro asunto. Los seguí al interior de la iglesia, andando despacio por el pasillo alfombrado, y

fuimos a sentarnos a la tercera fila de la izquierda. Vi que Rory también le susurraba algo a la señora Tartt y que ella asentía.

Yo no conocía el primer himno que cantaron, pero, cuando nos pusimos de pie y entonamos *Poderosa fortaleza*, me sentí un poco como en casa. El pastor pronunció un sermón basado en la Epístola a los Efesios, en el que nos aconsejó que fuéramos considerados los unos con los otros. Aunque no todos los presentes me caían bien, tuve que admitir que era una iglesia bastante agradable.

Una hora después, mientras salíamos por el pasillo con el resto de los feligreses, Rory se escabulló por una puerta lateral para ir en busca del coche y la señora Tartt se quedó un momento entre los bancos, charlando. Cuando salimos al atrio por la puerta principal, Frances giró en redondo y fue a plantarse como un árbol delante de Garnett, obligando a la gente a rodearnos para seguir su camino.

—¡Garnett, solo quería decirte una vez más lo mucho que me alegro de que hayas ganado ese premio!

«¡Por Dios, Frances!». Todo eso ya se lo había dicho antes. Aun así, siguió insistiendo:

—Te lo mereces. ¡Es tanto lo que haces por esas niñas!

Garnett asintió con la cabeza y se apartó para pasar de largo, pero Frances fue y la agarró por un brazo. Entonces pude ver que el marido de Garnett también había quedado acorralado por la parlanchina de mi hermana. Me sorprendió lo atractivo que era, visto de cerca, con su pelo denso y sus ojos azules como el cielo. Era guapo de una manera desaliñada. Nos saludamos con una inclinación de la cabeza y lo noté un poco incómodo por que les estuviéramos bloqueando el paso, o quizá la incomodidad fuera su estado natural. «Este es el hombre que encontró a Meg y le salvó la vida», pensé. Sentí mucha curiosidad. Le dije:

—Conozco a Meg Lefleur, doctor Pittman. Ella me ha hablado de usted.

Mi intención era preguntarle cómo la había encontrado, pero se quedó boquiabierto, con tal expresión de consternación que no pude seguir hablando. Después, la mano huesuda de su mujer se lo llevó, la multitud los arrastró escaleras abajo y yo me quedé sin entender qué había pasado.

## 15

—¡Ay, qué gusto! Aquí fuera se está mucho mejor —dijo Frances, dejándose caer en el catre junto al mío.

Yo miraba las tablas del techo mientras el largo domingo de verano transitaba del oro a la penumbra. La pintura azul celeste estaba agrietada y desconchada, y a veces yo me despertaba con algunas motas en la cara. Había oído que si comías pintura podías enfermar, volverte loca o, Dios me guardara, las dos cosas al mismo tiempo, y empezaba a preguntarme si el consumo de pintura me estaría afectando.

—No tenía la menor idea de que se estuviera tan bien aquí en la galería —dijo Frances, colocando su pálido brazo en torno a la cabeza, como una dama en un cuadro renacentista.

Me costaba creer que después de casi un año viviendo allí todavía no supiera cuál era el mejor sitio de la casa para dormir. Situada en una esquina de la planta de arriba, la galería recibía una brisa constante incluso en pleno bochorno estival, y las mallas mosquiteras evitaban la invasión de mosquitos y jejenes, además de mantener a raya la oscura desesperación de despertar a las tres de la mañana agobiada por el calor, con las sábanas pegadas al cuerpo

y pensando en todas las cosas que habría sido mejor no haber dicho el día anterior.

—Franny...

—Lo sé. Se lo pediré en cuanto suba. Ahora está abajo, en su estudio, preparando una reunión con sus clientes en Jackson.

No era lo que pensaba preguntarle, pero agradecí que sacara el tema. Quería solucionarlo cuanto antes. Solo que, si iba a marcharme el miércoles, teníamos que hablar de algo más.

Frances se apoyó en un codo y se volvió hacia mí.

—Me alegro de que Ella Jane haya sido adoptada —suspiró.

—Sí, ya se te nota.

—Lo digo en serio. Me alegro mucho por ella —me aseguró, mientras extraía una pluma marrón que escapaba del colchón—. Es solo que voy a echarla de menos.

—No tardarás en volver a verla. Apuesto a que la devuelven en menos de una semana.

—Es cierto que chilla mucho. ¡Pero es tan dulce cuando quiere! ¡Y tan cariñosa! ¿No echas de menos a la niñita que trabajaba en el despacho?

—La niñita tiene nombre, Frances. Se llama Meg. Y sí, la echo de menos. —Fijé la vista en la pintura azul desconchada del techo. Creía que sería capaz de olvidarlo todo y volver a casa la semana siguiente. No todas las injusticias eran asunto mío, o al menos eso decía la gente. Pero, si no eran asunto mío, ¿quién se encargaría de ellas?—. Todavía me saca de quicio lo mal que Garnett trataba a Meg. No entiendo por qué lo hacía.

—La niña tenía suerte de estar allí.

—¿Suerte? Garnett la expulsó de las clases, la separó de todas las demás niñas, la metió en ese despacho lleno de moho...

—Había hecho un dibujo realmente soez, Birdie —replicó Frances, mirándome con sus grandes ojos—. Había dibujado a Jesús mandando a Judas «a tomar por saco».

—La abuela me manda a tomar por saco todo el tiempo y no por eso la encierro en una habitación mohosa.

—Eso no tiene nada que ver. Y Jesús no haría jamás algo tan basto.

Mi Jesús sí que lo haría.

—Tú... ¿sabes qué pasó realmente cuando el doctor Pittman llevó a Meg al orfanato? ¿Cómo logró encontrarla cuando estaba sola entre los algodonales? —No podía evitar pensar en ello después de haber visto tan consternado al doctor Pittman cuando le había mencionado a Meg.

—Iba haciendo uno de sus recorridos para poner vacunas gratuitas. Si no la hubiera encontrado, la niña habría muerto de hambre, o peor aún: se habría convertido en otra madre soltera de diez niños ilegítimos.

—¡Frances, déjate de tonterías y piensa un poco! Lo que yo digo no tiene nada que ver con hijos ilegítimos. —Me senté en el colchón con las piernas cruzadas, y ella me imitó. Necesitaba dejarle claro lo que sospechaba antes de volver a casa, pero con Frances hay que dar muchas vueltas para que te entienda—. Un mes después de la llegada de Meg a las Huérfanas, Garnett se hizo elegir presidenta. Lo sabes, ¿verdad? Hasta entonces solo asistía unos pocos días a la semana para hacer de voluntaria.

—¿Y qué? Quiere crear un lugar mejor para las niñas. ¿Qué hay de malo en eso? —repuso.

—Nada, pero... ¿por qué crees que Garnett no para de dar la murga con lo de las mujeres débiles mentales, y que la única

solución es encerrarlas? ¿No dijiste que a la madre de Meg se le había diagnosticado debilidad mental?

Frances frunció el ceño. No me atreví a comentar que la madre de Meg había vuelto a por ella porque Frances se lo largaría a Garnett.

—Y, según Garnett —proseguí—, Meg lo ha heredado, como si fuera algo que pudiera darse por hecho. Tú sabes tan bien como yo que Meg no es débil mental ni nada que se le parezca. —Y su madre tampoco me lo había parecido, ahora que lo pensaba—. Pero Garnett la encerró en el despacho y la trataba como tal.

—¿Adónde quieres llegar? —replicó.

—Pues... —Lo cierto es que no sabía qué quería conseguir con todo lo que había dicho, pero una cosa sí tenía clara—: Quiero que dejes de creerte a pies juntillas todo lo que dice Garnett Pittman, Franny. No creo que sus intenciones con Meg fueran buenas, ni tampoco con el resto de las niñas mayores. Mildred pensaba lo mismo y la han despedido. ¡Por el amor de Dios! ¡Garnett está enviando a niñas de doce años a trabajar en una fábrica de conservas!

—Es la directora de una institución benéfica para huérfanas, Birdie. ¡Claro que tiene buenas intenciones!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque sí! Porque los Pittman son buenos cristianos.

Me eché a reír. Había gente cristiana y gente buena, pero las dos categorías no siempre coincidían.

—Bueno, pues Garnett fue muy cruel con Meg. ¿A eso le llamas ser buena cristiana?

—Es tu opinión.

Oí que los zapatos de los domingos de Rory venían subiendo la escalera. Frances se levantó y puso los brazos en jarras.

—Y más te vale no repetir ninguna de tus opiniones fuera de esta habitación, ¿me has oído? De lo contrario, le contaré a mamá que te emborrachaste en mi cumpleaños y te quedaste dormida en el suelo del baño.

Yo también me levanté y le apoyé las manos sobre los hombros.

—¿Me harás al menos el favor de pensar en una cosa, Franny? ¿A ti te gustaría que enviaran a Ella Jane a trabajar en una fábrica de conservas cuando cumpla doce años? ¿Y que la encerraran allí durante el resto de su infancia solo porque Garnett cree que nació mala?

Frances apartó la vista. Era una chica inteligente; el problema era que su deseo de destacar socialmente en ocasiones anulaba su sentido común.

—Es una oportunidad maravillosa —dijo, pero noté que le temblaba un poco la voz.

Salió de la habitación y la oí llamar a Rory. Diez minutos después, se asomó a la puerta y formó con los labios la palabra «sí». Luego me dejó sola, mientras yo suspiraba aliviada.

A la mañana siguiente, dormí más de la cuenta y no pude ver a Rory antes de que se marchara a trabajar. Fue una pena, porque esperaba encontrarlo solo durante el desayuno para darle las gracias. Como ya se había ido, cogí su periódico y lo estaba leyendo en el porche trasero cuando oí a la señora Tartt en la cocina a través de la malla mosquitera.

—¿Qué? ¡No puede ser! —Su voz sonaba mucho más estridente que su habitual murmullo aterciopelado.

Picador le respondió algo que no logré oír.

Volví a la lectura del periódico. El titular de la columna de la izquierda rezaba: «La señora de Welty Pittman recibe importante

premio estatal de beneficencia por su programa cristiano de ayuda a las niñas huérfanas».

¿De modo que así llamaba ella a su proyecto de enviar a unas niñas a trabajar en una fábrica de conservas?

—Tiene que ser un malentendido, Picador.

Ante mí se abría el espectáculo del jardín cubierto de maleza. Un feo cardo rojo había brotado durante la noche y una pareja de arrendajos azules alborotaba entre los árboles. Bajé la vista al artículo.

> La señora de Welty Pittman, de nuestra ciudad de Oxford, fue presentada por el doctor Hubert H. Ramsey, antiguo director médico de Ellisville, institución también conocida por su nombre de Escuela y Colonia para Débiles Mentales.

Supuse que el tal Ramsey debía de ser una persona importante, porque en la tercera página habían publicado su discurso completo. Decidí saltármelo de momento y pasé directamente a los últimos párrafos del artículo.

> Mientras los invitados disfrutaban del delicioso almuerzo de pechuga de pollo gratinada, con un postre de gelatina de uva muscadina...

En ese instante, detrás de mí, oí que la señora Tartt decía:

—¡Tienes que decírmelo, Picador! ¡Por favor!

Como no quise parecer entrometida, seguí leyendo.

> La señora de Welty Pittman, con traje rojo de popelina, pronunció su discurso: «En un momento en que tantas organizaciones e iglesias cristianas ofrecen a los pobres comida, ropa y mantas para luchar contra el frío, les invito a hacer una reflexión. Con tantos recursos disponibles, ¿qué clase de madre abandona a su suerte al fruto de su vientre? Se lo diré yo. Lo hace la clase de madre que ha nacido con un déficit moral hereditario y que, en muchos casos, padece debilidad mental y la ha transmitido a sus propios hijos...».

Podía ver a Garnett señalándose la sien con el dedo índice, para poner de manifiesto su superioridad respecto a esas mujeres.

> «... por eso debemos proteger a esas niñas y asegurarnos, por su propio bien y por el nuestro, de que no sigan trayendo al mundo a más criaturas como ellas».

¿Qué había pretendido decir con eso de que «no sigan trayendo al mundo a más criaturas como ellas»? Estaba hablando de huérfanas, niñas pobres que habían nacido en el seno de familias necesitadas. El artículo continuaba:

> La señora Pittman también aspira a la presidencia de la Liga contra el Vicio del estado de Mississippi.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo ha pasado exactamente desde la última vez que cobrasteis vuestra paga? —oí que preguntaba la señora Tartt, tan agitada que hasta los arrendajos parecieron callarse. Me volví en mi mecedora. A través de la malla mosquitera, vi a la señora Tartt de espaldas, con Picador y Polly delante. Esta última conservaba aún el peinado de rizos relucientes que se había hecho para ir a la iglesia el día anterior.

—Pronto hará tres semanas, señora —respondió Picador—. Desde la última paga.

—Se lo hemos dicho al señorito Rory antes de que se fuera a trabajar esta mañana. Pero necesitamos cobrar ya, señora.

La señora Tartt hizo una inspiración profunda que le llenó de aire la bata azul.

—¡Es otra vez esa obsesión suya con el dinero! Lo siento mucho, Picador. Hablaré esta noche con Rory y os daremos vuestro dinero. Tenéis mi palabra.

El día se presentaba caluroso. Terrible. Según *El águila de Oxford*, hacía casi tres semanas que no caía ni una gota de lluvia en la ciudad y estábamos sufriendo una ola de calor mucho más intensa que cualquiera de los últimos años. Cuando Frances se fue a las

Huérfanas y la señora Tartt a su club de bridge, me puse un sombrero de paja que encontré y me dediqué a regar el huerto y arrancar la maleza. El cilantro había espigado y las plantas de perejil se habían quemado, pero las calabazas y las tomateras seguirían creciendo y dando fruto si alguien se ocupaba de cuidarlas. El termómetro exterior, con una oportuna publicidad impresa de la funeraria Douglas, marcaba casi treinta y nueve grados con un noventa y cinco por ciento de humedad. Cuando terminé, me tumbé desnuda en mi catre, delante del ventilador eléctrico, y leí un rato. Me sentía culpable por alegrarme de que Rory nos prestara el dinero mientras Picador y Polly no cobraban su paga. Frances se sorprendería tanto como la señora Tartt al enterarse, aunque no tardaría en encontrar una excusa para disculpar a su marido: «Se le habrá olvidado, con tanto trabajo».

El libro que había cogido de la biblioteca de los Tartt se llamaba *Mientras agonizo*, un título perfecto para el día que hacía. El autor era un tipo que había vivido allí mismo, en Oxford.

> A veces no sé muy bien quién tiene derecho a decir cuándo un hombre está loco y cuándo no. En ocasiones pienso que ninguno de nosotros está completamente loco o completamente cuerdo hasta que los demás le dicen que lo está. No es tanto lo que hace una persona, sino lo que ve en ella la mayoría de la gente.

Mientras leía ese pasaje, pensé en la presunta debilidad mental de la madre de Meg. El tal Faulkner parecía conocer bien la ciudad.

A las cuatro, incluso la galería se ahogaba bajo una espesa capa de aire cálido. Me trasladé al porche trasero, donde al cabo de un momento salió la señora Tartt y dijo:

—¡Dios mío, qué calor hace hoy! Polly, ¿podrías, por favor...?

Como si ya supiera lo que se esperaba de ella, Polly abrió las tres ventanas del saloncito, giró el voluminoso aparato de radio para orientarlo hacia el alféizar y colocó a su lado dos ventiladores

eléctricos. Por fin sentí que mi piel sudorosa perdía un par de grados de temperatura.

La señora Tartt estaba sentada en su mecedora, a la espera de que Rory y Frances volvieran a casa. En silencio, se levantó y se puso a arrancar las frondas marrones de un helecho junto a la escalera. Casi nunca se sentaba en el porche, quizá porque no soportaba la vista, que yo había titulado *Naturaleza muerta sin jardinero*, una ocurrencia que a Frances no le había hecho ninguna gracia. De vez en cuando, la señora Tartt entrecerraba los ojos y contemplaba la hierba crecida. Me recordaba a una gallina clueca, majestuosa, serena y decidida.

Al cabo de un rato, oí que se cerraba la puerta principal y al poco tiempo Frances salió al porche.

—¿Por qué tiene que hacer tanto calor? —se quejó, mientras se dejaba caer sobre una mecedora junto a la mía—. Casi me muero caminando por la ciudad. He estado en Neilson y he visto otra vez aquel vestido rojo del escaparate.

Desde que Garnett había recibido su premio vestida con un traje de ese color, Frances se moría por tener uno igual. La noche anterior me había dicho que Rory «se lo debía».

Polly nos trajo una bandeja de sándwiches de tomate, que colocó en la mesita de mimbre. Hacía demasiado calor para comer cualquier cosa que no fueran tomates.

—Gracias, Polly —le dijo la señora Tartt—. Ya podéis iros a casa, Picador y tú.

Noté que se comunicaban algo entre ellas sin palabras.

Cuando el Studebaker de Rory se detuvo junto al establo, el sol todavía era una ardiente bola roja sobre el campo. Mi cuñado recorrió el sendero entre la maleza, sin siquiera reparar en la hierba alta. Se había aflojado el nudo de la corbata, que normalmente

llevaba demasiado apretado, y se había quitado la americana y la traía en la mano encima del maletín. Un mechón de pelo rubio se le había desprendido del resto engominado y le caía sobre el ojo derecho.

—Hijo —dijo la señora Tartt a modo de saludo, pero no le puso la mejilla para que se la besara.

—¡Dios, qué calor! —exclamó él, y, en lugar de ir a saludar a su madre y a su mujer, se apoyó contra la barandilla del porche, mirándonos a las tres.

Estaba fumando un cigarrillo. Hasta ese momento yo ni siquiera sabía que fumara.

—Pic ha preparado sándwiches de tomate para cenar —dijo Frances.

—No tengo apetito. —Dio una calada y tiró la ceniza al otro lado de la barandilla.

—Rory, quiero que hablemos de una cosa. Vamos dentro —le dijo la señora Tartt mientras se disponía a levantarse de la mecedora.

Rory dejó el maletín en el suelo con un golpe seco.

—¿No puede esperar? Acabo de llegar a casa.

La señora Tartt agarró con fuerza la revista que tenía sobre el regazo.

—No, no puede esperar. Llevamos demasiado tiempo así. Primero despides al señor Jake sin preguntarme y ahora Pic y Polly me dicen que no les pagas desde hace semanas. —La furia le fruncía los labios, pintados de rojo.

Rory soltó un suspiro.

—Lo hemos hablado esta mañana. Ya les he explicado que se me había olvidado...

—Nosotros no tratamos así a la gente, Rory. Pic y Polly nos cuidan, y nosotros a ellas.

—Les he dicho que les pagaré el viernes. No es necesario que montes una escena, mamá.

—¿Por qué no mañana martes? Trae el dinero cuando vuelvas a casa.

—Porque mañana tendré que quedarme hasta tarde en la oficina, preparando unos números para mis clientes de Jackson.

Me pareció que arrastraba las palabras. Me volví para mirar a Frances y noté que estaba dando golpecitos en el suelo con el pie, como esperando su turno para hablar.

—Entonces págales el miércoles. ¿Para qué esperar al viernes?

Rory se quedó mirando a su madre como si fuera tonta.

—El miércoles es el día libre de Polly y yo saldré para Jackson en cuanto amanezca, antes de que venga Picador, y no volveré hasta el viernes. —Ya no arrastraba las palabras. No pude evitar preguntarme... ¿No le había dicho Frances que yo me iba el miércoles?—. Además...

—Vale, entonces trae la paga de Pic y Polly mañana por la noche. Ya me ocuparé yo de dársela a ellas —insistió la señora Tartt.

Detrás de ella, la radio había empezado a emitir *Honky Tonk Blues*, que con su piano alegre y animado parecía totalmente fuera de lugar.

—Además... —repitió Rory. Se le deslizó el brazo por la barandilla y el cigarrillo se le cayó al jardín. Lo miró con el ceño fruncido y entonces pensé: «Está borracho». Nadie podía saberlo mejor que yo —. A partir de ahora, les daré libres los jueves. No necesitamos sirvientas los siete días de la semana.

Los ojos azules de la señora Tartt parecieron ensancharse.

—¡Tú no eres quién para dar días de fiesta a mis criadas! ¡Eso me corresponde a mí! Polly libra los miércoles, y Picador, los sábados.

—Podrás sobrevivir un día a la semana sin servicio, mamá.

A esto, la señora Tartt empezó a balancearse en su mecedora, con la barbilla apuntando hacia delante. Yo sentía que lo más correcto habría sido entrar en la casa, para que pudieran hablar en privado, pero me quedé donde estaba.

—Te estás volviendo tacaño, Rory. Tu padre nunca lo fue. Pagaba al servicio para que vinieran todos los días, si querían trabajar. Y créeme que se lo agradecían.

—¡Por el amor de Dios, mamá! ¿No lees el periódico? ¿No sabes lo que está pasando en el mundo? ¿O solo puedes pensar en la vida mimada y protegida que llevas? ¿Das por hecho que, como tú estás bien, todo el mundo debe de estarlo?

—Soy muy consciente de lo afortunados que somos, hijo, pero el hecho de que te haya nombrado mi tutor legal no significa que ya no tenga voz ni voto en esta casa. Y, por cierto, no creas que no me he dado cuenta de que aún no me has traído mis dividendos trimestrales.

—Ni la mesada para mis gastos —añadió Frances en voz baja. Nunca había visto que se pusiera del lado de la señora Tartt, pero el lado del dinero era siempre el de mi hermana. De hecho, también era el mío.

Rory miró a Frances. Parecía dolido. El sol a su espalda lo convertía en una silueta a contraluz, con los bordes encendidos.

—Tendré que ir yo misma a retirarlos —prosiguió la señora Tartt, abanicándose con un ejemplar de *Good Housekeeping*—, aunque sabes que no me gusta ir al banco. Las secretarias me miran como si no supieran quién soy. Pero iré a buscar mis dividendos, les daré su paga a Pic y a Polly y después iré de compras.

—Yo también necesitaría ir de compras —intervino Frances.

—Ya os lo he dicho a las dos. ¡Por favor, no compréis cosas nuevas en los tiempos que corren! —les suplicó Rory—. No es apropiado, cuando hay gente que no tiene dinero ni para dar de comer a sus hijos.

¿Cómo podía decir eso precisamente él? ¿No era todavía menos apropiado despedir al jardinero y dejar de abonar la paga a unas criadas que llevaban veintiséis años sirviendo en su casa? Y, aunque me sentí culpable al pensarlo, me pregunté en qué posición de la lista de necesidades estaría nuestro préstamo.

—¡Hace meses que no me compro nada! —gimió Frances—. Aparte de un par de medias y unos guantes de algodón...

—Tú no vas a decirme cómo debo gastar mi dinero, hijo —declaró la señora Tartt.

—... y en los almacenes Neilson hay un vestido rojo que necesito tener. Si me dieras mi mesada, que no me das desde hace dos meses...

La canción alegre había terminado, sustituida por una melodía solitaria y campestre. Rory tenía la cara amarillenta y enfermiza mientras lo atosigaban. Después de unas cuantas quejas más de Frances por no haber recibido la joya que quería para su cumpleaños y por lo mucho que le había dolido la decepción, Rory se volvió para echar una mirada al coche. Parecía tan acorralado como la primera noche. Casi podía leerle la mente. La insistencia de mi hermana lo agobiaba y, con veintiséis años, seguía viviendo en casa de su madre. Yo conocía esa sensación de estar atrapado, mentiría si dijera que no.

—Así que creo que me merezco ese vestido, después de todo lo que he padecido —concluyó Frances. Odiosa, incluso más que de costumbre.

Estaba a punto de ir a fregar unos platos inexistentes, para que mi cuñado tuviera que soportar un par de ojos acusadores menos, cuando dijo:

—¿Sabéis qué? Puede que tengáis razón. —Parecía derrotado—. ¿Por qué no vais mañana las tres de compras? —El sol le encendía los bordes de la camisa blanca—. Os llevaré en el coche.

Negué con la cabeza, para dejar claro que no pensaba formar parte de la expedición.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Frances.

—Cómprate un vestido, Frances. Es más, cómprate todo lo que quieras y dile al señor Lewis que lo cargue todo en mi cuenta. Mamá, si eres tan amable de esperar, el viernes te traeré tus dividendos. También les pagaré a Polly y a Pic y me aseguraré de decirles que no volverá a pasar. Seguro que lo entenderán.

La señora Tartt suspiró e hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, hijo.

Frances estaba yendo hacia Rory con los brazos abiertos, pero él inclinó la cabeza y se apresuró a meterse otro cigarrillo en la boca antes de que ella llegara. Mientras lo encendía, Frances consiguió plantarle un beso fugaz en la mejilla.

—Gracias, cariño. ¡Estoy tan contenta! —exclamó. Luego me echó una mirada rápida y añadió—: Y no olvides que Birdie se marcha el miércoles. Su tren sale a mediodía.

Rory asintió, y me sentí aliviada.

—Quizá podrías venir a buscarnos a la plaza para comer juntos mañana después de las compras —preguntó mi hermana—. No hace falta que vayamos a ningún restaurante de lujo. Podemos ir al café de Buffaloe.

Recordé que la madre de Meg iba a regresar al día siguiente. Si se iban a comer después de las compras, era posible que yo pudiera

hablar con ella en privado.

—Creo que volveré y trabajaré desde aquí —dijo Rory—, ya que la casa estará tranquila y silenciosa. Vosotras aprovechad el día. Cuando hayáis terminado, el señor Binny os traerá de vuelta.

A las diez menos cuarto, Rory nos llevó a la ciudad en coche. No hablaba y supuse que tendría resaca. Al menos olía como si la tuviera. Estaba fumando otra vez y había abierto la pequeña ventanilla triangular a su izquierda, pero aun así el humo formaba remolinos dentro del vehículo. Después de la noche anterior, nadie se atrevía a quejarse. A su lado, la señora Tartt lucía uno de sus vestidos de seda azul con volantes y un sombrerito tipo pastillero a juego. En el asiento trasero, a mi lado, Frances hizo una mueca de disgusto al reparar en algo que le molestó.

—Lo siento —dije, siguiendo su mirada. Me rasqué el barro pegado al ruedo del vestido azul. Más o menos conseguí quitármelo.

Ella llevaba un impecable vestido azul marino recién planchado y unos zapatos de charol Enna Jettick, muy cómodos, ya que no pensaba perder ni un minuto de su valiosa jornada de compras por culpa de unos pies doloridos.

—¿Cómo es posible que te importe tan poco tu apariencia? —me susurró.

—Claro que me importa. Pero me hace mucho más feliz fastidiarte a ti. —A decir verdad, no me gustaba tener el vestido sucio de barro, pero también sabía que nadie me estaba mirando.

Rory tomó a gran velocidad la curva de la bifurcación, haciendo que cayera una lluvia de grava sobre un costado del Studebaker.

—No tan rápido, hijo. Los almacenes Neilson no van a irse a ninguna parte. Llevan ahí casi un siglo y se quedarán otro siglo más,

con todo lo que pensamos comprarles hoy —comentó la señora Tartt con una risita.

Rory redujo la velocidad para encender otro cigarrillo con la colilla del anterior, pero volvió a pisar el acelerador al pasar junto a la mansión de los Percy. Esta vez, su madre no dijo nada.

Al girar en la plaza para tomar la calle circular que la rodeaba —curioso cómo funcionaba el tráfico en esa ciudad—, vimos a la vieja señora Rondo pidiendo limosna en una esquina. Siempre sacudía la lata de melocotones con más fuerza cuando yo pasaba a su lado. Supongo que la gente notaba mi debilidad. En el callejón junto a los almacenes, los hombres a la espera de un empleo formaban una hilera que ocupaba toda la larga barandilla.

—¿Quieres que compremos algo para ti, cariño? ¿Una camisa? ¿Unas corbatas? —preguntó mi hermana, inclinándose hacia el asiento delantero.

—Céntrate en ti, Frances —respondió Rory, mientras acercaba el coche a la puerta.

En el rótulo sobre la entrada se leía: GRANDES ALMACENES J. E. NEILSON Y COMPAÑÍA. FUNDADOS EN 1839.

—Recuerda llamar al señor Binny cuando hayáis terminado.

Frances le tendió la mano a su marido, esperando que le diera el dinero para el taxi. Pero, al ver que Rory ni se inmutaba, la retiró sin decir palabra. No era un día para discutir.

Mi cuñado se apeó y fue a abrirle la puerta a su madre en primer lugar. Tras ayudarla a bajar del coche, le sostuvo la mano enguantada un segundo más de lo necesario.

—Hasta luego, mamá —dijo.

La señora Tartt levantó la vista para mirarlo, pero el resplandor la hizo entrecerrar los ojos.

—¿Todo bien, hijo?

—Todo genial. —No lo parecía. Su tono era más bien amargo—. Tomaos vuestro tiempo. Me vendrá bien un poco de silencio y tranquilidad en casa.

—Hasta luego, cariño —se despidió Frances.

Su actitud me pareció un poco rara, pero pensé que quizá fueran imaginaciones mías. Seguí a Frances y a la señora Tartt bajo el toldo, por el rellano de mármol gris de la fachada, y a través de la doble puerta de cristal. Me detuve un momento solo para observar. Nunca había estado en los almacenes Neilson, y jamás había visto tantos artículos en venta en un solo sitio. «¿Quién esperan que compre todo esto, con los tiempos que corren?», pensé. Pero entonces vi a Frances, con la cabeza por delante y los ojos brillantes, y yo misma me respondí: «Mi hermana».

Era una sala enorme, llena de brillantes colores. A la izquierda, la sección de ropa femenina estaba atestada de mesas con jerséis, percheros con vestidos y cajas de accesorios, todo listo para ponérselo. De una columna con más brazos que un pulpo colgaban sombreros de todo tipo: *cloches*, pastilleros, plegables y fedoras. A la derecha se encontraba el departamento de ropa masculina, donde se veían trajes oscuros, camisas, sombreros, zapatos, calcetines y corbatas de seda de colores vivos. Pensé que la dirección de la tienda debía de tener un problema de inventario, de clientes o de ambas cosas. Según pude observar, la población total del establecimiento estaba compuesta en ese momento por nosotras, cuatro dependientes y un hombre detrás de un mostrador, con la cabeza gacha sobre un libro. Era el mismo que había visto unas semanas antes limpiando los escaparates, el que me había mirado de manera extraña cuando le mencioné a Rory. Me volví, pero el coche de mi cuñado ya se había marchado.

—¡Viktoria, qué agradable sorpresa! —Una señora mucho mayor y más delgada que la señora Tartt venía hacia nosotras con las manos extendidas. Se le marcaban mucho las clavículas y vestía de un rosa muy pálido. Debía de tener la edad de mi abuela, pero con más dientes y mejores modales.

—Señorita Ella —exclamó la señora Tartt, cogiéndole ambas manos—, ¡cuánto me alegro de verla! Creo que ya conoce a mi nuera Frances, y esta es su hermana Birdie. Birdie, Oxford no sería lo mismo sin la señorita Ella McGuire.

La señorita Ella sonrió, con los labios levemente temblorosos.

—No verán la hora de que regresen los jóvenes, ¿verdad? —comentó la señora Tartt, y yo recordé que esa era la razón de que hubiera tantas cosas en la tienda: los universitarios aún no habían llegado a la ciudad.

—Así es. ¿Sabe que según *The Mississippian* la matriculación ha aumentado este año? ¡Gracias a Dios!

—Bueno, ya era hora, después de lo que hizo ese sinvergüenza de Bilbo —replicó la señora Tartt—. Todos nos alegramos de que la universidad recupere finalmente su prestigio.

En todos los periódicos había salido la noticia de que el anterior gobernador había despedido a todos los profesores unos años antes y la universidad había perdido su acreditación.

Frances dio un paso al frente, porque ya había tenido suficiente con tanta cháchara.

—Señorita Ella, me gustaría probarme el vestido rojo del escaparate.

—Por supuesto. Debes de tener una talla... ¿dos? —La señorita Ella llamó con un gesto a una joven rubia, con una placa en el pecho que proclamaba: «Hola, soy Nelly».

Pero Frances no había terminado. Echó un vistazo a una lista que había confeccionado en casa, titulada «Moda para triunfar». La había elaborado a partir de ideas sacadas de *Photoplay*, su revista favorita. Se había esmerado en hacer una caligrafía preciosa para escribir unas palabras francamente estúpidas.

—Necesito un sombrero a juego con el vestido, un par de zapatos de color tostado, guantes nuevos y medias: dos pares de seda y dos de rayón. También una falda escocesa, pero que no sea exactamente igual que la que llevan las chicas de la universidad. Y me pregunto si venderán ustedes una blusa con un lazo grande en el cuello, como la que lleva Frances Dee en *El crimen del siglo*.

Incluso la señora Tartt arqueó un poco las cejas, con una mezcla de reprobación y sorpresa ante la desenvoltura de Frances.

Yo me aparté un poco y me fui a dar una vuelta por la tienda. Pasé junto a una mesa con varias pilas de prendas de lana rojas y azules: «¡Jerséis perfectos para las chicas de la uni!», por tres dólares. También había vestidos de entretiempo, como los que usaba Frances, por tres, seis e incluso diez dólares. ¡Y yo que estaba tan feliz de poder pagar la harina de maíz y el combustible para la calefacción de todo el invierno! Me detuve delante de una chaqueta blanca como la nieve, con un sencillo bordado negro alrededor del cuello. Toqué la manga y, ¡Dios mío!, ¿cómo podía ser tan suave? Parecía hecho con pelo de bebé recién nacido. En la etiqueta cosida por dentro podía leerse: «100 % cachemira». Costaba catorce dólares. Volví a acariciarla, mientras echaba un vistazo al hombre del mostrador, que a su vez estaba observando a Frances.

Después de un rato, aburrida, fui directamente a la sección de sombreros de señora, donde mi hermana ya lucía el vestido rojo y un sombrerito del mismo color y se giraba a un lado y a otro,

mirándose en el espejo, mientras le preguntaba a «Hola, soy Nelly» si le gustaba más este o el otro.

—Este —respondió Nelly, bajo una montaña de jerséis y vestidos que Frances ya había elegido. Por su bien, esperé que trabajara a comisión.

—¿Nos vamos ya, Franny? —pregunté.

Mi hermana me miró como si me hubiera vuelto loca. No llevábamos ni media hora en la tienda.

—Es broma —le dije—. Voy a enviarle un telegrama a mamá, para darle la buena noticia y decirle que deje de preocuparse. Vuelvo enseguida.

—¡Birdie! —me llamó la señora Tartt—. ¿Te importaría venir conmigo al banco? Preferiría no ir, pero no soporto la idea de que Pic y Polly tengan que esperar hasta el viernes.

—Con mucho gusto —respondí. Ya iría más tarde a enviar el telegrama.

—Pero yo puedo seguir comprando, ¿no? —preguntó Frances, con cara de pánico.

—Por supuesto, querida. No tardaremos nada.

Solo quedaba un banco en Oxford, de los tres que había antes del crac de la Bolsa. Mi padre se habría alegrado, ya que a menos bancos, menos banqueros, y él odiaba ambas cosas. En Footely, el consejo más extendido solía ser: «Guarda el dinero en el colchón y contrata un seguro contra incendios para la cama». Aun así, la mayoría solo guardaba el dinero en el bolsillo de los pantalones o en una lata de galletas. Incluso el señor Parkins lo tenía en una caja vieja de zapatos, debajo del mostrador.

Le sostuve la pesada puerta de roble del Banco del Condado de Lafayette a la señora Tartt y atravesamos un vestíbulo con paneles

de madera en las paredes, que debía de ser tan largo como el pasillo principal de los Tartt pero mucho más ancho. Allí dentro no hacía tanto calor, gracias a Dios, y el olor que flotaba en el aire era metálico y un poco aceitoso, como el de las monedas. Pensé que así debía de oler un ladrón de bancos.

—Hola, Henry —le dijo la señora Tartt a un retrato de tamaño natural de un señor Tartt cincuentón y de espaldas anchas que había colgado de la pared, a la izquierda de la puerta. Después avanzó unos pasos y se quedó esperando, con las manos entrelazadas delante de la falda.

Unos metros más allá, una atractiva joven pelirroja escribía sentada a una mesa de escritorio. Detrás de ella había escritorios de roble más grandes que el de la joven, con unas secretarias de más edad, y, a la derecha, tres cajeros, todos ellos hombres, detrás de ventanillas con rejas doradas y un cartelito encima en el que ponía «Ahora con garantía federal». A la izquierda y al fondo se veían varios despachos con tabiques acristalados. Nadie salió a recibirnos.

—Cielo santo, ya no queda ninguno de los empleados de Henry —comentó la señora Tartt, y enseguida añadió en voz baja—: Ahora todos son bautistas.

Tras unos segundos, se dirigió a la primera mesa y la guapa pelirroja levantó la vista.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la viuda de Henry Tartt —respondió ella, dando por sentado que no hacían falta más explicaciones.

La joven pareció sorprenderse un poco y enseguida se puso de pie.

—¡Vaya! Encantada de conocerla, señora Tartt. He oído hablar mucho de usted.

—Ya lo supongo, querida —replicó la señora Tartt.

—Muy bien... Eh... Síganme, por favor. —Nos condujo hasta unas sillas de madera de líneas curvas, cerca de los despachos del fondo, y después fue a susurrarle algo a una señora mayor, que se volvió y nos miró.

Nos sentamos y la señora Tartt se colocó sobre las rodillas el bolsito negro de charol, agarrando con fuerza las asas, como si viajara en algún tipo de transporte.

En las sillas frente a las nuestras había una pareja de edad bastante avanzada, los dos sentados con la espalda muy recta. Ella lucía un sombrero muy gastado, adornado con una desvaída flor de papel. Él llevaba una cinta roja deshilachada prendida de la solapa del traje marrón. Puede que fuera algún tipo de condecoración de guerra. A través de la tela raída de los pantalones se le adivinaba la piel blanca de las rodillas.

—Si Rory estuviera aquí, no tendríamos que esperar —observó la señora Tartt.

El hombre frente a nosotras se sacó del bolsillo la cadena de un reloj, cerró los ojos un segundo y la volvió a guardar. El reloj que en algún momento habría colgado de la cadena había desaparecido. Desvié la vista. Probablemente mi padre tenía razón: nada bueno podía pasar en un banco.

La pareja de ancianos se puso de pie, mirando algo a nuestra espalda, y el marido se llevó la mano a la cinta roja de la solapa, tal vez pensando que le daría suerte. Me volví y vi a un hombre tan alto y corpulento como Henry Tartt, que salía de uno de los despachos acristalados. Debía de tener unos treinta años y la cabeza cubierta por una pelusilla rubia. Nos miró a los cuatro y dijo:

—Enseguida estoy con ustedes, señor y señora Sudderson.

Después nos dedicó a la señora Tartt y a mí lo que supuse debía de ser una sonrisa muy bien pagada.

—Señora Tartt —dijo—, soy Jack Walsh. Creo que no nos conocemos.

Me puse de pie, pero la madre de Rory permaneció sentada.

—El señor Allison ha tenido que salir, pero me ha pedido que atienda a las visitas en su ausencia esta mañana.

Cuando le estrechó la mano a la señora Tartt, las costuras del traje gris se le tensaron un poco bajo los brazos. Después me la dio a mí. La tenía grande y caliente.

—Encantada de conocerle —mentí—. Soy Birdie Calhoun.

—Señor Walsh, he venido a cobrar mis dividendos, ya que hoy Rory trabajará en casa —dijo la señora Tartt—. En billetes pequeños, por favor.

El empleado del banco la miró. Por su constitución de leñador, deduje que más adelante en la vida padecería un dolor de espalda bastante serio. Frunció el ceño.

—Creo que... debería hablar con Rory acerca de ese asunto, señora Tartt.

—Pero Rory no ha venido hoy —replicó ella con una sonrisa—. Por eso se lo estoy pidiendo a usted.

El hombre asintió y tardó unos segundos en responder.

—Me temo que tendrá que esperar hasta haber hablado con él.

—Pero no quiero esperar —insistió la señora Tartt, sonriendo todavía más—. Me gustaría cobrar ahora, por favor.

Jack Walsh empezó a hablar, aunque enseguida se arrepintió y finalmente dijo:

—Lo siento, señora, pero Rory ya no trabaja aquí.

Nos lo quedamos mirando unos segundos. Entonces la señora Tartt se puso de pie y echó un vistazo a su alrededor, como en busca de alguien más listo, pero no tardó en darse por vencida.

—Rory Tartt es mi hijo —enunció con claridad—. Trabaja aquí, pero hoy no ha venido porque está trabajando en casa.

—Lo siento, señora, pero el señor Tartt fue... fue despedido hace tres semanas.

La señora Tartt me miró como diciendo: «¿Podrías ayudarme a hacerle entender a este hombre lo que pretendo decirle?».

Entonces intervine:

—Ayer vino a trabajar aquí. Es el hijo de Henry Tartt.

—Lo siento, pero... —El empleado del banco meneó la cabeza—. Rory ha sido despedido. —Apretó los labios—. Deduzco que... ¿no se lo ha dicho a usted?

La señora Tartt se echó un poco hacia atrás.

—No... Esto no tiene ningún sentido.

El señor Walsh miró por encima de nuestras cabezas e hizo un gesto afirmativo.

—Aquí está. Acaba de llegar el señor Allison.

Nos giramos y vimos un hombre mucho mayor que entraba por la puerta. Era alto, pero con la mitad de peso que el leñador. Pareció sobresaltarse un poco al ver a la señora Tartt. Entonces se quitó el sombrero y vino hacia nosotros.

—¡Viktoria, cuánto me alegro de verte! —exclamó, estrechándole la mano—. Me alegro muchísimo. Espero que estéis todos bien en casa. —Sonreía con tanto esfuerzo que parecía que en cualquier momento se le partirían los dientes, delgados y amarillentos como él.

—He venido a cobrar mis dividendos, ¡y este hombre pretende decirme que han despedido a Rory!

El cuello arrugado del señor Allison adquirió un tono rosa.

—Quiero que sepas que estamos muy consternados por el giro que han tomado los acontecimientos. Hace tiempo que esperábamos

que vinieras...

Después de la sorpresa inicial, yo empezaba a asimilarlo. ¿Habían despedido a Rory? Entonces ¿adónde había estado yendo las últimas tres semanas?

—¡Pero Rory gestiona nuestras inversiones! —La voz de la señora Tartt había subido un par de octavas—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Señora Tartt —dijo el señor Allison, cambiándole el tratamiento sobre la marcha—, nosotros creíamos..., estábamos seguros de que estaba usted al corriente de la situación. Por favor... —se humedeció los labios con la lengua—, venga un momento a mi despacho, para que podamos hablar en privado.

La señora Tartt se volvió hacia mí, sin salir de su asombro. Yo le confirmé con un gesto que a mí también me parecía absurdo.

—Me quedaré aquí —dije, mientras el empleado del banco la agarraba suavemente por el codo, se la llevaba a su despacho y cerraba la puerta.

A través del cristal, vi que la señora Tartt se sentaba en una silla, no sin antes alisarse con las manos la parte trasera de la falda. El señor Allison tomó asiento detrás del escritorio, frente a ella. ¿Rory había estado todo el tiempo mintiendo a su madre y a Frances? ¿Qué hacía por las mañanas, después de comerse las tortitas? ¿Pasearse en coche por la ciudad? Me estremecí, recordando el Studebaker que había adelantado a la furgoneta cargada de cajones de fruta la otra mañana. «Tendría que habérselo dicho a Frances», pensé.

Vi que el señor Allison se inclinaba sobre el escritorio y le cogía las manos a la señora Tartt. Parecía como si le estuviera contando una historia para dormir.

El tal Jack Walsh había regresado a su despacho con la pareja de ancianos. Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta y vi salir al hombre y la mujer. Los dos tenían la boca hundida y sin dientes, y la piel cenicienta. El señor Walsh los acompañó hasta la puerta principal y se adelantó para mantenerla abierta mientras salían. Se los quedó mirando un instante mientras se alejaban antes de cerrarla otra vez.

Cuando volvía a su despacho, me interpuse en su camino.

—¿Podría explicarme qué está pasando aquí? Mi hermana está casada con Rory Tartt. —Eran mis únicas credenciales.

—Lo siento, señorita, pero lo cierto es que no lo sé. —Se frotó la mejilla, produciendo un ruido de papel de lija. Cuando se volvió hacia el despacho del señor Allison, lo miré de cerca. A las once de la mañana, ya empezaba a asomarle una insinuación de barba dorada.

—Claro que lo sabe —lo contradije—. No me cabe la menor duda.

—Señorita...

—Calhoun.

Se paró a pensar en su respuesta antes de hablar.

—Solo puedo transmitirle que las autoridades del banco nos han pedido que no hablemos del asunto, por respeto a la familia Tartt, y teniendo en cuenta el... —Se interrumpió bruscamente—. Yo... Todos creíamos que Rory se lo había contado a su familia.

Aun así, nada tenía sentido. Rory se pasaba todo el día trabajando. ¿Qué podía estar haciendo? ¿Tendría otros proyectos? ¿Estaría invirtiendo el patrimonio familiar?

—¿Tiene Rory...? —Me resultaba algo bochornoso preguntarlo—. ¿Todavía tiene clientes en Jackson?

Jack Walsh dejó escapar un sonido áspero que no llegaba a ser una risa, pero que aun así me pareció inapropiado.

—Ojalá hubiera alguien en Jackson dispuesto a depositar dinero en un banco. Ahora casi nadie tiene un centavo. —Y una vez más soltó aquella risita sombría.

—Bueno, señor Walsh, me alegro de que estos tiempos difíciles le parezcan tan divertidos.

Levantó la vista y me miró a los ojos.

—Nada de eso, señorita. No me lo parecen en absoluto. —El tono de su voz había cambiado—. Este año es uno de los más tristes de mi vida laboral.

Se volvió hacia el despacho del señor Allison. Allí la señora Tartt se había levantado de la silla, lo mismo que el empleado del banco. Ella misma abrió la puerta y salió, seguida del señor Allison. No dejaba de parpadear y tenía una extraña sonrisa torcida.

—... tenemos todos los documentos con su firma, señora Tartt. Eleanor, ve a buscar los documentos...

Eleanor, la pelirroja guapa, se dirigió rápidamente hacia un mueble de madera y abrió uno de los cajones más altos. De puntillas, recorrió las carpetas con los dedos. La señora Tartt apoyó una mano sobre el escritorio más cercano, para no caer. Jack Walsh se le acercó y se situó detrás de ella, como si pensara que en cualquier momento podía desplomarse.

—Rory gestionaba todas las cuentas, sus inversiones personales y las de la familia —estaba diciendo el señor Allison—. También las acciones y los bonos. Usted lo había nombrado su...

Eleanor colocó dos carpetas sobre la mesa y empezó a pasar ruidosamente las páginas. La señora Tartt las miraba, con el bolso colgado del antebrazo.

—Sí, es mi firma, pero no sabía que...

—Rory le llevaba los balances a casa... —El señor Allison bajó la voz—. ¿No se los llegó a enseñar ni le habló nunca de la hipoteca

que pidió?

—Me dijo que perdimos bastante dinero en el veintinueve, cuando se hundió la Bolsa, pero me aseguró que nuestro patrimonio no se había resentido demasiado, gracias a un... a un fondo fiduciario que Henry había establecido.

—Entonces ¿no sabe que hay un retraso en el pago de la hipoteca?

Cuando oí esas palabras, se me paralizó el corazón.

—¿Qué? —La señora Tartt miró a su alrededor, como si no supiera muy bien dónde estaba, con la sonrisa congelada en la cara —. Un momento, ¿qué hay de las tierras que vendimos, las de detrás de la casa? ¿Qué se ha hecho de ese dinero?

—Efectivamente, había un dinero de una venta de tierras. Pero Rory dejó de pagar los vencimientos de la hipoteca y tuvimos que pedirle que destinara buena parte de esa suma a cubrir el capital. En cuanto al resto, lo usó para compensar sus pérdidas en la Bolsa. —El señor Allison levantó una de las carpetas y la agitó en el aire—. Hizo inversiones demasiado temerarias. No solo perdió dinero con las grandes corporaciones, como la mayoría de la gente. Su portafolio estaba lleno de negocios arriesgados: minas de plata en México, cruceros de lujo, coches caros... Nadie en sus cabales compra artículos de lujo en los tiempos que corren. Intentamos advertírselo, pero no quiso escucharnos.

—Esas no pueden ser todas las cuentas... Tiene que haber algo más. ¿Dónde está el total? —dijo la señora Tartt, golpeando repetidamente la carpeta con el dedo índice—. ¿Me hace el favor de calcular el importe, señorita?

El señor Allison le indicó a Eleanor que lo hiciera. Entonces la joven se sentó y empezó a sumar, ayudada de un ruidoso aparato. Mientras esperábamos, Jack Walsh se pasó la mano por el cabello

rubio, que ya comenzaba a ralear en las partes de la cabeza de las que pronto desaparecería. Algún día el señor Walsh sería un empleado de banco calvo y con dolor de espalda, pero por el momento era un hombre bastante bien parecido. Eleanor le susurró algo al señor Allison.

—Treinta y seis dólares y catorce centavos.

En el techo, un ventilador de madera rechinaba describiendo un círculo perezoso.

A la señora Tartt se le aflojaron las rodillas y todos corrimos a socorrerla, pero yo fui la primera en pasarle un brazo por la cintura. Miró a su alrededor como si buscara a alguien, pero solo me encontró a mí.

—¿Lo ha perdido? ¿Está diciendo que lo ha perdido todo? —Esas palabras, ligeras como el polvo, le borraron la sonrisa de la cara, dejando en su lugar nada más que una raya de pintalabios rojo.

—Deje que... Será mejor que se siente —dijo el señor Allison, pero ella negó con la cabeza y se apoyó en mí.

—¿Cuál es la deuda de la hipoteca? —le pregunté, sosteniendo a la señora Tartt por un brazo. Podía sentir su sudor a través del vestido de seda.

El señor Allison pasó uno de sus largos dedos por la página con el estado de cuentas.

—Dos mil setecientos cincuenta y cuatro dólares es el importe al que asciende la deuda actual de la familia Tartt.

Se me desencajó la boca del pasmo, mientras él seguía hablando en un susurro.

—El vencimiento es inmediato. Esa suma de dinero se debe abonar ya mismo.

En ese instante supe que ese hombre era un cobarde. Tenía que habérselo dicho a la señora Tartt por lo menos un año antes. Tal

como se encontraba en ese momento, ni siquiera sabía si ella se estaba enterando de algo.

—Viktoria, lo que tienes que hacer es ir a ver a tu abogado y preguntarle si sabe de otros activos a nombre de Henry. —El señor Allison le apoyó una mano sobre el hombro de una manera que un observador casual podría haber interpretado como un avance amoroso—. Si no recuerdo mal, es Harry Holtzman. Sí, estoy seguro de que Holtzman era el abogado de Henry. —Pareció sentirse mejor al decirlo—. Tiene su bufete en Jackson.

—Quiero irme a casa —dijo la señora Tartt. Noté que estaba temblando—. Por favor, Birdie, llévame a casa.

Muy despacio, la señora Tartt me permitió guiarla hasta la salida. El telegrama a Footely tendría que esperar. De todos modos, no habría sabido qué decir. Teníamos que recoger a Frances y avisar al señor Binny, que estaba aguardando en la parada de taxis, para que nos llevara a casa con Rory. Jack Walsh nos siguió y sostuvo la pesada puerta para que saliéramos. Cuando me volví, vi que todos nos estaban mirando y que el enorme Jack Walsh levantaba una mano para despedirnos en silencio.

## 16

El señor Binny conducía tan lentamente que habría jurado que podía sentir cómo envejecíamos dentro del taxi. Yo estaba sudando a mares mientras intentaba refrescarme con uno de los abanicos de papel que encontré en el vehículo. La señora Tartt parecía hundida en el asiento junto al mío, contemplando en silencio la negra cabeza calva del señor Binny. Frances no dejaba de parlotear acerca de sus nuevas y carísimas adquisiciones: los guantes blancos de cabritilla, el

vestido rojo y las medias de seda, sin olvidar algunas de rayón, por supuesto.

La señora Tartt se había quedado esperando en el coche mientras yo entraba en Neilson.

—Por favor —me había suplicado—, deja que hable con Rory antes de decírselo a Frances.

Mi hermana había puesto mala cara cuando yo le había dicho que teníamos que irnos ya, pero enseguida le confirmó a «Hola, soy Nelly» que ya no compraría nada más. «Por hoy», había añadido. Cuando el hombre del mostrador, cuya placa revelaba que se llamaba Will Lewis, calculó el importe de las compras, el total ascendió a unos dolorosos sesenta y dos dólares con cincuenta y cinco centavos. ¡El doble del dinero que los Tartt tenían aún en el banco! Pero entonces Frances dijo las palabras mágicas:

—Cárguelo a nuestra cuenta, por favor.

—Lo siento, pero en su cuenta hay una deuda pendiente de veintidós dólares y algunos centavos. Le estaríamos muy agradecidos si fuera tan amable de abonar ese importe, junto con las compras de hoy.

No era una mala persona, solo estaba haciendo su trabajo. ¡Cuántas veces había estado yo de su lado del mostrador, tratando con granjeros pobres que me suplicaban con los ojos una ampliación del crédito! Pero Frances desechó su comentario con un movimiento de la mano y dijo:

—Mi marido me ha dicho que saldará la deuda el viernes. Cárguelo a la cuenta y yo le llevaré hoy mismo la factura.

La señorita Ella hizo un gesto afirmativo y el señor Lewis empezó a guardar los artículos en cajas, con tanto cuidado como si estuviera depositando bebés en ataúdes.

«¿Qué va a decir Rory, Dios mío?», era lo único en lo que podía pensar de camino a casa. Frances seguía parloteando cuando tomamos la última curva antes de llegar.

—El vestido rojo es casi del mismo color que el de Garnett, pero no exactamente. No me gustaría que pensara que la he copiado.

Yo no sabía cómo de similar era el color ni me importaba. La ignorancia de Frances era irritante, pero de momento nos convenía. Miré a la señora Tartt para asegurarme de que aún respiraba. Se le había emborronado un poco el pintalabios hacia la izquierda, como si un viento poderoso lo hubiera arrastrado.

Cuando el señor Binny detuvo el coche delante de la casa, la señora Tartt empuñó la manilla cromada y abrió la puerta sola. Parecía realmente decidida a ser la primera en entrar. El taxista llevó las cajas hasta la entrada, cargado hasta el cuello.

—Gracias, señor Binny. Yo seguiré a partir de aquí —le dije mientras él dejaba las cinco o seis cajas en el vestíbulo, al lado de la puerta.

La señora Tartt ya estaba en el pasillo y había empezado a llamar a su hijo:

—¡Rory!

—Ven, vamos a tu habitación —le dije a Frances, pero ella me apoyó una mano en el brazo.

—Te he comprado una cosa —me susurró sonriendo, encantada con su secreto—. He visto que mirabas mucho una chaqueta blanca.

—¡Dios mío, Frances, no!

Empezó a abrir las cajas y a mirar dentro.

—Te mereces algo bonito, Birdie. Nunca piensas en ti.

Probablemente era el mayor detalle que había tenido conmigo en muchos años: comprarme una chaqueta con el dinero imaginario que creía tener, así que ¿qué podía decirle yo más que «gracias»?

—Vamos arriba a verlo bien.

—¡Rory! ¿Dónde estás? —lo llamó la señora Tartt, entrando en su estudio.

Mientras tanto, Frances extrajo de la caja el vestido rojo de lana y se lo colocó delante, apretándolo contra su cuerpo como si fuera un amante. Se giró y echó a andar por el pasillo.

—¡Rory, quiero enseñarte una cosa!

—Deja que hablen un minuto a solas —le rogué, corriendo tras ella.

Pero la señora Tartt ya venía de vuelta, aturdida. Se cruzó con nosotras y siguió de largo.

—¿No está Rory en su...? —Frances giró sobre sí misma y la siguió, con el vestido rojo aún contra el pecho.

En el salón, la señora Tartt miraba fijamente la pared vacía, por encima de una mesa con patas en forma de garras.

—¿Adónde ha ido a parar el dibujo de los niños negros recogiendo algodón? —preguntó Frances.

—El óleo, querida —la corrigió la señora Tartt.

—Eso mismo. ¿Dónde está? —insistió Frances.

El salón parecía más oscuro y pequeño que de costumbre, y entonces caí en la cuenta de que las grandes puertas correderas que lo comunicaban con el luminoso comedor estaban cerradas. Frances dejó el vestido rojo sobre una silla y fue a abrirlas.

Los doce cajones del aparador de madera labrada estaban abiertos, al igual que las puertas de cristal de las delicadas vitrinas y la del cuarto de la vajilla.

—¿Qué ha pasado aquí? —Frances entró en esta última habitación y tiró de la cadena que encendía la luz—. La porcelana Haviland... está rota en el suelo. ¿Y dónde están... los candelabros de plata? —Su voz se iba apagando a medida que se adentraba en el

cuarto—. ¿Y las escudillas y las fuentes de oro...? —Se hizo un silencio y después soltó un grito—. ¡Dios mío, señora Tartt! ¡Creo que nos han robado!

La señora Tartt hizo una mueca de disgusto, porque con el sobresalto Frances había recuperado el acento de Footely. Mi hermana salió del cuarto de la vajilla y corrió al aparador abierto, junto a la ventana. Enarbolando un estuche con forro de terciopelo de color burdeos, exclamó:

—¡Mirad esto! ¡Han entrado ladrones y se lo han llevado todo!

La señora Tartt se agarró al respaldo de una de las sillas del comedor.

—¿Dónde está Rory? ¡Que alguien lo encuentre...!

—¡Rory! —lo llamó Frances mientras corría al vestíbulo—. ¡Rory!

—Ve a buscar a Picador y a Polly —me pidió la señora Tartt—. Pregúntales si han visto algo.

Empujé la puerta de vaivén de la cocina.

—Aquí no están. No hay nadie —anuncié—. Voy a ver si...

Frances vino corriendo detrás de mí y la puerta quedó balanceándose. Salimos al porche trasero y nos asomamos a la barandilla, para ver si el Studebaker estaba aparcado junto al establo.

—¡Menos mal que no está aquí! Temía que le hubieran hecho daño los ladrones —dijo Frances, y enseguida entró corriendo de nuevo.

Me apoyé las palmas de las manos sudorosas en las caderas y esperé un segundo a serenarme. Cuando entré en la cocina de nuevo, la señora Tartt comentó:

—Pic y Polly deben de haberse ido a casa. Aquí no están sus bolsos.

Frances se paró en seco junto a la mesa del desayuno y dijo:

—Señora Tartt, ¿no habrán sido sus criadas las que se han llevado la plata y todo lo demás?

La señora Tartt se volvió y miró a mi hermana con tal furia que pensé que se le iba agrietar la frente.

—No, Frances. No han sido ellas.

—¿Quién más habría podido hacerlo? —insistió Frances, mientras abría un cajón, lo cerraba de golpe y abría otro, haciendo que se entrechocaran los objetos que contenía—. Rory debe de estar en el banco. Voy a llamarlo.

—¡No, Frances! —intenté detenerla—. No lo hagas.

Miré a la señora Tartt, pero ella tenía la vista fija en un tomate muy rojo en el alféizar, reluciente en su propio jugo rosa.

—No me importa que se enfade —prosiguió Frances—. Pienso usar ese maldito teléfono.

—¡Espera, Frances! ¡Señora Tartt! —la llamé, pero ella seguía concentrada en el tomate.

—¡Voy a hacerlo! Y después voy a llamar al *sheriff*, para denunciar el robo.

La señora Tartt levantó una mano con la vista todavía perdida.

—Antes de eso... —Estaba temblando—. Antes tenemos que comprobar si falta algo más.

Frances se quedó paralizada momentáneamente por la idea. Y entonces...

—¡No puede ser! —exclamó, mientras salía corriendo por la puerta lateral.

Después oí que subía a toda prisa por la escalera de servicio.

—Señora Tartt —la insté—, tenemos que decírselo. Necesita saberlo.

—No, todavía no —respondió ella, antes de seguir a Frances a la planta de arriba.

Al cabo de un minuto, oí que mi hermana gritaba:

—¡Todo mi joyero ha desaparecido!

Y a continuación, como un eco, la voz de la señora Tartt:

—¡El mío también!

Mientras subía, sentía como si tuviera los pies lastrados con pesos de plomo.

—Los zafiros —enumeraba la señora Tartt—, todos los relojes de oro de Henry...

—Mi juego de tocador de plata..., mi estola de piel...

Al llegar a la habitación de Franny, vi que tenía las puertas del armario abiertas.

—Esa estola era lo único bonito que tenía —se quejó Frances, que enseguida se cruzó conmigo para dirigirse al cuarto de la señora Tartt.

Recorrí de nuevo el pasillo, sintiendo una gran impotencia. El cuarto de la ropa blanca estaba abierto y una corriente intestinal de sábanas se derramaba por el suelo.

Por toda la casa se oían gritos. «¡El cuadro de Henry Bacon!», «¡Todas las escopetas del armero!». Las estatuas griegas, las polveras de oro de catorce quilates, una carta autógrafa de Abraham Lincoln... «¡La alianza de mi madre!». Una idea enfermiza había echado raíces en mi mente y no dejaba de crecer a toda prisa. El enorme libro de dibujos indios que antes estaba en un atril de la biblioteca, el juego de decantadores de cristal de Henry, más abrigos y estolas de piel, varios alfileres de sombrero con diamantes, una colección de cigarreras de platino, un tapiz de la batalla de No-Sé-Qué, el sombrero favorito de Robert E. Lee, bastones con empuñaduras de oro macizo, los dientes de oro del difunto tío Taft y muchas otras cosas inútiles, pero de gran valor.

—¿Por qué te quedas ahí parada, Birdie? ¡Busca! ¡Mira si faltan más cosas!

Lo estaba intentando, pero ¿cómo iba a buscar algo que no estaba ahí?

Frances soltó un chillido de gato herido.

—¡Mi anillo de compromiso! —aulló desde lo alto de la amplia escalera. Se le cayeron los hombros—. Se me había olvidado que me lo quité para que no se me enganchara a la ropa.

Ya estaba llegando demasiado lejos, teníamos que decírselo.

—Ven, Franny, baja. —Subí unos peldaños para cogerla del brazo, que le colgaba como una manguera de goma, y la acompañé por el pasillo hasta la puerta del saloncito, donde la señora Tartt murmuraba algo entre dientes.

De lo que decía, únicamente pude oír:

—Cielo santo, solo espero que mi...

Entramos detrás de ella en el pequeño cuarto de estar. Enseguida se volvió, me miró a los ojos y dijo:

—Mi aparato de radio ya no está. —Ese pequeño detalle parecía superar de momento todo lo demás—. Y pronto empezará *La hora de la levadura Fleischmann*.

Conseguí que se sentara en el sofá rosa sin tener que empujarla. Frances estaba saliendo otra vez al pasillo.

—¡Voy a llamar al banco! No me importa si Rory se enfada.

Yo sentía la garganta dolorida y reseca.

—Rory no está en el banco, Franny. Lo despidieron hace tres semanas.

Mi hermana se volvió y me observó con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Nos lo ha dicho el señor Allison —intervino la señora Tartt desde el sofá. Lo expresó como si estuviera anunciando la muerte de

Rory.

—Pero... si ayer mismo fue a la oficina. De haber pasado algo así, me lo habría dicho. Se lo habría contado a usted —añadió mirando a la señora Tartt—. ¡Alguien nos lo habría dicho!

Recordé al apuesto empleado del banco, afirmando que el presente año estaba siendo el más triste de su vida laboral.

—Alguien debería haberlo hecho, sí —convine.

—El señor Allison es prácticamente el único que queda de la época de Henry —observó la señora Tartt, mientras hacía girar en el dedo la alianza de oro—. El señor Cotton se jubiló poco después de la muerte de Henry y también se han ido Robert Kinley y las secretarias más simpáticas, como Genevieve y Susie. De las otras no recuerdo los nombres.

—Esto no tiene el menor sentido. ¿Por qué iban a despedirlo? —preguntó Frances.

La señora Tartt me miró como si lo hubiera preguntado yo. Se le había borrado el pintalabios y el sudor le perlaba la frente y las cejas.

—Porque perdió el dinero de muchos clientes. Es lo que me ha dicho el señor Allison. También ha perdido el nuestro.

Frances se la quedó mirando.

—¿Qué significa que ha perdido... el nuestro?

—Si te soy sincera, no lo sé con seguridad —replicó la señora Tartt, contemplando el gran espacio vacío sobre la chimenea. Parecía estar recuperando las fuerzas—. Pero te aseguro que voy a averiguarlo...

—¡Tenemos que encontrarlo, tenemos que llamarlo!

—... porque creo que Rory ha podido hacernos esto —prosiguió la señora Tartt, señalando el suelo con el índice—, para vengarse de mí.

No tenía claro si Frances había asimilado la magnitud de la pérdida monetaria, pero mi hermana no pasó por alto las últimas palabras de su suegra.

—¡No se atreva a acusar de esto a mi marido! —Su cara pasó de la palidez a un rojo encendido y lleno de manchas—. Rory jamás... No pienso quedarme callada y permitir que lo acuse de haber perdido el dinero de los clientes... y... —añadió, volviéndose hacia mí — tampoco voy a permitir que digas que lo han despedido. No me creo ni una palabra de lo que decís ninguna de las dos. —Dio media vuelta y se marchó de la habitación.

—¡Frances! —la llamó la señora Tartt, pero mi hermana no le hizo caso.

Se movía con rapidez. Subí la escalera tras ella y la seguí al cuarto de soltero de Rory, a la derecha, donde se detuvo delante de la puerta con la cerradura de latón. La miró un momento y le asestó un fuerte golpe seco que la hizo abrirse violentamente.

—Franny...

El olor a podrido que salió de la habitación me hizo callar. Vi dos camas gemelas, con colchas de cuadros azules. La más próxima a la puerta estaba sin hacer. Sobre cada uno de los cabeceros había una ilustración de un niño pescando. Eso era lo único normal en toda la habitación. Encima de la otra cama, de las mesillas de noche, del sillón azul, del escritorio y del suelo, había una montaña de platos sucios con salsa reseca incrustada, restos de sándwiches, cuencos de sopa mohosa y bolsas de papel con manchas de grasa. Las dos ventanas estaban abiertas y supongo que por eso no llegaba la peste al pasillo, pero en los alféizares había hileras de vasos con restos de leche, tazas de café y recipientes con zumo de fruta. Sobre el escritorio, en el rincón más alejado, distinguí una pila de periódicos viejos de dos palmos de altura y montones de cartas sin

abrir, junto a tinteros con la tinta derramada. Me pregunté si alguna de esas cartas eran mías o de mi madre. Las puertas del armario estaban abiertas. En su interior había una corbata de rayas colgada de una percha y, en el suelo, un par de zapatos marrones gastados.

Frances se giró hacia mí, con la cara aún cubierta de manchas blancas y rojas. Le apoyé una mano en el hombro, deseando poder consolarla aunque solo fuera un poco.

—¿Crees que... volverá? —preguntó. Hablaba con voz de niña pequeña.

—No lo sé, Franny.

Dio unos pasos más y levantó el acolchado azul de cuadros de la cama deshecha. Era la única parte de la habitación que no estaba cubierta de papeles arrugados y platos sucios. Se metió debajo, se tapó con la colcha y me miró.

—Por favor, solo quiero estar sola, Birdie —dijo.

Esperé un momento para ver si cambiaba de opinión y después me fui, como me había pedido.

—He calentado la cena, señora Tartt. ¿Quiere que le traiga un plato?

Habían pasado ya muchas horas, y la luz del sol comenzaba a desvanecerse. Frances y ella habían acabado en la oscura biblioteca de paredes cubiertas con paneles de madera que daba al patio delantero.

—Por favor... No podría comer aunque quisiera —contestó la señora Tartt.

Lo que le había ofrecido eran los pastelitos y el jamón del desayuno, y unas alubias que habían quedado del día anterior. El tomate maduro junto a la ventana había estallado cuando intenté cortarlo. Como me moría de hambre, me lo comí como si fuera un melocotón, dejando que el jugo se me derramara por la barbilla.

Después me sentí culpable por comer con tanta voracidad en un día tan aciago.

Por la tarde, la señora Tartt había llamado al abogado de Jackson y le había suplicado a su secretaria que le devolviera la llamada lo antes posible. Todavía no lo había hecho. Ahora estaba sentada, mirando a Frances, que por su parte estaba tumbada en el diván verde de terciopelo totalmente borracha. Unas horas antes, cuando la había encontrado allí mismo, estaba mirando la carretera por la ventana, abrazada a la botella de Old Taylor como si fuera Ella Jane. Ni siquiera me había contestado. Había seguido bebiendo con expresión amarga. Nunca la había visto beber alcohol, y menos aún directamente de la botella. Pero no era momento para sacar la cristalería cara, y además Rory se había llevado la mayor parte. Mi hermana no se mantuvo mucho tiempo en pie.

Me habría gustado ir a ver a Picador y Polly para hablar con ellas, pero no quería dejar solas a mi hermana y a su suegra. También pensaba que lo más indicado habría sido buscar a Rory, pero no sabía ni por dónde empezar. Suponía que después de saquear su propia casa no se instalaría en el primer hotel o pensión, a un par de kilómetros de distancia. Todo resultaba aún más extraño y confuso cuando me paraba a pensar en las pequeñas cosas que se había llevado o había dejado. Su fotografía de niño, sentado en el regazo de su madre, con su padre sonriendo orgulloso detrás de ambos, había desaparecido del vestíbulo, mientras que el retrato de su boda con Frances seguía intacto en su sitio. De la cocina se había llevado muchos de los voluminosos aparatos eléctricos —El-Tosto, El-Eggo, El-Etcétera—, pero había dejado la aspiradora de alfombras junto a los trozos de vajilla rota. Podía imaginar perfectamente el entrechocar de la porcelana al caer dentro de las fundas de

almohada. El Studebaker era un automóvil ancho y espacioso, con una rejilla en la parte trasera para colocar un baúl.

Frances tenía la falda levantada hasta las rodillas y uno de sus brazos colgaba a un costado. Le dejé una palangana junto al diván, por si necesitaba vomitar.

—Al menos hay alguien que dormirá esta noche —comentó la señora Tartt desde un sillón negro de cuero.

—Pero no será por su voluntad —repliqué—. La llevaré a su habitación.

—No, déjala aquí.

El vestido de seda azul que la señora Tartt se había puesto esa mañana para ir de compras tenía más arrugas que un acordeón. El peinado se le había aplastado por un lado, pero en algún momento había vuelto a aplicarse el pintalabios. Mi padre murió un martes y el miércoles por la mañana mi madre hizo la cama de ambos y enseguida la deshizo y se metió dentro. Hacemos todo tipo de cosas para engañarnos y convencernos de que todo está bien.

Me senté a los pies de Frances y vi que la señora Tartt observaba la botella de Old Taylor apoyada en el suelo.

—Pensaba que todas sus advertencias... eran para cuidarnos —dijo la señora Tartt—. «No hagáis subir la factura del teléfono». «No os compréis nada nuevo». —Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y estaba descalza. Era la primera vez que la veía sin zapatos—. El señor Allison me ha contado que Rory sabía desde hacía meses que estaban preparando el terreno para despedirlo. Entonces me pregunto: ¿cuánto tiempo llevaba planeando esto? ¿Fue por este motivo por lo que despidió al pobre señor Jake y dejó de pagarles a Pic y a Polly? —Su voz se volvió más aguda al nombrarlas—. ¿Para quedarse más dinero para él? Las dos estaban trabajando aquí a cambio de nada...

Sacudí la cabeza. Sinceramente, no podía saberlo, pero tenía que reconocer una cosa: Rory había sido muy minucioso. El atril de madera donde había estado el libro de dibujos indios estaba vacío y había lagunas en las estanterías, donde antes se encontraban libros raros, estatuillas o adornos que quizá tuvieran algún valor. Los libros por sí solos debían de haberle exigido a Rory cierta planificación.

Al cabo de un minuto, la señora Tartt se echó hacia atrás y pareció como si el mullido sillón de cuero se la tragara.

—Quiero decirte una cosa, Birdie, que quizá te resulte chocante.

—Dudo que me sorprenda, después de un día como hoy, pero adelante, dígamela.

—La otra noche, cuando te conté que Rory estaba molesto conmigo porque lo habíamos enviado a Nueva Orleans... —Echó una mirada a Frances, para comprobar que seguía dormida—. No te dije que fue para ingresarlo en un hospital.

—¿Con qué fin? —pregunté.

—Para que le trataran la enfermedad que padece. Se llama «homosexualidad». Es un trastorno que hace que los hombres quieran tener... intimidad con otros hombres. ¿Sabes de qué hablo, Birdie?

Yo asentí, pero estaba demasiado atónita para hacer nada más.

Durante lo que me pareció un minuto completo, pensé cómo iba a responder. ¿Qué debía hacer? ¿Mencionarle al chico de la escuela al que conocí, del que todo el mundo hablaba en voz baja? Era educado, llevaba gafas y tenía el pelo fino y muy oscuro. Le gustaban los pájaros y era aficionado a observarlos. Se llamaba Joseph. Un día me contó que el canto de los estorninos era tan agudo que los humanos no podíamos oírlo y me dijo que la mayoría de las aves vivían menos de un año. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me lo contó. Me había caído muy bien por eso. Una

vez los otros chicos lo esperaron a la salida y le dieron tal paliza que le partieron la nariz y una clavícula. La señora Tartt esperaba mi respuesta, pero no podía hablarle de Joseph ni contarle lo que le habían hecho.

Solo le dije:

—Mi abuelo tenía un toro que también tenía esa inclinación. —No se me ocurrió nada más.

—¿Qué hicisteis con el animal?

Debería haberme ido a la cama.

—Le pegamos un tiro.

La señora Tartt asintió.

—De niña conocí a un pobre chico que era así y te aseguro que la gente era terrible con él. —Cerró los ojos y suspiró—. ¡Bailaba tan bien!

Frances movió una pierna y su pie cayó sobre mi estómago, pero no hice nada. No era momento para despertarla. Le pasé la botella de bourbon a la señora Tartt, imaginando que la necesitaba. Se aferró a ella con sus pequeñas manos blancas.

—La ciudad de Oxford no es un buen lugar para un hombre con gustos peculiares —dijo—. Al principio, Henry creía que Rory solo era tímido con las chicas, así que lo llevó a ver a una mujer, al sur de Memphis. Pensaba que con eso se arreglaría todo. Pero entonces... —Levantó los ojos al techo—. Entonces Henry lo sorprendió haciéndolo... otra vez. Fue horrible. No quería que su hijo padeciera ni un solo día más esa enfermedad. Consultó con un médico de manera totalmente confidencial, y se enteró de que existía un tratamiento en un hospital de Nueva Orleans que había tenido cierto éxito. Consiguió que admitieran a Rory en cuanto terminó el instituto. Dijimos que se había ido de viaje a Europa. Gracias a Dios

ya no había reclutamiento, porque en el ejército podrían haberlo descubierto.

La señora Tartt le quitó el corcho a la botella de bourbon y echó un buen trago. Cuando terminó, hizo una mueca de disgusto, por haberse comportado de forma tan poco elegante.

—Rory estaba aterrorizado. Tenía que quedarse un mes en el hospital. Henry le había prometido que no sería más que eso y Rory accedió. Pero, después de la primera noche, nos escribió suplicando que fuéramos a buscarlo. Y me siguió escribiendo todos los días, para rogarme que convenciera a su padre. Me contaba... las cosas horribles que le hacían. Pero Henry no quiso escucharlo. —Bebió otro trago, para borrar el triste recuerdo, y cerró los ojos.

—¿Mejoró después de un mes? —pregunté.

—No, no mejoró. —Sacó el pañuelo que tenía dentro de una manga y se secó los labios—. Cuando se cumplió un mes, el doctor nos aconsejó que prolongáramos la estancia de Rory en el hospital y Henry le dio su permiso para que le administrara todos los tratamientos necesarios.

Notó mi expresión. Le habían prometido a su hijo que solo se quedaría un mes.

—Yo tenía que apoyar la decisión de Henry. Era mi marido, por el amor de Dios.

—¿Cuánto tiempo estuvo Rory en el hospital?

—Cinco meses —dijo, con voz amarga—. Cuando por fin volvió a casa, la ropa le colgaba del cuerpo y tenía marcas en los brazos por las inyecciones. —Se retorció las manos—. ¡Había cambiado tanto! Ya no sonreía. Se sobresaltaba cada vez que lo tocaba. Cuando se marchó a Baylor, no era capaz de mirarnos a los ojos. Nunca ha podido perdonármelo.

Me ofreció la botella, pero no la acepté. Me acordé de que Rory me había parecido acorralado, pero quizá también lo había notado avergonzado. A pesar de todo lo que había sucedido, no pude evitar pensar: «Pobre Rory».

—¿Frances sabe algo de esto? —pregunté.

—No, no creo. No sé qué pensaría al ver que Rory tenía tanta prisa por casarse. —Hizo una inspiración brusca, llena de culpabilidad—. Henry había modificado nuestros testamentos para que Rory no heredara ni un centavo si no se casaba antes de los veinticinco años. Ni propiedades, ni dinero, ni nada.

«Pobre Frances».

Tres paredes más allá, sonó el teléfono, aunque todavía no eran ni las seis y media de la mañana. Empujé con el pie la puerta mosquitera, tratando de que no se cayeran los huevos que transportaba en la falda del camisón. Polly y Picador no habían llegado aún, y decidí que, si al cabo de media hora no se habían presentado, iría andando a Freedmen Town para ver cómo estaban. Lo del día anterior me parecía una pesadilla, y de las malas, pero debería haber ido a asegurarme de que estaban bien.

Un ruido de pasos se precipitó hacia el pasillo, incluidos los míos. Frances fue la primera en llegar al aparato.

—Residencia de los Tartt —dijo.

—¿Rory? ¿Es Rory? —preguntó la señora Tartt, que venía bajando la escalera.

Pero Frances le pasó el auricular.

—Es el abogado, que ha puesto una conferencia desde Jackson.

Con su camisón largo, la señora Tartt se sentó junto a la mesita del teléfono y se aclaró la garganta.

—Soy la señora de Henry Tartt.

Me acomodé en el peldaño más bajo de la escalera, a unos tres metros, con la pesada nidada de huevos tibios todavía en la falda. Frances, que aún no se había quitado el arrugado vestido azul marino del día anterior, se desplomó a mi lado. Había dormido en el diván de la biblioteca. Mientras la señora Tartt escuchaba, tenía la vista clavada en la pared vacía donde antes había estado la fotografía de familia.

«Por favor, Dios mío, que quede algo —recé—, por el bien de todos».

Le cogí la mano a Frances. No estaba segura de que ella comprendiera realmente lo que estaba pasando. En la otra punta del pasillo, la puerta mosquitera se abrió de repente y oí a Picador, que decía:

—¡Sí que hace calor esta mañana!

Nadie se movió. Al cabo de unos minutos, la señora Tartt colgó el teléfono.

—Dice... que no tiene conocimiento de ningún activo a nuestro nombre, aparte de la escritura de esta casa —anunció.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Frances, poniéndose de pie.

—No lo sé con exactitud, pero supongo —repuso la señora Tartt al tiempo que le ponía una mano en el hombro— que tendremos que hacer algunos recortes.

Mi hermana se dirigió otra vez al sofá de la biblioteca. No tenía buen aspecto. Yo me fui a la cocina y dejé allí los huevos. La señora Tartt estaba hablando con Picador. Se me había olvidado que era el día libre de Polly.

—¿Qué dice que ha hecho? —Picador se apoyó con una mano en el borde de la encimera—. ¿Que se ha llevado... qué?

—¿Qué dijo Rory ayer, Picador? ¿Notaste algo raro?

La escueta frente de Picador se transformó en una pila de arrugas.

—Algo más tarde de las diez, volvió a casa después de llevarlas a ustedes a comprar y nos dijo que nos fuéramos, que necesitaba silencio para trabajar.

—Entonces ¿vosotras dos os marchasteis antes de que... hiciera nada de esto? —preguntó la señora Tartt. Supongo que aún era demasiado pronto para reconocer en voz alta lo que había hecho su hijo.

—Así es. ¿Cree que volverá? ¿Adónde habrá ido?

—No lo sé... todavía —repuso la señora Tartt—. Picador... —Se llevó una mano a su propia mejilla, tal vez para tratar de tranquilizarse—. Hasta que solucionemos todo el asunto del dinero... no sé qué puedo hacer. —Su voz se fue volviendo cada vez más aguda hasta quebrarse un poco—. Lo siento, pero en buena conciencia no os puedo pedir a Polly y a ti que sigáis trabajando para nosotros.

Las comisuras de la boca de Picador cayeron tan abruptamente que su cara se convirtió en la caricatura de una persona contrariada.

Entonces la señora Tartt le tendió un monedero de malla plateada que yo no había visto que llevaba en la mano.

—Esto es todo lo que hay en casa, pero llévatelo. Te prometo que os pagaremos a Polly y a ti lo que os debemos tan pronto como podamos.

Volvió a acercarle el monedero a Picador y unas cuantas monedas tintinearon dentro. La menuda criada echó los hombros hacia atrás; no tenía intención de tocar el dinero de la señora Tartt.

—Por favor, Pic. Métetelo en el bolso.

Picador alargó la mano, cogió el monedero solo con dos dedos y lo depositó sobre la encimera, al lado de la señora Tartt.

—Cuando se tome la medicina, póngale un poco de azúcar. Así es como se la preparo yo.

—Será solo... Será solo por un tiempo, hasta que solucionemos todo esto, Picador. —Al decirlo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vendré si me necesita. Solo tiene que llamarme. —Recorrió con la mirada la cocina donde había trabajado los últimos veintiséis años —. He limpiado más esta cocina que la mía. Y en este fregadero le di el primer baño al señorito Rory.

—Tú estabas aquí cuando plantaron el poste en la puerta para traer la electricidad, en el año veintidós.

—Y en el veinticuatro, cuando el señor Henry llegó cargado con esa cocina tan fea.

—Te pareció horrible, ¿verdad?

—Todavía me lo parece —replicó Picador, y la señora Tartt sonrió.

A la criada le temblaba el labio inferior.

—Ayer el señorito Rory me dio un abrazo como los que solía darme cuando era pequeño.

Las dos negaron con la cabeza, sumidas en sus recuerdos, lamentando que todo hubiera acabado así.

—¿Puedo hacer algo por ti, Franny? —le pregunté.

Entonces mi hermana buscó debajo del diván de la biblioteca y me dio la palangana que había dejado a su lado por si vomitaba. De hecho, algo de eso había habido, aunque no mucho, por suerte.

Después subió a la planta de arriba. Aparte del tictac del elegante reloj de pie azul en el vestíbulo, la casa estaba sumida en un silencio inquietante para la hora que era. Yo me armé de valor y abrí la puerta del maloliente dormitorio de Rory. Mientras apilaba platos sucios y vasos con restos de bebidas, me pregunté si Rory tendría dinero en efectivo que quizá había ido retirando y guardando

en algún lugar. Di por hecho que vendería todos los objetos de valor que se había llevado, pero ¿qué narices pensaba hacer con todo ese dinero? ¿Empezar una nueva vida? ¿Dejar que su madre y su mujer cargaran con la deuda de la hipoteca y las facturas pendientes? Y yo que pensaba coger un tren ese mismo día... Eso desde luego ya no iba a pasar, pero no podía tardar en volver. Solo habría podido llevar a casa otra mala noticia, después de dejar atrás a dos mujeres que ni siquiera sabían prepararse el desayuno solas.

No se me había pasado por alto que al final la madre de Meg no se había presentado la víspera. Tal como estaban las cosas, no tenía ni idea de qué le habría dicho si hubiera venido. Después de acarrear una pila de platos con restos resecos y un montón de facturas, decidí que al menos debería hacer un inventario de lo que aún quedaba en la cocina. En la nevera había dos chuletas de cerdo cocidas, medio pollo, las alubias y la okra que habían sobrado de la comida del lunes, y una docena de frascos de encurtidos, conservas y aderezos varios. En el sótano había patatas y otros tubérculos; en la despensa, harina de trigo y de maíz, y en el establo, una vaca que daba leche y unas cuantas gallinas que ponían huevos. Todos esos ingredientes eran como amigos para mí, pero Frances era una cocinera terrible. Dejaba los huevos cociendo durante horas y el arroz blanco siempre le quedaba duro y crujiente. ¿Qué demonios se suponía que iban a comer esas dos? Rebuscando en los estantes, encontré misteriosas latas doradas —anchoas italianas importadas, berberechos, calamares en salmuera, caballa, pulpitos—, frascos de espárragos alemanes, alcaparras, aceitunas de diferentes clases —*kalamata*, manzanilla, *castelvetrano*— y pepinillos con una etiqueta en la que ponía: *cornichons*. Había latas normales de alubias y de maíz, pero también «trufa laminada» y algo llamado *foie gras*, fuera lo que fuera. Encontré las especias habituales, pero también un

polvo rojo llamado «pimentón ahumado», que tenía un aroma carnoso y picante. Además, había cuatro tubos de vidrio de azafrán de Marruecos, que debían de haber costado una fortuna, en hilillos de un delicado color naranja encendido.

Cada cual gestiona las catástrofes a su manera. Por eso, durante un rato, me olvidé de que estábamos sin blanca y me concentré en imaginar lo que podría preparar para la cena con todos esos ingredientes exóticos. Resultó ser un magnífico pastel de pollo con azafrán, espárragos alemanes, guisantes ingleses y zanahorias. Me sentí un genio de la cocina. Cuando subí a llamarlas, encontré las puertas de ambas habitaciones cerradas a cal y canto. No contestaron cuando golpeé. Acabé cenando sola, de pie delante de la encimera de la cocina.

Pasó la noche y amaneció un nuevo día, despejado y brillante. Por la tarde había reunido todas las cartas del Banco del Condado de Lafayette que encontré en el caos de la habitación de Rory. Había misivas nuevas y antiguas, sobres sin abrir, folios arrugados manchados de café, estados de cuentas de diferentes años y varias notificaciones de vencimiento. En dos de las cartas más recientes vi unas palabras que me dejaron helada: «ejecución hipotecaria».

> *En caso de no efectuarse el pago en la fecha indicada, se iniciará el procedimiento de ejecución hipotecaria.*

Terminé de limpiar la habitación de Rory, pero el olor a podrido persistía. Después de mucho buscar, encontré un plato de carne mohosa debajo de la cama y una lata de sardinas a medio comer al fondo de un cajón de la cómoda. Como diría Meg, una cosa así no te la puedes inventar. Al final, no pude dejar de preguntarme si Rory realmente prefería dormir ahí, entre toda la comida podrida, antes

que pasar la noche con Frances, o si sería un castigo terrible que él mismo había decidido imponerse.

Todo habría sido un pelín más fácil si Rory no se hubiera llevado el maldito aparato de radio. Cualquier sonido, aparte del tictac del reloj de pie, habría bastado para quebrar el silencio desesperante de la casa.

La señora Tartt bajó sobre la hora del almuerzo para pedir «una tostadita» y disculparse por «no atenderme más», como si yo fuera una visita importante en una mansión presidencial y ella no hubiera perdido una fortuna. No habían pasado ni dos días desde la marcha de Rory y ella ya empezaba a adquirir el aspecto de trapo viejo que tenía mi madre. Parecía más delgada bajo el largo camisón y tenía el agrisado cabello rubio aplastado sobre la cabeza. Quedaba demostrado que ser pobre no era nada favorecedor.

Hacia la una, sonó el teléfono. También ese aparato había guardado un silencio extraño, pero de repente se puso a chillar. Mi hermana corrió escaleras abajo.

—Es Pripp —le dije a Frances, pasándole el auricular.

Se quedó paralizada, con los ojos como platos. Después frunció el ceño, hizo una inspiración temblorosa y compuso una sonrisa maníaca: todo el repertorio de emociones de una novela barata antes incluso de coger la llamada.

—¡Por supuesto que estoy bien! —dijo al aparato—. Todos estamos bien. ¿Por qué lo preguntas?

Se tapó la boca con una mano.

—Lo siento. Dile a Garnett que ha sido porque..., bueno, verás..., me he puesto un poco enferma. Debe de haber sido por algo que he comido... Sí, te lo prometo. La semana que viene no faltaré.

Logré sentarla en la cocina y darle unas galletas. Por fin se había desprendido del vestido azul marino que se había puesto dos días

atrás y solo llevaba puestas las enaguas blancas.

—Tenemos que hablar, Franny. Ya sabes que debería haber vuelto a casa ayer, ¿verdad?

—¿Sabrá algo Pripp? De Rory, quiero decir. ¿Crees que la gente habrá empezado a murmurar? —Tenía la cara amarilla de miedo.

—No, no lo creo, Franny. Por cierto, ya han pasado dos días. ¿No deberíamos... hacer algo?

—¿Algo? ¿Como qué?

—Como... llamar al *sheriff*.

—¡No voy a llamar al *sheriff* para denunciar a mi marido! —Reconozco que me impresionó su seguridad, como si conociera un protocolo o un manual para ese tipo de circunstancias.

—Tenemos que hacer algo, Franny. En algún momento tendré que volver a casa.

Se le abrieron mucho los ojos hinchados.

—¿Vas a abandonarme? ¿Después de todo lo que ha pasado? No sé dónde está mi marido, ni siquiera tenemos servicio y tú... ¿vas a dejarme abandonada?

—Lo siento, lo siento... No pienses en eso ahora. —De todos modos, el próximo tren no pasaría hasta la semana siguiente.

Cuando subía para llevarle a la señora Tartt un poco de crema de champiñones en una bandeja, me la encontré a mitad de la escalera. Parecía estar prestando atención a un sonido lejano. Después bajó y se dirigió hacia el imponente reloj de pie, junto a la puerta principal. Era más alto que ella y tenía largas campanillas de latón y pájaros cerúleos pintados con los picos abiertos, cantando, alrededor de los números romanos de las horas.

—El reloj de mi abuela se ha parado —observó. Parecía confusa y un poco desorientada. De alguna manera no me había dado cuenta del silencio que reinaba—. Polly siempre le daba cuerda. Todos los

martes. —Abrió la pequeña cubierta de cristal para mover las manecillas, detenidas a las cuatro y cinco. Pero enseguida miró a su alrededor, con las comisuras de la boca profundamente caídas—. ¡Cielo santo, ya ni siquiera sé qué hora es!

—La casa empieza a llenarse de polvo —observó Frances, haciendo un mohín en el comedor—. ¿Ves aquella mesa?

—Sí, Frances. Ya lo haré luego —dije—. Cuando haya terminado con los platos.

Solo era viernes, pero aún parecía que nadie sabía qué hacer. Era evidente que entre las posibilidades no figuraba limpiar la cocina ni ordenar la casa. Aunque solo habían pasado tres días, yo ya tenía el cuerpo destrozado y los brazos doloridos de cocinar tres comidas al día, por no hablar de limpiar el resto de la casa, atender a los animales y arreglar el caos que había dejado Rory, además de revisar las facturas. Y no parecía que la situación fuera a mejorar. Llevé más café al comedor, aunque en realidad habría querido ponerle a Frances una bayeta en la mano y una escoba en otro sitio. Pero me contuve, porque me dije que estaba pasando un duelo. Ambas lo estaban pasando. La señora Tartt había perdido un hijo; Frances, un marido, y las dos, un viejo amigo: el dinero.

—Buenos días —saludó la señora Tartt, entrando en el comedor.

Llevaba ropa decente por primera vez en varios días. Se había puesto un vestido rosa pálido y se había aplicado pintalabios y colorete en las mejillas. Aún se le notaban las ojeras, pero parecía más despierta y con la mente más despejada, y eso me hizo confiar en que pronto podríamos hablar de qué hacer.

—Creo que llamaré al señor Binny para que me lleve a la ciudad dentro de un rato. Se me están acabando las pastillas para el corazón. —Junto a su plato había colocado una hoja de papel y una

pluma estilográfica—. Si alguien quiere que añada algo a la lista, me lo puede decir.

—¡Yo! —exclamó Frances, inclinándose hacia ella.

Fui al horno a ver cómo estaban los fideos gratinados con jamón y queso y, de regreso, miré por encima del hombro de mi hermana y vi que estaba añadiendo ítems a la lista con su caligrafía perfecta.

—Franny —le dije.

—¿Qué? —repuso ella, sin dejar de escribir.

—¿Para qué gastar dinero en comprar nata? Tienes una vaca en el establo.

—Me gusta más la de la tienda.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando uno de los artículos de la lista.

—Memphis Ice Slippers, las galletas más maravillosas que puedas imaginar. Se las encargué hace dos semanas a la señora Rich.

—¿Mermelada de naranja? —Me costó decir lo que pensaba, pero lo hice—: Señora Tartt, ¿de verdad le parece necesaria?

Se encogió de hombros.

—Solo he escrito lo que creo que nos hace falta.

—¿Y qué quiere comprar en Muebles Denton? —pregunté.

—Un aparato de radio —respondió ella—. No te preocupes. Les diré que lo carguen a nuestra cuenta. Lo pagaremos cuando todo se haya solucionado. Tenemos cuenta en todos los comercios de la ciudad.

—Así es. En todos —confirmó Frances, irguiendo la espalda.

Les arrebaté la lista.

—También tienen deudas por toda la ciudad y una hipoteca que pagar, así que, por favor, no carguen más dinero a ninguna cuenta. Es posible que necesiten ese crédito más adelante. —Apoyé la mano

en la mesa—. Lo que tenemos que hacer es calcular de cuánto disponen exactamente para vivir. Vayan a buscar sus bolsos.

La señora Tartt abrió el suyo sobre el regazo.

—Solo me quedan veinticinco centavos. Le di el resto a Picador y todavía les debemos veintidós dólares a ella y a Polly.

—¿Franny? —dije yo.

—Mi mesada no es para pagar los gastos de la casa —replicó.

Cerré los ojos y después me la quedé mirando fijamente, hasta que cedió:

—De acuerdo, lo que tú digas. —Se levantó y volvió al cabo de unos segundos con un monedero negro, cuyo contenido se puso a contar con un dedo—. Ochenta y dos centavos.

Fui a buscar una lata de té vacía y metí dentro las monedas de ambas.

—Muy bien, veamos... Señora Tartt, tendrá que ir al banco a retirar todo lo que quede en su cuenta. El señor Allison dijo que eran treinta y seis dólares y catorce centavos. No sé cómo funcionan estas cosas, pero tengo miedo de que se los quiten. La acompañaré y le haremos algunas preguntas acerca de la hipoteca.

La señora Tartt se estremeció visiblemente.

—¿Tengo que volver a ese sitio? A lo mejor puedes hablar tú con él en mi nombre...

—No sé si se podrá, pero lo preguntaré. —Fui a buscar el voluminoso talonario de Rory de su estudio y lo deposité delante de la señora Tartt—. Hágame un cheque y yo iré a cobrarlo.

Al menos sabía que esa parte era posible.

—Me parece que no sé cómo hacerlo —replicó ella—. ¿Tú sabes extender un cheque, Frances?

Mi hermana negó con la cabeza.

—Rory decía que no era propio de una dama.

—¡Qué conveniente para él!

Yo había visto al señor Parkins extender unos cuantos cheques, de modo que me senté a la cabecera de la mesa con el talonario y la pluma de la señora Tartt y preparé un cheque por un importe de treinta y seis dólares y catorce centavos. Después le di la pluma a la señora Tartt, para que lo firmara.

—¿Por qué actúas como si fueras la jefa? —preguntó Frances—. ¿Y quién te ha dicho que puedes sacar cosas del estudio de Rory?

Arranqué el cheque del talonario y le respondí tan amablemente como pude, sin levantar la voz. ¿Nadie le había enseñado nada, solo porque era guapa?

—En algún momento tendré que volver a casa, Franny, y cuando lo haga, querré estar segura de que vas a comportarte con sensatez.

—Ojalá no tuvieras que irte —intervino la señora Tartt, y enseguida le echó una mirada a Frances—. Si te vas, nos quedaremos solas nosotras dos.

—¡Por favor, Birdie! No te vayas —suplicó Frances—. Necesitamos tu ayuda.

—De momento, no te preocupes. No hay otro tren hasta la semana que viene —repuse.

—Quizá para entonces Rory ya habrá regresado —dijo mi hermana.

Tardé por lo menos cinco segundos en responderle.

—Sí, Franny. Puede ser.

Esas pocas palabras la hicieron sonreír un poco. Fue patético.

—Te portas demasiado bien con nosotras, Birdie —dijo la señora Tartt.

—Ella es así. No puede evitarlo —le aseguró Frances.

Me pareció casi tierno su comentario. Después mi hermana se levantó de la mesa y, por fin, fue a darse un baño. Pero regresó al

cabo de unos segundos y dijo:

—Hay una mujer ahí fuera, mirando hacia aquí.

—¿Quién es? —preguntó la señora Tartt—. Espero no haber olvidado la reunión del club de bridge. No la he olvidado, ¿no?

—Tiene aspecto de vagabunda. Probablemente ha venido a pedir comida. Birdie, deberías dejar de alimentar a todos los mendigos que se presentan en la puerta.

—No le he dado comida a... —contesté mientras me levantaba para ver quién era, preguntándome cómo habría hecho mi hermana para pasar del «ayúdanos» a «no ayudes a los demás» en cuestión de segundos.

«¡Dios mío, es ella!».

Delante de la casa estaba parada la madre de Meg.

## 17

—Charlie, lo siento, no te había visto —dije, bajando el sendero de ladrillos hasta la verja.

Me preguntaba cuánto tiempo llevaría de pie ahí fuera. El sol estaba alto en el cielo, y un viento caliente y cargado de polvo que bajaba por Lamar Boulevard le agitaba los rizos oscuros delante de la cara. No llevaba sombrero. Solo lucía el sucio vestido amarillo de la otra vez. Tenía el bolso negro bajo el brazo y con la otra mano agarraba la parte superior enrollada de una bolsa de papel marrón.

—Habría venido antes, pero el dueño de la pensión no me pagaba. ¿Has averiguado algo acerca de Meg?

—No, yo... no. De hecho, no sé realmente... si debería... —Le había dado mil vueltas al asunto y no había pasado de ahí. Por una vez, quizá debería mantenerme al margen. Era posible que Meg

estuviera mejor donde estaba, sin saber nada más de lo que sabía, al menos de momento.

Charlie debía de medir unos diez centímetros menos que yo, pero era una fuerza de la naturaleza. Se acercó a mí como había hecho en la puerta de las Huérfanas.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¡Dijiste que ibas a ayudarme!

Retrocedí un paso. No era eso lo que había dicho exactamente.

—Meg está ahora con su nueva familia. Necesita tiempo para adaptarse y vivir un tiempo como cualquier niña normal.

Charlie se apartó con ademán feroz unos mechones que se le habían pegado a la boca. No parecía convencida.

—Lo importante —continué— es que esa familia tiene medios para cuidarla y que Meg ya no está en el orfanato. Y que está lejos de Garnett —añadí sin poder contenerme.

A Charlie se le ensancharon las fosas nasales y sus ojos oscuros adquirieron un brillo animal. «Ahora es cuando me embiste como un toro», pensé.

—No creerás que Garnett va a permitir que Meg viva felizmente con su nueva familia, ¿no? ¿Sabes lo que nos hizo esa bruja? ¿Lo que me hizo a mí? —Desenrolló la parte superior de la bolsa de papel y extrajo de dentro un periódico, cuyas hojas se agitaron ruidosamente al viento. Vi que era el número donde aparecía el artículo sobre el premio de Garnett—. ¿Has leído su discurso en el periódico?

—Sí, la mayor parte. —No entendía qué relación podía tener ese artículo con ella, o con Meg—. No sé qué estás queriendo decirme, Charlie.

—Lo que te estoy diciendo es que Garnett Pittman participó en mi juicio hace dos años. Fue ella quien pidió que me declararan débil mental. —Se apartó otro rizo rebelde de la boca—. Sé que fue ella

porque el juez mencionó su nombre, y lo siguiente que supe fue que me imponían la pena más alta y me enviaban a Ellisville. No entendí por qué se había empeñado Garnett en encerrarme... hasta que leí su repugnante discurso. ¿Quién se habrá creído que es? ¿Dios Todopoderoso? —Volvió a ponerme el periódico delante de la cara. Enseñando los dientes y con el cabello oscuro al viento, la madre de Meg parecía estar dando la razón a quienes la habían declarado loca.

—Charlie... No te sigo.

—Garnett hizo que me esterilizaran —afirmó.

Me quedé mirándola. Una ráfaga de viento feroz nos azotó.

—¿Qué? No estoy segura de entenderte.

Charlie exhaló un largo y pesado suspiro. La dureza de su rostro dio paso a una expresión de amargura.

—Garnett Pittman hizo que me tumbaran en una camilla y me cortaran el vientre con un cuchillo para arrancarme la matriz y que no pudiera volver a tener hijos. —Parecía asqueada—. Se aseguró de que la operación formara parte de la sentencia. Por eso hizo que me declararan «débil mental». Fue ella quien les pidió que lo hicieran.

Bajé la vista hacia el periódico que tenía en la mano, con los negros titulares bailando al sol.

—Pero Garnett... es la directora de un orfanato, Charlie. No veo cómo es posible que...

Ella levantó la vista al cielo, apretando los dientes, claramente contrariada por lo difícil que le resultaba hacerme entender.

—El «prestigioso colega» que presentó a Garnett durante la ceremonia, el doctor Hubert Ramsey, es el director de la colonia de Ellisville. Lo dice todo en su discurso sobre los «desgraciados huérfanos», hijos de padres «imbéciles», y sobre las «débiles mentales que transmiten el estigma de madres a hijos». ¡Está hablando de gente como yo! Porque tuve una hija fuera del

matrimonio y porque me sorprendieron hablando, o flirteando, con un hombre de color en la estación de trenes. Por eso me arrestaron. ¿Crees que eso me convierte en una imbécil? ¿Te parece excusa suficiente para hacerme lo que me hizo? Porque a ella sí se lo parece.

Me sequé el sudor de la frente, tratando de encontrarle sentido a todo eso. ¿Culpaba Charlie a Garnett por lo que le habían hecho en una institución? ¿Pudo Garnett realmente haber ordenado algo así? ¿O es que la madre de Meg solo estaba buscando a alguien a quien culpar de sus horribles circunstancias? Tal vez estaba un poco tocada o había perdido la cabeza durante su encierro. Pero, mientras me preguntaba si de veras Garnett era capaz de hacer algo así o podía ser tan cruel, veía la imagen solitaria de Meg, sentada durante meses en aquel despacho mohoso. Sí, Garnett era capaz de hacer algo así.

El sol nos castigaba sin piedad junto a la carretera polvorienta, y el taxi de Charlie hacía tiempo que se había marchado. No sabía cuándo volvería, ni si iba a regresar.

—Ven, vamos a la sombra —propuse—. Iré a buscarte un vaso de agua.

No estaba segura de qué podía hacer por esa mujer, pero al menos podía hacer eso. Ella me siguió por el sendero de ladrillos y nos sentamos en medio de la escalera de la entrada. Entré y regresé con dos vasos de agua con un poco de hielo, aliviada por no haberme cruzado con Frances ni con la señora Tartt, aunque sabía que más tarde me harían preguntas.

Después de beberse el agua, se refrescó la frente con un pañuelo mojado. Tenía una gruesa carrera en una media y aún conservaba la mancha de sangre en el zapato izquierdo. Parecía exhausta. Yo también lo estaba. Me dolía la espalda de cocinar, fregar y limpiar las

manchas de algo horrible llamado «cúrcuma» que se me había caído al suelo de la cocina esa mañana.

—Charlie, lo que te ha ocurrido... es horrible. —Aunque pareciera una locura, yo la creía, más que nada porque no podía imaginar un motivo para que alguien se inventara algo así—. Pero yo quiero lo mejor para Meg. Le tengo mucho afecto. —Respiré hondo y me obligué a seguir—. Y la verdad es que... creo que Meg estará mejor con esa familia, que por lo visto tiene recursos para cuidarla.

La observé, pensando que en cualquier momento me embestiría el toro o se desataría una tormenta de lágrimas, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Charlie asintió y se pasó la lengua por los dientes tranquilamente, como si ya se lo esperara. Me sentí todavía peor al comprobar que tenía tan poca fe en los demás. Yo siempre me había enorgullecido de no ser el tipo de persona de la que no se puede esperar nada.

—Lo siento —añadí. Y era cierto que lo sentía.

Se apretó el entrecejo con los dedos y cerró los ojos. Yo conocía bien esa expresión de absoluta frustración ante un mundo ignorante.

—Está bien —dijo, aunque nada estaba bien—. Pero quiero preguntarte una cosa. ¿No crees que Meg se merece saber que su madre no la abandonó sin importarle que se muriera de hambre? ¿No has dicho que eso es lo que cree, probablemente porque es lo que Garnett quiere que crea? —Se volvió hacia mí y me cogió de la mano. La suya estaba fría y húmeda, por el contacto con el vaso de agua—. ¡Tiene once años! ¿No crees que esa mentira la afectará el resto de su vida?

Sus ojos negros me miraban suplicantes. Tenía las mejillas enrojecidas por el sol y el viento. Su lógica impecable me hizo admirar su capacidad de razonamiento. Era muy injusto que Meg

tuviera que pasar los próximos setenta años viviendo con esa mentira.

—Sí, lo creo —respondí. Fue un alivio reconocerlo.

—Pues tú y yo podemos cambiarlo —dijo—, si me ayudas a encontrarla. —Me soltó la mano, pero no se apartó. Vi que se le empezaban a marcar finísimas patas de gallo alrededor de los ojos —. Ya sé que es mucho pedir, pero... si pudiera quedarme aquí... solo una noche o dos... quizá podríamos ver cómo hacerlo.

—Charlie, esta no es mi casa.

—Puedo dormir en el establo. No me importaría, pero no tengo dinero para ir y venir desde la pensión del señor Finch. Trabajaré en la casa. Puedo limpiar, cocinar, lavar la ropa... Lo hago muy bien. Así me ganaba la vida antes. —Se volvió para mirar el porche, que estaba sin barrer, y luego observó la hierba sin cortar—. Por lo que veo, os vendría bien un poco de ayuda. Como mínimo, podría cortar el césped y limpiar este porche y el otro.

«¡Ay, Birdie! —podía oír ya—. ¡Tú y tu corazón compasivo! ¿Cómo haces para encontrártelos a todos?».

Pero, en definitiva, todo se reducía a una cosa: ¿podía alimentar a personas desconocidas, gatos callejeros y perros sarnosos, y al mismo tiempo negarme a dar cobijo a la madre de una niña a la que adoraba? Si lo hacía, Meg viviría toda su vida bajo el peso de una mentira terrible y dañina, inventada por una persona espantosa.

¿Qué mal podía hacer que Charlie se quedara una noche o dos?

—Hablaré con la dueña de la casa y... quizá...

Dios mío, Frances iba a matarme.

Conduje a Charlie al porche trasero y le pedí que me esperara mientras yo les servía a mi hermana y a la señora Tartt los fideos

gratinados con jamón y queso. La comida primero y la conversación después.

Salí para llevarle a Charlie un plato. Nada más probarlo, cerró los ojos y exclamó:

—¡Virgen santa! ¡Qué delicia!

Cuando yo ya estaba a punto de regresar al comedor para explicarles por qué Charlie tenía que quedarse, Frances entró por la puerta de vaivén de la cocina.

—A los fideos les falta sal.

—Nada de eso —repliqué, interponiéndome en su camino.

—No tienen sal —insistió. Se me escapó por un costado para dirigirse al armario junto a la ventana—. ¿Quién es...? —Vi que se le aflojaban los hombros—. Birdie, dime que esa mujer que está en el porche no es la vagabunda de antes.

—No es ninguna vagabunda, Frances. Es una conocida mía. Se llama Charlie. Está pasando por una época difícil y he pensado que podría ayudarla.

«Como te estoy ayudando a ti —añadí mentalmente—. Así funcionan las cosas, ¿lo entiendes?».

—Nosotras estamos pasando por una época mucho peor, así que ya puedes decirle que se largue. ¡Y deja de regalar comida! ¿No decías que tenemos que actuar con sensatez?

—No estoy regalando nada. Se ha ofrecido para trabajar. Ha dicho que cortará la hierba y barrerá los porches, que buena falta les hace. —Yo hablaba en voz baja, para que la señora Tartt no me oyera.

—No quiero que una extraña barra nuestros porches.

—De acuerdo, entonces ve y bárrelos tú, porque yo no puedo hacerlo todo.

Fue un error decir eso, porque Frances se puso como una furia y empezó a gritar:

—¡Estamos en medio de una emergencia, ni siquiera sé dónde está mi marido y ahora tú pretendes meter en casa a una extraña, solo porque Birdie la compasiva ha de ser buena y caritativa con todo el mundo!

—¡Ya está bien! —le espeté. A decir verdad, no las tenía todas conmigo respecto a la mujer con antecedentes penales sentada en el porche trasero, pero me indignaba que Frances no fuera capaz de compartir un plato de comida por culpa de su escuchimizado corazón mientras le hacía la pelota a gente como Garnett Pittman—. Me he quedado para ayudarte, pese a tener mis propios problemas, y he estado cocinando y limpiando, cosa que no me importa. Pero, si yo puedo ayudarte a ti, tú puedes echarle una mano a una persona necesitada.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó la señora Tartt, entrando en la cocina—. ¿Se está incendiando la casa?

—Birdie ha invitado a comer a una vagabunda.

—¡Franny! Es una amiga mía y además tiene nombre...

—Una conocida, has dicho. Está ahí fuera, en el porche trasero.

—¿Qué es...? ¿De quién habláis? —La mirada de la señora Tartt se desplazó hacia la ventana.

—Se llama Charlie, y la conozco de... otro sitio. Se ha ofrecido para limpiar los porches y ayudar un poco, pero no por dinero. Sinceramente, creo que nos... que me vendría bien su ayuda.

Por desgracia, Charlie se había puesto de pie y, al estar de perfil, se notaba un poco más que su vestido estaba sucio.

—Señora Tartt, está pasando por un momento muy complicado —expliqué—. Lo mismo que nosotras, y me gustaría ayudarla en lo que podamos, aunque sea muy poco.

—Sí que parece bastante venida a menos, querida —comentó la señora Tartt, llevándose una mano al relicario de oro que siempre lucía al cuello—. Pero si es amiga tuya... supongo que podemos ayudarla. ¿No crees, Frances?

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Gracias. También le he dicho que podía pasar la noche aquí... si no es mucha molestia.

La señora Tartt se quedó un momento sin palabras y al final preguntó:

—¿Quieres decir... en esta casa?

A Frances se le había abierto la boca lentamente y así se le había quedado.

—Solo una noche o dos —expliqué—. Podría dormir aquí abajo, en el cuarto de servicio. —Señalé la pequeña habitación junto a la cocina. Aunque no confiaba del todo en Charlie, hacerla dormir en el establo no habría cuadrado con la historia de que éramos amigas.

—¿Quieres meterla en esta casa? —exclamó Frances con una mueca de disgusto—. ¡Si parece una indigente! Tiene el vestido todo... salpicado de algo.

Era cierto que, visto de lado, el vestido parecía todavía peor: arrugado y con la tela muy gastada en algunos puntos, de tanto frotar.

—¿Y si nos roba? —prosiguió mi hermana.

Me la quedé mirando.

—¿Qué quieres que robe, Franny? ¿Las tablas del suelo?

—¿Estás segura de que Pic y Polly no pensarán que hemos contratado a otra persona en su lugar? —dijo la señora Tartt—. Se me partiría el corazón. Ni siquiera les hemos pagado lo que les debemos.

—No se lo diremos a nadie —propuse. En cualquier caso, me parecía una buena idea—. Serán solo un par de días y me hace falta un poco de ayuda. Además —añadí—, es lo más caritativo que podemos hacer.

La señora Tartt asintió levemente.

—Tienes muy buen corazón, Birdie, ¿lo sabías?

—Usted también —repuse.

—Si es amiga tuya, no tengo nada que objetar —dijo la señora Tartt—. Seguro que tú tampoco, ¿verdad, Frances?

El cuarto de servicio se hallaba al fondo de la cocina, a la derecha, al otro lado del lavadero. Las paredes estaban revestidas con un papel pintado de desvaídas florecillas azules. Había una cama individual con una colcha blanca, una ventana, un tocador, un taburete y una antigua mecedora raquítica, con la figura de un corazón labrada en el respaldo.

Hice pasar a Charlie y le enseñé la habitación.

—Ya sé que no es mucho, pero es mejor que el establo —dije.

El techo inclinado sobre la cama me habría dado claustrofobia. El aire olía un poco a rancio o a rincón olvidado. Nunca había visto a Picador ni a Polly sentarse allí ni siquiera un minuto. Solo pasaban para ir al retrete.

Charlie miró a su alrededor, se asomó al cuarto de baño y se llevó la mano al pecho cuando se vio reflejada en el espejo del lavabo, con las mejillas hundidas y el pelo despeinado por el viento.

—¿Hay una bañera? —exclamó.

—Creo que solo tiene grifo de agua fría —dije.

—Está muy bien. Gracias, Birdie.

—De nada. Ponte cómoda y... —¿Cómo iba a hacer para gestionarlo todo? El momento no podía ser menos oportuno, pero eso no era lo único—. Escucha, no le digas a nadie que eres la

madre de Meg, ni nada sobre Garnett. Frances... la admira mucho. Así que quédate aquí y descansa hasta que regrese y os presente como Dios manda. Lo siento, pero ahora tengo que ir a la ciudad a ocuparme de unos asuntos.

El viento había cesado por completo, pero la humedad era tan densa que hasta parecía sólida. Hacía casi treinta y ocho grados, el tipo de calor que mata a la gente, pero yo seguí de todos modos. Tenía una lista de recados que no podían esperar a que hiciera mejor tiempo.

—Me gustaría enviar un telegrama breve a la oficina de Port Gibson, por favor —dije delante del mostrador de Western Union, con la cara bañada en sudor.

Un telegrama breve costaba diez centavos y podía tener un máximo de diez palabras. Una vez en Port Gibson, un empleado del telégrafo lo llevaría en coche hasta Footely, a cincuenta y un kilómetros de distancia, para entregarlo a su destinatario. Desde el punto de vista económico, no tenía el menor sentido. Pero quien quisiera responder con otro telegrama tendría que hacer el recorrido inverso hasta Port Gibson o llamar, y yo sabía que el señor Parkins no haría eso. En su lugar, escribiría una carta, que era más barata y tardaría mucho más tiempo en llegar. De ese modo, yo no conocería su reacción hasta pasados al menos tres días. Pero la verdadera belleza del telegrama breve era la imposibilidad de extenderse en explicaciones y el hecho de que el telegrafista tenía prohibido hacer preguntas, aunque el texto dijera: «Voy a matar a tal y a cual».

—Es para el señor Parkins, Footely Farm & Mercantile Store, ruta 26, Footely. El mensaje es el siguiente: «Tengo que quedarme más en Oxford».

La señora de mediana edad que me atendía mantuvo un momento un dedo en el aire sobre el aparato plateado.

—Solo son seis. Todavía le quedan cuatro.

Se refería a la cantidad de palabras, pero ¿qué más iba a decir yo? ¿«Rory padece homosexualidad», «se lo llevó todo», «no nos queda dinero»?

—«Hay muchos hombres casaderos» —dije.

¿Por qué no brindarle a Footely una novedad emocionante, en diez palabras o menos? Ahora nadie me dejaría volver a casa aunque lo quisiera. La empleada frunció los labios y noté que se moría por preguntar.

Después recogí la correspondencia de los Tartt y fui a la droguería Gathright-Reed, a comprar la medicina de la señora Tartt para el corazón.

—Un dólar y veinticinco centavos —dijo el hombre de la caja.

El importe casi me quema los oídos.

—Eh... Cárguelo a la cuenta, por favor —repuse.

El hombre bajó la vista a un libro.

—¿Me haría el favor de avisar a los Tartt de que se están retrasando en el pago? La deuda asciende ya a seis dólares y cuarenta y un centavos. O quizá podría abonar la cuenta hoy mismo, si es tan amable.

—¿Qué? —Intenté fingir sorpresa. No era el lugar ni el momento para suplicar—. Vaya, ¡qué contrariedad! Solo llevo cincuenta centavos encima y la señora Tartt necesita su medicina.

El tipo pareció incómodo y al final dijo:

—De acuerdo. Con eso será suficiente. —Vi pasar de mis manos a las suyas dos monedas de veinticinco centavos—. Salude de mi parte a la señora Tartt.

En el banco, al lado del retrato de Henry Tartt que había junto a la entrada, me separé del pecho sudoroso la tela del vestido azul, el segundo más presentable de mi vestuario. La bolsa de los

comestibles se había humedecido y el pelo se me había pegado a la frente. No era precisamente la imagen de la «moda para triunfar» de Frances. Una vez más, la pelirroja del primer escritorio ni siquiera levantó la vista para mirarme. Aun así, me fijé en la placa con su nombre que llevaba prendida al pecho: ELEANOR YANCEY. Tenía el mismo apellido que la chismosa de Pripp. Ese sitio no me gustaba nada.

Pasé junto a la señorita Yancey y me dirigí a uno de los cajeros, detrás de su ventanilla con rejas doradas.

—Necesito cobrar este cheque, por favor. En billetes pequeños y monedas.

No me sorprendí cuando dijo que tendría que consultarlo.

Contemplé la sala a mi alrededor. Aunque parecía que hubieran pasado semanas, hacía solo tres días que habíamos estado allí. Una placa de bronce sobre un escritorio cercano rezaba: PRÉSTAMOS E HIPOTECAS. Mi padre solía decir: «Si *hipo* es un prefijo que denota escasez y *teca* es el sufijo para los lugares donde se guardan cosas, entonces *hipoteca* significa que tienes muy poco que guardar, porque estás en la ruina». Excepto Henry Tartt junto a la puerta principal, nadie de los presentes sonreía. A tres metros de distancia, la señorita Yancey me lanzó una mirada mientras le susurraba algo a un hombre. Me pareció muy poco amable por su parte. Deduje que a la familia Tartt le quedaba poco tiempo para seguir siendo conocida como una de las más ricas de Oxford. Entonces vi que Jack Walsh venía hacia mí, andando pesadamente.

Vestía un traje de color tostado que le sentaba mejor que el del otro día, camisa blanca y corbata oscura. Tenía la nariz levemente quemada por el sol y no pude evitar pensar por segunda vez que era bastante guapo, aunque trabajara en un banco.

—Señorita Calhoun, me alegro de verla otra vez por aquí —dijo, tendiéndome la mano.

El cajero volvió a su encierro entre rejas y se puso a contar los billetes que iba a darme.

—¿Cómo se encuentra la señora Tartt? —preguntó Jack Walsh.

—Mejor que nunca, señor Walsh. Todo va genial.

Hizo una mueca ante mi comentario sarcástico.

—Rory tendrá que... tomar algunas decisiones muy difíciles. Si hay algo que pueda hacer, por favor, dígamelo.

Ese hombre ignoraba lo que había hecho Rory, no sospechaba que había destrozado el corazón de su madre y de su mujer, así como las perspectivas financieras de la familia Calhoun. Yo sentía que el agua me estaba llegando al cuello y ni siquiera sabía nadar.

El cajero seguía contando los billetes, *flis*, *flis*, *flis*. Me volví hacia el despacho del señor Allison. Un hombre de aspecto desdichado, delgado como un espantapájaros, con mono de trabajo planchado para la ocasión, se disponía a salir de la oficina con cara de haber recibido una noticia terrible. El señor Allison cerró la puerta después de despedirlo, y el hombre se encaminó solo hacia la salida con los labios muy apretados. Recordé que el otro día el señor Walsh había acompañado a la pareja de ancianos hasta la puerta principal y se la había mantenido abierta.

—Bueno, de hecho... —empecé—. Sí que hay algo. ¿Podríamos hablar? ¿En un sitio que no sea aquí?

—Sí, por supuesto. —Lo noté sorprendido, pero enseguida sonrió. ¿Por qué sonreiría de esa manera? No era una situación que invitara a la sonrisa—. ¿Mañana, en el café de Buffaloe?

Supuse que lo diría porque en ese momento no podía atenderme.

—¿A mediodía? —pregunté.

—¿Quiere que pase a recogerla o...?

—¡No, no! —Mi cara ya de por sí enrojecida se encendió todavía más. ¿Pensaría que le estaba proponiendo algún tipo de cita?—. Nos encontraremos allí, gracias. —Cogí el sobre con el dinero del mostrador y salí a toda prisa.

Caminé cerca de medio kilómetro hacia el noreste por la avenida Jackson hacia Freedmen Town, la parte de Oxford en la que vivía la gente de color y donde había oído que había más tiendas. Como los Tartt tenían deudas en todos los comercios de la plaza, me dije que quizá podía probar suerte por allí.

Freedman Town empezaba más o menos en la Séptima, donde la Iglesia Metodista Episcopal de Burns, y como imaginaba, encontré allí una animada zona llena de tiendas. A partir de cierto punto, la carretera se convertía en una especie de camino de grava apisonada, por cuyo centro avanzaba pesadamente un carro tirado por una mula, aunque a los lados había automóviles aparcados. Pese al calor sofocante, había gente en la calle, algunos bajo el toldo a rayas azules de una tienda que vendía todo tipo de productos. Me asomé a la ventana y vi sobre todo rollos de tela y artículos de costura, así que seguí andando. Había casas dispersas a los lados del camino y también una hilera de estrechas viviendas de madera, todas idénticas entre sí. En el delta las llamábamos «casas escopeta» porque podías disparar una bala por la puerta delantera y que saliera por la trasera limpiamente, sin impactar contra nada. Algunas estaban pintadas de blanco, otras lo habían estado alguna vez y, entre medias, había huertos y tendederos.

Más adelante, pasé por una tintorería, unas pulcras oficinas con un cartel que proclamaba SERVICIOS EMPRESARIALES BOLES y una ferretería. Un poco más allá, se oían los martillazos de un herrero que estaba herrando a un caballo. Al lado del taller había un pequeño local llamado BIRD'S donde al parecer vendían bebidas frías,

pan o verduras, y donde también era posible quedarse a escuchar a un hombre que rasgueaba una guitarra y tocaba un silbato de caña, pero no a cambio de dinero, sino por el placer de entretener a quien quisiera escucharlo. Había una mujer apoyada en el quicio de una puerta con un niño pequeño y los dos contemplaban al hombre del silbato como si, más que música, estuviera haciendo magia. Noté, sin embargo, que la mujer me seguía con la vista, como habría seguido un dedo los contornos de un mapa, y caí en la cuenta de que la llegada de una mujer blanca desconocida no se consideraba quizá una buena noticia en Freedman Town.

Antes de incomodar a nadie más, me apresuré a entrar en una tienda más grande de comestibles que había al otro lado de la calle. Una mujer corpulenta con delantal se incorporó detrás del mostrador.

—¿Puedo ayudarla? —me preguntó.

—Sí, por favor. Solo necesito un par de cosas. —Dejé la lista sobre el mostrador y ella miró la puerta, como si pensara que me había perdido—. Yo... vivo a un kilómetro y medio de aquí —dije, pero como seguía mirándome con recelo, añadí—: Conozco a Picador y a Polly.

Casi como si le hubiese dicho algún tipo de contraseña, levantó una ceja y sonrió.

—Conozco a Picador. Es una de mis personas favoritas de todo el pueblo.

Asentí y respondí:

—La mía también.

Mientras esperaba a que pesara y anotara todo lo de mi lista, entraron dos chicas con vestidos de flores y sombreros blancos y sacaron una botella de las que había dentro de un barril lleno de hielo. Se apoyaron en la otra punta del mostrador y empezaron a

pasarse la botella y a dar sorbos, mientras cuchicheaban: «¿Qué hace esa blanca aquí?». Nunca me había sentido tan observada. Me fijé en que en ninguna tienda de Freedmen Town había carteles de SOLO BLANCOS, ni entradas exclusivas para gente de color, pero a nadie parecía extrañarle excepto a mí. Allí, Picador y Polly no tenían que lidiar con ninguna de esas tonterías, mientras que a tan solo diez minutos de distancia los blancos se ponían enfermos pensando que alguien de color pudiera usar la puerta equivocada o hablar cuando no le tocaba. Pronto descubrí, además, que los precios allí eran bastante más ajustados y me sentí tonta por no haber ido antes a comprar a esa tienda. Me llevé la misma marca de café de siempre, levadura, té Luzianne, manteca y limones, y todo por cuarenta y un centavos, unos cinco centavos menos que lo que habría pagado en la plaza, según mis cálculos.

Cuando llegué a casa, tenía las manos y los tobillos hinchados por el calor y estaba cubierta del polvo de Lamar Boulevard, desde el sombrero de paja hasta las suelas de los zapatos viejos. Lo único que quería era darme un baño, pero antes tenía que ver cómo estaba Charlie.

Al fondo del pasillo, un sonido bajo y constante retumbaba como un tambor antes de la batalla. Fui a la cocina, que encontré vacía, y dejé la bolsa de comestibles sobre la mesa. La puerta del cuarto de servicio estaba abierta, con las luces apagadas. Como seguía oyendo el ruido profundo y repetitivo, salí al pasillo y fui a ver qué estaba pasando en el saloncito. Allí estaba la señora Tartt en bata, tumbada en el sofá rosa, con un paño sobre los ojos.

—¿Se encuentra bien, señora Tartt? ¿Ha pasado algo?

En el rincón más apartado, el gramófono que ya nadie hacía sonar estaba abierto, con un disco girando en el plato. Los tambores

habían dado paso a una creciente marea de violines. La señora Tartt no reaccionaba.

—Señora Tartt, siento despertarla, pero...

Entonces se movió ligeramente, se quitó el paño de los ojos y se levantó un poco, apoyándose sobre los codos. Tenía la cara húmeda e hinchada, pero enseguida sus ojos azules cobraron vida.

—He tenido una de mis terribles jaquecas, pero ahora ya me siento un poco mejor.

El disco se había acabado, de modo que aparté la aguja del gramófono.

—Este calor me mata todos los años —añadió la señora Tartt.

En la mesa había un vaso alto, lleno de trocitos de hielo que alguien había picado del bloque de la nevera. Se incorporó y miró por la ventana abierta.

—Tu amiga es muy interesante.

Ay, Dios...

—¿Qué le ha dicho?

—Habla un poco de francés, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía.

—Hemos tenido una charla muy agradable y me ha hecho el favor de picarme un poco de hielo para la jaqueca.

Miré hacia fuera y vi que el porche, antes cubierto de polvo y hojas, estaba limpio. Hasta los tiestos blancos, todavía mojados, estaban relucientes. A los helechos les había arrancado las frondas muertas y ahora parecían verdes y suaves en sus soportes de mimbre. Dentro del arco que formaban los magnolios, había un óvalo de hierba recién cortada. Entonces vi a Charlie, que empujaba el cortacésped hacia el establo y se esforzaba para dejarlo perfectamente alineado con la pared, como le gustaba hacer a Meg con las cosas de su escritorio.

—Es gracioso. Se me había olvidado que teníamos ese viejo gramófono —comentó la señora Tartt, mientras se ponía de pie, apoyándose en el reposabrazos del sofá—. Escuchando los discos, no he echado tanto de menos la radio.

Salió conmigo al porche trasero y nos sentamos en las mecedoras negras, perfectamente limpias. Charlie venía hacia nosotras, enjugándose el sudor de la cara con un delantal que le envolvía el horrible vestido amarillo.

—Ahora está todo mucho mejor, Charlie. Gracias —le dijo la señora Tartt.

Le indiqué a Charlie con un gesto que se sentara en una mecedora junto a nosotras, pero ella fue a sentarse en los peldaños del porche. Supongo que no quería excederse en la familiaridad.

—Es muy bonito esto, parece una habitación más —dijo tímidamente.

Tenía razón. El alto muro que formaba el seto de aligustre cerraba el lado izquierdo del jardín, con una pérgola en el centro, enmarcada por rosales trepadores. Al fondo destacaba la fila de magnolios, que proyectaban sobre la hierba la sombra temblorosa de sus hojas, y a la derecha se erguía el edificio negro y alargado del establo.

—A Henry le encantaba este jardín —rememoró la señora Tartt—. Solíamos celebrar todo tipo de grandes fiestas aquí fuera. Las nuestras eran las mejores del año, todo el mundo lo decía, porque esto parecía un salón de baile. La pista estaba allí en la hierba. Colgábamos luces y guirnaldas de los árboles y bailábamos bajo las estrellas hasta el amanecer.

—Debía de ser mágico —comentó Charlie.

—Después te enseñaré una foto..., si te interesa, desde luego —dijo la señora Tartt.

—Me encantaría verla —respondió Charlie.

Presenté rápidamente a Charlie y a Frances, que no hizo más que esbozar una sonrisa tensa, pero decidí aplazar cualquier conversación seria con la madre de Meg. Ya tenía suficiente con mis problemas.

A la mañana siguiente, Frances me peinó e intentó ondularme el pelo, rociándolo con laca y retorciendo los mechones para que parecieran rizados. Le había dicho que iba a hablar con un hombre acerca de nuestros «apuros financieros». También le había confiado que posiblemente me había entendido mal y había interpretado que era una cita.

Mi hermana negó con la cabeza, como si no me creyera capaz de algo tan interesante.

—¿Quién es?

—Jack Walsh. El tipo grande del banco.

—¿Del banco de Rory? No pensarás contarle lo que Rory...

Sacudí la cabeza. No, no pensaba contarle nada.

Se negó a dejarme marchar si no le permitía pintarme los labios y empolvarme la nariz.

—Franny, mientras yo esté fuera, ¿podrías ser amable con Charlie, por favor?

—Yo siempre soy amable —respondió ella. ¡Ja!

La noche anterior, yo había dudado sobre la conveniencia de sentar a Charlie a la mesa de la señora Tartt, y no por pretenciosa, sino por delicadeza, ya que hasta ese momento la señora Tartt solo la conocía como la chica que limpiaba el jardín y Frances la seguía llamando «la vagabunda». El deslucido vestido amarillo no ayudaba, tampoco los zapatos manchados de sangre. Pero, cuando le dije que viniera a cenar con nosotras, Charlie rechazó cordialmente la

invitación. Aun así, se ofreció a poner la mesa. Yo acepté y fui a hervir el agua para el arroz. El suministro de gas iba y venía. Fuera, a un costado de la casa, la manecilla del depósito estaba casi horizontal, como si durmiera una larga siesta. Pero bastaba rezar con mucho fervor (y abrir y cerrar repetidamente la llave de paso) para que todo volviera a funcionar. Otra preocupación más. Cuando el agua empezó a hervir, le dije a Frances que, si quería tomar té helado esa noche, el hielo no iba a picarse solo.

Cuando la señora Tartt bajó de su habitación para cenar, con un vaso de bourbon bastante generoso en la mano, se la veía cansada e hinchada por la jaqueca. Pero nada más llegar al comedor irguió la espalda e incluso sonrió, porque Charlie había puesto sobre la mesa los manteles individuales de lino blanco y los cubiertos de alpaca a los que había estado sacando brillo. Eran casi tan bonitos como los de plata de ley que se había llevado Rory. Como centro de mesa, Charlie había colocado un cuenco con hojas de hiedra y pequeñas rosas rosadas que había cortado de la pérgola del jardín. La señora Tartt le hizo un gesto de apreciación con la cabeza, como si hubieran estado hablando de esas rosas, y Charlie asintió a su vez.

—Gracias por todo, Charlie —le dije.

—¡El hielo lo he picado yo! —exclamó Frances.

Cuando Charlie se retiró y nos sentamos a cenar, la señora Tartt susurró:

—Frances, ¿no podrías darle algo que ponerse, para que no tenga que llevar siempre ese vestido viejo?

—¿Algo de mi ropa, quiere decir?

—Seguro que tienes alguna prenda que ya no usas. Míralo mañana.

—Mañana no podré, porque tengo cita en la peluquería y tardaré bastante.

—¡Nada de eso! ¡No vas a ir a ninguna peluquería!

—¿Por qué no?

La miré y me eché a reír, sin poder contenerme.

—Porque eres más pobre que un ratón de iglesia, Franny.

La señora Tartt sofocó una carcajada, tapándose la boca con la servilleta. Gracias a Dios que al menos ella tenía sentido del humor.

Llegué con quince minutos de antelación al encuentro con Jack Walsh. Pintado en el escaparate, había un cartel que decía: ¡TODO EL MUNDO COME EN EL CAFÉ DE BUFFALOE!, y más abajo, escrito a mano: «Solo se admiten blancos». Entré pensando en todas las contradicciones que nadie parecía notar y elegí una mesa al fondo, cerca del mostrador de mármol, donde media docena de hombres comían de espaldas a mí, en mangas de camisa o monos de trabajo, con botas embarradas o zapatos lustrados. La sala olía bien, a rosbif, algo que no me podía permitir, porque en el bolso de mimbre que me había prestado Frances solo llevaba una moneda de diez centavos, mis mejores guantes blancos, un tubo de pintalabios rojo y la carta terrorífica que me había hecho acudir al lugar donde me encontraba.

Me puse a estudiar el menú colgado de la pared: refresco carbonatado, cinco centavos; carne con dos verduras, quince centavos; rosbif, veinticinco centavos. Detrás de mí, oí a un hombre sentado en la barra que decía:

—¡Caray, ese viejo cacharro ni siquiera tenía faros! Podría haber matado a esos chicos.

Otro tipo se echó a reír y exclamó:

—¡Sweetwater, Sweetwater! —No sé si lo decía con admiración o disgusto. Por lo que había oído, Sweetwater era un pueblo a una hora y media de distancia de Oxford, unos cincuenta o sesenta kilómetros.

Una voz nasal y estridente dijo entonces:

—Esa mujer tiene suerte de que Sweetwater no esté en mi jurisdicción, porque le cerraría el negocio. Hoy mismo.

Me volví para mirar de dónde provenía esa voz tan desagradable. El que hablaba era un hombre de baja estatura, vestido de color caqui, con un arma en el cinturón. El *sheriff*. Me pregunté si sería el que había detenido a Charlie. En la estación, había dicho ella. Cuando me enderecé de nuevo, vi entrar a Jack Walsh.

Avanzaba con su corpulenta humanidad entre las mesas, de manera lenta y mesurada, ya que un codazo de semejante hombretón habría hecho saltar por los aires toda una mesa de té con hielo. Me sonrió, se quitó la americana azul y la colgó del respaldo de la silla que había a mi lado.

—Espero no llegar tarde. Estaba aguardando fuera.

—Lo siento, no lo sabía.

No pensaba decirle que nunca había quedado con nadie para comer. De hecho, había decidido contarle lo menos posible. Se sentó frente a mí, apoyó ambos codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Olía a limpio: a jabón, con una nota almizclada que no se parecía en nada a la loción tan cara para después del afeitado que utilizaba Rory. La quemadura de su nariz ya se había suavizado hasta convertirse en simple bronceado. Dejé de observarlo con tanto interés cuando recordé que el tipo se ganaba la vida arruinando la existencia de los demás.

Estaba a punto de decir algo cuando se acercó una camarera tocada con una cofia rosa de papel.

—Hola, Jack. ¿Qué va a tomar, señorita?

—Mmm... Un sándwich de queso a la plancha, por favor. —Costaban solo siete centavos—. Y un vaso de agua. —Esperaba que el agua fuera gratis.

—A mí ponme dos sándwiches, Betty —dijo Jack Walsh, y luego, volviéndose hacia mí, añadió—: Yo invito.

—Gracias, pero puedo pagar mi consumición.

No quería deber a un empleado de banco ni un centavo más de lo que ya debían los Tartt. Con mucho cuidado, desplegué la servilleta y me la apoyé sobre la falda.

—Tengo entendido que ha venido de visita desde el condado de Warren, en el delta, ¿no es así? —preguntó.

Asentí. Yo no se lo había dicho.

—Sí, de un pequeño pueblo llamado Footely —contesté—. Una tienda, un teléfono, dos iglesias y ningún banco. —Sonreí, para demostrarle que me sentía orgullosa de lo último.

—También he oído que es usted buena contable y que además es muy hábil... con un martillo y una brocha. —Le brillaron los ojos castaños, como si se considerara muy listo por conocer esos detalles.

—Veo que ha estado hablando con la señorita Yancey. —La chismosa pariente de la entrometida Pripp.

Él asintió y se echó hacia atrás.

—Yo crecí al este del delta, en el condado de Panola. Viví allí, hasta que me fui a trabajar a Jackson.

—¿Qué está haciendo aquí, si trabaja en Jackson?

—El Banco del Condado de Lafayette ha solicitado un préstamo a la Fidelidad de Jackson, que es la entidad donde trabajo. He venido a estudiar las cuentas de este banco para decidir si se lo concedemos o no. Mientras tanto, el señor Allison me ha pedido que lo ayude con los clientes que le quedaban a Rory.

La camarera nos trajo los vasos de agua y hasta ella pareció sorprendida cuando solo un segundo más tarde regresó con mi único sándwich y los dos de Jack.

—¡Qué rapidez! —exclamó ella misma.

Incliné la cabeza y bendije en silencio la comida. Jack Walsh esperó a que acabara, pero no hizo nada. «Descreído», pensé.

Le había prometido a Frances que no le contaría lo que había hecho Rory ni que se había marchado, así que escogí mis palabras con cuidado.

—Quiero ayudar a mi hermana y a la señora Tartt en todo lo que esté a mi alcance —dije—. Pero no sé casi nada de bancos, ni de hipotecas, ni de cómo funciona todo.

—A veces yo también desearía no saber nada. —Se secó la boca con la servilleta—. Estoy... —Tuvo que parar un momento para respirar—. Me entristece mucho lo que ha pasado. Aunque todas las cuentas estaban a nombre de Rory, alguien debería haber avisado a la señora Tartt.

—Considerando todo lo sucedido —dije yo—, y teniendo en cuenta el legado de Henry Tartt, ¿habrá alguna manera de que el banco encuentre una solución para eliminar o reducir la deuda de la hipoteca? —La carta que había traído me quemaba en el bolso de Frances.

Jack frunció el ceño y se le marcó un surco entre los ojos castaños de mirada amable.

—Rory conoce bien la situación. ¿Han hablado con él?

No contesté a eso.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que la señora Tartt pueda solicitar..., no sé..., una segunda hipoteca sobre la casa, hasta que todo esto se haya solucionado?

Había leído algo al respecto en *El mensajero del Delta*.

—¿Una segunda hipoteca? Los Tartt ya están hipotecados hasta las cejas. ¿Qué les ha contado Rory?

Tampoco contesté a esa pregunta. Esperaba que me dijera algo, lo que fuera. Incluso un consejo mediocre podía sernos útil en esa situación.

—¿Estaría dispuesto el banco a conceder más tiempo a los Tartt antes de tomar medidas drásticas?

El surco entre sus ojos se volvió más profundo. Parecía desconcertado.

—¿Sabe Rory que está usted aquí? ¿La ha enviado él a preguntarme todo esto?

Hasta ese momento no había respondido a ninguna de sus preguntas y la estrategia no me había dado ningún resultado. Así que saqué la carta y la abrí sobre la mesa. Probablemente debería haber empezado por ahí. La carta tenía fecha de siete días antes, pero era una entre muchas. Jack la leyó, aunque ya debía de conocer su contenido.

*El importe vencido de 2.754 dólares, que incluye los recargos e intereses acumulados, deberá ser abonado en su totalidad el 15 de septiembre de 1933 a más tardar. De no efectuarse el pago, se dará inicio al proceso de ejecución hipotecaria.*

Estábamos a 19 de agosto.

Jack Walsh se echó hacia atrás y se cruzó de brazos. Se daba cuenta de que algo andaba mal, aparte de lo evidente. Se agarró los brazos con ambas manos, pensando quizá que le estaba haciendo perder el tiempo, y en voz baja preguntó:

—¿Tiene Rory algún plan para su familia?

—No..., no lo creo.

—¿No les ha dicho a ninguna de ustedes lo que está a punto de pasar?

Bajé la vista a mi regazo. No tuve más remedio que decirle la verdad, o al menos una parte.

—Se ha ido. Cogió todos los objetos de valor y se marchó. —Para entonces ya no podía parar—. La señora Tartt y Frances están destrozadas y yo soy la única que ha visto esta carta.

—¿De verdad? No me lo puedo creer.

—Por favor, señor Walsh, no se lo diga a nadie. No haría más que empeorar las cosas y mi hermana me mataría. Ni siquiera tenemos dinero para ir a buscarlo.

Se pasó una mano por la pelusilla rubia de la cabeza.

—No se preocupe, no diré ni una palabra. Hace bien en no querer que se sepa, porque entonces se acabaría el crédito para los Tartt en esta ciudad.

Ahora que Jack lo sabía todo, me dije que ya podía dejar de actuar con tanto refinamiento y apoyé los codos sobre la mesa. Los taburetes de la barra, detrás de nosotros, se habían vaciado. La camarera de la cofia rosa vino hacia nosotros con una jarra de agua helada, pero al vernos las caras dio media vuelta.

—¿Cree que el banco realmente desahuciaría a la señora Tartt?

Jack Walsh había devorado sus dos sándwiches, mientras que yo solo había probado un par de bocados del mío.

—No es un secreto que el Banco del Condado de Lafayette necesita depurar los impagos para conseguir el préstamo.

Asentí para hacerle ver que lo entendía.

—¿Qué pasa en caso de ejecución hipotecaria? ¿En serio echarían a la señora Tartt y a mi hermana de la casa?

Bajó la vista hacia la carta y movió la cabeza arriba y abajo.

—Por desgracia, sí. El quince de septiembre o quizá unos días más tarde, el *sheriff* y un empleado del banco se presentarán con una orden judicial para comunicar a los Tartt que deben abandonar

la propiedad de inmediato. Cambiarán la cerradura y harán una valoración de los bienes contenidos en el inmueble para decidir si los envían a subasta por separado o los incluyen con la casa, para aumentar el valor de venta de la finca.

—¿Se refiere a los muebles... y a la ropa de mi hermana? ¿Se van a quedar con su ropa?

Asintió, pero desvió la vista y se mordió el labio.

—El banco me ha pedido que me mantenga al margen, supongo que por tratarse de los Tartt. —Noté que tenía un poco astillado el incisivo izquierdo. Parecía avergonzado—. ¿Quieres mi opinión? —me preguntó, pasando al tuteo sin previo aviso.

—¡Jack, hace media hora que te la intento sonsacar!

Sonrió levemente y se miró las manos, que eran grandes, suaves y bronceadas.

—Según lo veo, la señora Tartt tiene dos opciones —dijo—. Puede buscar a alguien que quiera comprar su mansión y esté dispuesto a hacerle una primera entrega antes del quince de septiembre. Esa entrega iría directamente al banco, como prueba de buena fe, y créeme que estarían encantados de recibirla. Después, una vez cerrada la venta, podría pagar el resto y quizá le quedaría un poco de dinero para vivir durante un tiempo.

Esa opción me sonaba bastante improbable.

—¿Cuánto crees que le darían por una casa como la suya, si consigue un comprador en tan poco tiempo?

Jack cogió la carta y la miró.

—Los precios se han desplomado, pero, si Rory pudo hipotecarla por cinco mil dólares después del hundimiento de la Bolsa, supongo que todavía sería posible sacar lo mismo o quizá un poco menos. —Se frotó la mejilla—. La otra posibilidad es que venda todo lo que posee, aparte de la casa. Si reúne unos dos mil dólares, creo que le

darían más tiempo para pagar los setecientos u ochocientos restantes.

Entonces esas eran las opciones. Yo sabía, por nuestros problemas con el fisco, que la deuda de los Tartt se iría incrementando con los intereses de demora.

—No veo la hora de volver a casa y comunicarle a la señora Tartt las posibilidades que tiene —dije.

—Puede considerarse afortunada por tenerlas. Mucha gente no tiene ni siquiera eso —observó Jack—. Supongo que Rory no os lo habrá dicho, pero este año el banco pagó los impuestos atrasados de los Tartt para evitar que el condado les subastara la casa y el banco se quedara sin nada.

Era una pena que los Calhoun no tuviéramos un banco que nos pagara los impuestos.

—¿Qué más sabes sobre impuestos atrasados? —pregunté.

—Sé que el fisco se quedaría con la casa mucho más rápido que el banco.

Casi me echo a reír, porque siempre había una noticia peor que la anterior.

—¿Has oído hablar de la gran ofensiva fiscal de la primavera pasada? —me preguntó.

Asentí. Por supuesto que había oído hablar de eso. Cualquiera que hubiera leído un periódico se habría enterado de que la cuarta parte de las propiedades del estado de Mississippi habían sido embargadas por retraso en el pago de los impuestos.

Jack sacudió la cabeza.

—He oído que el *sheriff*, que estaba aquí hace un momento, lo pasó en grande llamando a las puertas y poniendo a la gente de patitas en la calle. Se llegó a comentar que no era normal que disfrutara tanto.

Sonreí.

—Vosotros los banqueros siempre estáis dando buenas noticias, ¿verdad? —Habría querido golpearme la cabeza contra la mesa, pero no pensaba hacerlo delante de él. Hice un último intento—: Jack, ¿no hay nada que puedas hacer para conseguir un poco más de tiempo para los Tartt?

Me miró directamente a los ojos.

—Ojalá pudiera, pero me temo que el proceso está demasiado avanzado. Ni siquiera el señor Allison podría hacer nada, aunque nunca lo admitiría.

La camarera dejó el tique sobre la mesa y él lo cogió.

—¿Tenéis alguna idea de dónde puede estar Rory?

Negué con la cabeza.

—¿Habéis mirado la factura del teléfono? Puede que hiciera alguna llamada antes de irse.

—No sabía que fuera posible hacerlo, pero lo miraré.

Yo solo había hablado por teléfono dos veces. Doblé la carta del banco y deslicé hacia él mi triste moneda de diez centavos.

—No, por favor —dijo él mientras me la devolvía.

—Lo prefiero —insistí, y se la acerqué de nuevo.

Jack sacudió la cabeza y murmuró:

—Testaruda como yo.

—Gracias por todas las explicaciones. Has sido muy amable —dije, y, al cabo de un segundo, añadí—: Sobre todo para ser banquero.

Se rio para sí, pero yo esperaba haberle transmitido que mi agradecimiento era sincero. Plantó las manos en la mesa y se inclinó hacia mí.

—¿Te gustaría ir al cine un día de estos? ¿La semana que viene? Así podrás distraerte y pensar en otra cosa durante un par de horas.

Me puse colorada como una adolescente.

—Pero... ¿por qué?

—¿Qué quieres decir?

—No sé. ¿Es una cortesía del banco? ¿Te quitamos la casa pero te invitamos al cine para que veas que lo sentimos?

—¡No! —Se me quedó mirando con los ojos entrecerrados—. Eres una mujer un tanto peculiar, ¿lo sabías?

—Sí.

Dejó dos monedas, una de veinticinco y otra de cinco sobre la cuenta, y me acercó otra vez mi moneda. Pero, antes de que yo pudiera rechazarla, apoyó sus dos manos sobre las mías. Eran pesadas, estaban calientes y cubrían mis manos por completo. El rubor de la cara se me extendió hasta el cuello y siguió avanzando. Pensé entonces que ningún hombre me había tocado por algo no relacionado con la contabilidad desde... no sabía ni cuándo.

—Sí. Iré al cine contigo, Jack.

En el camino de vuelta, atravesé la extensión de hierba reseca de los tribunales, pasé junto a la estatua del soldado confederado y dejé atrás a los granjeros que vendían los últimos tomates, sandías y okras del verano.

Entré en los grandes almacenes Neilson, donde habíamos estado de compras mientras Rory saqueaba la casa. En el fresco silencio, me permití detenerme un segundo para admirar un maniquí con un ceñido vestido burdeos sin mangas y con el cuello ligeramente levantado. «Puede que tenga una cita la semana que viene». ¿No habría sido fantástico no tener que ponerme uno de mis viejos vestidos azules? Cuando dejé de fantasear, fui a hablar con Will Lewis, que atendía la caja, pero entonces apareció ella. Pripp.

—¡Birdie! —exclamó al verme. Estaba comprando un sombrero verde con una pluma roja—. Espero que Frances se encuentre mejor. No vino el último día. Por lo visto, había comido algo que no le sentó bien.

—Eso parece.

Se acercó a mí como si fuera a contarme un secreto, pero me habló sin bajar la voz.

—Birdie, ¿qué está ocurriendo en casa de los Tartt? Cuando paso por delante, noto que el jardín está cada vez más descuidado. Garnett también pasó por allí el otro día y comentó lo mismo.

—Están buscando un nuevo jardinero —mentí.

Me pregunté por qué tendría que pasar Garnett por la casa de los Tartt. Por ese camino solo se salía de la ciudad. Yo no quería que Garnett Pittman se enterara de nada, y menos aún de que Charlie se estaba alojando con nosotras.

—Bueno, pensé que quizá a la señora Tartt le interesaría saber que el otro día vinieron a casa sus dos criadas buscando trabajo. ¡Imagina mi sorpresa! Les contesté que no necesitábamos más servicio. ¡La más bajita tenía unas ínfulas...! Birdie, ¿qué está pasando? ¿Tienen algún problema los Tartt? —Se relamió los labios, como con glotonería por saber más.

—Nada de lo que preocuparse, Pripp.

Detrás del mostrador, el señor Lewis carraspeó, esperando a que una de nosotras se acercara.

—Pasa tú delante, Pripp, por favor. No tengo prisa.

—Si insistes.

Cuando Pripp se marchó, le dije al señor Lewis lo que ya debía de saber:

—Mi hermana Frances tendría que devolver algunas de las prendas que compró el otro día. ¿Cuánto tiempo tiene para hacerlo?

—Siete días es el plazo para las devoluciones. Por cierto, si los Tartt pudieran saldar cuanto antes la deuda que...

—Gracias —dije, y me marché antes de tener que darle una respuesta.

—Es la peor época del año, ¿no crees? —comentó la señora Tartt en la cocina.

Yo estaba de pie delante del ventilador eléctrico para que el aire me diera de lleno. Ella se había sentado a la mesa redonda del desayuno y estaba tratando de pegar con cola el asa de una salsera que Rory había roto. Era lo más productivo que le había visto hacer en toda la semana. Frances, por su parte, no había vuelto a picar más hielo.

—Cuando me casé con Henry, la antigua cocina estaba allí fuera, junto al establo, antes de que se incendiara. Cuando Inez, la cocinera de Henry, se iba a ver a la familia, me tocaba cocinar a mí en la chimenea, y no imaginas el calor que pasaba. —Mientras hablaba, señaló la chimenea de ladrillo en el rincón, junto a la mesa del desayuno. Sobre la repisa había un tiesto de barro con una planta de violetas africanas—. Cuando Inez murió, trajimos una cocina de carbón, y al cabo de un tiempo, por supuesto, Henry compró la Duparquet. —Negó con la cabeza—. A Picador no le gustó nada. Y sigue sin gustarle, ¿verdad?

—Así es —repuse. Hablaba como si Picador y Polly aún trabajaran en la casa.

Me acerqué al fregadero y empecé a quitarles las hebras a unas judías verdes del huerto, para tener las manos ocupadas. Habría dado cualquier cosa por no tener que contarle las opciones que me había señalado Jack.

En ese momento entró Charlie por la puerta mosquitera, cargando la cesta de la colada. Se había puesto un delantal encima del triste vestido amarillo.

—He recogido estas sábanas. Espero haber hecho bien. Se estaban llenando de polvo.

—¡Cielo santo! ¡Debían de llevar una semana en el tendedero! Gracias, Charlie.

Yo tampoco las había visto.

Charlie se las llevó al pequeño lavadero, al fondo de la cocina.

—Aquí hay un montón de servilletas limpias —dijo desde allí—. Podría plancharlas.

—Oh, no, no hace falta, de verdad —replicó la señora Tartt, pero su tono de voz decía claramente: «Sí, por favor, plancha las servilletas».

—No me costará nada hacerlo —le aseguró Charlie. Salió del lavadero y descolgó de la pared la tabla de planchar. En veinticuatro horas, había hecho la transición de barrer el porche a trabajar en la cocina.

—Hasta hace poco, teníamos dos criadas que venían siete días a la semana —dijo la señora Tartt—. La situación en la que estamos es solo temporal.

—Son tiempos difíciles para todos —comentó Charlie.

—Y que lo digas —suspiró la señora Tartt, y enseguida añadió, en un hilo de voz—: Pero nunca pensé que me afectaría a mí.

Charlie se subió al taburete y enchufó la plancha eléctrica a la toma de la bombilla del techo. Yo no le había contado casi nada de la situación familiar, pero era evidente que estaba haciendo todo lo posible para que la señora Tartt le permitiera quedarse más tiempo.

—Picador tampoco quería usar la plancha eléctrica. Le gustaba más la antigua, que había que calentar en la cocina de carbón —

rememoró la señora Tartt.

—Mi madre era igual —comentó Charlie. Alisó con las manos una servilleta de lino sobre la tabla, la salpicó con el agua de un cuenco y le pasó por encima la plancha, levantando una nube de vapor.

Yo continuaba quitando las hebras a las judías verdes, siguiendo con cierta curiosidad la relación que se estaba estableciendo entre ellas.

—¿De dónde has dicho que eres, Charlie? —preguntó la señora Tartt.

—De las afueras de Memphis.

La señora Tartt irguió la espalda.

—¡Pero si yo soy de Memphis! De niña vivía en Adams Avenue.

Charlie asintió, dando a entender que conocía la calle.

—Mi madre trabajaba en las casas de varias familias, pero no en la ciudad, sino en las afueras, en las fábricas textiles. —No parecía avergonzada—. Sabía muy bien cómo llevar una casa.

Sonreí al recordar que Meg me había dicho algo muy similar de su madre. «Y aquí estoy, con ella en la cocina, menos de un mes después».

—¿Cuándo te fuiste de Memphis?

—Hace seis o siete años. Después de la muerte de mi marido —respondió Charlie.

—Yo perdí a Henry hace cuatro años, por un ataque cardíaco. ¿Cómo murió el tuyo?

—En la guerra.

Mientras seguía quitando las hebras de las judías, hice el cálculo, pero no me terminaba de cuadrar. ¿Cuánto tiempo hacía que había acabado la Gran Guerra? ¿Quince años? Pero Meg solo tenía once.

Charlie se enjugó el sudor de la frente con una manga, para que las gotas no cayeran sobre las servilletas que estaba planchando.

Tenía las mejillas encendidas y parecía a punto de desmayarse con aquel vestido de punto.

—Querida, espero que no lo tomes a mal —dijo la señora Tartt—, pero creo que tendremos que hacer algo con ese vestido.

Charlie dejó la plancha de pie sobre la tabla.

—Si tiene un uniforme, me lo pondré con mucho gusto. Si fuera necesario, podría adaptarlo a mi talla.

—¡Por Dios, no! Sería todavía peor. ¿Dónde se ha visto una blanca con uniforme de criada? —La señora Tartt se interrumpió bruscamente—. ¿Sabes coser?

—Se me da bastante bien.

La señora Tartt se puso de pie.

—Ven conmigo al cuarto de invitados. Tú también, Birdie.

Subimos con ella por la escalera trasera hacia la habitación azul y blanca contigua a la de Frances. Una vez allí, la señora Tartt abrió las cuatro puertas de un enorme armario pintado en un tono verde pastel, tan lleno de ropa que no habrían cabido más perchas. Debía de guardar allí todo lo que se había comprado desde el día de su boda.

—Algunas de estas cosas tienen veinte o treinta años. Han pasado de moda, por supuesto, pero en su época fueron «el último grito», como dicen los jóvenes. —Soltó una risita, mientras movía las perchas y el olor a madera de cedro se esparcía por la habitación. Entonces sacó un vestido largo rosa pálido, con cuello alto de encaje —. Recuerdo que este me lo puse cuando cumplí veinte años. Ahora no me cabría ni una pierna. —Lo dejó sobre la cama y fue a buscar más: un vestido blanco con mangas enormes y volantes victorianos, una vaporosa falda azul marino larga hasta los tobillos, un vestido celeste de diario, otro de punto color burdeos...—. Creo que este no me lo he puesto nunca. ¡Ah, y este de aquí! —Se colocó contra el

cuerpo un elegante vestido verde de seda—. Con este recibí el Año Nuevo de 1922, en el jardín de esta casa. Tú eres menudita, Charlie, pero vas bien servida por delante, como yo. ¿Serías capaz de adaptar para ti alguno de estos vestidos?

—Pues... sí. —Charlie había estado observando cada prenda que salía del armario, sin moverse. No parecía entender tanta amabilidad por parte de la señora Tartt.

—Frances no ha querido ni oír hablar de arreglarlos para ella. Dice que prefiere comprar nuevos —dijo la señora Tartt, mientras elegía un vestido negro que le tendió a Charlie—. Creo que este te sentaría bien. Póntelo delante del cuerpo y mírate en el espejo.

Charlie se lo apoyó contra el pecho. Era un vestido ligero de seda, de manga corta y cuello redondo. Era unos centímetros más baja que yo, pero con más curvas y más pecho que Frances y yo.

—Gracias, señora Tartt —dijo en tono solemne. Por la manera de decirlo, se notaba que nadie había sido amable con ella en mucho tiempo.

—Quizá Charlie podría arreglarte este para ti, Birdie —propuso la suegra de mi hermana, tendiéndome un vestido de popelina con estampado floral. Yo prefería el de punto color burdeos que había sacado antes, porque me recordaba al que había visto en los almacenes Neilson—. Debes de estar cansada de ponerte siempre los mismos tres vestidos azules.

—Gracias —contesté, sabiendo que ella también debía de estar cansada de verlos, pero era demasiado amable para decirlo.

No la había visto tan feliz en toda la semana. Se volvió hacia el armario y siguió deslizando las perchas.

—No sé para qué guardo todas estas antigüedades. Tengo toda la ropa de Henry y la ropita de bebé de Rory. Si algún día tenéis un

bebé, Frances o tú, Birdie... Te aseguro que vestía a Rory con la ropa más maravillosa que puedas imaginar.

Pensé en la única fotografía que se había llevado Rory, en la que aparecía como un niño de dos años de cabello rubio, con un traje de cuello de encaje que debía de picarle bastante, sentado en el regazo de su madre, con los labios fruncidos, concentrado en quedarse quieto para complacer a sus padres.

—Birdie, ¿por qué no vas al desván con Charlie y bajáis mi vieja máquina Singer? Así Charlie podría ponerse manos a la obra.

A la mañana siguiente, encendí una cerilla, giré la perilla de la cocina y acerqué la llama. Nada. Volví a cerrarla y me puse a rezar. Quizá habría tenido más suerte si hubiéramos ido a la iglesia, pero ninguna estaba en condiciones de hacerlo.

Charlie estaba de pie delante del fregadero, con el vestido azul celeste de algodón de la señora Tartt, ajustado a su talla y con el dobladillo recortado hasta la mitad de la pantorrilla, por debajo del delantal. El vestido era sencillo, pero el color claro le iluminaba la cara y ya se le empezaban a borrar las ojeras. Se había recogido el cabello castaño rizado y, mirándola, me di cuenta de que no solo era guapa, sino toda una belleza. Sentada a la mesa de la cocina, Frances hojeaba una revista, parloteando acerca de las Huérfanas.

La noche anterior, me había llamado «ingenua» por dejar que Charlie se quedara en la casa. «¿De modo que soy una ingenua por dejar que limpie los porches, corte la hierba y lave y planche nuestra ropa?», le había dicho yo, a lo que ella había respondido: «¿Ahora también plancha? En ese caso, tengo un par de cosas que darle».

—Pripp ha llamado hoy y ha dicho que todas las voluntarias tenemos que trabajar unos días al mes en el despacho, porque como Mildred ya no está y...

—Frances, dale a Charlie el plato de mantequilla para que lo ponga en remojo —le dije, probando una vez más a encender el gas.

Mi hermana le pasó el plato, sin mirarla.

—Como Mildred ya no está, Garnett también quiere que nos quedemos una noche al mes en la sala de las parvulitas —prosiguió Frances, con la vista fija en la revista—. Al menos está en la planta baja, pero es muy pequeña y a veces hace mucho calor.

Noté que a Charlie se le había tensado la mandíbula al oír el nombre de Garnett.

—¿Cuándo vas a volver? —le pregunté a Frances. Esperaba que la respuesta fuera que pronto. Últimamente, esa casa tan enorme se nos había empezado a quedar pequeña.

—Pripp ha dicho que no me toca ir hasta la semana que viene —contestó Frances.

Charlie cerró el grifo del fregadero. Había estado escuchando con atención.

—¿Cuántos días a la semana sueles ir de voluntaria? —le preguntó a mi hermana.

Frances frunció el ceño, como si le molestara que le dirigiera la palabra.

—Garnett me ha reducido los días a dos, porque solo tenemos tres parvulitas. El resto son niñas mayores, a las que ya nadie puede ayudar. —Dejó escapar un suspiro mientras seguía pasando las páginas—. Cuando crezcan, tendrán sus propias criaturas y las abandonarán para que se mueran de hambre, como han hecho con ellas.

Vi que a Charlie se le cerraban los dedos sobre el plato de la mantequilla. Parecía a punto de arrojárselo a Frances.

—Charlie, tengo que enseñarte una cosa —intervine yo—. Franny, ve a decirle a la señora Tartt... que el almuerzo estará listo a

las doce. —Solo eran las diez, pero me llevé a Charlie conmigo, la hice entrar en la habitación de servicio y cerré la puerta.

Ella me miró negando con la cabeza.

—¿Cree de verdad todas las tonterías que ha dicho?

—No hace más que repetir lo que ha oído. No lo cree, pero todavía no lo sabe.

—¡Yo no abandoné a mi hija para que se muriera de hambre! ¡Tiene que saberlo!

—Ya lo sé. Pero, como te he dicho, está del lado de Garnett, así que intentemos tener la fiesta en paz.

Nos habíamos quedado sin gas para encender el horno de la cocina, por mucho que rezara o por muchas veces que girara la perilla. Si pagábamos a la compañía del gas los diez dólares que le debíamos, solo nos quedarían veinticinco. «*Nos* quedarían», pensaba yo, cuando en realidad a los Calhoun nos quedaban todavía menos. Por tanto, para almorzar decidí preparar una ensalada de atún que a Frances le encantaba, con acompañamiento de encurtidos. En la despensa debía de haber por lo menos veinte latas. Me preguntaba qué diría mi hermana la semana siguiente, cuando siguiera comiendo ensalada de atún.

Después fui a sentarme en el estudio de Rory y desplegué sobre el gran escritorio todas las facturas que había encontrado en los cajones o en recovecos de la habitación de Rory. Mi mente de contable no soportaba la idea de no saber con exactitud cuánto debían los Tartt ni a quién se lo debían, pero también albergaba la esperanza de toparme con una buena noticia, aunque solo fuera una tarjeta de cumpleaños con una moneda de veinticinco centavos pegada con cinta adhesiva, antes de explicarle a la señora Tartt sus opciones. Buscaba asimismo alguna pista del paradero de Rory, aunque tampoco sabía qué podríamos haber hecho en caso de

encontrarlo. ¿Exigirle que lo devolviera todo? ¿Qué probabilidades había de que lo hiciera?

Las facturas no acababan nunca. La deuda con los grandes almacenes Neilson ascendía a unos astronómicos ochenta y cinco dólares con quince centavos. Tenía que asegurarme de que Frances devolviera toda su ropa, junto con la preciosa chaqueta blanca que yo ni siquiera me había probado. Todas las facturas —la del gas, la del hielo, la suscripción a *El águila de Oxford* y muchas más— estaban vencidas. El único alivio fue encontrar una cuenta de la zapatería Richard, que ya había quebrado. «Lo siento, Richard», le dije mentalmente al propietario del establecimiento mientras tiraba la factura a la papelera. La notificación más alarmante era de la compañía eléctrica, la Oxford Light Company, que reclamaba una deuda de dieciocho dólares y setenta centavos, con un sello rojo: AVISO DE DESCONEXIÓN. Hacía ni más ni menos que seis meses que no se pagaban los recibos.

Cuando logré reunir todas las facturas de la Southern Bell, la compañía telefónica, comparé los números de las llamadas realizadas con los que figuraban en la pequeña guía de teléfonos. Había varias llamadas a Mary Pepper Jones, a Pripp Yancey, a la peluquería Unique, al barbero y a una larga lista de comercios de la ciudad. El resto eran llamadas entrantes. Recordé haber oído sonar el teléfono aquella noche en que me había emborrachado y había acabado durmiendo en el baño. Descolgué el aparato y le pregunté a Silva, la operadora, si había alguna manera de averiguar quién nos había llamado. Me dijo que no, hasta donde ella sabía, y me pidió que le transmitiera al señor Tartt que tenía una deuda con la compañía de veintitrés dólares y cincuenta y tantos centavos.

Seguí buscando y finalmente encontré algo: un tique de treinta centavos, de una estación de servicio Billups situada en North State

Street, en Jackson. La fecha era de dos semanas atrás, después del despido de Rory. Eso significaba que mi cuñado realmente había ido a Jackson. Pero, si no había ido a ver a ningún cliente del banco, ¿por qué demonios habría ido? O, mejor dicho, ¿por quién?

Frances estaba sentada en la alfombra del saloncito, arrancando hojas de una revista *Photoplay*. Arrancaba una, pasaba unas cuantas páginas y arrancaba otra.

Me senté en el suelo y le enseñé el recibo.

—He encontrado esto de una estación de servicio de Jackson, de cuando ya habían despedido a Rory.

Observó el tique con los ojos entrecerrados.

—Lo sabía.

¿Estaría al corriente de las inclinaciones de Rory? Tenía la mirada aguda y despierta. Lo tomé como una señal de que por fin podríamos tener una conversación seria acerca de su marido.

—Tú también crees que está en Jackson, ¿verdad? Viendo a esa mujer, Esther Royal, con la que iba a todas las fiestas un año antes de conocerme a mí.

—No creo que esté... con una mujer, Frances.

Mi hermana sofocó un sollozo y arrancó otra hoja de la revista, llena de ira. Prefería ver a mi hermana furiosa antes que afligida. Si se enfadaba, podíamos avanzar.

—Me han dicho en Neilson que tienes solo una semana de plazo para devolver la ropa, así que tendrás que llevarla antes del martes.

Bajó los hombros y su furia se convirtió en algo más débil e indefenso.

—Ya lo sé. Lo haré.

—Lo siento, Franny.

Se mordió el labio y me miró.

—¿Podrías... hacerlo tú?

Probablemente sospechaba que yo no iba a darle dinero para el taxi y no se imaginaba andando por Lamar Boulevard cargada con todas las cajas.

Negué con la cabeza.

—Tienes que hacerlo tú, Franny, pero te acompañaré y te ayudaré a llevar las cajas, para poder hacer un solo viaje.

Asintió.

—¿Cuánto más va a empeorar todo esto, Birdie?

«¡Ay, Franny!».

—No pienses en empeorar. Piensa en mejorar —le dije, y volví al estudio de Rory.

El sol se había escondido detrás de unos nubarrones oscuros. Había esperanza de lluvia. Mientras registraba las facturas en el libro de contabilidad, oía a través de la ventana abierta el zumbido lejano de la máquina de coser de Charlie. De pronto, el rumor quedó disimulado por el ruido de las ruedas de un automóvil sobre la grava de la carretera. No había mucho tráfico donde estábamos. Agucé el oído, deseando que no fuera una de las amigas de Frances, que venía a preguntar por ella o a averiguar si eran ciertos los chismorreos de Pripp. El ruido del motor se apagó, tal vez porque el coche se había detenido, y entonces, al cabo de unos minutos...

*¡Paf!*

Se apagó la lámpara del escritorio. El ventilador eléctrico redujo la velocidad y se detuvo. La máquina de coser cuyo zumbido me llegaba a través de la ventana dejó de funcionar. Mi hermana soltó un gemido en el saloncito, y a mi alrededor cayó un silencio espectral que la casa no conocía... ¿desde cuándo había dicho la señora Tartt, 1922?

Nos reunimos todas en la cocina.

—¿En domingo? —protestó la señora Tartt, con los labios temblorosos. Para ella, el corte de la electricidad era una ofensa personal.

—Llamaré a la compañía —propuse.

Le pedí a Silva que me conectara, pero el teléfono no hacía más que sonar sin que nadie lo cogiera. Cuando la operadora volvió a la línea, me dijo:

—Le he preguntado a la señora Wallace, que está aquí conmigo, y me ha dicho que no abren hasta el lunes por la mañana.

Teníamos una deuda de casi diecinueve dólares con la Oxford Light Company y solo nos quedaban treinta y cinco. No sabía qué iba a decirles al día siguiente, pero no soportaba la idea de deshacerme de casi la mitad del dinero de los Tartt.

Afortunadamente, todavía faltaban por lo menos dos horas para que anocheciera. Charlie y yo subimos del sótano seis lámparas de petróleo polvorientas, con los ganchos de alambre enrollados en los brazos. Para la cena, preparé un festín con todos los artículos perecederos guardados en la nevera que no requerían cocción: los restos de atún con mayonesa casera y encurtidos del almuerzo, rodajas de tomate con una generosa cucharada de mayonesa y los panecillos de la mañana con más mayonesa, ya que se nos había acabado la mantequilla. Sabía que por la mañana el bloque de hielo se habría fundido. «Estamos bien», me repetía mentalmente una y otra vez. Mientras tuviéramos salud, comida en la mesa y agua para beber... Gracias a Dios, el pozo aún nos abastecía de agua. La bomba eléctrica no funcionaba, pero podíamos usar la manual.

Cuando nos sentamos a cenar, la casa estaba más oscura que la tapa de un ataúd vista por dentro, como decía mi abuela. Charlie había estado bombeando agua, para llenar unos cuantos cubos y subirlos a la planta de arriba. Las sombras que proyectaban las

lámparas de petróleo bailaban sobre las paredes y, durante un segundo, nadie se movió. Frances tenía la vista fija en los platos que yo acababa de servir.

—¿Por qué tiene todo tanta mayonesa? —preguntó con un hilo de voz, desconcertada.

A mí también me pareció un exceso, cuando me paré a pensarlo. En lo tocante a la mayonesa, me había dejado arrastrar por el pánico.

—Estaremos bien, Franny —le aseguré—. La gente ha vivido así durante miles de años.

La señora Tartt no dijo nada y se limitó a untar ostensiblemente los panecillos de la mañana con mayonesa.

—En Footely no tuvimos electricidad hasta el año veintisiete, Franny. ¿Recuerdas cuando los Tate tendieron la línea hasta nuestra casa?

Nada, nadie contestó a eso tampoco.

—Jesús tampoco tenía electricidad —añadí en voz baja, como por sacarle algo de gracia.

La señora Tartt asintió, sosteniendo el panecillo con mano temblorosa, y dijo:

—Supongo que si él pudo soportarlo durante treinta y tres años, nosotras podremos resistir hasta mañana.

## 18

—¿Dónde está la leche? —preguntó Frances.

—Dentro de la vaca. ¿Por qué no vas y la ordeñas? —En realidad, el cubo estaba lleno, pero temía que la leche se cortara en el calor sofocante de la cocina y por eso la había dejado en la vieja

fresquera de ladrillo—. Ahora tenemos que ordeñarla dos veces al día, para que no se le sequen las ubres.

—También se nos está acabando el azúcar —dijo Frances, pasándose por la frente la manga del camisón.

—Y la mantequilla —comenté.

Removí el fuego de la chimenea mientras me caían de la barbilla goterones de sudor. Junto con la luz eléctrica, se habían ido la nevera, los ventiladores, el agua caliente y la bomba del pozo, pero lo peor era la falta de gas en la cocina. Tener que cocinar sobre el fuego de la chimenea en pleno agosto era lo más parecido al infierno. Cuando preparaba la primera cafetera, a las seis de la mañana, me quedaba la cara como quemada por el sol.

—Echa al fuego un catálogo de Sears Roebuck —le dije a mi hermana. Eran los que mejor prendían.

Frances cogió uno, comprobó la fecha, lo devolvió a la pila y eligió uno más antiguo, como si esa misma tarde pensara hacer algún encargo. Lo lanzó a las brasas y el fuego ardió con fuerza. Las llamas lamían el fondo de la tetera de hierro colgada del gancho de la chimenea, mientras Frances abría y cerraba la puerta trasera para que entrara aire en la cocina. Cuando empezó a salir vapor, apoyé la tetera en el suelo de ladrillo de la chimenea y coloqué una bandeja de panecillos sobre la vieja parrilla que había encontrado en el establo.

Madre mía, ¿cómo podía la gente vivir así? Era miércoles, solo habían pasado tres días. Footely me parecía francamente un lujo en comparación con esto. Y hoy tampoco cogería el tren a casa.

El lunes, después de ayudar a Frances a cargar las cajas hasta la ciudad y de despedirme de la chaqueta blanca como la nieve, la prenda de ropa más bonita que había estado a punto de tener en la vida, fui a la compañía eléctrica. Apenas me había dado tiempo a

poner la factura pendiente de los Tartt sobre el mostrador, junto con cinco dólares, cuando el hombre que me atendía negó con la cabeza. Tenía la camisa metida con esmero en los pantalones y los surcos del peine perfectamente marcados en el cabello oscuro. Temí que fuera una de esas personas que siguen las reglas a rajatabla.

—Por favor, pagaremos el resto muy pronto, si nos devuelven la electricidad —supliqué. Desplegué en abanico los cinco billetes de un dólar, para que parecieran más. El hombre que tenía ante mí ostentaba literalmente el poder de hacer más soportables nuestras vidas.

—Lo siento, señorita, pero no podemos hacer excepciones con todo el mundo que venga aquí. —Después hizo una mueca que no llegaba a ser una sonrisa y arqueó una ceja, como si estuviera a punto de brindarme una importante enseñanza—. Solo unas pocas casas, como la del señor Rory Tartt, tienen la fortuna de disfrutar de luz eléctrica. Son apenas un dos por ciento en este estado, según tengo entendido. —Entonces sí que sonrió, y casi pude oler el desprecio que sentía hacia Rory Tartt. Creo que estaba pensando lo que no dijo en voz alta: «Ahora Rory Tartt estará igual que el noventa y ocho por ciento restante. No sabes lo poco que lo siento».

Le respondí que pronto volvería a verme, si es que aún conservaba el empleo. No fue una respuesta productiva, pero me resultó satisfactoria durante unos quince segundos. Cuando fui a ofrecerle los mismos cinco dólares al hombre de la compañía del gas, la reacción fue mucho más amable. Me pidió que le transmitiera sus disculpas a la señora Tartt, pero dijo que el camión que iría a rellenar el depósito tardaría como mínimo tres días. Igual era una excusa, pero al menos fue agradable.

Menos mal que Charlie estaba ahí para ayudarme. Todas las mañanas, subíamos cubos de agua a la planta de arriba para

echarlos en los inodoros, que de ese modo seguían funcionando. Frances nos ayudó a subir uno solo, antes de desaparecer misteriosamente. Del fregadero de la cocina aún salía agua, pero solo tibia. Se habían acabado por un tiempo los baños calientes, aunque a treinta y cinco grados a la sombra tampoco iba a echarlos de menos. También había que buscar más leña y fajina para encender el fuego y cocinar. Por suerte, a los Tartt no les faltaban catálogos viejos, pero lo que sí se estaba acabando era el queroseno para las lámparas.

Habían pasado tres días ya y Frances seguía pulsando el interruptor de la luz todas las malditas veces que entraba en una habitación. Siempre se le transfiguraba la cara, como si nos hubieran vuelto a cortar la electricidad.

—Se os da fatal ser pobres —decía yo, sin dirigirme a nadie en particular.

No sabía a qué estábamos esperando, pero tampoco tenía tiempo para averiguarlo. A pesar de lo mal que lo estábamos pasando, me preocupaba que la señora Tartt no entendiera la gravedad de la situación, lo que en parte era culpa mía, pues aún no le había explicado las opciones que tenía. Unas cuantas veces me la encontré contemplando el patio trasero durante horas, probablemente recordando tiempos mejores. Entonces, esa mañana, mientras yo miraba cómo se quemaba la base del pan de maíz para que al menos quedara cocido por el maldito centro, ya que había que elegir una cosa o la otra, la señora Tartt vino a la cocina con una fotografía enmarcada.

—Charlie, esta es la foto de la fiesta de que te hablé —dijo—. Esta soy yo, con el vestido que te enseñé el otro día. —Noté en su voz un anhelo enorme por los viejos tiempos—. Ese hombre junto a

la orquesta me dio un pellizco en el trasero poco antes de que tomaran la foto. Por suerte, Henry no lo vio.

—Tenía buen gusto —comentó Charlie, estudiando la imagen—. ¿Tiene más fotos? Me gustaría ver cómo ha ido cambiando todo con los años.

—Por supuesto que sí. Ahora mismo voy a buscarlas.

Cuando la señora Tartt se marchó, le susurré a Charlie:

—Gracias.

Supuse que había llegado la hora de poner sobre la mesa las opciones.

Cuando terminó de cocerse el pan de maíz, lo dejé fuera para que se enfriara, me eché agua en la cara en el fregadero y me asomé a la escalera:

—¡Frances! ¡Señora Tartt! Necesito que bajéis al comedor.

Mi hermana fue la primera en venir.

—¿Qué pasa? Estaba a punto de quitarme los rulos. —Su cabeza parecía todavía más pequeña, con el cráneo comprimido por un mar de rulos azules.

Le pedí que se sentara.

Cuando entró la señora Tartt, llevaba en la cabeza un pañuelo rosa, que dejaba escapar algunos mechones por los bordes.

—Charlie y yo estamos intentando descubrir cómo dar cuerda al reloj del vestíbulo —explicó.

Yo me senté en la cabecera de la mesa, en el puesto de Rory, con la señora Tartt a mi derecha y Frances a mi izquierda. Me deslicé hasta el borde de la silla y coloqué sobre la mesa la carta del banco.

—Será mejor que vaya a buscar las gafas para ver algo —dijo la señora Tartt.

Le indiqué que no hacía falta.

—Señora Tartt, ¿recuerda que el señor Allison le comunicó que había un retraso en el pago de la hipoteca? —le pregunté.

Respiró hondo y asintió; se acordaba.

—He hablado con una persona del banco. La deuda es de dos mil setecientos cincuenta y cuatro dólares, y si no se abonan antes del quince de septiembre, le quitarán la casa.

—¿Mi casa? —Se echó a reír—. ¡Tonterías! El señor Allison jamás haría algo así.

—Es la verdad, señora Tartt.

Cogió la carta de la mesa y entrecerró los ojos para descifrar su contenido, como si estuviera escrita en chino.

—Pero... no pueden hacer eso. Los Tartt hemos vivido en esta casa desde 1847. ¡Idlewilde es más antigua que Ammadelle, la casa de los Pegues!

—Birdie, la estás asustando —terció Frances—. No conoces toda la situación. Puede que Rory haya llegado a un acuerdo o...

—Rory os ha metido en esto, Franny —repliqué—. Os ha dejado con una hipoteca y facturas pendientes y ahora ni siquiera sabemos dónde está.

Frances se cruzó de brazos y me clavó la mirada.

—¿Por qué tienes que decidirlo todo tú? ¡Esta ni siquiera es tu casa! Te apropias de todo y acusas a Rory, cuando es muy posible que ahora mismo esté haciendo algo para... Puede que esté vendiendo las cosas que se ha llevado para traer dinero y pagar las deudas.

Mientras ella hablaba, yo mantenía la vista fija en un cuenco blanco lleno de higos morados que Charlie había cogido del árbol del jardín. Elegí el más grande y oscuro, lo abrí por la mitad y examiné las vellosidades rojas del interior. Tenía un aspecto tremendamente humano.

Cuando Frances por fin dejó de parlotear, me dirigí a su suegra:

—Señora Tartt, ya sé que se lo he preguntado antes, pero ¿hay algún familiar o alguien que pueda ayudarla?

Tragó saliva y negó con la cabeza bajo el pañuelo rosa.

—Mi pariente más cercana es mi hermana Lulu, que es viuda y vive en Jackson; pero ella ya nos pidió dinero a nosotros la Navidad pasada. Rory le dijo que no, por supuesto, pero yo le envié una parte de mis dividendos de todos modos. Y tengo primos por todas partes, pero también se han quedado sin nada. —Su voz se iba volviendo más aguda, como si estuviera subiendo una escalera—. ¿Qué quieres decirme, Birdie, que vamos a acabar como los Percy? —Abrió mucho los ojos. Debía de tener una alarma sonando en la cabeza—. ¡Expulsados de su propia casa por el *sheriff* Porter!

—Calma, todavía le quedan algunas opciones, señora Tartt. De hecho, le quedan dos.

Ella esperó, prestando atención con la boca entreabierta. Frances seguía de brazos cruzados.

—Si pudiera encontrar un comprador dispuesto a pagarle un precio justo por la casa...

La señora Tartt sofocó una exclamación.

—¡No voy a vender mi casa! —replicó.

—Piénselo. ¿De qué va a vivir? Ni siquiera podemos pagar la factura de la luz y usted necesita su medicina. Aunque le concedieran más tiempo, la deuda de la hipoteca no se va a esfumar.

Me observó con detenimiento.

—¿Cuál es la otra opción? Has dicho que tengo dos.

—Podría vender todo lo que hay en la casa y confiar en que sea suficiente para cubrir la deuda, pero aún necesitaría un poco de dinero para vivir.

—¿Vender... los muebles? —Frances bajó la mirada a la mesa. Finalmente, parecía asustada. Puede que fuera una crueldad, pero verla así para mí fue un alivio—. ¿La mesa y las sillas donde estamos sentadas?

—¡Por supuesto que conseguiríamos suficiente dinero! —exclamó la señora Tartt con una mueca de disgusto—. Más que suficiente... ¿No tengo más opciones?

Eso ya iba más allá de lo que yo era capaz de afirmar con certeza. Solo pude repetirle lo que me había dicho Jack, lo que decía la carta y lo que probablemente le habría comunicado el abogado de Jackson por teléfono:

—Tiene suerte de disponer de una casa que puede vender, señora Tartt.

—El señor Allison y el abogado me han aconsejado lo mismo. Que venda la casa. —Negó con la cabeza y movió algo dentro de la boca, como si estuviera masticando—. Pero no lo haré. No podría. Aquí ha vivido y ha muerto mi familia. Prefiero vender mis cosas. —Asintió para reafirmarse—. Podría elegir algunas piezas para formar un lote.

—Creo que debería hacerlo cuanto antes. El quince de septiembre, si no se ha abonado la mayor parte de la hipoteca, no solo se quedarán con la casa, sino con todo su contenido.

—¡Dios mío! —exclamó mi hermana.

La señora Tartt se puso de pie.

—No te preocupes, Frances —dijo, apoyando una mano en la mesa para no tambalearse—. Voy a hacer unas llamadas.

La jornada había comenzado de la manera más civilizada posible; pero, cuando acabó, me habría resultado difícil explicar cómo había pasado todo con tanta rapidez. El día anterior, mientras nos

preparábamos para la visita del señor Fauster, la señora Tartt había enumerado todas las razones posibles por las que no podía desprenderse de sus diferentes posesiones: «Estas mesitas están hechas con la madera de un ciprés del jardín de mi madre», «Henry me compró este carrusel con animalitos en París, por nuestro aniversario de bodas». Le rogué que eligiera más cosas, y luego otras pocas más, «para asegurarnos». En total, había escogido treinta objetos, que en su opinión podían reportarnos tres mil dólares o quizá incluso cuatro mil. A las diez en punto de la mañana del jueves, abrió la puerta. Se había puesto un vestido ligero de algodón azul y zapatos blancos cómodos, como si estuviera lista para un animado partido de tenis.

—Qué casa tan hermosa y única tiene usted, señora —dijo el señor Fauster, con el sombrero apoyado en el pecho.

Era un hombre bajo y gordo de mediana edad, con una sonrisa amplia. Había traído una furgoneta, y varios hombres de color lo esperaban fuera. Continuó elogiando las molduras dentadas, los techos altos y los vastos suelos de roble. La casa entera olía a cera de limón. Frances había barrido y fregado mientras yo sacaba brillo a las tablas del suelo y Charlie cortaba la hierba. Cuando había llamado al señor Fauster para pedirle una cita, la señora Tartt le había dicho simplemente que pensaba «redecorar» la casa. Mientras le mostraba las piezas que tenía a la venta, el hombre escuchó con paciencia las aburridas historias que ella le contó sobre cada una. Al final, le hizo una oferta por tres docenas de muebles, cuatro pinturas al óleo, un espejo, dos alfombras persas y un juego de estatuillas italianas.

—Le doy doscientos dólares por el lote —dijo.

—¿Cómo? —La señora Tartt estuvo a punto de desmayarse, y yo también.

Sonriendo, pero sin tanta amabilidad como antes, el señor Fauster añadió:

—Los tiempos han cambiado, señoras, por si no lo habían notado.

Cada parada del recorrido que hicimos entonces fue tan dolorosa como la extracción de una muela: «¡Pero si este reloj marca la hora a la perfección!», «¡Pero si Roosevelt adoraba esta silla!». A la una, solo habíamos llegado a seiscientos dólares. Le susurré a la señora Tartt que no era el momento de ponerse sentimental sobre quién se había sentado dónde y, a partir de ahí, las cosas empezaron a rodar. Un par de espejos enormes, las alfombras de la biblioteca, el sofá confidente, varias mesas, unas cuantas lámparas, unos bustos de mármol, más cuadros, algunas mesas auxiliares y el armero sin las armas nos permitieron llegar a mil cien dólares, que seguía siendo poco. Entonces la señora Tartt se jugó el todo por el todo y le ofreció al señor Fauster el reloj de pie, los muebles de la habitación de invitados y todos los objetos de valor que quedaban en la biblioteca.

No recuerdo muy bien el resto, excepto los ataques de pánico, los números y las carreras para desocupar cómodas y armarios antes de que los hombres lo vaciaran todo en el suelo. «Mil cuatrocientos cincuenta». Aparadores, armarios, camas con dosel, cómodas... «Mil setecientos». Los tocadores —después de guardar polveras y perfumes dentro de una caja—, el juego de comedor, las sillas y lo que quedaba del armario de la plata, la vajilla y la cristalería. El polvo se arremolinaba por todas partes y me hacía estornudar. El jardín delantero parecía un mercadillo. El señor Fauster mandó pedir tres furgonetas más.

A las cuatro de la tarde, la señora Tartt parecía una anciana de ochenta años. Su veraniego vestido azul de algodón tenía una mancha negra y alargada en el delantero, como si un vehículo le

hubiera pasado por encima. En un momento dado, le quitaron un felpudo literalmente de debajo de los pies. Los suelos donde antes habían estado las alfombras estaban sucios. El señor Fauster no mostró ningún interés por las lámparas del techo, ni por la secadora, ni por la cocina, ni por la nevera eléctrica, ni tampoco por la antigua de gas, que aún estaba en el sótano.

—Nos guardará nuestras cosas, ¿verdad? —le preguntó la señora Tartt—. Así podremos volver a comprarlas cuando nos hayamos recuperado.

—Por supuesto —mintió él con una sonrisa.

—Es un sinvergüenza —me dijo Charlie. Después le llenó de agua un vaso, escupió dentro, se lo ofreció y se quedó esperando, para verlo mientras se lo bebía de un trago.

Yo me llevé a la señora Tartt al saloncito vacío.

—Todavía nos faltan doscientos veinticinco dólares.

—Pero si no queda nada por...

Entonces se miró la mano, enrojecida e hinchada.

—Ay, Dios... De acuerdo. Deja que me siente. —Pero no había dónde sentarse—. Puedo quitármelo. Es solo que se atasca.

Charlie le trajo un poco de grasa vegetal y yo fui a buscar a Frances. Cuando le dije lo que estaba haciendo la señora Tartt, se cubrió la mano izquierda para protegerla de mí.

—¡Pero es un regalo de Rory! —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía el corazón hecho trizas. En cuestión de una semana y media, había perdido a su marido, sus posesiones y su vida de persona acaudalada.

—Lo siento mucho, Franny.

—¿De verdad tengo que hacerlo? Piensa en lo terrible que será cuando todos vean que no lo llevo.

La abracé con fuerza y le susurré al oído:

—Será mucho peor si tú lo conservas y la señora Tartt renuncia al suyo.

Asintió llorando. No estaba dispuesta a ser menos víctima que su suegra.

—Si esto se llega a saber, te juro que me pego un tiro —me dijo.

—No sé cómo —repliqué—. Rory se ha llevado todas las escopetas y las pistolas.

—Pues me cortaré las venas —insistió.

—Si lo haces, sal al jardín, por favor. No queremos que se manche el único sofá que queda.

Cuando se quitó el anillo, volví a abrazarla. La noté muy delgada. Como vacía.

—Birdie, ahora quiero que te asegures de que Pic y Polly cobren el dinero que les debemos —dijo la señora Tartt—. Lo necesitan, ¿me has oído?

Al final del día aún nos faltaban algo más de doscientos dólares, pero le prometí que les pagaría.

Cuando se marcharon las furgonetas, la vieja casa-maleta quedó vacía, a excepción de nuestros colchones, la mesa y las sillas de la cocina, un retrato de Henry Tartt y algunos objetos sueltos aquí y allá. La señora Tartt estaba destrozada.

Al anochecer, Charlie entró en la cocina y se lavó las manos, mientras yo cuidaba el fuego. Después encendió dos de las lámparas de petróleo. Ya casi había anochecido y una densa neblina azul caía sobre nosotras.

—He limpiado el saloncito y he puesto allí todo lo que he podido —anunció.

Les habíamos pedido a los empleados del señor Fauster que subieran del sótano un viejo sofá rojo y lo dejaran junto a la ventana. Me senté para probarlo, pero no era muy cómodo.

Mientras yo preparaba la cena, Charlie puso la mesa de la cocina, con los cubiertos de estaño de Picador y una vajilla azul y blanca, bonita pero desportillada.

—¿Por qué cenamos hoy en la...? —Frances se detuvo en seco en la puerta y sacudió la cabeza, como para despejarse. Estaba agotada, como todas nosotras—. ¡Qué bien huele! Estoy hambrienta.

—Gracias. Yo también pienso que huele de maravilla —contesté.

Había rebozado okras y tomates verdes en harina de maíz y lo había freído todo en la sartén, junto con la parte más carnosa de unas tiras de tocino. También había hervido unas habas frescas, para poner algo en la mesa que no fuera a darnos a todas un ataque de diabetes. Por fin le estaba cogiendo el tranquillo a cocinar al fuego de la chimenea.

La señora Tartt, vestida con un camisón blanco, colocó en un frasco de mermelada las flores de salvia azul que Charlie había traído del jardín.

—La cena está lista —anuncié.

Comencé a servirla junto a la chimenea en los platos azules y blancos, que le fui pasando a Charlie. Al llegar al cuarto, titubeé un momento. Me parecía increíble que la madre de Meg no se hubiera sentado nunca a la mesa con nosotras. Pero entonces la señora Tartt tomó la palabra:

—Sentaos todas. —Le hizo un gesto de asentimiento a Charlie—. Yo bendeciré la mesa.

Nos sentamos las cuatro e inclinamos la cabeza.

—Señor, bendice estos platos para nuestro provecho, y a nosotras, para tu servicio... Gracias por permitirme conservar esta casa. En el nombre de Jesucristo, amén.

—Amén. —Mientras lo decíamos, una brisa fresca como hacía meses que no sentíamos se coló por la puerta mosquitera.

—Mañana a primera hora iré al banco, para conseguir un aplazamiento de la ejecución —anuncié—. Después iré a recuperar la luz.

Todas respiraron aliviadas.

—Y yo iré a la peluquería —soltó Frances.

Le di unas palmaditas en una mano, negando con la cabeza. Ni siquiera protestó.

Cuando las señoras subieron a sus habitaciones, le dije a Charlie:

—Deja los platos. Te prometo que mañana seguirán en el mismo sitio.

Entonces salí con ella al porche trasero. ¡Qué maravilla de aire fresco! Nos sentamos en el peldaño más alto y Charlie sacó del bolsillo del vestido una cajetilla blanca y dorada.

—Parece que el señor Fauster se ha dejado sus cigarrillos caros —dijo. Era un paquete de Chesterfield aún sin abrir.

La noche era oscura, con apenas una uña de luna en el cielo. Yo nunca había tenido un cigarrillo para mí sola. Tampoco había fumado nunca con una delincuente condenada por la justicia. «Supongo que siempre hay una primera vez para todo». Charlie encendió mi cigarrillo y después el suyo con una de las cerillas largas de la cocina, de llama alta y resplandeciente, y yo apoyé la espalda contra un poste del porche.

Con la mirada perdida en las sombras del jardín, Charlie dijo:

—Me aterroriza esa mujer, pero estoy dispuesta a correr cualquier riesgo, incluso el de volver a la cárcel, para recuperar a Meg. Sin ninguna duda. —Lo dijo sin que viniera a cuento, pero yo sabía que nunca dejaba de pensar en su hija.

—Yo solo me alegro de que esté en un lugar seguro, fuera del orfanato. —En realidad, yo no sabía si era seguro ese lugar, pero

esperaba que lo fuera—. Pensaré en algo en cuanto me despeje un poco.

—¿Tú lo harías? —preguntó sin dejar de mirar al frente—. ¿Te arriesgarías a ir a la cárcel por alguien de tu familia?

—Depende de quién sea ese alguien —contesté, pero enseguida añadí, porque sabía que era verdad—: Por supuesto que sí.



# SEGUNDA PARTE



# Meg

## 19

Nunca he podido mantenerme despierta en un vehículo en movimiento.

Me siento más erguida, intento serenarme y observo el entorno. El hombre alto con gafas de montura dorada va al volante y su mujer se ha quedado dormida contra la puerta. Oigo música suave, aunque tal vez solo suene en mi cabeza. Un gran día puede obrar ese efecto en las personas.

El hombre me echa un vistazo por un espejito y vuelve a mirar la carretera. Diría que parece sorprendido. Ha ido a buscar un bebé y ha acabado con una niña de once años sentada en el asiento trasero del coche. «Yo tampoco salgo de mi asombro, señor», me gustaría decirle.

Pasamos por campos blancos de ondulante algodón y por otros simplemente verdes. Me doy cuenta de que llevamos bastante tiempo en la carretera, porque el sol ya está bajo en un cielo que empieza a teñirse de naranja y porque pronto tendré que ir al lavabo.

Para no pensar en eso, trato de imaginar lo que querrá de mí esta gente. Por su aspecto acaudalado, diría que ya tienen una criada en la cocina, pero quizá esperan que les cuide a los niños o les recoja la cosecha. Supongo que también a los ricos les gusta

tener a alguien que trabaje gratis para ellos. Puede que incluso les guste más que a la gente normal. Por eso siguen siendo ricos.

Cuando veo a lo lejos la primera casa en mucho tiempo, me inclino hacia delante y pregunto:

—Disculpe, señor, ¿allí es donde viven ustedes?

Mira fugazmente a su mujer para comprobar que no la he despertado y responde:

—No, no es ahí.

Vuelvo a sentarme. Enseguida diviso otra casa blanca, esta vez con un buen porche y un columpio.

—¿Y allí?

—No, allí tampoco. —Antes de que se lo pregunte por tercera vez, lanza otra mirada a su mujer y me dice—: Cuando estemos cerca, te avisaré, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. De acuerdo.

Contemplo la carretera que va pasando y me obligo a cerrar el pico. No me conviene cansar a esta gente el primer día. Tengo que callar y hacer lo que me pidan, porque de lo contrario podrían mandarme de vuelta al lugar de donde me han sacado. No sería la primera vez que pasa, bien lo sabe Dios.

Al cabo de poco rato, el hombre dice:

—Ya casi estamos.

Su mujer se mueve, apoyada aún contra la puerta, y él gira el volante para tomar un desvío. Ahora vamos por un camino polvoriento. Por el modo en que los árboles se levantan a ambos lados de la carretera, parece como si avanzáramos por un túnel. No veo ningún campo que necesite ser cosechado, pero diviso una casa, una casa enorme, que viene hacia nosotros. El hombre detiene el coche delante de la entrada y apaga el motor. Primero le abre la

puerta a su mujer y después a mí. No puedo despegar el culo del asiento. Es imposible que esa casa tan inmensa vaya a ser la mía.

No se extiende a lo ancho, como algunas de las grandes mansiones de Oxford, pero es más alta y estrecha que cualquiera de ellas, con un montón de tejados acabados en punta. Está pintada de un bonito color rojo ladrillo, con ornamentos blancos que me recuerdan a las galletitas que venden en las mejores tiendas de alimentación. Pero lo más interesante es la torre circular que se yergue sobre uno de los costados y parece salida directamente de las páginas de un libro de cuentos.

Cuando me bajo del coche, agarro con fuerza la bolsa de papel. En su interior solo llevo mi ropa y los retratos que dibujé y que antes había disimulado por debajo de las bragas, pero al menos son cosas familiares.

—¿Tienen ustedes una tienda? ¿O son funcionarios del gobierno?

La señora del pelo rubio rojizo se echa a reír por lo bajo mientras sube los peldaños de la puerta.

—Somos los Heidelberg, monina, y si esto te sorprende, prepárate, porque aún no has visto nada.

Cuando abre la puerta, el sonido es un simple *clic*, *clac*. Esta gente no tranca la puerta como si estuvieran en una prisión. Entramos primero en una pequeña habitación azul, que está separada del resto, para poder abrir la puerta principal sin que la gentuza se te meta en casa. Pero enseguida doblamos una esquina, el hombre enciende la luz y, *izas!*, estamos en el hogar de los Heidelberg.

—Esperad a que encienda el ventilador —dice, y entonces pulsa otro botón y de inmediato recibimos una brisa fresca.

Yo me quedo contra la pared con mi bolsa de papel, tratando de no tocar nada. Hay un sofá verde alargado que parece una verdura,

varias mesas bajas adornadas con platitos y otras menudencias, y dos sillones de piel marrón, colocados frente a frente, como si uno de ellos le estuviera contando algún cotilleo al otro. Al fondo veo un piano vertical. En el suelo hay una alfombra tan azul que parece como si la señora estuviera andando sobre el agua.

Se sienta en el sofá y apoya los pies, con zapatos y todo, sobre la mesita.

—¿Me hará alguien el favor de prepararme una copa de algo, antes de que me muera de sobriedad? —pregunta.

El hombre frunce el ceño y la mira primero a ella y después a mí, como si hubiera preferido que yo no oyera su comentario. Tengo tantas ganas de ir al baño que se me han olvidado sus malditos nombres. Pero no me hace falta saberlos, porque hago lo que llevo casi dos años haciendo. Levanto la mano y digo:

—¿Puedo ir al servicio, por favor?

La mujer me mira y dice:

—Lo tienes allí detrás, cariño. —Me señala una puerta pequeña junto a la escalera.

Dentro, hay una taza de inodoro blanca y brillante. Cuando termino de hacer mis necesidades, tiro de la cadena y allá se va todo. ¡Esto sí que es vida! Después me lavo las manos, con un jabón que huele auténticamente a rosas del jardín.

Salgo y veo que la señora se ha ido. El hombre se ha quitado la americana y se ha quedado en mangas de camisa, con la corbata puesta. Se me había olvidado que es muy alto. Está delgado, pero no es todo huesos como ella, y tiene el pelo castaño, con el tipo de suaves ondulaciones por el que muchas mujeres serían capaces de matar. Se ajusta las gafas y parece nervioso. Creo que no está acostumbrado a tratar con niños. De hecho, no veo que haya fotografías de niños en la sala, ni tampoco juguetes por el suelo.

¿Es posible ir y decirle a una persona: «Ya sé que ahora soy su hija, pero ¿qué esperan ustedes de mí, exactamente?»?

—Debes de estar cansada después del viaje en coche —me dice.

¿Qué? ¡Pero si he estado durmiendo la mayor parte del tiempo!

—O quizá tienes hambre —añade—. ¿Te apetece comer algo?

Tengo que contenerme para no agarrarlo por el cuello de la camisa impecable y gritarle: «¡No se imagina cuánta hambre tengo, señor!». Sé que debo cuidar los modales.

—Creo que podría comer un poco, sí. Gracias, señor.

Lo sigo a la habitación contigua, donde hay una mesa de comedor. Después, a través de una puerta de vaivén que él empuja para abrirla, llegamos a una alegre cocina amarilla. Hay un fregadero doble bajo una ventana y, frente a una nevera que se enchufa en la pared, una mesa pequeña. El suelo de baldosas blancas y negras parece un tablero del juego de damas. Si Ava estuviera aquí, podríamos echar una partida. Pero lo más importante es el delicioso olor que me llega desde le encimera, donde veo varias fuentes alineadas, cubiertas con campanas de vidrio.

—¡Vamos a ir cenando, cariño! —grita el hombre, pero el suyo no es un grito agresivo, sino más bien doméstico.

La mujer le responde:

—¿Qué nos ha traído? ¡No me digas que pollo frito otra vez!

Para mí sus palabras no tienen el menor sentido. No he vuelto a probar comida apta para personas desde los pastelitos de Birdie.

—¿Podemos lavarnos las manos en el fregadero o prefiere que use la bomba del patio? —pregunto.

Me contesta que podemos hacerlo allí mismo. Me pongo de puntillas para llegar al grifo y el hombre me da un jabón verde. Acabamos enseguida. Nos secamos las manos con un paño de

cocina amarillo y él empieza a destapar las fuentes. No sé qué contienen, pero os prometo que lo huelo desde donde estoy.

—Parece que esta noche tenemos jamón ahumado, cariño... Y los restos del rosbif. Meg, ¿qué...? ¡Anda! No había visto que estabas aquí mismo.

—Sí, señor. Aquí estoy.

Se vuelve y saca tres platos de un armario.

—¿Qué prefieres?

Respiro hondo antes de tomar una decisión tan difícil. Ya está.

—El jamón, por favor.

—¿No quieres rosbif? —pregunta—. Ayer estaba muy bueno.

La salsa parece deliciosa.

—De acuerdo. Tomaré rosbif en lugar de jamón.

El hombre me mira divertido, con los platos en la mano. Yo estoy temblando.

—Sabes que no hace falta que elijas, ¿verdad? —me explica.

¡Me está diciendo que puedo comer de las dos cosas! Me señala ambas fuentes.

—¿También querrás arroz con salsa?

—Sí, señor.

—¿Y boniatos asados?

—Sí, señor.

—¿Alubias con tocino?

—Sí, señor.

—¿Okra frita?

—Sí, señor.

—¿Crema de maíz?

—Sí, señor.

—¿Panecillos con mantequilla?

—Sí, señor.

—¿Ensalada Peabody?

—Sí, señor.

Sonriendo, me pasa un plato limpio.

—Sírvete tú misma, así podrás coger todo lo que quieras.

Y es lo que hago. Me sirvo, tratando de que las porciones sean razonables. Una cucharada de aquí y un poco de allá. Sé que no debo comportarme de manera vulgar con esta gente tan refinada, pero tengo que hacer un esfuerzo para no lamer las cucharas con las que me sirvo la comida. El hombre saca una bandeja de panecillos que se estaban calentando en el horno. ¡Dios mío, qué bien huelen! ¿Cuántos me dejarán comer? Cojo dos.

Entra la mujer en la cocina y yo me aparto, ya que me he servido todo lo que cabía en el plato sin amontonar unas cosas sobre otras. Él le da un beso en la mejilla y le dice que está preciosa. Ella no le hace mucho caso.

Se ha puesto un vestido ceñido de color plata, que parece que se le deslice sobre el cuerpo. Es alta y casi toda huesos, y tiene la cintura más estrecha que he visto en mi vida. Lleva el pelo peinado hacia un lado, con un gran mechón rizado que le cae sobre una oreja. Si tuviera que describir su imagen, diría que resulta deslumbrante.

—Bueno, parece que Margot tiene apetito esta noche —comenta al pasar a mi lado.

Yo no sé si espera que le responda. Casi nunca me mira a los ojos.

Vierte el contenido de una botella en un vaso con hielo mientras prepara los platos para ellos dos, y él le lanza otra ojeada. Principalmente, yo me concentro en mi comida. ¿Me darían un pellizco si le doy ya mismo un lametón a los boniatos? Pero entonces pasamos todos al comedor.

—Siéntate donde quieras, Meg —dice el hombre.

Tardo un segundo en reaccionar, pero al final me siento frente a ellos. Cuando llevas mucho tiempo ocupando solamente el asiento que te han asignado, se te olvida cómo hacer estas pequeñas cosas. Empiezo a bajar la cabeza para el agradecimiento de la comida, pero el hombre se pone a comer directamente. ¡Aleluya! Hace años que pienso lo mismo: come primero y da gracias después, porque de lo contrario solo rezas para que acabe de una vez la ceremonia.

Corto un triángulo grande de jamón ahumado, me lo llevo a la boca y, ¡Dios!, es el mismísimo cielo pinchado en un tenedor. Lo siguiente que pruebo es la crema de maíz. Es dulce y sabe a mantequilla. Después las alubias, y a continuación el boniato, con una cosa blanca y crujiente encima. Luego pruebo un panecillo con mantequilla y, mientras mastico, vuelvo a empezar con el jamón.

Como sin parar, hasta el punto de olvidar los buenos modales, pero esos dos no me prestan atención. Hablan entre ellos en voz baja. El hombre no tarda en acabarse la cena, pero ella no hace más que beber de su vaso mientras mueve un poco la carne por el plato.

—Bueno, al menos sabe comportarse en la mesa —la oigo decir —. Pero habrá que conseguirle ropa apropiada.

Lo último que ha dicho es música para mis oídos. El vestido que me puse para el Día de Visita me pica tanto que me está matando. Sigo comiendo las alubias. ¡Y yo que creía que no me gustaban las legumbres!

—Tendremos que hacerlo más pronto que tarde —prosigue la mujer—. Antes de que nos demos cuenta, estarán de vuelta.

—Lo haremos, Lucille —replica él.

Vale. Se llama Lucille.

—Pero, antes de empezar con eso, deja que se instale —añade el hombre.

—Tenemos que asegurarnos de que es capaz de hacerlo, Tom.

Y él se llama Tom.

—¿Podemos hablar de esto más tarde, cariño? Por favor.

Supongo que se preguntan si puedo hacer el trabajo que quieren encargarme. De momento, solo se me ocurre que sean las faenas normales de la casa. Por eso, en cuanto termine estas alubias con jamón, me pondré a trabajar en la cocina. También les haré saber que, si quieren pintar una pared o necesitan que alguien les dibuje un retrato malvado de una persona que conozcan, están de suerte.

Cuando veo que Lucille me está sonriendo, dejo de masticar. Un niña criada en una familia normal simplemente le devolvería la sonrisa. Pero allí de donde vengo sabes que ese gesto significa que van a darte una mala noticia.

—Margot... Meg —dice—, ¿te está gustando la cena?

—Sí, señora. La comida está deliciosa. Muchas gracias. —Si tuviera que calificarla, le pondría la nota máxima.

Inclina la cabeza y los rizos rojizos le caen a un lado de la cara de una manera muy favorecedora.

—Me alegro de que te guste —responde, sonriendo aún—. Y ahora, Meg, detesto tener que sacar este tema en tu primera noche aquí, pero tenemos que asegurarnos de que encajas con nosotros y nosotros contigo, ¿verdad, cariño? —Se vuelve y le sonríe a Tom, que se mueve en su sitio como si de pronto su silla se hubiera vuelto incómoda—. Necesitamos saber que podemos confiar en ti, Meg.

—Soy muy digna de confianza, señora. Se lo aseguro.

Me empieza a doler un poco el estómago; he comido demasiado deprisa.

—Muy bien. Entonces, si te pedimos que hagas algo en el futuro, ¿serás una buena chica y lo harás bien, por nosotros?

No tengo ni idea de lo que puede querer decir, pero contesto:

—Sí, señora.

Espero a que me diga de qué se trata, pero, en lugar de seguir hablando, bebe otro largo trago de su copa. Decido que es mejor ir sobre seguro, así que paso a la acción.

—Disculpen —digo. Me levanto y me pongo a recoger los platos, empezando por el suyo—. Se sirve por la derecha y se recoge por la izquierda —recito, aunque ni siquiera recuerdo de dónde he sacado la frase.

—No hace falta que lo hagas, Meg —me explica Tom, que se pone de pie y me quita de las manos el plato de su mujer.

—No se preocupe, señor. A la señorita Garnett no le importa que nos hagan trabajar.

—Podemos hacerlo nosotros —insiste él, mientras recoge también el suyo—. No es necesario que lo hagas tú.

—Confíe en mí. Les seré muy útil —le digo, pero él no me deja coger el plato de Lucille.

—Si la niña quiere recoger la mesa, deja que lo haga —interviene ella—. Tampoco se lo dejas hacer a la criada.

En ese preciso instante, siento que me sube un ruido desde lo más profundo de la garganta y toda mi cena acaba en el suelo de madera encerada. Me agacho e intento tapar el desastre con una servilleta para que no lo vean. Temo que se enfaden y quieran devolverme a ese lugar y cambiarme por una niña más...

—No te preocupes, Meg —dice Tom, mientras se agacha también para ayudarme—. Puede pasarle a cualquiera.

Lo limpio todo lo más rápido que puedo. Cuando salgo de la cocina, es posible que se me hayan escapado algunas lágrimas. Lucille me da unas palmaditas en la cabeza y me dice que no me angustie.

—Te adaptarás muy bien a esta casa, monina.

# 20

Cuando me despierto, pienso que debo de estar muerta. Me ha matado la gripe y ahora estoy en el cielo. ¿Dónde más podría haber sábanas tan suaves y de tan buena calidad?

Miro la habitación a mi alrededor y no me puedo creer que sea mía. Anoche, después de limpiar el vómito, Lucille me pidió que subiera con ella a la planta de arriba. Cuando llegamos, abrió la primera puerta a la derecha y me enseñó una habitación blanca, con una cama lo bastante grande para que durmieran dos personas, con un techo del que colgaban sedosas borlas rosadas.

—Tom y usted deben de estar muy cómodos aquí —le dije.

—No, monina. Esta habitación es para ti.

—¿Para mí?

En una esquina había una mecedora con un pequeño reposapiés rosa, y bajo la ventana, un banco de obra donde podías sentarte y contemplar la copa verde de un árbol muy bonito. Junto a la cama había una alfombra blanca y rosa que con solo mirarla se notaba que debía de ser suave como la mantequilla.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Es lo que esperabas? —me preguntó Lucille.

—Es mucho más.

También encontré un tocador con un espejo atornillado, como el que teníamos en casa. Di un respingo cuando vi reflejada a una niña que era toda pellejo y huesos, con una mata de pelo casi blanco. ¿Realmente era yo esa niña? ¿Era esta su habitación? Lucille me repitió que me conseguiría ropa mejor, porque no podía ir por la casa de los Heidelberg vestida con un saco de harina. Después salimos al pasillo y me enseñó un cuarto de baño TODO PARA MÍ,

con un juego de esponjosas toallas blancas, junto a la maravillosa bañera donde estaba a punto de meterme.

También me mostró un cepillo de dientes, de pie en su soporte.

—¿Alguien más lo usará, aparte de mí? —pregunté.

—¡No, por Dios! Claro que no —exclamó ella—. Esta noche puedes dormir con las enaguas puestas, hasta que te consiga un buen camisón. Deja el vestido en ese cesto, para que se lo lleve la chica. —Después, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Y si mañana la ves, no quiero que le digas nada, absolutamente nada, acerca del sitio de donde vienes, ¿entendido? Ni una palabra sobre Oxford ni sobre el orfanato, ¿me has oído?

—Sí, señora. Pero... ¿por qué no?

Noté que arqueaba ligeramente una ceja.

—Porque te lo digo yo. ¿Puedo confiar en que harás lo que te pida, monina?

—Sí, señora. Confíe en mí. —Me alegré de poder hacer finalmente algo por ella.

—Bien —zanjó.

Antes de que se marchara, me animé a preguntarle:

—Disculpe, pero ¿han pensado su marido y usted cómo quieren que les llame?

Me habría parecido extraño llamar «mamá» a esa señora, porque así llamaba a mi otra madre, pero no me habría importado llamar «papá» al hombre, ya que nunca había tenido ocasión de usar mucho esa palabra.

—Puedes tutearnos y llamarnos Tom y Lucille, al menos de momento —respondió, y, tras darme una palmadita un poco brusca en el brazo, se fue a la planta de abajo.

Mientras la bañera se llenaba, fui a curiosear un poco. Junto a mi dormitorio había otro, con dos camas estrechas con cobertores

azules, como de chico. Al final del pasillo estaba el cuarto de Tom y Lucille. Era fácil adivinarlo, porque había ropa de ella tirada por todas partes. El color de la decoración era verde oscuro combinado con rojo, y la habitación era más grande que la mía, pero no mejor. Nunca me han gustado los colores navideños fuera de temporada. Había un último cuarto junto al de la pareja, en cuyo interior vi una cuna blanca con sábanas rosa, un sonajero de plata y una de esas cosas que giran colgadas del techo. Al verlo, me dije que tendría que hacer un esfuerzo extra para demostrarles que yo era mejor que un maldito bebé. Sin duda era menos molesta, y, aunque esa noche había vomitado, rara vez me hacía pis en la cama y prácticamente nunca me cagaba en las bragas. Eso tenía que ser un punto a mi favor para cualquier familia.

Ahora, en mi preciosa habitación blanca y rosa, entra a raudales el sol de la mañana. Decido quedarme aquí sin moverme ni decir ni pío. Lo consigo hasta que empiezo a percibir olor a comida. Es beicon, estoy segura. Saco mi vestido de diario de la bolsa marrón que traje conmigo. Todavía huele a las Huérfanas. Hasta ahora no había notado ese olor dulzón a humedad. Se me forma un nudo en la garganta, pero no es el momento de sentir este tipo de cosas, cuando hay beicon friéndose en la cocina.

Bajo y, efectivamente, encuentro a una mujer negra en uniforme blanco con una sartén al fuego. Es mucho más delgada y joven que la vieja Ophelia. Debe de ser lo que llaman «de mediana edad». Veo que se pone a buscar en los cajones y los armarios. Abre y cierra puertas, y se agacha para mirar detrás de una cortina con dibujos de flores que hay bajo el fregadero. Cuando me ve, no deja lo que está haciendo y me pregunta:

—¿Quién eres, niñita? ¿Una prima de la señorita Rowena?

Recuerdo lo que me dijo Lucille anoche, así que le respondo:

—No, señora. Soy Meg.

Empieza a limpiar la encimera con una bayeta.

—¿Meg? ¿Meg qué más?

Nadie me ha explicado esa parte. ¿Sigo siendo Meg Lefleur o ahora soy Meg Heidelberg? Ni siquiera sé todavía cómo se escribe ese apellido. Así que le digo:

—Soy solo Meg. Estoy aquí para ayudar a Tom y a Lucille. —Y hago el gesto de cortar el aire con las manos, para hacerle ver que prefiero no seguir por ahí.

Entonces deja de moverse y me mira.

—¿Ayudar? —Abre mucho los ojos—. ¿Con el bebé, quieres decir? Pareces un poco joven. ¿Ya está aquí la criatura?

—No, señora. Aquí no hay ninguna criatura. —Pero, si ella ha decidido que estoy aquí para eso, no seré yo quien la contradiga. Y, aunque me gustaría hacerle algunas preguntas sobre este lugar, Lucille me ha dicho que necesita confiar en mí y supongo que eso equivale a ordenarme que mantenga la boca cerrada.

Vuelve a lo que estaba haciendo y me pregunta si quiero desayunar.

—¡Sí, por favor! —La cena de anoche acabó en el suelo cuando no hacía ni diez minutos que la había terminado—. Y no se preocupe, recogeré y limpiaré todo cuando acabe.

Rompe un huevo y lo fríe mientras yo miro, de pie a su lado. Consigo sacarle que se llama Willy May y que trabaja en la casa grande de la madre del señor Tom, pero viene por las mañanas para ver que todo esté en orden. También me dice que vaya a sentarme, porque tiene mucho que hacer.

Me siento a la pequeña mesa junto a la ventana. Cuando Willy May me pone delante el plato, me digo a mí misma que esta vez no debo actuar como una condenada fiera salvaje. ¡Cielo santo! Me ha

servido tortitas con sirope, un huevo frito, el jamón de anoche preparado con salsa de café y, además, una naranja de verdad, cortada en gajos perfectos. Dicen que las cosas buenas no crecen en los árboles, pero en este caso no es cierto. Me estremezco cuando me llevo un gajo de naranja a la boca. Es como saborear una rodaja de sol.

He terminado y estoy llevando mi plato al fregadero cuando entra Tom.

—Buenos días, Willy May.

Todo él —la camisa, los pantalones e incluso el cabello castaño— parece perfectamente planchado. De repente, me ve y parece incómodo, mirando primero a la criada y después a mí. Supongo que se preguntará cómo le habré explicado mi presencia.

—Buenos días, Meg.

—Buenos días.

—Gracias, Willy May. Ya puedes volver a la casa grande —le dice.

La criada mira a su alrededor, como si le quedaran más cosas que hacer, pero al final responde:

—Sí, señor. Volveré mañana.

En ese momento entra Lucille, que no va ni remotamente tan pulcra y arreglada como su marido. Lleva una bata de flores y a un lado de la cabeza le sobresale el mechón rojizo rizado. Las líneas negras debajo de los ojos se le han emborronado. Me da los buenos días, pero parece hacerlo por obligación.

Sigue con la vista a Willy May, que ya está atravesando el jardín.

—Al menos podrías haber esperado a que me sirviera el café antes de echarla.

—Te lo serviré yo, cariño —replica Tom—. Está aquí mismo, en los fogones.

—Pero no quiero que me lo sirvas tú —se queja ella mientras se sienta a la mesa—. Quiero que lo haga ella. Sabe mejor cuando te lo sirve una criada.

Tom le llena una taza. ¡Jolines! Willy May ha terminado de fregar todos los malditos platos. Esta gente pensará que soy una inútil.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? —pregunta Tom.

—Tengo que ir corriendo a la tienda a comprar un par de cosas y a ver si consigo ropa decente para Meg —dice Lucille.

—Te llevaré en coche —propone Tom.

Me los quedo mirando detenidamente. Sé lo que puede pasar cuando alguien se va a una tienda a comprar algo.

—Gracias, cielo, pero no necesito acompañante —responde ella, antes de levantarse y marcharse con su taza de café.

Tom abre la puerta trasera y mira el jardín. A mí también me gustaría salir a explorar. Hay un magnolio que parece perfecto para trepar. Entra una ráfaga de aire y Tom deja escapar un silbido.

—¿Notas la brisa, Meg?

—Sí, señor. —Es fresca y agradable, poco habitual para el mes de agosto.

—¿Qué te parece si vamos a elegir un libro para ti y salimos a disfrutar del buen tiempo?

No le puedo decir que no.

—Mira en esa estantería —dice Tom—. Debe de haber algo que puedas leer.

A mí ya me parecía que tener el retrete dentro de casa era un lujo, pero esta gente tiene una auténtica biblioteca para su uso personal. Las paredes son del color de una noche de tormenta y hay un sofá de terciopelo rojo y un retrato enorme de un señor de expresión triste, que según Tom era su abuelo materno. Por el

aspecto del anciano se diría que su madre nunca fue demasiado buena con él. ¡Y los libros! Tienen estanterías especialmente construidas para acomodarlos. Cubren las paredes de lado a lado y de arriba abajo. Hay libros de historia, sobre las aves y sobre el Mississippi. Incluso hay libros sobre libros.

Tom me guía, llevándome por los hombros, hasta el lugar donde tienen las novelas, que es exactamente el tipo de libro que me gusta leer. Aunque no me importa que haya unas cuantas ilustraciones, tampoco las necesito para entender la historia. Me tomo muy en serio la elección del libro, porque no sé cuántos podré coger. Tienen *Ana de las tejas verdes* y *La historia del doctor Dolittle*, que por un momento me tientan, pero al final me decido por *Las aventuras de Huckleberry Finn.* Mi otra madre solía leerme otro del mismo autor. El tal Mark Twain escribe bien. Además, toda la historia del río y la balsa que leo en la contraportada me recuerda a la vieja Ophelia y su piano.

Cuando Tom ve lo que he elegido, asiente y comenta:

—A mí también me gusta este, más que *Tom Sawyer*.

¿A que no adiviná is qué otro libro encuentro en la estantería? El último libro que eché al fuego en la casa entre algodonales, el *Ulises*.

—Pues yo prefiero cualquiera antes que este. En la parte que leí, había un hombre que se metía un dedo en la nariz.

Tom levanta las cejas, como sorprendido de que yo sepa esas cosas. Pero, ahora que lo he mencionado, noto que no tengo ganas de pensar en eso.

Salgo al jardín tras él y recorremos un sendero de ladrillos calientes colocados directamente en la tierra. Tom se instala en un asiento alargado de mimbre, pintado de verde, y dice que el tiempo que hace es «espectacular».

—Apuesto a que nadie habla de otra cosa en todo Mississippi —digo yo.

Me tumbo sobre la hierba y me pongo a agitar los brazos y las piernas como si estuviera haciendo un ángel en la nieve.

Tom me pregunta si no teníamos césped en el orfanato.

—Solo tierra —respondo. Pero al poco rato me voy a una tumbona. Los bichos colorados te devoran en verano.

El jardín es grande y silencioso, con árboles altos por todas partes para que den sombra. Pero más allá del jardín se ve una línea de bosque oscuro cuyo aspecto no me gusta demasiado. Ahora que estamos sentados tan cerca del suelo, la casa parece todavía más alta, con sus tejados de diferentes formas, algunos rectos y otros curvos.

—¿Cómo se llama una casa como esta? —le pregunto a Tom.

—Victoriana —responde.

—¿Qué es eso allá arriba, con una barandilla alrededor?

—Lo llaman «el mirador de la viuda» —me explica—. Dicen que allí esperaban las mujeres el regreso de sus maridos perdidos en el mar. Pero nosotros guardamos allá arriba arena y agua, por si se prende fuego la chimenea.

Lo primero que ha dicho me hace pensar en la araña viuda negra, y lo otro en la posibilidad de un incendio. Si no supiera que no hay nada que temer, pensaría que la casa es un poco aterradora.

Cuando oímos alejarse el coche de Lucille, los dos nos ponemos a leer. Huck Finn organiza su banda de ladrones en la cueva y hace toda clase de perrerías. Tom lee prácticamente sin levantar la cabeza, pero yo necesito hacer pausas cuando leo. Me voy a dar una vuelta por el enorme jardín. Es increíble, alguien ha barrido todas las hojas y la paja. Esta gente ni siquiera tiene moras para que yo las pueda recoger. Hay rocas y piedras bonitas alrededor de una

pequeña fuente para que se bañen los pájaros. Me pongo a mirar de cerca unas hormigas y me pregunto qué sentiría yo si levantara la vista y viera una gigante de pelo blanco que me estuviera observando.

Cuando vuelvo a sentarme, Tom oye que me está gruñendo el estómago.

—Sigues teniendo hambre, ¿verdad?

—Sí, Tom —contesto.

—Vamos a ver qué hay de comer.

Entramos y, cuando abre la nevera, ni siquiera parece sorprendido al encontrar una bandeja con sándwiches ya preparados. Son de beicon y tomate, con una hoja de lechuga y un poco de mayonesa. No puedo evitar una sonrisa cuando los veo. Incluso tienen pinchado un palillo, como los que salen en las revistas femeninas. Los sacamos al jardín y seguimos haciendo lo mismo que antes pero con comida. ¡Es ESPECTACULAR! Hasta ahora no había usado nunca esa palabra, pero me doy cuenta de que suena exactamente como lo que significa.

A veces se me acelera el corazón, por miedo a despertarme y descubrir que estoy babeando otra vez sobre aquel escritorio, pero la mayor parte del tiempo me relajo y disfruto del momento. Cierro los ojos y me pregunto qué estarán haciendo las otras niñas. Morirse de hambre, probablemente, después de que Dorella haya robado todo el pan de maíz. Seguro que la Gran Farsante va y viene por el pasillo y de vez en cuando echa un vistazo a mi despacho vacío, preguntándose cómo será la buena vida que tengo ahora.

«Eres un error».

«Sucia, marrana...».

Me despierto sobresaltada y miro a mi alrededor.

—¿Meg? ¿Has tenido una pesadilla?

Me vuelvo a recostar.

—No, no ha sido nada. Solo cosas que pasan, Tom.

Cuando me doy cuenta de lo feliz que me siento, se me ocurren algunas preguntas, más de las que debería hacer. Decido empezar por lo más básico.

—¿Tienes algún tipo de trabajo remunerado, Tom?

Una vez leí en la revista *Good Housekeeping* que a los hombres les gusta que les pregunten por su trabajo y que las mujeres deben escucharlos con atención, sin interrumpirlos.

Por el modo en que se le caen los hombros, creo que le he hecho la pregunta equivocada.

—No del todo. Estoy tratando de escribir una novela —responde.

Asiento y lo animo:

—Cuéntame más. Te escucho.

Primero sonríe y después frunce el ceño. Empieza a hablar, pero enseguida se interrumpe. Tengo la impresión de que nadie suele preguntarle por lo que hace. Mira el libro que está leyendo y dice:

—Es sobre un hombre hastiado de la vida que sufre un desengaño en el Estados Unidos de la posguerra.

Le recuerdo que tengo once años y que podría explicármelo de manera más sencilla. Pero también le digo que no se preocupe, ya que pertenezco al grupo de los alumnos excepcionales y aprendo con rapidez.

Él endereza la espalda y, tras ajustarse las gafas, lo intenta de nuevo.

—Es sobre un hombre que ha luchado en la Gran Guerra y que, después de ir a todas las fiestas y de beber champán con todas las mujeres y con los aprovechados que creía amigos suyos, se da cuenta de que le han quemado todo el dinero y lo han dejado sin nada.

—¿Se lo queman de verdad? ¿Para hacer fuego en la chimenea? —pregunto, porque de eso sé bastante.

—Lo que quiero decir es que eran derrochadores, codiciosos, demasiado privilegiados y más interesados en menear el trasero en las fiestas de Nueva York que en los acontecimientos del resto del mundo. A Lucille no le gusta que le hable de esto, por eso no suelo sacar el tema.

—¿No le gustan los libros a Lucille?

—Uy, sí, le gustan mucho. Lo que no le gusta son los escritores. Preferiría que yo trabajara en un banco o en el sector inmobiliario, como hacen nuestros amigos de Nueva York.

—¡¿Has estado en Nueva York?!

Sonríe y asiente.

—Allí nos conocimos Lucille y yo. Ella ya vivía en la ciudad cuando llegué.

—¿Os conocisteis en una de las fiestas donde la gente menea el trasero? —Cuando lo digo, imagino un montón de culos agitándose en torno a la estatua de la Libertad.

Suelta una risita.

—No, no... —Desvía la vista y se queda mirando un punto en el jardín, como si estuviera visualizando lo que tiene en la memoria. ¡Dios mío! ¡Ojalá yo también pudiera verlo!—. Cuando nos conocimos, ella era la secretaria de un viejo amigo mío en Charles Scribner's Sons, una gran editorial. Un día fui a ver a mi amigo y Lucille llevaba un vestido verde, con un lazo enorme que le llegaba hasta la barbilla. —Extiende los dedos a ambos lados del cuello, para mostrarme cómo era el lazo—. Le dije que se parecía a mi maestra de tercero. —Se echa a reír de nuevo—. No le gustó, pero conseguí que me prestara atención.

A mí personalmente me encantaría que alguien me dijera que me parezco a una maestra de escuela. Pero Lucille no se parecería a la señorita Pettybone ni aunque lo intentara.

—Nos casamos en el ayuntamiento seis meses después. En octubre hará dos años.

—¿Por qué volviste a Mississippi? ¿Tus amigos te habían quemado todo el dinero? —No parecía que fuera eso. Después de todo, tenía un cajón de naranjas en la cocina y una enciclopedia completa, con todas las letras.

—Mi familia... —suspira—, ellos pensaron que sería mejor que volviéramos un tiempo a casa. Pero echo de menos la ciudad. Todos los buenos escritores han vivido allí en algún momento. Una vez lo vi a él —añade levantando el libro que ha elegido.

—*A este lado del paraíso* —leo en voz alta—. Scott Fitzgerald. —Es el nombre que aparece en el lomo—. ¿Es tu escritor favorito?

—Es el favorito de un montón de gente —responde.

Me cuenta que una vez fue a un hotel llamado Saint Moritz, en Nueva York, y que lo vio.

—Sentado en el bar, escuchando una orquesta de jazz. Parecía como si no tuviera ni una sola preocupación en la vida; pero, si lees sus libros, te das cuenta de que no era así. —Por el modo en que Tom lo cuenta, deduzco que es la más importante de sus historias—. Detesto este sitio —añade.

—A mí me encanta —replico, por si había alguna duda.

—Lo encuentro ostentoso hasta el mal gusto.

—Prueba a vivir en un orfanato. Allí, por no tener, no tenemos ni mal gusto.

Le brillan los ojos detrás de las gafas. La risa de Tom es de las que van por dentro. Se le agita todo el cuerpo y, aunque mantiene la

boca cerrada, se ve que se está riendo. Me pregunto si alguien le habrá dicho que no haga ruido al reírse.

Al cabo de un segundo, vuelve a ponerse serio. Me dice que todas estas tierras en las que vive su familia son el fruto de lo que llama «represión y sometimiento». Lo escucho atentamente y, aunque no entiendo mucho lo que dice, creo que en definitiva todo se reduce a una cosa: Tom no quiere que las personas de color le limpien la cocina, ni le recojan la cosecha, ni carguen con sus bolsas de la compra. Prefiere que trabajen con los blancos, porque de lo contrario no habríamos avanzado nada desde la guerra de Secesión y el mundo seguiría siendo el mismo que antes.

Su familia, que vive un poco más adelante por la carretera, no comparte su opinión.

—¿Hay alguna niña de mi edad en la familia?

—Sí, hay muchas primas que podrás conocer. Es una familia grande.

Cada vez que menciona esa palabra, «familia», la cojo al vuelo y me la guardo en la cabeza, a la espera de que vuelva a pronunciarla. Dice que muchos de sus parientes se han ido a Europa este verano, a comprar más cosas inútiles, pero asegura que volverán «a su debido tiempo».

Después vuelve a enfrascarse en la lectura, así que yo me recuesto en la tumbona y contemplo el cielo azul. Son tantas las cosas por las que dar las gracias aquí que a veces no me acuerdo de todas. Me pongo a repasar algunas que quizá se me han olvidado, como la nevera eléctrica con sándwiches esperando a que vayamos a recogerlos, o aquella estatua tan interesante de un hombre desnudo, o la perspectiva de cenar pollo frito hasta cansarme. Además, hay una cantidad enorme de libros para leer y una familia

que vive un poco más allá, por la carretera, y que volverá «a su debido tiempo».

—Creo que ahora voy a entrar, para escribir un poco —dice Tom —. ¿Podrás entretenerte tú sola, Meg?

—Por supuesto que sí, Tom —respondo. Se me da muy bien entretenerme sola.

Mientras él trabaja en su estudio, saco al jardín un bloc y un lápiz que encuentro en la cocina e intento organizar todas las preguntas que tengo en la cabeza. Cuando he escrito la mayoría, las clasifico en dos grupos básicos: «Necesito saberlo ya» y «Necesito saberlo luego», ya que no tiene sentido importunar a alguien con preguntas cuando puedo dejarlas para más adelante.

Las preguntas de la columna «Necesito saberlo ya», que pienso formular esta misma noche, son las siguientes: ¿qué hago aquí?, ¿cuándo será la próxima vez que cenemos pollo frito?, ¿qué edad tienen exactamente esas primas que viven más abajo por la carretera?, y ¿será divertido jugar con ellas?

Algunas de las que he incluido en el grupo «Necesito saberlo luego» son: ¿iré a la escuela en septiembre?, ¿tendré que usar su apellido o seguiré siendo Lefleur?, ¿me dejarán que pruebe a conducir su coche alguna vez?, y ¿cuándo empezarán las clases?

En el último minuto, decido añadir una columna de «Preguntas extra». Mis preguntas extra por ahora son: si de repente hay un bebé disponible, ¿me devolverán al orfanato? Solo les haré esta pregunta si encuentro el momento oportuno; prefiero no darles ideas que no se les hayan ocurrido ya.

Willy May parecía estar convencida de que me han traído para eso.

Pero enseguida decido borrar la pregunta sobre el bebé. Me han dicho que tiendo a pensar demasiado las cosas, aunque también he conocido a gente que piensa demasiado poco y que podría dedicar más tiempo a reflexionar sobre sus decisiones. En cualquier caso, borro la pregunta con tanta fuerza que hago un agujero en el papel.

Cuando me canso de estar sentada, voy a la biblioteca y encuentro un libro llamado *Mapas de América*. Lo abro en el suelo y trato de localizar dónde demonios estamos. Tom me ha dicho que nos encontramos al norte del estado de Mississippi, en las afueras de un pueblo llamado Byhalia. Sé cómo se escribe el nombre, porque le pedí que me lo deletreara. Cuando encuentro la localidad de Byhalia, uso una regla para medir la distancia que me separa de la señorita Garnett. Ochenta kilómetros es mi cálculo. Me gustaría ir a buscar a los que han hecho el mapa y pedirles que añadan unos cuantos kilómetros más. No puede haber suficiente carretera entre esa mujer y yo.

Después me quedo mirando lo graciosos que son los nombres de algunos pueblos que hay por aquí, como Hot Coffee, Chunky, Alligator o Money. También hay un río llamado Yockanookany. Al cabo de un rato, empiezo a sentir calientes las mejillas por haber estado tanto tiempo al sol.

Cuando Tom sale de su estudio, sigo aquí en la biblioteca. Su despacho está al otro lado del pasillo, en esa torre circular que él llama «la torreta». Una habitación como esa, que parece salida de un cuento de hadas, tiene que ser el lugar ideal para inventar historias.

Sonríe y me dice:

—Hoy ha ido bastante bien el trabajo. Puede que seas mi amuleto de la suerte, Meg.

Me alegro de servir para algo en esta casa.

Dice que Lucille todavía está haciendo recados y que tardará en volver.

—Pero no te preocupes —añade, haciendo un guiño—. Podemos cenar sin ella. ¿Quieres que saquemos la comida al porche delantero, ya que sigue haciendo buen tiempo?

—¿Podemos?

—¿Por qué no?

Parece que acabemos de comer, pero yo vuelvo a estar hambrienta. Nos servimos y llevamos los platos a las mecedoras del porche delantero. Dejamos los vasos de agua sobre el alféizar de la ventana y nos apoyamos los platos en las rodillas. La comida es fantástica. En realidad, es lo mismo que cenamos ayer, pero sabe diferente, porque esta vez Tom lo ha calentado. Me gusta cenar en el porche. Cuando se me cae un trocito de pan, lo dejo en el suelo para que lo disfrute otra criatura hambrienta. Y, cuando los mosquitos nos descubren, Tom pulsa un botón que tiene detrás. Los Heidelberg no se agitan ni dan manotazos, simplemente encienden un ventilador eléctrico y problema resuelto.

Mientras cenamos, hablamos de Huckleberry Finn y Tom Sawyer. Le pregunto cómo haría Mark Twain para salirse con la suya y escribir *sivilizado* en sus libros, sabiendo que era un error. Tom me explica que es lo que se llama una «licencia poética».

—Si hiciera falta una licencia para escribir con faltas de ortografía, la mitad del estado de Mississippi estaría en la cárcel.

Se ríe de mi ocurrencia, con esa manera que tiene de agitar todo el cuerpo sin hacer ningún ruido, y luego observa:

—Tienes un poco rojas las mejillas, Meg. Mañana te buscaremos un sombrero.

¿Podremos hacer mañana lo mismo que hoy? Dejo que la idea cale en mí y siento un cansancio bueno y profundo, después de

tantas horas al sol.

—¿Qué es esto? —Tom coge del suelo mi lista de «Necesito saberlo», que se me debe de haber caído de la silla.

—Son solo unas preguntas que he escrito —contesto avergonzada—, pero no hace falta que me las contestes todas ahora. —Tengo miedo de que se ría de mí.

Despliega el papel y no se ríe mientras lee, sino que parece serio.

—Bueno, puedo decirte que cenamos pollo frito una vez por semana, más o menos, así que debe de faltar poco. Irás a la escuela con tus primas, la hija de mi hermano Nick debe de tener tu edad, y hay alguna más ... —Frunce el ceño—. No veo ninguna razón para que no lleves el apellido Heidelberg, a menos que tú no quieras.

Me lo pienso y decido que estará bien llevarlo, si él me enseña cómo se escribe.

Me lo deletrea despacio y yo lo repito. Me gustaría tener más respuestas, pero empiezo a bostezar. Tengo los ojos tan pesados que casi se me cae el plato de la falda. Es el efecto de haber pasado demasiado tiempo al sol.

—¿Por qué no hablamos de todo esto más adelante con Lucille? Creo que ahora deberías irte a la cama, Meg.

Lleva los platos de ambos a la cocina, aunque sé que debería hacerlo yo. Me recuesto en la mecedora para descansar la vista un momento y, cuando abro los ojos, siento que me está llevando en brazos a mi habitación. Me deja en la cama y me cubre con la sábana, pero no con la manta. Me aprieta un pie y me dice:

—Que duermas bien, Meg. Hasta mañana.

Todo es sencillamente espectacular.

En algún momento de la noche, me despierto sobresaltada y miro a mi alrededor, convencida de que Dorella o la señorita Mildred van a

regañarme por haberlas despertado otra vez a todas con mis gritos. Pero no soy yo la que está armando jaleo, sino ellos dos, al final del pasillo. Mi puerta está cerrada, pero la suya debe de estar abierta, porque los oigo con claridad.

—¡Le diremos lo que nos dé la gana y ella ni siquiera notará la diferencia! —dice Lucille.

—Aun así, Lucille, vamos a devolver el resto del dinero, porque es lo correcto. Les diremos que no nos ha costado tanto como pensábamos. ¿Dónde has puesto el...?

—¡A mí no me digas qué es lo correcto! —grita Lucille, con tanta fuerza que el corazón me da un vuelco.

Luego baja la voz, de manera que solo me llegan retazos sueltos de lo que dice: «después de que perdieras» alguna cosa y «si ella no hubiera» hecho aquello otro, y entonces oigo mi nombre: Meg. Me acurruco hecha un ovillo, muerta de miedo. Dios mío, ¿qué habré hecho ahora? ¿Habré hablado más de la cuenta con la criada? ¿Habrá descubierto Lucille mis listas de «Necesito saberlo» y ha decidido que ya ha tenido suficiente conmigo?

—¡Ya no puedo más! ¡Me largo! —exclama Lucille.

Entonces oigo cajones que se abren y se cierran.

—Lucille, escúchame un minuto, por favor —le suplica Tom—. Deja eso.

—No, ya no te aguanto más a ti, ni tampoco a ELLA.

—No digas eso, no es justo... Deja eso, por favor. Lo siento.

Estoy temblando bajo la manta, deseando no ser la persona de la que hablan.

De repente, silencio. No oigo nada. Tengo miedo y estoy cansada. Al cabo de un rato, oigo que Tom dice:

—Ven aquí, cariño.

Y ella le responde con una voz diferente:

—Cierra la puerta, Tom.

## 21

Mi habitación está llena de sol cuando abro los ojos. Los cierro y los vuelvo a abrir, para asegurarme de que realmente estoy aquí. Aunque parece tarde en la mañana, no me gruñe el estómago. Me quedo un rato contemplando el techo de mi cama y las líneas que se unen en el centro, formando un botón rosa de aspecto delicioso. Después de todo, puede que sí tenga un poco de hambre.

Entonces recuerdo la discusión de anoche y a Lucille refiriéndose a ELLA y diciendo algo acerca de un dinero. Sin dejar de contemplar el botón del techo, me pregunto de qué iría todo aquello. Yo no les he costado nada, aparte de la comida que me han dado. Recordar su voz enfadada hace que me duela un poco el estómago. Pero entonces veo algo y me incorporo.

En el banco bajo la ventana hay tres bolsas blancas grandes, con asas, como las que dan en las tiendas. Me levanto y voy a mirar... ¡Dios mío, es ROPA! Todo es nuevo y parece de mi talla.

Empiezo a sacar la ropa de las bolsas. Hay un vestido rosa, dos blancos y uno azul con estampado de flores. Uno de los vestidos blancos tiene unos preciosos apliques de pajaritos azules en el cuello. También hay unos calcetines con puños, unos pantalones bombachos con ribete acanalado, dos camisones largos con volantes en el delantero, dos conjuntos de diario para jugar, uno verde y otro rojo con un motivo floral que no me acaba de gustar, y dos pares de zapatos de verdad, unos blancos y otros negros, de los que tienen una tira en el empeine. En otra bolsa encuentro un jersey abotonado de lana azul celeste muy suave. La etiqueta cosida del revés dice:

«lana de borreguito». ¡Como las manoplas de los grandes almacenes Neilson! También veo un oso de peluche al que le falta un ojo, una bolsa de canicas y un juego de construcciones que parece como si alguien hubiera jugado ya con él, pero aún se conserva bastante bien.

Noto que las suelas de los zapatos están gastadas, por lo que deben de ser una donación. Pero recuerdo la discusión de anoche, que era sobre algo relacionado con los gastos, así que es probable que todo esto venga de una tienda de segunda mano o algo parecido.

En el fondo de una de las bolsas hay un traje de baño auténtico de color rosa, con un gorro de goma a juego. Tiene unas divertidas flores con ventosa, que me succionan el dedo cuando las presiono. Me quito mis viejas enaguas tan deprisa como puedo para probármelo todo. Las tiraría por el retrete si pudiera, pero entonces se atascaría el desagüe y me metería en un buen lío. «Ten cuidado, Meg, con lo que tiras al retrete». Guardo mis cosas viejas en la bolsa de papel que traje del orfanato y las deslizo debajo de la cama.

Me pruebo primero el vestido de los pajaritos azules, que para el otoño podré ponerme con el jersey abotonado. Me sienta bien, pero un poco holgado, con espacio para que siga creciendo. Salgo al pasillo corriendo para ir a enseñarles a Lucille y Tom lo bien que me queda la ropa nueva. Golpeo la puerta y la llamo a ella por su nombre. Vuelvo a golpear y lo llamo a él. Al cabo de un minuto, se abre la puerta bruscamente.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Meg? —dice Lucille.

—Solo quería agradecerte toda la ropa tan bonita que me has traído.

Tiene maquillaje emborronado alrededor de los ojos y un antifaz para dormir levantado sobre la frente. La oigo respirar por la nariz.

—Siento haberte despertado, Lucille —me disculpo.

—No pasa nada —dice ella, articulando bien las palabras—. Pero no vuelvas a hacerlo, por favor. —Entonces me cierra la puerta en la cara con tanta fuerza que me hace parpadear.

Regreso a mi habitación e intento convencerme de que todo está bien. Que me cierren una puerta en la cara no es lo peor que me ha pasado en la vida, ni mucho menos. Y a nadie le gusta que lo despierten por la mañana. Es la naturaleza humana.

Excepto para ir a buscar comida y agua, no me muevo de mi habitación durante el resto de la mañana. En cuanto cuelgo de una percha uno de los vestidos blancos, tengo que sacar el de los pajaritos azules y volver a probármelo. Solo el vestido rosa es un poco pequeño y demasiado infantil para mi edad. No me gusta nada. Ninguno es tan suave como mi viejo saco de harina de las Huérfanas, pero todos huelen mucho mejor.

Tom viene a asegurarse de que estoy bien antes de irse a su estudio a trabajar. Willy May ha debido de venir y marcharse temprano, así que subo unos panecillos y un poco de jamón a mi habitación para comer tranquila. Nadie ha dicho que no pudiera hacerlo.

¿Y quién es esa niña del espejo? Hace casi dos años que no me veía desnuda de cuerpo entero. He crecido cuatro o cinco centímetros, pero es como si el relleno se me hubiera escurrido por el desagüe. Solo me quedan la piel, las costillas, una personalidad extraña y una mata de pelo blanco. ¡Y mira eso! Ya empieza a aparecer una sombra allá abajo, como mi madre dijo que pasaría. La oreja izquierda todavía me sobresale más que la derecha. Sigue sin gustarme, pero al menos ya me he acostumbrado. Supongo que no puedes llevarte demasiadas sorpresas en un solo día.

Cuando siento que ha llegado la hora del tentempié de media mañana, me pongo el conjunto verde de flores, que consiste en una falda y una blusa a juego con ribetes blancos, y bajo a la cocina, esperando algún cumplido. Y, en efecto, Tom entra y dice:

—Vaya, así estás mucho mejor. Te sienta bien el verde.

Le doy las gracias y alabo el buen gusto de Lucille.

—Pero, si tiene que devolver alguna de las prendas a la tienda para recuperar el dinero —añado—, lo entenderé. —No quiero que discutan por mi culpa.

Tom me pregunta si no me importará quedarme hoy jugando en mi habitación y yo le respondo que no, que soy experta en pasar el tiempo sola.

Las canicas no me interesan demasiado, así que juego con las piezas de madera, metiendo palitos en las ruedas y construyendo personitas de formas graciosas. Después, me pongo a caminar delante del espejo, como si estuviera paseando despreocupadamente. Entonces finjo sorpresa y exclamo:

—¡Hola, niñita! ¿Cómo te llamas?

Le digo que me llamo Meg.

—¿Quieres jugar conmigo, Meg?

Respondo que sí, claro. Las primeras quince veces o así resulta divertido, pero, cuando me aburro, hago que la otra niña me diga que se llama Dorella. Entonces, cuando me pregunta si quiero jugar con ella, yo le digo que no y que ojalá pille la polio y tenga que caminar para siempre con soportes metálicos en las piernas. Luego me tumbo en la cama y escucho la lluvia caer. Es muy raro sentir que añoras a personas que ni siquiera te caen bien.

Por si alguien quiere venir a verme, dejo la puerta abierta. Cuando oigo pasos por el pasillo, corro a ver quién es.

Lucille se sobresalta, como si se le hubiera olvidado que estoy aquí.

Todavía lleva la bata de flores, pero se ha arreglado el pelo, de tal manera que los rizos rojizos le enmarcan la cara. Me coge la blusa por los hombros, para ajustar la caída, y comenta:

—Parece que este conjunto te sienta bastante bien.

—Así es. He colgado toda la ropa de las perchas, para que tú no tengas que hacer nada. —Entonces corro a abrir el armario y le enseño cómo está todo perfectamente espaciado.

Por su cara, se diría que Lucille preferiría ir a cualquier sitio menos a mi cuarto, pero aun así entra.

—Todo me sienta bien o un poco holgado, para cuando crezca, excepto el vestido rosa, que me queda muy corto. Puedes devolverlo y recuperar el dinero.

Como le dije a Tom, no heriría mis sentimientos si quisiera devolver algunas de las prendas, excepto quizá el vestido con los apliques de pájaros azules. Pero el rosa puede irse directamente a la tienda. Y también el rojo con estampado floral, que no me gusta nada.

Pasa las perchas una a una y chasquea la lengua. Ya volveré a ponerlas en su sitio cuando se haya ido.

—Esperaba que el rosa te sentara bien —dice.

—El de los pajaritos azules es mi favorito —replico enseñándoselo—. ¿Ves qué bien cosidos están? Es un trabajo de muy buena calidad. —Me lo pongo sobre el cuerpo y poso para ella, adelantando un pie.

Lucille niega con la cabeza.

—Podríamos hacer que te alarguen un poco el vestido rosa.

Pero, cuanto más miro ese vestido de niña pequeña, más lo odio. Quiero hacérselo saber sin parecer desagradecida.

—¿Tenías... algún vestido favorito cuando eras pequeña, Lucille?

—Yo no tenía una puta mierda cuando era pequeña, monina.

Me la quedo mirando. Nunca había oído a una mujer adulta hablar así.

—¿Dónde vivías de niña?

—En el condado de Yazoo —responde—. No te preocupes. No te pierdes nada si ni siquiera te suena el nombre. —Deja escapar un suspiro—. Soy como tú. No crecí con una cucharilla de plata en la boca.

—Pero Tom sí que creció con la cucharilla en la boca, ¿no?

Se echa a reír con la risa grave de un hombre.

—Digamos que sí, si es que puede decirse que ha crecido. —Me quita de las manos el vestido de los pájaros azules, vuelve a colgarlo y saca del armario el vestido rosa—. Quiero que te pongas este para cuando te presentemos a los Heidelberg, ¿de acuerdo, monina? Veré si puedo hacer que te suelten el dobladillo.

—Pero... me está pequeño por todas partes —argumento—. No es para una niña de once años. Está hecho para una niña más pequeña.

La falda es acampanada, como las que lleva esa estúpida de Shirley Temple.

—Justamente —dice ella.

—Pero...

—¿Puedo confiar en que te lo pondrás sin armar jaleo o tendremos que discutir, Meg?

No quiero seguir hablando de ese vestido.

—Sí, puedes confiar en mí —respondo.

—Muy bien —dice sonriendo—. Recuerda, yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí. Las chicas tenemos que cuidarnos entre nosotras.

El vestido sigue sin gustarme ni pizca, pero asiento con la cabeza.

Para la cena, llevo puesto el conjunto verde de blusa y falda. Cuando Lucille baja, luce un vestido largo negro con cinturón centelleante y brazaletes de plata que se le entrechocan en la muñeca. Por encima de los ojos se ha trazado una línea negra con los extremos hacia arriba, como si fuera un gato. Los ojos se le curvan hacia arriba, y las comisuras de la boca, hacia abajo. El efecto no es amable, pero resulta interesante.

—Estás preciosa esta noche —dice Tom, levantándose—. Recuerdo ese traje. —Intenta besarla en los labios, pero ella le pone la mejilla.

—Hay que darles un poco de vida a los vestidos que tengo en el armario, porque de lo contrario podrían meterse en la maleta y volver solos a Nueva York.

—Lo siento, cariño. Ya sé que te aburres. Pero la buena noticia es que he vuelto a tener un día productivo en el estudio. He escrito mucho. —Me hace un guiño—. Creo que Meg está siendo mi amuleto de la suerte.

—¡Qué monos los dos! —comenta ella con cierta ironía mientras entra en la cocina.

No dejo que su comentario me robe la alegría de ser el amuleto de la suerte de Tom. De todos modos, solo puedo pensar en la cena.

Cuando Lucille sale de la cocina, su rostro lo dice todo. ¡Aleluya! Esta noche hay pollo frito en casa de los Heidelberg.

Pongo la mesa y ella abre el armario de la vajilla. La veo empujar hacia un lado el panel de madera del fondo. Mete la mano por detrás, en lo que parece ser un compartimento secreto, y saca una botella. «¿Qué demonios es eso?», pienso, pero entonces sumo dos

más dos. Apuesto a que guarda licor ilegal ahí dentro, para esconderlo de la policía. ¿Quién iba a decirme que viviría con una pareja de delincuentes?

No me puedo contener y pregunto:

—¿No te da miedo que venga el *sheriff* y te arreste por eso?

—¡Ja! —exclama Lucille, y sigue hablando en voz muy alta, para que Tom la oiga—. Aunque así al menos aparecería mi nombre en el periódico. No he vuelto a salir en la prensa desde la fiesta de presentación en sociedad de Edith.

Vuelve a la cocina, pica un poco de hielo, lo echa en una jarra de vidrio y vierte encima parte del contenido de la botella.

—¿Querrás beber una copa esta noche, Tom? —pregunta.

—No —contesta él, y es todo lo que tiene que decir al respecto.

Esta vez, Tom coloca las fuentes de comida directamente sobre la mesa. Hay una cesta con delicioso pollo frito tapado con una servilleta roja de cuadros, puré de patatas, salsa, unos guisantes que no pienso tocar y un cuenco de fruta variada con algo de aspecto sospechoso espolvoreado por encima. Y, como gran premio final, una bandeja de esponjosos bollitos de mantequilla.

Cuando nos sentamos, Lucille aparta la cesta del pollo y dice que solo cenará la macedonia de frutas. Mejor. Más para mí. Tom me pasa la cesta y yo cojo solo una alita. Aquí puedes repetir, así que es mejor no parecer demasiado hambrienta de entrada.

Según las reglas de la etiqueta, solo hay dos cosas en el mundo que se pueden comer con los dedos: una verdura cuyo nombre no recuerdo y el pollo frito. Es una regla muy conveniente, porque así es como el pollo frito sabe mejor. Este de aquí está dorado y crujiente por fuera, pero, cuando le hinco el diente, ¡está demasiado caliente! Me tapo la boca con la mano, para que no vean que lo estoy masticando con la boca abierta. Respiro y mastico, sin quitar la

vista de mi plato. ¡Dios mío! Tendré cien años y seguiré vigilando para que nadie me robe la maldita comida.

Estoy a punto de servirme otra pieza de pollo cuando de repente mi felicidad se ve interrumpida por un estruendoso *RIIIIIIIIING* en la habitación contigua, que casi me hace saltar de la silla.

—Es el teléfono, Meg —me dice Tom con suavidad—. ¿Nunca habías oído sonar un teléfono?

—No, señor. —Me siento como una idiota, pero es que suena como si la casa se estuviera incendiando.

Lucille se pone de pie para ir a hacer parar el escándalo, mientras yo construyo muros de puré de patatas. Los levanto como una fortaleza para que no se derrame la salsa. No me gusta que la comida se mezcle en mi plato. El puré y la salsa están muy sabrosos. Tom presta atención, como para escuchar lo que dice Lucille en la habitación contigua. Al cabo de un minuto, ella vuelve y se sienta. Bebe un trago de su copa y anuncia:

—Era Willy May. Dice que volverán dentro de un par de días.

—Pero yo creía que no volverían hasta la semana que viene por lo menos.

—Han dicho en un telegrama que la mar es favorable. Estarán aquí antes de lo previsto. —Coge la jarra y se llena la copa de nuevo, derramando un poco sobre la mesa.

Si se refiere a los Heidelberg, me alegro de poder conocer a esas primas. Tom deja la servilleta encima de la mesa y dice que va a llamar, para averiguar un poco más. Yo devuelvo la atención a mi alita de pollo. Me pregunto si podría coger también ese muslo tan apetitoso antes de terminar lo que ya tengo en el plato, solo para ver el efecto que hacen las dos piezas juntas.

—Meg... Meg... Mírame, por favor.

Así lo hago. Todavía tengo un trozo de pollo en la boca.

—¿Lo has oído? La familia de Tom volverá pronto y podrás conocerlos a todos.

—Sí, señora.

—Deja el pollo y préstame atención.

Obedezco.

—Necesito que aprendas exactamente lo que debes decir cuando te presentemos a los Heidelberg.

—¿Sabes si hay alguna niña de mi edad?

—¡Escúchame, Meg! —Al decirlo, apoya los dos codos en la mesa, lo cual es de muy mala educación. No conozco a ninguna mujer que soporte ver un codo sobre la mesa—. Cuando te presentemos al señor y la señora Heidelberg, quiero que les digas exactamente lo que voy a enseñarte ahora. Les dirás que te adoptamos en el orfanato de la señora Georgia Tann, la Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee, en Memphis. ¿Lo has entendido? Señora Georgia Tann, Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee, en Memphis.

—Sí, pero...

—Sin peros, ahora quiero que me lo repitas tú.

Lo repito, pero no puedo evitar añadir:

—No entiendo por qué...

—Porque yo te lo digo, ¿de acuerdo? —me suelta, y, como si a ella tampoco le gustara la situación, añade—: Y porque, si no lo dices, tendremos que devolverte a ese pozo de mierda de donde te sacamos.

Con eso me basta.

—Diré que vengo de Memphis. Puedes confiar en mí.

—Muy bien, muchas gracias —expresa, antes de beber otro trago —. Y, pase lo que pase, no le cuentes a nadie que tenemos licor en casa. Aunque te lo pregunten.

Tom regresa, asintiendo, y va a sentarse en su silla.

—Llegarán cualquier día de estos. Dicen que la recepción será un par de días después, para tener tiempo de descansar un poco. —Me mira como si fuera a pedirme disculpas—. Meg, tenemos que hablarte de una cosa.

—Ya lo he hecho yo —interviene Lucille—. Las chicas nos entendemos muy bien entre nosotras, ¿verdad, Meg?

—Sí, señora. Claro que sí.

# 22

El día de la fiesta, me levanto y bajo a la cocina. Willy May no está, pero hay un periódico abierto sobre la mesa. Es uno muy gordo, *El mensajero comercial de Memphis*, y por encima del anuncio de que se ha cancelado la reunión del club de bridge de la señora Jones, leo lo siguiente:

> El señor Thomas Heidelberg y señora regresan de su viaje de seis semanas por Europa a bordo del *R. M. S. Aquitania* y del *S. S. Dixie*. Recibirán a su familia y amistades en su residencia de la plantación de Cottonwood el sábado a partir de las 11 de la mañana.

Deben de ser muy importantes, para aparecer de una manera tan destacada en el periódico. Cojo uno de los bollitos de ayer y le unto un poco de la mantequilla que dejamos en la encimera para que esté blanda. Estoy leyendo las tiras cómicas cuando entra Lucille.

—Ha llegado el momento de actuar, Meg —dice.

Ayer me hizo ensayar una y otra vez, hasta que las palabras perdieron todo el sentido: «Señora Georgia Tann, Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee, en Memphis». Lo dije mil veces,

hasta que se me puso la cara azul de tanto repetirlo. Y después, por la noche, cuando ya se había bebido varias copas, me llevó aparte y me amenazó con arrancarme el cuero cabelludo y llevarme de vuelta al orfanato, sin decírselo a Tom, si no lo recitaba correctamente.

Me pilló tan por sorpresa que tuve que ir a echarme un minuto. Tom es la mejor parte del día para mí. Y cada vez que Lucille se bebe una o dos de esas copas, averiguo un poco más sobre ella.

En la planta de arriba, encuentro el vestidito rosa de Shirley Temple desplegado sobre mi cama. Con todo lo que he comido esta semana, creo que lo voy a romper por la mitad en cuanto me lo ponga. Lucille me ayuda a pasármelo por la cabeza y yo meto los pies por las tres capas de enaguas que venían con el vestido. Las enaguas hacen que me apriete todavía más. Además, me pica en las piernas, me queda demasiado corto y no me deja respirar.

—¿Cómo se llama este material?

Es una tela que no da de sí ni medio centímetro.

—Tafetán —dice ella. Después me cepilla el pelo y me lo recoge por detrás con un lazo rosa que también detesto—. Si te sirve de consuelo, yo parezco una sufragista de 1910 con el vestido que me pondré.

No sé qué será una sufragista, pero espero que la tela le pique también.

Lo intento por última vez.

—¿Estás segura, Lucille? El vestido de los pajaritos azules me sienta mucho mejor.

—Ya lo sé —responde con un suspiro—. Pero necesitamos que parezcas más pequeña.

—¿Cómo de pequeña?

Ya soy bastante menuda para mi edad.

—Tan infantil como sea posible.

Después de ponerme los calcetines y abrocharme los zapatos, encuentro a Tom en el salón, con traje oscuro y corbata.

—Estás muy guapa, Meg —me dice—. Tranquila, todo saldrá bien. —Por la forma en que se aferra al respaldo de la silla, creo que el que necesita serenarse es él.

Me esfuerzo por no poner mala cara.

El vestido de Lucille es de los que podría ponerse la señorita Garnett, de color anodino y sin ningún brillo. Lleva unos pendientes con una perla solitaria, en lugar de los más llamativos que suele usar, y solo se ha aplicado un toque de pintalabios rojo. No parece nada satisfecha con su aspecto.

Pero Tom prácticamente se derrite en cuanto la ve. Todo en él se relaja: los hombros, las manos e incluso los ojos.

—Estás perfecta, cariño —le dice.

—Lo sé —replica ella con un suspiro.

Nos montamos en el coche y Tom nos lleva por la carretera, con los árboles inclinándose a nuestro paso como si fuéramos miembros de la realeza. Gira el volante de madera y pasamos por un campo y por una vieja cabaña en ruinas. Después toma otra curva y pronto vemos una enorme mansión blanca delante. Es mucho más grande y ancha que la nuestra, y más rectangular, con porches y balcones que se proyectan por arriba y por abajo. Por toda la extensión de hierba hay automóviles negros aparcados, además de algunos carros tirados por mulas y varios carruajes de caballos con hombres de color que aguardan apoyados en ellos. Me recuerda a una antigua postal que vi de una de esas casonas de antes de la guerra de Secesión.

Siento que me va a dar un ataque de nervios. Hay más gente incluso que en el último Día de Visita en el orfanato.

Tom estaciona el coche a la sombra de un árbol. A su lado, Lucille abre una polvera, pero enseguida frunce el ceño y vuelve a cerrarla. Salimos y echamos a andar hacia la casa. Los dos avanzan tan despacio que cualquiera diría que nos dirigimos a un entierro. Yo no he ido nunca a uno, pero me lo han contado. Si alguno de nosotros entonara ahora un himno religioso, no me parecería raro. Subimos los peldaños y veo un cartel a un costado: PLANTACIÓN COTTONWOOD, 1845. Tom respira hondo y empuja la puerta.

¡Es como recibir una bofetada en plena cara! Ruido ensordecedor, multitud de cuerpos que se mueven y la barriga rayada de un hombre justo delante de mi nariz. Durante un segundo, ni siquiera podemos avanzar. Yo no he ido a muchas fiestas. Me pongo de puntillas para ver más allá de la gente. Lo único que puedo decir es que estamos en un vestíbulo ancho y alargado. En los salones a la izquierda y a la derecha hay más gente que muebles donde sentarse. Todas las luces están encendidas, aunque fuera brilla el sol. Una señora se topa conmigo y tengo que apartarme para no perder a Tom. Lo cogería de la mano si tuviera un poco más de confianza con él.

Como tengo que levantar la vista para ver a los demás, solo consigo distinguir una cantidad considerable de barbillas. Algunos de los presentes palmotean a Tom en la espalda y le dicen: «¡Cuánto me alegro de verte otra vez en Cottonwood, Tom!», y «¡Qué feliz estará tu madre de tenerte de vuelta en Cottonwood!». Tom se limita a asentir con la cabeza y nos lleva a una parte del amplio vestíbulo donde podemos respirar. Por encima de mi cabeza oigo:

—¿París? ¡París está carísimo!

Lucille ha dejado que Tom le coja una mano, sin que ella la retire. Los dos parecen a punto de vomitar. Yo solo quiero quitarme de encima este vestido rosa que me aprieta y me está haciendo

sudar. Distingo a Willy May, pero, en lugar del uniforme blanco de diario, se ha puesto otro gris, más ostentoso, y tiene en las manos una bandeja de plata. ¡Dios, esa cofia con volantes que lleva en la cabeza también debe de picarle muchísimo! De hecho, veo a cuatro o cinco personas de color que van y vienen con bandejas. A Tom no le gusta que las personas de color le hagan todo el trabajo, pero a esta gente no parece importarle. ¡De repente veo que hay niñas! Están en una habitación a mi izquierda y creo que algunas deben de ser de mi edad. Llevan vestidos caros, con grandes lazos a la espalda. Me gustaría ir a verlas más de cerca, pero un hombretón viene hacia nosotros.

Tiene el pelo gris y es todavía más alto que Tom, y más viejo y mucho más corpulento. Se mueve despacio, como si le doliera todo. Le propina a Tom una palmada en la espalda que seguro que no ha sido nada agradable.

—¡Aquí estás, Tom! Te estábamos buscando. —Se vuelve y llama —: ¡Mamá, ven a ver a tu hijo!

Como si temiera la respuesta, Tom pregunta:

—¿Cómo ha sido el viaje, papá?

—Difícil. En mitad del Atlántico me empezó a atacar la angina y llegué a pensar que no volvería a ver el condado de Marshall.

Tiene la voz rasposa y habla con un marcado acento del sur. Me sitúo detrás de Tom para practicar en silencio mis palabras, pero con este vestido tan apretado me pongo cada vez más nerviosa.

Lucille se acerca al hombretón y exclama:

—¡Bienvenido a casa, Tom Grande! ¡Cuánto me alegro de veros a todos de vuelta en el hogar!

Tom Grande agita una mano delante de la cara de Lucille, como si estuviera limpiando una ventana sucia. Se diría que quiere borrar sus palabras, como si fueran a mancharlo.

—¡Ven, mamá! ¡Ven a darle un abrazo a tu hijo! —grita.

Entonces parece que se abrieran las aguas del mar Rojo. Veo venir a una mujer con los brazos rígidos y extendidos, como las figuras del belén que van a adorar al Niño. Tiene un trasero enorme y es la más baja de todos, exceptuándome a mí. Una red de arrugas le cubre la cara, pero tiene el pelo tan negro como Willy May, tanto que me pregunto si se lo teñirá adrede del mismo tono.

—Hola, mamá —saluda Tom.

Pero ella se apresura a preguntar:

—¿Dónde está la criatura? ¿La habéis traído? —Sonríe y tiende las manos hacia Tom.

Antes de que él pueda contestar, Lucille se adelanta una vez más.

—Bienvenida, Isabelle. ¡Qué alegría tenerte otra vez en casa!

La señora no le hace caso.

—Willy May ha dicho que habéis traído a una chica para que os ayude con la pequeña. ¿Está aquí?

A mí no me gusta nada que hablen tanto del bebé.

—Isabelle, tenemos una bonita sorpresa para Tom Grande y para ti —dice Lucille—. Os presentamos a Margot. —Me empuja por detrás y yo doy un paso al frente—. La llamamos Meg, para acortar.

La señora bajita me mira y dice:

—Hola, Meg. Me alegro de que hayas venido a ayudar. Pero ahora dime, Tom, ¿dónde está el bebé? No he entendido muy bien lo que me ha dicho Willy May...

—No, Isabelle. Te estoy diciendo que hemos adoptado a Meg en lugar de a un bebé —interviene Lucille.

Finalmente, la señora mira a Lucille a la cara y le dice:

—¿Que habéis hecho qué?

—Tom y yo adoptamos a la pequeña Meg en la agencia de Memphis que nos recomendaste. —La voz de Lucille suena más aguda de lo habitual—. Pero, cuando fuimos a elegir un bebé, como tú nos habías dicho, vimos la poca oferta que tenían... —Arruga la nariz—. ¡Y no imaginas el aspecto enfermizo de esas pobres criaturas! Así que le dijimos a la señora Georgia Tann que preferíamos esperar hasta que tuvieran bebés más saludables, pero cuando ya nos íbamos... —me apoya una mano sobre el hombro— vimos a la pequeña Meg. Y no nos lo pensamos.

—¿Cómo que no os lo pensasteis? —pregunta la señora.

—Fue amor a primera vista. —Y para demostrarlo, Lucille se agacha y me coge una mano. La suya es suave y le tiembla un poco —. ¡Es una niña tan especial! ¿Verdad, Meg?

Me mira con adoración maternal, y me mareo un poco al verlo. Pero consigo decir mi parte:

—Señora Georgia Tann, Sociedad de Hogares Infantiles de Memphis.

El hombre mayor se hace pantalla con una mano en la oreja y dice:

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

La señora mira a Tom.

—Hijo, ¿puedes explicarme qué está pasando aquí?

Tom tiene el cuello perlado de sudor, pero la cara se le ha puesto blanca como un papel. Cuando la mujer comprende que no va a sacarle nada, se vuelve hacia Lucille.

—Os he dado tres mil dólares, con claras instrucciones de adoptar un bebé...

—Ya, sé que todo suena un poco extraño, Isabelle, pero...

—... y en ningún caso para que os presentéis aquí con una niña ya criada.

—... las circunstancias eran muy especiales —dice Lucille, agachándose para ponerse a mi altura. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, como haría una madre de verdad, y me observa con sus ojos verdes. Si yo no fuera tan lista, su manera de actuar me resultaría muy desconcertante.

La boca de la vieja señora Isabelle se ha convertido en un nudo rojo y arrugado. A su alrededor, la gente se sigue acercando para pedirle que vaya a visitarlos o para preguntarle si está muy caro París. Empiezo a sentir miedo de lo que pueda significar todo esto.

—Lo sabía —dice la señora—. Tendría que haber ido yo personalmente. Ese dinero era para un bebé, Lucille. Era para que empezaras a comportarte como una mujer adulta y no como una india salvaje que vive en Nueva York...

Lucille mira a Tom como suplicándole que diga algo.

—¡Por el amor de Dios! Era para ver si madurabas un poco con la responsabilidad de tener un bebé a tu cargo.

Tom se aclara la garganta y por fin se dispone a hablar.

—Mamá, escucha, por favor. Entiendo que no es lo que tenías en mente. Pero nada más conocer a Meg... nos robó el corazón.

Por la manera en que lo dice, parece más real de lo que verdaderamente sucedió, como si nos hubiéramos fundido en lágrimas nada más vernos en aquella sala de las Huérfanas y nos hubiéramos abrazado, clamando por ser una familia normal. Y, aunque empiezo a entender la mentira que le han contado a la señora del pelo teñido, me están dando ganas de llorar, sobre todo cuando Tom me apoya una mano en el hombro.

Lucille sigue diciendo que las circunstancias eran muy especiales, porque yo soy una niña muy especial.

—Por favor, mamá —suplica Tom—. Dale una oportunidad a Meg. Hazlo por mí.

El corazón me martillea en el pecho mientras espero el veredicto de la señora.

Al cabo de unos segundos, la mujer me mira. Tiene los ojos negros, pero su mirada no es malvada. Respira hondo varias veces, como si se estuviera liberando de una pesada carga.

—Deberías haber hablado primero conmigo, hijo —dice. Me pone la mano debajo de la barbilla y chasquea la lengua—. Flaca como un palo y demasiado grande para ese vestido. ¡Y mira qué ojos tan claros y azules!

—Estoy muy contenta de haber salido de la Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee —le aseguro.

—Ya verás, mamá. Esta niña es diferente —insiste Tom.

La señora le coge una mano a su hijo y la mantiene entre las suyas, como para hacerle ver que es la persona a la que más quiere en el mundo.

—Lo hablaremos más tarde, hijo. Mientras tanto, Meg, ve al otro lado del pasillo y juega con tus primas. Y tú, Tom, ven conmigo, que hay algunas personas que te quieren saludar.

Tom me indica con un gesto que obedezca, así que atravieso el vestíbulo. Siento como si acabara de correr una carrera para salvar la vida y ahora tuviera que presentarme a unas desconocidas. Me quedo en la puerta y veo que hay ocho niñas sentadas sobre una alfombra. Se nota que se conocen bien entre ellas y, tras observarlas un momento, me echo atrás. Preferiría quedarme con Tom y seguir hablando de nuestras circunstancias y de lo especial que soy. Pero, cuando me vuelvo para ver dónde está, la multitud se lo ha tragado.

Voy a la habitación y me siento en la alfombra, detrás del círculo. Todas las niñas se giran a la vez hacia mí. La que tengo más cerca parece de mi edad. Está un poco rellenita y tiene un gran lazo azul

en el cabello oscuro. Lleva un vestido blanco y calcetines como los míos, también blancos. Lo único que se me ocurre decirle es:

—Estás muy limpia.

—¿Y *tupapaymamá*? —Lo dice todo junto, como si hablara de una sola persona. *Tupapaymamá.*

—Son Lucille y Tom —respondo—. Me llamo Meg. Me adoptaron en el orfanato de Georgia Tann, en Memphis. —Me parece apropiado hacer uso de las líneas que he ensayado, después de practicarlas tanto—. Creo que han pagado un buen dinero por mí —añado.

—¿Quieres decir que eres una huérfana de verdad? —Una de las más pequeñas viene hacia mí andando de rodillas y me planta las manos pegajosas en la cara, una en cada mejilla—. ¿Te envió tu mamá al orfanato por portarte mal en la mesa?

No tiene sentido contarle mi historia, así que le digo:

—Sí, así que te aconsejo que te portes bien de ahora en adelante.

Ahora todas me prestan atención. Otra de las pequeñas me mira con los ojos muy abiertos, como diciendo: «¿En serio puede pasar eso?». Antes de que me dé cuenta, todas vienen hacia mí, me tocan el pelo y me preguntan si era muy horrible el orfanato, si me pegaban con la escoba y si era todo como en las tiras cómicas de Annie que salen en el periódico. ¿Quién iba a decirme que iba a convertirme en una estrella por ser huérfana?

Al cabo de un rato, la más gordita, Marybeth, levanta una mano y dice:

—Ya está bien, dejad que la pobre niña respire. No se lo tengas en cuenta, Meg. Lo hacen solo por curiosidad.

Empezamos a jugar a un juego de cartas que se llama «ir de pesca» y Willy May despliega un mantel rojo de cuadros sobre la

alfombra, como para hacer un pícnic dentro de la casa. Me da unas palmaditas en la cabeza y me pregunta:

—¿Qué tal estás, Meg?

Y yo me siento orgullosa de que demuestre que ya me conoce. Nos sirve unos platos con sándwiches de jamón y unos cuencos con trozos de fruta atrapados en gelatina roja con un penacho de nata montada.

Mientras comemos, Marybeth se cubre la boca porque está masticando y me dice:

—Ahora te diré cómo estamos emparentadas tú y yo. Mi papá es el hermano mayor del tuyo, y eso significa que somos primas hermanas. —Tiene unas pestañas muy largas que bate cuando habla —. Eso es algo muy importante en una familia, ¿lo entiendes?

Asiento.

—Nuestros padres se llevan bien, siempre que nadie hable de los Demócratas, ni de ir a la iglesia, ni de los esclavos durante la guerra. Pero tu mamá y la mía son como el agua y el aceite. —Agita una mano—. ¡Y qué decir de la abuela! Detesta la ropa que se pone Lucille. Ya te lo contaré todo luego. ¿Cuántos años tienes?

—Once y medio —le digo.

—¡Yo tengo once y tres cuartos! —exclama ella con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Somos primas gemelas! Iremos al mismo curso y estudiaremos las mismas lecciones.

Le pregunto dónde está la escuela y cuándo empezarán las clases, porque no veo la hora de ir. Marybeth dice que está a veinte minutos por la carretera y que el señor Oney nos llevará a todas en el coche grande, pero que por favor no le hable ahora de la escuela, cuando todavía nos queda todo un mes para disfrutar del verano.

Después se inclina hacia mí y se sincera:

—Mira, te lo digo como amiga. Ese vestido que llevas puesto es demasiado pequeño e infantil para tu edad.

Me coge de la mano con su manita regordeta y me arrastra corriendo hasta la puerta trasera. Salimos al jardín y, cuando estamos detrás de un árbol, nos arrancamos las pesadas enaguas de debajo del vestido y nos quitamos los zapatos y los calcetines. Me pide que no se lo diga a nadie y me confiesa que estaba a punto de explotar con el vestido de ir a misa. Y ni siquiera es domingo. ¡Qué bien se respira sin esas enaguas!

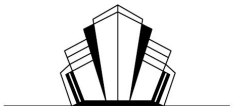
En el jardín, las primas pequeñas se sientan en los columpios y nosotras las empujamos. Veinte veces a cada una. «Y nada de rabietas cuando se os acabe el turno», les advierte Marybeth, y ellas obedecen. Aquí nadie dice que estoy loca ni me llama Megadera. No, señor; aquí soy la prima Meg. Me gusta cómo suena.

Cuando las criadas vienen a llevarse a las más pequeñas para que duerman la siesta, Marybeth y yo nos quedamos en los columpios. Nos ponemos de pie sobre la tabla y nos columpiamos con todas nuestras fuerzas. ¡Se me había olvidado lo que se siente al columpiarse hasta lo más alto! Adelante y atrás, riendo sin parar. ¡Qué divertido! Susurro aquel poema y me parece que se ajusta perfectamente a la ocasión:

*—La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y entona una canción sin palabras.*

Mientras nos columpiamos cada vez más y más alto, dos chicas mayores que nosotras nos miran y murmuran junto a un árbol. Se creen demasiado mayores para columpiarse. Las dos tienen el pelo oscuro como Marybeth y llevan vestidos rojos a juego. Susurran y nos echan miraditas, pero se están perdiendo una buena oportunidad de pasarlo bien.

Al cabo de un rato, Marybeth dice que es hora de irse, así que volvemos a escondernos detrás del árbol y nos ponemos toda la ropa que nos habíamos quitado. No es fácil vestirse cuando tienes calor. Los calcetines se pegan. Marybeth dice que tiene que ir a buscar a su madre, porque, si por ella fuera, no dejaría nunca de parlotear. La sigo al interior de la casa y me pongo a buscar entre la gente que aún no se ha ido. Por fin encuentro a Tom y a Lucille, y voy corriendo hacia ellos. En cuanto me ve, Lucille dice: «¡Gracias a Dios!», y añade que es hora de irnos. Entonces los tres nos dirigimos al coche y nos vamos a casa, como una familia normal.



# Birdie

## 23

—¿Tienes un minuto, Franny? —le pregunté desde la puerta del saloncito.

Era sábado por la mañana y Frances estaba escuchando un disco de Fanny Brice, de 1922, en el viejo fonógrafo Victor que habíamos bajado del desván. El gramófono de mejor calidad se lo habíamos vendido al señor Fauster, pero este aún funcionaba, aunque la manivela se había roto, así que había que ponerlo en marcha con un destornillador.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Frances con el miedo pintado en la cara. Después de todo lo que había pasado, no podía culparla.

—¿Podrías ondularme el pelo como la última vez? —le pedí.

—Puedo intentarlo —replicó—. ¿Para qué? ¿Vas a alguna parte?

Acerqué una silla con el asiento de mimbre medio hundido y mascullé una respuesta que en realidad habría preferido no darle.

—¿Quieres decir Jack el del banco? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Te ha pedido una cita?

Volví a asentir.

—Bueno, ¿y a qué hora pasará a recogerte?

—A la una —respondí. Todavía eran las diez, pero yo sabía que el arreglo del pelo llevaría cierto tiempo.

La mañana anterior, la señora Tartt y yo habíamos llamado al señor Allison al banco. Ella le había dicho, con todo su humilde optimismo, que había conseguido la mayor parte del dinero que debía de la hipoteca, y que solo le faltaban doscientos dólares. El señor Allison se había sorprendido, pero había balbuceado que no podía hacer nada a menos que se abonara la totalidad de la hipoteca. Así que, inclinándome al aparato, yo había exclamado: «¡Que se ponga Jack Walsh!». Y el muy cobarde me obedeció. Parecía encantado de pasarle el problema a otra persona. Jack nos escuchó, soltó un gruñido al oír la respuesta del señor Allison y dijo que no podía prometer nada pero que haría algunas llamadas. Cuando al cabo de un rato volvió a llamarnos, nos contó que, si la señora Tartt podía pagar dos mil quinientos dólares, el noventa por ciento de la hipoteca, el banco estaba dispuesto a ofrecerle un mísero mes más para pagar el resto. La voz de Jack sonaba enfadada y resentida cuando dijo: «Supongo que este es el tipo de mundo en el que vivimos ahora».

—Señora Tartt, por favor, piénselo bien —le había dicho yo—. ¿Y si les da todo el dinero de los muebles y luego no consigue hacerse con los doscientos dólares restantes? Se quedarán con la casa y no tendrá ningún lugar donde vivir.

—Bueno, ¿y qué otra opción hay, querida? —había respondido ella.

En su opinión, aunque lograra cerrar la venta en solo tres semanas, el resultado sería el mismo: se quedaría sin su casa. Prefería pagar el noventa por ciento y confiar en lo que pudiera ocurrir durante el mes extra de plazo. Yo sospechaba que, como Frances, la señora Tartt seguía albergando la esperanza de que Rory volviera para salvarlas. Y no pensaba dar su brazo a torcer.

Antes de soltar el dinero, cogí treinta dólares para que la señora Tartt pudiera vivir, los veintidós que le debía a Picador y a Polly, y lo que necesitábamos para que nos devolvieran la electricidad y nos rellenaran el depósito de gas. Cuando me presenté en las oficinas de la compañía eléctrica con el dinero en la mano, curiosamente ya no había que esperar a que el camión tuviera tiempo de pasar por la casa, aunque el tipo del mostrador me siguió tratando con engreimiento. Después de eso, a la señora Tartt le faltaban doscientos ochenta y cuatro dólares para poder pagar la hipoteca.

Por fin pude mandarle una carta a mi madre en la que me limité a decirle que Frances necesitaba que me quedara más tiempo y que ya se lo explicaría todo, pero que se lo comunicase al señor Parkins.

Frances me dividió el cabello en dos partes con una uña.

—Vale, intentaré rizártelo, pero es posible que no se te mantenga. Últimamente te estás descuidando bastante, lo sabes, ¿no?

Ya me lo había dicho unas cuantas veces en el tiempo que llevaba en su casa. Como si yo fuera una planta que fuera preciso regar y cuidar. Me echó unos chorritos de fijador Jo-Cur en la cabeza, me separó un mechón de pelo y lo sujetó con una horquilla.

—¿Has tenido alguna cita desde...? —Dejó de peinarme para pensarlo.

—No.

Era la respuesta más sencilla. Frances sabía que había pasado mi último año de instituto en cama con encefalitis, lo que resultó bastante negativo para mi vida social. Cuando me recuperé, todo el mundo se había prometido o casado. También sabía que, hacía unos seis meses, había tenido una «cita», si se le podía llamar así. Todo ocurrió cuando el primo fanfarrón de alguien, procedente de la ciudad, entró en la tienda, compró un paquete de chicles de fresa y

me invitó a dar una vuelta en su flamante automóvil Willys-Knight Roadster. Pero por el camino se le pinchó una rueda y yo le cambié el neumático, porque él no tenía ni idea de cómo hacerlo. Nunca más volví a saber nada de él.

—Bueno, pues nada de besos en la primera cita —me aconsejó mi hermana—. No vayas a pensar que se me ha olvidado la vez que besaste a ese hombre con la boca abierta cuando tenías dieciséis años.

Me volví hacia ella, mientras una gota de loción Jo-Cur para rizar el cabello me corría por la sien.

—¿Nunca has besado a Rory con lengua, Frances?

—¡Por supuesto que no, es una marranada! Así empezó la gripe española. Así es como se pone enferma la gente.

En el mundo pequeño y aburrido donde Frances pensaba que yo vivía, había algo que ella ignoraba. «Su boca sabía a caramelos Red Hot de canela. Y, cuando lo pruebas, sigues añorando ese sabor durante el resto de tu vida».

Aun así, a lo largo de la mañana, varias preguntas sórdidas fueron asomando por los rincones de mi mente. «¿Para qué molestarte en ir a esa cita si después tendrás que volver a Footely? ¿No te das cuenta de que todo acabará en nada?». Pero, cuando Jack había apoyado sus manos sobre las mías en nuestro almuerzo, era como si se hubiera quedado una parte de mí, y yo seguía anhelando —como había anhelado durante años— una unión más oscura y carnal, y no un simple remedio para la soledad. ¡Por el amor de Dios, si me llevaba a la boca los cigarrillos que habían fumado otras personas y mordía los tomates como si fueran manzanas para sentir los jugos derramándose por mi barbilla, solo para apaciguar ese anhelo!

—Quizá sea mejor que no vaya —dije.

Con una horquilla entre los dientes, Frances replicó:

—Ni lo sueñes. Esta podría ser tu última oportunidad, Birdie.

—Gracias, Frances —contesté—. Aunque es cierto que preferiría que no trabajara en un banco.

—Bueno, te tendrás que aguantar, porque es lo que hay —dijo Frances, y yo sonreí, porque era una frase que la abuela repetía con frecuencia: «Es lo que hay». Mientras seguía separándome mechones de pelo y sujetándolos con las pinzas, me preguntó—: ¿Cuál te vas a poner? ¿El vestido azul o el otro vestido azul?

—Qué graciosa eres, Frances —repuse—. Para que lo sepas, voy a ponerme un vestido de la señora Tartt que Charlie ha arreglado para mí.

Era el de color burdeos, con botones forrados de la misma tela. Charlie me lo había estrechado tanto que tendría que cruzar las piernas para poder sentarme.

Sentí que los dedos de mi hermana apretaban con fuerza la horquilla.

—¿Cuánto tiempo más se va a quedar aquí con nosotras?

—Espero que tanto como yo.

Lo habíamos hablado mil veces, pero mi hermana no acababa de entender que Charlie nos estaba ayudando sin cobrar y que ese detalle tenía una importancia capital.

—Tiene algo que me hace desconfiar —dijo Frances, pasando a la parte delantera de mi pelo—. Uno de estos días volveremos a casa y descubriremos que se ha llevado tod... —Se interrumpió bruscamente.

Levanté la vista.

—¿Cómo te sientes?

Me puso otra horquilla en el pelo y después dijo:

—Mal.

Todos los días veía a Charlie desahogar su frustración restregando el fregadero hasta dejarlo reluciente como un hueso pelado, esperando que le consiguiera la dirección de Meg. Le había hecho alguna insinuación a Frances, pero aún no sabía cómo hacer para obtener la información. Charlie lavaba y plegaba nuestra ropa, organizaba las pilas de trastos acumulados por los Tartt a lo largo de cien años, colgaba vestidos, blusas y faldas de los clavos para los cuadros, barría, quitaba el polvo a los muebles que aún quedaban y los cambiaba de sitio para que algunas habitaciones resultaran más acogedoras. Para el saloncito, además del sofá de tapizado rojo desvaído, había encontrado un pie de lámpara y una pantalla vieja y un baúl que contenía la ropa de invierno de Rory. Había comentado que quizá nos daría cierta satisfacción apoyar los pies sobre sus pertenencias. Para el nuevo comedor «redecorado», había juntado dos mesas de póker de la señora Tartt con el fieltro verde manchado y medio despegado, y unas sillas viejas de mimbre con el asiento medio hundido, como en el que me encontraba yo. En el salón formal que daba a la calle, había colocado un sofá azul con una pata de menos, que me recordaba a un perro de tres patas que había cuidado yo de niña. De hecho, olía igual que aquel perro. «Cielo santo, mi casa parece un campamento de indigentes», había dicho la señora Tartt al verlo. Lo había expresado sin amargura. Tenía que reírse, porque ¿qué otra cosa iba a hacer?

Frances trazó una ese con el dedo en mi pelo.

—¿Por qué le interesan tanto a Charlie esas aburridas historias sobre las fiestas en el jardín? Cada vez que Viktoria saca las fotos, me parece que puedo oler a esos viejos.

—¿Qué más te da, si a la señora Tartt la hace feliz? —le pregunté.

Charlie había estado ayudando a la señora Tartt a organizar las cartas antiguas y las fotografías, pues ya no había cajones donde guardarlas. Yo no siempre tenía tiempo de jugar una mano de bridge con ella, ni de acudir cada vez que quería enseñarme una foto, pero Charlie dejaba lo que fuera que estaba haciendo para prestarle atención.

—Me molesta que esté todo el rato haciéndole la pelota a Viktoria. Ni siquiera es de la familia.

—Mira quién habla: la pelotillera número uno de Garnett Pittman —comenté. Aunque, por supuesto, ella jamás lo habría admitido. Le gustaba ignorar las verdades como catedrales—. Por cierto, ¿cuándo piensas ir a las Huérfanas?

—El lunes. Es cuando me toca ir a trabajar al despacho. Voy a tener que ir y hacer como si no hubiera pasado nada.

Pensé que sería un milagro que en una ciudad con tanto chismorreo como Oxford nadie se hubiera enterado de la situación de los Tartt.

—Por lo visto, tendré que escribir cartas a todos los nuevos padres que adoptaron a alguna niña hace unas semanas para ver cómo están. —Entonces susurró—: Igual Ella Jane se ha portado muy mal y quieren devolverla.

Me hizo gracia que fuera tan egoísta, pero entonces caí en lo que acababa de decir.

—¿Eso es algo habitual? —pregunté. No sabía que lo hacían—. Eso significa que también le escribirás a la familia de Meg, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Probablemente. Las dos fueron adoptadas el mismo día.

Asentí. Sabía que no conseguiría nada presionándola.

—Ojalá pudiera escribirle yo una carta a Meg —suspiré. No reaccionó, absorta en mi peinado—. ¿Crees que podrías conseguirme

su dirección?

—Ya sabes que no nos está permitido. Tú ni siquiera trabajas ya en el orfanato, y no pienso volver a meterme en un lío por tu culpa.

Giré la cabeza para mirarla, pero ella me cogió por la barbilla y me orientó otra vez la cara hacia delante para seguir arreglándome el pelo. «Trágate el orgullo, Bird —pensé—. Ya lo recuperarás más adelante». Entonces apoyé mejor el trasero sobre el marco de la silla y, en un tono de voz tan patético que me revolvió el estómago, le dije:

—Yo nunca podré tener hijos propios, Franny.

Mi hermana entristeció la mirada y se llevó una mano al corazón.

—Ya lo sé, Birdie. ¿No es horrible?

«¿Qué respuesta es esa?», pensé, pero me limité a asentir.

Me colocó una mano en el hombro.

—Debe de ser muy difícil vivir así.

—Meg es... Puede que sea lo más parecido a una hija que tendré jamás.

«Dios mío —pensé—. Podría ser una persona horrible si me lo propusiera».

—Pero si pudiera enviarle unas líneas —proseguí—, solo una o dos cartas, creo que..., no sé..., la vida sería más fácil para mí.

Frances asintió y tragó saliva. ¿Eran lágrimas eso que corría por sus mejillas? ¿Estaba llorando por su pobre hermana solterona, que nunca se casaría ni tendría hijos, porque por dentro estaba seca como un hueso?

—No sé cómo lo soportas, Bird —dijo—. Eres muy valiente. No puedo prometerte nada, pero veré qué puedo hacer.

A las doce y media, me abotoné mi nuevo vestido viejo de manga corta con la falda justo por debajo de las rodillas. Con él puesto, parecía una copa alta y estrecha de vino de Borgoña.

—El tono es demasiado oscuro para el día, y más en pleno agosto —comentó Frances, pero era el vestido que yo había elegido y no pensaba ponerme otro.

El nerviosismo alcanzaba cotas máximas y empezaba a sufrir el calor. Delante del espejo de cuerpo entero, Frances me retiró las pinzas del pelo.

Hice una mueca. Se había pasado con los rizos.

—Parezco el caniche de los Tate, aquel tan odioso al que la abuela arrolló con el coche.

—Espera y verás —dijo mi hermana, mientras me soltaba los rizos con los dedos.

Creo que nunca me había tocado tanto desde aquella fiesta en la escuela secundaria, cuando me maquilló de bruja verde, mientras ella iba de hada. Una oleada de rizos sedosos se me derramó sobre la cara y me recogí unos mechones detrás de la oreja.

—No hagas eso —me ordenó ella, soltándolos de nuevo.

Después se puso a buscar una barra de labios en una caja de zapatos. Para entonces, yo empezaba a notarla cada vez más esperanzada, confiando en mi cita con el empleado del banco.

—Y ahora préstame atención —añadió—. No te comas todos los dulces que él te compre en el cine. O, mejor todavía, dile que no quieres dulces. Y no pretendas parecer graciosa. A los hombres no les gusta.

—¿Y qué quieres que haga, si no puedo decir cosas divertidas?

—Déjalo hablar a él. Los hombres prefieren eso. Y no dejes que entre en casa cuando pase a recogerte o te traiga de vuelta. No quiero que nadie vea cómo está. —Me colocó un pañuelo de papel entre los labios—. Di «pa-pa-pa». —Con un dedo, me extendió un poco de pintalabios por las mejillas y los párpados—. Y pase lo que

pase, si se le pincha una rueda, no le cambies el neumático. Ahora mírate en el espejo.

Me giró. Estaba mucho mejor. La nariz aguileña y la ausencia de barbilla eran menos patentes con los rizos castaños que me enmarcaban la cara. Hasta parecía tener los pómulos más altos, gracias al toque de rojo oscuro.

—Me parezco un poco a ti —dije, y mi hermana sonrió.

Le había gustado el comentario. Sin embargo, enseguida negó con la cabeza.

—Estás muy guapa, pero de otra manera.

Me volví para marcharme antes de que acabara con la poca confianza que tenía en mí misma, pero me detuvo, apreciando una vez más mi pelo y mis labios.

—Lo que quiero decir es que tú tienes algo diferente, al menos cuando cierras la boca. Es como... —Inclinó la cabeza—. Es como si tuvieras unas brasas ardiendo por dentro.

¿De verdad lo veía? ¿Realmente notaba las ascuas que durante la mayor parte de mi vida había sentido en mi interior?

—En las revistas dicen que eso es ser sexy. —Arqueó las cejas por haber pronunciado una palabra tan escandalosa—. Y es justo lo que tú eres.

A la una y tres minutos, Jack golpeó el llamador de la puerta principal. La abrí, salí y la cerré tan precipitadamente que me di con la puerta en el trasero y casi me choqué con él. Yo llevaba mi mejor sombrero, guantes blancos y un par de zapatos de Frances con tira en el tobillo que me quedaban un poco pequeños. Él se había puesto simplemente una camisa blanca bien planchada, sin corbata ni sombrero que le cubriera la pelusilla rubia de la cabeza. Parecía cómodo y desahogado.

—Estás... muy guapa —dijo, echando una mirada a mi ceñido vestido oscuro.

Entonces comprendí que iba demasiado arreglada.

Su polvoriento Ford A no era nada del otro jueves, pero tenía un precioso tapizado marrón acanalado que enseguida me calentó la parte trasera de los muslos. Recé para no empezar a sudar. Como Jack era muy alto, tenía que agacharse un poco en el asiento, para no dar con la cabeza en el techo. Sobre el salpicadero había una rejilla cromada con dos perillas y una línea de números. ¡Una radio! Nunca había visto una radio dentro de un automóvil. Pero estaba intentando aplicar los consejos de Frances, por lo que mantuve la boca cerrada. La determinación me duró hasta llegar al roble grande donde se bifurcaba la carretera. O sea, unos siete segundos.

—¿Funciona?

—¿La radio? A veces. —Giró una perilla plateada y solo se oyó algo que parecía el viento. Entonces la apagó—. Lo volveré a intentar cuando estemos más cerca de la ciudad.

Ya había roto el hielo, así que pregunté:

—Me habías dicho que llevas un par de meses en Oxford, ¿verdad?

Asintió.

—Calculo que me quedaré unas seis o siete semanas más. Después volveré a Jackson.

—¿Tienes familia allí?

Lo que realmente quería saber era si tenía novia.

—Sí, tengo algunos parientes. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué novedades hay por el delta? Has dicho que tu pueblo se llama... —Se volvió para mirarme.

—Footely. Y no hay ninguna novedad. Allí nunca pasa nada.

El delta del Mississippi es una extensión enorme: más de dos mil kilómetros cuadrados de terreno agrícola ridículamente fértil. Como él era del norte del delta, a unos ochenta kilómetros de Oxford, y yo del sur, no me extrañó que no hubiera oído hablar de mi pueblo.

—¿Cuándo te fuiste del condado de Panola?

—A los diecisiete años. Me monté en un autobús que iba a Jackson y conseguí mi primer trabajo, que consistía en barrer el suelo del banco.

Entonces su infancia no había sido como la de Rory, ni tampoco como la que debía de haber tenido el señor Allison. Mientras conducía con parsimonia hacia la ciudad, me contó que echaba de menos el delta: las llanuras silenciosas, los crepúsculos... Pensé que la charla distendida me calmaría los nervios, pero no fue así. Él, en cambio, no parecía nervioso. Conducía con una mano en lo alto del volante de cuero y la otra sobre el asiento. Yo me limitaba a contemplar el vello dorado del dorso de su mano, en lugar de hacerle las preguntas que realmente habría querido formularle: ¿quién eres?, ¿por qué me has invitado a salir?, y ¿por qué no estás casado? También me habría gustado saber por qué no me hacía a mí esa última pregunta. Los hombres podían preguntar ese tipo de cosas como si estuvieran tonteando, aunque en realidad solo pretendieran averiguar cuál es tu defecto para que nadie hubiera querido casarse contigo.

—¿Cuándo piensas volver al pueblo? —quiso saber.

—Eso mismo me pregunto yo cada miércoles a las doce y diecisiete —repliqué, y me pareció que entendió la broma—. No puedo dejar así a mi hermana, antes de encontrar una solución.

—Ya lo suponía. No pareces el tipo de persona que abandona a alguien necesitado de ayuda. —Después dejó escapar una risita por lo bajo—. Y se me había olvidado lo graciosa que eres —añadió.

—No te preocupes, ya te lo recordaré yo. —Como no era capaz de mantener la boca cerrada el tiempo necesario para parecer sexy, solo me quedaba ser divertida.

Hablamos un poco más sobre lo decepcionado que estaba con el plazo del préstamo de la señora Tartt. Yo estaba tan cansada de preocuparme que me sentía como si hubiese estado haciendo un número de malabarismo, con miedo a dejar caer un plato de problemas y que todos los demás se fueran también al suelo. Jack alargó la mano y volvió a encender la radio. Esta vez, por detrás de la estática, pudimos distinguir la melodía de *Moon Song*. Medio minuto después, el camino de tierra se convirtió en carretera de grava y pudimos bajar las ventanas para que entrara la brisa. Entonces pensé que ese momento no podía ser fruto del azar. Era increíble que dos personas pudieran estar escuchando la voz de Wayne King en un día caluroso con las ventanas del coche bajadas.

Pero de inmediato tuve miedo de que la situación me estuviera gustando demasiado y, por eso, al pasar por la mansión de los Percy, con los carteles de la ejecución hipotecaria en la fachada, me obligué a recordar que el hombre que tenía a mi lado se ganaba la vida expulsando a la gente de su casa. Y me dije que debería seguir recordando que trabajaba en un banco cuando finalmente la cita no condujera a nada. Ya empezaba a levantar diques para contener la riada de un posible desengaño.

Aparcó poco antes de llegar a la plaza, a la sombra de unos robles. El sábado era día de mercado y había mucha animación. En la extensión de hierba delante de los tribunales había una fila de carros con gente que vendía verduras y melones. Jack apagó el motor y me preguntó:

—Por cierto, ¿de qué nombre es diminutivo Birdie?

—De Birdina —respondí.

Era un nombre extraño, pero así se llamaba mi abuela fallecida y yo era una chica extraña. Apoyó su mano cálida sobre la mía y, una vez más, sentí que un relámpago de electricidad me recorría el brazo.

—Bueno, Birdina —dijo—, hoy intentaré distraerte de todo lo que te ha estado preocupando, al menos durante un par de horas.

Se lo agradecí, esperando no tener los dientes manchados de pintalabios.

Era la primera vez que iba a ver una película sonora. Antes solo había visto cintas mudas en Port Gibson: media hora de leer las frases que aparecían en la pantalla mientras un hombre tocaba el piano. En el cartel de la gran marquesina podía leerse: FAY WRAY EN EL VAM IRO ACECHA.

—Parece que se les han acabado las P —dije, y Jack sonrió.

«Birdie, la chica graciosa, amiga de todos». Le deslizó dos monedas de diez centavos a la taquillera y entramos en el vestíbulo, donde había un mostrador repleto de cajas de dulces y Coca-Cola servida en vasos de papel.

—¿Te apetece...?

—No, gracias —respondí, como me había aleccionado mi instructora.

Un hombre de chaqueta roja nos abrió la puerta de la sala. La luz era suave, de un amarillo tangible, y el olor era dulzón y terroso, ya que había caramelos aplastados en la moqueta húmeda. La mitad de las localidades ya estaban ocupadas. El acomodador, considerando las dimensiones de Jack, nos señaló unas butacas al fondo, para que Jack se sentara junto al pasillo y yo en la segunda butaca a su lado. Le di un tirón al dobladillo del vestido para que no se me subiera por encima de las rodillas al sentarme. Sentía el cuerpo de Jack, su

hombro me tocaba el brazo e irradiaba aún el calor del trayecto en coche.

Un hombre que venía por el pasillo me miró con expresión severa. Llevaba un cartel que decía: «Quítense los sombreros, por favor». Me apoyé el mío en la falda y eché un vistazo a mi alrededor. Había muchas parejas, jóvenes, viejos, viejísimos y también chiquillos ruidosos. Cerca de nosotros, una pandilla de niños escupía bolitas de papel al pelo de dos niñas sentadas delante. Me volví y vi la galería destinada a la gente de color, con muchas personas que intentaban refrescarse agitando abanicos de papel. Debía de hacer mucho calor allá arriba. En la última fila, al lado del pasillo, reconocí al hombre triste del banco, el de la cinta roja en la solapa, sentado junto a su mujer, tan alicaída como él. Eran la pareja a la que Jack había acompañado hasta la puerta principal.

—Silencio, por favor —ordenó una voz desde lo alto—. Silencio en la sala.

Cuando volví la cara hacia el telón dorado, *¡pam!*, se apagaron las luces. Se hizo una oscuridad total, negra como la tinta. El brazo de Jack se me acercó un poco más y un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo, al estar los dos juntos en las tinieblas. Entonces hubo un destello, luego otro, y un rostro gigante llenó la pantalla mientras un redoble de tambores me inundaba el pecho.

—Roosevelt va a derogar la ley seca, pero ¿qué votará tu estado? ¿A favor o en contra? —nos preguntó el rostro de la pantalla.

Un par de voces dispersas gritaron:

—¡A favor! ¡A favor!

Pero muchas más replicaron:

—¡En contra! ¡Que siga la ley seca!

Después vinieron unos dibujos animados de un gato negro que bailaba vestido con esmoquin. Hubo risas y exclamaciones cuando lo

aplastó una apisonadora y su pequeña alma de gato se escurrió hacia el infierno. Por fin se acabó la música y aparecieron en la pantalla las palabras *El vampiro acecha.* Y durante la siguiente hora y cinco minutos dejé de preocuparme por la hipoteca, los impuestos, Meg o los dientes manchados de pintalabios, concentrada en el miedo a que los murciélagos le chuparan la sangre a la protagonista. Muchos lo hicieron. Desplacé la mano hacia el apoyabrazos, pero Jack ya había colocado allí la suya. La dejé un segundo más de lo necesario, por la emoción cálida que me recorrió la columna. Después la retiré y crucé las piernas con más fuerza, tratando de prestar atención al resto de la película.

Cuando las luces se encendieron, Jack se giró hacia mí y me preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

—Tenías razón. Me ha distraído mucho —contesté.

Él sonrió, pero no se dio la vuelta, y no pude evitar pensar otra vez en esa palabra: «sexy». «Dios, qué atractivo es».

Lo seguí por el pasillo, con el sombrero en la mano. El hombre de la cinta roja en la solapa seguía sentado en la última fila y su cara arrugada contaba una historia de tristezas, enfermedades y quizá también hijos perdidos. No iba a moverse, iba a quedarse a la siguiente proyección, pero, en cuanto vio a Jack, hundió todavía más los hombros. Jack también lo vio. Lo noté. Pero siguió adelante, mirando al frente, sin concederle al pobre hombre la mínima gentileza de un saludo.

En la calle el sol brillaba con fuerza. Me puse el sombrero, tan molesta por lo que acababa de ver que sentía un sabor metálico en la boca.

—¿Quieres ir a comprar algo en el mostrador de refrescos de la droguería, para escapar del calor? —me preguntó.

Emití un sonido de asentimiento. Eché una mirada al otro lado de la calle, donde tenía aparcado el coche. El grupo de niños que escupían bolitas de papel pasó corriendo junto a nosotros. Iban descalzos y gritaban porque la acera caliente les quemaba los pies.

—¿Estás bien, Birdie?

Le lancé una mirada sesgada por debajo del ala del sombrero. «¿Alguna vez me he quedado callada cuando me ha hecho falta decir algo?», pensé.

—Digo yo que si te ganas la vida arruinando la existencia de la gente, al menos podrías tratar de ser amable y saludar.

Frunció el ceño. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, y eso me pareció incluso peor. Se volvió y miró a través de las puertas de vidrio.

—¡Ah! ¿Te refieres al señor Sudderson, en la última fila?

—Son tiempos difíciles. Supongo que el señor Sudderson ya no es problema tuyo.

Jack apretó los labios, como si se estuviera conteniendo para no decir algo, pero enseguida replicó:

—Tienes un don para contrariar a la gente, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho, sí.

—No he... —Gruñó por lo bajo—. No lo he saludado porque está en el cine un sábado a las dos de la tarde. Hoy es día de mercado y no creo que le guste que yo lo vea aquí en lugar de trabajando. Se sentiría humillado. —Hizo una mueca y añadió, con cansancio en la voz—: No me gano la vida diciéndole a la gente que lo ha perdido todo. Solo estoy aquí para averiguar si el banco cumple los requisitos para recibir un préstamo. Pero, si alguien tiene que dar una mala noticia, prefiero ser yo, antes que uno de los desalmados que trabajan en esa oficina.

«Dios mío, mi madre tenía razón», pensé. Era una bocazas, tenía demasiadas opiniones y había vuelto a meter la pata. Ojalá Frances no me hubiera puesto tanto colorete en las mejillas.

—Lo siento, no lo sabía.

Me miró entrecerrando los ojos por el resplandor del sol, se inclinó y me estrechó una mano. Esta vez no fue tanto un relámpago como un regalo de luz.

—Una de las razones por las que me gustas es que te fijas en esas cosas.

Estaba siendo muy amable, y habría querido cubrirme la cara con las dos manos como una niña pequeña. Caminamos hasta la calle siguiente, hacia el lado oeste de la plaza. Todavía estaba demasiado consternada por lo que había dicho para hablar mucho, pero él parecía haberlo olvidado. Me señaló la barbería Colonial y me dijo que él se alojaba ahí arriba, tras una de esas puertas azules, afortunadamente de manera provisional, porque en la casa de al lado vivía un hombre que tocaba la batería. Me pregunté si alguna vez vería lo que hay detrás de esa puerta azul, si oiría esa batería.

En la droguería, el aire fresco me erizó la piel. Nos sentamos en unos taburetes altos, al final del mostrador de los refrescos, junto a dos chicas que debían de ser más jóvenes que yo, quizá de diecinueve o veinte años. Las dos vestían trajes de verano con motivos florales, que hacían parecer aún más invernal mi vestido de color burdeos. Observé que una ellas era guapa y la otra normalucha, con la cara redonda y brillante. La guapa estaba llorando de risa por algo que acababa de decir la normalucha.

—Dos Coca-Colas, por favor —dijo Jack.

El dependiente dejó caer el jarabe concentrado en dos vasos altos, que después sostuvo bajo el chorro de soda. Yo volví a cruzar las piernas, para respirar mejor dentro de mi estrecho vestido.

—Así que ¿el sueño de tu vida era barrer el suelo de un banco? —pregunté, mientras el chico nos ponía delante los vasos—. ¿Cómo te han degradado a tu posición actual? —Sonreí para que se diera cuenta de que era una broma.

—Estuve casi todo un año barriendo y sacando brillo a esos suelos —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pero una mañana encontré un billete de cinco dólares bajo un escritorio y se lo llevé al presidente del banco, que de ese modo se fijó en mí.

—¡Qué suerte tuviste! —Le di un sorbo a mi Coca-Cola, tan dulce y fría que me dolió en la garganta.

Jack negó con la cabeza.

—Me costó mucho ahorrar cada centavo para reunir esos cinco dólares.

Yo me eché a reír, pero él no.

—¿Has oído alguna vez la expresión «pobre como el condado de Panola»? —me preguntó y, al ver que yo asentía, añadió—: Pues nosotros éramos todavía más pobres.

Tenía un grano en medio de la mejilla, que yo habría querido apretar. Había cumplido treinta y cinco años y era el más joven de cinco hermanos a los que quería con locura, pero de pequeño había aprendido a comer con un brazo alrededor del plato para que nadie le robara la comida. Recordé que había devorado el sándwich de queso en cuatro bocados. No era mala educación, sino táctica de supervivencia.

Se mordió el labio de una manera muy atractiva y dijo:

—Para que lo sepas, hacía mucho tiempo que no hacía esto.

«¿Cuánto tiempo?», habría querido preguntarle. También me habría gustado saber quién era ella y si era guapa, sexy como yo o —Dios no lo quiera— las dos cosas a la vez. Temía que me hiciera

notar que mis aspiraciones eran excesivas. Pero no le pregunté nada de eso, porque no quería que él me lo preguntara a mí.

—Yo también —contesté simplemente.

Detrás de nosotros, la campanilla de la puerta sonó frenéticamente y una docena de jóvenes entraron en tropel. Sus risas resonaron sobre las baldosas blancas y negras de la droguería. Tenían las caras sudorosas y llevaban números rojos cosidos en las camisetas y las letras U y M en las gorras. Debían de ser el equipo de baloncesto de la Universidad de Mississippi, que habría empezado los entrenamientos unas semanas antes del comienzo de las clases. Ocuparon los taburetes en torno a las dos chicas o se quedaron de pie tras ellas, asomándose por encima de sus hombros con estampado de flores. Uno de ellos metió la cara entre las dos y soltó una risotada, y pude ver que la guapa le lanzó una mirada a su amiga. Ninguna de las dos parecía sorprendida, como si siempre les pasara lo mismo allá donde fueran.

—Será mejor que les dejemos un poco de espacio —dijo Jack, señalando a los recién llegados, mientras sacaba un dólar de una cartera de piel parecida a la que tenía mi padre. Mientras esperaba al dependiente, giró el taburete para quedar cara a cara conmigo—. Antes de que nos echen de aquí, dime una cosa. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en la ciudad?

Contuve la respiración, porque era una pregunta cargada de posibilidades.

—Lo decido de un día para otro. En cualquier caso, lo más probable es que siga aquí unas semanas más.

—Bien. Sé que ya has mirado la factura del teléfono de los Tartt, pero Rory pudo haber hecho más llamadas desde el banco, antes de que lo despidieran.

«Ah, era por eso».

—Cuando pones una llamada de larga distancia desde el banco —me explicó—, tienes que firmar un registro, porque de lo contrario Eleanor se enfada. Podría dejarte consultar el registro la semana que viene. ¿Quién sabe? Puede que encuentres algo.

—Te lo agradezco. —No sabía si serviría de algo, pero al menos me daría una excusa para volver a verlo.

La radio funcionó bien durante la mayor parte del recorrido de vuelta. Escuchamos a Ethel Waters cantando *Stormy Weather* y otra canción más antigua, *Am I Blue*, hasta que su voz se perdió detrás de la estática. Seguimos circulando con las ventanas abiertas, incluso en la parte más polvorienta del camino, y después Jack me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por el día de hoy —dije—. Me ha ayudado mucho.

—Me alegro —respondió, y entonces se inclinó y me dio un beso en la mejilla izquierda, a tan solo un centímetro de los labios.

Me pareció muy suculento, estar tan cerca de su boca. Regresó a su coche y yo me quedé pensando si habría echado a perder mi oportunidad con él, antes incluso de tenerla. Apoyé la espalda en la puerta y vi cómo se alejaba, deseando sentir una vez más el sabor de los caramelos Red Hot de canela.

Frances estaba sentada a los pies de uno de los catres de hierro que el señor Fauster no había comprado, en la galería, mientras yo partía la cáscara de unos pistachos con la uña del pulgar. La bolsa tenía motivos navideños, pero todavía estaban buenos. Mi hermana quería enterarse de cada palabra pronunciada en la cita. Yo partía los pistachos y las dos comíamos, aunque ella se quedaba la mayoría. Puede que fuera lo normal: las hermanas menores más guapas se comen siempre la mayor parte de los pistachos. Me daba igual, porque sentía un sol brillando en mi interior. No quería que Frances

supiera lo mucho que me gustaba Jack, tal vez por orgullo, por si lo nuestro no prosperaba.

La mañana siguiente era domingo, y la señora Tartt no tenía fuerzas para ir a misa con tanto calor, así que nos quedamos en casa de nuevo. Creo que, como Frances, no estaba segura de lo que la gente sabía o dejaba de saber. Salí al huerto a recoger las primeras nueces pecanas, pensando en lo patético que resultaba, a mis veinticuatro años, estar tan ilusionada solo porque alguien me había besado a un centímetro de la boca. Cuando Charlie me pasó el cascanueces, nos dio un calambrazo a las dos que nos hizo dar un respingo. Éramos generadoras de estática, Charlie y yo. También aprendí que uno de los efectos secundarios de haber tenido una cita con un hombre que te gusta es que te arriesgas a sufrir un ataque cardíaco cada vez que suena el maldito teléfono. A partir del lunes, empezó a sonar sin parar. Finalmente había corrido la noticia de que los Tartt estaban en apuros y los acreedores querían su parte de lo que fuera posible salvar.

Todos llamaban: el garaje de Holley, la tienda City, las gangas Golden Rule y también Ella McGuire, la altanera encargada de los grandes almacenes Neilson. La señora Tartt tuvo que ir a tumbarse en la cama después de hablar con ella. La siguiente fue Silva, la operadora.

—He pensado en llamaros, para decir que, si tenéis que hacer alguna llamada, la hagáis cuanto antes —me dijo en voz baja—. Lo siento muchísimo. Los Tartt fueron uno de los primeros clientes de la compañía Bell.

Fui a decírselo a la señora Tartt y le pregunté si necesitaba llamar a alguien, pero desvió la vista, suspiró y respondió que no. «Pues entonces lo haré yo», pensé. Le pedí a Silva que me comunicara con la tienda del señor Parkins, en Footely, Mississippi. Al cabo de media

hora, me llamó para decirme que la línea estaba fuera de servicio. Supuse que el señor Parkins habría vuelto a apoyar la pesada jarra de huevos encurtidos encima del cable del teléfono. Luego llamaron de Modas Ruth y de la farmacia Gathright-Reed, y si no hubiera estado esperando la llamada de Jack, habría agradecido al hombre que se presentó poco después para llevarse el condenado aparato.

Sentí que el teléfono perdido era un paso más que alejaba a la señora Tartt de su antigua vida y la acercaba a una nueva, mucho más pobre. Preparé una bandeja de pralinés con nueces pecanas, porque sabía que le encantaban.

Cuando se enfriaron, se los llevé al saloncito a Charlie y a la señora Tartt. Esta última estaba recorriendo con los dedos una pila de discos junto al fonógrafo con la manivela rota.

—Hace años que no escucho este de aquí —dijo, colocándolo sobre el plato, para después apoyarle encima la aguja con precisión milimétrica.

Charlie hizo girar varias veces el destornillador en un costado del aparato y enseguida empezaron a sonar los violines de *Let Me Call You Sweetheart*. Tras unas vueltas más para que el plato cogiera velocidad, la señora Tartt le hizo un gesto y las dos se enlazaron mutuamente por la cintura, con un brazo levantado. Charlie dio un par de pasos largos hacia atrás, mientras la señora Tartt avanzaba hacia ella, girando levemente en cada ocasión. El largo delantal blanco de Charlie le llegaba a los tobillos, como una falda, y aunque la señora Tartt solo llevaba un vestido sencillo de flores y estaba descalza, las dos estaban preciosas, bailando juntas. «¡Qué bien baila Charlie!», pensé. La señora Tartt cerró los ojos, como para imaginar que estaba bailando con Henry en una de sus fiestas en el jardín, y que no era la menuda Charlie quien la estaba guiando. Me apoyé en el marco de la puerta para mirarlas, reacia a despertar a la

señora Tartt de su sueño. La canción llegó a su fin y entonces solo se oyó el ruido del disco girando. Charlie hizo una reverencia y la señora Tartt le correspondió con otra.

—Mañana le enseñaré el jitterbug —afirmó Charlie.

—¡Calla! Soy demasiado vieja para eso. —Pero la señora Tartt estaba sonriendo.

Sobre las cinco, Frances volvió de las Huérfanas. Era la primera vez que iba desde que Rory había abandonado a la familia. Yo estaba en la cocina, esponjando el arroz recién cocido, mientras Charlie ponía la mesa, con las mejillas todavía encendidas por el baile.

—Bueno, ya se ha corrido la voz —anunció Frances—. Primero Garnett me ha preguntado si estábamos bien y después Pripp se ha ofrecido a traernos una cazuela de algo. —Bebió agua de un frasco de mermelada y lo dejó bruscamente en el fregadero, apretando las mandíbulas.

—Hoy nos han cortado el teléfono —le conté.

Soltó un gemido, como si lamentara de veras la pérdida de algo que ni siquiera le había estado permitido usar.

—¿Ha llamado Jack antes de que lo cortaran?

Me conmovió que hubiera pensado en mí, pero negué con la cabeza. Ella se mordió el labio y desvió la vista.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Por qué pones esa cara?

—Jack está casado, Birdie. Tiene mujer y un hijo en Jackson.

Me giré hacia ella con una cuchara de madera en la mano.

—¿Estás...? ¿Cómo lo sabes?

Se apoyó en la encimera, junto a los fogones.

—Lo siento, Bird, yo tampoco me lo podía creer, pero Pripp me ha dicho que se lo ha contado Eleanor, y ella tiene que saberlo, ya que trabaja con él en el banco.

Me eché a reír, desconcertada, incapaz de pensar.

—Entonces ¿por qué...? ¿Por qué me pidió una cita y salió conmigo a la vista de todos?

—No lo sé... Puede que malinterpretaras sus intenciones.

Me volví otra vez hacia la olla del arroz. No quería que Frances viera que se me habían encendido las mejillas.

—Bueno, en realidad, no voy a quedarme mucho tiempo más... Nunca he pensado que fuera a ser nada serio.

—Lo siento, Bird —repitió mi hermana—. Si me preguntas mi opinión, creo que no debió darte a entender que era una cita.

—¡Son todos unos cerdos! —oí murmurar a Charlie al otro lado de la encimera.

Me ardía la piel. No podía creerme que me hubiera dejado vivir en una fantasía, qué bochorno. ¿Quién iba a decirme que la esperanza podía ser tan... humillante?

—Te he traído una cosa que quizá te haga sentir un poco mejor —dijo Frances. Buscó en el bolso y me tendió una tarjeta del Día de Visita—. No te atrevas a contárselo a nadie.

Cogí la tarjeta y le di la vuelta. Por detrás, Frances había escrito a toda prisa una dirección.

—¿Aquí es donde vive Meg? —pregunté.

Frances asintió.

—Eso sí, no le he escrito. Por alguna razón, Garnett ha dicho que no le veía el sentido.

Sentada a la mesa del desayuno, Charlie se giró bruscamente. ¡Por fin una buena noticia en la casa!

—Gracias, Franny —dije.

Todavía era de día cuando llamé a la puerta del dormitorio de Charlie. La mesa estaba despejada y los platos fregados. Una vez

más, Charlie no había querido cenar con nosotras, y Frances y la señora Tartt habían salido al porche trasero para refrescarse bajo el ventilador que colocaron en la ventana del saloncito. Sabía que Charlie me estaba esperando, probablemente conteniendo la respiración, desde hacía ya dos horas.

—Pasa —dijo.

Abrí la puerta. Tanto el suelo como el colchón que había en él estaban cubiertos de patrones de costura y trozos desmembrados de viejos vestidos de la señora Tartt. Algunos estaban fijados con clavos a la pared. Supongo que, cuando se te acaban las superficies horizontales, empiezas a aprovechar las verticales.

—¿Dónde está? —preguntó Charlie.

Llevaba puestas unas enaguas blancas y tenía un pañuelo rojo en la cabeza. En la mano sostenía unas enormes tijeras plateadas.

—Primero quiero hablar contigo —expliqué.

Se sentó en un viejo taburete bajo de madera, mientras yo sorteaba retales de tela para ir a acomodarme en la decrépita mecedora del rincón, que parecía tener cien años. Era como sentarme en la falda de la abuela.

—Charlie, antes de enseñarte esto, quiero dejarte clara una cosa. No puedes presentarte allí para intentar llevarte a Meg y separarla de esa gente...

—Claro que no. ¿Me tomas por idiota?

Le contesté que nada más lejos de mi intención. Charlie era tan pragmática como yo, aunque más brusca y sospechaba que incluso más obstinada, pero también era refinada y se sentaba con los tobillos elegantemente inclinados hacia un lado. Sabía plegar una servilleta en forma de flor, pero habría apostado cualquier cosa a que también debía de tener un buen derechazo. Era una persona compleja.

Le di la tarjeta del Día de Visita y dije:

—La familia de Meg vive en un pueblo llamado Byhalia, a unas dos horas al norte de aquí. Los adoptantes son Thomas Heidelberg III y señora.

Estudió con atención la tarjeta y frunció el ceño, como hacía Meg cuando se concentraba.

—Conozco Byhalia, está de camino a Memphis. ¿Quién es esta gente?

—No lo sé, pero me suena haber visto ese apellido en el periódico —comenté. Viera lo que viera, me dio la impresión de que tenían mucho dinero—. Y Frances dijo que parecían acaudalados. —A través de la ventana abierta oía a Frances hablando en el porche, así que procuré bajar la voz—. Mira, aunque tuviéramos teléfono para llamar, creo que tiene más sentido que les enviemos primero una carta y que la firme yo.

—¿Y qué les decimos?

—Les podría decir... que les escribo para asegurarme de que Meg se está adaptando bien y se siente feliz allí. Nos lo tomaremos con calma y averiguaremos quién es esa familia. Estoy segura de que Meg se encuentra bien...

Entonces Charlie estalló:

—¿Cómo puedes ser tan ingenua, Birdie? ¿No sabes que Garnett quiere que Meg sufra? Nunca la dejará en paz.

Yo me había propuesto ocultarle a Charlie lo mal que Garnett trataba a su hija, pero por lo visto ella ya lo sabía.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. No entiendo qué puede tener Meg que le moleste tanto a Garnett.

—¿Quieres saber por qué? Porque es una bruja. —Escupió esa palabra, más que decirla, con las tijeras apretadas en la mano—. La odia por mí.

—Sigo sin entender...

—Cuando aquellos hombres con sus batas blancas, allá en Ellisville, decidieron qué era lo mejor para mí —puso los ojos en blanco en un gesto de frustración extrema—, me hicieron sentar y me explicaron muy poco a poco... —Esbozó una sonrisa aterradora —. Me dijeron que las autoridades del estado habían aprobado una importante ley que los autorizaba a hacer conmigo lo que iban a hacer. Aunque, por supuesto, no me explicaron qué demonios pensaban hacerme. Me hablaban como si yo fuera estúpida. Entonces les pregunté si iban a cortarme la cabeza o qué. Aquello les hizo mucha gracia. —Entrecerró los ojos—. «No exactamente», respondieron. Solo pensaban hacer lo necesario para que mujeres como yo —y al decirlo tensó la mandíbula— dejaran de traer hijos imbéciles al mundo. Según ellos, me estaban haciendo un favor.

Parecía una pesadilla, aquellos hombres con batas blancas llevándola a la mesa de operaciones.

—Yo no habría pasado más de tres o cuatro días en los calabozos si Garnett no me hubiera mandado encerrar, ¿entiendes? Tendrías que haberla visto sonreír, mientras llamaba al juez por su nombre de pila. «Que no se te olvide, Johnny Joe, que ahora las mujeres también votamos». —Dejó caer las tijeras al suelo—. Era cierto lo que decían. Me habían sorprendido hablando con un hombre de color, quizá más cerca de lo que consideraban «apropiado». Y puede que sí esté un poco loca, pero ¿a ti te parezco débil mental?

—No, para nada.

—Pues ellos dijeron que lo era, y con eso fue suficiente. Y, aunque lo fuera, eso no les daba derecho a hacer lo que hicieron... Además, aseguraron que esa patraña de la debilidad mental era hereditaria. Si yo la tenía, Meg también debía de tenerla. —Se frotó las cicatrices rojas y sinuosas de la muñeca derecha. Las tenía en los

dos brazos, rodeándole las muñecas, pero las de la derecha eran más gruesas. Cuanto más preocupada estaba, más se las frotaba. Lo hacía a menudo.

—Cualquiera que hable más de dos palabras con Meg se dará cuenta de que es muy lista —observé.

—¡Eso da igual! Garnett se las arreglará para encontrar la manera de separarla de esa familia y arruinarle la vida.

—Baja la voz, que están aquí al lado —le pedí, señalando con la cabeza la ventana abierta—. Charlie..., ¿no crees que estás exagerando un poco?

La cara se le enrojeció todavía más y los músculos de la mandíbula se le tensaron, como si no pudiera creerse que hubiera dicho eso.

—No digo que Garnett no sea capaz de separarla de esa familia, pero ten en cuenta que Meg ha sido adoptada legalmente. ¿Por qué iba a querer Garnett hacer algo así?

Charlie empezó a pasarse las palmas por los muslos, por encima de la fina tela blanca de las enaguas. Negó con la cabeza; era evidente que no quería contestar a esa pregunta.

—Porque... —Tragó con dificultad e hizo una mueca—. Porque me acosté con su marido. Welty Pittman es el padre de Meg.

Me la quedé mirando. Y durante un buen rato no fui capaz de hacer otra cosa.

Charlie se llevó la mano al cuello, como para obligarse a callar y no seguir contando su historia.

—¿Cuándo...? —Pero lo sabía muy bien, ya que Meg tenía once años.

—Cuando era joven. Muy joven. —Se estremeció, como si ser joven fuera un delito—. Con eso quiero decir que no era muy

avispada. Welty era... más mayor, muy atractivo, pero yo parecía veinteañera. Y no te equivoques: fui yo quien lo sedujo a él.

—¿Welty ya estaba casado cuando os...? —pregunté.

Charlie asintió. Dios santo, esa debía de ser la peor pesadilla de Garnett, que la niña fruto de la aventura de su marido no solo existiera, sino...

—¿Cómo pasó?

Charlie bajó la vista y se quedó mirando una fotografía de Hedy Lamarr, en una revista *Photoplay* de Frances.

—Como te he dicho, yo era muy joven y estúpida. Cuando me quedé embarazada, pensé que Welty dejaría a su mujer para estar conmigo, o mejor dicho, esperaba que así fuera. Estaba sola. Mi madre había fallecido tres meses antes y no tenía a nadie más.

—¿Cómo lo conociste? —quise saber.

—Yo trabajaba en uno de esos clubes de Memphis donde hay chicas que bailan por diez centavos. Intentaba salir adelante. Welty tenía que ir allí de vez en cuando desde Oxford, mientras cumplía el servicio militar. Él no frecuentaba esos sitios, pero esa vez había ido porque un oficial lo había llevado. El caso es que bailó conmigo una vez. Y luego otra... —Se encogió de hombros—. Supongo que los dos nos sentíamos solos. —Entrelazó los dedos con pudor, como hacía Frances cuando hablábamos de sexo—. Me dijo que su mujer ya no quería acostarse con él, desde que había perdido a un bebé. Hacía ya varios años de eso, me contó.

—Entonces... ¿se alegró cuando se lo dijiste?

—Pensé que se alegraría, pero lo único que hizo... —Se interrumpió. Parecía una niña, allí sentada en el taburete, con el pelo recogido bajo el pañuelo rojo—. Lo único que hizo fue darme treinta dólares y el nombre de un médico que podía ayudarme. Me dijo que no podíamos volver a vernos nunca más. —Se mordió el labio—.

Pensé que cambiaría de idea si el embarazo seguía adelante, así que no me sometí al procedimiento y no le dije nada hasta que la niña ya había nacido. —Me miró a los ojos—. Tienes que entenderlo. Lo nuestro no era una simple aventura. Cuando estaba con Welty me sentía... —buscó la palabra— plena.

—¿Qué pasó cuando se enteró?

—Nada. No quiso saber nada de ella. —Se encogió de hombros y se le llenaron los ojos de lágrimas, quizá no por ella misma, sino por su hija—. No volví a tener noticias suyas. —Respiró hondo y suspiró, desplazando el peso del cuerpo sobre el taburete—. Le escribí algunas cartas y al cabo de un tiempo empecé a recibirlas, devueltas al destinatario, pero abiertas. Alguien las había leído, no podía saber si él o su mujer, pero a veces tenía la sensación de que era ella.

Se enroscó un mechón de pelo oscuro en el dedo índice, lo soltó y volvió a enroscarlo. Cuando hablaba de Welty, parecía triste y enfadada. Cuando se refería a Garnett, al enfado se sumaba el miedo.

—¿Sabe Meg quién es su padre? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Solo sabe que se marchó. Nunca se lo conté a nadie, porque no quería que trataran a Meg como a una hija ilegítima. —Clavó la mirada en un punto indeterminado detrás de mí—. Pero ¿sabes lo que siempre he imaginado que sucedió? Que Welty y Garnett se sentaron a hablar, quizá durante el desayuno o mientras tomaban un café o algo así, y entre los dos decidieron hacer como si Meg y yo no existiéramos.

«Ojos que no ven, corazón que no siente», pensé. Lo mismo hacían las damas voluntarias en las Huérfanas.

—Eso es lo que imaginé que le habría pedido ella a su marido, hasta que Meg apareció y entonces ya no pudo fingir que no existía.

—Entonces ¿Welty nunca os ayudó, ni os envió dinero?

—No. —Chasqueó la lengua—. Y te aseguro que tuvimos épocas muy duras, pero entonces conseguí un trabajo de institutriz y las cosas mejoraron sustancialmente. —Sonrió, como si estuviera reviviendo los buenos tiempos—. Cuando fui a la agencia después de ver el anuncio, iba vestida así —recordó, señalando lo que quedaba de un vestido blanco victoriano de la señora Tartt, con cuello alto de encaje—. Parecía Florence Nightingale. Todos los buenos modales y el protocolo que me había enseñado mi madre finalmente dieron sus frutos. ¡Fuimos tan felices en aquella casita entre los algodonales! —Me pareció ver a Meg en su sonrisa—. Compramos un coche destartalado, para ir a la ciudad. Un día llevé a Meg al estudio del fotógrafo para que le hiciera un retrato y se lo envié a Welty. Quería que viera lo preciosa que era su hija.

No pude reprimir un gemido, imaginándome que Garnett probablemente haría pedazos la fotografía.

—En la carta me jacté de mi trabajo con los Cooper y de que estábamos saliendo adelante la mar de bien sin su ayuda. —Sonrió, pero su expresión era asesina—. Dos semanas después, «alguien» le escribió una carta a la señora Cooper para advertirla de que yo era una puta de cabaret con una hija bastarda, una amenaza para la moral de sus dos niñas pequeñas. —Charlie soltó una carcajada grave y amarga—. Era 1931 y me quedé sin empleo. La situación había cambiado mucho desde 1926. Busqué trabajo por todas partes. Cuando ya no supe qué hacer, empecé a ofrecerme para llevar a gente en el coche. —Frunció el ceño y desplazó las piernas al otro lado del taburete.

—¿Cuándo te detuvieron?

Se humedeció los labios, como sopesando qué palabras usar.

—Dos días antes de Navidad, en la estación. Me acerqué a un hombre de color apuesto y bien vestido, que parecía ser un agente comercial o algo así. Venía de Illinois y se dirigía a Alabama para ver a su familia por las fiestas, pero había perdido la correspondencia con un tren. Antes de que yo pudiera reaccionar, nos abordaron el jefe de estación y el *sheriff*, e interpretaron lo que les dio la gana. A él lo golpearon con una porra hasta que... —Arrugó mucho la cara—. Hasta que se puso a llamar a su madre.

Estaba pálida. Yo me eché hacia atrás, arrancando un crujido a la vieja estructura de la mecedora.

—Después le dijeron a un mozo de color que se lo llevara. No sé qué sería del pobre hombre. —Negó con la cabeza, entrecerrando los ojos y temblando al recordar—. Yo le grité al jefe de estación algunas cosas muy groseras sobre el tamaño de su virilidad, y entonces me llevaron a rastras al calabozo. Dijeron que yo era una blanca sin moral, que me estaba ofreciendo a un negro, y eso le sirvió a ella para que me declararan débil mental. Antes de que me trasladaran a Ellisville, el jefe de estación vino a mi celda con la porra.

—¿Te golpeó?

—No, pero la usó. —Había algo muerto en su voz.

Tardé un rato en entender lo que decía. «Santo cielo...».

Después de eso, las dos permanecimos en silencio, y yo me quedé mirando las tijeras plateadas que brillaban en el suelo. Era mucho que procesar, todo lo que había llevado a Charlie a este momento tan duro y desgarrador de su vida, y, sobre todo, quién se había asegurado de que acabara así. Me hizo recordar, con un estremecimiento, lo que me había preguntado Meg: si creía que ella era «sucia». No había entendido por qué me preguntaba algo así, pero entonces me di cuenta de que Garnett debía de haberle

llamado eso en algún momento. «¡Claro que no! —le había respondido yo—. Eres lista y divertida y perfecta, Meg». Y la había abrazado... Pero ¿qué clase de persona le dice algo así a una niña, culpándola por lo que había hecho su marido? No soportaba pensar en qué más podría hacerle Garnett a Meg si volvía a tener la oportunidad. Y no se me ocurría cómo impedirlo.

—Charlie —dije—, creo que había subestimado la crueldad de Garnett Pittman.

Ella me miró con la más pura determinación que le había visto hasta entonces, con la barbilla levantada y las cejas arqueadas. Cualquiera habría dicho que estaba a punto de reírse de algo, pero sus ojos lo decían todo: «Ahora comprendes a quién me enfrento».

## 24

A la mañana siguiente, les escribí la carta a los Heidelberg, procurando que fuera breve y sencilla, con unas pocas mentiras sin importancia. Solo quería abrir la puerta y empezar una conversación. Me presenté como voluntaria del Hogar de Huérfanas del Condado de Lafayette, en Oxford, y les dije que solo quería hacer una comprobación rutinaria de la situación de Margot Lefleur, o Meg, como la llamábamos. Como Garnett no iba a molestarse en hacerlo, ya que no le importaba en lo más mínimo el bienestar de Meg, la mentira se deslizó de la pluma estilográfica de Rory con la misma facilidad que el aceite sobre una sartén. Les pregunté si Meg comía y dormía bien, si estaba a gusto en su nuevo hogar y si me daban su permiso para intercambiar algunas cartas, hasta asegurarnos de que estuviera totalmente adaptada. Como nos habían cortado el teléfono, no podía pedirles que me llamaran. Además, la mayoría de

las familias no habrían querido hacer ese gasto, aunque cabía la posibilidad de que ellos fueran la excepción. De modo que les escribí:

*Les ruego que me respondan, a mí personalmente, cuando tengan ocasión de hacerlo, para asegurar que su carta no se mezcle con la correspondencia general del orfanato: Birdie Calhoun, Oxford, Mississippi.*

Y, abajo, añadí:

*Díganle por favor a Meg que la recuerdo con mucho cariño.*

Cuando hube cerrado el sobre, tuve más claro que nunca que Meg al menos necesitaba saber que su madre no la había abandonado. Charlie me lo quitó de las manos y se lo apoyó contra el pecho, rezando a la Virgen para que la carta llegara a destino, aunque su oración me pareció más bien una amenaza. No podía culparla. Los detalles más sórdidos de su historia no dejaban de resonarme en los oídos: el hombre de color que llamaba a su madre llorando, la ley para impedir que nacieran niños débiles mentales y la porra del jefe de estación. «La usó», había dicho ella.

Esa mañana, mientras iba andando a la ciudad, parecía como si la temperatura hubiera bajado diez grados desde la víspera, aunque todavía faltaban unos días para septiembre. Me sentía como si me hubiera despertado en otro país y quizá también en un año diferente. Hacía un tiempo perfecto para preparar merengues, y lo habría hecho de haber tenido dinero para comprar vainilla.

Frances me acompañaba, porque había dicho que necesitaba salir.

—Nos veremos luego en casa —le dije cuando nos separamos.

Se había ataviado con un vestido de popelín rosa y sombrero a juego para la importante tarea de comprar diez centavos de azúcar en la tienda City mientras yo iba a la oficina de correos a enviar la carta. Conociendo a Frances, no se me pasó por la cabeza sugerirle que fuese a Freedmen Town.

La plaza estaba un poco más concurrida de lo habitual, sin duda a causa del tiempo más fresco. La atravesé hasta llegar al edificio del ayuntamiento y la oficina de correos, que estaba detrás. La cola se alargaba hasta más allá de los buzones, que la señora Tartt no utilizaba. Le gustaba que le llevaran la correspondencia a casa, para poder dar las gracias al cartero. Después de unos veinte minutos de espera —la señora Nutt estaba sola en el mostrador y era muy conversadora—, un hombre alto y de hombros anchos pasó a mi lado para salir. Me bajé el ala del sombrero y fingí estar muy interesada en mi carta a los Heidelberg.

—¿Birdie?

—Hola, Jack.

Se había remangado la camisa azul y llevaba la americana colgada del brazo. Sonrió y se quitó el sombrero. Parecía muy satisfecho consigo mismo.

—Te he llamado, pero...

—Nos han cortado el teléfono —le dije.

—Lo siento —contestó.

—No pasa nada. Me alegro de haberte visto —le solté, y volví a fijar la vista en la nuca del hombre que tenía delante.

La cola avanzó un poco y Jack avanzó conmigo. Estaba tan cerca que podía olerlo: la loción de pino para después del afeitado y el cuero de los asientos del coche tras unas horas al sol.

—¿Tienes algo que hacer cuando salgas de aquí? Quería... —Echó una mirada a la pareja detrás de mí—. Quería hablarte de una

cosa. Tengo que coger el tren de las tres y cuarto a Jackson.

No pude reprimirme.

—¿Vas a casa con tu mujer? —Habría deseado que el tono fuera irónico, pero me salió triste. Lo miré a los ojos mientras avanzábamos en la cola, y él no apartó la mirada, pero noté que bajaba un poco los hombros.

—Lo siento. Debería habértelo contado.

—Ah, ¿sí?

Bajó la vista hacia el grueso sobre que llevaba en la mano. La cola ahora iba más deprisa.

—Voy a Jackson para reunirme otra vez con los abogados que nos están llevando el divorcio. Se está prolongando mucho el proceso.

—Birdie, es tu turno —me llamó la atención la señora Nutt.

Miré a Jack un segundo y avancé hacia el mostrador.

—Lo siento, señora Nutt. Necesito enviar esta carta en primera clase y comprobar el correo de los Tartt.

Me volví otra vez hacia Jack. Yo solo había leído acerca de divorcios en la prensa. No conocía a nadie que se hubiera divorciado. En mi pueblo, los maridos se morían o se iban a comprar tabaco y no regresaban. No había otra opción. Divorciarse sonaba muy adulto, y también un poco sórdido.

—¿Cuánto hace que...? —Ni siquiera sabía cómo llamarlo.

Jack volvió a mirar a la pareja que tenía detrás, que claramente estaba escuchando todo lo que decíamos.

—Presenté la demanda hace nueve meses, más o menos. Pero está siendo complicado, por varias razones.

Lo observé con atención, preguntándome si no tendría algún defecto insuperable y terrible.

La señora Nutt regresó al cabo de unos segundos con unos cuantos sobres.

—Serán tres centavos para el envío en primera clase.

Coloqué las tres monedas sobre el mostrador.

—¿La has dejado tú o te ha dejado ella? —le pregunté a Jack. No sabía cuál de las dos posibilidades prefería. Las dos eran malas.

Jack le lanzó una mirada a la señora Nutt.

—Ha sido una decisión... de los dos.

—¿Por qué? —le pregunté.

Con una mano sobre las monedas, la señora Nutt miraba a Jack. Detrás de mí, el hombre dijo: «Pobre, lo compadezco». Y su mujer comentó: «¡Está casado, Stu!».

—¿Podríamos hablar de esto en otra parte? —propuso Jack—. ¿Puedes venir al banco cuando termines? Quiero enseñarte una cosa.

Una parte de mí habría querido decirle que mi padre me había preparado para vivir muy bien sin tener que depender de ningún hombre, muchas gracias. Pero otra parte sentía florecer de nuevo una esperanza diminuta.

—Iré dentro de un rato.

Asintió, satisfecho con eso, y la señora detrás de mí chasqueó la lengua.

En el mostrador que había al fondo contra la pared, abrí una carta de mi madre y leí por encima las mil y una preguntas que le inspiraba su estado de constante preocupación: «¿Qué tipo de hombres estás conociendo?», «¿Se ha disgustado Frances con nosotras por pedirle dinero?», «¿No es peligroso que lleves todo ese dinero en efectivo tú sola en el tren?», «¿Está Frances enfadada con nosotras?». Se me revolvió el estómago cuando leí que solo nos quedaban catorce dólares.

Frances me había dado instrucciones precisas: «No le cuentes a mamá nada de lo sucedido». Empecé a escribir una contestación en el lujoso papel de carta color crema de mi hermana.

*Por favor, mamá, no te preocupes. Frances está bien y todo saldrá de maravilla. Espero poder volver pronto.*

Y unas cuantas naderías más, para tranquilizarla.

Dejé de escribir y me puse a repiquetear sobre el papel con la punta del lápiz. Sentía el pecho lleno a rebosar de tontas esperanzas y un exceso de problemas. ¿Cuántas cosas más cabrían en mi interior? Cogí otra hoja de papel y empecé de nuevo.

*No estamos bien, mamá. Rory ha dilapidado la fortuna familiar y se ha llevado todos los objetos de valor. Volveré a casa sin un centavo. Frances está destrozada y la señora Tartt ha tenido que prescindir del servicio porque no les podía pagar.*

Fue un alivio desahogarme. Omití mi cita con un hombre casado, porque aún no me sentía con fuerzas para contarlo. Tampoco dije que el marido de Frances había contraído el mal de la homosexualidad. Mejor dejar algo para la siguiente carta.

Al final, envié la que había escrito en primer lugar. La segunda la rompí en pedacitos y la tiré. No sabía si mi madre sería capaz de soportar todas las malas noticias.

Cuando llegaba al banco, Jack salió a mi encuentro con la americana gris que se le tensaba en las costuras, como si me hubiera estado esperando.

—Espero que podamos hablar un poco más acerca... de todo —dijo—. Pero antes quiero enseñarte esto. Son los teléfonos a los que llamó Rory la semana de su despido.

¡Dios mío, se me había olvidado! En una hoja había una lista de siete u ocho centrales telefónicas, con sus números y ciudades de destino. La letra era de Jack, tan desordenada y desigual que podría haber sido la de un niño de ocho años.

—No hagas caso de las que están marcadas. Son llamadas de trabajo para las últimas operaciones de sus clientes en la Bolsa. Pero esta de aquí —dijo señalando la línea donde se leía «Whitworth-502»— corresponde al hotel Robert E. Lee de Jackson.

—Llamé la semana pasada y me dijeron que no sabían nada de él —repliqué—, excepto que había dejado una deuda.

—Eleanor me ha dicho que también recibió varias llamadas de Nueva Orleans esa semana. Eran llamadas entrantes, así que no están aquí, pero las recordaba porque Rory se había enfadado con ella por no cerrar bien la puerta de su despacho.

Eso quería decir que había estado en contacto telefónico con dos grandes ciudades, Jackson y Nueva Orleans, donde no teníamos medios para buscarlo. Pero quizá aún sirviera de algo la información. Le señalé el último teléfono, con una anotación al lado: «x 6».

—¿Qué significa esto?

Jack se encogió de hombros.

—Es el número de la zapatería Florsheim, en Jackson. Esto quiere decir que Rory llamó seis veces a ese número durante sus últimos días en la oficina.

«¿Y si...?», pensé, apretando los labios.

—¿Quieres llamar desde mi despacho, a ver qué dicen? —sugirió Jack—. Una conferencia más no arruinará al banco.

—Sí, por favor. Gracias.

Entré con él en el local, dejamos atrás el retrato de Henry Tartt y pasamos junto a la mesa de Eleanor, que me siguió con la mirada hasta verme entrar en el despacho de Jack, que enseguida cerró la

puerta. Me ofreció una silla, pero la rechacé. Entonces le dijo a Silva que quería poner una conferencia urgente y que nos llamara en cuanto estableciera la comunicación. Después se apoyó en su escritorio y me cogió la mano.

«Cada vez que me tocas, un relámpago de electricidad me recorre el cuerpo».

—¿Cuánto tiempo has estado casado? —le pregunté.

—En octubre hará diecisiete años —respondió. Mucho tiempo—. Por si te sirve de algo, iba a decírtelo el otro día, cuando traté de llamarte.

Sentí que me ruborizaba.

—¿Pensabas... que no iba a enterarme? ¿O tal vez que no me importaría?

—No pensaba nada. De hecho, ojalá hubiera pensado un poco más. —Me soltó la mano y me dolió la separación, como si me hubiera privado de una parte de mi cuerpo—. Tendría que haber comprendido que tú no podías salir con un hombre casado, sobre todo en una ciudad tan pequeña como esta. —Hizo una mueca, como si fuera a darme una mala noticia—. Tú eres... distinta de todas las personas que he conocido.

Sonó el teléfono sobre la mesa. Jack lo cogió, hizo un gesto afirmativo y me pasó el auricular.

—Zapatería Florsheim. ¿En qué puedo servirle? —La voz era masculina y parecía amable.

—Eh... Hola. Soy... ¿Con quién hablo?

—Con Jimmy Watts. ¿Qué se le ofrece, señorita?

—Hola, señor Watts. Estoy buscando a una persona... Un hombre llamado Rory Tartt.

Nada. Silencio. Al cabo de unos segundos, se aclaró la garganta.

—¿Me puede repetir el nombre?

—Rory Tartt, de Oxford.

Volvió a carraspear y dijo:

—Lo siento, señorita, pero no conozco a nadie que se llame así.

—Entiendo. Dígame, ¿usted es la única persona que trabaja en la zapatería?

Otra pausa.

—Sí, señorita. Soy el propietario. —Mientras pensaba qué más preguntarle, me dijo en un tono un poco más suave—: Si por casualidad lo encontrara..., ¿quiere que le transmita algún mensaje?

Había algo extraño en su voz.

—Ha desaparecido. Si lo viera, ¿podría pedirle que le envíe un telegrama a su familia?

—Por supuesto. Si veo a esa persona, se lo diré. —Entonces colgó.

Le devolví el auricular a Jack. Todavía no estaba segura de lo que había oído, pero me limité a decir:

—No lo ha visto.

Después de colgar, Jack se mordió el labio. Tenía una expresión tan infantil que sentí ganas de abrazarlo.

—Volveré pasado mañana. ¿Quieres que hablemos un poco más de todo... lo que no hemos hablado hasta ahora? Puedo pasarme por tu casa el jueves hacia las tres, después de trabajar.

—No —respondí. No quería que pareciera una cita mientras no lo fuera realmente—. Nos reuniremos aquí en el banco.

Cuando llegué a casa, seguía un poco nerviosa por la noticia de las llamadas de Rory. Tenía demasiada información para no decir nada, pero me faltaban datos para hacer algo al respecto. Eché un vistazo a la despensa, que cada vez estaba más vacía. Nos habíamos comido todo el atún, los fideos, la sémola, la carne enlatada y las

deliciosas terrinas de decadente *foie gras*. Habría que preparar otra vez huevos escalfados y Frances tendría que aguantarse. Los serviría sobre pan tostado, con acompañamiento de sandía en conserva.

También se nos había acabado la mantequilla. Miré a la señora Tartt, que estaba sentada a la mesa, estudiando una partida de bridge para dos que había estado jugando con Charlie.

—¿Alguna vez ha hecho mantequilla, señora Tartt?

—¡Claro que no! —respondió ella riendo, y enseguida añadió con voz cansada—: Pero ahora vas a enseñarme, ¿verdad?

La hice sentar en un taburete junto a la ventana de la mesa del desayuno, le puse un delantal sobre el regazo y la mantequera entre las piernas. Separé la nata de la jarra con un cucharón y le dije:

—Lo único que tiene que hacer es mover así el batidor. Tiene que sonar como si estuviera chapoteando con los pies sobre el barro. —Me pregunté si alguna vez habría caminado por un terreno enfangado.

Sentada con la espalda muy recta y con los labios pintados de rojo brillante, empezó a revolver la nata, moviendo el batidor arriba y abajo.

—No es muy difícil —comentó—. Creo que ya le estoy pillando el truco.

Cuando aún no habían pasado ni cinco minutos, tenía las mejillas encendidas y no dejaba de mirar el interior del recipiente.

—¿Estará lista ya?

—Ni de lejos —respondí—. Y no se pare, porque entonces no se hará.

Frunció el ceño y siguió batiendo, con el delantal salpicado de nata.

Yo estaba amasando el pan cuando entró Frances cargada con una bolsa de provisiones. Aunque la temperatura era de solo

veintitrés grados, tenía la cara roja.

—El señor Wallace, de la tienda al lado de la universidad, se ha negado a vendernos nada. Ha dicho que solo aceptaría dinero para cubrir parte de la deuda y que los ricos tenemos que aprender a pagar nuestras facturas. Así que he tenido que ir a la tienda de Inmon.

Al otro lado de la habitación, mientras batía la mantequilla, la señora Tartt preguntó:

—¿Eso piensa ahora la gente de nosotros?

—¿Por qué no has ido a City desde el principio? Allí te habrían cogido el dinero —dije.

Frances fue a servirse un vaso de agua y se sentó a la mesa.

—Porque había ido a la otra punta de la ciudad para ver si en la tienda de la señora Chisolm buscaban dependienta. Pero me han dicho que no.

Bueno, al menos Frances estaba haciendo ver que lo intentaba.

Cuando Charlie entró con la cesta de la ropa limpia, el chapoteo de la señora Tartt se había convertido en un mero paseo por el fango. Al cabo de un momento, se interrumpió del todo.

—Esto no se parece nada a la mantequilla —comentó la señora Tartt.

—Déjelo y vaya a sentarse. Ya lo hago yo —replicó Charlie, y vi que Frances ponía los ojos en blanco.

Charlie empezó a batir, arriba y abajo, arriba y abajo, con un ritmo rápido y continuado, como el palpitante corazón de un animal. La señora Tartt se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo y se frotó la ampolla que se le estaba formando en el pulgar. Había llegado la hora de tomar decisiones.

De pie detrás de la encimera, revelé lo que sabía:

—Rory llamó al hotel Robert E. Lee y a una zapatería de Jackson poco antes de que lo despidieran. —Dejé caer la noticia sin preámbulos ni acompañamiento: *¡plaf!*

Los ojos azules de la señora Tartt se ensancharon de una manera que me recordó al día en que volvieron a conectarnos la luz.

—Es una buena noticia. Tenemos que llamar a esos sitios y ver qué saben.

Me abstuve de recordarle que le habían cortado el teléfono.

—Ya he llamado yo, pero dicen que no lo han visto. Por otro lado, también recibió llamadas de Nueva Orleans esa semana, pero no sabemos de quién.

—Aun así, es un punto de partida, ¿no? ¿No creéis que deberíamos empezar a buscarlo? Podríamos comenzar por Jackson —propuso la señora Tartt.

—¡Justo lo que he estado diciendo yo desde el principio! —exclamó Frances.

Si de veras lo había dicho, yo desde luego no se lo había oído.

De todos modos, comprendí por qué lo veían como la solución. Suponiendo que lo encontraran —y eso era mucho suponer—, podrían vender el coche y algunos objetos de valor para pagar el resto de la hipoteca. Sin embargo, argumenté:

—Podría ser una búsqueda inútil y, además, los viajes para ir a buscarlo requerirían tiempo y dinero, que no nos sobra. Señora Tartt, lo más sensato sigue siendo vender la casa. Así tendrían ustedes dinero de sobra para buscar a Rory con calma. Podrían visitar dos, tres o incluso cinco ciudades, si fuera necesario, y aún les quedaría algo para vivir cuando volvieran, lo hubieran encontrado o no.

La señora Tartt retorcía entre las manos un pañuelo blanco de hilo. Frances me miró con el ceño fruncido.

—Espera un segundo —dijo—. Todavía es posible que todo esto se resuelva por sí solo. Quizá Rory esté pasando... una crisis pasajera o algo así. —Empezó a abanicarse con la factura de la luz. No la culpaba. Si vendían la casa, ¿qué iba a ser de ella? ¿Tendría que irse de vuelta a Footely, a vivir con su hermana solterona?—. Puede que entre en razón y regrese a tiempo para pagar la hipoteca.

—¿Cómo es posible que sigas creyendo eso, Frances? —le soltó la señora Tartt, que apenas dos días antes habría asentido con los ojos vidriosos, como si ella también lo creyera. En lugar de eso, entrelazó las manos con firmeza sobre la mesa de la cocina y dijo, como si estuviera ante un comité del Club Floral—: Propongo que consideremos el plan de Charlie.

Al oírlo, Charlie perdió por un segundo el ritmo del batido.

—Pensaba que esperaríamos hasta mañana.

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —replicó la señora Tartt.

Entonces Charlie respiró hondo y se humedeció los labios.

—He pensado... que podríais admitir huéspedes en la casa, para ganar algo de dinero. —Después siguió batiendo la nata.

—No me encanta la idea, pero he oído que algunas familias lo están haciendo, para capear el temporal —dijo la señora Tartt—. Y es mucho mejor que vender mi casa a unos desconocidos.

Cubrí la masa del pan con un paño para dejarla fermentar y rodeé la encimera.

—Bueno, no es una idea terrible. Sin duda hay bastante espacio, pero... —Eché un vistazo a la cocina—. Puede que resulte difícil con tan pocos muebles.

—Preferiría que no vinieran más extraños a vivir con nosotras —repuso Frances.

—De hecho, Charlie ha sugerido que nosotras nos marchemos —aclaró la señora Tartt—. Tú podrías ir a Footely, a ver a tu madre, y yo iría a visitar a mi hermana viuda, en Jackson.

«Y yo regresaría al pueblo sin dinero y cargada de problemas», pensé.

—Además —prosiguió la señora Tartt—, mientras esté en Jackson, podría buscar a Rory. Estoy segura de que mi hermana me ayudaría.

—Si usted va a Jackson a buscarlo, yo también quiero ir —intervino Frances.

La señora Tartt sonrió levemente.

—Por supuesto, querida. Charlie se ha ofrecido para quedarse y atender a las inquilinas. Solo admitiremos señoritas, por supuesto, y Charlie conoce a varias que podrían estar interesadas. De ese modo, tendremos unos ingresos y no nos gastaremos hasta el último centavo en viajes.

Me puse a hacer cálculos: cuatro o cinco habitaciones... ¿Por cuánto dinero se podrían alquilar? ¿Un dólar por semana? En seis semanas serían...

—No sería suficiente para reunir doscientos ochenta y cuatro dólares antes de mediados de octubre —observé.

—La idea... no acaba ahí, querida —dijo la señora Tartt—. Según me ha explicado Charlie, las inquilinas también necesitarían unos ingresos para pagar el alquiler, por lo que nosotras les dejaríamos montar un pequeño negocio en el jardín trasero.

Frances retrajo los labios de una manera que le afeó considerablemente la cara.

—¿Qué tipo de negocio?

—Por lo que tengo entendido... —La señora Tartt también parecía incómoda—. Se trataría de una sala de fiestas, donde cada chica

cobraría diez centavos por bailar.

—¿Cómo? —pregunté yo.

—Un lugar donde los clientes pueden bailar con una chica a cambio de unos centavos —explicó Charlie, sin dejar de batir—. Yo trabajé en una de esas salas, hace mucho tiempo, en Memphis.

Así había conocido a Welty. Charlie debería haber hablado conmigo antes de dejar que la señora Tartt se hiciera ilusiones.

—Ya sé que suena un poco sórdido. A mí también me lo pareció al principio —intervino la señora Tartt—, como aquella película de Barbara Stanwyck, *A diez centavos el baile*. Pero Charlie dice que nuestro club será mucho más sofisticado.

Antes de que yo dijera nada, Frances cerró los ojos y exclamó:

—¿Quién en su sano juicio vendría hasta aquí para bailar?

La señora Tartt no se inmutó.

—Los estudiantes, querida. Y sabemos que tienen dinero para pagárselo, porque, de no ser así, no estarían en la universidad.

—¡Pero ya hay muchos sitios donde bailar en la ciudad! —Frances se lo decía a Charlie, más que a la señora Tartt—. El Tea Hound, el Palace, La Meca... Además, en la universidad organizan fiestas todo el tiempo.

—Adelante, Charlie. Repíteles lo que me has dicho.

Finalmente, Charlie soltó el batidor. A esas alturas, la mantequilla debía de estar firme como un ladrillo. Tragó saliva. Parecía muy nerviosa.

—Ya sé que hay muchos lugares donde ir a bailar en la ciudad. El problema es que no hay suficientes chicas, y eso es una oportunidad para nosotras. Si vais a una de esas salas, veréis a un montón de hombres esperando su turno para bailar o importunando a las parejas. Siempre ha sido así, pero este año será peor.

—Porque hace tres años el gobernador Bilbo despidió a todos los profesores y, por su culpa, la universidad perdió su certificación —explicó la señora Tartt—. Pero este año la ha recuperado. Cuéntales lo que hemos leído en el periódico, Charlie.

Empezaba a parecer como si las dos hubieran estado ensayando la manera de exponer el plan.

—El artículo decía que dentro de unas semanas llegarán novecientos cincuenta chicos a estudiar en la ciudad —dijo Charlie—. Trescientos más que el último año y cuatrocientos más que el anterior. Pero solo hay ciento tres chicas matriculadas, y eso significa que habrá unos diez chicos por cada chica. Lo que propongo es abrir un club donde los estudiantes puedan bailar con una señorita... o con tantas como deseen y puedan pagar. A diez centavos cada una. Por no mencionar...

—¡Dios mío! —exclamó Frances—. Pero ¿de qué está hablando esta mujer?

Charlie no le prestó atención. Me estaba mirando a mí.

—Por no mencionar que las chicas estudiantes tienen un horario muy estricto para volver a sus habitaciones por la noche, mientras que los chicos no. ¿Qué pueden hacer ellos después de las diez?

La señora Tartt sonrió.

—Las diez es un poco tarde. ¿No te parece mejor las nueve y media?

Charlie se encogió de hombros.

—Lo importante es que los chicos necesitan ir a algún sitio, sobre todo los viernes y los sábados por la noche, y he pensado que lo mismo podrían venir aquí a gastarse el dinero de sus padres.

—Pero todavía no acabo de ver que de esa forma vayamos a reunir suficiente dinero a tiempo —objeté.

—Además de cobrarles por bailar, podemos darles clases. Alguien tiene que enseñarles los nuevos bailes, para que después puedan impresionar a las chicas de la universidad.

Frances tenía en la mano un salero barato y lo sacudía con nerviosismo: *clac*, *clac*, *clac*.

—¿Y cuánto cobraríais por las clases? ¿Veinte centavos?

—También estaría el dinero de los alquileres semanales. Hay dos habitaciones de invitados en la planta de arriba, los dos cuartos de los niños en el ático, el dormitorio de Rory...

—¡Nadie va a alquilar el dormitorio de Rory! —soltó Frances, prácticamente escupiendo las palabras—. ¿Qué pasará si vuelve?

Charlie le lanzó una mirada fría y serena.

—De acuerdo, de acuerdo. —Levanté una mano para intervenir.

Frances agarraba el salero como si estuviera a punto de usarlo para aporrear con él a Charlie.

—Charlie —dije—, me parece muy bien que intentes ayudar, pero todo el plan me resulta un poco... dudoso.

—¿Dudoso? —rio Frances—. Barato y despreciable, diría yo. ¿Chicos pagando a chicas para bailar en nuestro jardín? ¿La casa convertida en una pensión de mala muerte? Viktoria, ¿por qué querrías que recayera sobre ti una vergüenza semejante? —Frances casi nunca tuteaba a su suegra—. Yo tampoco quiero vender la casa, créeme —continuó—. Pero ¿te has parado a pensar en lo que diría la gente?

La señora Tartt miró primero a Charlie y después a Frances, y empezó a hablar, pero al final solo hizo una mueca.

—Estaríamos en boca de todos —prosiguió mi hermana—. ¡Sería nuestra ruina! «¿Te has enterado de lo que han hecho los Tartt?», diría la gente. «Han tenido que abrir un cabaret para no acabar en la calle». ¡Ni siquiera hemos empezado a buscar a Rory! ¿Y si lo

encontramos dentro de una semana? ¿O de dos? —Unió las dos manos, como si estuviera rezando—. Podríamos arreglar todo este lío sin que nadie, a excepción del banco, se entere de nada.

La señora Tartt suspiró, contemplando el pañuelo arrugado que tenía en la mano.

—Quizá... me he dejado llevar demasiado por el entusiasmo, Charlie. Los Tartt no hacemos ese tipo de cosas.

—Tiene razón, no las hacen. —Charlie soltó una risa amarga, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Porque todavía no saben lo que significa estar en una situación desesperada, pero yo sí lo sé. —Se acercó un poco más a la señora Tartt—. ¿Recuerda cuando me dijo que solo hay unas pocas cosas en la vida por las que merece la pena arriesgarse? ¿Y que, si se deja pasar la oportunidad, es posible que ya no vuelva a presentarse?

La conversación parecía privada entre ellas dos, pero tuve que intervenir.

—Charlie, esto no es Memphis. Ni siquiera es Jackson. Estamos en Oxford —le recordé—. Lo que propones suena tremendamente arriesgado por mil motivos diferentes. ¿Y todo para qué? ¿Cuánto dinero podríamos ingresar?

Charlie se sentó con la espalda recta y respiró hondo.

—En una noche animada, quizá unos cincuenta dólares. En una semana buena, cerca de doscientos.

Me quedé con la boca abierta. Tenía que estar de broma, o borracha, o las dos cosas a la vez.

—Sé que cuesta creerlo, y además el dinero no sería todo suyo —dijo en un tono más serio y profundo—. Las señoritas que trabajen en el club se quedarán una parte del dinero de los bailes, por supuesto, y además tendremos gastos: comida, electricidad y todo

lo necesario para que la casa vuelva a ser acogedora. Pero ganaremos un buen dinero vendiendo whisky.

—¿Whisky? —gritó Frances.

Las dos miramos a la señora Tartt, que se encogió de hombros. ¿Lo sabía ya?

—Bueno, queremos que venga mucha gente —observó—. Tenemos un montón de whisky en la bodega y no podemos vendérselo al señor Fauster.

Yo me había quedado sin habla. ¿Charlie había convencido a la señora Tartt para que convirtiera su casa en un garito clandestino? La cabeza me daba vueltas. Todas las dudas que me había inspirado Charlie regresaron de golpe. ¿Sería una estafadora? Además de una delincuente convicta, que eso ya lo sabíamos. Cogí una silla y me senté.

—¿No podríamos ir a la cárcel por eso? —pregunté.

—Dudo que el *sheriff* Porter fuera a intervenir —repuso la señora Tartt—. Dicen que la ley seca se acabará antes de Navidad. Supongo que aquí en el condado de Lafayette la mantendrán, pero la opinión de la gente respecto del alcohol está cambiando.

—Dividiremos entre tres los beneficios —añadió Charlie.

—¡A mí no me incluyas en tu proyecto criminal! —dijo Frances.

—No te he incluido —le contestó Charlie, y se volvió hacia mí.

—¿Cómo? —contesté—. ¿Quieres que yo te ayude a dirigir el negocio?

Frances soltó una risotada sardónica.

—Te organizas bien —dijo Charlie—. Y necesitamos a alguien que lleve la contabilidad. Tendremos el club abierto unas cuantas semanas, un mes como máximo, y después lo cerraremos. Podrás volver a casa con un buen dinero en el bolsillo.

Esas palabras, «volver a casa» y «un buen dinero», se quedaron flotando en el aire. Me froté la nuca. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Quizá sea pedirle demasiado a Birdie —dijo la señora Tartt, que me pareció un poco avergonzada—. Ya has hecho mucho por nosotras —añadió, volviéndose hacia mí—. Pero he pensado que tal vez podía interesarte, porque sé que tu familia también tiene problemas de dinero.

¿Se lo había contado Frances? No, mi hermana jamás habría admitido que los Calhoun no éramos los acaudalados terratenientes que ella pretendía que fuéramos. Entonces tenía que habérselo dicho Charlie. Yo le había mencionado nuestros apuros alguna noche, mientras fumábamos en el porche trasero. Eso significaba que no solo había estado convenciendo a la señora Tartt a nuestras espaldas, sino que había utilizado información sobre mi familia para persuadirla. Me pareció un exceso de maquinación para mi gusto, pero no dije nada.

—Si funciona, ya no tendrán que preocuparse por el banco —les dijo Charlie a Frances y la señora Tartt—. Y después podrán decidir si quieren vender la casa y en qué momento hacerlo, sin tener que regalarla por unos pocos centavos a un canalla como el señor Fauster.

—¿Cuánto tiempo llevas urdiendo este plan, Charlie? —pregunté.

Ella me miró a los ojos y contestó:

—Dos años.

—Henry siempre decía que, si quieres ganar dinero, tienes que arriesgar —intervino la señora Tartt, mirando a Charlie—. Eso y no mostrarte desesperada.

Durante unos segundos, nadie habló, y entonces Charlie se levantó del taburete y llevó la mantequera a la mesa, con el largo

batidor hincado aún en la mantequilla.

—Les aconsejo que lo consulten con la almohada —nos dijo a la señora Tartt y a mí—. Pero no tenemos mucho tiempo, así que díganme mañana lo que hayan decidido.

¿De modo que también me correspondía a mí tomar la decisión? ¿Si votaba en contra no lo harían?

—No entiendo por qué te importa tanto todo esto —le dijo Frances a Charlie—. ¿Por qué te preocupa lo que le pase a esta familia?

—Porque quiero recuperar a mi hija —respondió simplemente Charlie.

Ya estaba dicho.

—¿Tienes una hija, Charlie? —preguntó la señora Tartt, sinceramente sorprendida—. ¿Dónde está?

—Está viviendo con una familia, a unas horas al norte de aquí.

—¿Por qué no está contigo? —quiso saber la señora Tartt.

—Estaba... Se fue a vivir con ellos porque yo perdí mi trabajo y no podía mantenerla. —No era del todo cierto, pero daba igual.

Frances entrecerró los ojos y la miró con desconfianza, pero no abrió la boca.

—Tengo miedo de no volver a verla. Haré lo que sea para recuperarla. —Bajo esas palabras, se notaban sus lágrimas.

La señora Tartt se estremeció y asintió con la cabeza, como si entendiera lo que sentía Charlie.

«La vaca está mugiendo. Ve a ordeñarla». Abrí los ojos a la primera luz que se filtraba por las pantallas mosquiteras del porche. Me di cuenta de que no era una vaca lo que había oído, sino personas. ¿Por qué estaban riéndose y charlando a una hora tan intempestiva?

Abajo, me puse un par de botas de goma agrietadas. La mañana era rosada y vaporosa, y el aire fresco. La señora Tartt y Charlie estaban hablando junto al establo. Fui hacia ellas, andando por la hierba húmeda.

Había pasado muchas horas despierta aquella noche, mirando la luna a través de las pantallas mosquiteras, sin dejar de darle vueltas a lo mismo. Analicé minuciosamente la idea de Charlie. ¿Tenía sentido? ¿Podía de verdad Charlie generar esa cantidad de dinero con su negocio? Estuve a punto de bajar a su cuarto para pedirle más detalles y decirle que debería haberlo consultado conmigo primero. Me preocupaba que fuera una táctica para ganar tiempo hasta que pudiera ir a ver a Meg, sin importarle jugar con las esperanzas de la señora Tartt. Pero todo eso daba igual, porque no podía imaginarme a la señora Tartt accediendo a un plan así. La señora Tartt probablemente le diría a Charlie que no y yo regresaría a casa con menos dinero todavía. Puede que Jack me mandara una carta de vez en cuando, pero luego dejaría de hacerlo.

Las anchas puertas del establo estaban abiertas. La señora Tartt, vestida todavía con su largo camisón azul, estaba diciéndole a Charlie:

—No digo que tenga que ser un club estrictamente para universitarios, pero, si lo abrimos, no podemos permitir la entrada a cualquier mindundi.

—Tendremos que controlar el acceso —respondió Charlie, que llevaba un delantal de tela ligera sobre un vestido verde de algodón. Me pregunté si se habría ido a la cama siquiera—. No se preocupe, no dejaremos que venga gentuza. —Se volvió hacia mí, al oír que me acercaba.

—Pero ¿cómo lo harás? —pregunté—. ¿Cómo sabrás a quién dejar entrar y a quién no?

—Tengo un sexto sentido para los sinvergüenzas, créeme.

La señora Tartt hizo un gesto afirmativo, como para dar a entender que confiaba en ella.

—Los vestidos largos serían lo más elegante, por supuesto, pero en estos tiempos las jóvenes solo quieren llevar vestidos de calle, con la falda por debajo de las rodillas —comentó la señora Tartt—. Si finalmente lo hacemos, me gustaría que las señoritas se cubrieran los hombros cuando no estén bailando. Buenos días, Birdie. —Tenía los párpados un poco hinchados, como si tampoco hubiera pegado ojo—. También sabrán enseñar los pasos clásicos, ¿no? Y no solo esa locura del *boogie-woogie*.

—Claro que sí. No se preocupe. Serán profesionales: señoritas jóvenes y elegantes que saben muy bien lo que se hacen —contestó Charlie. Parecía mucho más confiada que la noche anterior.

La señora Tartt se adentró en el establo de puntillas, para no ensuciarse las zapatillas azules de satén. Varios haces de luz anaranjada se colaban a través de las paredes.

—Está todo guardado en esas cajas del fondo. Allí detrás está el suelo de la vieja pista de baile. Con una buena limpieza, quedará como nuevo.

La señora Tartt abrió la tapa de una de las cajas, levantando una nube de polvo, y extrajo un objeto envuelto en hojas de periódico amarillentas.

—Lo limpiaremos todo y quedará igual que en las fotografías —le aseguró Charlie.

La señora Tartt abrió el envoltorio y nos enseñó una estrella plateada colgada de una cuerda. Sonrió.

—Realmente podríamos hacer que todo volviera a ser como en 1922, ¿verdad?

—Podemos hacerlo como queramos —convino Charlie—. Será como viajar atrás en el tiempo.

Observé a Charlie, sospechando que antes de que yo llegara le habría estado diciendo otras cosas posiblemente más sugerentes aún. Habría evocado para la señora Tartt visiones de una época que ya no existía: la fortuna familiar, la amistad con presidentes, la cara sin arrugas y su hijo viviendo en casa.

—¿Quién sabe? Quizá pueda permitirse contratar otra vez a Polly y a Picador —dijo Charlie.

—¡No! —exclamé yo. Me pareció un exceso que utilizara a las dos criadas para favorecer su plan—. No puedes decir una cosa así, Charlie.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque es... demasiado. —Con cada minuto que pasaba, más desconfiaba de lo que estaba escuchando—. Señora Tartt, creo que deberíamos ir a hablar a algún sitio, usted y yo a solas.

—No te preocupes, Birdie —replicó ella—. Ya lo hemos hablado Charlie y yo, y no es necesario que te quedes, si no quieres. Ella puede ocuparse de todo. Puedes volver a tu casa.

Eso lo empeoraba todo.

—¿Está dispuesta a dejar a Charlie sola al frente de una sala de baile en su casa mientras Frances y usted se van de la ciudad?

—Si no te gusta la idea, no quiero que te sientas obligada a quedarte.

Teníamos a Charlie delante, pero aun así bajé la voz.

—Hace solo un par de semanas que la conoce y no sabe que... —¿Qué podía decirle? ¿Que estaba desesperada? ¿Que era una delincuente convicta? ¿Que era una estafadora?—. ¿No se da cuenta de que todo el plan es demasiado bueno para ser verdad? —le susurré al final.

—Por supuesto que me doy cuenta, querida.

Aguardé a que dijera algo más, pero pareció satisfecha con eso. Entonces empecé a recitar todas las cosas que podían salir mal.

—Pero... podría perder la casa mientras desperdicia el tiempo en este plan absurdo. Podría meterse en líos con la policía. Sería la comidilla de toda la ciudad...

La señora Tartt se limitaba a asentir con la cabeza, cada vez que yo le señalaba un inconveniente.

—¿No estaría dispuesta al menos a rebajar las expectativas, por si las cosas no salen bien? —insistí.

La señora Tartt me miró, levantando la barbilla. Me pareció que la había ofendido.

—He vivido toda la vida con las expectativas bien altas. Siempre espero lo mejor de cada día, y pretendo que siga siendo así.

—¿Y si el plan fracasa? —pregunté.

—¿Y si no fracasa? —replicó ella—. Quiero ir a buscar a mi hijo, conservar la casa familiar y recuperar mis preciadas pertenencias. Nunca dejaré de esperar que pase lo mejor. —Ladeó un poco la cabeza, mirándome con curiosidad—. No te lo tomes a mal, querida, pero ¿qué podrías perder tú si te quedas y nos ayudas?

Eso me dolió.

—Supongo que... no mucho —contesté.

—Pues ahí tienes tu respuesta, querida.

—¿Está segura de querer hacerlo? —le pregunté.

Ella asintió.

—Sí, estoy segura.

Yo era quien había metido a Charlie en la casa y quien les había pedido que confiaran en ella y le echaran una mano. Me sentía responsable. Detrás del establo, la vaca había empezado a mugir para que la ordeñaran.

—Entonces creo que me quedaré y procuraré que todo salga bien.

—¿Quieres decir que ha aceptado? —me preguntó Frances.

Yo estaba de pie a su lado y ella aún seguía en la cama o, mejor dicho, en un colchón sobre el suelo desnudo.

—¿Significa eso que vamos a ir a buscar a Rory? —dijo, incorporándose.

—Evidentemente.

Se levantó y abrió de par en par las cortinas. El sol entró a raudales en la habitación rosa, que para entonces tenía todas las superficies cubiertas de ropa, zapatos y potingues, ya que no quedaban armarios ni cajones donde guardarlos.

—Perfecto —dijo—. Verás cuando lo encuentre. —Había en su voz cierta dureza que me sorprendió, pero que sin duda era preferible a la confianza ciega en que regresaría para salvarnos. Ya había suficientes fantasías en la casa.

Una hora más tarde, llevé una bandeja de panecillos al saloncito, donde la señora Tartt y Frances estaban conspirando, sentadas en el viejo sofá rojo.

—Mi hermana Lulu estará encantada de recibirnos —comentó la señora Tartt, pero enseguida murmuró—: Ojalá no fuera tan pobre.

Tenían un mapa desplegado sobre las cajas de madera que hacían las veces de mesita de café. Jackson era una ciudad importante, quizá veinte veces más grande que Oxford. Yo solo había estado allí una vez, para la visita del médico, y estaba segura de que Frances no había ido nunca. Además de preguntar en el hotel Robert E. Lee, tenían pensado ir al King Edward y a muchas de las mejores casas de huéspedes, para averiguar si alguien sabía algo de Rory.

—Y no olvidéis las gasolineras, por si alguien hubiera visto su Studebaker —les aconsejé.

La señora Tartt frunció el ceño, con la mirada fija en el espacio vacío encima de la chimenea, donde hacía unos mil años había habido un cuadro.

—También deberíamos recorrer las joyerías y las casas de subastas, para investigar si ha intentado vender algo.

—Por mi parte, pienso ir a visitar a cierta amiga suya —dijo Frances, golpeando con un dedo el plano de la ciudad.

—¿Qué amiga? —preguntó la señora Tartt.

—Esther Royal. Solían salir juntos. El otoño pasado estuvo aquí y coincidimos en las fiestas del Jubileo. Recuerdo que la pillé mirando a Rory por lo menos diez veces. Y, algunas de esas veces, él también la estaba mirando.

La señora Tartt se enderezó en el sofá y se volvió hacia mí.

—Bueno, tenemos que prepararnos. Según la tabla de horarios, el tren sale a las doce y veinte.

—¿Os vais hoy? —pregunté, sorprendida.

—Charlie ha dicho que es lo mejor. Quiere centrarse en dejar todo listo para las inquilinas.

Detrás de ella, a través de la ventana, vi que Charlie ya había sacado al porche trasero media docena de cajas de madera.

—¿Puedes hacerle saber a Garnett que no estamos en la ciudad, pero sin contarle por qué? —me pidió Frances.

Le aseguré que así lo haría.

—¡Cielos, siempre se me olvida que no tenemos teléfono! —exclamó enseguida—. ¿Podrías ir a la ciudad, Birdie, y pedirle al señor Binny que venga a recogernos a las once y media?

Le dije que sí, que lo haría, pero todo estaba sucediendo con demasiada rapidez para mi gusto. ¿Qué pensaban? ¿Que

encontrarían a Rory y le arrebatarían por la fuerza todas las cosas que se había llevado? ¿Que lo convencerían para que las devolviera? Confiar en algo así era tan poco realista como esperar que Rory regresara a casa mágicamente y pagara la hipoteca. Cogí a mi hermana por una manga.

—Creo que vais a hacer un esfuerzo inútil, Franny. Necesito que lo sepas.

—Pero ¿y si no lo es? ¿Y si lo encontramos?

—¿En una ciudad con cincuenta mil habitantes? ¿Con un par de llamadas telefónicas como única pista?

Ella enderezó la espalda.

—Para que lo sepas, Birdie, hay cosas por las que merece la pena arriesgarse. Pero, claro, tú no las conoces, por la vida que llevas.

Ya estábamos otra vez con lo mismo. ¿Qué podía saber Birdie de correr riesgos si se conformaba con vivir una vida sin sobresaltos, en casa con su madre y su abuela?

—Es muy probable que nosotras también perdamos nuestra casa, por si se te había olvidado —le recordé.

—¿No puedes ser un poco optimista al menos una vez en la vida? En serio, eres igual que mamá. —Entonces se fue escaleras arriba, pisando fuerte, y me dejó sola con el temor de ser realmente como mi madre. «¡Dios mío! Puede que sí lo sea».

Me volví hacia la señora Tartt y le apoyé una mano en el hombro, deseando que fuera capaz de apreciar la importancia de lo que iba a decirle.

—No olvide visitar la zapatería Florsheim, de Jackson. El dueño se llama Jimmy Watts. Rory lo llamó seis veces la semana en que fue despedido.

La señora Tartt asintió y dijo en un susurro:

—Entiendo.

Después de ir corriendo a la ciudad a avisar al señor Binny, les preparé una cesta para el tren con lo mejor que pude reunir: sándwiches de mantequilla, dos botellas de agua, huevos duros y un frasco de okra encurtida. Les di treinta dólares que saqué de la lata de té, lo cual nos dejaba con unos veintinueve. A las 11:35, Frances y la señora Tartt estaban esperando en la puerta con sus maletas azules a juego. La señora Tartt, viajera experimentada, lucía un vestido ligero de algodón azul celeste, sombrero de ala corta y zapatos cómodos, mientras que Frances había elegido un pesado conjunto color crema con rígidos ribetes negros. Toda ella parecía de cartón piedra. El enorme sombrero negro de rueda de carro se le ladeaba hasta tal punto que teníamos que apartarnos para que no nos derribara con él.

Charlie vino por el pasillo con el delantal muy sucio por haber pasado la mañana vaciando el establo. Yo iba a acompañar a la ciudad a las viajeras, para enviar un telegrama a la hermana de la señora Tartt y avisarle así de su llegada.

—Si no te importa —me dijo Charlie, entregándome una hoja de papel doblada—, ¿podrías enviar también este telegrama? Es para una amiga que podría estar interesada en una de nuestras habitaciones.

Mientras el señor Binny entraba en el sendero, Frances se miró en el espejo de la polvera y lo cerró de repente, con cara de angustia.

—¿Y si me lo encuentro en casa de Esther Royal? ¿Qué le digo?

—Dudo mucho que esté allí, Franny —contesté.

Entonces la señora Tartt cogió un bolso y le dijo:

—Creo que deberíamos hablar de una cosa durante el viaje en tren, querida.

# 25

Cuando volví de la ciudad por segunda vez, encontré a Charlie en el porche trasero, tratando de abrir una caja con una espátula. Me quedé a su lado, sin hacer nada más que mirar, lo que para mí no era nada fácil.

—¡Mierda! No puedo. —Se echó atrás, con el sudor corriéndole por las sienes y sin haber conseguido mover la tapa.

Se enjugó la frente con la parte interior del codo y me miró.

—Dilo ya —me soltó—. Di lo que piensas.

—¿Por dónde empiezo? —Ahora que Frances y la señora Tartt se habían ido, mi frustración solo podía recaer en Charlie.

—¿Qué te molesta tanto? —insistió ella.

—¿Quieres oír toda la lista? —Le quité de las manos mi espátula buena, cuya hoja metálica volví a enderezar—. En primer lugar, tengo la sensación de que has querido deshacerte de Frances y de la señora Tartt.

—De la señora Tartt, no. Solo de tu hermana. No puedo poner en marcha un negocio siendo su criada y aguantando que me mire por encima del hombro, levantando esa nariz respingada que tiene.

—Muy bien —dije—, pasemos al siguiente punto. Tus números no son realistas. Es imposible que cobrando diez centavos por baile vayamos...

—Tenemos que intentarlo...

—... a ganar tanto y, francamente, me da miedo que no tengas ni la menor idea de lo que estás haciendo y que hayas metido a la señora Tartt en...

—No he prometido que vaya a funcionar.

—Pero has mencionado unos números bastante impresionantes —repliqué—. Así que ¿podrías al menos mostrarte un poco más

preocupada por lo que podría ocurrir si el proyecto fracasa?

Charlie se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿Crees que no estoy preocupada? ¿Te has parado a pensar en lo que ha pasado con mi vida? —Me miró con una sonrisa rígida, como de payaso.

—Sí..., lo he pensado.

—Entonces no digas eso. Me preocupa tanto que esto no vaya a salir bien que solo de pensarlo se me corta la respiración. —Se incorporó y volvió a enjugarse el sudor con la manga. Había dejado atrás la actitud de confianza para vender el proyecto.

—No me siento mucho mejor ahora que sé que tú también estás muerta de preocupación.

—Entonces vuélvete a casa, Birdie —repuso ella—. No arriesgues nada. Ya te lo hemos dicho. No hace falta que te quedes.

Era la tercera vez en una mañana que alguien me insinuaba que no merecía la pena correr ningún riesgo por mi pequeña vida.

—Le he dicho a la señora Tartt que me quedo y voy a cumplir mi palabra. Pero tengo algunas preguntas.

—Podemos hablar esta noche. Si te soy sincera, todavía me quedan muchos detalles por resolver.

Nadie lo habría dicho, a juzgar por el telegrama que había enviado yo en su nombre. Iba dirigido a una tal Flossy Stolivsky, de Biblias Buena Nueva, S. A., en Sweetwater, Mississippi. El texto era el siguiente:

*Casa buena. Paga razonable. Mucha animación. Ven enseguida. Trae chicas.*

La señora de cabellos grises de la oficina de Western Union había levantado la vista como si se muriera por preguntar dónde podía haber «mucha animación» en estos tiempos, como no fuera en la cola de un comedor de beneficencia. Era muy presuntuoso por parte

de Charlie afirmar algo así cuando ni siquiera habíamos conseguido abrir la primera caja del establo.

—Pase lo que pase, me hago responsable de todo —afirmó Charlie dándose golpecitos en el pecho.

—Se lo haré saber a la señora Tartt cuando vengan a quitarle la casa.

Incluso con el tiempo más fresco, el trabajo era muy pesado. Seguí cargando cajas hasta el porche y deshaciendo paquetes envueltos en páginas de *El águila de Oxford*, que guardaban brillantes esferas de color rosa, ángeles dorados, estrellas y lunas plateadas. También descubrí farolillos de hojalata con los hilos enredados, coronas de papel, bolsas de confeti, ceniceros con la letra T de la familia, cornetas, sombreros de papel, un arco de violín y el esqueleto reseco de un ratón acurrucado dentro de un zapato dorado de mujer de la talla tres. Allí estaban todos los adornos de las fiestas que muchos años atrás habían celebrado los Tartt, deformados o rígidos por el paso del tiempo. También aparecieron una ardilla viva que salió corriendo y un nido de pajaritos que llevé de vuelta al establo, ya que la mamá pájaro debía de estar preguntándose dónde demonios se habían metido. Cuando regresé, la vaca estaba en el porche comiéndose un periódico de 1922.

Conseguí preguntarle a Charlie algunas cosas.

—¿Cuántas inquilinas crees que vendrán y cuándo?

Había que empezar a planificar las comidas y dónde dormirían.

—Seis, o quizá siete. Algunas pueden compartir habitación, y con suerte empezarán a llegar en los próximos días.

—¿Tú también venderás bailes?

—No —dijo, y enseguida lo repitió—. No, yo ya no bailo. Pero la chica a quien le has enviado el telegrama, Flossy, es muy buena. Tiene una especialidad.

—¿Qué tipo de especialidad? —quise saber.

Parecía como si cada respuesta inspirara una nueva pregunta, pero, antes de que pudiera contestarme, una serpiente del maíz salió deslizándose de una de las cajas y las dos nos sobresaltamos.

Hacia las dos de la tarde, ya habíamos tirado la mayoría de las cosas rotas, malolientes o muertas, y empezamos a sacar las piezas de la pista de baile. Había pilas de tablones largos, pintados de negro, rayados y con la pintura desconchada. También encontramos pesadas piezas metálicas para asegurar las esquinas, soportes alargados para los laterales y postes que habría que hincar profundamente en el terreno, para mantenerlo todo unido. El sol era inclemente, a pesar del viento algo más fresco. A las cuatro, sentía como si se me hubiera derretido la boca y se me hubieran pegado los labios. Nos habíamos saltado el almuerzo y yo tenía demasiado calor para seguir haciendo preguntas. Me habría gustado que la señora Tartt hubiese estado allí para verlo todo fuera de las cajas, le habría sacado una sonrisa, aunque me gustaba todavía más que Frances no estuviera presente. No me hacía falta oírla gritar desde el sofá: «¿Qué hay para cenar?» o «¿Por qué las estás ayudando con este estúpido plan?». Llegué a ponerme en la cabeza un gorrito dorado, medio arrugado, y durante unos minutos me permití sentir un ligerísimo entusiasmo. Aunque acabara fracasando, nunca había estado en una sala de fiestas. De hecho, solo un mes antes, ni siquiera había visto salir agua caliente de un grifo.

En el jardín, Charlie dejó caer una pesada mesa de sala en el césped. Ya había sacado del establo unas ocho más. Su rostro había pasado del rosa encendido a un blanco enfermizo.

—Necesitas tomarte un descanso, Charlie —le dije.

Yo había estado todo el tiempo en el porche, a la sombra, mientras ella trabajaba al sol. Fui a buscarle un vaso de agua y de

regreso la encontré sentada a la sombra de un magnolio, con la frente apoyada contra el tronco.

—Me cuesta respirar —murmuró, como si le hablara al árbol.

—Bebe un poco —le aconsejé, ofreciéndole el agua.

Cogió el vaso y se lo bebió entero.

—Siéntate, anda —le dije, y enseguida se dejó caer al suelo, apoyando un lado de la cara contra el tronco.

Algo en ese árbol parecía darle estabilidad.

—Háblame un poco de ella, por favor —me pidió—. Hasta que me sienta mejor.

Entonces le conté que los pastelitos de mermelada de fresa y jamón eran los preferidos de Meg, que me había ayudado a pintar las paredes de azul y el rodapié de blanco, y cómo se le habían iluminado los ojos cuando quité las tablas de la ventana. No le mencioné que había estado encerrada en ese despacho mohoso, ni cómo la trataban las otras chicas, ni mucho menos la crueldad de Garnett Pittman. Solo le ofrecí las palabras que necesitaba oír para dejar de aplastar la cara contra el árbol.

Después de un rato, se enderezó y dijo:

—Este maldito negocio tiene que funcionar.

Ya casi había terminado de bajar la escalera cuando tropecé con el dobladillo del camisón. Me agarré al pasamanos para no caer, mientras seguían los golpes en la puerta principal. No había un solo hueso que no me doliera, después de pasar el día anterior cargando cajas, mesas y tablones. Por la luz que entraba del jardín, supuse que debían de ser alrededor de las ocho de la mañana.

Abrí la puerta y parpadeé, mirando a la mujer que acababa de llegar. Tenía el pelo rubio y lacio. Estaba muy flaca, lucía un ceñido

vestido rosa con tirantes del mismo color y llevaba borrones negros de *kohl* bajo los protuberantes ojos azules.

—¡Jolines, no era broma lo de este sitio! ¡Es de primera! —Pasó de largo junto a mí y entró en la casa, con un bolso rosa colgado del hombro y una gastada maleta de piel marrón en la otra mano.

La maleta llevaba pegada en un costado una calcomanía roja un poco desteñida, en la que se leía: VISITE DAKOTA DEL NORTE. La mujer dejó su equipaje en el suelo con un golpe seco y se puso a mirar a su alrededor: el vestíbulo vacío, la biblioteca a la derecha, llena de trastos, y a la izquierda, el gran salón. Entonces sentenció:

—Pensándolo bien, este sitio es una basura.

—¿Ha venido a vender algo? —le pregunté. Todavía estaba medio dormida, pero noté un desgarrón en la costura de su vestido rosa, a lo largo de su costado.

—Claro que sí, cariño —respondió ella, con una luminosa sonrisa que dejó al descubierto los dientes postizos más grandes que había visto nunca—. Soy Flossy —anunció, tendiéndome la mano. Sin saber qué otra cosa hacer, se la estreché—. Charlie me ha pedido que venga enseguida.

—¡Ah! —exclamé.

Por fin lo entendí. Había llegado rapidísimo. Pero no era ni por asomo la joven elegante que la señora Tartt habría esperado. Aparentaba más de cuarenta años, con bolsas debajo de los ojos, y me fijé en que llevaba un par de pesados zapatos negros... ¿Eran de hombre? Hacían que sus piernas parecieran dos palos de escoba. Todo eso, combinado con el vestido rosa ceñido y su sonrisa de enormes dientes falsos, resultaba un poco desconcertante, tratándose de una supuesta... ¿vendedora de biblias?

—¿Tú eres la que tiene una... especialidad? —¿No era eso lo que había dicho Charlie?

—Así es. Por culpa de una dolorosa lesión accidental.

—Un segundo. Voy a buscar a Charlie —dije, y salí en dirección al pasillo, llamándola.

Las voces se propagaban por dentro de la casa. Oí un golpe seco y distante y, poco después:

—Ya voy.

—Ya viene —anuncié.

No había nada donde pudiéramos sentarnos, ya que el sofá que teníamos más cerca olía un poco raro, de modo que seguí charlando de pie.

—¿Cuánto tiempo llevas en el negocio?

—Desde los trece años. Lo aprendí de un tipo que era como mi tío. ¿Y tú?

—No, yo no estoy en eso, pero mi padre me enseñó algunos pasos.

—¿Verdad que es una suerte que todo quede en familia?

Tenía un acento que no conseguí ubicar.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—Nací en Dakota, pero también he vivido en Filadelfia, en Nueva Jersey y en las afueras de Nueva Orleans.

Charlie vino apresuradamente por el pasillo, vestida con un camisón blanco.

—¡Flossy, ya estás aquí!

—He venido tan pronto como he podido, como me dijiste. ¿Cuántos años han pasado desde Memphis? ¿Seis? ¿Siete?

Charlie asintió, mordiéndose el labio inferior. Parecía nerviosa y alerta, mirándonos a mí y a Flossy.

—¡Tenías que haber visto a Priscilla cuando le dije que me iba! Cogió mis cosas y las tiró por la ventana, no te miento. Pero me alegro de haber quemado ese puente.

—Ven a la cocina —le dijo Charlie—. Podemos hablar allí. Birdie, si quieres puedes volver a acostarte. —La cogió de un brazo y empezó a arrastrarla.

—¡Eh, cuidado! Para cogerme así tienes que pagar —replicó Flossy, zafándose de Charlie.

—¿Van a venir las otras chicas? —preguntó Charlie.

—¿Qué chicas? —se extrañó Flossy.

—Las otras —insistió Charlie.

—Ah, no, no van a venir. Demasiado arriesgado. Tienen un empleo seguro y prefieren la estabilidad. Pero me alegro de que tengáis mucha actividad por aquí, porque yo estoy sin blanca. ¿Cuántas chicas trabajan en esta casa?

—No... muchas —replicó Charlie.

—¿Cuántos clientes esperáis esta noche?

—En realidad, todavía no hemos abierto el local —confesó Charlie, y volvió a mirarme, tal vez para calibrar hasta qué punto me resultaba chocante esa mujer de vestido ajustado y llamativo—. Te lo explicaré todo en la cocina.

Flossy se había quedado con la boca abierta, y pude ver que los incisivos se le habían desplazado ligeramente hacia abajo. Ella se los ajustó otra vez con el pulgar.

—¿No decías en el telegrama que viniera enseguida y que esto estaba muy animado?

—Y pronto lo estará. Muy pronto.

Flossy se volvió hacia la puerta principal, como si temiera algo del exterior.

—¡Pero he dejado a Priscilla por esto! ¡Y tengo que pagar las mensualidades, Charlie! —Después, en voz baja y casi con timidez, añadió—: De los dientes.

—No te preocupes. Haré correr la voz de que ofrecemos empleo. Lo haremos enseguida —dijo Charlie, asintiendo como si tuviera todas las respuestas, tal como había hecho con la señora Tartt.

Una vez más, me pregunté por qué habría mentido en su telegrama.

—¿Y si ninguna chica quiere venir, Charlie? Nada es fácil en estos tiempos. —Flossy avanzó unos pasos, se asomó al salón y después volvió al pasillo—. Mira cómo está la casa. ¿Por qué no hay muebles? —Empezaba a parecer de verdad asustada. De repente, fijó la vista en la mesita vacía bajo la escalera, como si hubiera adivinado su función—. ¿Dónde está el teléfono?

Charlie tardó un segundo en responder.

—De momento, no tenemos. Pero lo tendremos muy pronto, y pondremos bonita la casa cuando las chicas hayan pagado sus anticipos.

Flossy vino hacia nosotras, recogió su maleta marrón del suelo y se dirigió a la puerta principal con paso decidido.

—Faltan muy pocos días para la inauguración, Flossy —argumentó Charlie, persiguiéndola, pero Flossy ya estaba atravesando el porche.

—¿Ni siquiera tenéis teléfono para llamar un taxi? ¿Qué se supone que tengo que hacer, irme a la ciudad andando?

Charlie corrió tras ella.

—¡Flossy, espera! Escúchame un momento. Será un trato justo. La casa se queda con el cincuenta por ciento, ni un centavo más. Tres dólares semanales por el alojamiento, cinco de anticipo y ningún recargo.

Flossy siguió alejándose por el sendero, con la cabeza inclinada hacia delante. Vista de espaldas, era posible contarle todas las vértebras. Sentí mucha pena por ella, que había dejado su empleo.

Bajando los escalones del porche, Charlie le gritó:

—¿De verdad quieres volver a casa de Priscilla y dejar que te engañe, te fastidie y te estafe, semana tras semana?

—¡Claro que no! —gritó Flossy a su vez, sin parar de caminar—. Ni siquiera sé si me permitirá volver.

—Entonces quédate, Flossy. Será una buena casa, te lo prometo. Estando tan cerca de la universidad, tendremos más ingresos de los que Priscilla jamás podría soñar.

Yo las miraba desde la puerta, sin entender ni la mitad de lo que estaban diciendo de timos, estafas, casas buenas y anticipos, mientras Charlie le suplicaba que se quedara.

—¡Será como en los viejos tiempos! —insistió Charlie, avanzando por el sendero—. Un trato justo y equitativo, como antes. Seremos una maldita familia, Flossy.

Flossy se detuvo a mitad del sendero de ladrillos y se volvió hacia Charlie. La correa del bolso rosa se le deslizó del hombro y le cayó por el brazo flaco. Tenía profundas ojeras azules y parecía terriblemente cansada, como si hiciera diez años que no dormía bien. Se apartó de la cara un mechón amarillo. Puede que estuviera más cerca de los cuarenta y cinco que de los cuarenta.

—¿Podré rechazar a un cliente si no me gusta la pinta que tiene? —preguntó.

—Podrás rechazar a todos los que te dé la gana —contestó Charlie.

—¿Cuántas llaves?

—Cinco llaves y siete chicas. Ni una más.

No tenía ni idea de qué quería decir eso tampoco.

—Tú no vas a trabajar, ¿no? No me gusta que la jefa me haga la competencia.

Charlie negó con la cabeza.

—Y quiero una habitación para mí sola. La Daisy esa roncaba como una locomotora.

—Podrás elegir, porque eres la primera —dijo Charlie.

Flossy se la quedó mirando unos segundos y luego volvió trabajosamente por el sendero. Cuando llegó a los peldaños del porche, oí que soltaba una maldición por lo bajo. Pasó de nuevo a nuestro lado y cerré la puerta cuando hubo entrado. Parecía tan agotada que se hubiera dicho que estaba hueca. Dejó seis dólares encima del poste de la barandilla, al pie de la escalera.

—Aquí tienes mi anticipo y el pago por la primera semana, después de descontar lo que me debes desde el año veintiséis. Sea como sea, es todo lo que tengo. —Empezó a subir la escalera principal.

Yo tenía un sinfín de preguntas. Charlie subió la escalera tras ella y se asomó por la barandilla.

—Birdie, por favor, ¿podrías ir con ese dinero a la ciudad y pedir que nos conecten de nuevo el teléfono? Hazlo como sea, lo necesitamos.

—De acuerdo —respondí con un suspiro.

Desde la planta de arriba, Flossy gritó:

—Me quedo la habitación rosa.

—¡No puede quedarse con la rosa, Charlie! —exclamé yo—. ¡Es la de Frances!

—Ya está decidido —dijo Flossy—. La rosa es para mí.

—¿Charlie?

—Sí, ya lo sé —respondió—. Lo hablaremos cuando vuelvas, te lo prometo.

Tras negociar un poco, conseguí que la compañía Southern Bell nos devolviera el teléfono. Después de darles los seis dólares de Flossy y

cinco de lo poco que nos quedaba, seguíamos teniendo una deuda de doce dólares y cincuenta centavos, de modo que acepté una línea compartida en lugar de una privada. Eso significaba que cada vez que hiciéramos una llamada, los vecinos podrían levantar el auricular en sus casas y oírlo todo.

—Vendrán a conectarla a comienzos de la semana próxima.

Charlie negó con la cabeza. Había salido a mi encuentro al verme llegar por el sendero.

—Una línea compartida no nos sirve, Birdie.

—No voy a gastar más dinero de la señora Tartt en un teléfono privado, Charlie. Nos quedan solo veinticuatro dólares. ¿Qué más da si nos escuchan? Estamos montando un club de baile, no un confesionario.

Charlie había empezado a frotarse de nuevo la cicatriz de la muñeca.

—Mira, creo que voy a tener que explicarte un poco mejor el negocio. Hay algunas cosas que necesitas saber.

—Hazlo, por favor. Hasta ahora no sé casi nada, salvo que se reparte el dinero al cincuenta por ciento y algo de llaves y anticipos. Y que Flossy es nuestra primera empleada.

—Sé lo que piensas de ella. No es exactamente lo que esperabas. —Parecía como si le costara decidirse a hablar, porque empezó, pero enseguida se interrumpió—. Es una vieja amiga. Hacía mucho tiempo que no la veía. —Me miró a la cara—. Birdie, antes de hablarte de los detalles, quiero que sepas... lo mucho que aprecio todo lo que has hecho por mí. Nadie había sido tan amable conmigo en muchos años.

—Quiero ayudarte, Charlie, y también a Meg —respondí—. Y lo siento. No sé en qué momento de mi vida empecé a esperar siempre

lo peor, pero por lo visto es un defecto que he heredado de mi madre.

Al oírlo, hizo una mueca.

—¿Qué pasa, Charlie? ¿Por qué te cuesta tanto decírmelo?

—Lo hablaremos las tres esta tarde, cuando Flossy se despierte.

—No puedo. He quedado con Jack en la ciudad. —No pude evitar una sonrisa al decirlo. ¡Dios mío! Me estaba comportando como una adolescente.

—Muy bien. Hablaremos cuando vuelvas esta noche.

No quise presionarla. Tenía que arreglarme el pelo yo misma y no pensaba que unas cuantas horas fueran a cambiar nada. Me siguió a la cocina.

—¿Te parece mala idea salir con un hombre divorciado? —pregunté mientras mantenía abierta la puerta de vaivén para que Charlie pasara.

—¿En lugar de salir con un hombre casado? —replicó ella. Charlie y yo teníamos el mismo humor perverso, pero entonces recordé su aventura con Welty—. A mí no me lo preguntes —dijo—. Creo que lo mejor para una mujer es no salir con nadie.

Empecé a caminar mucho más lentamente cuando vi a Jack esperando de pie delante del banco. Quería observarlo un momento. En la tienda de Footely había descubierto que era posible averiguar muchas cosas sobre las personas cuando no sabían que las estabas mirando: una mueca de desprecio a espaldas de alguien, la tentación de robar algo que no se podían permitir... Jack se había puesto el traje marrón claro y llevaba la americana doblada sobre el brazo. Parecía sólido, paciente, elevado por encima de todos los demás. Debía de medir un metro noventa o más. Otra cosa que había aprendido observando a la gente era que los hombres

corpulentos utilizaban su tamaño como una amenaza. Entraban en la tienda balanceando los brazos y se plantaban delante del mostrador con las piernas abiertas, aunque también los había que parecían disculparse por su volumen, con el cuello encorvado y los dedos escondidos bajo la palma de la mano. Jack parecía sentir su altura como una responsabilidad: mantenía la puerta abierta para una secretaria con su brazo largo y era capaz de inclinarse mucho más de lo que podía resultarle cómodo para escuchar a un anciano.

Yo llevaba puesto el vestido verde oliva de Frances. Me quedaba justo por debajo de la rodilla, aunque por su estilo habría tenido que llegarme a la mitad de la pantorrilla, pero me sentaba bien. Y, pese al tiempo que había invertido en ondularme el pelo, ya se me estaban deshaciendo los rizos. Las constantes mariposas que sentía en el estómago me obligaban a preguntarme: «¿No debería ser agradable y emocionante este momento?». Porque en realidad me sentía como si hubiera pillado la gripe.

Jack miró en mi dirección, me vio y se limitó a devolverme la mirada. Yo me sonrojé por todo el cuerpo, desde la frente hasta los tobillos.

Cuando llegué a su lado, me dijo:

—¿Te parece que vayamos a La Meca a charlar? A veces tienen una banda tocando, pero no creo que esté muy lleno, ya que la mayoría de los universitarios no llegan hasta la semana que viene.

Tenía el coche aparcado en una calle lateral que a esa hora estaba a pleno sol. Cuando entré y me senté, el cuero marrón del asiento me abrasó la parte posterior de los muslos. Levanté primero la pierna derecha y después la izquierda, para enfriarlas, y respiré el olor del ambiente. ¿Qué tenía ese coche? Mientras Jack daba la vuelta por delante del capó para ocupar su puesto al volante, me pregunté si alguna vez habría hecho alguna cosa sexual allí dentro,

justo en ese asiento. Estaba bastante segura de poder sentirlo a través de la tela del vestido. Se sentó, bajó la ventanilla y después alargó un brazo por encima de mí para bajar también la mía.

—Lamento que haga tanto calor.

—Está bien. No me molesta.

Mientras conducía en dirección a la universidad, le conté las últimas noticias de Frances y la señora Tartt, que se habían ido a Jackson en busca de Rory. Como ellas, él también creía que merecía la pena buscarlo. Pero, al igual que Charlie y yo, pensaba que era poco probable encontrar a un hombre que no quería que lo encontraran. Tomamos una curva y el campus de la universidad surgió ante nosotros.

—¿Has estado alguna vez en la universidad? —me preguntó, y yo le respondí que no.

Habían talado la mayoría de los árboles de este lado, por lo que había vastas extensiones de hierba que empezaba a amarillear, porque hacía más de un mes que no llovía. Nuevas aceras blancas bordeaban la carretera y atravesaban el campus desierto. Una extraña inquietud sin pájaros se había apoderado del campus. Conté un total de cuatro jóvenes con camisas blancas y largas corbatas oscuras andando por las aceras. Pero se advertía en el aire la inminencia de un cambio, como cuando había visto al señor Will Lewis limpiando los escaparates de los grandes almacenes Neilson. Todos decían que muy pronto la ciudad estaría irreconocible.

Pasamos junto a una hilera de edificios de ladrillos, cada uno con un cartel clavado en el césped, con algún nombre que había visto en el periódico. Probablemente la señora Tartt habría cenado con todos los dueños de esos apellidos: Vardaman, Longstreet, Hill, Barr, Falkner y así hasta llegar a una docena.

—Esos son los dormitorios de los chicos —me explicó Jack—. Y eso de ahí es el edificio más antiguo de la universidad, el Liceo —añadió, señalándome un imponente edificio de ladrillo con columnas biseladas y un enorme reloj sobre el pórtico—. Cuando estaba en el instituto, vine a hacer una visita guiada del campus, aunque mi familia no podía permitirse ni en sueños pagar la matrícula. —Se echó a reír—. Creo que en aquella época costaba unos cuarenta dólares. Y ahí están los dormitorios de las chicas —dijo, señalando unos edificios más pequeños a lo largo de un sendero.

Eran solo tres, en comparación con los doce de los chicos. Tal como había dicho Charlie, no había suficientes chicas para todos.

Jack volvió a girar y redujo la velocidad frente a un pequeño local.

—Quizá no sea el mejor lugar para charlar.

Se podía oír la música del interior: una animada melodía interpretada por un piano y alguna trompeta. De todos modos, Jack aparcó el coche, pero dejó el motor en marcha. Yo sentía la vibración en la parte posterior de los muslos. Se volvió hacia mí y me miró.

—Yo... —Se detuvo y bajó la vista al asiento que había entre nosotros—. El otro día me preguntaste por qué no te había hablado del divorcio. —Se paró a pensar unos segundos más—. Supongo que la razón más evidente es... que tenía miedo de espantarte.

—Todavía podría pasar —repuse.

Asintió, como si se lo esperara.

—También tengo un hijo de dieciséis años.

—Lo sé —dije.

Volvió a mirar al frente, con expresión sombría. Lo único que habíamos hecho era comer juntos una vez y quedar para ir al cine, y encima a las dos de la tarde, pero en ese tiempo había ocurrido

algo. Me había permitido albergar una esperanza con Jack acerca de algo que siempre había creído inalcanzable para mí. Y ese «algo» no era un romance de novelita barata, y tampoco se limitaba al oscuro anhelo que sentía en la entrepierna, sino que guardaba relación con su afirmación de que yo era diferente de todas las chicas a las que había conocido. Lo había dicho, además, como si fuera algo bueno. Llevaba toda la vida esperando oír eso.

—¿Me explicarás cómo es eso de que lo habéis decidido los dos?

—El caso es que... no nos llevamos bien. Éramos muy jóvenes cuando nos casamos y no lo planeamos bien. —Se interrumpió, apagó el motor y la vibración del asiento se detuvo—. Yo trabajaba todo el tiempo y bebía más de la cuenta. Ahora ya no bebo. Lo dejé hace dos años.

Empecé a contar con los dedos.

—Veamos —dije—. Trabajas en un banco, estás casado, tienes un hijo y has tenido problemas con la bebida... ¿Y pensabas que un divorcio iba a espantarme?

Alargó un brazo y me cogió la mano. Sentí una oleada de calor por todo el cuerpo.

—Todavía hay más. —Al menos sonrió al decirlo.

—Mi madre suele decir que siempre hay algo peor. —Le había hablado del «informativo de Doris y sus angustias»—. ¿Qué más?

—Tú en algún momento te marcharás para regresar a casa y, como te dije, yo pronto me iré también. Y, mientras estoy aquí, tendré que hacer algunos viajes a Jackson. De hecho, es probable que vaya dentro de un par de días. —Hizo un gesto dubitativo—. Esto no ayudó a mi matrimonio, como te puedes imaginar. ¿Crees que podrías... soportarlo? —Su expresión era completamente seria.

Yo fingí pensármelo. Resultaba casi cómico; ¿qué otra opción tenía?

—Supongo que sí —respondí—. Pero tendrás que mantener mi interés.

Me apretó la mano.

—Lo haré. Ven, entremos. Vamos a bailar.

Yo no sabía bailar nada que no fuera el vals, y la cosa no dejaba de tener su gracia, ya que supuestamente estaba a punto de abrir una sala de fiestas a unos seis kilómetros de allí. En la acera había una pizarra en la que se leía: LA BANDA DEL SEÑOR BINNY Y SUS HERMANOS. DE 16:00 A 18:00 HORAS. Me pregunté si sería el mismo señor Binny que llevaba el taxi. Jack me abrió la puerta. La sala estaba poco iluminada y llena de humo, y, efectivamente, allí estaba él: el señor Binny, bajo y robusto, sentado en el taburete del piano, tan erguido y correcto como cuando iba al volante, con los faldones de la chaqueta abriéndose en abanico a su alrededor. Sus tres hermanos parecían aún mayores que él, flacos y con poco pelo. Unas pocas parejas bailaban lento, mientras que un puñado de jóvenes, de pie en torno a la pista de baldosas blancas y negras, se limitaban a mirar. El resto estaban sentados en divanes de brillante tapizado rojo, con los brazos apoyados en el respaldo, fumando.

Jack me llevó a la pista, me puso una mano en la cintura, me cogió la mía con la otra y bailamos unos cuantos pasos. El ambiente era formal, como de fiesta de graduación, aunque, aparte de los músicos, nosotros éramos los mayores de la pista. Nada más empezar, le di un pisotón y los dos estallamos en carcajadas, pero enseguida mejoramos. El señor Binny tocó *All of Me*, *Goodnight Sweetheart* y *Just One More Chance*. Cuando yo levantaba la vista, Jack no me estaba mirando, lo cual me pareció perfecto. Habría desconfiado de un hombre que me mirara demasiado. En un momento rocé su pierna con la mía y me sentí mareada, enferma y acalorada por estar tan cerca de él.

Hacia el final de una de las canciones, los chicos que aguardaban en torno a la pista cerraron un poco el círculo. Llevaban pantalones de talle alto y el pelo peinado hacia un lado. Parecían ricos y engreídos. Un chico rollizo con la cara llena de granos le dio unos golpecitos en el hombro a otro joven que había estado bailando con una chica rubia.

—Nada de turnos, gordito —le soltó su colega.

El de los granos retrocedió, pero siguió observando la pista junto a sus amigos. Me recordaban a una manada de hienas, a la espera de quedarse con los restos de la caza.

Después de lo que me parecieron apenas diez minutos, el señor Binny dejó de tocar y cerró la tapa del piano. Nos quedamos unos segundos ahí en medio del silencio y entonces Jack se inclinó hacia mí y me besó. Esta vez fue en los labios, con la boca ligeramente abierta y, ¡Dios!, fue increíble. Me apreté contra él, acercándolo a mí, hasta que uno de los chicos gritó:

—¡Eh, señora, deje al hombre respirar!

Entonces nos apartamos.

Me guio a la calle, donde la luz y el aire habían adquirido un suave tono azulado. Eran más de las seis.

—¿Puedo invitarte a cenar a algún sitio? —me preguntó Jack.

Yo aún sentía el cuerpo vibrar después del beso. Estaba hambrienta.

—Lo siento, pero he dicho que volvería a casa.

Entonces pensé: «¿Y si al final funciona esa loca idea de Charlie?». Me invadió una oleada de esperanza, como un viento que me arrastraba hacia arriba. Acababa de ver un local lleno de chicos que esperaban alrededor de la pista e intentaban turnarse para bailar con una chica rubia y otra morena. Era cierto que no había suficientes chicas para todos los estudiantes.

—¿Otro día? —propuse.

—Eso espero —respondió.

Los chicos que habían ocupado los divanes salieron riendo. Uno de ellos llevaba un gorro de cuero con orejeras como los que suelen usar los jugadores de fútbol americano. Oí que uno decía:

—Deberíamos hacer una escapada a Sweetwater, antes de que vuelvan las chicas.

Otro contestó:

—¡Menudo crápula estás hecho! Cuenta conmigo.

Sweetwater es adonde envié el telegrama dirigido a Flossy. Esperé hasta llegar a Lamar Boulevard y entonces pregunté:

—Ese lugar en Sweetwater del que hablaban los chicos, ¿es un poco... vulgar?

—¿La casa de Priscilla, quieres decir? —contestó Jack con una sonrisa extraña y el ceño fruncido—. Supongo que puedes llamarlo «vulgar». Pero la mayoría de la gente lo llama cosas peores.

—¿A qué distancia está? —quise saber.

—No sé, a unos sesenta y pico kilómetros de aquí, por una carretera bastante mala. Todo el tiempo salen accidentes en el periódico, de chicos que van conduciendo borrachos. —Jack se echó a reír y me lanzó una mirada—. Para que conste, no he estado nunca allí, ni pienso ir, si es por eso por lo que lo preguntas.

«Cosas peores», había dicho.

—¿Cómo de sórdido es ese club de baile?

Jack soltó una carcajada.

—No creo que nadie baile mucho en ese club, al menos el tipo de baile que hemos bailado tú y yo hace un momento. —Tomó la curva en torno al viejo roble de la carretera y, aunque estábamos solos en el coche, se inclinó un poco hacia mí y me susurró al oído—: Sweetwater es un...

—¡Ah! —Me eché a reír, avergonzada, y después me abochorné por haberme avergonzado. Pero entonces una certeza semejante a un líquido caliente y pegajoso empezó a subirme por la garganta—. ¿No hay nada más allí? ¿De verdad?

Negó con la cabeza.

—No sé de ninguna otra razón para ir a Sweetwater.

Se detuvo delante de la casa y apagó el motor. Todo quedó en silencio, salvo por el tictac de su reloj. Yo sentía las manos entumecidas. Cuando me abrió la puerta del automóvil, fue como si tuviera que moverme a través del agua para llegar a casa.

—Espera —dijo, y entonces me atrajo hacia él y me besó con más fuerza que la última vez y con la boca abierta.

Era justo lo que mi madre me había dicho que no hiciera. El entumecimiento se me pasó por completo. Podía sentir cada terminación nerviosa, cada pelo en la cabeza y cada gota de sangre que me bajaba por las venas hacia los zapatos de mi hermana.

Con sus manos en mi cintura, apoyó la frente sobre la mía.

—¿De dónde has salido? —preguntó.

Yo no lo sabía. No habría podido contestarle aunque lo hubiera intentado.

Le dije que no hacía falta que me acompañara hasta la puerta y sentí su mirada fija detrás de mí mientras recorría el sendero de ladrillos. Cuando me giré para decirle adiós con la mano, estaba apoyado contra el coche, con los brazos cruzados, observándome. Sentía que me fallaban las piernas. Habría querido dar la vuelta por el sendero de ladrillos y caer de nuevo en sus brazos. Pero tenía otras cosas con las que lidiar urgentemente.

Una vez dentro de la casa, me quedé contemplando el largo pasillo. A mi derecha, la puerta de la biblioteca estaba cerrada, para ocultar

las pilas de trastos acumulados dentro. A mi izquierda, en el salón formal, Flossy estaba sentada en el sofá azul de tres patas, limándose las uñas. Llevaba una bata rosa de seda con un hombro desnudo. Alguien había echado una colcha blanca sobre el sofá, quizá para disimular el mal olor.

—¡Hola! He estado practicando mis pasos de baile —me dijo, levantando un pie descalzo de grandes dimensiones—, para el nuevo club.

Noté que llevaba las uñas pintadas de color rosa, algo que nunca había visto hasta entonces.

—¿Esa bata... no es la de Frances? —pregunté. Sentí que se me aflojaban los huesos, como si no estuvieran conectados a las articulaciones.

—¿Quién es Frances? —preguntó Flossy. Después, con una sonrisita, apuntó hacia mí uno de sus dedos huesudos y amarillos—. ¿Qué te ha pasado? ¡Estás radiante!

—¿Dónde está Charlie? —Mi propia voz me sonó distante, como si ya se hubiera adentrado por los pasillos para ir a buscarla.

—Se está dando un baño. Le hacía falta, porque ha sacado un ratón muerto de este sofá cuando tú no estabas. He puesto encima esta colcha que encontré en la habitación de la planta de arriba. Por cierto, ¿cuándo tendremos muebles decentes?

Solté un gruñido. Esa colcha había salido del dormitorio de la señora Tartt.

—No lo sé. Pero no será en los próximos días.

Flossy suspiró, aunque luego sonrió con sus grandes dientes falsos.

—Bueno, supongo que todo lleva su tiempo.

Pensé en irrumpir en el cuarto de baño de Charlie, pero en lugar de eso me senté en el borde del sofá un minuto. Ahora que Flossy

había dormido un poco y se había lavado el *kohl* de la cara, me pareció que su expresión era mucho más afable. Tenía arrugas y patas de gallo en torno a los grandes ojos azules y sus labios carnosos se curvaban sobre los dientes. Quizá, si le hacía la pregunta correcta, descubriría que todo había sido un gran malentendido.

—Ya sé que he sido un poco brusca al llegar —me dijo—. Estaba enfadada porque Charlie me había mentido, pero ya hemos hablado y quiero decirte que te agradezco la oportunidad. Me alegro de no tener que trabajar ya para Priscilla.

—¿Cuánto tiempo has estado con ella? —pregunté.

Dudó un momento.

—Un poco más de dos años.

—¿Por qué... fuiste a trabajar allí?

«Y por cierto, ¿es un club de baile o un burdel?», habría querido añadir.

—Es lo que te queda cuando no tienes ningún otro sitio adonde ir.

—¿Y no hay más... negocios en Sweetwater? ¿De ningún tipo? —Mi voz sonaba aguda y vacilante, como si estuviera andando sobre cristales rotos.

—No hay nada más, y ella se aprovecha. Nos cobra una fortuna por la habitación y la comida, nos tima con la paga y, cuando una chica no cubre los costes, le envía al gorila, un tipo que... —Se interrumpió y guardó silencio.

«¿Qué hace ese tipo? ¿Quién eres?». Las preguntas se agolpaban en mi cabeza, pero ella se había encerrado en sí misma. Supongo que Charlie le habría pedido que no hablara demasiado. Aun así, añadió:

—La mayoría de las chicas no conseguirán salir nunca de allí. Es muy triste.

—Pero esta casa será diferente, ¿verdad? Nuestro club de baile será una cosa completamente distinta.

Se lo pensó y me miró con una sonrisa tímida.

—Espero que lo sea. Charlie dice que será como una familia, ¿sabes?

—¿Tú tienes familia en algún sitio?

Confiaba en que me dijera: «¡Sí, por supuesto! De hecho, tengo toda una compañía de baile que es mi familia, y viajamos por todo el país haciendo espectáculos de baile».

Pero volvió a mirarme con timidez y se encogió de hombros, avergonzada.

—De momento, solo os tengo a vosotras.

Oí que se cerraba una puerta en otra parte de la casa.

—Tengo que ir a hablar con Charlie.

Me señaló con el dedo mientras salía.

—Por cierto, hay algo allí atrás que tienes que ver, y después quiero que me lo cuentes todo acerca de ese hombre... ¡Hasta el último detalle!

Empujé la puerta de vaivén de la cocina. Charlie estaba sentada a la mesa redonda, escribiendo en un libro de contabilidad. Llevaba un vestido que no le había visto antes: ajustado, negro y con el cuello blanco.

—He trasladado las cosas de Frances a uno de los cuartos del ático —me dijo, sin levantar la vista—. También he calentado un poco de arroz con salsa, por si quieres cenar.

—No, no quiero.

El corazón me bombeaba la sangre directamente a los oídos. Pensé que quizá, si me iba a la cama en ese momento,

comprendería al despertarme que todo había sido un error de interpretación. Apoyé ambas manos en el respaldo de la silla curvada de madera que había a su lado.

—Charlie —dije, y tragué saliva—. ¿Esto que vamos a abrir es un...?

Fue como si la estilográfica que sostenía en la mano le hubiera estallado en la cara. No tuve que decir nada más.

—Por Dios, Charlie...

Se apoyó en la silla y cerró el libro sobre la mesa.

—Por favor, te ruego que me escuches solo un minuto, Birdie.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Esta noche. Te prometo que iba a decírtelo esta noche.

—No me puedo creer... No me entra en la cabeza que se te haya ocurrido algo así.

—Ya sé que suena un poco raro, pero... ¿por qué no?

—¡Porque no podemos! Es absurdo que lo preguntes, porque ya sabes que es ilegal y podríamos acabar en la cárcel.

—Pero ¿y si todo sale bien y no acabamos en la cárcel? —Lo dijo como si la probabilidad de fracaso fuera remota, casi como si fuera una broma. Me recordó a la señora Tartt cuando me había dicho: «¿Y si no fracasa?». No había notado hasta ese momento lo mucho que se parecían las dos—. ¿Podrías sentarte, Birdie, y escucharme?

—No, no pienso sentarme. —Ni siquiera sentía los pies. Era como si fuera a salir despedida a través del techo. ¿Realmente había dicho Charlie que el plan podía sonar «un poco raro»?—. Dijiste que habías trabajado en un club de baile y que pensabas abrir uno parecido, donde las chicas cobrarían diez centavos y no... lo que sea que cobren las prostitutas.

—Pero será de verdad un club de baile, y todos en la ciudad pensarán que lo es, porque será nuestra tapadera. —Apoyó con

fuerza el dedo índice en el libro de contabilidad de tapas rojas—. Si conseguimos que vengan siete chicas y les cobramos cinco dólares de anticipo y tres por el alojamiento, tendremos cincuenta y seis dólares antes incluso de abrir, y además ganaremos dinero vendiendo Coca-Cola, cigarrillos y licor.

—¡No vamos a vender alcohol en un prostíbulo! —Toda la idea era tan absurda que sentía que los ojos se me iban a salir de las órbitas.

—Aguaremos un poco las bebidas —dijo, como si eso fuera a cambiar algo—. Sería una locura no vender licor, teniendo todos esos cajones de bourbon en el sótano. ¡Se paga a un dólar el vaso pequeño! Además, será una casa limpia: nada de robar a los clientes, ni de marihuana, ni de agujas, ni de Cadillacs.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—¿Cadillacs? Cocaína. No habrá nada de eso en esta casa.

Afirmé las manos en el respaldo de la silla.

—¿Y qué crees que pasará cuando vuelva la señora Tartt? —Lo dije como si fuera Garnett, separando las partes de la frase. Sentí que estaba a punto de desmayarme.

—Si Frances y ella no han encontrado a Rory en Jackson... —empezó, y enseguida hizo una pausa—, habremos ganado suficiente dinero para enviarlas a la siguiente ciudad, que será tal vez Nueva Orleans. Y como tampoco lo encontrarán allí, cuando por fin vuelvan a casa, después de un tiempo, habremos reunido todo el dinero necesario y ya habremos cerrado el negocio.

—¡Dios mío, Charlie, como Frances se entere de esto...!

Meter a Charlie en la casa había sido idea mía. Quedarme aquí para ayudar con el club de baile, también. Mi hermana me odiaría y se lo contaría todo a la abuela. Peor aún, se lo contaría a nuestra

madre. Durante un segundo, tuve que cerrar los ojos y concentrarme en respirar.

—¿Por qué, Charlie? ¿Por qué no podemos abrir simplemente una sala de fiestas y vender bailes a diez centavos, como habías dicho en primer lugar? —El plan que antes me había parecido ridículo ahora se me antojaba lógico y deseable.

Charlie me miró frunciendo el ceño, como si yo fuera idiota.

—¿Tú crees que con bailes a diez centavos podríamos pagar alguna vez la hipoteca de la señora Tartt y las deudas de Frances, y reunir además suficiente dinero para que yo pueda llevarme a Meg de este maldito estado?

—Sí... No... No sé. —Puede que estuviera levantando un poco la voz.

—¿Y qué me dices de tu familia, Birdie? ¿No me has dicho que vuestra casa también está en peligro?

—Sí. —Sentí un peso insoportable en el corazón, pensando en lo que había venido a hacer y no había hecho.

—Te enviaron aquí para ayudar a tu familia, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo, sintiendo la boca reseca.

—Pero ¿estás dispuesta a dejar que lo pierdan todo solo porque no quieres arriesgarte?

—No, no es eso. Encontraremos... otra manera.

Me miró con una media sonrisa.

—¿Te estás oyendo a ti misma? ¿Crees que va a caeros dinero del cielo y se va a arreglar todo? Estás empezando a hablar como Frances.

—Ten cuidado con lo que dices, Charlie.

Charlie apretó la mandíbula. Se estaba poniendo furiosa y yo también.

—Estamos en un barco que se hunde, Birdie. Nadie va a venir a salvarnos. —Articulaba claramente cada palabra, como para asegurarse de que la comprendiera—. Y vamos a hundirnos con él a menos que hagamos algo para impedirlo, ¡por el amor de Dios!

—Estoy de acuerdo, pero esto es demasiado, Charlie. No sé si lo entiendes, pero yo vengo de un pueblo donde nunca pasa absolutamente nada. —Me vino a la mente mi propia imagen, de pie detrás del mostrador de artículos para señoras, esperando a que pasara algo que nunca llegaba—. ¿Cómo demonios se te ha podido...? —Pero me interrumpí antes de terminar la frase.

Yo todavía estaba de pie y ella seguía sentada. Levantó un poco más la barbilla y cuadró la mandíbula.

—Cuando te arrestaron en la estación de trenes, ¿fue por... esto? —pregunté.

—Solo le estaba ofreciendo al hombre llevarlo en coche, pero me acusaron de intento de contacto carnal interracial.

Había leído esa expresión en el periódico. Se refería a las relaciones íntimas entre blancos y negros, que se consideraban un delito. También por esa razón había sido tan dura la sentencia de Charlie.

—Pero ¿tú ya habías practicado antes... el oficio? —Sonó acusador cuando lo dije, y de hecho esa era mi intención.

—Lo hice para sobrevivir al poco de que naciera Meg. Así fue como conocí a Flossy, antes de que empezara a trabajar para Priscilla, y después... lo hice algunas veces más cuando Garnett consiguió que me despidieran. Tenía que mantener a mi hija. —Su tono no era de disculpa, sino de simple exposición de los hechos.

—Pero ¿por qué, Charlie? ¿Por qué arriesgarte a que vuelvan a enviarte a la cárcel o a Ellisville, después de todo lo que te han

hecho? —pregunté—. ¿Por qué correr el riesgo de no volver a ver nunca más a Meg?

Se levantó de un salto al oír el nombre de Meg y se me plantó delante, mirándome a la cara, con las mejillas inflamadas.

—Porque, si no lo hago, no la recuperaré nunca. ¡Claro que estoy dispuesta a correr este riesgo, y muchos más!

Retrocedí un paso para apartarme de ella, mientras me secaba su saliva de la cara con el dorso de la mano. El corazón me palpitaba con fuerza. Para mi propia sorpresa, la comprendía.

—Lo siento —dijo Charlie—. Discúlpame por haberte levantado la voz. Siéntate, por favor, y escucha todo lo que tengo que decir.

Me senté todavía temblando, pero dejé deliberadamente una de las sillas entre nosotras.

—Ya lo sé. —Apoyó las palmas de las manos en la mesa—. Ya sé que estás molesta porque te haya mentido.

—Nos mentiste a todas, Charlie. Le mentiste a la señora Tartt, que ahora está en Jackson, convencida de que esto será su salvación.

—Porque puede serlo —replicó ella.

—¿Y qué me dices de tu amiga Flossy? Ha dejado su trabajo por tus mentiras.

Charlie parpadeó y me miró con cara de asombro. Una cicatriz entre sus ojos se había vuelto escarlata, como una pequeña marca encendida.

—No tienes ni idea de cómo es la casa de Priscilla. No te imaginas las cosas que me ha contado Flossy.

No dije nada, porque era cierto. Charlie se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa, como un prólogo sonoro de lo que estaba a punto de contarme.

—Priscilla tiene a un tipo contratado que les pega a las chicas al mínimo amago de rechazar a un cliente. Además, gestiona en el sótano una clínica de abortos clandestinos para sacarse un dinero extra, se pincha todas las noches y les roba parte de su paga para que nunca tengan dinero suficiente para largarse y no volver.

Me estremecí de horror.

—Flossy ya no es joven —añadió Charlie—. Se acabaría muriendo allí, desamparada y sin blanca.

—Lo siento mucho por tu amiga, de verdad. Pero eso no cambia el hecho de que estás trayendo prostitutas a trabajar en casa de la señora Tartt. —Me seguía pareciendo inconcebible—. La has convencido para que abra las puertas de su hogar a este... negocio, y lo has hecho mintiéndole. Y puede que estés siendo muy amable y generosa con Flossy y Dios sabe con cuántas chicas más, pero tu caridad no va a protegerte de la policía, Charlie. Tienes antecedentes penales. Garnett Pittman vive a tres kilómetros de aquí y quiere verte en la horca.

—Ya lo sé —suspiró—. Pero la señora Garnett Pittman piensa que todavía estoy en Ellisville, cumpliendo los tres últimos meses de mi condena. Si supiera que estoy aquí, ya habría venido por mí, créeme. —Bajó la vista, respirando por la nariz—. Ya sé que he engañado a la señora Tartt, pero no se verá involucrada de ningún modo. En cierta forma, ahí está la gracia del asunto. Nadie en esta ciudad sospecharía jamás que pudiera haber un burdel en casa de los Tartt. ¡La sola idea es absurda! —Dejó escapar una risita que me puso aún más nerviosa—. Para cuando empiecen a hablar de lo que estamos haciendo, si es que eso ocurre, dará igual, porque ya nos habremos ido.

—Nadie hablará de nosotras, porque no vamos a abrir ningún burdel.

—Birdie, por favor, escúchame un momento. Hay mil jóvenes universitarios a la vuelta del siguiente recodo, y todos ellos están dispuestos a conducir sesenta y cinco kilómetros por una carretera peligrosa para ir a la casa de Priscilla. —Charlie se hundió las manos en el pelo. Separó de la mesa la silla que había quedado entre nosotras, se sentó y me puso delante el libro de contabilidad—. Mira, tú entiendes de números, ¿verdad? Sabes interpretarlos. —Abrió el libro por la página que había marcado y la señaló—. ¿Recuerdas cuando dije que podíamos ingresar cincuenta dólares en una buena noche?

Me encogí de hombros. No quería mirar lo que estaba tratando de enseñarme.

—Pues estaba equivocada —continuó—. Creo que podemos llegar a los cien dólares en una buena noche. Aparte de robar un banco, no hay ninguna otra cosa que nos permita ganar tanto dinero. Será una pequeña fortuna para cada una de nosotras. Un futuro.

Me habría gustado dejarme llevar por el atractivo de las cifras, aferrarme a ellas, analizarlas. Pero, en lugar de eso, cogí el salero que Frances se había planteado arrojarle a Charlie la otra noche y lo apreté con fuerza para sobreponerme.

—No vamos a hacerlo, Charlie. No podemos.

—No hay trabajo, Birdie. Tu familia va a perder la casa ¿y tú simplemente vas a rendirte y permitir que pase? —Levantó ambas manos—. ¿Dejarás que todo se pierda, animarás a esa pobre mujer a vender su casa y te llevarás a tu hermana al pueblo para que todas podáis sentiros igual de infelices? ¿Y qué quieres que haga yo, que me quede aquí sentada mientras Garnett hace lo que le da la gana? Lo único que puedo hacer para enfrentarme a ella es ganar dinero. Tiene a todo el mundo de su parte: los tribunales, el *sheriff*,

la gente de la ciudad e incluso los malditos legisladores. Y si le echa el guante a Meg, la enviará a ese... a ese condenado «programa» suyo, que no debe de ser muy distinto del sitio al que me mandó a mí.

—Charlie, estoy de acuerdo en que Garnett es una persona despreciable, pero no veo cómo podría apartar a Meg de su nueva familia. No puedes secuestrarla y separarla de sus padres así sin más.

—¡Yo soy su familia! ¡Su padre y su madre soy yo! ¡No ellos! Y no voy a permitir que Garnett juegue a ser Dios con el futuro de mi hija, ni con el mío. El dinero que vamos a ganar es la única salida para Meg y para mí.

—Pero no lo vas a ganar así —dije en voz muy baja.

Solté el salero de vidrio y dejé que se volcara, desparramando granos de sal sobre la mesa. Me dolía la cabeza. ¡Tenía tantas cosas pendientes! Ya estaba sufriendo por el telegrama que tendría que enviarle a Frances. Y a la señora Tartt, que había vivido cada día de su vida esperando siempre lo mejor.

—Confié en ti y me mentiste, Charlie. ¿Por qué pensaste que iba a aceptar una cosa así?

Se cruzó de brazos. Ya había estado en la cárcel y en el psiquiátrico, y tenía cicatrices para demostrarlo.

—Porque eres rara —me soltó, sin intentar que sonara bien—. Eres amable con gente que nunca recibe un buen gesto de nadie. —Después de eso, se levantó y se encerró en su habitación dando un portazo.

—Gracias, Charlie —le dije a la habitación vacía.

No entendía cómo había podido ser tan tonta. Salí al porche trasero para tratar de serenarme. La última luminosidad azul del crepúsculo persistía en el cielo, y en medio del jardín se extendía la

pista de baile de madera que Charlie y Flossy habían estado montando. La plataforma había quedado desnivelada, más alta a la izquierda que a la derecha. La pintura negra se estaba descascarando y algunas tablas estaban tan alabeadas que las habían tenido que desechar, dejando algunos huecos alargados. Alrededor de la pista, la vaca había sembrado el jardín de boñigas. El resultado no se parecía en nada a las fotografías de la señora Tartt.

Era muy triste que Meg no fuera a enterarse nunca de lo mucho que estaba dispuesta a arriesgar Charlie para recuperarla.

# 26

Cuando yo tenía más o menos la edad de Meg, fui una vez a la feria del condado y vi cómo una gigantesca rueda amarilla elevaba a mi madre, a mi padre y a Frances a unos doce metros de altura. Como no había sitio para mí, dije que esperaría al siguiente turno. Mientras ellos me saludaban desde una góndola que no dejaba de balancearse, fui a curiosear al otro lado de una valla recién pintada y descubrí que todo el imponente aparato funcionaba con un motor asmático y destartalado, no mucho más grande que el de nuestra lavadora, y con unas correas que parecían gomas elásticas medio podridas. De cerca, vi que las vigas que sostenían la rueda temblaban y traqueteaban bajo el peso de la estructura.

—¿Se ha caído alguna vez? —le pregunté al hombre que manejaba la atracción.

Él sonrió y contestó:

—Qué va. Desde el mes de enero, nunca.

Charlie y yo apenas habíamos hablado desde nuestra discusión de la otra noche, y había tenido tiempo de sobra para darle vueltas

en mi cabeza. Esa mañana, recuperando por fin la compostura, fui andando a la ciudad para enviar un telegrama informando a la señora Tartt sobre el cambio de planes:

*Club de baile imposible. Regrese para vender casa.*

La palabra que mejor describía el peso que sentía en el cuerpo y el nudo que me oprimía la garganta era «desolación». Por la mañana había estado llorando por todas nosotras.

Antes de enviar el telegrama, fui a la oficina de correos. La señora Nutt me guiñó un ojo y me entregó un sobre. «Para Birdie», estaba escrito en el dorso. Era de Jack, y tenía fecha de esa misma mañana. La empleada de correos sabía que ya no teníamos teléfono y dejaba que nos pasáramos mensajes, como si fuéramos escolares.

*He tenido que marcharme a Jackson. ¿Puedo recogerte el viernes a las seis? Ojalá no faltara una semana.*

*Con amor,*

*Jack*

Sentí como si una mano me apretara el corazón dentro del pecho.

«Sí», escribí debajo antes de devolverle la nota a la señora Nutt, aunque sabía que era posible que cogiera el tren de vuelta a casa dos días antes, el miércoles siguiente. Dudaba que Jack fuera a conducir los trescientos y pico kilómetros hasta Footely y, si lo hacía, que fuera a hacerlo más de una vez.

Justo cuando estaba saliendo de la oficina de correos, me encontré cara a cara con...

—¡Garnett! —exclamé.

—Birdie Calhoun —replicó ella sonriendo, con la boca tensa de irritación—. Así que ¿sigues en Oxford?

—Me iré pronto —contesté, y estuve a punto de seguir hablando, pero me contuve.

Tenía en la punta de la lengua todo lo que habría querido decirle: «Estás enferma y eres una envidiosa y una mentirosa. Meg te llamaba "la Gran Farsante", ¿lo sabías?». También me habría gustado castigarla con sus propios prejuicios religiosos: «Ojalá pudiera verte la cara cuando Dios decida adónde mandarte».

—Si fueras tan amable, Birdie —me dijo, porque le estaba bloqueando el paso. Sus labios hacían un ruido de chapoteo cada vez que se abrían y se cerraban.

Pero, en lugar de ser tan amable, opté por hacer algo muy poco cristiano: restregarle todo lo sucedido.

—Garnett, quería darte las gracias por ayudar a Meg con la adopción —dije—. ¡Qué suerte ha tenido! Debe de ser muy feliz con su nueva familia.

Garnett asintió y trató de rodearme de nuevo, pero yo no me moví.

—Estará encantada de volver a la escuela. No va a clase desde que tú se lo prohibiste, ¿verdad? —Sonreí todavía más que ella—. He oído que su familia es muy adinerada, y eso tampoco hace daño.

Me clavó los ojos con esa sonrisa gélida en la cara.

—Por eso mismo es una lástima que no vaya a salir bien.

—¿Qué es lo que no va a salir bien?

—¿No te lo ha contado Frances? —Chasqueó la lengua y adoptó una expresión compungida—. El inspector y yo hemos estado hablando y hemos decidido que lo mejor será que devuelvan a Meg a las Huérfanas.

—¿Qué? ¿Por qué?

Garnett negó con la cabeza.

—Ya intenté advertirlos de que Meg era una manzana podrida. Una pareja joven e impaciente no es el mejor encaje para una niña con tantos problemas como Meg.

—¿Qué problemas?

Se me quedó mirando sin decir nada.

—¿Se puede hacer? ¿Es legal? —insistí.

—En todas las adopciones hay un período de prueba. Una niña no es legalmente de los padres adoptantes hasta pasadas las primeras ocho semanas. Lo pone en los documentos. Es por situaciones como esta.

Entonces me di cuenta: por eso Garnett había dicho que no tenía sentido escribir a la nueva familia de Meg para comprobar si estaba bien. Me quedé tan anonadada que apenas conseguí articular una frase completa.

—¿Cuándo vas a... cuándo la vais a traer de vuelta?

—El inspector está muy ocupado, pero yo digo que cuanto antes, mejor. Cuanto más esperen, más difícil será para la niña. —Y, casi para sí misma, añadió—: Meg siempre ha sido una niña muy sucia. Su madre nunca le enseñó los hábitos más básicos de higiene. —Luego consultó su reloj de pulsera y dijo—: Por cierto, Frances no ha programado sus horas de voluntariado. Hazle saber que, si sigue así, tendrá que hablar con la junta directiva. —Esta vez consiguió rodearme para entrar y me dejó sujetando la puerta.

Se me había olvidado decirle que Frances se había marchado de la ciudad por un tiempo. Pero no me importaba. Solo podía pensar que Garnett tenía a Meg en la diana. Me sentí como aquella vez en la feria, viendo cómo el motor asmático elevaba a mi familia a las alturas, con el pánico de saber que sus vidas pendían de unas vigas herrumbrosas y unas correas medio podridas. Necesitaba volver a casa de inmediato. Tenía que hablar con Charlie.



# Meg

## 27

«Tentempié», una palabra muy graciosa que sabe tan bien como suena. Las horas de las comidas son la única medida de los días en esta casa. Lo primero es un zumo de naranja a primera hora la mañana, con Tom, seguido de un desayuno caliente preparado por Willy May. Después tomamos el almuerzo frío que nos deja en la nevera; un poco más tarde, un tentempié para engañar al estómago, y, por último, una cena digna de la realeza.

Estamos en la cocina desayunando cuando entra Lucille y dice que se va DE COMPRAS. Si sus dos últimas palabras hubiesen estado escritas, habrían aparecido subrayadas.

—¡Excelente idea! —exclama Tom—. Podríamos ir todos juntos a la ciudad.

—No pienso ir a ninguna de esas tienduchas del final de la carretera —replica ella—. Me voy a Memphis con el coche. Me quedaré una noche en el hotel Peabody.

Tom la sigue escaleras arriba. Yo espero un momento, para que no se den cuenta de que he salido al pasillo para escuchar lo que dicen. Me gusta saber lo que se cuece en la casa.

A veces Lucille es muy cariñosa con Tom y lo deja acurrucarse contra su cuello. Se besan en los labios cuando están en el sofá y creen que no los estoy mirando. Nunca había visto de cerca ese tipo de cosas, pero no me importa. Lo que no imaginaba era que una

mujer y su marido pudieran besarse y abrazarse y, al minuto siguiente, pelearse como el perro y el gato. Hasta donde he podido averiguar, no hay un manual que explique cómo deben comportarse las parejas casadas. Y en ningún sitio he leído que una esposa llame a su marido «calzonazos» o «niño de mamá» cuando él solo intenta ayudarla a superar su problema con el alcohol.

«Lucille, quiero que hablemos del tema de la bebida», le dice él. La mayoría de las veces, cuando él se lo dice, ella intenta zafarse alegando que debería estar comprando zapatos con alguien llamado Bergdorf Goodman. O que en este pueblo es más fácil encontrar una cura para la polio que un paquete de Chesterfield. Pero, si él insiste, al final ella acaba cediendo: «De acuerdo, di lo que tengas que decir».

Entonces él le dice algo como: «Quiero que dejes de traer tanto licor a esta casa, cariño. Mi madre ha empezado a sospechar. Le ha pedido a Willy May que registre los armarios. Lo último que necesitamos es que encuentre alcohol justamente ahora, cuando estamos tratando de recuperar su confianza».

«NO». Esa es toda la respuesta de Lucille en lo referente a la bebida. «N-O. Fin de la historia. Pásalo a limpio y mándalo a la editorial. Llámalo *El libro del No*, de Lucille Heidelberg».

Desde luego, nadie como Lucille para ganar una discusión.

Cuando le he preguntado si podía ir a jugar mañana con las primas...

—No.

Antes de que Tom tuviera tiempo de abrir la boca: «N-O». Tenía miedo de que se me escapara que vengo de Oxford, de ese lugar horrible al que llaman «orfanato».

—¡Pero Marybeth dice que las primas hermanas son importantes! —Creo que lo he dicho en un tono un poco lloroso.

Lucille ha arqueado una ceja y ha replicado:

—Tienes suerte de estar aquí. Eres muy afortunada, jovencita.

¿Por qué demonios me dice todo el mundo lo mismo?

Pero la gran discusión de esta mañana es el viaje de Lucille a Memphis y por qué no podemos ir nosotros.

—Porque no quiero llevar todo el día detrás a un marido y una niñita. Tengo derecho a mi parte. No olvides cómo gastaste la tuya.

No sé qué significa esto último, pero entonces oigo que ha llegado Willy May. Siempre intento estar un rato con ella antes de que Tom le diga que se vaya para no agravar aún más la explotación y el sometimiento. Salvo cuando está ella, la casa suele estar demasiado tranquila y en silencio para mi gusto.

Me subo a un taburete alto y la observo mientras me prepara el beicon y el huevo frito. Por lo general, casi todas las preguntas las hago yo. Lo que he conseguido averiguar hasta ahora, hablando con Willy May, es que tiene sesenta años y siete hijos mayores que ya se han ido de casa, y que cojea porque tiene una cosa llamada «ojo de gallo» en el dedo gordo del pie, que no piensa enseñarme por mucho que le insista.

—Siéntate y acábate el desayuno, que se me está haciendo tarde.

Cuando termino, la observo mientras barre por debajo de la mesa del comedor.

—Podría ayudarte a hacer esas cosas —le digo—. Te prometo que no dejaré que te echen porque yo trabaje gratis.

—Deja que acabe de barrer, niña. Voy con retraso.

Limpia la mesa con amplios movimientos del brazo y después pasa al salón. Voy tras ella y me dejo caer en el sofá con aspecto de verdura, solo para estar con alguien en la misma habitación. Willy May quita el polvo de todos los rincones y recovecos, pasa con

cuidado la bayeta por el jarrón rojo decorado con figuras de hombrecitos orientales de grandes ojos. Casi todas las huellas de dedos son mías.

—Yo conocía a otra señora negra que se llamaba Ophelia —le cuento—. ¿Conoces a alguna Ophelia?

—No, no sé de ninguna Ophelia.

—Bueno, ha muerto.

Willy May deja de hacer lo que estaba haciendo y se apoya una mano en la cadera. Puede que se haya cansado de mis preguntas.

—¿Por qué no juegas nunca con tus primas? Casi todos los días juegan juntas. Una niña de tu edad tiene que alborotar con otras chiquillas.

¿Qué voy a decirle? No puedo confesarle por qué no me dejan ir. Aunque se me da bien mentir, o incluso mejor que bien, si se me escapara la verdad aunque solo fuera una vez, sería el fin de la pobre Megadera. Volvería a caer en el pozo de donde salí.

—Esta tarde irán todas a nadar al lago. ¿Por qué no vas con ellas? —sugiere.

—¿Podrías preguntar si puedo ir a...?

Pero enseguida aparece Tom cargado con maletas, con Lucille detrás.

—Gracias, Willy May —dice—. Nosotros nos encargaremos de todo lo demás.

Willy May contempla a Lucille con su vestido rojo, sus zapatos y su sombrero a juego y todas sus maletas, que parecen contener más ropa de la que podría necesitar una persona en varios años. Tom no va en calcetines como siempre, sino que se ha puesto los zapatos, por lo que se diría que piensa ir a algún sitio con Lucille.

—¿Quieren que les ordene la habitación? —dice Willy May—. Hace tiempo que no subo.

—Lo haremos nosotros, gracias —responde Tom—. Ya puedes volver a la casa grande.

Willy May se marcha y yo observo cómo cargan todas las maletas azules en el asiento trasero del coche. Contengo la respiración, mientras Tom y Lucille discuten en la grava del sendero. Solo cuando ella se marcha al volante del automóvil y Tom sigue conmigo en casa vuelvo a respirar con normalidad.

—Todavía no tengo ganas de sentarme a trabajar —dice Tom—. ¿Te apetece dar un paseo?

Ha vuelto a hacer un calor como para freír huevos en el suelo del porche, así que Tom va a buscar sombreros de paja para los dos. Los Heidelberg no cultivan ni crían nada en sus tierras, excepto flores, hierba, rocas y algunos hormigueros. Dice Tom que hace años cultivaban algodón, un poco más allá de la casa, pero eso fue antes de que todo el mundo se fuera al garete.

En el jardín, nos alejamos un poco y entonces Tom señala unos ladrillos medio enterrados en el suelo y dice:

—Ahí estaba la antigua cocina, antes de que se quemara con la cocinera dentro.

Me imagino a una persona asándose como una patata cuando solo intentaba preparar la maldita cena. Después me indica la espesura del bosque en la parte de atrás y me dice que allí está el terreno donde enterraban a los esclavos. Más allá, en el rincón más apartado del jardín, está el cementerio donde entierran a los muertos de la familia.

—Aquí tenéis más muertos que vivos —comento.

—Así es, Meg. Pises donde pises en este mundo, es posible que lo estés haciendo sobre los restos de alguien que vivió antes que tú.

Nunca lo había pensado. Y no creo que se me vaya a olvidar.

Vamos hacia el bosque que se extiende detrás del jardín. Anoche oí perros salvajes que ladraban y perseguían algo, pero con Tom a mi lado no tengo miedo. El pequeño cementerio familiar se encuentra en el límite con el bosque, en el lugar más alejado de la casa, en una esquina a la derecha del jardín. Tiene una verja antigua de hierro que chirría de una manera bastante aterradora cuando la empujo para abrirla. Tom me señala una lápida alta, medio desmoronada, que hay en el centro.

—Esa de ahí es la tumba de Benjamin Holt Heidelberg. Su nieto fundó el negocio de la familia, la azucarera Heidelberg, que procesa caña de azúcar. Es la planta de donde viene el azúcar que comemos.

Me levanto el ala del sombrero, para que Tom me vea los ojos.

—¿Y has esperado hasta ahora para decirme algo tan importante? ¿Tu familia fabrica azúcar? —No me extrañaría que me dijera ahora que son dueños de una tienda de caramelos.

Asiente con la cabeza.

—Transporte fluvial, algodón y caña de azúcar. Ciento cincuenta años explotando a nuestros semejantes. Tienes derecho a saberlo, ahora que formas parte de la familia.

Hago lo posible para fingir que me entristecen la producción de azúcar de los Heidelberg y todo el dinero que tienen.

Seguimos paseando un poco más, hablando de árboles y rocas. Después nos paramos junto al viejo pozo de agua y accionamos la bomba para beber un poco. Le doy con demasiada fuerza a la palanca y salpico sin querer a Tom.

—¡Eh, más cuidado, pavita! —me dice, sonriendo.

—Lo siento, Tom.

—Empieza a hacer demasiado calor, es hora de entrar.

Como no quiero que vuelva a su estudio y cierre la puerta, me apresuro a decirle:

—Seguro que en el lago se está mucho mejor y más fresco.

—Así que ¿ya has oído hablar del lago? —Sigue sonriendo.

—Sí. ¿Podemos ir? —No menciono a las primas, y espero que no adivine mis intenciones.

—¿Sabes nadar?

—No, pero podrías enseñarme.

Vuelve la vista hacia la ventana de su estudio. Me doy cuenta de que querría ir a ponerse a trabajar.

—Tendríamos que buscarte algún tipo de bañador...

Sonrío y le anuncio:

—Ya tengo uno.

Rápidamente, antes de que Tom cambie de idea, me pongo el bañador rosa, el gorro de goma con flores de ventosa y las sandalias blancas. La única natación que ha conocido hasta ahora este bañador ha sido dentro de la bañera. Cuando nos encontramos en el porche delantero, Tom viste un largo albornoz marrón. Me contengo para no reírme de las piernecitas blancas y flacas que asoman por debajo.

Dice que son solo unos veinte minutos andando, más allá de una arboleda que me indica con el dedo. En el bosque no hace tanto calor y nuestros pasos son silenciosos sobre el blando suelo de agujas de pino. Señala el claro de los esclavos muertos. No cojo de la mano a Tom, pero no me aparto de él. Después cruzamos un camino de tierra y, al cabo de unos minutos, llegamos a una colina. Al pie de la ladera hay un lago verde y brillante. Es tan grande que resulta imposible abarcarlo de una sola vez con la mirada. Una construcción alargada de madera que no recuerdo cómo se llama, con una especie de casita a un costado, se adentra en el agua.

—Parece que ya hay bañistas —comenta Tom.

Finjo estar agradablemente sorprendida por la noticia. Están demasiado lejos, dentro del agua, para ver quiénes son. También hay dos señoras a la sombra, y parecen estar pasando un buen rato. Unos pasos más allá, vemos a una mujer de color en uniforme blanco, que no tiene cara de estar demasiado a gusto. Se abanica la cara. Hace mucho calor.

Al pie de la colina, Tom deja las toallas y se quita el albornoz. En cuanto veo su pálido y escuchimizado ser, enfundado en un traje de baño rojo y blanco con tirantes en los hombros, me echo a reír con tanta fuerza que me caigo al suelo. Ya sé que soy muy descarada.

Entonces Tom se apoya las manos en las caderas, sonriendo, y me dice:

—Ya está bien, pavita. Basta de risas.

Como nunca he visto a un hombre en traje de baño, intento no mirar todas sus partes. Tom me dice que no me quite las sandalias cuando vaya por el embarcadero, que así es como se llama la estructura de madera, porque hay «unas astillas terroríficas».

El sol es una brasa candente mientras camino por las viejas tablas grises, que huelen a verde y a pantano. Ahora puedo ver que en el agua hay un niño y tres niñas, y que una de ellas parece ser Marybeth. Lo sé porque está rellenita. La saludo con una sonrisa y la sigo saludando y sonriendo hasta que ella me devuelve el saludo. Todos me miran, mientras yo fijo la vista en el agua verde del lago al final del embarcadero.

Tom se quita las gafas y baja al agua por una escalerilla metálica. Después me tiende los brazos para animarme a hacer lo mismo. El agua parece profunda y sé que en el fondo puede haber cosas resbaladizas que quizá me morderían. Empiezo a cambiar de idea.

—Baja, que yo te sujetaré. Te lo prometo.

—¿Prometes que me sujetarás?

—Te lo prometo.

Bajo poco a poco la escalera y sumerjo primero un pie y después el trasero en el agua fresca. La sensación es agradable, pero el embarcadero visto por debajo da mucho miedo. Tom me coge por las axilas, pero yo no suelto la escalera.

—Suéltate cuando estés lista, Meg.

Primero respiro hondo un par de veces. Después separo los dedos uno a uno de los barrotes de la escalera y me suelto.

Entonces Tom me dice:

—Ahora vas a nadar como un perrito. Patalea, que yo te sujeto. ¡Patalea, patalea, patalea!

Hago lo que me indica. Pataleo con fuerza y él hace lo mismo, pero me mantiene apartada para que no le pegue a él con las piernas. Sigo pataleando y empiezo a cogerle el ritmo, pero entonces algo me roza el pie. Me estremezco, me suelto sin querer de sus manos y me hundo sin poder evitarlo. Se me mete agua por la nariz. «¡Esto no tiene que ser así!». Abro los ojos y no puedo respirar. Todo lo que veo es verde o marrón, como el moho del techo. Tom, no puedo respirar...

Tom me atrapa y me levanta rápidamente a la superficie. La tos me quema la garganta. Me sale agua verde por la nariz y entonces Tom me sube otra vez a la escalera. Me agarro con todas mis fuerzas, temblando y tosiendo hasta que me duele todo el cuerpo.

—Estás bien, Meg. Es solo que te has resbalado de mis manos. Tendría que haberte sujetado con más fuerza.

¡Claro que tendría que haberme sujetado mejor!

Lloro un poco y echo un vistazo al grupo de mis primos. Ojalá no me hayan visto.

Cuando recupero el aliento, Tom dice:

—¿Lista para intentarlo de nuevo, Meg?

Por nada del mundo quiero intentarlo otra vez.

Pero insiste:

—Quiero que lo intentes, Meg. Tú puedes. —Lo dice como si contara conmigo para hacer algo importante—. Recuerda, tienes que patalear con todas tus fuerzas, ¿de acuerdo? Si lo haces, no se te hundirá la cabeza bajo el agua.

Observo sus ojos almendrados. Tiene las pestañas como pinchos mojados, pero su mirada es amable. No quiero defraudarlo, así que pataleo y empujo el agua hacia abajo con las manos, como un perrito, y al cabo de unos minutos, cuando bajo la vista, ¡veo que ya no me está sujetando! Me estoy manteniendo a flote por mí misma, pero él continúa con las manos extendidas, por si tuviera que atraparme. Se mantiene cerca, por si acaso.

—¡No te alejes!

—No pienso alejarme. Tú sigue pataleando y mueve los brazos para venir hacia mí. ¡Lo estás consiguiendo, Meg! ¡Lo estás haciendo! ¡Buen trabajo! —Lo dice con auténtico entusiasmo y no como lo haría un adulto para animarme.

Seguimos así durante un rato, pataleando y moviendo los brazos. Cuando logro relajarme y me convenzo de que no volveré a hundirme, miro a mi alrededor. Marybeth y otra niña están saliendo a la orilla. Se sientan en las toallas que han dejado extendidas junto al lago.

Al poco rato, Tom dice que ha llegado el momento de hacer una pausa. Me tiemblan las piernas cuando voy subiendo la escalera. Ahora yo también huelo como el lago. Me encanta. Se me eriza la piel mojada, pero, al calor del sol, la sensación es agradable.

Tom me echa por encima una toalla y se vuelve para mirar a las dos mujeres en la ladera.

—Creo que deberíamos ir a saludar a mi cuñada. —No parece demasiado animado.

—¿Me dejas que vaya a ver a mis primas?

Frunce el ceño, y yo sé que está pensando que a Lucille no le hará mucha gracia, pero Lucille no está con nosotros, ¿no?

—No te preocupes, Tom. Sé muy bien lo que tengo que hacer. No diré nada que no deba decir.

Aunque sigue pareciendo preocupado, acaba cediendo.

—De acuerdo, pero no te metas en el agua sin mí.

—No me meteré. Te lo prometo.

Corro adonde están Marybeth y la otra chica, sentadas sobre una toalla azul de rayas. A Marybeth se le abulta el traje de baño verde a la altura de la barriga, pero la niña sentada a su lado está mucho más delgada. Estoy casi segura de que es una de las primas mayores que nos miraban por encima del hombro en la fiesta. Las dos tienen el cabello oscuro y un tipo de piel que se broncea fácilmente al sol. Se nota que son de la misma familia. Me siento muy diferente, por mi palidez.

Marybeth me saluda con la mano. Tiene la nariz respingona que a mí me gustaría tener.

—¡Meg! ¿Dónde te habías metido? No hemos vuelto a saber nada de ti desde la fiesta.

También tiene los mejores hoyuelos que existen. Me siento al lado de Marybeth y digo:

—Tom me está enseñando a nadar. Creo que casi lo he conseguido al segundo intento.

La niña mayor arruga la nariz, como si yo oliera mal.

—¿Todavía no sabes nadar? ¿No habías dicho que tienes once años?

Marybeth pone los ojos en blanco y después la mira.

—¡Gloria! —exclama—. Meg era una huérfana en Memphis. No tenía un lago donde nadar, como nosotras aquí en Byhalia.

—Pues quizá deberías volver a Memphis, en lugar de venir a ahogarte en nuestro lago —suelta Gloria.

No sé qué contestarle. Me parece que Gloria tiene mucho de Dorella en su manera de ser.

—No seas tan desagradable, Gloria —le dice Marybeth—. Ahora Meg es mi prima hermana y también tu prima-prima, así que, si no tienes nada amable que decirle, cierra la boca y no digas nada. —Entonces me coge del brazo.

—Perfecto —responde Gloria—, porque no quiero quedarme aquí sentada, con ella contaminando el aire. —Se levanta y se va.

—¿Qué le he hecho yo? —pregunto.

Marybeth me aprieta el brazo.

—No le hagas caso. Está enfadada porque os habéis quedado con la casa roja.

—¿Te refieres a la casa de Tom? —pregunto, y, al ver que Marybeth asiente, añado—: ¿Por qué iba a enfadarse por eso?

Respira hondo y responde:

—Vale, te lo explicaré, pero no le digas a nadie que te lo he contado yo. Gloria está enfadada con vosotros porque la abuela hizo que sus padres, la tía Sarah y el tío Doc, se mudaran de la casa roja, para que Tom y Lucille se instalaran allí cuando volvieron de Nueva York. Y ahora Gloria tiene que compartir habitación con su hermana, mientras que su hermano tiene un dormitorio para él solo. A la tía Sarah casi le da un ataque cuando le dijeron que tenía que irse. Por eso Gloria está enfadada con vosotros.

—¿La madre de Tom es tu abuela? —Eran demasiados nombres.

—También es tu abuela, boba —me dice—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tú cómo la llamas?

—Señora Heidelberg.

Me da una palmadita en la mano.

—No te preocupes. Pronto te pedirá que la llames «abuela». Esas cosas llevan su tiempo.

Veo a Tom caminando solo por el embarcadero. Agita la mano para saludarme y yo hago lo mismo, para hacerle ver que estoy bien. Cuando llega al final, extiende los brazos, salta y se sumerge en el agua con la facilidad de una anguila.

—Además —prosigue Marybeth—, la abuela no confía en Lucille ni para preguntarle qué hora es.

—¿Por qué? —replico, aunque en realidad ya debería saberlo, considerando la enorme mentira que le ha contado a todo el mundo acerca de mí.

—¿Quieres decir que no te has enterado? ¿No sabes por qué tuvieron que irse de Nueva York?

—Porque la madre de Tom lo echaba de menos, ¿no?

Marybeth suspira y menea la cabeza, como lo haría una señora.

—Por lo que he oído, cuando los dos vivían en Nueva York, Lucille le hacía beber a Tom una cantidad impresionante de whisky alcohólico y derrochaba el dinero como si se fuera a acabar el mundo, y entre los dos estrellaban automóviles en la Quinta Avenida y se dejaban una fortuna en los caballos. Por eso la abuela les ordenó que hicieran las maletas y volvieran a casa, para que Tom dejara de beber. Eso fue más o menos lo que pasó.

Yo no sé muy bien lo que significan la mitad de esas cosas, pero me parece muy importante evitarle a Tom cualquier tipo de problema.

—Desde que he llegado, no lo he visto beber más que agua o té con hielo —afirmo.

Y estoy a punto de preguntarle cómo es eso de dejarse una fortuna en los caballos, cuando de repente Marybeth abre mucho los ojos.

—Meg —dice, y se me para el corazón.

«¡Dios mío! ¿Se me habrá escapado algo?», pienso.

—¿Has probado alguna vez los cuadrados de limón y nata?

Sintiendo que el corazón me vuelve a palpitar, le pregunto qué son.

Entonces Marybeth sale corriendo ladera arriba para hablar con su madre. Veo que la señora niega con la cabeza y señala el camino de vuelta a casa, pero mi prima da una patada en el suelo. Al cabo de un minuto, Marybeth regresa con la cabeza bien alta, orgullosa como una dama que llevara una bandeja de dulces a la merienda del club local de señoras.

—Prueba esto.

Me tiende una cosa amarilla y pegajosa, y se guarda otra para ella. Las dos hincamos el diente en la nuestra y, ¡es verdad!, sabe a limón y a la vez es dulce, con una base crujiente deliciosa.

—Nuestra criada Rosalee prepara los mejores cuadrados de limón y nata de todo el país. Se lo puedes preguntar a cualquiera. Es una pena que tengamos que compartirla con los otros primos. —Suspira —. No paro de decírselo a mamá, que nos vendría bien tener más servicio en casa.

Marybeth puede ser una niña de once años que monta una rabieta por un postre y, al minuto siguiente, comportarse como una mujer adulta con un marido y tres hijos. Es algo digno de ver.

Mientras comemos y nos chupamos los dedos, observo a Tom, que nada tranquilamente en el lago, con largas brazadas y el cuerpo plano sobre el agua. Al cabo de un rato, se detiene, se queda muy

quieto y se sumerge por completo. En un abrir y cerrar de ojos, ha desaparecido. Contengo la respiración hasta que vuelve a aparecer.

Marybeth me dice que quizá yo pueda acompañarlos la próxima vez que vayan de compras a Memphis.

—¡Podríamos llevarles cuadrados de limón y nata a tus amigas del orfanato!

Lo único que se me ocurre decir es:

—Sí, estaría muy bien.

Ojalá pudiera contarle a Marybeth quién era yo antes de venir aquí y cómo pasaba el tiempo sentada a un viejo escritorio, soñando con algo muy parecido a esto. En mi fantasía no había un lago exactamente igual al de Byhalia, pero había alguien que me cogía de la mano como ella hacía cuando Gloria era cruel conmigo. Y alguien como Tom, que me ayudaba a mantener la cabeza fuera del agua.

Pero, en lugar de hablar de esas cosas, miramos las nubes y comentamos riendo que una de ellas, pequeña y ancha, se parece mucho a la abuela. Somos dos primas hermanas normales, haciendo cosas normales. No necesito que nadie me recuerde lo afortunada que soy, porque ya lo sé. Las últimas dos horas son la mayor fortuna que pueda existir.

Entonces la madre de Marybeth le grita desde lo alto de la ladera que ya es hora de irse y ella corre para ir a su encuentro, mientras yo me voy al extremo del embarcadero para reunirme con Tom.

A la mañana siguiente, veo desde la ventana de mi cuarto que un coche negro se detiene delante de la casa. El señor Oney, que suele venir cada día vestido con mono de trabajo para traer a Willy May en su furgoneta, se baja del asiento delantero luciendo un elegante traje oscuro. Las sienes encanecidas y la gorra del uniforme le dan

un toque muy distinguido. Cuando abre la puerta trasera, sale del coche la madre de Tom.

Voy corriendo a ponerme algo de ropa. ¡Dios mío, puede que tengamos problemas! Una voz interior me recuerda que me ponga unas enaguas, para que no se me transparente el vestido. Decido que, si la madre de Tom me pregunta algo sobre mi pasado, me inventaré algunas cosas. Cambiaré Oxford por Memphis, a la señorita Garnett por la señora Tann, y así, de la manera más sencilla, pasaré a ser una respetable huérfana de la Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee.

Me quedo parada a mitad de la escalera, mientras Tom hace pasar a su madre, que lleva un vestido rosa holgado, con algo rosado y vaporoso en torno al cuello. Tiene el pelo recogido en un moño alto, rígido y negro como la noche. No es corpulenta, pero su presencia puede llenar toda una habitación.

También Tom parece asombrado.

—¡Qué sorpresa, mamá! ¿Todo en orden?

—Sí, hijo, todo bien. Pero no has venido a visitarnos en toda la semana.

Tom dice algo acerca de lo muy ocupado que ha estado, mientras yo bajo unos cuantos peldaños más. Si va a haber preguntas, prefiero que empiecen cuanto antes.

—¡Aquí la tenemos! —dice ella—. Espero que te estés adaptando bien, Meg.

—Sí, señora Heidelberg. Estoy muy bien aquí.

—Me alegro. —Entonces me mira de arriba abajo. Después de dos años y siete Días de Visita, sé cuándo alguien está comprobando la mercancía—. Parece que has ganado algo de peso.

—Sí, señora, gracias —respondo—. Lo que como aquí sería suficiente para alimentar a dos huérfanas de Memphis, Tennessee.

Tom me lanza una mirada nerviosa.

Lo que realmente quiere saber ella es adónde ha ido Lucille.

—Willy May me ha dicho que parecía como si se fuera de viaje.

Frotándose el cuello, Tom responde:

—Ha tenido que ir a Memphis un par de días.

—Ajá —dice la señora Heidelberg.

—A ver a una amiga enferma —añade Tom, sin dejar de frotarse el cuello.

—¡Ah! —exclama ella.

Visitar a una persona enferma no le parece mal, aunque no sé si se lo ha creído del todo. Quizá más adelante debería darle unas lecciones a Tom sobre la mejor manera de mentir.

—Me quedaré un momento y podremos probar esta tarta —dice.

Entonces es cuando reparo en la bandeja con la tarta. Tom la lleva a la mesa del comedor. Aunque está bajo una campana de cristal, distingo una gruesa capa blanca de fondant y fresas frescas alrededor del borde. Casi me pongo a bailar de felicidad. Aquí no solemos comer dulces, porque Lucille dice que engordan.

—Solo un momento, mamá —contesta Tom—. Después tendré que volver a trabajar. Meg, ¿podrías...?

—Claro que sí. Permítame —le digo a la señora, y separo una silla de la mesa para que se siente.

Enseguida voy a la cocina a buscar los platos y cubiertos adecuados, y unas servilletas limpias. Cuando le coloco delante los cubiertos, digo:

—Tenedor de postre, tenedor de fruta.

Para que vea que estoy al tanto de esas cosas. Después me siento frente a ellos y, cuando Tom me sirve mi trozo de pastel, distribuyo de manera uniforme las fresas y la jalea, para que en cada bocado haya un poco de cada cosa.

Ellos hablan y yo como. La tarta de fresa es esponjosa y el fondant blanco tiene una consistencia crujiente deliciosa. Empiezo a preguntarme si la madre de Tom nos dejará lo que sobre de la tarta o si piensa llevársela de vuelta a su casa.

Presto atención cuando oigo que hablan sobre la misa del domingo. A mí no me hace falta ir a la iglesia, pero, si vamos, es posible que nos encontremos a Marybeth.

—Mamá, ya sabes lo que pienso al respecto —dice Tom—. El adoctrinamiento de las personas sin dejar lugar al cuestionamiento es otro medio de opresión...

—De acuerdo, hijo, de acuerdo —lo interrumpe ella, agitando una mano—. No hace falta que entremos en eso. —Entonces lo mira fijamente—. ¿Cómo estás, Tom? ¿Cómo estás de verdad?

—Estoy bien, mamá.

—¿Me lo dirías, si no estuvieras bien?

—Por supuesto. Papá y tú no tenéis por qué preocuparos.

Se quedan un momento mirándose. Supongo que se refieren a lo que me contó Marybeth acerca de los problemas que tenía Tom en Nueva York, así que yo también espero a que sigan hablando. Pero de repente empieza a sonar el maldito teléfono. ¿Por qué tendrá que sonar solamente cuando estamos sentados a la mesa?

Tom va a cogerlo, porque a mí no me dejan. Lucille dice que es necesario pesar un mínimo de kilos para tocar el aparato, porque de lo contrario la corriente te puede freír el cerebro.

La señora Heidelberg me observa desde su lado de la mesa.

—Bueno, Meg. ¿Qué has estado haciendo desde que has llegado aquí? —Me lo pregunta como si fuera un examen con una sola respuesta correcta.

Intento adivinar lo que una mujer como ella quiere oír. Especialmente teniendo en cuenta que Lucille me amenaza a veces

con devolverme, como se devuelven las botellas vacías al lechero, y además algo me dice que esta señora es quien realmente toma las decisiones aquí. Pero también porque me apetece caerle bien, sin ninguna razón en particular. Tal vez porque es la madre de Tom y lo quiere mucho.

La pregunta es más difícil de lo que podría parecer.

—Bueno. He estado leyendo, bañándome y, en general, portándome bien.

Se queda esperando. Más que mirarme, sus ojos negros me exploran por dentro, buscando la verdad. Entonces le digo lo más verdadero que se me ocurre.

—Si le soy sincera, nunca había estado en una casa tan bonita como esta, señora Heidelberg, con toallas y cepillo de dientes y un montón de comida que no se acaba nunca. —Siento un dolor en el pecho—. Sé que tengo mucha suerte de estar aquí y doy las gracias por ello todos los días.

Asiente, sin dejar de estudiarme.

—Imagino que has visto cosas en este mundo que la mayoría de la gente no ha conocido, Meg.

Las dos nos quedamos en silencio un minuto, y entonces Tom cuelga el teléfono y vuelve al comedor.

—Era Lucille. Tiene que quedarse un par de días más en Memphis, para cuidar a su amiga enferma.

—Vaya, qué pena —dice la señora Heidelberg, aunque no creo que lo diga con sinceridad.

Al llegar la hora de marcharse, abraza con fuerza a Tom y le dice:

—Estoy orgullosa de ti, hijo.

A mí me da una palmadita en la cabeza.

Cuando no está Lucille, toda la casa parece más luminosa, aunque esté lloviendo a cántaros. Me entretengo probándome la ropa y los zapatos, o mirando libros en la biblioteca. Ya me he cansado de los Tinkertoy. Me siento en el sofá que parece una verdura y leo *Huckleberry Finn*. La casa está silenciosa, sin parvulitas chillando, ni damas voluntarias rechazándolas para que no se encariñen demasiado con ellas. Solo se oye el repiqueteo de la máquina de escribir de Tom y la lluvia en el tejado. En ocasiones pienso en Birdie y me pregunto qué estará haciendo. O rememoro el momento en que Lucille y Tom le dijeron a la señora Heidelberg que las circunstancias eran muy especiales, porque yo era una niña muy especial. Sé que la historia no es del todo cierta, pero Ava me enseñó hace mucho tiempo que podemos elegir qué creer. «Es seguro que no vendrá a buscarte, pero tú puedes pensar que no viene porque no quiere, o que no viene porque se ha muerto». Son elecciones que una persona tiene que hacer cada día. ¿Qué mal puede hacer que finja durante unos minutos que las cosas son diferentes?

Cuando Tom viene a ver qué estoy haciendo, le digo:

—Ahora que está lloviendo y no podemos ir a nadar, ¿me dejarías ir a casa de Marybeth?

Me doy cuenta de que lo he puesto en un aprieto. Se ajusta las gafas.

—Es mejor que esperemos a que vuelva Lucille.

Pero está claro que para eso falta un tiempo.

Entonces se queda mirando la lluvia, sonríe y dice:

—Aunque tienes razón. Sería absurdo mojarnos bajo la lluvia antes de meternos en el lago. ¿O quizá no?

Lo miro y subo a toda prisa a ponerme el bañador. Corremos bajo la llovizna, nadamos un poco y volvemos. Nadie se imaginaría jamás

las cosas que hacemos aquí. Y enseguida es hora de comer otra vez. Se diría que estamos todo el tiempo poniendo la mesa.

Para las comidas, hemos decidido que la mesa de la cocina es tan buena como la del comedor. Aquí no hay reglas. Después, nos turnamos para fregar y secar los platos. Una cosa que he aprendido en mi turno de fregar es que a veces tú lavas la cuchara y otras veces la cuchara te lava a ti, por lo que conviene ponerse un delantal.

La señora Heidelberg vuelve a visitarnos varias mañanas después de esa primera vez. Pero no viene al alba, sino a lo que se considera «una hora razonable», es decir, a las diez. Yo me visto a toda prisa y Tom me mira como si fuéramos cómplices en algún crimen. Al entrar, la señora Heidelberg lo observa todo como si nos estuviera espiando. A veces intento imitarla.

Una vez la sorprendí curioseando en los armarios de la cocina cuando Tom no estaba mirando. Lucille puede decir lo que quiera, pero la auténtica jefa es la señora Heidelberg. No se anda con tonterías. Es como la señorita Mildred, pero rica y con sujetador.

Uno de los días nos trae unos pralinés que se deshacen en la boca de tan dulces. Yo siempre le demuestro aprecio por alguna cosa. Le digo por ejemplo: «La comida de aquí es muy superior a la que nos daba la señora Tann. ¡Sus criadas sí que saben cocinar!». Demostrar agradecimiento es importante para cierto tipo de mujer.

Cuando veo que viene a visitarnos por tercera vez, corro al piano y me pongo a tocar una de las canciones que sé. Confundo algunas notas, pero toco con fuerza, como me enseñó Ophelia.

—¡Vaya, la pequeña Meg sabe tocar el piano! —comenta la señora Heidelberg, y entonces yo me vuelvo y finjo sorpresa, como si no la hubiera visto venir—. Algo me dice que eres muy lista, Meg.

No es «algo», señora. Soy yo, que se lo estoy diciendo a gritos para que no me devuelva a ese sitio tan horrible. Cuando se marcha, me despido:

—Adiós, señora Heidelberg. Gracias por venir a vernos.

Me da una palmadita en la cabeza y abraza a Tom. Aún no me pide que la llame «abuela», pero, como me dijo Marybeth, estas cosas llevan su tiempo.

—Estoy orgullosa de ti, hijo —le dice.

—Es lo único que quiero, mamá. Hacer que papá y tú os sintáis orgullosos de mí.

En cuanto la manecilla del reloj apunta al número dos, aúllo:

—¡Tom! ¡Ya es la hora!

Me pongo el bañador por debajo de la ropa y espero a salir corriendo por la puerta, ya que la regla es esperar una hora después de comer, porque de lo contrario puede darte un calambre y entonces te ahogarías y acabarías convertida en comida para peces.

Hace calor y el día está despejado, y, cuando llegamos al lago, solo estamos nosotros. Ni las primas, ni las tías, ni las criadas. Me habría gustado ver a Marybeth, pero me conformo con Tom. El metal caliente de la escalera me quema las manos y me pongo a patalear antes incluso de tocar el agua. Huele a verde, como el lago, y, cuando me sumerjo, es muy diferente de cuando juego en la bañera. Así debe de ser lo que se siente al nacer: un mundo húmedo entre verde y azul, donde todo es espeso y borroso, y entonces, *¡zas!*, sales a la superficie y empiezas a respirar.

Si bebo un poco del lago, seguro que no pasa nada, porque los peces se lo beben a diario. Tom me enseña a hacer la rana, el perrito y a aguantar la respiración. Después llega el momento de nadar sola. Lo que más me gusta es flotar boca arriba. Miro

fijamente el cielo azul, floto y pienso que, cuando Lucille se marcha, tengo a Tom todo para mí. Me viene a la mente la piscina azul de la revista, y entonces pienso en mi otra madre. Me pregunto si se habrá ido a California sin mí, tal vez porque decidió que ya no quería cargar con una niña...

—No te alejes tanto, Meg. Vuelve. Está muy profundo por allí.

Es verdad, Tom.

Cuando necesitamos hacer una pausa, volvemos a subir por la escalerilla. Es un alivio quitarme el gorro de goma, que hace un ruido de ventosa al soltarse. Nos tumbamos sobre las toallas, bajo los pinos. Entre las ramas se cuela suficiente sol para secarnos, pero las agujas de pino que hay en el suelo pican un poco.

Le pregunto a Tom cómo va el libro que está escribiendo, ya que no podremos hablar mucho al respecto cuando vuelva Lucille.

—Creo que he superado un punto crítico —responde sonriendo.

Se ha traído la novela que le gusta, *A este lado del paraíso*, llena de fiestas en la Quinta Avenida, abrigos de piel y gente portándose fatal con sus parejas aunque supuestamente estén enamorados. Dice que no es un libro apropiado para una niña, pero en casa me dejó hojearlo. Vi que ha subrayado varias frases. La señora Olive Block, de la biblioteca pública, jamás le permitiría ensuciar un libro de esa manera. Probablemente se lo contaría a su madre.

—Cuando conociste a Lucille, ¿fue amor a primer vista? —Se lo pregunto porque he oído hablar de eso en algún sitio.

—Bueno, no del todo. —Se echa a reír—. La historia es un poco más larga.

—¿Me la cuentas?

—No es para niños. Pero... creo que puedo contarte un poco.

Me siento en la toalla. En realidad, solo quiero oír hablar de Tom, pero, si es necesario que Lucille aparezca en la historia, es un precio

que habrá que pagar, como diría Birdie.

—Cuando conocí a Lucille, estaba saliendo con otra chica, Darcy Davenport. —Se incorpora y se apoya en un codo—. Era la hermana de aquel amigo mío, Bill Davenport, que trabajaba en la editorial. Mis padres estaban encantados, porque Darcy y yo pertenecíamos a ambientes similares.

—¿Quieres decir que ella también era rica?

Asiente.

—Como te he contado, Lucille era la secretaria de Bill, y cuando yo iba a ver a mi amigo a la oficina, ella y yo charlábamos y tonteábamos un poco. Pero Lucille sabía que yo iba a prometerme con Darcy. Un día, me llamó a casa y me dijo que necesitaba decirme algo importante. Me pidió que me reuniera con ella en el Ritz esa misma noche y, para ser sincero, me gustó bastante la idea. Las cosas con Darcy... se estaban poniendo demasiado formales. —Se pasa los dedos por la parte de la barbilla que más rasca—. Cuando llegué al Ritz, encontré a Lucille nerviosa y alterada por algún error que había cometido en el trabajo. Tenía miedo de que la despidieran, de modo que tomamos un par de copas, para que se serenara...

—Pero eso es ilegal —observo.

Se encoge de hombros.

—Si se lo pides a Harry de cierta manera, te sirve tantas copas como quieras. En cualquier caso, estaba preocupada, así que bebimos un poco más y después salimos a la pista a bailar. Una cosa llevó a la otra y al final... nos besamos. —Frunce el ceño—. Quizá esta parte ya no sea para tu edad.

—Nada de eso, Tom. Puedes seguir contando. He visto muchas cosas. —No he visto nada, pero quiero oír el resto de la historia—. Dime, ¿el beso fue en los labios o en la mejilla?

Se lo piensa unos segundos.

—En los labios. En la mejilla. En los dos sitios. —Cierra los ojos, deslumbrado por el sol que se filtra a través de las ramas del pino. Tom no se broncea, sino que se enrojece, como yo—. Llevaba un vestido verde esmeralda y una rosa en el pelo. Estábamos ahí, bailando y besándonos en la pista del Ritz, ¿y a que no adivinas quién entró?

—¿Scott Fitzgerald?

Se echa a reír.

—¡Darcy! Con su hermano Bill. Lucille aseguró estar tan alterada que por accidente había apuntado en la agenda de Bill una cita conmigo y con su hermana esa noche en el Ritz. Darcy se puso hecha una fiera. Bill estaba... solo confuso, y así fue como sucedió. Darcy me dejó, y Lucille... podría decirse que insistió y me persiguió hasta que ya no pude evitarlo y me enamoré de ella.

No hay que ser muy listo para entender lo ocurrido.

—Lucille no tenía nada que decirte, ¿verdad?

—No, se lo había inventado todo. —Una sonrisa le ilumina la cara. Pero a mí no me parece tan gracioso—. Mis padres se decepcionaron mucho. Querían que yo fuera como mi hermano Nick, que se casó con su novia de la universidad.

—¿Cómo es la universidad? —pregunto—. Está en Oxford, ¿no?

—La que tú dices es la Universidad de Mississippi. Yo estudié en otra, más al norte, que se llama Yale.

Enderezo un poco más la espalda.

—¿Era difícil? ¿Te gustaba? ¿Yo también podré ir?

—Espero que sí —responde riendo—. En Yale aprendí a leer de verdad, y también a escribir.

Me pregunto si será cierto. No digo nada para no ofenderlo, pero la universidad me parece un poco tarde para aprender a leer y

escribir, incluso teniendo en cuenta que los hombres son lentos para aprender las cosas.

—Lo que quiero decir es que en Yale aprendí a entender lo que leía: los relatos, los ensayos, las novelas... También empecé a ver de otro modo la historia, y en cuanto al arte, creo que antes de ir a la universidad ni siquiera sabía ver bien los colores.

¡Dios mío! ¡Yo también quiero ir! Le pregunto cuántos azotes suelen dar por contestar a los profesores y si al final de los estudios le dieron un papel para colgar de la pared, como el que daba la señorita Spencer a los que acababan el quinto curso.

—¿Lo tienes colgado en la pared de tu estudio? ¿Me lo enseñas?

—Creo que ya es suficiente por hoy. Ven, ¿te apetece otro chapuzón?

Me enseña a hacer lo que llama «una brazada correcta», que es cuando giras la cabeza y respiras, giras la cabeza y respiras...

—Así, Meg. Coge el ritmo. ¡Muy bien!

Cuando nos cansamos del lago, volvemos andando por el bosque silencioso. Lo cojo de la mano y él se pone a silbar una melodía. Recuerdo la letra de la canción, que oí hace mucho tiempo:

*I can't give you anything but love, baby.*
*That's the only thing I've plenty of, baby.*

Esta vez, en lugar de ponerme triste, pienso en aquella época, cuando era pequeña e imaginaba que mi padre era un explorador famoso, o un héroe de la guerra, o un espía que trabajaba para el gobierno en un lugar lejano, sin saber que mi padre era Tom y lo había sido todo el tiempo.

## 28

Después de cuatro noches fuera, Lucille regresa por fin y aparca el coche delante de la casa. Salgo con Tom y me quedo mirando, mientras él la levanta y la hace girar por el aire hasta que incluso yo la noto cansada de dar vueltas.

Lleva un vestido que no le he visto nunca, de color crema con botones negros, y zapatos negros con tiras en los tobillos.

—Me ha parado un policía justo al salir de Memphis —cuenta—. Casi me da un infarto.

—Dios mío, Lucille...

—No ha encontrado nada, pero me ha seguido treinta kilómetros.

Cuando la saludo, Lucille me da unas palmaditas en el brazo, pero no lentamente, como hace la señora Heidelberg, sino de la misma manera que se las daría a un perro. En el asiento trasero, veo toda clase de cajas y bolsas. Me pregunto si habrá traído algo para mí. Tom se inclina y levanta un panel del suelo.

—¿Has comprado tres cajones? —Retrocede y se endereza—. Cariño, si te hubieran arrestado, mi familia nunca nos lo habría perdonado.

—¿Es lo único que te preocupa? ¿Que los polis vayan a contárselo a tu mamá? —replica ella—. ¡Ahora mismo podría estar entre rejas, Tom!

—Todavía no entiendo por qué has tenido que comprar tanto, Lucille.

—Porque casi se nos ha terminado —responde ella—. Y aquel contrabandista me cobró una fortuna. ¡No veo la hora de que llegue el año que viene y se acabe toda esta tontería!

Tom suspira y baja la cabeza, como yo sabía que haría. Nunca consigue plantarle cara a Lucille.

—Me alegro de que hayas regresado sana y salva —dice—. Ahora todo puede volver a ser como siempre, como tiene que ser.

Por mi parte, opino que todo estaba mejor antes de que ella regresara.

Descargamos el coche, y cuando digo «descargamos» me refiero a Tom y a mí. Él lleva las botellas y las cajas, y yo, las bolsas de las tiendas Lowenstein y Goldsmith. Lucille se limita a cargar su bolso de mano.

Al ver una caja blanca alargada con palabras escritas, Tom pregunta:

—¿Te has comprado... un abrigo de piel?

—Me he gastado mi parte en lo que me ha dado la gana.

—¿Te la has gastado... toda?

Lucille levanta la nariz y responde:

—Sí. —Y sube la escalera.

A decir verdad, creo que parte de ese dinero debería ser mío. Fueron a comprar un bebé y volvieron con una huérfana que les salió gratis. A mi entender, soy una parte importante del trato.

Mientras Lucille deshace sus maletas, voy a ayudar a Tom a esconder las botellas en el compartimento secreto del armario. Por un momento parece dudar, como si no estuviera seguro de hacerme participar en una operación ilegal.

—Creo que no van a caber todas —observo.

Asiente, y dice que el único lugar que Willy May y su madre no registrarán es su estudio. Lleva hasta allí los dos cajones que no ha podido esconder. Su despacho es una habitación tranquila de aspecto desnudo, con una mesa, una máquina de escribir y un sofá a un lado. No hay demasiadas distracciones, excepto los dos cajones de bebidas alcohólicas que Tom disimula ahora al fondo de un armario, cubiertos por una manta.

Desde el pasillo de la planta de arriba, observo a Lucille mientras deshace las maletas en su dormitorio. Ya está bebiendo de una de

las botellas, probándose la ropa nueva. Para haber estado a punto de acabar en la cárcel, parece bastante satisfecha consigo misma. Me pongo un poco de morros cuando veo que no me ha traído ningún regalo.

Entonces Tom sube la escalera y ella se le acerca bailando, me dedica una sonrisa engreída y me cierra la puerta en las narices.

Como Lucille ya está en casa, pasa un tiempo sin que Tom y yo vayamos a nadar. Cada vez que Tom sale de su estudio para hacer una pausa, Lucille empieza a quejarse. El buen humor de las compras no le ha durado más de dos días.

—¿Qué quieres que haga yo mientras tú te pasas el día entero encerrado en tu estudio? —pregunta. Se lamenta de volver a estar en un pueblo, después de todo lo que ha hecho para salir del suyo —. Aburrida y sin blanca en Pozo del Tedio, Mississippi.

Añado Pozo del Tedio a mi lista de pueblos con nombres curiosos.

En realidad, ella también debería estar agradecida por estar aquí.

Tom le sugiere que me lleve a ver el pueblo, ya que es algo que no cuesta dinero.

—¿Para qué? ¿Para ver la tienda donde venden forraje para caballos y cordones para los zapatos?

—Pues sal al jardín, prueba a plantar algo en el huerto...

—¡Por Dios santo, Tom! ¡Hace treinta y ocho grados ahí fuera!

—¿Y si aprendes a hacer pasteles? A nosotros nos encantaría, ¿verdad, Meg?

—¡Perfecto! Vosotros comeríais y yo engordaría.

—Supongo que también podrías ir a visitar a mi cuñada —propone Tom, aunque se nota que lo dice sin demasiado entusiasmo.

—¡Claro! Leeré la Biblia con ella y le pediré que me cuente lo que dice tu madre de mí.

Lucille tiene respuesta para todo. En las revistas que deja por toda la casa, siempre hay consejos para llegar a fin de mes y alimentar con muy poco a una familia de cinco, pero supongo que Lucille se salta esas secciones.

En general, me ignora por completo, a menos que yo haga ruido. O que la despierte por la mañana. O que le hable demasiado a Tom durante la cena. Ya he comprendido que no le gusta que toque el piano. Una vez, cuando me puse a tocar un villancico, me dijo:

—¡Meg, deja de armar ese maldito alboroto!

Una noche, durante la cena, le dije a Tom que estaba segura de que su libro sería tan bueno como *Huckleberry Finn*, y él me contestó que era diferente, porque el viaje de su novela no era por el río en una balsa, sino por las calles de Nueva York.

Entonces ella lo interrumpió para decir:

—Bueno, ¿qué os parece si hablamos de algo interesante?

Creo que fue muy descortés. Tom simplemente suspiró y se sirvió más judías verdes.

Lo mejor fue cuando le dijo:

—¿Por qué no participas en alguna obra de beneficencia? Seguro que hay un comité en el pueblo.

Tuve que reírme, imaginando a Lucille en uno de esos comités, entrando en las Huérfanas con un cigarrillo en la boca, con el abrigo de piel colgado del brazo y maldiciendo todo el tiempo. ¡Y pidiéndole a la señorita Garnett que le prepare un martini!

Me he dado cuenta de que últimamente Lucille empieza a beber a una hora cada vez más temprana, no solo para cenar. Una vez me pellizcó con fuerza cuando tiré su bebida por error, pensando que ya se la había acabado. Me dijo que lo hacía para que no volviera a

pasar. Ojalá Tom la hubiera visto. Aunque ahora me aburro bastante, me cuido mucho de decírselo a Tom. Ya bastante tiene con las quejas de Lucille. El otro día quería ir a nadar y llegué a sugerirle que la invitara también a ella. Entonces Tom me dijo, como si fuera un secreto:

—Lucille no sabe nadar, pero no saques el tema. Le da vergüenza.

Apostaría dinero a que ella solo finge no saber para aguarnos la diversión.

En una de sus discusiones, oigo por primera vez una palabra que no conocía: «estipendio». No necesito consultar el diccionario, porque más o menos entiendo lo que significa. Tiene que ver con lo que llama «las transferencias». Lo que he podido averiguar desde el pasillo es que Tom y Lucille, cuando vivían en Nueva York, solían recibir un estipendio de quinientos dólares mensuales que podían gastar como mejor les pareciera, y lo único que tenían que hacer a cambio era comportarse como «personas respetables». Pero no lo hicieron. Estrellaron varios coches y se dejaron una fortuna en los caballos, no me preguntéis cómo.

Una tarde, Tom entra en el salón para leer su libro de Scott Fitzgerald. Yo me tumbo en el suelo junto a sus pies con las tiras cómicas del periódico. Apenas paso tiempo a solas con Tom, y siempre me siento mejor cuando estoy cerca de él. Pero justo entonces viene Lucille con su vestido blanco y los ojos pintados. Se sienta en el sofá frente a él y dice:

—Tom.

¿No ve que el hombre solo está intentando leer su libro favorito en su sillón preferido? Como él no responde, apoya un pie descalzo sobre la mesa, para que el vestido blanco de seda le deje la pierna al descubierto, y entonces repite:

—Tom.

Tom levanta la vista. Enseguida se fija en su pierna.

—Tom, ¿no crees que ya es hora de pedirle a tu madre que vuelva a hacernos las transferencias mensuales?

—Cariño, ya hemos hablado de eso. Es demasiado pronto, después de todo lo que ha pasado.

—Pero ¿qué pierdes por preguntar? ¿No debería poder, no sé, viajar de vez en cuando? —Lucille pone morritos y parpadea—. ¿Es tan horrible que me apetezca salir ocasionalmente de la casa de tu madre y del maravilloso pueblo de Byhalia?

—Cariño, acabas de estar en Memphis. Y gastaste mucho dinero.

—No ha sido culpa mía si he gastado mucho. Los precios han subido, porque ya nadie compra nada.

Tom se echa a reír.

—Me parece que las cosas no funcionan así, querida.

Lucille aprieta los dientes. La autora de *El libro del No* es ella, y no él.

—No sabía que ahora eras experto en economía, Tom. ¿Para eso estuviste cuatro años estudiando una carrera? —Como Tom no responde, ella continúa—: Tu hermano perdió más en el crac de la Bolsa que todo lo que gastamos nosotros en Nueva York y, aun así, sigue recibiendo su estipendio. ¿Por qué nosotros no? Quiero ver a mis amigos, Tom. Quiero ir a Nueva York.

Es muy raro que yo esté de acuerdo con Lucille, pero a mí también me gustaría ir. Aun así, me hace gracia verla contrariada alguna vez, para variar.

Tom deja el libro en su regazo. Espero ver en su cara una expresión de profunda preocupación, pero apoya la barbilla en la mano y le sonríe.

—Muy bien, no pensaba decírtelo, pero ya que estamos hablando del tema... Casi he terminado la novela y, si te soy sincero, me parece que es muy buena. De hecho... —Hace una pausa y respira hondo—. Creo que podré venderla, Lucille, y recibir un adelanto bastante considerable, lo que significa que dispondremos de nuestro propio dinero y no tendremos que depender de mis padres.

Tom se echa hacia atrás, lleno de orgullo. No sé qué es un «adelanto», pero tiene toda la pinta de ser dinero.

Lucille no parece impresionada y lo mira con desconfianza.

—¿Se la has enseñado ya a Bill Davenport?

Bill era el editor para el que trabajaba Lucille. No me he olvidado de él. Si ella no hubiera mentido para robarle el novio a Darcy, quizá yo ahora tendría una madre mucho más buena y amable.

—Todavía no —responde Tom—. No quiero que nadie la lea hasta que esté terminada.

—¿Ni siquiera yo? —pregunta ella.

—Yo también quiero leerla, Tom —intervengo—. No me importa que no sea apropiada para niños. —Me aseguro de que lo sepa.

Tom baja la vista y me mira como si no recordara que yo estaba aquí.

—Pronto, os lo prometo —dice, tanto a ella como a mí—, pero no hasta que esté terminada.

El modo en que Lucille lo mira ahora mismo me recuerda a Dorella. Si después de esto lo agarrara y le sostuviera la cabeza bajo la bomba de agua, no me sorprendería.

—¿Cómo sabes que es buena, si nadie la ha leído? —pregunta Lucille, y se pasa la lengua por los labios como si tuviera hambre, aunque creo que más bien es desconfianza.

Tom se encoge de hombros.

—Es lo que todo el mundo quiere leer en estos tiempos. Habla de belleza y romance, y no de gente miserable en la cola del comedor de beneficencia. No es por echarme flores, pero, por lo que he leído del mundillo editorial, creo que merece un adelanto de cuatro cifras.

Lucille respira por la nariz.

—Me parece estupendo, Tom. De verdad. También pienso que, si le dices a tu madre que has escrito un libro, será la demostración de que vuelves a tener la cabeza en su sitio, y entonces ella comprenderá que ha llegado la hora de devolvernos el estipendio.

Tom suspira, se levanta, le dice que se lo pensará y se va a trabajar a su estudio.

Unas mañanas después, a una hora razonable, el coche negro de la señora Heidelberg se detiene delante de la casa. Hace días que no viene. Supongo que nos visitaría a diario si no le cayera tan mal Lucille.

Lucille abre la puerta y monta todo un espectáculo de sonrisas.

—¡Isabelle, qué sorpresa! ¡No sabes cuánto nos alegra que vengas a vernos! —Si tuviera luces de bengala y petardos, esto sería la fiesta del Cuatro de Julio. Lucille sabe bien de dónde sale el estipendio.

No la culpo, porque yo no soy mucho mejor que ella. No hago más que decir «Permítame, señora» y «¿Quiere darme su sombrero?».

La señora Heidelberg le da a Tom un gran abrazo, a mí me palmotea la cabeza y a ella le dice simplemente:

—Lucille.

Hoy su achaparrada figura está envuelta en azul lavanda de la cabeza a los pies. Trae consigo una bolsa marrón y algo de correspondencia. Espero que haya traído otra vez aquellos pralinés

de nuez pecana; estaban tan buenos que casi me desmayo. Mira a su alrededor, como de costumbre, en busca de signos de poca respetabilidad. Pero Tom y yo siempre vamos detrás de Lucille borrando todas las huellas de sus bebidas alcohólicas.

Pongo la mesa para los cuatro con platitos, servilletas y tenedores. Me encanta la cara que pone Lucille cuando la señora Heidelberg ocupa su lugar, al lado de Tom. Va a tener que venir a sentarse a mi lado. Hoy la madre de Tom ha traído unos bizcochos de chocolate. ¡Dios mío! ¡También tienen muy buena pinta!

Cuando todo el mundo está en su sitio, la señora Heidelberg pregunta:

—¿Cómo está tu amiga de Memphis, Lucille?

Miro a Lucille, para ver si se pone a juguetear con un botón o se toca una oreja.

—Todo lo bien que se puede estar en su estado. —Suspira y sacude un poco la cabeza—. Estas cosas nos hacen comprender lo afortunados que somos por tener buena salud.

La señora Heidelberg asiente, pero parece un poco decepcionada por la buena actuación de su nuera.

Luego hablan un rato sobre naderías y apenas les presto atención. Estoy muy ocupada con esta delicia de chocolate. Hasta que la señora Heidelberg dice:

—Lucille, ¿por qué no va Meg más a menudo a jugar con sus primas? —pregunta—. Dice Willy May que casi nunca sale de esta casa.

¡Bien dicho! Esta señora me cae cada día mejor.

Tom mira a Lucille y ella dice:

—Bueno, yo...

—Meg necesita estar con niñas de su edad para adaptarse a su nuevo ambiente, sobre todo antes del comienzo de las clases. —Se

limpia con una servilleta el chocolate que le ha quedado en los labios —. Francamente, creo que algunas de sus primas podrían aprender un poco de Meg. Ella conoce el valor de las cosas.

Echo un vistazo a Lucille. A ella tampoco le vendría mal aprenderlo.

—Meg prefiere quedarse en casa con nosotros. Es tímida —alega Lucille, y, aunque lleva toda la semana sin darme ni los buenos días, me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia ella. Tengo que confesar que la sensación es agradable.

—Bobadas. No es nada tímida. ¿Verdad que no, Meg?

—Bueno, es algo que viene y va —respondo.

—Tu cuñada Rowena está organizando una reunión de las primas la semana que viene —dice la señora Heidelberg—. Espero que Meg pueda asistir. A propósito, te he traído la correspondencia, Tom. Teníais varias cartas en el buzón y las he recogido. Una de ellas es la invitación para la boda de la hermana de Rowena, pero esta otra parece que viene de Oxford.

Le desliza los sobres a Lucille y todos guardamos silencio un momento. Echo un vistazo a la carta y veo que va dirigida al señor Thomas Heidelberg III y señora, en el apartado de correos 12. En el espacio para el remitente, puede leerse «Birdie Calhoun, Oxford». Me quedo paralizada. Aunque me muero de ganas de leer una carta de Birdie, esto podría dejar al descubierto nuestro secreto. Ni siquiera mastico el trozo de bizcocho que tengo en la boca.

La señora Heidelberg mira el sobre por encima de la nariz.

—¿Quién es Birdie Calhoun? No recuerdo a ningún Calhoun de Mississippi. Solo conozco a la familia de John C. Calhoun, pero son de Carolina.

—Es una prima mía —dice Lucille, mientras se apodera de los sobres y se los pone sobre el regazo.

La señora Heidelberg se reclina en su silla y comenta en voz baja:

—Creía que toda tu familia eran campesinos arrendatarios del condado de Yazoo.

Cuando la señora Heidelberg se marcha, un poco más tarde, Tom suspira.

—¡Dios mío, qué cerca ha estado! —Parece que va a vomitar.

Lucille abre la carta y la lee por encima. Ya ha cogido un cigarrillo y la mano le tiembla un poco. Creo que hasta yo sería capaz de fumar en este momento.

—Es solo una... una especie de control de bienestar o algo así, para ver cómo está Meg. Madre mía, esta mujer ha estado a punto de echarlo todo a perder para nada.

—¿Estás bien, Meg? —me pregunta Tom. Noto en sus ojos lo mucho que detesta mentirle a su madre.

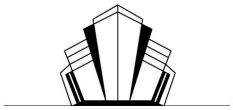
—Estoy bien, Tom.

Cuando se va a su estudio, le pido a Lucille que me deje leer la carta. Me da curiosidad saber qué ha escrito. También sería bonito leer una carta de alguien que me conocía antes de venir aquí.

Me dice que no.

—Lo único que necesitas recordar es Memphis. Quiero que olvides por completo ese lugar, ¿me has oído?

Asiento con la cabeza; era lo que me esperaba. Pero decirlo es mucho más fácil que hacerlo.



# Birdie

## 29

En 1812, sucedió lo que parecía imposible: el río Mississippi, uno de los más largos y caudalosos de América, empezó a fluir en sentido contrario. Era la única historia que mi padre contaba en fiestas y reuniones, la del día en que un terremoto a lo largo del río sacudió la tierra con tanta intensidad que hizo sonar las campanas en Boston, a más de dos mil kilómetros de distancia. El rugido subterráneo despertó a la esposa del presidente Madison en la Casa Blanca, y el poderoso Mississippi, de manera inconcebible, comenzó a fluir hacia el norte. Pensé que, si un río tan pertinaz como el Mississippi podía cambiar de idea, era evidente que yo también.

En mi caso no fue exactamente un terremoto lo que me sacudió, sino la situación salvaje e irracional en la que me encontraba. El enfado tras la discusión con Charlie se había intensificado hasta convertirse en furia candente, para luego caer en una espiral de decepción aterradora, que al final me había dejado con el estómago revuelto. Me sentía mal por mi familia, por la señora Tartt, por Frances, por Charlie y por Meg. Era muy larga la lista de vidas destrozadas.

El día anterior, antes de encontrarme con Garnett en la oficina de correos, me había topado con el libro de contabilidad de Charlie. Todavía hecha una fiera, lo hojeé sin poder controlarme. Las cifras

prácticamente brillaban en las páginas. Las ganancias más suculentas procedían de lo que Charlie denominaba «servicios» y, aunque no me hizo falta preguntarme qué eran, los precios variaban entre cincuenta centavos ¡y nada menos que quince dólares! ¿Qué tendría que hacer una mujer para que le pagaran tanto? Además de los servicios, también había ingresos imputados a los «anticipos». Después venían los apartados de «alojamiento y pensión completa», «licor» y «entradas», como si se tratara de algún tipo de espectáculo. Pero, antes de que pudiera horrorizarme pensando en la clase de espectáculo que Charlie pretendía montar, me di cuenta de que tenía planeado traer una orquesta para que tocara en el jardín de la señora Tartt. Las siguientes fuentes de ingresos eran: «refrescos», «cigarrillos» y, por último, «bailes a diez centavos», con unas ganancias que tampoco eran nada despreciables. Cuando vi a cuánto ascendía el total, no pude evitar sentirme impresionada. Charlie había encontrado ocho maneras diferentes de ganar dinero en casa de la señora Tartt hasta alcanzar beneficios de miles de dólares, según sus cálculos. Era una idea tan retorcida, terrible y genial que inspiró en mí algo parecido a la lujuria. Pero el negocio era tan turbio y precario como la vieja pista de baile montada en el patio, que a la luz del día tenía un aspecto todavía más lamentable.

¿Qué podía haberme hecho cambiar de idea de forma tan radical en el tiempo que tardé en hacer el camino desde la oficina de correos hasta el porche trasero de la casa? Garnett Pittman, por supuesto. Charlie había dado en el clavo en lo referente a sus intenciones con Meg. Realmente pensaba hacer todo lo posible para llevarla de vuelta al orfanato y enviarla a su programa de trabajo en la fábrica de conservas. De un infierno a otro, sin escalas.

El domingo por la mañana, estaba mirando la precaria pista de baile, dándole vueltas a la manera de iniciar la conversación, cuando

se abrió la puerta mosquitera. Charlie la cerró con cuidado, para no hacer ruido. Tenía los ojos negros apagados, como si alguien le hubiera desconectado el cable de la luz. Era inquietante verla moverse con tanta lentitud, siendo como era una fuerza de la naturaleza. Para empeorar las cosas, se había vuelto a poner el vestido amarillo lleno de manchas.

—¿Por qué te has puesto otra vez ese vestido viejo? —le pregunté. Tenía un montón de vestidos de los de la señora Tartt, y además volvía a hacer bastante calor; el viento se había llevado el frescor a otra parte.

Charlie desvió la mirada y dijo:

—Nos vamos.

Unos segundos más tarde, Flossy salió al porche, haciendo ruido con sus zapatones. Se le marcaban dos profundas arrugas a los lados de la boca.

—Ya he hecho la maleta, Charles.

Llevaba un vestido rosa parecido al otro, pero diferente en algunos detalles. Le llegaba justo por encima de las rodillas amoratadas, como si fuera de hace diez años, y dos de los botones delanteros pendían de un hilo, más o menos como ella.

—No me mires así —me dijo Flossy, entrecerrando los ojos—. No tienes por qué tratarme diferente ahora que sabes cómo me gano la vida. Cuando llegué, fuiste amable conmigo y me preguntaste si prefería los huevos fritos o revueltos. No he cambiado. Soy la misma persona.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—¿Adónde crees? De vuelta a la casa de la vieja pervertida. Con una parada en Byhalia.

Me volví hacia Charlie.

—Charlie, ¿qué piensas hacer?

Tenía los labios apretados con firme obstinación.

—Solo voy a preguntarle a la..., a esa mujer con la que vive Meg si puedo hablar un momento con mi hija. Nada más. —Bajó la vista hacia el vestido desastrado y añadió con un hilo de voz—: Quiero asegurarme de que Meg me reconozca.

Desde el sendero, se oyeron dos toques de claxon.

—Vamos, Charles —dijo Flossy—. Priscilla no vendrá a buscarnos.

—Esperad. —Tardé un segundo en decirlo y otro segundo en creerme que lo estaba diciendo—: Charlie, estoy dispuesta a... plantearme trabajar en el negocio, ¡pero solo en el club de baile! No quiero saber nada de lo que pase en la planta de arriba, ¿me oyes?

Había convencido a mi conciencia de que sería capaz de hacer lo mismo que las otras mujeres normales: ver solo lo que quería ver. Estaba bastante segura de no haberlo conseguido ni una sola vez en la vida, pero tendría que aprender.

Charlie se quedó mirando el patio trasero, sopesando la idea, y por fin dijo que estaba de acuerdo, como si fuera ella la que hubiese tenido que ceder. Tampoco la veía demasiado sorprendida por mi cambio de parecer, y eso me irritó todavía más.

—Antes de decidir nada, voy a pedirte dos cosas, Charlie. En primer lugar, tienes que prometerme que no volverás a mentirme. ¿Entendido?

—Sí, te lo prometo —contestó.

Esperé un momento, por si pensaba darme las gracias o mostrar algún tipo de agradecimiento, pero no lo hizo. El taxi volvió a tocar el claxon.

—Y prométeme también que no irás a Byhalia... todavía. Encontraré otra manera de comunicarme con los padres de Meg. —Había pasado menos de una semana desde que les había escrito,

poco antes de que Frances y la señora Tartt se marcharan, y aún no habían tenido tiempo de contestar.

Charlie se clavó las uñas en el muslo, a través de la fina tela del vestido amarillo. Para ella era difícil renunciar a su plan. Yo no sabía cuál era la mejor solución, pero estaba segura de que no podía ser que Charlie se presentara en esa casa y pusiera el mundo de Meg patas arriba.

—Charlie, eso solo serviría para confundir a Meg y, además, es demasiado peligroso. ¿Qué pasará si le cuentan a Garnett que la verdadera madre de Meg ha ido a verla?

Nos arriesgábamos a poner en marcha una nueva serie de problemas, cuyo alcance ni siquiera podía imaginar. Y no me atreví a contarle a Charlie que Garnett quería traer a Meg de vuelta al orfanato, porque sabía que, si se lo hubiese dicho, habría saltado al taxi, se habría ido directamente a sacar a Meg de su casa y habría acabado en la cárcel, acusada de secuestrar a una menor. Nunca volvería a pisar la calle con esos zapatos suyos manchados de sangre.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que encontrarás la forma de hablar con esa gente? —Su voz se había vuelto aguda.

—Por supuesto que sí.

—De acuerdo —susurró, frotándose la cicatriz de la muñeca—. Pero tienes que prometerme que me dejarás dirigir el negocio a mi manera.

—Muy bien. Tú solo dime cómo funciona, para que yo sepa qué hay que hacer. Pero no quiero saber nada más, ¿de acuerdo? —Y, en contra de mi sensatez de contable, añadí—: Me quedaré solamente con la parte que me corresponda de los bailes a diez centavos, las bebidas legales y los cigarrillos.

Charlie meneó la cabeza.

—Si trabajas con nosotras, te llevarás toda tu parte. Es lo que acordamos.

—Lo que acordamos era abrir un club de baile.

—No puedo confiar en alguien que no quiere comprometerse del todo —replicó Charlie, con la barbilla levantada y los brazos cruzados. Meg hacía el mismo gesto cuando se empecinaba en una opinión.

—¿Y tú me hablas de confianza...? —Pero apreté los párpados, contuve la lengua y contesté—: De acuerdo.

Aunque habría querido hacerle otras muchas exigencias, decidí dejarlo ahí por el momento.

—Las clases empiezan la semana que viene. Tenemos que contratar chicas ahora mismo.

La luz interior de Charlie había vuelto a encenderse. En quince minutos, había pasado de la más completa oscuridad a la potencia eléctrica máxima. Yo, en cambio, estaba aterrada y seguía enfadada por lo que iba a suceder. Me mantuve detrás del fregadero, a dos metros de distancia de ella y de Flossy, sentadas a la mesa de la cocina.

Solo nos quedaban patatas, zanahorias, nabos, cebollas, queso, una lata de anchoas y jamón enlatado. Me puse a girar la ruidosa manivela del tamiz de harina, para preparar la base de una especie de pastel de verduras, todo ello mientras intentaba comprender la mecánica de estar al frente de la tapadera de un burdel sin tener que enterarme de lo que pasara en su interior. Era como querer nadar sin mojarme.

—¿Por qué no envías un telegrama a las chicas de Priscilla, diciendo que estás en una buena casa? —propuso Charlie.

—¿Una buena casa? —respondió la otra, mirando a su alrededor —. Cuando puedas, pásame la dirección de ese lugar del que hablas. Escucha, no creas que es fácil salir de la casa de Priscilla. Yo he tenido suerte, o al menos eso pensaba. Por cierto, esto me recuerda que desde que he llegado aquí no he comido más que huevos duros y encurtidos. Necesito comida de verdad. Quiero un plato caliente.

—En eso estoy —contesté yo, girando la manivela.

Había tanta humedad que tenía que golpear un lado del tamiz cada tres vueltas, para que cayera la harina. Tres vueltas y un golpe, tres vueltas y un golpe. Solo quería disponer de la información básica para dirigir mi lado del negocio y nada más.

—Ya no estamos en los años veinte, ¿sabes? —dijo Flossy—. Si quieres chicas un poco vistosas, hay que tener algunas comodidades, como una radio, un teléfono y muebles de verdad. — Sacó un cigarrillo de una caja de Lucky Strike con las uñas rosas.

—Mañana nos conectarán a una línea compartida —observé—. Y, por favor, no fumes aquí dentro.

—Si reservas una cita a través de una línea compartida, la siguiente cita será con el juez —replicó Flossy.

—Pediremos una línea privada en cuanto hayamos cobrado los anticipos del resto de las chicas —intervino Charlie—, pero no cobraremos nada mientras no contratemos.

—A propósito —dijo Flossy—, no creo que encuentres muchas chicas dispuestas a pagar un anticipo de cinco dólares. En los tiempos que corren, lo normal es la mitad al principio y la otra mitad cuando empiezan a llegar los billeteros. —Me miró—. Así llamamos a los clientes, novatilla. Y no olvides, Charlie, que necesitamos una estrella. —Se volvió otra vez hacia mí—. Una chica muy atractiva. — Levantó la mano y enseguida añadió—: Lo siento, yo tendré que

declinar humildemente ese honor. Pero, si consigues una estrella, será un buen empujón para el negocio.

—No me preocupa la estrella. Lo primero es contar con unas cuantas chicas, sean como sean. ¿Qué te parece si tiramos la caña en la casa de Jojo, en Memphis?

—La mayoría de sus pupilas se pinchan.

Seguí tamizando más rápido que antes: tres vueltas y un golpe, tres vueltas y un golpe. No sabía muy bien qué significaba eso de pincharse, pero sospechaba que era algo horroroso que podía hacerme cambiar otra vez de idea.

—¿Qué me dices de la de Zelda?

Flossy hizo el gesto de cortarse el cuello con una mano.

—Clausurada. No quedan muchas casas abiertas desde que la Liga contra la Diversión se ha empeñado en cerrarlas. Ahora las chicas tienen que hacer la calle, y eso sí que es triste. Ya no trabajan para una madama, sino para un hombre. Un chulo. Me han dicho que últimamente Chicago está todo lleno de chulos. —Soltó esa parrafada con el cigarrillo sin encender entre los labios y a mí me costó unos segundos asimilar el mensaje.

—Cuando hablas de la Liga contra la Diversión, te refieres a la Liga contra el Vicio, ¿no?

—La misma —repuso Flossy.

Miré a Charlie. Ella también sabía que Garnett aspiraba a ser la presidenta de la Liga contra el Vicio, porque eso decía el artículo de periódico que había agitado delante de mis narices.

—¿Lo has oído? Flossy dice que la Liga está clausurando casas como... esta de aquí. —Estuve a punto de decir «como la nuestra».

—Por eso estamos preparando una buena tapadera —respondió Charlie con el ceño fruncido. Parecía molesta conmigo por haber sacado el tema.

Con la idea de Garnett contaminando mis pensamientos, todo aquello me parecía condenado al fracaso.

—¿De verdad piensas tener abierto el negocio solo...?

—Menos de un mes —contestó Charlie—. Antes del vencimiento de la hipoteca.

Flossy no pareció sorprenderse al oírlo. Debían de haber hablado del tema en los últimos días.

—¿Cuántas habitaciones de la planta de arriba vas a utilizar?

—Llaves. Las habitaciones se llaman «llaves» —intervino Flossy.

—Todas —respondió Charlie.

—¿También la habitación de la señora Tartt? —repliqué—. ¿Podrías al menos hacer una excepción con la suya?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Eché otra taza de harina en el tamiz. Iba a ser un pastel gigante.

—¿Y el doctor? —preguntó Flossy—. Dijiste que nos llevarías a hacernos pruebas, ¿verdad?

—Lo dije y lo haré —respondió Charlie.

—¿Paga la casa o nos cobrarás un ojo de la cara?

—Paga la casa —dijo Charlie con un suspiro—. ¿Cuál es el médico de Priscilla?

—Kleinkamp, un viejo judío. Está ciego como un topo y prácticamente no distingue una oreja de una teta, pero los demás ni siquiera se nos acercan —explicó Flossy—. Sea como sea, las pruebas se tienen que hacer. Un caso de sífilis ¡y adiós negocio!

«Sífilis». Me estremecí al recordar los viejos carteles de la Gran Guerra en los que aparecía el Tío Sam apuntando con un dedo, bajo las sinuosas letras de la palabra «sífilis». Aunque había dicho que quería permanecer al margen, no me pude contener y pregunté:

—¿Qué pasa si la pillas?

—Normalmente, nada —contestó Flossy—. Puede ser como un catarro y nada más. Pero también puede dejarte sin cara.

Miré a Charlie, preguntándole con los ojos si yo también me podía contagiar.

—Haré que todas las chicas se hagan la prueba antes de abrir y una vez más al cabo de un tiempo —me aseguró—. Pero antes tenemos que contratarlas. ¿Y en Nueva Orleans, Flossy? ¿A quién conoces allí?

—Nadie saldrá de la gran ciudad para venir a trabajar a un pueblucho perdido, Charles. La mayoría de las casas que empiezan hacen circular la noticia de que están contratando, pero eso lleva tiempo.

—Nosotras no tenemos tiempo.

—¡Y pensar que hay tantas chicas sin empleo! Es una pena no poder publicar el anuncio en la sección de ofertas de trabajo —dijo Flossy, señalando un periódico que había sobre la mesa. Entonces movió la mano en el aire como repasando un titular—: «¡Extra, extra! Llaves en casa de lujo. Sin muebles, pero con todos los huevos y encurtidos que puedas comer».

—¿Por qué no podemos? Eso solo lo entendería una buscona —observó Charlie.

—Yo no soy ninguna buscona, querida, porque no busco nada —replicó Flossy—. Soy una prostituta y a mucha honra.

Charlie se inclinó hacia Flossy.

—Pero no sería mala idea, ¿no? Podríamos poner un anuncio en el periódico.

Flossy dijo lo mismo que yo estaba pensando:

—No.

Entonces Charlie cogió otro periódico de la pila de la chimenea y, chupándose de vez en cuando el pulgar, fue pasando las páginas,

hasta encontrar la que buscaba.

—«Un centavo la palabra. Publicación en diarios de tres condados, a elección: Quitman, Lafayette, Yalobusha, Tate...» —leyó, y enseguida levantó la vista—. Podríamos publicar en todos estos, excepto en el de Lafayette, para no arriesgarnos tanto. ¿Qué os parece?

—Me parece que eres la peor madama que conozco —dijo Flossy.

—Si ponemos el anuncio el lunes y lo publicamos dos días seguidos, empezaremos a entrevistar chicas el jueves y podremos inaugurar la noche del sábado —afirmó Charlie, abriendo el libro de contabilidad y escribiendo en la última página: «Llaves en casa nueva. Se exige experiencia».

Había más, pero no logré distinguirlo.

—Las prostitutas no leen los anuncios de empleo, Charles —dijo Flossy—. Vendrá gente rara...

—Todo el mundo los lee —la contradijo Charlie—. Y me juego lo que sea a que una mujer desesperada verá nuestro anuncio y pensará: «Esto es por lo que he estado rezando». —Al decirlo, dio unos golpecitos con el índice sobre el periódico.

—Pues necesitaremos que eso pase media docena de veces —comentó Flossy.

—Una de nosotras tendrá que llevar esto a las oficinas del periódico mañana por la mañana —dijo Charlie.

—Tú no —repliqué yo, porque las dos sabíamos quién podía verla.

Flossy captó la mirada que intercambiamos.

—¿Te da miedo ver a alguien en la ciudad, Charles? —Parecía preocupada.

Si Flossy iba a quedarse a trabajar con nosotras, tenía que saberlo.

—Garnett Pittman, la candidata a la presidencia de la Liga contra el Vicio. —Noté un ligero temblor en la mandíbula de Charlie y me di cuenta de que habría preferido que no sacara el tema y menos aún por segunda vez.

—¿Quién es esa tía? ¿Qué quiere de ti?

—Nada. Ni siquiera sabe que estoy aquí —respondió Charlie.

Pero Flossy me miró para averiguar si su amiga le estaba ocultando algo.

—¿Y tú? ¿Tienes algo que decir de esa mujer?

¿Cómo expresarlo?

—Es alguien que hace todo lo que quiere sin que nadie tenga agallas para impedírselo —dije.

—¿Quién sabe? Quizá nosotras seamos las primeras en pararle los pies —replicó Flossy, mientras le quitaba de las manos a Charlie el trozo de papel.

A la mañana siguiente, después de ordeñar la vaca y dar de comer a las gallinas, me senté a mirar con disgusto la taza de café aguado que había conseguido prepararme. Lo estaba racionando para que no se nos acabara, cuando de repente, entre todos los lujos del mundo, el teléfono volvió a la casa. Estuve observando al técnico de Southern Bell mientras lo conectaba en el pasillo. Luego me explicó que dos tonos cortos y uno largo indicaban que la llamada era para nosotras, mientras que cualquier otra señal significaba que iba dirigida a otra casa.

—¡Cuidado con lo que hablen en la línea compartida! —me aconsejó con un guiño. Lo que quería decir era que un vecino aburrido podía descolgar el teléfono y escuchar llamadas tan prosaicas como un pedido a la tienda de alimentación, o tan

interesantes como por ejemplo las reservas para el nuevo burdel de los Tartt.

Aun así, intenté verlo como una señal de que las cosas estaban mejorando.

Cuando Flossy se fue a la ciudad a poner el anuncio y Charlie salió al jardín a tender la ropa, yo fui al pasillo y levanté el auricular.

—Silva, ¿podrías comunicarme con la casa del señor Thomas Heidelberg III, en la localidad de Byhalia?

En la carta que había enviado la semana anterior solo preguntaba si podíamos iniciar una correspondencia, para hacer un seguimiento de la adaptación de Meg. Pero, después de mi conversación en la oficina de correos, necesitaba saber si Garnett les había sugerido ya que devolvieran a Meg y, en ese caso, qué les había dicho exactamente. Y quería averiguarlo sin que Charlie me oyera.

—Bienvenida otra vez a la compañía telefónica Southern Bell —me saludó Silva—. Vamos a ver... Hay dos Thomas Heidelberg registrados en Byhalia..., pero ninguno de los dos figura como el tercero.

—Bueno, intenta con cualquiera de los dos —repliqué—. Deben de ser parientes.

Tras una tormenta de estática y unos segundos de espera, se oyó un timbre y contestó una voz de mujer:

—Residencia de la familia Heidelberg.

Me aclaré la garganta.

—Buenos días. Me llamo Birdie Calhoun y llamo del Hogar de Huérfanas del Condado de Lafayette, para preguntar por una niña, Meg, que fue adoptada por la familia Heidelberg.

—¿Meg? Sí, señora, todos conocemos a la pequeña Meg. —Su voz era cordial, e incluso me pareció que se refería a la niña con

afecto—. ¿Desea hablar con el señor Tom y la señora Lucille?

En lugar de pedirle que me pusiera directamente con los nuevos padres de Meg, le dije:

—Sí, pero... Les escribí la semana pasada, una carta rutinaria para ver cómo se encuentra la niña. ¿Sabe usted por casualidad si alguien más de Oxford se ha puesto en contacto con los Heidelberg para hablar de Meg o de algo relacionado con ella? —Era un palo de ciego, pero, según la señora Tartt, el servicio siempre sabía más de la familia que la mejor amiga de la dueña de la casa, el pastor de la iglesia o incluso el marido.

Hizo una pausa.

—¿Dice que llama de un orfanato en Oxford? ¿Acerca de Meg?

—Sí. ¿Sabe si alguien del Hogar de Huérfanas del Condado de Lafayette ha llamado para hablar de Meg? —Como era consciente de que la pregunta podía parecer sospechosa, añadí con una risita—: Estamos un poco desorganizadas por aquí.

Guardó silencio un momento y después dijo:

—Creo que debería hablar con uno de los Heidelberg, señora. Yo no le sabría decir... Les diré que la llamen.

Como no quería que desconfiara, no insistí.

—Entiendo. ¿Puede pedirle a la señora Heidelberg que me llame? Birdie Calhoun. El número de mi casa es el 43 de Oxford. Tendrá que llamarme aquí, porque en el orfanato no tenemos teléfono.

—Sí, señora. Le transmitiré su mensaje.

## 30

Todo el día estuvimos trabajando para aplanar el suelo de la pista de baile. Supuestamente, era una plataforma de madera de seis por

siete metros y medio que quedaba unos pocos centímetros por encima de la hierba e iba montada sobre soportes metálicos con rieles y abrazaderas de metal. No era de extrañar que no aparecieran las instrucciones de montaje, porque la habían comprado en Sears Roebuck cuando todavía era presidente Woodrow Wilson. En lugar de ponerme a adivinar dónde colocar toda la impresionante variedad de tornillos y pernos, medí y cavé doce hoyos —cuatro para las esquinas, uno en la mitad de cada lado y cuatro para sostener el centro—, y procedí a montarlo todo a mi manera.

—Muy bien, suéltalo —le dije a Charlie, sosteniendo el cubo de cemento sobre el pozo mientras ella dejaba caer el poste a través de un robusto soporte.

Después me ayudó a sujetar la pesada pieza en posición vertical, con el rostro radiante como una manzana, mientras yo echaba mortero en el hoyo. Cuando hubimos fijado tres de los lados, empezamos a colocar otra vez las tablas medio desportilladas dentro del marco y apretamos los tornillos en los rieles para asegurarlas. En cuanto a las tablas alabeadas, que eran una media docena, me limité a martillarlas para que encajaran en los travesaños. Lo que teníamos en el jardín ya no era la delicada «nueva plataforma de baile portátil de Sears, Roebuck & Company», sino un suelo robusto que podía aguantar hasta el año 2000.

Mientras tanto, Flossy «ayudaba», sentada en los peldaños del porche trasero con una tabla en el regazo que, en teoría, estaba lijando para que yo pudiera pintarla otra vez de negro.

—Demasiado trabajo para una simple tapadera. Con un cartel de «Se venden Biblias» en la fachada tendríamos suficiente. Lo sabéis, ¿no?

El sol parecía gritar desde el cielo. Me corría el sudor por la cara y por la espalda, y me costaba respirar. La conciencia de lo que estaba haciendo me carcomía y me devoraba. ¿Me había vuelto loca? ¿Y si se presentaba Jack? ¿Y si Frances y la señora Tartt volvían antes de lo previsto? Lo único que sabía de ellas era que habían llegado a Jackson sin novedad. ¡Pero qué tontería temer su regreso, cuando lo que en realidad habría debido preocuparme era que el maldito *sheriff* viniera a curiosear!

Ya no podía más de calor y me había dado un par de martillazos en el pulgar, porque la condenada herramienta se me resbalaba de las manos. Entonces le dije a Flossy:

—Mira, por si no lo sabías, yo estoy montando un negocio legal. Así al menos una de nosotras no acabará entre rejas.

—Nada de eso, muñeca. Si a nosotras nos enchironan, a ti también. Se llama «cooperación necesaria» —replicó ella—. Pero yo no me preocuparía demasiado. Serán solo unas pequeñas vacaciones en la cárcel.

—¿Cómo te metiste en esto para ganarte la vida, Flossy?

Ella frunció los labios, reflexionando, mientras lijaba la tabla que tenía en el regazo.

—A veces eliges tú el oficio y otras veces el oficio te elige a ti. —Se sacudió el polvo e hizo una mueca al ver que se le estaba saltando el esmalte rosa de las uñas—. A mí me inició mi tío Roy, que se hizo cargo de mi hermana y de mí cuando nuestros padres murieron. Una mañana, mientras desayunábamos, nos dijo: «Una de vosotras seguirá yendo a la escuela, pero la otra tendrá que ir a trabajar con McPolly. Decidid vosotras mismas quién se queda y quién se va». No podía dejar que fuera mi hermana, porque aún era pequeña.

—¿Cuántos años tenía? —le pregunté, masajeándome la dolorida zona lumbar.

—Once.

—¿Y tú?

—Doce.

«¡Dios Santo!», me estremecí.

A los doce años, yo corría por los algodonales y cuidaba animales enfermos mientras Frances se miraba embobada en el espejo. Meg tenía casi esa edad y creo que Charlie también debió de pensar lo mismo, porque enseguida, con expresión desolada, volvió la vista hacia el árbol donde había apoyado la frente unos días atrás. Yo sabía que nunca dejaba de pensar en su hija, pero había recordatorios que para ella eran como espinas clavadas en la médula.

—¿Qué quieres que haga, que me eche a llorar, a mi edad? —añadió Flossy, poniéndose de nuevo a lijar la tabla.

Trabajamos toda la mañana siguiente y, por la tarde, terminamos de montar la pista de baile. Charlie y Flossy sacaron la escalera más alta y empezaron a colgar los farolillos dorados de los árboles, mientras yo limpiaba las tablas de serrín para repintarlas. Entonces, desde lo más profundo de la casa desierta, oí que sonaba el teléfono. Me incorporé y presté atención, como ya había hecho varias veces a lo largo del día. Pero en esta ocasión fueron dos tonos cortos y uno largo, así que corrí a coger la llamada.

—Conferencia de larga distancia —anunció Silva, la operadora, y estableció la conexión.

—¿Hablo con la residencia de la señorita Birdie Calhoun? —Era la voz de una mujer mayor, severa y profunda.

Me preparé para lo peor, sintiendo que se avecinaba la tormenta.

—Sí, señora. Soy yo.

—Buenos días. Soy Isabelle Heidelberg, de Byhalia, y la llamo porque usted me lo ha pedido. Mi hijo Tom y su esposa han adoptado a Meg.

—¡Ah, claro! Llama para hablar de la niña. Sí, desde luego. —Me aclaré la garganta—. Colaboro con el Hogar de Huérfanas del Condado de Lafayette y quería hablar con ustedes para hacerles algunas preguntas acerca de Meg, si no le parece mal. En primer lugar, me gustaría saber cómo está. —Volví a carraspear. Mentir me resultaba tan incómodo como llevar zapatos demasiado pequeños. Las palabras me salían torpes y enrevesadas.

—Meg está... Podemos decir que está muy bien. De hecho, es una niña muy afortunada. La plantación de Cottonwood es sin duda un gran paso adelante para ella.

—Desde luego que sí.

—Señorita Calhoun, tendrá que disculparme, pero hay algo que no estoy segura de haber entendido —continuó la señora Heidelberg —. Yo tenía la impresión de que mi hijo y su esposa iban a adoptar un bebé en un orfanato de Memphis: la Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee, dirigida por la señora Georgia Tann. Por eso, cuando recibí su mensaje diciendo que era de Oxford, me quedé bastante desconcertada. ¿Tiene algo que ver su organización con el orfanato de Georgia Tann en Memphis?

—Que yo sepa..., no —respondí—. Meg estaba en el Hogar de Huérfanas del Condado de Lafayette, en Oxford.

—Todo esto es muy... —Parecía exasperada—. Supongo que ese orfanato de su condado no selecciona a las niñas de la misma manera que Georgia Tann, ¿o sí lo hace?

—¿Seleccionarlas? —Me vino a la mente la larga lista de niñas que el orfanato excluía. ¿Qué debía decirle a la señora? ¿Que la institución no admitía leprosas?

—¿Hacen ustedes algún tipo de selección? ¿O es uno de esos asilos donde la gente puede llevarse gratis a cualquier niña abandonada?

—Bueno, hay que pagar cinco dólares por la adopción y demostrar además que se tienen veinticinco dólares depositados en un banco.

La señora dejó escapar un gemido.

—¡No me lo puedo creer! ¡Más mentiras! —A través del auricular, oí ruido de papeleo.

Yo también estaba desconcertada y no acababa de entender lo que estaba sucediendo, pero empezaba a hacerme una idea. Sentía que necesitaba defender a Meg de alguna manera.

—Hay un procedimiento que es preciso seguir —argumenté—, y el inspector y la presidenta son muy estrictos. Y hay reglas, muchísimas reglas.

—¿Qué puede decirme acerca de Meg, señorita Calhoun? Porque no sabemos absolutamente nada de esa chica. ¿Quiénes son sus padres? ¿De dónde ha salido?

—Viene de una familia muy respetable, con padres honestos y educados... que sufrieron un duro golpe en la vida, como le ha pasado a tanta gente en estos tiempos que corren.

Aguardó un momento.

—¿No va a decirme nada más?

Esperaba no tener que hacerlo.

—Como ya habrá notado, Meg es una niña muy lista. Ha sido bien educada y tiene buenos modales. Es muy buena.

La oía respirar al otro lado de la línea, como si estuviera reflexionando sobre lo que acababa de decirle.

—Es lista, lo sé. Mi hijo Tom le ha cogido cariño. Pero, señorita Calhoun, una niña de la edad de Meg no era lo que yo tenía en

mente. Habíamos acordado que adoptarían una niña pequeña, debidamente seleccionada por una agencia respetable. Meg es una buena chica, pero no creo que encaje en nuestra familia. A decir verdad, me parece que le aconsejaré a mi hijo que la devuelva.

Me costó responder; se me habían atragantado las palabras.

—Yo... no... Señora Heidelberg, se lo ruego, antes de... tomar una decisión, debería saber que el orfanato no es un buen lugar para las niñas... Las castigan y no les dan suficiente comida... Y, si nadie las adopta, las envían a trabajar... Ellas no tienen la culpa...

—¡Por eso precisamente envié a mi hijo y a su esposa a que adoptaran un bebé en la agencia de Georgia Tann! —Su voz volvía a ser estridente—. ¡Y no una chiquilla desnutrida de once años, cuyos antecedentes ignoramos por completo! ¡Lo único que sé de Meg es que sabe distinguir el tenedor de postre del de la fruta!

Oí por detrás de su voz que estaba dando unos golpecitos sobre la mesa, tal vez con un anillo o una pluma estilográfica, como si se estuviera preparando para poner fin a la conversación, quizá para ir a increpar a otra persona. Estaba a punto de decirle que Meg merecía un futuro cuando, de repente, sin que yo me lo esperara, me preguntó:

—Ese orfanato del que habla, ¿no será por casualidad el que dirige la señora Garnett Pittman, que suele aparecer en el periódico?

Sentí que se me secaba la boca. Pero ¿cómo iba a mentirle sobre un hecho tan fácil de comprobar?

—Bueno..., sí..., pero yo soy la encargada de hacer el seguimiento de la situación de Meg. No es necesario que hable usted con la señora Pittman.

—A ella no la conozco personalmente, pero conozco a su marido, el doctor Welty Pittman, que hace poco visitó a mi nieto en casa. Quizá él pueda ayudarme a arreglar las cosas.

Con eso no mejorábamos nada.

—Por favor, no moleste por eso al doctor. Si me concede algo de tiempo, estoy segura de que podré proporcionarle algunos datos acerca del pasado de Meg.

—No creo que esto pueda esperar. Cuanto más se alargue la estancia de la niña en esta casa, más difícil será devolverla. Tenemos que encontrar una solución de inmediato. Gracias por dedicarme su tiempo, señorita Calhoun. Adiós. —Y enseguida colgó el teléfono.

Me quedé boquiabierta, con el auricular en la mano. Había actuado con buenas intenciones para prevenir un desenlace terrible, pero en lugar de eso había activado la maldita alarma de incendios.

El resto de la tarde estuve pintando el suelo de la pista de baile. Gracias a Dios, Charlie seguía subida a la escalera, colgando farolillos. Yo mantenía la vista fija en las profundidades del infierno, porque de lo contrario habría notado mi expresión de horror. No tardé mucho en comprender lo que había sucedido.

Por lo que pude deducir, los nuevos padres de Meg le habían mentido a la señora Heidelberg y, en lugar de adoptar un bebé con «buenos antecedentes», se habían decidido por una niña cualquiera. ¿Por qué lo habían hecho? Lo ignoraba. Tampoco sabía qué pasaría si la señora Heidelberg mezclaba a Welty en todo el asunto.

Moviéndome a cuatro patas bajo el sol abrasador de septiembre, intentaba imaginar todas las situaciones posibles, las mejores y las peores. La señora Heidelberg había dicho que «conocía» al doctor Pittman, pero ¿qué podía decirle Welty sobre la familia de Meg si lo llamaba? Desde luego, no le diría que era su padre. Más probablemente, le contaría que la niña había quedado abandonada cuando ingresaron a su madre en el manicomio. Entonces la señora Heidelberg devolvería a la chiquilla de cinco dólares y la dejaría en

manos de Garnett, que la haría desaparecer en su programa de trabajo, como si la hubiera tirado a un pozo.

Pero ¿no había dicho también que su hijo se había encariñado con Meg y que cuanto más se alargara la estancia de la niña en su casa, más difícil sería devolverla, presumiblemente por el afecto que le tendrían? Yo conocía por experiencia la rapidez con que Meg era capaz de ganarse la simpatía de la gente. Por lo tanto, era posible que hubiera alguna esperanza, aunque no la suficiente para contárselo a Charlie todavía.

Me aparté un poco para observar la pista de baile, brillante y húmeda tras la primera mano de pintura negra. Los últimos acontecimientos me ayudaban a poner en perspectiva el plan calamitoso y depravado en el que había aceptado participar. Si Charlie tenía alguna posibilidad de recuperar a Meg, más le valía disponer de suficiente dinero para largarse con su hija lo más lejos posible.

Al día siguiente, le dejé un mensaje a la criada de los Heidelberg, rogándole a la señora de la casa que me llamara. Pensaba decirle que había solicitado el historial familiar de Meg en los archivos de Jackson y le suplicaría que tuviera paciencia y aguardara un poco antes de tomar cualquier decisión sobre la devolución de la niña. Esperaba poder ganar de ese modo un poco de tiempo para Meg y para mí.

El jueves, el anuncio ya había aparecido en los periódicos de tres condados.

Aunque Flossy nos había dicho que no nos hiciéramos ilusiones, también había enviado telegramas a varias chicas de Sweetwater, Memphis y Natchez. Faltaban dos horas para que comenzaran las entrevistas, que tendrían lugar en el porche delantero. Charlie me

había pedido que estuviera presente y yo había aceptado, aunque dejando claro que solo preguntaría a las candidatas si sabían bailar. No tenía ni idea de los requisitos necesarios para ser una buena... Ni siquiera sabía qué nombre darle, aunque me había decidido por el término «monitora», porque hacía pensar en una joven con un corte de pelo razonable y un vestido blanco almidonado, capaz de ganar competiciones atléticas. En cualquier caso, sabía muy bien que nuestras chicas no iban a enseñar a nadie a golpear una pelota de tenis ni a balancear un palo de golf.

Preparé huevos y panecillos para desayunar con Charlie, ya que Flossy aún no se había despertado. Sentada a la mesa de la cocina, Charlie se santiguó al estilo católico y susurró una oración a la Virgen. Yo la escuché indignada. Había que tener una fe muy particular para pedirle a la madre de Dios que bendijera su negocio de prostitución y nos trajera «chicas buenas y trabajadoras».

Después de desayunar, subí a la planta de arriba para trasladar las cosas que tenía en la habitación amarilla al armario del pasillo, ya que era preciso dejar el dormitorio libre para las nuevas inquilinas. Mientras estaba en eso, oí ruido delante de la casa y me asomé a la ventana del dormitorio, que daba a la carretera. Delante del sendero se había parado un automóvil negro de morro alargado, con el techo plano y los guardabarros curvados sobre las ruedas delanteras. «Esto no puede ser bueno», pensé. Una mujer de cabello oscuro bajó del asiento del conductor y echó a andar hacia la casa. Bajé corriendo la escalera, gritando:

—¡Charlie, ha venido alguien!

Justo en ese momento, la mujer llamó a la puerta.

¿Sería una entrevista temprana o —¡por Dios, no!— una amiga de la señora Tartt o de Frances? Salí a recibirla.

—Hola —la saludé.

La mujer aparentaba unos treinta y cinco años y tenía el pelo corto, peinado con unas ondas perfectas. Llevaba un bonito vestido verde de seda, que no era escotado ni ceñido como el de Flossy, pero que al ser entallado le sentaba muy bien. Me devolvió el saludo, tendiéndome una mano enguantada, que yo le estreché.

—He leído en el periódico que buscáis personal y he pensado que podría venir y charlar un rato.

Tenía los pómulos altos y unos ojos castaños que recordaban a los de un gato. La piel aceitunada le confería un aire exótico, tal vez de española o de europea. Era preciosa. Nunca había visto a una mujer tan guapa. Yo creía que todas las chicas que vendrían serían como Flossy, que hacía pensar en una ganga comprada en un mercadillo poco antes de la hora del cierre. Pero esa mujer... No sabía si ofrecerle un café o preguntarle si quería que le limpiara el coche.

—Llegas un poco pronto. —No sabía muy bien qué decirle.

Charlie salió al vestíbulo, abrochándose aún el vestido. Cuando vio a la mujer, se detuvo un momento y respiró hondo.

—Hola, soy Charlie.

—Esmeralda. Encantada de conocerte.

Charlie le estrechó la mano enguantada.

—¿Estás en alguna casa actualmente? —le preguntó. Actuaba de manera un poco rígida, tal vez porque quería parecer una madama o quizá para compensar que iba descalza y llevaba el vestido mal abrochado.

—No, en este momento no. De hecho, iba de camino a visitar otros establecimientos cuando vi vuestro anuncio. —Sonrió, enseñando una leve separación entre los dos incisivos—. Tengo que confesaros que nunca había visto un anuncio como el vuestro —añadió, con una risa grave que le brotó con naturalidad.

—¿Qué otros establecimientos? —preguntó Charlie.

—Ah, unos pocos, aquí y allá.

Levantó la vista hacia el techo azul pálido del porche y observó la casa. Después se quitó los guantes blancos, un dedo tras otro. Advertí que tenía las uñas pintadas de beige, con un estilo de media luna que ya había visto en las revistas. Las llevaba como Flossy, pero no se parecían nada a las de Flossy. Charlie se metió apresuradamente las manos en los bolsillos del vestido para esconderse las uñas mordisqueadas.

—Ofrecemos un trato justo —dijo—. El cincuenta por ciento de los ingresos, tres dólares semanales por el alojamiento y la comida, cinco de anticipo y todas las propinas para ti.

—Sí, parece un buen trato —comentó Esmeralda—, casi como en los viejos tiempos de Basin Street, en Nueva Orleans. Ahora las cosas han cambiado un poco.

—Así es —confirmó Charlie, y ambas asintieron.

—¿Sería un atrevimiento preguntaros si puedo usar vuestro tocador? —dijo Esmeralda—. Tendréis que disculparme; llevo mucho tiempo en la carretera.

Charlie se quedó callada un momento, pero al final dijo:

—Sí, por supuesto. Solo ten en cuenta que la casa no está todavía en las mejores condiciones. Estamos esperando unos envíos.

—No os preocupéis. Seguro que no será para tanto.

Charlie la hizo pasar al amplio pasillo, que en ese momento me pareció bastante presentable, ya que al menos tenía un teléfono sobre una mesita un poco rayada. Pensé que Esmeralda sería un añadido perfecto para mi tapadera, fuera lo que fuera lo que hubiese venido a hacer. Podía pasar fácilmente por una guapa instructora de baile, capaz de enseñar los pasos del vals a los jóvenes de la universidad.

Andando por el pasillo, miró primero a la izquierda, hacia el salón con el sofá cubierto por una colcha y la alfombra marrón agujereada, y luego a la derecha, donde varias pilas de trastos ocupaban todo el espacio de la biblioteca. Me arrepentí de no haber cerrado la puerta, mientras ella contemplaba las paredes desnudas que aún conservaban las marcas de los cuadros desaparecidos y entraba finalmente en el pequeño lavabo dorado, debajo de la escalera principal.

—Necesitamos que se quede —me susurró Charlie.

—Nadie sospecharía de ella —convine yo.

Dos minutos después, Esmeralda salió del aseo.

—Gracias por vuestro tiempo —dijo, y enseguida añadió—: Se ha acabado el papel y la bombilla está fundida.

Luego se dirigió a la salida, bajó los peldaños del porche sin decir una palabra y se volvió a montar en su precioso automóvil.

Charlie cerró la puerta.

—No nos hace falta nadie como ella —aseguró—. Queremos chicas formales que no salgan pitando solo porque la casa está hecha una pena.

Las tres nos sentamos muy juntas, detrás de la mesa de póker que yo había colocado en el porche delantero, a la izquierda de la puerta. Flossy ocupaba el puesto más cercano a la barandilla, Charlie se había situado en el centro, y yo, junto a la puerta. En el jardín, a la sombra del árbol de nueces pecanas, seis mujeres esperaban sentadas en las sillas plegables que yo les había proporcionado. Me estaba poniendo muy nerviosa. Todavía me costaba creer que esas mujeres se hubieran presentado después de leer un anuncio críptico que hablaba de llaves y poco más. ¡Pero claro que se habían presentado! La gente estaba desesperada por trabajar, y eso me

ponía aún más nerviosa. ¿Cómo serían las chicas que habían venido a solicitar un empleo en el burdel de nuestro jardín trasero? Desde el porche, no distinguía si se parecían a Esmeralda o a Eleanor Roosevelt, pero por fortuna ninguna de ellas era el *sheriff*, a menos que el hombre se hubiera puesto un vestido.

Flossy se sirvió un vaso de agua de la jarra. Llevaba su vestido rosa habitual y se había aplicado dos toques de colorete en las mejillas.

—No digas que no te lo he advertido —me previno—, pero es probable que hoy se presenten algunos personajes bastante estrafalarios.

—¿Mejorando lo presente? —pregunté, sin poder reprimir una sonrisa, pero a Flossy no le hizo ni pizca de gracia mi comentario.

—Tenemos que ser selectivas —insistió—. Nada de mediocres, ni de feas, ni de abuelitas. Necesitamos mujeres guapas o acabaremos siendo una casa de chicas a un dólar y chicos a cincuenta centavos.

—Solo necesitamos que tengan ganas de trabajar —la contradijo Charlie. Se había puesto un vestido beige de algodón con ribete rojos, planchado con un empeño que me recordaba a mi hermana Frances—. No hace falta que sean una belleza, pero deben ser mayores de dieciocho años.

—Tendremos suerte si tienen menos de cuarenta y cinco, muñeca —observó Flossy—. Y ni hablar de morenitas. No tengo nada contra ellas, pero esto no es Nueva Orleans y no nos interesan las mulatas. A la policía no le gusta la mezcla. Nos cerrarían el local más rápido de lo que tardarías en abrirte de piernas.

—Lo único que pido es que sepan bailar al menos un poco —dije.

—Claro que sí, Bird. Tú pide lo que quieras —replicó Flossy—. Muy bien, chicas. Pongamos en marcha esta casa de putas.

Hasta ese momento, yo solo había contratado a una persona: John Morton, el chico de quince años que ayudaba en la tienda de Footely y que ganaba más que yo, por ser hombre y quizá porque no se conformaba con tanta facilidad como yo. ¿Por qué iban a pagarme más de lo necesario si sabían que no me iría nunca? Así pues, sin contar ese antecedente, la experiencia de la contratación era nueva para mí. Charlie me lanzó una mirada severa para que dejara de mover nerviosamente la rodilla debajo de la mesa. Enseguida paré de hacerlo, pero al cabo de un segundo volví a empezar.

Flossy se inclinó sobre la barandilla y gritó:

—¡Que suba la primera chica!

Tres de las seis mujeres se levantaron de las sillas a toda prisa, pero la primera en llegar a los peldaños del porche fue una que aparentaba unos cuarenta y cinco años, y vestía falda oscura y blusa blanca con un lazo. Llevaba el pelo castaño recogido en un rígido rodete; la cara empolvada de blanco, y los labios, muy finos, pintados de rojo. «Es perfecta —pensé—. Nadie sospecharía jamás que es una prostituta».

Se alisó la falda bajo el trasero antes de sentarse.

—Buenos días. Soy la señora Withers, pero pueden llamarme Joan. —Se apoyó el bolso en el regazo y colocó sobre la mesa el periódico con el anuncio, pulcramente doblado.

—Gracias por venir, Joan —la recibió Charlie, mientras le ofrecía un vaso de agua de la jarra, que ella rechazó amablemente—. Por favor, háblanos un poco de ti. —Se expresaba en tono profesional y directo. Todas nos jugábamos mucho en ese proceso de selección.

—Puedes empezar por la edad —intervino Flossy, estudiando a la mujer de arriba abajo.

—Bien, tengo cuarenta y un años. Como podéis ver, dispongo de coche propio —dijo Joan, volviéndose hacia la carretera.

—¿Tienes experiencia? —preguntó Flossy—. Trabajar como dependienta no cuenta.

—Sí, desde luego. Llevo veinte años haciendo este trabajo. Estoy casada y...

—No me refiero a hacerlo gratis —aclaró Flossy—, sino por dinero.

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué iba a hacer alguien este trabajo gratis?

—¡Eso digo yo! Charlie, puedes continuar.

—Te explicaré cómo funcionamos —dijo Charlie—. Son cinco dólares de anticipo, la mitad ahora y la otra mitad después de la primera noche. La casa se queda con el cincuenta por ciento de las ganancias. Por el alojamiento y la comida cobramos tres dólares semanales.

La mujer levantó una mano, como lo habría hecho un guardia en un cruce concurrido.

—No necesito un lugar para vivir. Solo un empleo.

Charlie asintió.

—No permitimos jeringuillas, ni coca ni borracheras. Y la que robe a un cliente se va a la calle.

—Además, las pruebas de venéreas corren por cuenta de la casa —intervino Flossy, haciéndole un guiño—. No siempre es así, ¿lo sabías?

—Será un arreglo a corto plazo —explicó Charlie—. Abriremos y cerraremos en cuestión de un mes.

La mujer miró a Charlie, después a Flossy y por fin a mí, con su rostro blanco e inexpresivo.

—Ahora cuéntame un poco sobre la ropa que llevas —dijo Flossy —. ¿Te da buen resultado eso de ir de secretaria?

La mujer frunció el ceño y apretó los labios de tal manera que se le marcaron las arrugas alrededor de la boca.

—¡Sí! —Golpeó dos veces con el índice el periódico que había dejado encima de la mesa.

Charlie lo miró, pero yo no alcancé a leerlo desde donde estaba.

Entonces Charlie se puso de pie abruptamente.

—Lo siento, Joan —se disculpó—. Me parece que ha habido un malentendido.

La mujer nos observó unos segundos, se levantó y yo me incliné hacia delante para ver el periódico. Estaba doblado por un anuncio que solicitaba una secretaria, justo encima del nuestro.

—Creo que deberías ir al número 150 de North Lamar —dijo Charlie—. A las oficinas de Stevens y Billups.

La secretaria entrecerró los ojos para ver mejor el anuncio y enseguida recogió el periódico. Después se puso de pie y empezó a retroceder con cautela. No creo que hubiera entendido del todo el tipo de negocio que intentábamos montar, pero había comprendido que su presencia en el porche era un gran error.

—Gracias por vuestro tiempo —masculló, y se dirigió a toda prisa a su viejo Ford negro, aparcado en la carretera.

¡Dios mío, qué manera de empezar!

—No pasa nada. Solo ha sido una pequeña confusión —susurró Charlie.

Flossy nos miró a las dos con cara de «os lo dije» y llamó:

—¡Siguiente!

La segunda mujer tenía una sombra de bigote, era bajita y de caderas anchas, con los generosos pechos apretados dentro de un vestido rojo con escote corazón, ceñido al cuerpo con un cinturón negro. Varios tirabuzones de cabello rojizo asomaban bajo un

sombrero *cloche*, también rojo y calado hasta las cejas. Tenía una mano apoyada en la cadera y no sonreía.

—Menudo caserón —comentó, paseándose por el porche con sus tacones rojos y acercándose a las ventanas para espiar el interior.

De entrada no me gustó, pero no habría sabido decir por qué.

—Siéntate, por favor, y háblanos un poco de ti —le pidió Charlie.

—Me sentaré cuando esté preparada —dijo ella, a más de tres metros de distancia.

Charlie echó un vistazo a Flossy como si no supiera qué pensar.

—Si quieres el trabajo, siéntate y quítate el sombrero —le soltó Flossy.

La mujer le lanzó una mirada airada, pero enseguida se acercó y se quitó el sombrero, dejando al descubierto una salvaje melena de rizos rojos, claramente teñidos. Sus ojos verdes eran pequeños y maliciosos, bajo unas cejas muy finas y arqueadas, trazadas con lápiz. No debía de tener más de veinticinco años. Y, a pesar de todo, no era fea.

—¡Caray, ya lo decía yo! —exclamó Flossy—. ¡Siguiente!

—¡Cierra el pico, Flossy Stolivsky, o te arranco los pocos dientes que te quedan!

—Inténtalo y te meto un puñetazo en las tetas, Ruby Slipper. ¿Qué haces aquí? ¿Ya no atiendes a los clientes que rechaza tu abuela?

—¿Y tú? ¿Ya no trabajas de rodillas en casa de Priscilla?

—Dejé a Priscilla. Ahora tengo otras opciones.

Charlie y yo nos habíamos apartado de la mesa, quizá por intuir que era mejor que nos mantuviéramos al margen. Flossy y la otra mujer eran como dos gatas salvajes a punto de saltarse al cuello. Nadie se había atrevido a ofrecerle agua a la chica.

—¿Opciones? Nunca había oído hablar de este sitio —dijo la tal Ruby, mirando a su alrededor—. ¿Qué es? ¿Una residencia de ancianos? ¿Has venido a jubilarte porque ya no te aguanta más ese culo arrugado?

—No has oído hablar de esta casa porque es nueva. Y no tardará en llenarse de clientes, ya verás. Además, es muy buena —presumió Flossy—. Y da la casualidad de que formo parte del comité de selección, lo que significa que has sido rechazada. Así que ya te puedes ir largando, Ruby Slipper.

—¿Cómo de buena es la casa? —preguntó Ruby.

—Cinco de anticipo, mitad ahora y mitad después, tres a la semana y ganancias a medias. Así de buena. Ni siquiera tu apestosa abuela te ofrecería un trato como este.

—La abuela ha muerto.

Flossy parpadeó.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—Vaya, quién lo hubiera dicho. Y yo que creía que solo el demonio podía matarla. ¿Cómo fue?

—Bebió alcohol malo. Se le pusieron negros los pies y las piernas. La cuidé todo lo que pude, pero... —Ruby negó con la cabeza, con los gruesos labios rojos vueltos hacia abajo—. Estuvo una semana gritando de dolor, hasta que se dio por vencida.

Flossy se frotó el vientre, como imaginando el sufrimiento de la anciana, pero enseguida se detuvo.

—¿La envenenaste tú?

Ruby la miró con los ojillos entrecerrados.

—Debería arrancarte la cara.

—Es una pregunta lógica, Rube —replicó Flossy, repasándose los dientes con la lengua.

Mientras ellas hablaban, le di un codazo a Charlie y le dije que no con un gesto, esperando que la aterradora mujer no lo notara. No era solo su actitud. También me daba mala espina la línea de cicatrices prominentes que tenía en un brazo. Me hacían pensar en algo mucho peor que el lugar donde estábamos.

Al cabo de unos minutos, Flossy le susurró algo a Charlie. Pude distinguir las expresiones «insufrible» y «máquina de hacer dinero», juntas en la misma frase. Charlie soltó un gruñido y pareció pensárselo.

—De acuerdo —le dijo por fin a Ruby—. Si quieres trabajar aquí, tendrás que respetar mis reglas.

—¿Cuáles son? —preguntó ella.

—Esta es una casa limpia, sin excepciones. Ni borracheras, ni coca ni jeringuillas.

—Ella sabe que no hago nada de eso —dijo Ruby, y después, en voz más baja añadió—: Ya no.

—Pagamos los domingos y cobramos el alojamiento los viernes. Nada de peleas ni de robar a los clientes. Esto será solo temporal. Abriremos un mes, nada más. Después se cierra la casa.

—Y os haremos pruebas de venéreas a ti y a todas las demás, para asegurarnos de que no os hayan pegado nada —dijo Flossy.

—¿Me quieres decir que una vieja puta como tú no tiene gonorrea?

—Quizá sea un milagro, pero nunca la he pillado —respondió Flossy.

—Y solo voy a contratar a chicas muy trabajadoras —dijo Charlie —. Es un requisito.

—Nunca habrás visto a nadie trabajar tan duro como yo sin levantarse de la cama.

La chica no me gustaba, pero la creí.

Tras unos segundos de hablar en voz baja entre ellas, Charlie y Flossy alzaron la cabeza y me miraron. Todas sabíamos que nos hacían falta seis chicas, además de Flossy, para ganar lo suficiente en un mes, pero solo quedaban cuatro mujeres aguardando bajo el árbol.

—¿Sabes bailar? —le pregunté a Ruby—. Eso también es un requisito.

—¿Estás de broma? La chica podría ganarle a Clara Bow en un concurso de foxtrot —replicó Flossy, como si le costara reconocer que en el fondo la admiraba.

Me encogí de hombros mirando a Charlie, que dijo:

—Estás contratada.

Ruby arrojó a la mesa tres billetes de un dólar que no parecían haber salido de ningún sitio y dijo que volvería más tarde. Flossy le gritó que no olvidara traer consigo mejores modales.

A mediodía, el calor insidioso de septiembre empezaba a hacerse sentir. Entré para rellenar la jarra de agua, aunque Flossy ya estaba llamando a la siguiente candidata. Charlie no tardó en venir a la cocina, con la cara pálida y una mueca de disgusto.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, pero ella se limitó a negar con la cabeza, al tiempo que llenaba de agua un frasco vacío de mermelada.

Pensé que quizá estaría acalorada y la seguí afuera, pero me detuve en la puerta.

Flossy estaba de pie, detrás de la mesa. Frente a ella había una mujer con un vestido blanco sucio y las mejillas tan hundidas que daba la impresión de que se las hubieran ahuecado con una cuchara. Había intentado alegrarse la cara con colorete naranja, pero solo había conseguido parecer un cadáver maquillado. Era difícil decidir si era muy vieja o no pasaba de los treinta años.

—Dejo que el cliente haga lo que quiera, no tengo remilgos.

—No, lo siento —susurró Flossy.

—Si me quiere pegar, le dejo —continuó la mujer—. A algunos les gusta. —Se quedó mirando a Flossy, esperando una respuesta—. Además, se me ha retirado la regla, así que puedo trabajar todos los días del mes. —Sonrió ante ese hecho, que a mí no me parecía tan afortunado, y me fijé en que tenía una calva disimulada bajo el pelo oscuro de la parte posterior de la cabeza.

—Lo siento. No podemos contratarte —volvió a susurrarle Flossy.

La mujer asintió y dejó el frasco de mermelada sobre la mesa. Tenía la palma de la mano cubierta por una erupción de pequeños puntos rojos. Se dio la vuelta, bajó lentamente la escalera y desapareció como un fantasma.

Charlie se enjugó la frente con una servilleta, con cara de haberse puesto también enferma.

—Tiene sífilis —dijo, por si aún no me había quedado claro.

Ni siquiera habíamos intentado ayudar a la pobre mujer. Me sentí una cobarde.

—Es demasiado tarde para una dosis de Salvarsan —comentó Flossy—. Sabe lo que tiene y aun así... —Negó con la cabeza—. No es culpa suya.

Charlie limpió con la servilleta el frasco del que había bebido la mujer y se lo llevó. No sé qué haría con él.

Después de eso, estábamos nerviosas y deseando acabar. Todavía quedaban tres chicas languideciendo a la sombra del árbol. Flossy no esperó al regreso de Charlie y llamó a la siguiente, de unos cuarenta años, con el pelo teñido de negro y no demasiado fea, aunque con un diente de menos. Lo primero que hizo la mujer fue soltar un discurso desquiciado sobre la posibilidad de que fuera «el maldito médico» el que contagiaba «toda la porquería» a las

chicas. A continuación negó con tanta vehemencia haber pillado cualquier enfermedad que Flossy dedujo lo contrario y le dijo que ya podía marcharse, justo cuando Charlie venía de vuelta.

—¡Siguiente! —llamó Flossy sin entusiasmo mientras se secaba el sudor del cuello con un pañuelo que luego se guardó en el escote, al tiempo que dos jóvenes subían juntas los peldaños.

—¡Eh! ¡De una en una...! ¡Ah, ya veo! Sois dos por el precio de una.

Se habían acercado al porche dos gemelas idénticas. Ambas eran rubias y estaban en los huesos, pero una subió la escalera mucho más rápido que la otra, que se movía más lentamente. Eran altas, con las piernas un poco arqueadas. Debían de tener unos veinte años, con el rostro huesudo y las mejillas hundidas.

—Estáis hechas unas marranas —dijo Flossy—. Y no lo digo en el buen sentido.

Tenían los vestidos de talle bajo salpicados de barro. Puede que estuviera lloviendo cuando salieron de su casa. Una de ellas sostenía en la mano una bolsa de papel que parecía tristemente vacía. Su piel bronceada contrastaba con el tono claro del cabello, aunque puede que solo estuviera sucia. Ninguna de las dos llevaba sombrero. Si mi madre hubiese estado presente, las habría regañado: «¡Os arruinaréis la piel si seguís así!». También tenían salpicaduras de fango por toda la lacia cabellera pajiza.

—Sentimos presentarnos así —dijo la que parecía ser la jefa, un poco más sucia que la otra—. Ha sido un trayecto muy largo. Yo soy Trixie y esta es mi hermana Dixie.

Tenían gruesas cejas rubias que Frances habría dado cualquier cosa por depilar. No podía decirse que fueran guapas, sino más bien raras, y me preocupaba que fueran a llamar demasiado la atención. Traté de recordar si había visto alguna vez gemelas idénticas en

Oxford. Era probable que hubiera alguna pareja, pero no me vino ninguna a la mente.

—Las dos iguales —comprobó Flossy, asintiendo—. Dejadme adivinar: ¿veinti... uno?

—Veintidós —dijo Dixie, la que se movía con más lentitud.

—¿Y tú? —le preguntó Flossy a la otra, pero enseguida le hizo un guiño—. Era broma, muñeca.

Ninguna de las dos se rio.

—¿De dónde sois?

—De Texas.

Dixie suspiró, como si el solo hecho de mencionar el nombre del estado hubiera sido agotador. Cuando parpadeó, sus ojos permanecieron cerrados durante un segundo.

—¿Ya habéis practicado el oficio? —quiso saber Charlie.

Trixie asintió.

—Por todo Texas. Empezamos en San Antonio, después Abilene, Houston, Refugio, Beaumont... ¿Recuerdas adónde fuimos antes de ir a Beaumont? —le preguntó a su hermana.

—A Redo.

—¿Un burdel ambulante? No parece mala idea —comentó Flossy.

—Un circo —aclaró Trixie—. Teníamos un número de telepatía y otras bobadas. —Trixie también parecía la más habladora—. Pero había un tipo que nos ponía a trabajar aparte, para ganar un dinero extra.

No me gustó eso de que el tipo las pusiera a trabajar.

—Somos muy reservadas y podemos compartir habitación. Solo queremos ganar algo de dinero durante un par de semanas y después seguir nuestro camino —explicó Dixie.

—Perfecto, porque solo abriremos hasta mediados de octubre. Pero tendréis que quedaros hasta el final —repuso Charlie.

Las dos asintieron. Antes incluso de oír las normas de la casa, Trixie dijo:

—No os preocupéis. No bebemos ni hacemos ninguna de las otras cosas.

—Y nada de robar a los clientes. No necesitamos llamar innecesariamente la atención —dijo Charlie.

Me volví para mirarla. ¿Pensaría en serio que dos gemelas idénticas que venían de Texas y practicaban la prostitución no llamarían la atención?

Trixie sonrió, dejando al descubierto un incisivo torcido.

—¡Qué pena! Dixie es la reina de las carteristas. Si te descuidas, es capaz de robarte hasta el pensamiento. No hemos ido nunca al médico, pero supongo que estamos limpias.

—Debe de ser lo único limpio que tenéis —comentó Flossy.

Dixie, la más sombría, no dijo nada, pero desvió la mirada hacia la puerta principal. Las dos parecían ansiosas por entrar y descansar. Me sentí mal por ellas, sobre todo después de haber dejado ir a la mujer enferma sin ofrecerle ayuda. Cuando cuatro días atrás Charlie había dicho que alguien vería nuestro anuncio y pensaría que era exactamente lo que había estado buscando, no imaginé que pudiera referirse a dos gemelas artistas de circo, pero yo estaba a favor de que se quedaran. Se las veía exhaustas.

Charlie y Flossy se miraron, como si ya no hubiera más preguntas que formular.

Pero aún quedaba una, bastante evidente.

—Entonces ¿hacéis dobles con los clientes? —quiso saber Flossy.

—Por supuesto —respondió Dixie, con aire lúgubre—. De hecho, lo preferimos.

Me levanté escandalizada y estuve a punto de volcar la silla, pero atrapé el respaldo justo a tiempo.

—Tiene sentido —le dijo Flossy a Charlie—. Cobran más por eso.

«No, no tiene el menor sentido —habría querido contradecirla yo —. ¡Son hermanas, por el amor de Dios!».

—Pero no es necesario que lo hagáis, si no queréis —les aseguró Charlie—. Podéis negaros.

—Me parece que lo que quieren decir —intervino Flossy— es que de ese modo no tienen que hacerlo solas.

Charlie se volvió hacia mí para ver qué pensaba yo.

«¡Dios mío, no me mires!». Hasta ese momento, solo habíamos contratado a la aterradora Ruby Slipper, y la base económica del negocio era muy simple. Si queríamos beneficios, necesitábamos contratar a más chicas. Y no teníamos más remedio que aceptar la oferta de «dos al precio de una», porque no había nadie más esperando bajo el maldito árbol. Detestaba ese negocio con todas mis fuerzas.

Cuando Flossy les dijo que quedaban contratadas, las gemelas pusieron sobre la mesa tres dólares que consiguieron reunir entre las dos.

—Es suficiente —dijo Charlie.

Cuando acabaron las entrevistas, yo sentía una carga plomiza en la cabeza. Ya era un hecho que íbamos a abrir el local, aunque también lo era cuando pusimos el anuncio en la sección de ofertas de empleo, y temía que aún quedaran muchos momentos en los que me vería obligada a reconocerlo una vez más. Mientras cortaba en rodajas los últimos tomates del verano para preparar sándwiches, vino Charlie y se apoyó contra la encimera de la cocina.

—Cuatro chicas no son suficientes, pero son mejor que nada.

No contesté a eso. Yo estaba al frente de un club de baile.

—Creo que podremos abrir la noche del sábado —añadió—. ¿Sabes qué nos hace falta ahora?

—Por favor, Charlie, no digas «mesas de juego».

—Una buena cena. ¿Tienes ganas de cocinar? —me preguntó.

—¡Santo cielo! ¡Claro que sí!

Cocinar siempre me tranquilizaba, y poder hacer la compra con más de veinticinco centavos me parecía todo un lujo. Habíamos recaudado un total de seis dólares durante el día. Gracias a Dios, porque ya habíamos invertido todo el dinero de Flossy en recuperar el teléfono. Como no tenía tiempo para ir a Freedmen Town, fui a la tienda City. Detrás del mostrador, el señor Fudge me miró asombrado cuando le pedí diez libras de café, dos libras de beicon... También me llevé huesos de jamón, sémola, harina para los panecillos, alubias, vainilla y una bolsa grande de melocotones de fin de temporada muy maduros, como a mí me gustaban. Ahora tenía seis bocas que alimentar, la mayoría de las cuales debían de haber frecuentado sitios que prefería ignorar. Le pagué al señor Fudge veinticinco centavos de más para amortizar en parte la deuda atrasada de los Tartt, y salí corriendo de la tienda antes de que me preguntara para quién era toda esa comida y yo me sorprendiera soltándole la verdad sin rodeos: «Para las prostitutas, señor. Tenemos cuatro en casa». Siempre me venían a la mente ese tipo de conversaciones imaginarias. Con una bolsa de la compra en cada mano, fui a la oficina de correos, a ver si tenía correspondencia. No sabía si Jack habría regresado ya a la ciudad, pero, efectivamente, había una nota suya para mí. Era solo una hoja de papel plegado, sin franqueo, transmitida gracias a la amabilidad de la señora Nutt, que parecía comprometida con el éxito de nuestro romance. En la nota me decía: «He vuelto esta tarde. Nos vemos mañana por la noche. No dejo de pensar en ti». Sonreí como una niña pequeña y,

detrás del mostrador, la señora Nutt soltó una risita. Pero yo sabía que tendría que aplazar el encuentro, a causa de mis obligaciones al frente de la tapadera de un burdel. Con solo pensarlo, una sensación de frío asombro me recorrió todo el cuerpo.

Fue un alivio volver a cocinar en el mismo idioma que hablaba a diario, sin latas italianas de pescado ni frascos de conservas francesas. Solo ingredientes normales de Footely, en el estado de Mississippi.

—¡Caramba, qué maravilla! —exclamó Flossy, estudiando lo que había servido sobre las mesas de póker cubiertas con manteles blancos.

Había una fuente humeante de alubias con jamón; arroz con salsa; beicon, que fue la mejor carne que pude conseguir, y cazuela de tomate con queso y pan rallado tostado. Tuve que servir pan de maíz, porque no había tenido tiempo de hornear los panecillos.

De postre había preparado un bizcocho con melocotones en rodajas y nata montada por encima.

—Ni un solo huevo, ni un maldito encurtido a la vista —comentó Flossy.

Por la tarde, antes de que yo volviera de hacer la compra, Ruby había regresado a pie, trayendo consigo un saco lleno de ropa, una especie de maletín azul y, ¡alabado sea Dios!, un aparato de radio portátil. Acompañé a Charlie mientras enseñaba la casa a las chicas nuevas. A través de los ojos de las recién llegadas, los escasos muebles me parecieron aún más decrépitos bajo los techos de cuatro metros de altura, y tuve la sensación de que los montones de trastos sin cajones ni estanterías habían engendrado y dado a luz más trastos todavía.

—Este lugar no es tan bonito como esperaba —oí que Trixie le susurraba a Dixie.

—Mejor que la pocilga donde os habéis estado revolcando —apuntó Ruby, y Flossy soltó una carcajada.

Me costaba adivinar si esas dos eran buenas amigas o enemigas acérrimas. Quizá fueran ambas cosas a la vez.

Charlie había instalado a las gemelas en la habitación de Rory, en los dos colchones individuales, y a Ruby le había asignado la habitación dorada de invitados, frente a la galería. Yo esperaba que el calor del dormitorio la aletargara lo suficiente para que dejara de amenazar con «arrancarle la cara» a la gente, como había hecho cuando Dixie le pisó por accidente la parte trasera del zapato.

—¿De quién es la casa? —preguntó una gemela.

—No sé quiénes son —respondió Flossy—, pero sé que están fuera de la ciudad y que vamos a aprovechar su ausencia para abrir un burdel.

La cruda realidad expresada sin ambages me produjo mareos.

En la cocina, Charlie llamó a todas para que vinieran a cenar. Se sentó a la cabecera de la mesa. Yo me situé a su derecha, y Flossy, a su izquierda, junto a Ruby. Dixie se sentó a mi lado, y Trixie, al final de la mesa.

La última vez que recordaba haberme sentado a comer con otras cinco personas había sido en la cena comunitaria de la iglesia, pero ahora la situación era muy diferente. Cuando todas estuvimos en nuestros puestos, incliné la cabeza y di rápidamente las gracias por la comida. Aún no estaba preparada para hablar de ninguna otra cosa con Nuestro Señor.

Charlie se sirvió su plato, pero enseguida abrió el libro de contabilidad y empezó a hacer anotaciones. Se había pintado los labios de rojo, llevaba el pelo recogido hacia atrás y parecía saber lo que estaba haciendo, lo cual me alegró, porque yo no tenía ni la menor idea.

—Necesitamos más sábanas, más toallas..., ¿alguna otra cosa? —le preguntó a Flossy.

—Relojes. Cada llave necesita un reloj.

Yo las escuchaba atentamente, por si decían algo de utilidad para nuestra tapadera, y hacía todo lo posible por descifrar lo que decía Flossy:

—Tiene que haber un reloj por llave (habitación), para que los billeteros (los clientes) puedan ver por sí mismos que no les estamos recortando (robándoles tiempo), y no olvides que aún nos falta la estrella del belén (la chica más guapa y cara del local), para dar brillo a la casa. Aunque los clientes no puedan permitírsela —añadió Flossy, señalando a Charlie con una uña rosa astillada—, les gusta saber que están en un establecimiento donde se sirven platos mejores que los que ellos pueden pagarse.

Esa última parte me pareció asombrosamente evidente, aunque expresada en un idioma tan extraño que era casi como si unas extranjeras hubieran invadido la ciudad, solo que, en lugar de llevar zapatos con cordones y blusas bien planchadas, iban con vestidos ceñidos, sin nada de ropa interior. De hecho, Flossy había cogido la costumbre de ponerse la bata rosa de seda de Frances, cruzada y bien ajustada por la parte superior, pero yo sabía, porque lo había visto cuando caminaba, que no llevaba nada debajo.

Al final de la mesa, Trixie se sirvió y devoró más alubias y pan de maíz, y Dixie la imitó. Las dos parecían famélicas. Se habían bañado y Charlie les había dado unas camisas blancas de Henry Tartt, que les estaban enormes, para que las usaran como vestidos hasta que encontraran algo mejor. Desde la entrevista, había algo respecto a las gemelas que me llenaba de curiosidad.

—Si estabais trabajando en Texas, ¿cómo os enterasteis de que ofrecíamos empleo?

Se miraron entre ellas.

—Nos habíamos marchado de Texas por motivos personales, así que ya veníamos en esta dirección —dijo Trixie—. Ya estábamos en Natchez cuando nos enteramos de lo vuestro.

No me gustó nada eso de que se habían «enterado de lo nuestro», pero recordé que Flossy había enviado un telegrama a una amiga suya en Natchez.

—Hicimos una parada en una casa de por allí, para ganar unos dólares, pero... —Trixie se interrumpió y le lanzó una mirada a su hermana.

—Llegó el momento de seguir viaje —intervino Dixie, completando la frase. Se colocó detrás de la oreja un mechón de pelo mojado que le había caído sobre la mejilla y entonces noté que tenía una cicatriz curva en torno al ojo izquierdo.

—¿Adónde pensáis ir después de aquí? —No quería parecer entrometida, pero sin duda lo estaba siendo. Algo en el hecho de que hubieran tenido que marcharse de Texas me ponía en guardia.

—A cualquier lugar donde no esté él —respondió Trixie.

Sus palabras quedaron flotando en el aire.

—¿Esa... persona... os está persiguiendo? —pregunté. «¿Y qué pasará si os encuentra?», habría querido añadir, pero no lo hice.

Dixie sonrió por primera vez, aunque sin alegría.

—No, te aseguro que no.

Me quedé mirando las dos caras flacas, a la espera de que dijeran algo más, pero Dixie se giró hacia su hermana y las dos empezaron a hablar en voz baja. Me dije que ya le pediría a Charlie que me lo explicara.

Entonces me volví hacia el lado izquierdo de la mesa. Ruby estaba sentada junto a Flossy. Se había puesto un vestido negro de algodón descolorido, que parecía más bien una enagua, con tirantes

muy finos que se le clavaban en los hombros pecosos y dejaban al descubierto unos diez centímetros de canalillo. Fumaba mientras comía, colocando el cigarrillo junto al plato entre calada y calada. En la pálida piel del interior del brazo, observé protuberantes cicatrices de color rosa oscuro, que por fortuna no parecían recientes.

Durante unos minutos, todas comieron como en cualquier cena, haciendo tintinear los tenedores en los platos. Ninguna parecía avergonzarse de lo que habían venido a hacer, pero ¿por qué iban a sentir vergüenza delante de las demás? Todas eran cómplices en el delito. Mientras se servían más pan de maíz y salsa, noté que se iban relajando, tal vez por estar reunidas en torno a una mesa, compartiendo la cena con otras mujeres como ellas. Después de todo, el ser humano siente atracción por las cosas familiares, y esas chicas tenían por costumbre vivir al margen de la ley. ¿Se reunirían también los asesinos, los ladrones de trenes o los abusadores de niños? «Voy a ver a la pandilla, cariño», dirían, quizá para librarse durante unas horas del juicio ajeno.

Frente a mí, Ruby dio una profunda calada a su cigarrillo, levantó la barbilla y le echó el humo a Trixie directamente a la cara. Tal vez todo el tema de la camaradería fueran imaginaciones mías.

—Déjalo ya, Rube —la regañó Flossy.

Volvió a hacerlo, pero esta vez le echó el humo a Dixie, a la que tenía sentada enfrente.

—Perdona, pero la dueña de la casa no quiere que fumemos en la mesa —le solté. No sabía si la señora Tartt tenía o no esa norma, pero me pareció mejor que fuera ella quien la impusiera.

Ruby hizo como si no me hubiera oído. Dejó el cigarrillo al lado del plato y se acabó su pan de maíz.

—Por cierto, Kleinkamp ha dicho que vendrá mañana a la una —le estaba anunciando Flossy a Charlie. Se refería al médico que

trataba a las chicas de Priscilla. Flossy lo había llamado esa tarde—. Pero tengo una mala noticia. Quiere cinco dólares por chica.

—¿No habías dicho que cobraba dos con cincuenta? —replicó Charlie.

Flossy se encogió de hombros.

—Sabe que ya no quedan muchos médicos dispuestos a atendernos. Pero tenemos que hacernos las pruebas antes de abrir, Charlie: gonorrea, sífilis, embarazo y todo lo demás. —Se volvió hacia las gemelas—. Eso me recuerda que tengo que enseñaros a descapullar a los clientes para ver si tienen gonorrea. Es información vital, aunque creáis que el tipo aún lleva puesto el precinto.

Dixie tampoco conocía esa expresión.

—¿El precinto?

—Sí, que aún es virgen. Muchos de esos chicos universitarios lo son. Es una ventaja para nosotras, porque reduce el riesgo de morir de una enfermedad horrible. Pero en este negocio toda precaución es poca.

Tras oír algo tan inspirador, tuve que recordarme que lo más atrevido que vendería en mi tapadera, los sábados por la noche, sería refresco de zarzaparrilla. Pero no podía quitarme de la cabeza a la mujer enferma a la que había visto en el porche. «Eso es lo que puede hacerte este oficio», pensé.

Cuando Charlie se levantó para ir a la cocina, Flossy exclamó:

—¡Cielo santo, tengo que comer algo más que pan de maíz con salsa! —Movía la mandíbula de un lado a otro, como un boxeador preparándose para el combate—. Pásame ese beicon, Rube.

Ruby cogió la fuente de beicon y se echó todo el contenido en su plato, salvo un trozo que alguien había cortado por la mitad. Y eso que ni siquiera se había comido las dos lonchas que había cogido antes. Eso ya colmó mi paciencia.

—¡Eh! Es de muy mala educación eso que has hecho. Dale un poco a Flossy —le espeté—. Y ya te he dicho que no se fuma en la mesa.

Esta vez, Ruby sonrió. Sus ojitos verdes eran pequeños y los tenía casi siempre entrecerrados, pero sus labios eran rojos y carnosos.

—Ahora mismo apago el cigarrillo —replicó, y lo aplastó en medio del trozo de beicon que aún quedaba en la fuente antes de pasársela a Flossy—. Aquí tienes, chocho viejo. ¿No es así como te llama tu hermana?

—¡No, Ruby! ¡No puedes hablar así! —le dije—. No puedes decirle a Flossy que es un... un...

—A ver si te metes esa lengua de víbora por el culo, puta apestosa —le soltó Flossy.

—¡Flossy, no! Nadie llamará a Ruby «puta apestosa» mientras estemos a la mesa. —Me levanté—. ¿Sabéis qué? Os quedáis las dos sin postre —les dije, antes de llevarme el plato a la cocina—. Ruby debería lavarse la boca con jabón —le advertí a Charlie—. Y Flossy también.

—Hablaré con ellas —repuso Charlie, que recogía mi plato y lo dejaba junto al fregadero.

Después se secó las manos con un paño y se apoyó contra la encimera.

—Tenemos mucho que hacer si queremos abrir el sábado.

Asentí, porque ya era jueves.

—¿Cómo hacemos para hablar con el señor Binny? —me preguntó.

—¿Para qué quieres a ese viejo gruñón? —Desde luego, no nos convenía que se enterara de nuestro negocio.

—Estaba pensando en contratarlo para que venga a tocar con su banda. Pero no lo conozco mucho y no sé cómo decírselo. ¿Sabes cómo es?

—¿El señor Binny? Es viejo y gruñón. Además, es el taxista que lleva a la señora Tartt a la peluquería, así que le contará todo lo que vea por aquí.

—Buena observación.

—¿Qué tiene de bueno la observación? Podemos encontrar fácilmente otra banda, Charlie.

—Podríamos, pero el señor Binny es taxista, Birdie. Traerá y llevará a los chicos de la universidad, y, a menos que esté sordo como una tapia, oirá sus conversaciones y sabrá para qué vienen. ¿No te parece preferible contratarlo para que no hable, ya que de todos modos se enterará? Será lo mejor.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Flossy, entrando por la puerta de vaivén.

—De que los taxistas se enteran de todo antes que nadie —explicó Charlie.

—Es cierto —confirmó Flossy.

No pude reprimir un gemido. Últimamente estaba todo el día gimiendo, pero al final me dije que Charlie tenía razón. ¿Para qué contratar a otro músico que quizá nunca oiría hablar de nosotras? Cuantas menos personas supieran de nuestro negocio, mejor.

Flossy dejó su plato junto al fregadero sin apartar la mirada del bizcocho que yo ya había cortado y me sonrió con sus grandes dientes falsos.

—Perdona por lo que he dicho en la mesa.

Serví un trozo de bizcocho en un plato y se lo di.

—Aquí tienes. —Después le di otro para que se lo llevara a Ruby.

—¿Os parece que pongamos otro anuncio en el periódico? —preguntó Charlie—. Para ver si vienen más chicas.

—¡No! —No quería ni imaginar tener que pasar de nuevo por lo mismo. Además, cada vez que alguien veía ese anuncio, aumentaban las probabilidades de acabar todas en la cárcel—. Veamos cómo nos va con lo que ya tenemos.

—¿Le dirás a Silva que llame al señor Binny para que venga mañana?

No me correspondía a mí decidirlo, pero, por mucho que intentaba esquivar y eludir esa parte del negocio, siempre terminaba metida hasta el cuello.

## 31

El viernes por la mañana, mientras el olor a buen café inundaba la cocina, me senté a leer *El águila de Oxford* que había comprado la víspera. La portada proclamaba: RÉCORD DE UNIVERSITARIOS. Y más abajo:

> Mil doscientos estudiantes llegarán a Oxford en tren, automóvil e incluso en un par de carros tirados por mulas. El jefe de estación estará muy atento a todo incumplimiento de las normas. Gamberros y carteristas serán arrestados. No se permitirá el ofrecimiento de ningún tipo de mercancía o servicio a los recién llegados, excepto el de los mozos portaequipajes y los taxistas.

A lo largo del día empezarían a llegar los estudiantes y, al día siguiente, abriríamos nuestras puertas. Me sentía como si estuviera al borde de un precipicio, mirando al vacío. Me alegraba de tener la cocina para mí sola a esa hora tan temprana, para repasar con tranquilidad todo lo que quedaba por hacer. Tenía que planificar comidas, comprar ingredientes, encargar bebidas y hielo para mi club de baile y decirle a Silva que nos enviara al señor Binny para

que hablara con Charlie. Eso solo ya era suficiente para que quisiera volverme a la cama. Pero lo más importante era que tenía que mandarle un telegrama a Frances. Hacía nueve días que se habían ido mi hermana y la señora Tartt, y prácticamente no había tenido noticias suyas. Pensaba decirles que solo quería saber cómo estaban, aunque en realidad necesitaba asegurarme de que no fueran a regresar antes de tiempo. No quería llamar a Frances por teléfono, porque temía que descubriera lo que estábamos haciendo solo con oír mi voz.

Al cabo de un rato vino Charlie a la cocina y yo estaba a punto de enseñarle el periódico cuando oímos unos golpes lejanos en la puerta principal. Las dos nos quedamos inmóviles, mirándonos. Era solo cuestión de tiempo antes de que alguien se presentara en la casa: una de las damas del club de bridge de la señora Tartt, o tal vez Pripp, o quizá Garnett, para decir que la señora Heidelberg había llamado a Welty porque yo había escrito preguntando por Meg. Mientras nos dirigíamos sigilosamente a la puerta principal, me dije que debíamos preparar simulacros para esos casos, como los que hacen en las escuelas en previsión de tornados: «¡Todas a cubierto! ¡Se acerca una dama de la buena sociedad!». Charlie se ciñó la bata y yo espié por una rendija, entre las cortinas del salón.

—Creo que es para ti, Charlie.

Cuando abrió la puerta, la mujer le tendió la mano enfundada en un guante blanco.

—Hola otra vez. Soy Esmeralda. Estuve aquí ayer.

Charlie no le dijo nada ni le estrechó la mano, y Esmeralda retiró la suya. No parecía sorprendida.

—Espero que disculpes mi aspecto. He tenido... una noche un poco extraña.

El vestido verde de seda del día anterior presentaba ahora una mancha negra que se extendía por todo el delantero, como si alguien le hubiera arrojado encima una bebida. Su cabello oscuro seguía perfectamente ondulado y peinado hacia un lado, pero ya no tenía las pestañas de la víspera. Se le veían líneas de cansancio en torno a los grandes ojos felinos y parecía mayor, aunque eso no restaba nada a su belleza. Ni siquiera en mi juventud más exuberante había estado yo tan guapa como ella en ese momento. ¡Y ese coche! De alguna manera, el automóvil aparcado en la carretera realzaba su atractivo. El largo morro negro parecía el de un animal agazapado, listo para saltar sobre su presa, con una rueda blanca montada en el lateral, con brillantes radios cromados.

—¿Qué te trae otra vez por aquí? —le preguntó Charlie, seca y distante.

—Ayer me acerqué a un lugar llamado Sweetwater, pero... —Intentó aparentar indiferencia encogiéndose de hombros, aunque se notara el cansancio en su gesto—. Al final, no estaban contratando, o al menos a mí no. He pensado que quizá vosotras aún estaríais buscando chicas y por eso he venido.

—Estamos bastante satisfechas con las que hemos contratado —replicó Charlie.

—Entiendo —dijo Esmeralda, un tanto desanimada—. Es una pena.

«¡Cielo santo, Charlie!», habría querido gritar yo. Ella también sabía que necesitábamos chicas que se parecieran más a Esmeralda y menos a Ruby o a Flossy. Nadie que viera a esa mujer bailando en el jardín sospecharía nada y, por si eso fuera poco, ya no tendríamos que volver a publicar el maldito anuncio.

—Mira —dijo Esmeralda—, reconozco que ayer me marché de una manera un poco brusca, pero soy muy trabajadora. No me

importa trabajar seis o incluso siete días a la semana. Soy muy reservada y, sinceramente, los clientes me aprecian mucho. ¿Podrías darme una oportunidad? —Levantó la barbilla y fijó la vista más allá de nosotras, en ningún punto en particular, como diciendo: «Adelante, decidid si valgo la pena».

La situación resultaba muy humillante. Charlie esperó un segundo más de lo que habría sido apropiado.

—Nada de beber ni de drogarse —dijo por fin.

—No hago nada de eso. Nunca lo he hecho.

—Cinco dólares por adelantado y tres a la semana por la habitación. Abriremos solo un mes. Si quieres largarte antes de tiempo porque las condiciones no te convienen, me quedo con tu paga de la semana y te buscas otra casa.

—Tienes mi palabra —dijo Esmeralda, mientras abría el bolso negro de charol y pescaba unos billetes, que mantuvo en la mano—. Yo también tengo algunas exigencias.

Charlie esperó en silencio, arqueando una ceja.

—No hago la limpieza ni cocino. Y quiero una habitación para mí sola.

Miré a Charlie. «Contrátala», le dije con los ojos.

—¿Te parece bien que le asignemos la última habitación? —me preguntó.

—Sí, muy bien —contesté.

Si la señora Tartt regresaba antes de tiempo, era poco probable que el hecho de encontrar a Esmeralda en su habitación fuera lo que nos condenara.

Ayudamos a Esmeralda a descargar el equipaje de su automóvil, un Pierce-Arrow que no debía de tener más de uno o dos años, con un brillante ornamento cromado que representaba a un arquero

tensando el arco en la punta del capó. En el asiento trasero había varias maletas blancas con refuerzos metálicos en las esquinas y una pila de delgadas cajas de madera con asas. Dentro del maletero, encontramos cajas de cartón procedentes de diferentes tiendas de Jackson, Nueva Orleans, Mobile y Nueva York. Cuando Esmeralda vio el colchón en el suelo y la triste silla solitaria en un rincón de la habitación de la señora Tartt, no se quejó. Se limitó a decir un sencillo «gracias».

A las nueve en punto, tal como me había pedido Charlie, llamé a la puerta de Flossy, que salió a abrir completamente desnuda. Para entonces, ya la había visto varias veces como su madre la trajo al mundo: sus partes íntimas (depiladas), sus rodillas (con morados permanentes) y sus pechos flácidos como dos plátanos caídos. Pero esa mañana tampoco llevaba puesta la dentadura y eso no lo había visto aún. Tenía las mejillas hundidas y el labio superior curvado hacia dentro. Tuve que mirar al techo, porque verla de esa manera me pareció más íntimo que sorprenderla desnuda. Era como echar un vistazo a su cadáver.

—¿No sabes que despertar a una prostituta a esta hora es como despertar a una chica corriente a las dos de la madrugada?

«Una chica corriente» era una ciudadana no prostituida, como yo. Yo era una chica corriente.

—Lo siento, Flossy —le dije, sin dejar de mirar al techo—. Charlie quiere que bajéis todas, si no te importa despertar a las demás.

No mencioné todavía a Esmeralda, porque pensé que necesitaría descansar.

Mientras servía el café y los panecillos, las chicas fueron llegando al comedor. Esmeralda se les había sumado, después de todo. Las otras parecían haber asumido que formaba parte del grupo, pese a las obvias diferencias: su belleza, su ropa, aquel coche tan

magnífico... Separó una silla de la mesa, entre Dixie y yo, y se sentó. Llevaba el pelo envuelto en un turbante de seda de color champán y vestía un conjunto de chaqueta y pantalón ancho. Hasta ese momento, yo no había visto nunca a una mujer con pantalones fuera de las revistas, y me pareció un estilo atrevido y moderno. Tenía la cara lavada y los labios sin pintar, pero aun así se veían rojos como una ciruela. No había trampa ni cartón en su belleza. Esmeralda era sencillamente preciosa.

Me serví más café y después me quedé parada.

—Flossy, ¿son esas las tarjetas de visita de Frances? —le pregunté, al ver que estaba recortando la solapa de las tarjetas de color crema de mi hermana, donde aparecía escrito su nombre: «Sra. de Roderick Beauregard Tartt».

Lo estaba haciendo con las tijeras doradas de costura de la señora Tartt. A su lado, Charlie escribía con letra pulcra y ordenada:

*De lunes a sábado, desde las 18:00 hasta la madrugada.*

*Caballeros bienvenidos.*

*Teléfono de reservas: 43.*

—Dudo que quiera usar estas tarjetas cuando se entere de lo que ha estado haciendo su marido —observó Charlie.

No fue un comentario amable, pero tuve que darle la razón. Aún me sorprendía lo mucho que le había contado la señora Tartt a Charlie en el poco tiempo que habían pasado juntas.

Ruby fue la última en bajar, con una camisola negra escotada y descolorida, y fue a sentarse frente a mí. Tenía los ojos emborronados de *kohl* negro, que seguro que estaría arruinando las fundas de nuestras almohadas. Cogió un panecillo de la bandeja y se me quedó mirando fijamente, mientras encendía un cigarrillo para

fumarlo con el café. Esta vez no le dije nada. Tenía que elegir mis batallas con Ruby y decidí que fumar un cigarrillo en la mesa no era tan importante como habría podido ser, por ejemplo, que se lo apagara a alguien en la cara.

—Chicas, necesito la colaboración de todas a lo largo del día para poder abrir mañana por la noche —anunció Charlie—. ¿Quién tiene gomas y cuántas? —añadió, mirando a su alrededor.

Yo todavía no conocía el término, y pensé que quizá estuviera hablando de chicles. Cuando todas hubieron respondido, calculamos que tendrían alrededor de una docena.

—Habrá que comprar otras cien hoy mismo en la ciudad —dijo, mientras hacía una anotación en su libro de contabilidad.

—¿Qué son gomas? —le susurré a Flossy.

Ruby, que evidentemente me había oído, soltó una risotada.

—¿Me quieres decir que estás al frente de una casa de putas y no sabes lo que es un forro?

—Un seguro contra bombos —me aclaró Flossy en voz baja.

Al ver que yo seguía sin entender, Ruby intentó explicármelo:

—Un chubasquero.

—Una capucha —dijo Flossy, haciéndome un guiño—, un atrapapolvos, un paraguas, una funda...

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Ya lo entiendo! —dije por fin—. ¿No llamaremos demasiado la atención si compramos un centenar de esas cosas en la ciudad? ¿No sería más seguro encargarlas por correspondencia?

—¿No sabes que es ilegal enviar condones por correo? —objetó Flossy—. Va contra la ley Comstock, Bird.

—¡Ah, bueno! ¡Dios no permita que vayamos a infringir ninguna ley! —repliqué con ironía.

—Comprar cien de una vez no será tan arriesgado como adquirir diez al día a lo largo de un mes —opinó Charlie.

—A mí traedme los de la farmacia y no la birria que venden en las gasolineras —intervino Flossy.

—Si nos queda tiempo, una de vosotras podría intentarlo en la farmacia de la universidad. Mientras tanto, ¿podrías probar suerte en las del centro? —Charlie me lo estaba diciendo a mí.

—¿Yo?

—Eres la menos sospechosa —alegó.

Era cierto. No habría sido conveniente que nuestro negocio fuera descubierto antes de ganar ni un solo centavo. Sin embargo, yo tenía algunas objeciones.

—Ni siquiera he visto nunca una de esas cosas, Charlie.

Flossy me miró, entrecerrando los ojos.

—¡Válgame Dios, Bird! —exclamó, y enseguida añadió, en un susurro—: ¿Todavía tienes puesto el precinto?

Todas en torno a la mesa guardaron silencio. Incluso Charlie se volvió para mirarme.

—Sí, Flossy. Todavía lo tengo puesto.

—Si me lo cuentan, no me lo creo —dijo Flossy—. ¡Una chica virgen al frente de una casa de putas!

—El burdel más extraño en el que he trabajado —convino Ruby.

—Necesito que las demás hagáis publicidad a lo largo del día —prosiguió Charlie.

—¿Qué tipo de publicidad? —pregunté, cerrando los ojos. No me gustaba nada lo que acababa de oír.

—Las chicas irán a la ciudad a repartir estas tarjetas —respondió Charlie.

—¿A esta ciudad? —me escandalicé—. ¿La misma que tiene trece iglesias?

—No hay otra manera de poner en marcha el negocio —repuso Charlie, mirando a las demás—. Dádselas solamente a chicos jóvenes, con aspecto de universitarios. No se las deis todavía a ningún hombre mayor. No quiero que venga gente del pueblo hasta que esto no esté funcionando como la seda.

—¿Qué pasa si le dais una tarjeta a la persona equivocada? —pregunté.

—No ocurrirá —replicó Charlie—. El periódico decía que los chicos empezarán a llegar en el tren de las once y media. Y a partir de entonces seguirán llegando en trenes especiales.

—Muy bien —dijo Ruby—. Iremos a la estación y los pillaremos nada más bajar del tren.

Miré a Charlie. La estación era el lugar donde la habían arrestado.

—No, quedaos en el campus y la plaza —les indicó Charlie.

—Yo opino como Rube —la contradijo Flossy—. Es mejor ir a la estación: esperamos el tren, repartimos las tarjetas, follamos y cobramos.

Charlie necesitaba mostrarse firme, pero extrañamente no pareció reaccionar.

—¿Qué pasará si el jefe de la estación o el *sheriff* las ven? —pregunté.

Todas las que estaban en torno a la mesa se volvieron hacia Charlie. Fue como si hubiera hecho sonar un silbato silencioso que solo las prostitutas pudieran oír.

—¿Habéis tenido ya problemas con el *sheriff*? —preguntó Dixie, y Esmeralda pareció dispuesta a levantarse y marcharse otra vez en ese mismo instante.

—No, ningún problema —replicó Charlie, pero apretó los dientes y me lanzó una mirada furtiva que parecía decirme: «¿Por qué has

tenido que mencionarlo?».

¿Cómo iba a saber yo que era un secreto? Flossy lo había hecho parecer un suceso rutinario en este negocio: te arrestaban, pasabas unos días en el calabozo y después salías como si nada. Claro que lo de Charlie podía considerarse una enorme excepción.

—Tenéis un acuerdo con el *sheriff*, ¿verdad? —quiso saber Esmeralda.

—Estamos en ello —respondió Charlie, aunque era la primera vez que la oía hablar del asunto.

Esmeralda frunció los labios, pero no dijo nada más.

—Muy bien, id a arreglaros y no olvidéis que el doctor Kleinkamp vendrá a la una.

Hubo algunas protestas. Era el mal necesario. Me levanté y seguí a Charlie a la cocina.

—¿Qué es eso de un acuerdo con el *sheriff*? —le pregunté—. ¿De verdad te interesa tenerlo?

—No, pero no quiero espantarlas, así que no vuelvas a sacar el tema —respondió.

—No lo haré —le aseguré.

—Oye, las chicas tendrán que ponerse otra ropa, si quieren pasearse por la ciudad sin llamar la atención. ¿Te parece bien que les dé alguna cosa de Frances o de la señora Tartt?

Si mi hermana se enteraba, me despellejaría viva, y eso solo por dejar que se pusieran su ropa.

—De acuerdo, pero no me lo digas —le pedí—. Hazlo sin más, sin dejarme ninguna opción.

Esmeralda se ofreció amablemente a llevarnos a la ciudad en su lujoso automóvil y las seis nos acomodamos en los asientos de piel marrón. Yo me senté delante, entre Esmeralda y Flossy, mientras

que las gemelas y Ruby se situaban detrás. Los Pierce-Arrows no eran una rareza. Yo había visto varios en la ciudad, pero este era todavía más cómodo por dentro que el Studebaker de la señora Tartt. Me recordaba al largo diván de cuero que había antes en la biblioteca. Cada ventana tenía cortinillas vaporosas y, como no podía ser de otra forma, había una reluciente radio cromada montada en el salpicadero. En una de las revistas de cine de Frances había leído que Katherine Hepburn conducía un coche igual que ese.

Flossy abrió un pequeño compartimento de madera de raíz, con espejos por dentro.

—¡Caray, Es! ¿De dónde has sacado este trasto?

Yo también me moría por saberlo.

A mi lado, Esmeralda se limitó a encogerse de hombros, como si el coche la avergonzara.

—Fue un regalo de mi padre.

—Pues es lo máximo —replicó Flossy, acariciando la madera.

Mientras ponía en marcha el motor, Esmeralda susurró:

—Yo lo odio.

Se había puesto un vestido de seda rosa con mangas japonesas y un precioso par de zapatos de tacón, de piel de becerro.

Las gemelas lucían vestidos de Frances, con motivos florales y cintura baja, que les quedaban un poco cortos. Sus piernas flacas enfundadas en medias blancas asomaban bajo las faldas como cuatro palos de escoba. Para Flossy, Charlie había escogido el vestido azul marino con cuello blanco de mi hermana, el que llevaba puesto el día de mi llegada. A Frances le encantaba ese vestido, pero por fortuna era bastante corriente y era poco probable que sus amigas lo reconocieran si veían a Flossy con él.

Al recibir el conjunto verde de blusa y falda de la señora Tartt, Ruby había comentado:

—¿Dónde vamos a buscar clientes? ¿En un colegio para ciegos?

Al igual que la señora Tartt, Ruby tenía pechos generosos y caderas anchas, y el color de las prendas realzaba el de sus ojos, que eran como los de una fiera... de la que fuera preciso huir en medio de la noche.

—Con este traje parezco una abuela.

—La tuya no, desde luego —comentó Flossy.

Dentro del coche, Flossy se volvió y les explicó a las gemelas lo que tenían que hacer. Era como estar sentada junto a mi hermana, por el perfume que aún desprendía su vestido azul marino.

—No le digáis nunca a un billetero lo que queréis venderle, porque podría ser un soplón de la poli. Si os parece un tipo legal, decidle que unas chicas guapas van a dar una fiesta muy especial y que no olvide traer efectivo.

—Pero no os paséis de descaradas —les aconsejó Esmeralda, conduciendo a toda velocidad por Lamar Boulevard con los guantes de cuero negro sobre el volante—. Los papis de esos chicos llevan advirtiéndoles que tengan cuidado con ciertas chicas desde que les salió la primera sombra de bigote.

Las gemelas asintieron sin decir nada.

Pasamos por la mansión desierta de los Percy, a nuestra derecha, que muy bien habría podido tener colgado en la fachada un cartel que dijera: TÚ PODRÍAS SER EL SIGUIENTE. Al cabo de un minuto, por el camino de tierra que se desviaba hacia la izquierda, vislumbré el edificio azul de dos plantas del orfanato. Fue como estar atrapada entre dos recordatorios de las razones que me habían impulsado a hacer algo tan arriesgado como lo que estaba haciendo.

Esmeralda giró a la derecha, hacia la plaza, y continuó con lentitud en torno al edificio de los tribunales. Yo iba escudriñando el interior de las tiendas, por si veía caras conocidas: Pripp, Jack,

Garnett o cualquier otra persona a la que fuera preciso evitar. Pero la plaza estaba curiosamente vacía para ser un viernes a la hora del almuerzo. Solo había unos pocos clientes en la tienda de alimentación y unos ancianos comiendo cacahuetes sentados en un banco.

—Aquí no veo ningún universitario —observó Ruby—. Solo abuelos y señoras gordas.

Al final del callejón, donde solían esperar trabajo un montón de hombres harapientos, tampoco había nadie. A lo lejos, el tren hizo sonar tres furiosos pitidos.

—Esto es una mierda —insistió Ruby—. Esmeralda, llévanos a la maldita estación, donde están los chicos.

—No —repliqué yo, volviéndome hacia ella—. Charlie ha dicho que no vayamos.

—¿Quién va a sospechar de nosotras? —intervino Flossy—. Vamos vestidas como monjas. Esmeralda, sigue a ese coche.

Esmeralda giró rápidamente a la derecha, alejándose de la plaza, y se dispuso a seguir al coche que teníamos delante. Al cabo de cinco minutos, vimos aparecer la estación.

—Lo sabía —dijo Ruby.

Alrededor de la estación había muchísima gente y gran cantidad de automóviles y carros desvencijados con los caballos atados a unos postes. En un descampado, entre la maleza, estaban los taxistas, hablando y gesticulando. A su lado, hombres con las camisas remangadas aguardaban apoyados sobre unas carretillas. Junto a las vías vacías había grupos de niños descalzos, algunos blancos y otros de color, esperando la llegada de los trenes cargados de estudiantes. También junto a las vías había una banda de músicos con chaquetas azules y sombreros adornados con plumas, listos para empezar a tocar sus relucientes instrumentos. El aire

estaba cargado de expectación, no solo por lo que iba a llegar, sino por lo que prácticamente ya estaba aquí.

—¡Muy bien chicas, manos a la obra! —exclamó Flossy mientras abría la puerta del coche.

Las otras salieron también, excepto Esmeralda, que prefirió quedarse dentro. Al cabo de un segundo, yo también bajé. Teníamos solo dos reglas: no dar tarjetas a hombres adultos y no ir a la estación. Y, sin embargo, allí estábamos.

Un Ford pasó como una exhalación junto a nosotras, cargado de chicos en mangas de camisa asomados por las ventanas. Una anciana, que al estar al otro lado de las vías se encontraba en realidad fuera de los terrenos de la estación, exhibía un cartel que decía: NUECES PECANAS A 3 CENTAVOS LA BOLSA. El mensaje del periódico había sido muy claro: no se permitía ofrecer ningún tipo de mercancía o servicio. Me dio envidia esa mujer, que solo intentaba vender nueces.

—Levanta esas tetas, Rube —dijo Flossy, recolocándose los dientes con un chasquido.

—¡No! ¡Nada de levantar las tetas! —exclamé yo—. Tened mucho cuidado y no os acerquéis al jefe de la estación.

Pero ya no me oían. Observé con impotencia cómo Ruby, Flossy y las gemelas se mezclaban con la multitud para ejercer de prostitutas ataviadas con la ropa de Frances y la señora Tartt.

Decidí volver andando al banco, ya que para entonces había un atasco monumental en la calle de la estación. Al llegar al primer escritorio, le dije a la guapa Eleanor que necesitaba hablar con Jack Walsh.

—¿Sobre qué asunto, si no le importa que se lo pregunte?

Mientras lo decía, prácticamente vi aparecer un bocadillo de tebeo encima de su cabeza con el texto: «Porque sé que no tenéis ni un miserable centavo». Quizá por segunda o tercera vez desde que había aceptado la terrible idea de Charlie, pensé: «Pero pronto lo tendremos, Eleanor, y te aseguro que no lo depositaremos en este banco apestoso».

—Esperaré fuera de su despacho. Serán solo unos minutos.

Fui a sentarme en la silla que había ocupado hacía por lo menos un siglo aquel anciano triste con la cinta roja en la solapa. A través del cristal, vi a Jack en su oficina, sentado frente a alguien que me daba la espalda. En un escritorio cercano, unas uñas femeninas repiqueteaban sobre una máquina de escribir: *clac*, *clac*, *clac*.

Al cabo de un minuto, se abrió la puerta del despacho. Incluso en ese lugar frío y hostil, sentí que una cálida luz me invadía todo el cuerpo solo con ver a Jack. El hombre con quien había estado hablando era mayor que él, tenía una mata de cabello castaño claro y andaba con una ligera cojera. «Es el padre de Meg, el marido de Garnett, el cobarde que abandonó a Charlie». Todas esas ideas se dispararon a la vez en mi mente, como caballos de carrera cuando se levanta la barrera de salida. ¿Habría hablado con él la señora Heidelberg? ¿Le habría preguntado algo acerca de la niña que en realidad era hija suya?

—¡Birdie! ¿Qué haces aquí? —dijo Jack mientras se acercaba sonriendo—. Doctor Pittman, esta es Birdie Calhoun. Ha venido a visitar a su hermana, Frances Tartt.

—Sí, por supuesto. Me alegro de verla —repuso el doctor, tendiéndome la mano—. ¿Cómo se encuentra la señora Tartt? Sé que el calor le afecta mucho en esta época del año.

—Está muy bien —respondí.

No noté nada en su expresión, pero me lo quedé mirando un poco más de lo debido, quizá uno o dos segundos, porque tenía los ojos de Meg, de un azul tan claro que parecía transparente. ¿Nadie se había dado cuenta? La inquietante semejanza debía de haber sido una tortura para Garnett.

—Le diré a la señora Tartt que ha preguntado por ella.

Eleanor se les acercó con una carpeta marrón. Jack era bastante más alto que el doctor Pittman y más corpulento, tanto en los brazos como en el torso. De haber sido un día completamente diferente, me habría divertido pensar que el chico con el que yo salía podía ganarle al marido de Garnett en una pelea. Observé que la americana azul marino y la camisa del doctor Pittman parecían un poco arrugadas. Imaginé que cada mañana empezaría el día impecable como un billete nuevo, pero que el desayuno con su esposa fría y amargada bastaría para marchitar su aspecto.

—Le comunicaré nuestra decisión —dijo el doctor Pittman—. No hace falta que me acompañe hasta la salida.

—Siempre es un placer recibirle, doctor Pittman —lo despidió Jack, y después se volvió hacia mí—. Parece que tú eres mi próxima cita —dijo con una sonrisa pícara—. Eleanor, ¿podrías decirle al señor Allison que me retrasaré un poco?

Entré con él en su despacho y Jack cerró la puerta, pero no fue a sentarse. Se inclinó, apoyado en su escritorio, para quedar a la misma altura que yo, y me cogió la mano.

—Solo tengo un minuto. ¿Todo bien? —me preguntó.

Asentí. Me gustó que flirteara conmigo incluso en la oficina.

—Veo que estás de buen humor —le dije.

—Estoy emocionado por nuestra cita de esta noche —respondió, atrayéndome un poco más hacia él—. Hace una semana que no te veo.

Me permití disfrutar durante un segundo de sus palabras. A través del cristal noté que Eleanor nos estaba observando. Era probable que pensase que una mujer desesperada como yo nunca podría atrapar a un hombre como Jack. Si me hubiera importado su opinión, le habría dicho: «Querida, yo no estoy ni remotamente tan desesperada como tú, porque conmigo nadie tiene ninguna expectativa». Ese hecho me proporcionaba una libertad considerable, aunque no dejaba de ser un poco triste.

—En realidad, he venido a decirte que no podré salir contigo esta noche. Tengo algunas cosas que hacer en casa.

Se le congeló la sonrisa.

—Bueno, pero no pongas esa cara de felicidad —replicó—. ¿Qué te tiene tan ocupada?

—Hemos... —empecé, pero enseguida me corregí, ya que no debía hablar en primera persona—. La señora Tartt ha decidido acoger huéspedes, para ganar un poco de dinero mientras Frances y ella están en Jackson. Estoy preparando la casa. Son cinco. Llegaron ayer.

Jack ladeó la cabeza, como si no se lo acabara de creer. ¡Y yo que pensaba que estaba progresando en esto de contar mentiras! Tendría que aprender a hacerlo mejor si no quería que la gente me mirara como me estaba mirando él en ese instante.

—¿Cómo habéis conseguido tantos huéspedes en tan poco tiempo? —preguntó.

—Con un anuncio en el periódico —respondí.

—Me alegro por la señora Tartt —replicó él, asintiendo—. Últimamente hay mucha oferta de habitaciones en casas particulares. —Me cogió una mano, se la acercó a los labios y la besó—. Aún no sé cuándo tendré que volver a Jackson, pero creo

que será pronto. ¿Te parece bien que vaya a visitarte el domingo por la tarde a vuestra casa?

«¡Ni hablar!», grité por dentro, mientras pensaba a toda velocidad. El domingo por la tarde estaría todo cerrado en la ciudad.

—¿Por qué no vamos juntos a la iglesia?

Una cita para ir a misa. Se le borró un poco la sonrisa, pero no del todo.

—Claro. Iré a recogerte.

—No, no hace falta. Ya estaré en la ciudad, porque... tengo algo que hacer. Primera Iglesia Metodista de Cristo, en Jackson Avenue.

—Compraré antes algo de comer y quizá podamos hacer un pícnic en mi apartamento.

—Perfecto —contesté.

Después me acompañó hasta la puerta del banco y me estrechó la mano para despedirme.

Fuera del banco, me tomé unos segundos para recuperar el aliento, antes de hacer el resto de mis recados. Tenía que encargar hielo y refrescos, comprar cigarrillos para venderlos sueltos y adquirir todos los condones de la marca Merry Widow que fuera lícito comprar sin receta médica. Para esto último necesitaba llenarme los pulmones de oxígeno.

De repente di un respingo, porque sentí que alguien me tocaba el brazo.

—¡Doctor Pittman! —exclamé.

Me había estado esperando a la salida del banco.

—Escúcheme, por favor. Necesito que deje de llamar a los Heidelberg —me rogó—. ¿Entiende lo que le pido, señorita Calhoun?

Asentí, apartando mi brazo de su mano. Entendía a la perfección lo que me estaba pidiendo. Quería que Meg se perdiera para

siempre en el maldito programa de trabajo de su mujer para que dejara de ser un problema para él.

—¿Qué le ha dicho exactamente la señora Heidelberg? —le pregunté.

Parecía cansado y mayor que Garnett.

—Que su propósito había sido adoptar a una niña pequeña en una agencia de confianza y que, desde que sabía que la niña venía de Oxford, pensaba que lo mejor sería devolverla al orfanato.

Podría haberme echado a llorar al oír esa realidad expresada con tanta claridad.

—¿De verdad lo hará? ¿Piensa devolver a Meg?

—No lo sé. Le he dicho todo lo que se me ha ocurrido para convencerla de lo contrario.

—Ha tratado de convencerla... ¿de que no devuelva a Meg?

—Por supuesto. Los Heidelberg son la última oportunidad para que esa niña tenga una infancia decente.

La cabeza me estaba dando vueltas. ¿Sabría el doctor Pittman que su mujer estaba haciendo todo lo posible para que la devolvieran? ¿Estaría al tanto de sus planes para Meg?

—Señorita Calhoun, usted ya no tiene nada que ver con la niña. ¿Quiere por favor dejar en paz a esa familia?

¿Ni siquiera era capaz de decir su nombre? En cualquier caso, yo no podía admitir que Meg estuviera bien con una familia que no la consideraba a su altura.

—Yo solo quiero lo mejor para Meg —repliqué, y di por terminada la conversación.

Con los ojos entrecerrados por la luz deslumbrante del sol, se inclinó hacia mí como si fuera a decirme algo.

—Buenas tardes, doctor. —Un hombre se levantó el sombrero de paja para acompañar su saludo, impidiendo así que me respondiera.

Mientras el hombre le hablaba, el doctor Pittman me despidió con una inclinación de la cabeza y yo seguí mi camino.

Después de hacer mis recados, paré un taxi, en lugar de tratar de encontrar a las chicas. Había muchos yendo y viniendo por el bulevar. Cuando llegué a casa, el coche del señor Binny estaba aparcado en la puerta. Luchando con la carga, casi se me cae en el vestíbulo todo lo que llevaba, incluida la bolsa de los condones. Nada más entrar, distinguí al señor Binny y a Charlie hablando en el salón delantero. El viejo taxista estaba sentado en el sofá de tres patas, tan erguido como cuando iba al volante de su coche. En la mano sostenía un vaso de agua helada del que no parecía haber bebido ni un sorbo. En ese instante, el surco de su entrecejo fruncido se me antojó aún más profundo de lo habitual. Me escondí para que no me vieran, pero agucé el oído para oír lo que estaban diciendo, tal vez porque me atraía la catástrofe, como a mucha gente le atraen los accidentes en la carretera. «Esta noticia podría matar al viejo señor Binny». Debía de ser la primera persona de color que se sentaba en el salón formal de la señora Tartt, por muy destartalado que estuviera. Y lo peor de todo era lo que le estaba pidiendo Charlie, con la misma naturalidad con que le habría preguntado qué tal le había ido el día.

Oí que el señor Binny preguntaba con voz grave:

—¿Qué pasará si la señora Tartt vuelve a casa y encuentra al señor Binny tocando con su banda en un burdel? —La pregunta había comenzado en tono bajo, pero había ido subiendo por lo menos una octava a medida que avanzaba. Claramente, había llegado en el momento decisivo.

Charlie reflexionó unos segundos.

—Supongo que lo consideraría a usted un hombre de negocios astuto y hábil, señor Binny. En cualquier caso, así es como le veo yo —dijo con voz suave—. Usted sabe aprovechar una buena oportunidad cuando se presenta. Además, sé que no lo divulgará por toda la ciudad. Por eso le ofrezco el trabajo antes que a nadie.

El señor Binny soltó un gruñido breve y seco, como si hubiera visto con claridad el intento de Charlie de dorarle la píldora. Pero la insistencia dio sus frutos, porque, tras asegurarle que solo abriríamos un mes y algunas cosas más, el hombre aceptó venir a tocar la noche siguiente. ¡Dios mío! Mientras yo me alejaba rápidamente por el amplio pasillo, incluso me pareció oírlo reír.

Cuando entré en la cocina, Esmeralda ya estaba allí. Debía de haber aparcado su Pierce-Arrow en el jardín trasero. Por la ventana vi que Ruby y las gemelas estaban fuera, colgando adornos de los árboles y colocando más luces, para replicar el ambiente de la fiesta de Año Nuevo de 1922 de la señora Tartt.

—¿Qué tal os ha ido en la estación? —pregunté.

—No se lo digas a Charlie, pero hemos tenido que salir por piernas. Las chicas tenían la sensación de que el jefe de la estación las estaba observando, así que han vuelto corriendo al coche.

«Dios mío».

—Creo que Charlie está jugando con fuego —señaló Esmeralda, meneando la cabeza—. No debería hacer nada sin un acuerdo previo con el *sheriff*.

Asentí con la cabeza, como si le diera la razón, pero no era así. Me daba pánico que Charlie se pusiera en el punto de mira del *sheriff* y me aterrorizaba igualmente contarle lo que sabía de Welty y Meg y provocar con ello que hiciera una estupidez, lo que supondría una calamidad añadida para todas nosotras.

Se me estaban empezando a acumular los secretos.

—¿Qué sabemos del médico? ¿Ha dado señales de vida? —preguntó Charlie, entrando con Flossy en la cocina.

Esmeralda y yo negamos con la cabeza. Según recordaba, se suponía que tenía que llegar a la una, pero ya eran las dos.

—Si no se presenta, no podremos abrir —dijo Flossy.

—He hablado esta mañana con la enfermera de Kleinkamp y me ha confirmado que vendrá —anunció Charlie—. Ven al sótano a ayudarme, Flossy. Tenemos mucho que hacer antes de mañana.

En efecto, aún quedaba mucho por hacer para montar un club de baile que también era una pensión que además era un garito clandestino de venta de alcohol que en realidad era un burdel.

Mientras yo pelaba patatas para la cena, Charlie y Flossy estaban muy atareadas delante del fregadero. Habían subido de la bodega unas cuantas cajas de bourbon de la señora Tartt y estaban vertiendo el contenido de las botellas llenas en otras vacías. Las llenaban por la mitad y completaban el resto con agua del grifo.

—Echa más agua, Charles —la animó Flossy—. No hay nada peor que un putero borracho.

Poco a poco, una botella se fue convirtiendo en dos, tres botellas en seis y, si por cada copa podíamos cobrar un dólar, entonces Charlie habría transformado una botella que no nos costaba nada en un beneficio neto de diecisiete dólares. Eso sí que era economía de la buena, sobre todo teniendo en cuenta que había alrededor de seis docenas de botellas en el sótano. En comparación, la venta de Coca-Cola con una ganancia de quince centavos por vaso quedaba un poco deslucida, pero, al fin y al cabo, cada centavo contaba.

Charlie no dejaba de mirar el reloj de la cocina. Ya casi eran las tres.

—Voy a llamar otra vez a Kleinkamp —dijo y, al salir, añadió—: Te está quedando muy bien, Es.

Me acerqué a la mesa y me asomé por encima del hombro de Esmeralda.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El menú —respondió ella.

Las misteriosas cajas planas de madera que habíamos sacado de su coche estaban abiertas, llenas de tubos de pintura, pinceles y paletas, y sobre la mesa había también un marco dorado, grande y pesado, forrado de papel marrón por la parte posterior. Allí, con una caligrafía perfecta, Esmeralda había pintado en grandes letras negras:

*Clases de baile, 30 minutos cada una*
*Jitterbug: 4,50 $*
*Flossy: 5,00 $*
*Tango: 9,00 $*
*Foxtrot: 15,00 $*

Me llevó un segundo entender qué era qué. Esmeralda era claramente el foxtrot, Flossy era el flossy, pero ¿quién sería el tango?

—Por la noche, este cuadro será el menú —explicó Esmeralda, y a continuación dio la vuelta al pesado marco—. Y, por el día, volveremos a ver a este señor.

¡Dios mío! Era el retrato de Henry Tartt.

—Nadie coge el teléfono en la consulta de Kleinkamp —dijo Charlie al regresar—. Puede que esté de camino.

—Más le vale —repuso Flossy—. No tengo suficiente amistad con estas chicas para compartir una enfermedad con ellas.

—Esa no es Kleinkamp —dijo Flossy, espiando por los paneles laterales de la puerta principal—. Ni siquiera ha nacido en el mismo siglo que el doctor.

A las tres y media, Flossy y yo vimos que una joven de cabello oscuro subía por nuestro sendero con una bolsa de lona negra en una mano y un grueso libro en la otra. Avanzaba rápidamente y con determinación, mirando a su alrededor como hacía la abuela cuando se proponía beber a escondidas una copa de licor de cereza.

—¿Es Kleinkamp? —preguntó Charlie, bajando la escalera.

—¿A ti te lo parece? —replicó Flossy.

Les pedí a Charlie y a Flossy que se apartaran y me dejaran hacer a mí, por si se trataba de una de las amigas del comité de beneficencia de Frances.

Cuando abrí la puerta, la joven se estaba poniendo una bata blanca por encima del vestido. Era alta y delgada, y lo parecía aún más con la bata de médico, que le estaba un poco grande. Llevaba medio despeinado el pelo corto y rizado, que una pinza plateada no conseguía sujetar. Tenía unos grandes ojos castaños sin maquillar detrás de las gafas de pasta. Levantó el libro y dejó la bolsa en el suelo.

—Hola, soy la señorita Cunningham, en sustitución del doctor Kleinkamp.

Flossy se adelantó y dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Dónde está Kleinkamp?

—El doctor no estaba disponible, así que he venido yo en su lugar.

No parecía mayor que yo. Tenía un bonito rostro en forma de corazón, pero sus mejillas pálidas estaban repletas de cicatrices, y, con ese pelo oscuro tan encrespado, no resultaba nada atractiva, aunque ese hecho tampoco parecía importarle lo más mínimo.

Charlie se asomó y miró a un lado y a otro de la carretera. El taxi en el que había venido la joven seguía parado delante del sendero. Charlie le hizo señas a la chica para que entrara y cerró la puerta.

—No hemos pedido una enfermera, sino un médico —observó Flossy—. ¿Tienes las cualificaciones necesarias?

—No, pero trabajo en la consulta del doctor Kleinkamp dos veces por semana y soy asistente de laboratorio en la universidad. Además, llevo casi un año trabajando en el hospital de Oxford. —Mientras hablaba, nos fue mirando a los ojos a las tres. Su actitud era firme y parecía decidida. Aunque ¿decidida a qué? ¿A hacernos a todas la prueba de la gonorrea?

—¿Casi un año? ¿Cuántos años tenías? ¿Quince? —preguntó Flossy con retintín.

—Tengo veintidós —respondió la joven—. El año que viene empezaré la carrera de medicina.

—Pues yo prefiero a alguien que la haya terminado. ¿Dónde está Kleinkamp?

—El doctor Kleinkamp estaba indispuesto y yo me he ofrecido para sustituirlo. —Frunció los labios, que no estaban rojos por el maquillaje, sino agrietados, como si se los mordiera. Debía de preocuparse mucho por todo—. Pero él no podrá venir.

—Bobadas. Ayer mismo hablé con el viejo Matusalén y me dijo que estaría aquí a la una en punto y nos cobraría cinco dólares por chica, lo cual es un auténtico timo.

Yo empezaba a ilusionarme, pensando que en ausencia de Kleinkamp tal vez sería imposible abrir la planta de arriba y entonces podríamos tener un club de baile común y corriente, en el que venderíamos refrescos y clases de vals.

—¿El doctor Kleinkamp os cobraba cinco dólares por análisis? —preguntó la señorita Cunningham.

—Sí, mona, ya sé que es una estafa. Pero Kleinkamp es el único que nos atiende.

—Bueno, el doctor me ha enseñado mucho y tengo suerte de trabajar con él, pero tiene cerca de noventa años y está casi ciego. Sinceramente, os daría igual ir a la plaza y pedirle las pruebas a la vieja señora Rondo.

—A mí no tienes que convencerme —replicó Flossy—. Pero sigo sin aceptar que me atienda una chiquilla. La bata blanca no te convierte en médica.

La señorita Cunningham echó atrás los hombros y pareció como si la bata le sentara mejor.

—¿Os dais cuenta de que las pruebas que hace no pueden ser válidas?

—¿Y eso quién lo dice? —repuso Flossy, levantando la barbilla.

La joven hizo una pausa, tal vez reflexionando sobre la conveniencia de delatar a su jefe, pero al final no pudo contenerse.

—Lleva las muestras de sangre a Holly Springs. Es un trayecto de hora y media, en un coche a pleno sol. Los análisis tienen que hacerse de inmediato, nada más extraer la sangre, o la muestra se estropea. Por no mencionar que tiene el laboratorio en la cocina, donde hace calor y además hay mucha suciedad. No sé qué enseñarían en la universidad en 1850, pero yo aprendí esas cosas básicas en el primer curso de laboratorio.

—¿Qué quieres decir? ¿Insinúas que quizá tengo algo y no lo sé? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Por alguna razón, Flossy se volvió para mirarme y yo me encogí de hombros: «Espero que no».

—Lo que digo... —La señorita Cunningham contuvo la respiración un momento y, después, se abrieron todas las compuertas—. Lo que digo es que a ninguno de esos médicos les importan las mujeres, ¡y mucho menos las mujeres como vosotras! Os miran y piensan que ni siquiera merecéis que os hagan la prueba. Piensan que, si tenéis

alguna enfermedad, la culpa es vuestra y os está bien empleado por ser lo que sois. Su única preocupación, si es que tienen alguna, es que contagiéis a algún pobre hombre inocente y desprevenido.

Yo no sabía muy bien qué pensar de esa chica. No era el momento de endilgarnos un sermón sobre los males de la prostitución. No estaba muy segura de que supiera lo que pensábamos hacer, pero, si Priscilla era cliente de Kleinkamp y ella trabajaba para el doctor, probablemente sabría que una llamada telefónica para hacer pruebas de gonorrea y sífilis a cinco mujeres no era una invitación a una fiesta de cumpleaños.

—¿Qué cree que deberíamos hacer, señorita Cunningham —preguntó Charlie—, acerca de nuestra... situación?

La joven respondió sin pestañear.

—¿Cuándo vendrá el próximo cliente?

Charlie cruzó las manos por delante del cuerpo y contestó:

—Mañana. Será nuestra primera noche con el local abierto. Espero que comprenda, señorita Cunningham, que necesitamos discreción.

La señorita Cunningham se pasó el grueso libro de un brazo a otro.

—Llámame Virginia, por favor. —Le tendió la mano a Charlie, que se la estrechó, aunque no sin cierta vacilación—. Lo que he venido a deciros es que yo puedo haceros esas pruebas. Sé hacer la exploración física para detectar lesiones y he hecho cientos de análisis de gonorrea, chancro blando y sífilis. Solo tenéis que venir al hospital de Oxford y os haré las pruebas allí mismo.

Charlie meneó la cabeza, lo mismo que yo, ya que el hospital de Oxford era el lugar de trabajo del doctor Pittman. Pero Flossy habló primero.

—¡Uy, no! ¡Nada de eso! Yo no iré a ningún hospital. ¿Sabes qué se propaga más rápido que la sífilis? El rumor de que la tenemos. Basta con que alguien vea a una de nosotras en el hospital para que los clientes desaparezcan. Y eso no es todo. Después vendrá la policía. Puede que yo no parezca muy lista, pero conozco mis derechos, y, si algo he aprendido, es que nuestros derechos se evaporan en cuanto nos denuncian por enfermedad. Vienen, nos rodean como ganado y nos llevan a un campo de internamiento para mujeres sucias y enfermas.

La misma Virginia Cunningham que un segundo antes parecía tan confiada se volvió de repente mucho más insegura. Quizá era demasiado joven e inexperta para involucrarse en el negocio. Aunque no era asunto mío, empecé a sufrir por ella, como me pasaba siempre.

—Lo siento, tienes razón. No había pensado en eso —replicó.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. Charlie, voy a llamar a Kleinkamp...

—Puedes llamarlo, pero no vendrá —dijo Virginia—. He estado con él hace solo unas horas.

—¿Y qué te ha dicho? —quiso saber Flossy—. Tendrá alguna razón.

—Ha dicho que estaba cansado y que no le merecía la pena arriesgarse. —Virginia suspiró, como si ella también estuviera agotada. Lo que había querido decir el doctor, casi con seguridad, era que no valía la pena correr el riesgo por unas mujeres como nuestras chicas—. Están clausurando este tipo de negocios. La Liga contra el Vicio, el *sheriff*...

Con un escalofrío, miré a Charlie, pero no abrí la boca. Era justo lo que me había pedido que no mencionara esa misma mañana. A su lado, Flossy desechó con un gesto el comentario.

—Olvídate de ese viejo capullo. ¿Sabes qué haremos? Iremos a Memphis y buscaremos un médico. Nos costará un riñón, pero...

—¿Tenéis nevera eléctrica? —preguntó Virginia. Echó un vistazo a los techos altos y el salón formal extrañamente despojado de muebles sin saber muy bien qué pensar del lugar. Al ver que Charlie asentía, continuó—: Han simplificado mucho las pruebas, gracias a la gran cantidad de hombres que contrajeron enfermedades venéreas durante la guerra... Si Kleinkamp puede hacerlas en su cocina mugrienta, no veo por qué no podría hacerlas yo en la vuestra.

—¿En nuestra cocina? —pregunté—. ¿Aquí?

—Solo necesito algunas cosas y prepararlo todo.

Miré a Charlie. La señorita Cunningham quería hacer pruebas de sífilis y gonorrea en mi cocina, la misma donde yo preparaba los huevos revueltos. Charlie se frotó las manos en el delantal, sin parecer demasiado convencida, aunque tampoco daba la impresión de que estuviera del todo en contra.

—¿Qué... necesitarías?

—Microscopio, portaobjetos, antígenos, alcohol, viales de vidrio, agujas, tubos para recoger la sangre...

—¿Tienes todas esas cosas? —preguntó Charlie.

—No, pero estoy bastante segura de poder conseguirlas.

—Deben de ser muy caras —observó Charlie.

—Sí, seguramente lo sean. —Virginia se ajustó las gafas sobre la nariz. A través de los cristales, sus ojos parecían enormes—. A menos que nos salgan gratis —añadió con un guiño—. La mayor parte del material está en la universidad, muerto de asco. Como mínimo, podría conseguir el microscopio y los portaobjetos.

Charlie me miró primero a mí y después a Flossy.

—¿Qué te hace pensar que te los prestarían? —le preguntó a Virginia, que se mordisqueó los labios durante un segundo.

—No lo harían. Por eso no pienso pedirlo. Veréis, los primeros meses de la carrera de medicina en la Universidad de Mississippi solo hay clases teóricas. Nadie usa los laboratorios hasta enero y el equipo se queda guardado en el armario del doctor Weems, acumulando polvo. —Al mencionar al doctor, Virginia puso los ojos en blanco, con un gesto que la hizo parecer peligrosamente joven—. Es un cerdo misógino. En su clase de biología enseña que las mujeres somos demasiado histéricas para ejercer la medicina, a causa de nuestras hormonas. Cuando le dije que pensaba hacer la carrera, me contestó que, si quería un médico en casa, solo tenía que casarme con uno. Y me llamó «cariño». Después el viejo asqueroso intentó meterme mano. Si queréis saber mi opinión, alguien debería echarle una dosis de triortocresilfosfato en el café.

Aunque era joven y aún no era médica, tenía sin duda fuego interior, y puede que eso fuera bueno.

Flossy dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué seguimos hablando de esto? Ya os he dicho que no pienso arriesgar mi vida con una enfermera pretenciosa que todavía lleva a todas partes el manual de instrucciones —observó, señalando con un movimiento de la cabeza el libro que Virginia tenía en la mano.

—No voy a ser enfermera —replicó Virginia con las mejillas encendidas—. Voy a ser médica. Y, cuando lo sea, abriré una consulta solo para mujeres, y esos estudiantes pijos y profesores misóginos tendrán que arrodillarse ante mí y besarme el trasero.

—Bueno, mona, vuelve a vernos cuando tus padres hayan pagado para que todos te llamen «doctora».

—A mí nadie me paga los estudios —repuso ella, y yo la creí, ya que tenía las gafas reparadas con esparadrapo y llevaba unos zapatos acordonados más viejos que los míos y cubiertos de barro. Después, en voz baja, añadió—: Mi madre se gana la vida limpiando casas. Yo tengo tres trabajos y el hospital solo me paga veinticinco centavos la hora, mientras que a los chicos les paga cincuenta.

No tuve más remedio que identificarme con ella. Un mocoso de quince años ganaba más que yo en la tienda de Footely, donde yo llevaba cuatro años trabajando. La frustración de esa mujer con los médicos me pareció muy convincente. Como a la mayoría de las personas, me habían enseñado que el médico siempre tenía la razón. Después de todo, era un hombre que había estudiado, mientras que mi madre y yo teníamos que viajar varias horas para ver a uno, que en veinte minutos me declaraba estéril, sonreía y se iba a su casa a celebrar el cumpleaños de su esposa.

Charlie consultó su reloj, lista para ir al grano.

—¿De verdad crees que podrías tenerlo todo preparado y las pruebas hechas antes de mañana por la tarde? ¿O deberíamos ir a Memphis?

—Estoy bastante segura de poder hacerlo —respondió la joven, que nos miraba alternativamente a Charlie, a Flossy y a mí. Parecía entusiasmada—. Como os he dicho, ni siquiera es difícil hacer esas pruebas. Creo que podría hacer un Wassermann con los ojos cerrados. Pero necesito sacar hoy mismo todo el material de la universidad, porque las clases empiezan el lunes. Aun así, creo que lo conseguiré.

Flossy se estaba poniendo cada vez más roja y le estaban saliendo manchas en la cara y el cuello.

—¡Charlie! ¿Qué es esto? ¿Una broma? ¿De verdad vas a permitir que esta niñata juegue a los médicos con nosotras?

—¿Estás segura de que esas pruebas estarán bien hechas? —le preguntó Charlie a Virginia—. ¿Serán fiables?

—Más que nunca, porque me ocuparé de hacerlas como es debido. Tendré que decirle a Kleinkamp que voy a tomarme unos días libres. No le gustará, pero...

—No se lo cuentes a nadie —dijo Charlie.

—Supongo que podré mantener mis turnos en el hospital. Os cobraré lo mismo que cobran ellos: a dos dólares la prueba. Solo necesitaré una habitación privada para las exploraciones, con agua y electricidad... —Casi sonreía, pensando en todas esas pruebas de gonorrea y sífilis—. Será como mi propia consulta. Podré llegar a la facultad de medicina, el curso que viene, con más experiencia que nadie.

A mi lado, Flossy parecía a punto de estallar.

—¿Qué se habrá creído la señorita? ¿Que esto es un juego? ¿Una oportunidad para mejorar la nota en la carrera? Déjame que te haga unas preguntas, guapa. ¿Cuántas chicas de tu club de universitarias han pillado alguna vez una venérea? ¿Cuántas se han dejado los ojos llorando o han tenido que morder un palo cada vez que iban a orinar? —A Flossy se le estaba poniendo la cara todavía más roja—. ¿Cuántas han ido aplazando el momento de ir al baño hasta mearse encima? ¿Cuántas pillaron la sífilis y no lo supieron hasta que ya era tarde? ¿A cuántas amigas has visto quedarse ciegas, pidiendo a gritos auxilio en la cama de al lado?

—A ninguna —respondió Virginia. Parecía como si se avergonzara por no haber visto ninguna de esas cosas y a la vez se entristeciera de que pudieran ocurrir.

—Pues, si alguna vez te toca vivirlo, te destrozará el corazón —le aseguró Flossy.

—Por favor, dejadme que lo intente —insistió Virginia—. Dentro de unas horas sabré si es posible. Ni siquiera os cobraré la primera ronda de pruebas, por si no os quedáis satisfechas con mi manera de hacerlas. Así podríais ir a Memphis mañana por la mañana si fuera necesario.

Flossy desvió la mirada y no contestó, pero Charlie hizo un gesto afirmativo. Aun así, no parecía del todo convencida.

—Te enseñaré la casa y buscaremos un lugar donde instalarte.

Una canción flotaba en el aire.

*«Stars shining bright above you...».*

Parpadeé mirando la luz del techo del salón. Estaba sola, acurrucada en el sofá de tres patas, donde debí de quedarme dormida. Sentía calientes las mejillas y tenía el pecho pegajoso y dolorido, porque me había quemado al sol mientras daba una segunda mano de pintura a la pista de baile.

*«Birds singing in the sycamore tree...».*

Me levanté gimiendo y me dirigí a la cocina, donde el agua hervía a borbotones en una olla alta colocada sobre el fuego. Estaba oscuro y, ¡Dios mío!, ya era casi medianoche. La canción de Wayne King procedía del jardín trasero. Miré a través de la puerta mosquitera y vi que, en el centro del jardín, la pista de baile recién pintada resplandecía como una piscina negra. Farolillos eléctricos dorados se entrecruzaban en lo alto, y una miríada de lunas plateadas y adornos de estrellas relucían contra un cielo negro como la tinta. Por el modo en que los árboles de Júpiter se inclinaban en torno a la pista, se creaba un ambiente de cuento de hadas, como de salón dentro del jardín, tal como lo había descrito la señora Tartt hablando de sus antiguas fiestas. Levanté la vista y vi a Trixie caminando descalza por una rama como una equilibrista mientras Flossy le indicaba

dónde colgar el siguiente adorno brillante. De espaldas, Flossy y Ruby parecían niñas maravilladas por aquel mundo resplandeciente, destinado a familias adineradas, presidentes de Estados Unidos y zapatos dorados de tacón. Parecían estar dentro de una de las viejas fotografías de la señora Tartt.

Cuando salí, la puerta mosquitera se cerró tras de mí con un golpe y Ruby se volvió para mirarme. Con un cigarrillo colgando de los labios, me sonrió y me hizo la peineta.

*«Blue as can be, dream a little dream of me».*

—Oye, ¿quieres que te haga la prueba de la gonorrea? Te la haré gratis —dijo Virginia, asomando la cabeza por la puerta mosquitera.

—Estoy... bastante segura de que no la tengo —contesté.

—Muy bien, si tú lo dices...

Salió al jardín, enfundada en la bata blanca que le quedaba grande. Se había recogido el cabello rebelde con una diadema blanca, lo que hacía que el resto formara una nube caótica y oscura en torno a su rostro, confiriéndole cierto aspecto de científico loco. Recorrió con la mirada el jardín resplandeciente, supongo que para ver si aún faltaba alguien por hacerse las pruebas. A pesar de la hora, no parecía cansada.

—Oye, eh... ¿Sabes si es posible contraer alguna de esas enfermedades de otra manera que no sea... sexual? —pregunté.

—Que yo sepa, no. Pero no uses los condones más de una vez. —Mientras hablaba, gesticulaba con una cuchara de veinte centímetros de largo, que era la misma que yo usaba para revolver el té con hielo—. La he cogido de la cocina, pero la esterilizaré antes de devolverla —me aseguró.

—No importa. Quédatela —le contesté.

Antes, por la tarde, yo había bajado al sótano. En tan solo cuatro horas, Virginia había logrado montar un laboratorio de análisis en

una pequeña habitación cuadrada con paredes de ladrillo y suelo de baldosas, casi totalmente subterránea, al pie de la escalera. Las casas como la nuestra en Footely no tenían esos lujos. La habitación escogida estaba mucho más limpia que el resto del sótano polvoriento, y a una temperatura que fácilmente se encontraba quince grados por debajo de la del resto de la casa, incluso en un día caluroso. Virginia y Charlie habían fregado el suelo y pasado la aspiradora por las paredes y las vigas del techo. Lo que antes olía a un siglo de ajo y cebollas olía ahora a detergente y alcohol antiséptico, con un ligero toque del champú de fresa que usaba Virginia. Cuando bajé, cometí el error de no llamar primero a la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Una ejecución pública? —había dicho Ruby mirando al techo.

Estaba tumbada boca arriba, con las rodillas levantadas y las piernas abiertas, aunque por suerte una sábana le cubría la parte inferior del cuerpo. Sentada en el taburete de Picador, Virginia le iluminaba las partes íntimas con una lámpara sin pantalla, mientras le hurgaba el interior con la cuchara mencionada anteriormente.

—Perdón. He venido a buscar patatas —dije yo.

Pero el cajón de las patatas estaba detrás de la mesa de exploración. Entonces reparé en Flossy, acurrucada en un rincón, junto a la vieja nevera de gas. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y parecía mucho mayor de lo que la había visto nunca.

—Tengo miedo de lo que pueda descubrir. Me dirá que tengo algo —susurró.

Le pasé un brazo por los hombros y noté que estaba temblando.

—Espera y lo sabremos —le dije—. Me quedaré contigo.

La vieja mesa de madera, frotada y restregada, estaba cubierta de papel parafinado y tenía encima, entre otras muchas cosas, un

bote de polvo limpiador, un frasco de acetona para las uñas que debía de ser de Frances, el hornillo que no habíamos podido vender, el humidificador de cigarros de Henry Tartt con sus iniciales en letras de oro, varias filas de tubos de ensayo, frascos de mermelada vacíos, una olla de cobre, palillos, algodón, un montón de utensilios de plata y un microscopio con una placa donde ponía: PROPIEDAD DEL DEPARTAMENTO DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE MISSISSIPPI. Por encima de todo, un diploma enmarcado destacaba sobre un estante, junto a varios frascos de la conserva de sandía de Picador. Era un certificado expedido por la misma universidad, a nombre de Virginia Cunningham.

Sin apartarme de Flossy, le pregunté:

—Virginia, ¿todo esto lo has robado?

Mientras seguía estudiando las partes íntimas de Ruby, me respondió:

—Algunas cosas las he cogido del hospital, porque sé que nadie las echará en falta. También de vuestra cocina. Y del laboratorio de la universidad. No lo notarán, porque tienen decenas de microscopios. Además, pronto lo devolveremos. —Hizo una pausa y añadió—: Los palillos los he pagado yo.

—¿Te ha visto alguien? —pregunté. No necesitábamos añadir el robo a nuestra larga lista de crímenes.

Virginia se giró, haciendo chirriar el taburete, y dejó caer la cuchara en la olla de cobre.

—No, no me han visto. Bueno, el doctor Pittman estaba por allí, atendiendo a un paciente con apendicitis, pero no me ha visto.

Cuando me disponía a preguntarle si estaba segura, Flossy se echó a llorar.

—¿Puedo levantarme ya, doctora? —preguntó Ruby, incorporándose.

Virginia la miró.

—¿Me puedo cubrir ya el chocho? —insistió Ruby.

—Sí. No hay lesiones, pero tienes un poco de tejido cicatricial que será preciso vigilar —respondió Virginia.

Después se volvió hacia mí.

—Ya le he hecho todas las pruebas a Ruby. Los resultados han sido negativos.

La chica se levantó y se bajó el vestido mientras Virginia se lavaba las manos, desde las yemas de los dedos hasta los codos, en el viejo fregadero de hierro fundido.

—Ahora dame un dedo, Flossy —dijo Virginia.

Le quité el brazo del hombro, pero Flossy permaneció inmóvil en el rincón.

Ruby se le plantó delante.

—Tú has tenido la idea de que nos hagan las pruebas a todas, así que ahora dale el puto dedo. —Le agarró una mano y se la tendió a Virginia, que la cogió suavemente, limpió el dedo índice con alcohol y le dio un pequeño pinchazo. Flossy gimoteó.

Vi cómo salía la sangre y subía por una pajita que Virginia dejó goteando dentro de un tubo de cristal. Después le entregó a Flossy un trozo de algodón para que se comprimiera el dedo y llevó el tubo a la mesa. Lo removió con un palillo, mientras miraba de soslayo uno de los nuevos relojes que habían comprado las chicas esa misma mañana y que ella había colgado de un clavo en la pared. Luego vertió unas gotas de sangre en un portaobjetos y apretó un diminuto cuentagotas de punta roja.

—Es solo agua salada, prácticamente gratis. —Lo removió con otro palillo y, con unas pinzas, cogió un frasco de un soporte metálico—. Está todo esterilizado, pero aquí abajo hay que tener cuidado con el polvo. —Dejó caer una gota del frasco en el

portaobjetos, donde estaba la sangre—. Este es el antígeno que he traído del hospital... Pero, si tenéis en la despensa corazón de ternera en polvo, podríamos hacerlo aquí en casa... Y esto... es solo agua —explicó, añadiendo unas gotas—. La he destilado en la cocina.

Con mano firme, colocó el portaobjetos en el microscopio y volvió a mirar el reloj. La bombilla desnuda que colgaba del techo se balanceó, porque alguien estaba caminando arriba, en la cocina.

Pasaron los segundos y los minutos. Yo sostenía a Flossy por los hombros flacos mientras Virginia consultaba de nuevo el reloj y se asomaba al microscopio.

—Enhorabuena, Flossy. No tienes sífilis.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Flossy, y volvió a echarse a llorar.

Por la noche, en el porche trasero, Virginia se quitó la bata blanca y se sentó en los peldaños con las otras chicas. Las gemelas se habían ido a la cama, lo mismo que Charlie. Yo me dejé caer junto a Esmeralda, que estaba preparando más tarjetas, sin más mesa que sus rodillas.

—¿Un pitillo, doctora? —preguntó Ruby, tendiéndole un cigarrillo a Virginia.

Nunca la había visto ofrecerle nada a nadie. Era predeciblemente imprevisible.

—No, gracias, no me dan buena espina esas cosas —replicó Virginia—. Creo que debería volver al campus y dormir un poco. —Pero se quedó donde estaba, contemplando las tenues luces doradas que se balanceaban en los árboles.

—Mañana a esta hora ya habremos abierto y estaremos haciendo caja —comentó Ruby.

—¡Por fin! —exclamó Flossy—. Si hubiésemos tardado un poco más, creo que me habría vuelto a crecer el precinto.

—El himen —dijo Virginia, incorporándose—. Durante milenios, los hombres lo han utilizado como símbolo patriarcal del valor de una mujer. De hecho, en algunos países...

—Muy interesante eso que cuentas, pero déjalo para mañana a la hora del desayuno —la cortó Flossy.

Me pregunté cómo sería la noche siguiente, con el patio lleno de hombres ansiosos por subir a la habitación de mi hermana o de la señora Tartt... ¡Madre mía! ¿Qué estábamos haciendo? ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? «Dios mío, haz que llueva, para que no podamos abrir», recé. Levanté la vista hacia la luna, brillante como una moneda de cinco centavos. Otra noche despejada de septiembre.

—Estaría bien que este garito tuviera un nombre —dijo Esmeralda, mientras dibujaba con tinta negra hojas y flores en el reverso de la tarjeta, dejando libre el centro—. Algo elegante, como *Le Grand Écart* o *Le Monocle* de París.

—¿Has estado en esos sitios? —preguntó Flossy, que parecía diez años más joven desde que había confirmado que no tenía sífilis. Ni gonorrea, lo cual era con seguridad una ventaja añadida.

Esmeralda asintió mientras trazaba una larga enredadera retorcida.

—Y pienso regresar. En cuanto reúna un par de cientos de dólares, me iré a París en el primer barco y, en menos que canta un gallo, estaré bebiendo champán en el Ritz.

—Puedes hacer las tarjetas todo lo lujosas que quieras —comentó Ruby—, pero ahí dentro hay un sofá que huele a gato muerto y no hay tarjeta que pueda disimular la peste.

—Tiene razón —convino Flossy—. No hagas que la casa parezca demasiado elegante. Limpia, pero marrana. Así es como la quieren los clientes.

—¿De quién habéis dicho que es la casa? —preguntó Esmeralda.

—De los Tartt —respondí.

Esmeralda sonrió con sus dientes perfectos.

—Me gusta el nombre —dijo, y con trazos rápidos escribió en el centro de la tarjeta:

*Le Tartt Club*

Al ver mi expresión, que probablemente era de alarma, me preguntó:

—¿No te gusta?

—Por favor, no lo llames así. —No podíamos hacerle eso a la señora Tartt.

Entonces se puso a dibujar más enredaderas y las fue entrelazando en torno a las palabras hasta hacerlas desaparecer, como la A de Hester Prynne en *La letra escarlata.*

# 32

*¡Plin!* Ya estaba vestida y lista para la noche cuando volví a oír el mismo ruido fuera. *¡Plin!* Abrí la puerta y un viento cálido hizo que se me pegara a los muslos el vestido azul número dos. Había trozos de adornos de cristal esparcidos por la pista de baile. A lo largo de todo el día, el cielo había sido de un azul deslumbrante, pero en ese instante, mientras la tarde del sábado se acercaba al anochecer, unas nubes oscuras se cernían sobre nosotras y un viento racheado

balanceaba los árboles, haciendo que más adornos se estrellaran contra el suelo. Era la confirmación de que a Dios le parecía pésima nuestra idea.

Teníamos pensado abrir a las seis y solo faltaban veinte minutos. Subí a la planta de arriba y encontré a las chicas reunidas en la habitación de Frances, que para entonces era la de Flossy. Charlie estaba desplegando una sábana limpia sobre el colchón y les aconsejaba:

—Cambiad la sábana después de cada cliente o acabaremos todas con sarna y piojos.

Pensé en todo el sexo que Frances había deseado y nunca había tenido en esa misma habitación, e imaginé que le escribía una nota: «¡Buenas noticias, hermanita!».

Charlie alisó las sábanas con las manos. Eran baratas, de tela muy fina, y había colocado una pila en cada habitación. Por mi parte, yo había guardado en el desván las sábanas buenas, porque la sola idea de que Ruby practicara su «especialidad» —fuera la que fuera— sobre las iniciales bordadas de la señora Tartt me producía dolor de estómago. Yo me había instalado en una de las pequeñas estancias del ático, lejos de todo el negocio, pero allá arriba hacía un calor insoportable, por lo que seguía condenada a dormir en la galería, frente a la puerta de Ruby.

—He puesto un reloj en cada habitación. No olvidéis darles cuerda. Las gomas están debajo de los colchones. No se os ocurra tirar las usadas por el inodoro. —Charlie parecía la madre de alguien, pero desde luego no la mía.

—¡Y mucho cuidado! Si un cliente insiste en usar el baño de arriba —dijo Flossy—, no lo perdáis de vista, porque podría beberse nuestro alcohol desinfectante y limpiarse la entrepierna con nuestras toallas.

Tras oír su advertencia, decidí guardar mis toallas en mi habitación.

—¡Vamos, chicas! Ya son casi las seis —las animé. No quería estar sola abajo cuando empezaran a llegar los clientes.

Fueron a sentarse todas en las mesitas de cóctel, alrededor de la pista de baile. Esmeralda todavía estaba dentro, colgando el menú de la pared. Yo me senté detrás de la mesa del teléfono, que había trasladado al jardín, a unos diez pasos a la izquierda de la pista de baile, frente al arco de la pérgola. De ese modo, dominaba con la vista Lamar Boulevard y podía hacer de portera. Mi trabajo era sencillo: cada cliente tenía que pasar primero por mi mesa y comprar por lo menos una ficha de baile —que en realidad era uno de los discos rojos de un juego de mesa hallado en el cuarto de los niños— y un refrigerio, que podía ser una Coca-Cola o un refresco de zarzaparrilla, antes de acceder al jardín.

El señor Binny estaba en el porche, sentado al piano vertical que nos habían traído, con sus tres hermanos, que esperaban el momento de hacer sonar un oboe, un clarinete y una trompeta.

El sol aún brillaba sobre los campos al otro lado de la carretera con la obstinación de septiembre. Al menos no hacía demasiado calor, ni había llovido lo suficiente para que salieran los mosquitos. Cuando oí tronar a lo lejos, recé para que no lloviera y a la vez para que lloviera. Giré la silla para abarcar con la mirada las mesas de las chicas, la carretera, la banda de músicos y a Charlie, que ojalá se quedara sentada.

Iba y venía por delante del porche, vestida de negro.

—¿Todas recordáis las reglas? —preguntó. Hacía solo una hora que las había explicado—. Mínimo un baile y máximo diez. Si para entonces el tipo no quiere nada más, olvidadlo. No es un cliente. ¿Todas os sabéis la contraseña para entrar en la casa?

—¡Frances! —exclamaron Ruby y Flossy al unísono.

Oírlo por segunda vez volvió a hacerme daño.

Ruby le arrebató a Flossy un Lucky Strike y le dio una calada. Todo en ellas parecía más definido y estridente. Los botones rojos del vestido colorado de Ruby, que le contenían y levantaban los pechos, eran como armas a punto de disparar, como una batería de artillería. Las finas cejas pintadas de Flossy se arqueaban hacia arriba no solo por el trazo de lápiz, sino por un hilo que se había atado bajo la línea del cabello y que, al tensarlo, la hacía parecer más próxima a los cuarenta que a los cuarenta y cinco, pero con una curiosa expresión de asombro o tal vez de horror.

Las gemelas estaban apoyadas una contra la otra, medio dormidas, con el pelo casi blanco cayendo como un velo sobre sus rostros. Probablemente eran las últimas mujeres de menos de setenta y cinco años de todo el país que aún llevaban el pelo largo por debajo de los hombros. Lucían los mismos vestidos de Frances con motivos florales que se habían puesto para repartir tarjetas por la ciudad. El de Trixie era amarillo, y el de Dixie, azul.

—Si oís que el señor Binny toca *Night and Day*, es señal de que tenemos problemas —les recordó Charlie—. Vestíos lo más rápido que podáis y no entréis ni salgáis de la casa.

Me costaba mirar a los ojos al señor Binny. Charlie le había pedido que solo tocara valses lentos, para que las chicas no se cansaran y tuvieran tiempo de acordar el precio con los clientes. Se abrió la puerta trasera y salió Esmeralda, con el peinado perfecto, los pómulos altos, los labios pintados de rojo ciruela y el vestido rosa. Tenía las piernas muy largas y se movía por el porche con la elegancia de un potro. El señor Binny se giró haciendo chirriar el taburete y se inclinó hacia ella, como si fuera a decirle algo. Esmeralda asintió con amabilidad y siguió adelante, hacia los

peldaños del porche. El hombre frunció el ceño aún más de lo habitual, como si no acabara de comprender alguna cosa. Supuse que todos querrían conocer a la preciosa Esmeralda.

Charlie cerró con llave la puerta trasera. Había asegurado todas las puertas de la casa que tenían cerrojo y atado con una cuerda el picaporte de la única que no lo tenía.

Durante una buena media hora, no se oyó nada, aparte del silbido del viento entre los árboles y el ocasional tintineo de algún adorno que se estrellaba contra el suelo y que Charlie se apresuraba a limpiar con la escoba y el recogedor.

—¡Viene alguien! —exclamé.

Eran las siete menos cuarto y se oía un motor a lo lejos. Al cabo de unos segundos, un coche negro y polvoriento apareció por el bulevar. Me incliné para verlo mejor. Era un Ford Modelo A, que se detuvo delante de la puerta principal, dio marcha atrás y después giró en redondo en la carretera. Dentro había chicos en mangas de camisa, como los que habíamos visto en la estación. Oí una risa masculina, como el relincho de un burro, y apreté los dientes, esperando a que se bajaran del vehículo. El motor seguía en marcha, pero, de repente, el coche volvió a arrancar en dirección a la ciudad, levantando una nube de polvo.

—Curiosos —comentó Flossy—. Malditos mirones, que no gastan ni un centavo.

A las siete y media, el sol se ocultó por fin tras los campos en barbecho al otro lado de la carretera. Charlie enchufó las hileras de farolillos dorados que colgaban de los árboles. A las ocho ya estaba oscuro y las luciérnagas empezaban a encenderse y coquetear, probablemente en busca de sexo. Al menos había alguien que se había acercado al jardín con ese propósito. Me dolían los tímpanos de tanto aguzar el oído para oír algún motor. Nos habíamos gastado

prácticamente hasta el último centavo en preparar la casa. Y, sin embargo, reinaba el silencio, salvo por las chicas que jugaban a las cartas y charlaban, y el ocasional manotazo para aplastar un mosquito.

De repente oí el ruido de otro motor que se acercaba por la carretera y contuve el aliento. «¡Dios mío, por favor, que no sea el *sheriff*!».

Unos minutos después, un joven, o mejor dicho un niño, se bajó de un taxi y se encaminó despacio por el jardín lateral hacia mi mesa. Vestía traje oscuro y los pantalones un poco cortos le dejaban al descubierto los calcetines blancos. Se había echado tanta cera Brylcreem en el pelo que la cabellera se le pegaba a la cabeza como si fuera un casco. Se detuvo a unos pasos de mi mesa y miró a la izquierda, a la derecha y otra vez a la izquierda, solo con el movimiento de los ojos. Pálido y aterrorizado, aparentaba quizá unos dieciocho años.

—Hola —lo saludé, y tosí un poco—. Bienvenido a nuestro club de baile. ¿Quieres una ficha?

Se quedó donde estaba, a unos precavidos dos metros de distancia, bajo la pérgola. Tragó saliva, con la vista fija en las chicas sentadas detrás de mí.

—¡Levantaos, chicas! —siseó Charlie—. ¡Por el amor de Dios, señor Binny, toque algo!

Se oyeron dos golpecitos al piano y el señor Binny y sus hermanos atacaron un vals lento y raquítico.

—Entra, son solo diez centavos por baile —le dije al chico, guiñándole un ojo, no sé muy bien por qué.

Me miró horrorizado, con la cabeza hundida entre los hombros. Entonces retrocedió un paso, dio media vuelta y salió corriendo detrás del taxi, que ya se estaba alejando. Lo persiguió hasta que se

detuvo y pudo saltar dentro. Al cabo de unos segundos, el taxi había desaparecido en la oscuridad.

Y ese, damas y caballeros, fue nuestro único cliente de la noche.

Hacia las doce, Charlie y yo nos sentamos en el comedor y nos miramos. ¡Dios mío! Después de todo lo que habíamos trabajado, parecía que estuviéramos dando marcha atrás. Nadie más se había acercado, ni siquiera para curiosear, después de que aquel chico saliera corriendo aterrorizado detrás del taxi. Charlie había pagado su dólar con cincuenta centavos al señor Binny y a sus hermanos, y les había dicho que se fueran a casa, mientras las chicas subían a sus habitaciones arrastrando los pies, cansadas, pero quejumbrosas por no haberse cansado lo suficiente.

Charlie anotó el pago al señor Binny en su libro de contabilidad. El pulcro moño se le había soltado y el pelo oscuro le caía desarreglado alrededor del cuello. Encima de la mesa había una pila de libros a los que había arrancado las últimas páginas para pegar en su lugar sobres blancos donde guardar el dinero de las chicas hasta el viernes siguiente, que era el día de cobro. No habíamos previsto que estuvieran llenos después de la primera noche, pero esperábamos que tuvieran algo dentro: un par de billetes con la cara de un presidente, unas monedas de plata o al menos alguna de cobre. ¡Algo!

—Tenemos que hacer correr la voz —dijo Charlie. Al día siguiente era domingo, así que no abriríamos—. La semana que viene haremos más publicidad y las cosas mejorarán.

¿Se habría estado guardando todo ese optimismo para cuando hiciera falta? ¿Lo llevaría en el bolsillo por si llegaban malos tiempos? Me quité las gafas y la miré. Teniendo en cuenta todo lo que había

sufrido, ¿no se le debería haber gastado ya toda la maldita confianza en el futuro?

—Y, si tardamos un poco en arrancar, solo habrá que mantener el local abierto unas semanas más de lo previsto —dijo. Alargó la mano para coger mis gafas y se las puso. Eran perfectas para esconderse tras ellas.

Sabía que no podíamos prolongar la apertura más allá de unos pocos días. Sería demasiado arriesgado, porque en algún momento regresarían mi hermana y la señora Tartt. Estábamos a 9 de septiembre. Habíamos acordado abrir durante un mes (¡como máximo!), para darnos una semana de margen entre el cierre y el vencimiento de la hipoteca, el 13 de octubre. Pero ese no era el verdadero problema. Lo que más me preocupaba era que Charlie no sabía cuál era el verdadero problema, porque yo no se lo había dicho.

—No podemos alargarnos, Charlie. —Me preguntaba si sería una crueldad decirle la verdad en ese momento, después de una noche tan nefasta. Pero no tenía opción—. Garnett está haciendo lo posible para que devuelvan a Meg al orfanato.

Se quedó paralizada. No parpadeó y sus manos dejaron de juguetear con el lápiz. Ella misma había predicho lo que estaba pasando y, sin embargo, parecía sorprendida.

—Me la encontré la semana pasada y me lo confesó. Después hablé con la señora Heidelberg (la mayor, la madre del hombre que adoptó a Meg) y me dijo que su familia ni siquiera tenía intención de adoptarla a ella. Querían un bebé de una institución de Memphis.

Una oleada rojiza le subió a Charlie por el cuello y se le extendió por la cara.

—No sé cuándo ni cómo piensa hacerlo Garnett —proseguí—, ni si los Heidelberg querrán quedarse a Meg un tiempo más. Solo sé

que Garnett no podrá enviarla a la fábrica hasta enero, cuando cumpla los doce años. Vi a Welty... Puede que haya convencido a la señora Heidelberg para...

Charlie abrió tanto los ojos que no pude continuar.

—¿Has hablado con Welty?

—Él me habló a mí. Lo vi ayer en el banco. Pero no tiene ni idea de que estás aquí. No sabe nada de la casa, ni del club, ni tampoco de que estoy al corriente de lo tuyo con él.

Todavía con mis gafas puestas, Charlie guardó silencio durante unos segundos. Me impresionó que pareciera tan serena después de lo que acababa de contarle. Por fin dijo, como si le dolieran las palabras en la boca:

—¿Por qué... no me has dicho nada de esto antes?

—Porque tenía miedo de que hicieras una tontería, algo temerario que pudiera meternos a todas en un problema.

Mi postura al respecto no había cambiado, pero, durante las últimas seis horas, había estado sentada detrás de esa mesita del teléfono, pensando que todas nosotras estábamos gastando nuestra última bala: Charlie, Meg, la señora Tartt, yo... No podíamos permitirnos que Charlie lo echara todo a perder.

—¿De verdad me crees tan estúpida? —dijo ella.

—Estúpida no, Charlie. Un poco mal de la cabeza, sí. —Miré a mi alrededor, como para señalarle que todo lo que nos rodeaba lo confirmaba—. Y no te culpo por querer recuperar a Meg, pero, si fueras a buscarla, los Heidelberg se lo contarían a Garnett y ella enviaría a la policía para que te apresaran de nuevo. Y esta vez, si vinieran a buscarte, nos encerrarían a todas y tirarían la llave. No te lo había contado para protegerte de ti misma.

Charlie se quitó las gafas. Sus ojos oscuros lanzaban chispas. No estaba serena, sino furiosa.

—Me subestimas, Birdie.



# Meg

# 33

—Tu madre quiere que cenemos con ellos esta noche —dice Lucille, después de colgar el teléfono. Lo dice con el mismo entusiasmo con que anunciaría que ya es hora de volver a limpiar la letrina del patio.

—Bueno, hace mucho que no vemos al resto de la familia.

—Estaremos solo nosotros —aclara Lucille.

Me lavo el pelo y me lo peino como las personas respetables. Para mi atuendo de la noche, elijo mi vestido favorito con apliques de pajaritos azules, que combino con zapatos negros y calcetines blancos. Pero no pienso ponerme ningún lazo en la cabeza que me arruine el peinado. Lucille tendrá que atarme si quiere ponérmelo.

Tom está impecable, como siempre, pero con corbata, y Lucille lleva un vestido que según ella es «de alta costura carcelaria»: gris con botones grises y poco más. Aun así, esta noche parecemos una familia normal. Con un perro y una pelota en la foto, seríamos la típica imagen que sale en las revistas.

Apenas hemos salido del porche, cuando Lucille da media vuelta y entra otra vez en la casa, maldiciendo por lo bajo y murmurando que, aunque la traten como a una presidiaria, no piensa vestirse como si lo fuera. Regresa con un llamativo vestido rojo y negro que compró en Memphis. Cuando por fin llegamos a casa de la madre de Tom, con media hora de retraso, estoy muerta de hambre.

—¿Estás segura de que mi madre no ha dicho por qué nos invita a cenar? —le pregunta Tom.

Ella se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Supongo que el comité que concede la libertad condicional querrá comprobar nuestra buena conducta.

Tom finge que no la ha oído para no discutir. Yo ya estoy contenta si podemos pasar una noche sin que ella se emborrache y empiece a lamentarse. El otro día, cuando Tom sacó el tema de la bebida, ella le contestó: «Todo el mundo necesita una copa de vez en cuando. Incluso Roosevelt lo ha reconocido en el periódico». Me pregunto si se habrá inventado ese dato. Tom trabaja todo el santo día y por la noche tiene que aguantar sus quejas.

Para no pillarme los dedos, repaso mis frases sobre Memphis, por si se me hubieran olvidado. Nunca se sabe cuándo podrían preguntarme de dónde demonios he salido.

Una criada a la que no conozco nos abre la puerta y percibimos un agradable aroma de carne asada. La casa grande es tal como yo la recordaba, con techos altos, suelos oscuros y toda clase de habitaciones enormes, que esta vez, sin embargo, están desiertas, sin nada de gente. Todas las luces están encendidas, como para una fiesta. El señor Heidelberg mayor nos recibe y le da unas palmadas a Tom en la espalda.

Tom se excusa por haber llegado tarde y le dice a su padre que ha sido culpa suya, porque se le ha pasado la hora trabajando.

Cuando le toca el turno a Lucille, el señor Heidelberg le dice simplemente: «Hola, Lucille», mientras fuerza una sonrisa. Se nota que le cuesta sonreír. Después se inclina hacia mí y me dice:

—¡Mira qué mayor estás, jovencita!

Y eso es todo. No estoy muy segura de que sepa quién soy.

—¿Celebramos algo esta noche, papá? ¿Se me ha olvidado algún cumpleaños? —pregunta Tom.

—No tengo ni idea, hijo mío. No decido nada en esta casa desde 1899, cuando me casé con tu madre. Vamos. La cena ya casi debe de estar en la mesa.

Me gusta cómo actúa este hombre. No tiene sentido andarse con rodeos cuando se trata de comer.

La señora Heidelberg nos recibe en el comedor. Nos saluda como de costumbre y nosotros hacemos lo propio. Yo la habría situado a la cabecera de la mesa, ya que es ella quien lleva los pantalones en la casa, pero el puesto le ha correspondido al señor Heidelberg mayor. Tom se sienta a su derecha, con Lucille a su lado. A mí me han colocado frente a Lucille, al lado de la señora Heidelberg.

Los hombres hablan de cosas aburridas mientras a mí me gruñe el estómago.

—¿Pagar a los granjeros para que no cultiven algodón? No me gustan esas nuevas políticas del New Deal, hijo mío. No me gustan nada.

Lucille finge seguir la conversación, pero yo sé que solo está pensando en fumarse un cigarrillo y tomarse una de sus bebidas alcohólicas. La señora Heidelberg se queda callada y yo intento estarme quieta. Aquí hay que esperar a que te sirvan la comida. No puedes ir y cogerla tú misma, como en casa. Detrás de Tom, hay un animal muerto con cuernos colgado de la pared. Sus ojos me siguen cuando cambio de posición.

Por fin, una mujer de color a la que llaman Maggie trae una bandeja grande. Esperaba que fuera algo frito, pero, cuando me la acerca, veo que son trozos gruesos de carne roja, con sangre y grasa en los bordes, y huesos que sobresalen. Miro a Tom.

—Es chuletón, Meg. Te prometo que te gustará.

Niego con la cabeza. No, señor. Por muy hambrienta que esté, no pienso comerme esa cosa ensangrentada.

—Es solo carne, Meg. Te la puedes comer igual que el rosbif. ¿Quieres que te la corte?

No quiero parecer una niña pequeña, pero le digo:

—Sí, por favor. Solo unos trocitos, para empezar.

Tom se levanta y me corta parte de la carne. Después me da unas palmaditas en la espalda y me dice:

—Si necesitas algo más, dímelo. No pasa nada por pedir ayuda, Meg.

Me doy cuenta de que su madre está observando todos sus movimientos.

Da bastante trabajo cortar la carne, pero tengo que reconocer que el chuletón merece la pena. Está tostado por fuera y tiene un interior rojo y tierno, y un sabor que lo convierte en una categoría superior de comida. Espero que no sea el animal de la pared. Pero, aunque lo fuera, lo recomendaría sin dudarlo.

Mientras comemos, la señora Heidelberg dice:

—Qué vestido tan bonito llevas, Lucille. ¿Es de Memphis?

—¿Cuál? ¿Este? —contesta Lucille, como si estuviera tratando de recordar, la muy embustera.

—¿Lo compraste cuando fuiste a cuidar a tu amiga enferma? ¿O tal vez cuando fuisteis a adoptar a Meg?

Miro a Tom, que sigue muy concentrado hablando con su padre.

—¡Ah, no! Hace años que lo tengo —responde Lucille—. Por supuesto que me habría encantado ir de compras cuando estuve en la ciudad, pero por desgracia últimamente no tenemos ni un centavo.

Lucille no pierde la oportunidad de sacar el tema.

—Ah, ¿sí? —dice la señora Heidelberg—. Habría jurado que lo vi en los escaparates de Lowenstein hace un mes. Quizá deberíamos ir todas de compras a Memphis para equipar a Meg antes de que empiecen las clases. ¿Qué te parece, Meg? También podrías visitar a tus amigas del orfanato.

Se diría que me está hablando a mí, pero no deja de mirar a Lucille. No sé qué está pasando, pero el interrogatorio no me está gustando nada.

—Me encantaría —responde Lucille sin perder la calma—. Pero, como ya le he dicho, no tenemos dinero para ir de compras. Así que no tendría sentido la excursión, ¿no le parece?

Noto que la señora Heidelberg aprieta la servilleta sobre la falda. Lucille no puede verlo, pero presiento que tenemos un problema. Soy capaz de detectar una mujer enfadada a un kilómetro de distancia. He conocido a unas cuantas, creedme.

Cuando la señora Heidelberg se gira y me mira, yo le suelto:

—Señora Tann, Sociedad de Hogares Infantiles de Tennessee. —No sé por qué lo he dicho.

—¡Mamá! ¿Has oído lo que ha estado haciendo Tom? —grita de pronto el señor Heidelberg—. ¡Nuestro hijo ha escrito un libro!

Tom levanta una mano para refrenar su entusiasmo.

—Bueno, todavía no lo he terminado.

El señor Heidelberg apoya los codos en la mesa.

—Y bien, ¿de qué trata el libro, hijo? ¿De la historia de nuestro país? Cuando se me acaban los informes de la Bolsa, lo que más me gusta leer son libros de historia.

—No, papá. No es un libro de historia. Es... una novela. Estoy escribiendo una novela contemporánea. —Tom carraspea con nerviosismo, como si tuviera miedo de que se burlen de él o de que Lucille diga: «¿Y qué?», mientras él habla de su novela. Cruza una

mirada conmigo, le sonrío y me devuelve la sonrisa—. Trata acerca de un hombre que vive en Nueva York después de la guerra, un poco al estilo de F. Scott Fitzgerald. ¿Recuerdas que mamá y tú fuisteis a ver algunas de sus películas mudas?

—¿Le enviarás el libro a Bill Davenport? —pregunta el señor Heidelberg—. ¿Sigue trabajando en aquella editorial de Nueva York?

—Sí, aún sigue allí. Pienso enviárselo a Bill muy pronto. Espero que me ofrezcan un buen anticipo. Eso significa que me pagarían antes de publicarlo. Sería un adelanto de mis ganancias sobre las ventas. Si todo sale bien, tendremos nuestro propio dinero. —Tom le lanza una mirada rápida a Lucille—. Mamá y tú no tendríais que darnos nada más.

El señor Heidelberg le apoya su pesada mano en el hombro.

—Me parece estupendo, hijo. Veo que has estado trabajando mucho.

—Sí, he trabajado bastante. —Noto alivio en los ojos de Tom, al ver que su padre está orgulloso de él.

Pero Lucille no le sigue la corriente. Cuando ha oído la palabra «anticipo», ha empezado a sonreír de una manera demasiado exagerada para ser natural.

—Tom, ya sabes que no hay ninguna garantía de que te ofrezcan un adelanto, por no mencionar que nadie ha leído la novela todavía. Y, aunque te dieran un anticipo, probablemente no sería suficiente para vivir. Es verdad que solo he sido una simple secretaria en la editorial, pero he visto lo suficiente para saber que no puedes contar con una gran suma de dinero.

Tom se mira las manos, apoyadas sobre la mesa. Por un instante tengo la impresión de que Lucille lo ha hecho callar, pero de repente dice:

—Mamá, hay algo que quiero que sepáis papá y tú.

La señora Heidelberg levanta la barbilla, como si hubiera estado esperando este momento.

—Sé lo mucho que os he decepcionado en el pasado, pero he aprendido de los errores cometidos y aún sigo aprendiendo. Salir de Nueva York, vivir en casa y... formar una familia me ha abierto los ojos. —Se vuelve y me mira—. Meg y yo vamos a menudo al lago, ¿sabéis? Le estoy enseñando a nadar. No podría... —Baja la vista—. No sé cómo explicarlo, pero ella me ha cambiado. Antes no valoraba lo que tenía, mamá, y ahora me arrepiento de no haber sabido apreciarlo. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Pero Meg me ha ayudado a cambiar de actitud.

—Eres muy buen profesor de natación, Tom —le digo.

—Y tú eres muy buena alumna, pavita.

Casi todo el enfado de la cara de su madre se ha borrado. Se le ha suavizado la expresión de la boca, pero no creo que se le haya pasado del todo el malhumor. La señora Heidelberg es de las que se guardan el rencor para más adelante. También he conocido a unas cuantas de esas. Pero le tiemblan los labios cuando me pregunta:

—¿Te llama «pavita»?

Tom y yo asentimos.

—Tu padre te llamaba «pavito» cuando eras pequeño. ¿Te acuerdas, Tom?

Me vuelvo para mirar y, ¡Jesús, María y José!, el viejo y corpulento señor Heidelberg también tiene lágrimas en los ojos.

Tom se inclina para cogerle la mano a Lucille, pero ella lo ve venir, retira la suya y la apoya en el regazo.

En el trayecto de vuelta a casa, me quedo dormida en el coche antes incluso de perder de vista la casa grande. Tom me lleva en brazos a la cama, me aprieta el dedo gordo del pie y se despide hasta mañana.

Ha llegado un punto en el que casi todos los días, nada más llegar, Willy May me anuncia los planes de las primas para la jornada: «Van a tomar el té a casa de la señorita Rowena», o «Van al lago, ¿por qué no vas tú también?». Tengo la impresión de que es la señora Heidelberg quien le pide que me lo diga, para tratar de sacarme de casa. Pero, cada vez que le pregunto a Lucille si puedo ir, me sale con *El libro del No*.

Todavía estoy llena con el chuletón de la cena de ayer cuando Willy May entra en la cocina por la mañana. Espero que me cuente los grandes planes de las primas, pero en lugar de eso me dice:

—La señora Isabelle quiere verte en la casa grande, Meg. Ve a ponerte unas medias y unos zapatos.

—¿Estarán también las primas? —pregunto. La invitación me ha sonado a orden, así que imagino que Tom y Lucille no podrán opinar al respecto.

—No, pequeña, no es para jugar —responde Willy May—. Ponte también unas enaguas como Dios manda.

—Entonces ¿para qué quiere que vaya?

Willy May me acaricia el pelo de una manera que empieza a preocuparme.

—Le diré al señor Tom adónde has ido cuando salga de su despacho.

Lucille todavía está durmiendo, pero, cuando acabo de vestirme, me dirijo al estudio de Tom. Sin embargo, sin darme tiempo a llamar a la puerta, Willy May me encamina hacia la salida.

—Vamos, niña. Oney te está esperando fuera.

—¿Qué pasa, Willy May? ¿Es algo malo?

Me da un abrazo y me dice:

—Anda, vete ya.

Es la primera vez que me abraza y el primer abrazo de verdad que recibo en esta casa. Todo el asunto me da mala espina.

Hoy el señor Oney ha venido en la vieja furgoneta verde. Se baja y me abre la puerta. Durante el trayecto, el olor a gasolina me marea, mientras la palabra DEVOLUCIÓN se enciende y se apaga en mi cabeza como un rótulo luminoso. Cuando nos acercamos a la casa grande, veo que hay cuatro o cinco automóviles negros aparcados delante. Todos los malditos coches me parecen iguales que el de la señorita Garnett, todos y cada uno de ellos.

Cuando nos detenemos, Maggie, la mujer de color que nos sirvió la cena, me ayuda a bajarme de la furgoneta y me coge con fuerza de la mano para acompañarme hasta la puerta, como si pensara que voy a salir corriendo. En el gran vestíbulo desierto, oigo voces en la otra punta del pasillo. ¡Voces infantiles! Pero Maggie me conduce hasta la amplia escalera curva.

—¿Puedo ir a ver a las primas? —le pregunto, tirándole de la mano.

—No, pequeña. La señora Isabelle te está esperando arriba.

Cuando llegamos a la planta de arriba, seguimos andando por un pasillo estrecho, con una alfombra rosa y unos espejos altos en las paredes que dan un poco de miedo. Mi cabeza se mueve más rápido que mis pies. ¿Y si una de las voces que he oído abajo es de la señorita Garnett? ¿Y si ha traído a otras huérfanas, mejores que yo, para que los Heidelberg escojan? A la apestosa Dorella no, desde luego, pero quizá haya venido con otras niñas, más pequeñas y monas, como la que ellos querían. ¡Pues ya os digo que esa bruja tendrá que sacarme de aquí por la fuerza!

Ojalá hubiera ido al baño antes de venir.

Maggie me lleva a una habitación a la derecha del pasillo. Es pequeña en comparación con el resto, de color melocotón, con un

escritorio y varias sillas. Me hace pasar y cierra la puerta. Habría preferido que la dejara abierta. Aquí dentro huele a ungüento para la tos. Y ahí está la señora Heidelberg, esperando de pie junto a unos sillones, bajo la ventana.

Lleva un vestido azul oscuro con un cinturón negro brillante que le corta la figura por la mitad de una manera muy poco favorecedora.

—Ven aquí, Meg —dice.

Avanzo despacio. Me indica que me siente frente a ella, sin darme ninguna palmadita en la cabeza. Ni una, ni dos. Nos sentamos en los feos sillones de color melocotón. Su cara parece seca y pálida, en contraste con la melena negra. Grandes perlas blancas le estiran los lóbulos de las orejas. Siento que me arde toda la piel del cuerpo, incluso las plantas de los pies. Si intenta mandarme de vuelta al orfanato, saldré huyendo como alma que lleva el diablo. Ninguno de estos viejos podrá atraparme. Correré hasta encontrar las vías del tren y viviré de conservas en lata, como los vagabundos.

—Meg —me dice, mirándome fijamente—, me has mentido sobre tu procedencia.

Estaba segura de que lo diría.

—Mentir no es aceptable en esta familia. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, señora. —Solo me ha salido un susurro, pero al menos he podido decir algo—. Por favor, señora Heidelberg, no me devuelva. —Siento que se me están llenando los ojos de lágrimas, convencida de que en cualquier momento entrará la señorita Garnett—. Me dejan todo el día sola en una habitación —le digo, mientras me tiemblan las manos y me castañetean los dientes—. Nadie me habla nunca. Paso mucho miedo.

Se inclina hacia mí y apoya una mano sobre la mía. Es muy reconfortante y no quiero que la retire.

—Siento mucho que te haya pasado eso, Meg. Ojalá no hubiera sido así.

En ese instante me empiezan a brotar las lágrimas. Lloro tanto que toda la habitación se vuelve borrosa. La señora Heidelberg me da un pañuelo, como si supiera antes de tiempo que iba a necesitarlo. El hecho de que lo haya pensado me hace llorar todavía más fuerte.

—Cuando llegaste aquí, debiste de sentir que te habíamos salvado la vida.

La miro, preguntándome cómo lo sabrá.

—Por favor, señora Heidelberg, Tom se pondrá muy triste si me manda de vuelta a ese sitio.

Lo he dicho porque tengo que jugar todas mis cartas, pero es la verdad. Tras decirlo, las dos respiramos hondo.

—Así es. Tom siempre ha sido propenso a la tristeza, incluso de niño. Lleva consigo un peso que los demás no ven.

Asiento y le digo:

—Le he notado la tristeza en los ojos.

Me observa un momento. En los labios le tiembla un esbozo de sonrisa, que sin embargo no llega a formarse.

—Anoche me di cuenta de que has hecho muy feliz a mi hijo. Le has recordado lo afortunado que es y lo has ayudado a reaccionar, a recordar la importancia de la familia, del trabajo duro y de la integridad. Y por todo eso quiero darte las gracias, Meg.

—No hay de qué. —Me miro los pies, que no llegan al suelo. Los suyos tampoco llegan del todo. No quiero ponerme a llorar otra vez.

—Ahora sé que solo hiciste lo que te ordenaron que hicieras, Meg, y por eso no te culpo. Pero, si quieres quedarte y ser una

Heidelberg, tú y yo tendremos que llegar a un acuerdo.

Asiento con la cabeza. ¡Quiero quedarme, claro que quiero quedarme!

Reflexiona unos instantes, mientras mira por la ventana.

—Eres una niña inteligente, Meg. Me recuerdas a mí misma cuando era pequeña. Y sé que no podría pedir a la mayoría de las chicas de tu edad lo que voy a pedirte ahora.

Me empiezan a temblar las piernas mientras espero lo que va a decirme. ¿Me propondrá que sea su criada de por vida, que trabaje cortando caña de azúcar o que asesine a Lucille? Probablemente sería capaz de cualquiera de esas cosas. Si me da las instrucciones necesarias, podría hacerlo.

—Tom tiene un problema muy grave con la bebida, Meg. Lucille le contagió el vicio en Nueva York. Pensé que habíamos encontrado la solución cuando los saqué de esa maldita ciudad. —Veo que aprieta los dientes solo con pensar en Lucille—. Ya sé que ella es la responsable de todas las mentiras y que se las ha inventado para quedarse con el dinero de la adopción. Francamente, no sé qué habrá visto Tom en esa mujer. Es una mala influencia y una borracha. Beber alcohol es un pecado, Meg. Destruye a las personas. Cuando tenía tu edad, fui testigo de lo que le hizo la bebida a mi padre. A algunos los vuelve vagos; a otros, agresivos, y a algunos tristes, como a Tom. Pero a todos los vuelve estúpidos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Meg?

No, no entiendo nada.

—Sí, señora. Lo entiendo.

—Ahora te pido que hagas algo útil para la familia. ¿Lo harás, Meg?

Asiento con la cabeza.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Alguien bebe licor en esa casa?

Me mira de cerca. Es justo la única maldita pregunta que no puedo responder con sinceridad. Si delato a Lucille, me devolverá al orfanato a una velocidad que me volvería los párpados del revés.

Sin inmutarme, respondo:

—No, señora. Nadie bebe licor.

—Si uno de los dos empieza a beber, ¿vendrás a contármelo?

—Sí, señora. Se lo diré enseguida.

Me pone una mano bajo la barbilla. Siento que el labio inferior comienza a temblarme. Sus anillos están fríos contra mi piel caliente y mi cara hinchada. Tiene arrugas en torno a los ojos, pero su mirada es firme y me observa como si contara conmigo y yo fuera la única persona del mundo en quien pudiera confiar. Se pone de pie y asiente. Parece satisfecha.

—Quiero que esto quede entre nosotras, ¿de acuerdo? Si Tom o Lucille preguntan por qué te he pedido que vengas, diles que era para tomarte las medidas para la ropa del colegio. Ahora baja al salón con las demás, antes de que se vaya la costurera.

—Sí, señora. Gracias, señora.

—Iré pronto a vuestra casa, a ver cómo van las cosas —me dice —. No me decepciones, Meg.

## 34

Cuando vuelvo a casa, tardo un tiempo en dejar de temblar y de que me castañeteen los dientes. Tengo que subir a mi habitación y quedarme un rato con la puerta cerrada.

Apenas recuerdo si me han tomado o no las medidas para la ropa del colegio. Al bajar, mis primas ya se habían marchado y solo quedaban algunos de los chicos mayores. Cuando he terminado, el señor Oney ha salido para abrirme la puerta de la furgoneta, pero yo le he dicho:

—No hace falta, señor Oney. Ya no necesito ningún tratamiento especial. Usted solo conduzca.

Es un anciano muy amable, que nunca dice gran cosa. Me ha dado un caramelo de menta, que le he agradecido, aunque todavía no he podido comérmelo.

Por increíble que parezca, hoy Lucille se ha levantado antes de las diez de la mañana.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta—. ¿Para qué quería que fueras?

Supongo que Willy May le habrá dicho dónde estaba yo.

—Para tomarme las medidas de la ropa del colegio.

Lucille entrecierra los ojos. Debe de estar pensando que darme órdenes es cosa suya y no de la señora Heidelberg. Pero Tom interviene:

—Creo que mi madre te ha cogido cariño, Meg. Como debe ser. —Me revuelve el pelo, que yo me había peinado.

Ojalá pudiera contarle lo que me ha pedido su madre. A mí me daría igual que Lucille fuera a sentarse encima de un hormiguero de hormigas coloradas, pero sé que él sufre mucho por ella. Aunque es un hombre hecho y derecho, es lo que se llama «sensible». En las Huérfanas no duraría ni una semana. Y, a su edad, seguro que no quiere enterarse de que su madre lo espía. Paso la tarde en mi habitación, lejos de Lucille, terminándome *Huckleberry Finn* y practicando en el espejo mis caras de decir mentiras.

Esa noche, Lucille se prepara una jarra entera de bebida alcohólica. Me da un telele con solo verla, aunque sé que la señora Heidelberg no viene nunca después del anochecer. Me pregunto si podrá oler el licor a través del teléfono, en caso de que llame. Yo no he usado nunca el aparato, ni siquiera lo he tocado. Lucille bebe una copa tras otra y se enfada cada vez más con Tom por haber dicho que pronto no necesitarán más dinero, porque ¿qué clase de idiota diría algo así?

—¿Cuántas copas vas a beber esta noche, Lucille? —le pregunta finalmente Tom.

¡Cómo me gustaría que se hartara de ella de una vez por todas!

Lucille le enseña los dientes detrás de los labios rojos. No me sorprendería que le arrancara un dedo de un mordisco.

—¿Cuántas crees que debería beber, Tom? ¿Cuántas serían suficientes para olvidar todas las promesas que me has hecho y no has cumplido? ¿O lo mal que me trata tu madre? ¿O lo mucho que me aburro todo el día aquí metida? ¿Cuántas, Tom? Dímelo.

Tom aparta la vista. No quiere responder. No sé si el licor vuelve estúpida a Lucille, como ha dicho la señora Heidelberg, pero está claro que la vuelve más malvada.

Durante toda la discusión, miro la botella vacía que ha dejado en la encimera y no me tranquilizo hasta que se la lleva fuera, la mete en el maletero del coche y sube tambaleándose a su habitación. Busco por todas partes cualquier prueba que haya podido dejar.

Me cuesta conciliar el sueño, porque me preocupan todas esas bebidas alcohólicas. Cuando por fin consigo dormirme, me despierta un ruido terrible de gruñidos en el jardín, como si una jauría de perros salvajes estuviera persiguiendo a un pobre animal agotado. Pero es posible que solo lo tenga en la cabeza.

A la mañana siguiente, cuando oigo que llega el coche de la señora Heidelberg, bajo corriendo la escalera y compruebo una vez más que todo está en orden. No se ve ni un tapón de corcho, ni una copa, ni un trozo de la cera roja de las botellas. Sé que Lucille estará padeciendo el dolor de cabeza de la resaca, pero al menos no huele a alcohol. Por suerte, no hace falta que me preocupe por Tom. Él se porta bien.

Lucille finge una gran sonrisa, convencida de que todo está bien. Da un poco de pena verla.

Cuando le dice a su suegra que el traje rosa la hace parecer muy elegante, la señora Heidelberg le contesta que no le hace falta un traje rosa para parecerlo.

Es fascinante ver que Lucille ni se inmuta al recibir esa respuesta. Eso es algo que yo también debería aprender.

Cuando entra Tom, su madre lo estrecha entre sus brazos.

—Me temo que hoy no podré atenderte, mamá. Tengo que seguir trabajando.

—Te entiendo, hijo. Solo he venido a saludar. —Por la manera en que lo mira, sé que desearía que le dijera toda la verdad. Detesto verlo así, mintiendo como un tonto, pero no puedo hacer nada al respecto—. Espero que sepas que tu padre y yo estamos orgullosos de ti.

—Gracias, mamá. Ser un orgullo para vosotros es lo que más deseo en el mundo.

Sale de la habitación y, en cuanto la señora Heidelberg se da cuenta de que solo podrá hablar con Lucille y conmigo, nos dice:

—Bueno, creo que yo también debería irme a casa. Os he traído tarta helada de limón. Deberías meterla en la nevera, Lucille. ¿Me acompañas hasta el coche, Meg?

Lucille me observa extrañada y yo salgo detrás de la señora Heidelberg. Cuando el señor Oney le abre la puerta, ella me dice en voz baja:

—¿Tienes algo que contarme, Meg?

La miro a los ojos y respondo con claridad y firmeza.

—No, señora. Nadie bebe en esta casa.

Es la frase que llevo practicando desde ayer.

—Buena chica —dice ella.

Después, cuando Lucille me pregunta por qué me ha pedido de repente que la acompañe, la miro a los ojos con cara de sinceridad.

—No lo sé. Supongo que le gustará mi compañía.

Espero que mi respuesta la carcoma por dentro. Estoy mejorando en esto.

¿Queréis que os diga una cosa? No hay nada mejor que viajar en el asiento delantero de un coche con la ventanilla bajada. Si no fuera por la compañía, el día sería perfecto. Lucille conduce mucho más rápido que Tom, con una mano en el volante y la otra apoyada contra el cristal, con un cigarrillo encendido entre los dedos. Ha abierto solo unos centímetros su ventana, pero yo he bajado del todo la mía. Como vamos las dos solas, me ha dejado que me siente delante, por esta vez. Cuando giramos para entrar en la carretera principal, enciende la radio. Empieza a sonar una canción titulada *Ten Cents a Dance*. Lucille la tararea y yo intento hacerlo también.

Esta mañana ha habido una situación de gran tensión en la cocina. Tom estaba esperando a que estuviera listo el café, y Lucille, a que alguien se lo sirviera. Yo estaba feliz con mi desayuno de tortitas con sirope y mantequilla, preguntándome qué podía hacer para que el día fuera un poco diferente de lo habitual. Me aburre quedarme en casa todo el tiempo. Lo que antes me parecían

novedades maravillosas ahora son lo normal. Pero de repente Willy May ha hecho el gran anuncio. Ha sido tan perfecto que cualquiera diría que lo habíamos ensayado.

—Hoy tus primas van de compras, Meg —ha dicho Willy May.

Como ya he señalado, suele contarme ese tipo de cosas. Pero esta mañana lo ha dicho en voz bastante más alta que de costumbre.

—¿Qué van a comprar? —he preguntado yo, asegurándome de que Tom y Lucille me oyeran.

—Van a la tienda del señor Little, junto a las vías del tren, a comprar lo que necesitan para el colegio. ¿Por qué no vas con ellas? También necesitarás material escolar.

He levantado rápidamente la vista hacia Tom, que estaba de pie junto a los fogones. Él ha mirado a Lucille, sentada en su mesita, y ella se ha vuelto hacia mí, arqueando una ceja.

Poco después, Tom ha dicho:

—Gracias, Willy May. A partir de aquí, nosotros nos encargaremos de todo. —Y, mientras se sentaba, ha comentado—: Willy May tiene razón. Meg necesitará cosas para el colegio muy pronto.

—Dentro de nueve días, si contamos sábados y domingos —he especificado yo.

Lucille me ha lanzado una mirada severa por interrumpir la conversación.

—¿Por qué no vais Meg y tú con las demás a la tienda del señor Little? —ha propuesto Tom.

Tras beber un sorbo de café, Lucille ha replicado:

—Hoy no, Tom.

Lucille siempre impide que yo lo pase bien con las primas, pero el colegio es una obligación y me moría por echarle mano al material

escolar y organizarlo todo a la perfección sobre mi mesa. Me gusta estar preparada. Quiero ser la niña más preparada que haya comenzado jamás el sexto curso.

—Cariño, empieza a ser un poco raro que mantengamos a Meg tan aislada del resto de la familia —ha observado Tom—. Y si te soy sincero, pienso lo mismo de ti. No deberías ser tan distante con las otras madres.

Lucille ha encendido un cigarrillo. Ojalá no lo hiciera cuando estoy comiendo.

—Lo he intentado, Tom, pero es inútil. Esa Sarah es una mala pécora, y Rowena, una mentirosa.

No conozco bien a ninguna de las dos, pero no me ha sorprendido lo que ha dicho de la madre de Gloria.

—Solo tienen envidia, cariño, y es probable que también se sientan un poco intimidadas. Nada más venir de Nueva York, mis padres nos dieron esta casa y un coche.

—Y ni un centavo —repuso Lucille—. Nunca he pedido una casa como esta. Estaba perfectamente a gusto en un clásico de seis frente al parque.

He supuesto que no estaban al corriente de lo que me había contado Marybeth: que la madre de Gloria detesta a Lucille porque por su culpa tuvieron que mudarse de la casa roja. Y no pensaba ser tan tonta como para contárselo, con Lucille de mal humor y con dolor de cabeza por la resaca.

—Probablemente ayudaría un poco si al menos fingieras que te gusta vivir aquí cuando estás con las otras madres —ha argumentado Tom—, en lugar de quejarte todo el tiempo de que esto no es Nueva York.

Lucille ha dado una calada a su cigarrillo y ha exhalado el humo. Yo esperaba una discusión, pero entonces la he oído decir:

—¿Con qué quieres que compre el material escolar? ¿Con cupones?

Era sabido que a los campesinos les pagaban a veces con cupones, que al final resultaban ser un timo. Pero Tom se ha levantado y al rato ha regresado para entregarle a Lucille un par de billetes auténticos y algunas monedas.

—Tengo dos dólares y quince centavos. Debería ser suficiente para comprar lo necesario para el colegio. Siento no tener más.

Deberíais haber visto la cara de Lucille. ¿Qué esperaba Tom que comprara con dos dólares y quince centavos? Otra vez he pensado que estallaría una discusión. Estaba a punto de salir de la habitación, para no tener que escucharla, cuando Tom ha sacado a relucir su mejor baza.

—Si quieres llevarte bien con mi madre y volver a cobrar los dividendos, sería una gran idea que pasaras más tiempo con tus cuñadas.

Lucille se lo ha quedado mirando. No podía resistirse al olor del dinero. Tras dejar la taza de café, ha anunciado:

—Muy bien. Voy a vestirme.

Como es la primera vez que estoy sola en el coche con Lucille, creo que podría tratar de sacarle un poco de información. He aprendido que lo mejor para tratar con ella es empezar hablando de las cosas que le interesan.

—¿Qué es un clásico de seis? —le pregunto.

Se ríe por lo bajo.

—Es lo que ambicionan todas las chicas de Nueva York, monina: un piso con sala de estar, comedor, cocina, dos dormitorios y habitación de servicio. Es el único sitio donde he sentido que podía respirar.

He oído que el aire de Nueva York está muy sucio, por las fábricas y la enorme población, pero no me sorprende que Lucille respire mejor allí que aquí. Algunos días parece que le falte el aire; se queda mirando la casa a su alrededor, como si no recordara cómo ha llegado allí.

—¿Por qué os fuisteis de Nueva York, Tom y tú?

He oído varias versiones de la historia, pero estoy segura de que la respuesta de Lucille será interesante.

—Eso me pregunto yo —masculla—. Nueva York es una ciudad muy cara, y los padres de Tom no querían seguir pagando las facturas, así que su madre decidió traerlo de vuelta a casa para que dejáramos de ser un gasto para ellos.

—Pero ¿tú no tenías un empleo con ese tipo llamado Bill?

—Sí, pero un trabajo de secretaria no es suficiente para vivir decentemente. Y Tom no sería capaz de conservar un empleo ni aunque le fuera la vida en ello.

La observo mientras habla. Vista de perfil, la nariz respingada y la mandíbula cuadrada marcan un contorno bien definido. Si un artista recortara su silueta en papel negro y la enmarcara, todos la reconocerían. En aquella recepción en la casa grande, oí decir a un hombre: «Esa Lucille es guapa, pero...». Se me ocurren varias maneras de completar la frase.

—Sinceramente, me habría gustado conservar el trabajo, pero tuve que dejarlo porque me quedé embarazada. No te permiten trabajar en una oficina si estás embarazada. Es una regla que se han inventado los hombres porque quieren vernos siempre delgadas y que no les recordemos a las esposas gordas que tienen en casa.

—¿Dónde está el bebé? —Me pregunto si lo habrán dejado en Nueva York. Después pienso en la señorita Garnett y en el bebé que se le murió dentro. También en la perra y en los cachorritos muertos

antes de nacer. Entonces tengo que cerrar los ojos un segundo—. ¿Se te murió dentro?

—Sí, y me echaron la culpa a mí. —Le tiembla un poco la voz—. Es lo que hacen los hombres, ¿sabes? No quieren que trabajes cuando estás embarazada, esperan que te quedes sola en casa y después te culpan si pierdes al bebé. Y enseguida quieren intentarlo de nuevo, como si no hubieran aprendido nada de todo lo que acabas de pasar.

—Bueno, los hombres son lentos para aprender las cosas —le digo.

—Cuánta razón tienes, Meg.

Gira por otra carretera hasta un camino de grava. La tienda del señor Little es una casita de madera apartada de las otras construcciones, cerca de un apeadero de trenes, a unos quince minutos de nuestra casa. Vemos delante tres o cuatro automóviles negros y un par de carros tirados por mulas. Una hilera de niños comen cucuruchos de helado sentados en el porche delantero con los pies colgando. Una anciana encorvada, sentada en un taburete, hace girar la manivela de una máquina.

Lucille apaga el motor y se coloca el bolso bajo el brazo. Puede que dos dólares y quince centavos sean una cantidad insignificante para ella, pero para mí sigue siendo mucho dinero. Respira hondo para prepararse.

La tranquilizo.

—No te preocupes, Lucille. Sé lo que tengo que decirles a las primas si me preguntan de dónde vengo.

Ella aún cree que la mentira sigue viva. Intento darle un abrazo, para demostrarle que puede confiar en mí, pero ella se pone rígida y me da una especie de palmadita en la zona de la oreja. Supongo que menos da una piedra.

Me conduce hasta la tienda como si me estuviera llevando al cuarto de la correa. Luce un sencillo vestido azul con botones dorados en el delantero y un sombrero azul a juego. No se ha puesto el maquillaje negro de bruja en torno a los ojos, sino únicamente un toque de pintalabios color cereza y un poco de colorete. Yo voy con mi conjunto verde favorito y zapatos negros, porque ya es septiembre.

—Lucille, ¡qué sorpresa! No te habíamos vuelto a ver desde la recepción.

Es la madre de Marybeth, regordeta como su hija. Siento frialdad en el aire. La mujer se parece mucho a Marybeth, pero cuando ha hablado no se le han marcado los hoyuelos de las mejillas. La otra, más delgada y de expresión más dura, juzga a Lucille de un solo vistazo. Apuesto el dinero de mi material escolar a que es la madre de Gloria.

Lucille sonríe como si le dolieran los dientes al hacerlo y parece incómoda.

—¡Hola, Sarah! ¡Hola, Rowena! Meg y yo hemos venido a hacer unas compras para el colegio.

Resulta extraño ver a Lucille con otras señoras. En casa es ella quien manda, pero aquí se le nota timidez y preocupación en la mirada. Puede que no me lleve muy bien con ella, pero la entiendo. No hay nada más aterrador que una mujer que te odia, y más si son dos. Se ponen a charlar sobre el verano y lo rápido que ha pasado. Lucille comenta que es agradable estar fuera de la ciudad y poder disfrutar de un jardín grande y hermoso. En realidad, nunca la he visto pisar el jardín. Lucille es lo que se llama una «persona de interior».

La antipática madre de Gloria le lanza una mirada gélida.

—¿Y qué tal os trata la casa roja a Tom y a ti?

Me gustaría pegarle un cartel en la espalda con eso que la ha llamado Lucille hace un rato en la cocina: MALA PÉCORA, en letras mayúsculas. Tiro de la mano de Lucille para entrar en la tienda.

Pero ella me la suelta y aprieta los dientes.

—La casa roja es una maravilla, Sarah. Es mucho más espaciosa de lo que jamás habría soñado en Nueva York. Tenemos dormitorios que ni siquiera utilizamos y una cantidad impresionante de armarios. No sé cómo hemos tenido tanta suerte.

Si Tom estuviera aquí, le sorprendería lo mucho que se está esforzando. Pero Sarah parece a punto de abalanzarse sobre ella para atacarla aquí mismo, en el aparcamiento. No lo soporto más y pregunto si por favor podemos entrar ya en la tienda.

Puede que desde fuera no parezca gran cosa, pero este sitio es una auténtica cueva del tesoro de material escolar. Supongo que es una tienda corriente para las compras diarias, pero en estos días han apartado unas cuantas estanterías para montar una sección especial dedicada al comienzo de las clases, con un cartel que pone: TODO PARA EL COLEGIO, DE PRIMERO A SEXTO CURSO. Debajo hay una hoja pegada a la pared con una lista escrita a mano titulada «Compras recomendadas por curso» y una columna de artículos para cada uno de ellos. Una nota al pie reza: «Para las familias que no puedan permitirse comprar el material, los profesores de sus hijos harán lo posible para encontrar donaciones de artículos usados».

Veo a Marybeth, mirando los juguetes con las otras primas, y levanto una mano para saludarla. Pero no es hora de pensar en juguetes. Cojo una cesta de mimbre, como la que lleva una de las madres, y estudio la lista de compras recomendadas para sexto curso. Empiezo por lo más básico: una caja de diez lápices para escribir, una goma de borrar, un bloc de papel rayado, un tintero, una pluma y una cosa llamada «compás». Me salto por ahora los

lápices de colores, la cartulina y algunas cosas más, porque lo que he cogido ya suma setenta centavos y todavía tengo que comprar los libros. Ahí es donde la cuenta empieza a subir. Según la lista, necesito el libro de lectura de McGuffey, que cuesta sesenta centavos, y, si lo permite el presupuesto, un libro de aritmética y otro de lengua, que valen cuarenta centavos cada uno. Calculo el total, ¡y nuestro presupuesto lo permite! Incluso nos sobran cinco centavos.

Voy adonde está Marybeth. Gloria está con ella, pero espero que se vaya pronto. Marybeth y yo nos saludamos con un abrazo. Gloria me sonríe con su carita mona y me dice:

—Lucille debe de haber vuelto a visitar el ropero de la iglesia, porque eso que llevas era mío hace unos cinco años.

—Ahora entiendo por qué olía tan mal. Por suerte, Willy May lo ha lavado bien.

Marybeth se echa a reír, pero enseguida se tapa la boca.

Las sigo mientras ellas van metiendo toda clase de cosas en sus cestas: juguetes a cuerda, un molinete que gira cuando lo soplas y, en el pasillo de los dulces, golosinas a puñados. Ni siquiera escogen caramelos de un centavo, no. Se llenan la cesta con cajas enteras de gominolas de fruta, chocolatinas y chicles. Yo no sabía que alguna gente vive así. Gloria mira con sorna mi cesta, donde solo hay material escolar, como burlándose de que no tenemos dinero, así que cojo dos chocolatinas y tres caramelos, por un valor total de cinco céntimos.

Las dos van muy juntas, chismorreando sobre alguien llamado Wally. Yo intento reírme al mismo tiempo que ellas y quizá lo hago con demasiado entusiasmo. Al cabo de un rato, Gloria se vuelve y me dice:

—Si no te importa, Meg, estamos hablando de algo privado.

Miro a Marybeth, que parece apenada.

—¿Por qué no vas a comprar alguna cosa con tu madre? Yo iré a buscarte dentro de un rato —me dice.

Busco a Lucille, pero no la encuentro por ninguna parte, así que me doy una vuelta yo sola por la tienda. Al frente está la sección de alimentación: carne y salchichas detrás de un cristal y harina en barriles. En una estantería veo todo tipo de productos enlatados: melocotones, guisantes y una variedad de verduras. Mirándolos, pienso que quizá fuera Ava quien metió los guisantes en esa lata. La idea me produce una sensación de soledad. Tampoco ayuda que de repente haya sonado a lo lejos el pitido de un tren.

¿De verdad seré tan fácil de dejar atrás?

Al cabo de un rato, descubro a Lucille cerca de la puerta, mirando a su alrededor como si prefiriera estar en cualquier otro sitio. Cuando estoy a punto de ir a su encuentro, veo a Marybeth con su madre en la sección de artículos para bebés. Me quedo junto a una estantería de medias de rayón y las observo. Realmente, son idénticas. Cabello oscuro y brillante, mejillas regordetas y grandes traseros. Tanto Lucille como yo somos rubias, pero se nota que no tenemos la misma sangre. La madre de Marybeth rechaza con un movimiento de la mano un artículo que no le gusta y, tras observarla, Marybeth imita su gesto. Quizá la verdadera diferencia es que yo jamás imitaría a Lucille. Cuando empiezan a elegir el material escolar, veo que la mujer le coloca a su hija un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Coge dos de esos, cariño —le dice, mientras le frota suavemente los hombros.

Apuesto a que esa caricia en los hombros es suficiente para que una niña conserve la cordura. Marybeth nunca tendrá mi sensación

de soledad. Yo ya sé que durante el resto de mi vida me seguiré poniendo triste cada vez que vea una lata de verduras.

Al cabo de un rato, Marybeth viene a buscarme, como ha dicho que haría. Supongo que es posible confiar en algunas personas en este mundo.

—¡Meg, tienes que venir a ver estos muñecos de bebés! ¡Son monísimos!

La sigo hasta una fila de cajas, que Gloria también está mirando. En cada caja hay un letrero en el que pone: TAMAÑO RECIÉN NACIDO, y todas ellas tienen transparente la parte delantera, para que podamos ver el contenido sin mancharlo con los dedos sucios. Un invento muy ingenioso.

—¿No son los muñecos más monos que has visto en tu vida? —gime Marybeth, abrazando una de las cajas.

Asiento para sentirme parte del grupo, pero, a decir verdad, prefiero leer un libro a jugar con muñecas.

—¿Cuál te gusta? A mí, el del gorrito azul. Meg, ¿por qué no eliges el del gorrito rosa y así podremos hacer una fiesta de bebés?

—Solo me llega para el material escolar —replico—. No creo que pueda...

—¡Pero tienes que comprarte uno! ¡Así podríamos ser las mejores primas con los mejores bebés! —insiste Marybeth.

—Yo me llevaré el del gorrito amarillo —anuncia Gloria, metiéndolo en la cesta, aunque ya es demasiado mayor para jugar a las mamás. Lo hace solo por molestar.

—Ya sé lo que haremos. Pondré dos bebés en mi cesta para que mi madre me los compre y, cuando los haya pagado, te daré el tuyo sin que me vea. —Entonces alarga la mano y coge dos cajas.

Bueno, ¿quién puede oponerse a un muñeco gratis?

En la puerta de la tienda, Lucille está más que lista para volver a casa. Le doy mi cesta y ella coloca sobre el mostrador mis útiles escolares y mis golosinas sin decir nada. Marybeth y Gloria hacen cola con sus madres detrás de nosotras. Cuando el señor de la tienda recibe el dinero, la reluciente caja registradora emite el ruido típico de las cajas registradoras.

Me vuelvo para despedirme de Marybeth y entonces...

—No, cariño. No voy a comprarte dos muñecos. Tienes que elegir uno.

—¡Pero, mamá, necesito los dos! —protesta Marybeth.

—He dicho que no, hija. Ve y devuelve uno al sitio de donde los hayas cogido.

—Pero no es para mí. —Marybeth lanza una mirada en mi dirección y le susurra a su madre—: Es para Meg.

Levanto las manos para que quede claro que la idea no ha sido mía. Lucille apenas está prestando atención al asunto de los muñecos. Solo quiere largarse cuanto antes.

Entonces la madre de Marybeth dice con absoluta claridad:

—Si Meg quiere juguetes, que se los compre Lucille. Ahora ve y devuelve uno de los muñecos o no te compraré ninguno a ti.

Sin embargo, Marybeth se mantiene firme en su empeño. Intenta bajar la voz, pero no lo consigue del todo.

—Pero, mamá... Tú misma has dicho que la abuela no confía en la mujer de Tom porque es basura blanca de la peor calaña. No es culpa de Meg que Lucille no reciba ni un centavo de los abuelos.

—¡Marybeth! —la reprende su madre, echando un vistazo para averiguar si Lucille ha oído algo.

Pero Lucille ya ha abierto mucho los ojos. Seguro que las palabras de Marybeth se han oído hasta en el aparcamiento.

—¿Qué me ha llamado la gorda de tu hija? —pregunta Lucille.

—¡Lucille! —exclama la madre de Marybeth—. ¡Basta ya, vosotras dos!

Dios mío. Todo por un maldito muñeco que yo ni siquiera quería.

Lucille apunta con el dedo índice a la cara de la madre de Marybeth.

—Tendrías que lavarle la boca con jabón a esa cerdita, Rowena, y de paso lávate también la tuya. ¿Quién sabe? Igual se te quita el apetito al menos unas horas...

—Si parece gentuza y habla como gentuza... —dice la madre de Marybeth, meneando la cabeza.

Lucille me agarra por un brazo y me arrastra fuera de la tienda.

La madre de Marybeth viene detrás, llamando a Lucille. Nos alcanza cuando llegamos al coche y Lucille se gira hacia ella, adelantando la barbilla.

—Escúchame bien, Lucille. No vuelvas a hablar así de mi hija. Marybeth solo intentaba ser amable con tu niña porque le da pena. Ya sé que debe de ser muy difícil no recibir las transferencias, pero Tom y tú os lo habéis buscado y ahora tendréis que aguantaros.

Lucille abre bruscamente la puerta del automóvil y me ordena:

—Métete en el coche, Meg.

Pero la madre de Marybeth todavía no ha terminado.

—Si estáis tan desesperados y necesitáis con tanta urgencia cosas para Meg —dice—, sacaré al jardín algunos de nuestros juguetes viejos. Tom y tú podéis venir mañana a recogerlos.

En el trayecto de vuelta a casa, Lucille agarra el volante, enciende un cigarrillo y sube el volumen de la radio. Mientras circulamos a toda velocidad, ninguna de las dos dice nada. Ni siquiera sé con quién enfadarme. Marybeth tendría que haber sabido que su madre no iba a comprarle dos muñecas, y Lucille tendría que haberse quedado callada. Lo que más me irrita es que esto

seguramente afectará a mis probabilidades de jugar con Marybeth en el futuro.

Lucille mira por los retrovisores y saca una botella de debajo del asiento. Bebe un buen trago y la devuelve a su sitio.

Al cabo de un rato dice:

—Escúchame, Meg, y préstame mucha atención. Esos Heidelberg siempre nos tratarán a ti y a mí como si ellos fueran mejores que nosotras. Siempre lo han tenido todo servido en bandeja. Nunca han sido pobres, ni han pasado hambre ni frío. Así que no te dejes engañar por sus sonrisas de buenos cristianos. Te garantizo que, si nos vieran ahogándonos, no se mojarían la ropa para salvarnos. Tú y yo estamos solas en esta familia. No lo olvides nunca.

Esa tarde, me quedo escuchando en el pasillo mientras Lucille le cuenta a Tom en el dormitorio lo que ha pasado.

—Toda tu maldita familia sabe que nos han cortado el estipendio. ¡Somos el hazmerreír! Rowena ha dicho que sacará sus juguetes viejos al jardín para que pasemos a recogerlos, como si fuéramos indigentes...

—Te prometo, Lucille, que no siempre será así —replica Tom. Solo necesita que ella le conceda una oportunidad para demostrar a sus padres que es capaz de hacer algo bien—. Y deja la botella, por favor. Son apenas las dos de la tarde —le ruega.

—No, Tom, no puedo volver a ser pobre. No quiero. —La voz de Lucille suena como si se estuviera ahogando—. He pasado demasiado tiempo comiendo tierra y he luchado muchísimo para alejarme de mis hermanos y mis tíos, que me hacían... cosas que prefiero no mencionar. Llevo demasiado tiempo esperando y no pienso esperar más. Si no les pides que vuelvan a hacernos las transferencias, esto se acaba, Tom. Me marcho.

A la mañana siguiente, cuando llega, Willy May no anuncia como siempre lo que piensan hacer las primas.

—Que Dios te proteja, Meg —me dice, meneando la cabeza. Así me entero de que está al corriente del alboroto de ayer—. Tu prima me ha dado esta carta para ti. —La deja encima de la mesita, delante de mí.

En el sobre leo mi nombre, pero está escrito con letra desordenada y no con caligrafía elegante de señora. La letra de mi prima se parece a la mía. Veo que hay otra carta con el nombre de Lucille en la encimera. Abro la que me ha enviado mi prima.

*Querida Meg:*

*Siento mucho lo que dije de Lucille en la tienda del señor Little. Te pido perdón. No era mi intención herir los sentimientos de nadie y sé que mi conducta fue muy poco cristiana.*

*Con cariño,*

*Marybeth*

Pero hay una segunda hoja sin encabezamiento, como nos enseñaron en la escuela. Está escrita de cualquier manera, como si Marybeth la hubiera garabateado a toda prisa.

*Mi madre me ha obligado a escribir estas cartas estúpidas, pero no es cierto que lo sienta mucho. Lucille es basura blanca y si vuelve a llamarme gorda o cerdita, o llama así a mi madre, lo lamentará. Ojalá no tuvieras que vivir con esa bruja, pero yo sigo siendo tu mejor prima hermana y amiga. Espero que nos sienten juntas cuando empiecen las clases.*

¡Dios mío! Podría echarme a llorar después de leer esas líneas. Y, aunque algo me dice que Marybeth será igual que su madre cuando

crezca, de momento es mi amiga. Solo puedo esperar que, al estar tan mimada, siga siendo igual de infantil e inmadura durante bastante tiempo.

Tras leer su carta, Lucille va al estudio de Tom y se queda un rato dentro. Cuando sale, lleva consigo otra carta que ella misma ha escrito. Dudo que sea una disculpa. Se la da a Willy May y le pide que por favor la entregue esta misma mañana.

Por la tarde, cuando ya es mucho más que una hora razonable, el coche de la señora Heidelberg sube por el sendero. «Dios, ¿ahora qué?». Dejo todo mi material escolar ordenado a la perfección y me pongo unas enaguas.

La señora Heidelberg entra sin llamar a la puerta y se planta en el salón, vestida de rojo de pies a cabeza.

Lucille baja de punta en blanco y con el pelo rizado, como si hubiese estado esperando la visita. Hoy la señora Heidelberg no trae postres ni tentempiés, solo un papel en la mano.

—¿No te sientas, Isabelle? —pregunta Lucille.

—Prefiero quedarme de pie.

Tom no dice ni una palabra. Se limita a mirar a su mujer, nervioso.

Lucille levanta la barbilla y dice:

—Sé que ha venido por la carta que le he escrito. Como digo en la carta, creo que ya hemos recibido suficiente castigo. Francamente, no me parece que el trato que nos dan en esta familia sea justo. Ayer mi cuñada se burló de mí por no tener dinero...

Es cierto, yo la había oído.

—Sé exactamente todo lo que se dijo ayer, Lucille.

—Bueno, puede que yo dijera algunas cosas que debí callar, pero esa no es la cuestión. Lo importante es que Tom y yo hemos

demostrado ser personas responsables y dignas de confianza. Nos merecemos volver a recibir las transferencias, como el resto de la familia.

La señora Heidelberg respira hondo.

—¿Por quién me tomas, Lucille? ¿Crees que soy tonta? —Sin quitarle los ojos de encima, le entrega el papel.

Lucille lo coge. Mientras lo lee, se pasa la lengua por los labios y frunce el ceño.

—¿Esto es...? ¿Cómo has...? ¿Cómo has conseguido los papeles de la adopción de la pequeña Meg?

Miro a Tom y veo que se ha quedado con la boca abierta. No le salen las palabras.

Dios mío, me duele solo de verlo. Todo sucede con demasiada lentitud.

Con una voz grave y aterradora, la señora Heidelberg le dice:

—Hijo mío, ¿cómo has podido hacerme esto?

—Mamá, te prometo que... Te prometo que no teníamos intención de hacer algo así. Las cosas sencillamente... se nos fueron de las manos.

—¿Cómo has podido mentirnos, después de todo lo que hemos hecho por ti tu padre y yo? ¿Cómo has podido mirarme a la cara y mentirme acerca del dinero que os dimos a Lucille y a ti?

—No sabes cuánto lo siento, mamá. Cometimos un error. Pensábamos devolveros lo que quedaba del dinero y luego pagaros el resto cuando pudiéramos.

—Es verdad, Isabelle —interviene Lucille—. Nuestra intención siempre ha sido devolveros el dinero lo antes posible.

Eso último es una mentira cochina, por supuesto.

—Era solo una solución temporal —continúa—. No nos dejasteis otra opción. Tuvimos que hacerlo, porque nos quitasteis los

estipendios.

En ese instante le cambia la cara a la señora Heidelberg. Se le salen los ojos de las órbitas y le enseña a Lucille los dientes falsos. Cuando se acerca a ella, yo me escondo detrás de Tom y apoyo la cara contra la espalda de su camisa, pero sigo observando la escena con un solo ojo.

—No te atrevas... —dice, señalando la cara de Lucille con uno de sus dedos nudosos—. No te atrevas a endosarme a mí la responsabilidad de todo. Has sido una mala influencia para mi hijo desde el día en que os conocisteis. Por tu culpa tengo que hacer venir a Willy May todos los días para que averigüe si hay alcohol y quién sabe qué más en esta casa. Eres todo lo que nuestra familia detesta, Lucille. Y encima tienes la desfachatez de mentirme a la cara diciendo que adoptasteis a Meg en el orfanato de la señora Tann, cuando en realidad fuisteis a buscar a cualquier golfilla para que os saliera gratis. Vais a devolvernos hasta el último centavo del dinero que os hemos dado, ¿me has oído?

Quizá otra niña se habría ofendido al oír que la llamaban «golfilla», pero, después de todo lo que me han llamado a mí, ya nada me afecta.

Lucille asiente. Nunca la he visto tan asustada. Las pecas de su cara, que normalmente son claras, se le han vuelto de un feo rosa fuerte.

—Ve a buscar lo que queda de nuestro dinero. Anda, tráelo —le ordena la señora Heidelberg.

—Sí... Lo haré cuando lo tenga.

La señora Heidelberg hace un gesto afirmativo.

—Justo lo que pensaba. Te lo has gastado todo, ¿verdad?, en viajes a Memphis para ir a visitar amigas enfermas, aunque supongo

que en realidad ibas de compras y quizá a conseguir licor de contrabando. Deberías avergonzarte de tu conducta.

Lucille endereza la espalda al oír eso último.

—¿Avergonzarme yo? ¿Y qué me dice de él? —Señala a Tom con el pulgar—. ¡Nada de esto habría pasado si Tom no hubiera perdido una fortuna en las carreras! ¡La mitad del dinero de la adopción se lo llevó el maldito corredor de apuestas de Nueva York!

Tom se vuelve hacia Lucille. Yo sigo detrás de él, así que no puedo verle la cara. ¿Por qué ha tenido que decir eso Lucille cuando ya están hasta el cuello de problemas? ¡Le daría una patada! Toda la culpa es suya. Lo único que hace Tom es decirle que está preciosa, insistirle para que coma y servirle el café en su maldita taza.

Con un solo ojo, veo que la señora Heidelberg parece a punto de desmayarse.

—¿Es eso... cierto? ¿Tienes tú la culpa, hijo mío?

Tom suelta un gemido.

—Eso fue hace mucho, mamá, te lo prometo. Tenía deudas de hace ocho o nueve meses, y debía pagarlas. Ahora ya no hago nada de eso, te lo juro —dice él, tendiéndole los brazos.

Pero ella levanta las manos y le enseña las palmas para que no se le acerque. Ahora que se ha descubierto todo el pastel, ya no hay razón para que Lucille me siga teniendo en casa. Rezo para que no suceda lo que me estoy temiendo.

—Ahora ya no se trata de dinero, Tom. Es una cuestión de confianza. —La señora Heidelberg respira con dificultad—. Y no puedo... Sencillamente, no me puedo creer que la carta que has enviado esta mañana esté escrita de tu puño y letra. Pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a recibir esas transferencias.

—Por supuesto, mamá. Lo entiendo.

—Tu padre se llevará una gran decepción contigo, Tom, lo mismo que yo. —Se da media vuelta y se marcha como ha llegado, sin que ninguno de nosotros la acompañe para abrirle la puerta.

Después de eso, los tres nos sentamos en el sofá que parece una verdura, yo en una punta, lo más lejos posible de Lucille, y Tom entre las dos. Siento las pulsaciones en su mano, que sostengo entre las mías. Él le está dando la otra mano a Lucille. Permanecemos un rato en silencio.

¿De qué le sirvo a Lucille ahora que la señora Heidelberg le ha dicho que lo sabe todo? Lo máximo que puedo esperar es que Tom se oponga si ella intenta llevarme de vuelta a Oxford.

Lucille es la primera en levantarse y sube la escalera sin decir palabra. El siguiente es Tom.

—Lo siento, Meg —dice—, pero necesito estar solo un rato.

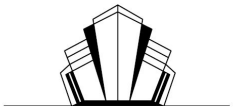
—Ve tranquilo, Tom —le respondo—. Yo estoy bien.

Lo siento tan próximo a mí que podría echarme a llorar. Se va a su estudio y yo a la biblioteca, donde no me siento tan sola. Miro un rato los tomos de la enciclopedia.

Un poco más tarde, oigo que Tom sube la escalera de puntillas. Cuando vuelve a bajar, me asomo y lo veo delante del aparador. Mete la llave en la cerradura y la abre.

No, Tom, no lo hagas. Después de todo lo que ha pasado, sigo siendo la espía de la señora Heidelberg. No me obligues a mentirle sobre ti también.

Tom se queda parado un momento con la llave en la mano y luego vuelve a girarla dentro de la cerradura. Se va a su estudio, cierra la puerta y enseguida oigo el repiqueteo de la máquina de escribir.



# Birdie

## 35

En el Foote, la tienda del pueblo, había artículos que sencillamente no se vendían: zapatos de bebé, patines de hielo, las cuatro barras de pintalabios Devil's Delight, una cosa llamada «menorá judía eléctrica», que nos enviaron por error, y dos trineos plegables. Tampoco se vendían la leche, la mantequilla y los huevos, porque todos los vecinos tenían vaca y gallinas en casa, y, si no las tenían, tampoco podían permitirse comprar esas cosas en la tienda. Luego estaban los productos que la gente prefería adquirir en cualquier otro sitio. Tendríais que haber visto la cara del señor Parkins cuando le entregaba a un cliente un paquete enviado por Sears, Roebuck & Company. Muchas veces era un artículo que también teníamos en la tienda, pero que Sears, Roebuck & Company vendía más barato, de mejor calidad y con una selección bastante más amplia de colores. El consumidor de 1933 era a la vez tacaño y exigente. Un buen hombre de negocios sabía que no podía tomarse esas cosas como algo personal, pero aun así nos fastidiaban.

El domingo, a la primera insinuación de luz matinal, abrí los ojos y durante unos segundos no supe muy bien dónde estaba. Entonces los muelles del catre chirriaron y... «Ah, sí, claro. He convertido la casa de mi hermana en un burdel y lo que tenemos en venta no se vende».

Arrastrando los pies, bajé la escalera para ordeñar la vaca y vi que Charlie ya había preparado el café. Algo había cambiado entre ella y yo la noche anterior, después de nuestra conversación, que se había prolongado hasta la madrugada. La mejor manera de describirlo sería decir que nuestra amistad se había oscurecido y espesado, como pasa en la sartén al añadir harina y mantequilla al jugo de la carne. Todavía había cierto resquemor entre nosotras. Ella me había enredado para abrir un burdel y yo le había ocultado la verdad acerca de los Heidelberg. También acerca de Welty. Y de Garnett. Pero las dos estábamos bastante seguras de que nunca volveríamos a engañarnos. Necesitábamos formar un frente unido para salir del atolladero. Por fortuna, nos caíamos bien y a las dos nos gustaba cómo preparaba la otra el café: tan fuerte que te freía las palabras en la lengua.

A las nueve, todos los habitantes de la casa se habían reunido en la cocina. En la radio portátil de Ruby, colocada en lo alto de la nevera, sonaba el *Grand Ole Opry*, su programa preferido de música country. Hacía un calor bochornoso y la cantidad de prostitutas presentes me impedía moverme con comodidad, pero era agradable tener compañía mientras preparaba el desayuno. Me hacía experimentar lo contrario de la soledad. Me sentía excesivamente acompañada, como si hubiera comido demasiado de un plato pesado y a punto de echarse a perder. Pero era mejor que tener hambre.

Volteé la primera tortilla en un plato y se la di a Dixie, que se había colado por delante de Ruby. Las gemelas siempre estaban famélicas.

—¡Cuidado con lo que haces, Número Dos! —le gruñó Ruby, arrancándole el plato de las manos. «Número Dos» era uno de los muchos apodos que le había puesto a Dixie, aunque a Trixie nunca la llamaba «Número Uno», quizá porque habría sido un alias

demasiado halagüeño—. Creía que los fenómenos de feria como vosotras solo comíais pollos vivos.

Lo dijo porque las ferias que recorrían los pueblos exhibían a veces a hombres salvajes encerrados en jaulas que devoraban animales vivos. La aversión de Ruby hacia la mayoría de nosotras era impredecible. Podía ofrecernos un cigarrillo y, al minuto siguiente, darnos un puñetazo. En cambio, su desprecio hacia las gemelas parecía constante.

Charlie vestía de negro y estaba sentada a la mesa redonda de la cocina, apretándose las sienes con los dedos con expresión de absoluto desconcierto. Ya habíamos repasado los hechos. El viernes, las chicas habían repartido casi cincuenta tarjetas entre los jóvenes que encontraron en la estación de trenes, la gasolinera, el Tea Hound, La Meca y otros sitios, pero en el campus no, porque cuando llegaron ya no les quedaban más tarjetas. Habían coqueteado, habían mirado a los estudiantes con ojos soñadores e incluso habían logrado que algunos les prometieran que vendrían. Sin embargo, por la noche, tras dividir las ganancias por la mitad con las chicas y repartir nuestra mitad entre tres, nos habíamos quedado todas exactamente con cero dólares y cero centavos.

—No lo entiendo —le dijo Charlie a la mesa—. Hay novecientos cincuenta jóvenes a cinco kilómetros de aquí por la carretera.

—Debe de ser que novecientos cuarenta y nueve de esos jóvenes están estudiando para cura —apuntó Ruby, descontando seguramente al único que se había presentado para después salir huyendo.

—Creo que el problema es la casa —intervino Flossy—. No parece un burdel. Apuesto a que hace siglos que nadie echa un polvo en la habitación rosa donde me he instalado.

Me volví para mirar a Flossy. ¿De verdad lo notaba? Le di un par de golpes a la sartén para despegar la tortilla.

Charlie dejó de frotarse la cabeza, quizá por caer en la cuenta de que estaba dando una imagen demasiado desesperada a sus empleadas.

—Las cosas irán a mejor. Solo tenemos que hacer más publicidad —observó, mientras recortaba más tarjetas de Frances.

—¿Y si probáramos algún tipo de promoción? —propuse—. Como hacen en el cine. Te dan un cupón, te lo van sellando y, a la quinta vez que vas, te regalan una pieza de un juego de vajilla.

—¿Qué diablos es un cupón? —preguntó Ruby.

—¿Qué es eso del juego de vajilla? —dijo Flossy—. Lo siento, Bird, pero este negocio no funciona así.

En ese momento entró Virginia por la puerta trasera. Esta vez no llevaba la bata de médico, sino un vestido blanco de enfermera, con la cofia blanca sujeta a la cabeza con un alfiler.

—Algunos clientes se volverían locos con ese traje que llevas —observó Flossy.

Virginia se quitó la cofia, hizo una mueca y se la guardó en el bolsillo.

—Es ridículo que yo tenga que ponerme un vestido cuando todos los chicos pueden llevar bata de médico.

Sin la cofia, el oscuro pelo rizado se le alborotó alrededor de la cara.

—Te pareces a una judía que conocí en Brooklyn —le dijo Flossy, sin aparente mala intención—. ¿Eres judía?

Su pregunta captó mi interés, porque yo nunca había conocido a ningún judío, pero Virginia se limitó a encogerse de hombros y dijo que no podía saberlo, porque ni siquiera sabía quién era su padre. No parecía avergonzada, sino firme y decidida. Tenía que serlo, si

quería ser médica. La vida no le había concedido ninguna ventaja: ni belleza ni dinero.

Tenía los ojos brillantes y parecía ansiosa por ponerse a hacer más pruebas.

—¿Alguna de vosotras ha notado síntomas? —preguntó—. ¿Algún condón se ha salido?

Como nadie respondía, lo hice yo:

—No hubo ningún cliente anoche.

—¿De verdad?

—¿Qué opinas de que las chicas vayan hoy al campus a hacer publicidad? —le preguntó Charlie.

—¿Pensáis repartir publicidad de un burdel delante de padres y profesores? También estará por allí la gente de las iglesias, reclutando fieles para la misa del domingo. Deberíais andaros con cuidado.

Aun así, Virginia se sentó a la mesa y les dibujó un plano del campus. Yo le serví una tortilla con queso y perejil, y ella le dio un bocado y gruñó en señal de agradecimiento. Indicando los puntos que había marcado con una equis, dijo:

—Estos son los dormitorios de los chicos: Barr, Falkner y los demás. Pero tened cuidado con las amas de llaves, porque son como espías. No os acerquéis a los edificios Ward, Isom y Ricks, que son los dormitorios de las chicas, y ni siquiera miréis para el lado del Liceo.

Mientras explicaba el plano, no parecía ni remotamente preocupada por los aspectos éticos de hacer pruebas de venéreas a prostitutas en una despensa convertida en laboratorio ni de promocionar un burdel entre sus antiguos compañeros de clase. Como no le había cobrado nada a Charlie por la primera ronda de análisis, estaba claramente interesada en que el negocio funcionara.

—Es probable que captéis a algunos estudiantes a la salida de la sede de Sigma Chi o de otra fraternidad, pero os advierto que esos chicos de las fraternidades pueden ser muy capullos. Uno de ellos me echó ácido sulfúrico en la libreta del laboratorio porque no soportaba la idea de que una chica consiguiera una certificación médica. Tuve que pedirle dinero prestado a mi pobre madre para comprar otra.

—¿Cómo se llama ese cabrón? ¿Quieres que Ruby Slipper le enseñe lo que vale un peine? —Al decirlo, Ruby se dio un puñetazo tan fuerte en la palma de la mano que hasta yo sentí el golpe.

Virginia se encogió de hombros.

—Por lo que he oído, será todavía peor en la facultad de medicina, así que más vale que me vaya acostumbrando. —Se acomodó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. En cuanto a aquel imbécil, escribí a máquina en papel del hospital que había dado positivo por gonorrea y se lo envié a sus padres. —Después añadió—: Y a los padres de su novia.

Su anécdota provocó una oleada de carcajadas en la cocina. Al menos durante un segundo, me sentí un poco mejor en el mundo.

—Deberíais dirigir la publicidad a los pringados que nunca consiguen una cita —continuó Virginia—. Las chicas los llaman «los Últimos Recursos». Hay un grupo que suele frecuentar el University Sandwich. En realidad son buena gente, pero no los abordéis a todos a la vez. Son bastante tímidos. —Marcó también la sandwichería en el plano.

Ya eran las nueve y media.

—Será mejor que vaya a vestirme —dije.

—¿Adónde vas un domingo por la mañana? —quiso saber Flossy.

—Tengo una cita —respondí—. Para ir a misa.

Flossy se levantó y me acompañó hasta la escalera. Detrás de mí, oí que decía:

—¡Ruby, tráeme las pinzas de depilar!

Me hicieron sentar en el inodoro de arriba, con Esmeralda detrás de ellas, supervisando el procedimiento.

—¡Ay! —grité, sintiendo como si una maldita avispa me hubiera clavado el aguijón en la ceja—. Vais a ponerme la cara todavía más roja de lo que la tengo.

Con los brazos cruzados, Esmeralda dictaminó:

—Un poco más.

—No me las dejéis finas y teatrales —les supliqué—. Recordad que soy una chica corriente.

Cuando me hubieron arrancado unos cuantos pelillos más, Esmeralda dijo:

—Perfecto. Así está bien.

Entonces abrió un estuche azul cuadrado, extrajo un frasco en el que ponía MAX FACTOR y me untó una fina capa de algo cremoso en toda la cara.

—¿Qué es esto? —pregunté, mientras me extendía la crema con los dedos.

—Todas las estrellas de cine la usan —dijo.

Después me aplicó colorete en las mejillas y polvos en la cara mientras arqueaba una de sus preciosas cejas con expresión de profunda concentración. Si se había propuesto que me pareciera un poco a ella, estaba a punto de llevarse una gran decepción.

—Quiero verme —pedí.

—Todavía no. Voy a ponerte un poco de rímel, así que cierra los ojos. —Frotó un pincelito húmedo en un pequeño bloque negro y me

lo pasó por las pestañas, dejándolo un momento en su sitio—. Ahora parpadea. Vamos a rizártelas.

Hizo lo mismo varias veces y, a continuación, destapó una barra de labios de color rojo intenso.

—Tienes unos labios bonitos y carnosos —dijo, mientras aplicaba el pintalabios y limpiaba los bordes con una uña cubierta con un pañuelo de papel.

No los secó, como había hecho Frances.

Después, Flossy me hizo inclinar hacia delante y me cepilló el pelo hacia arriba.

—Ahora échalo para atrás...

Luego me hizo bajar la cabeza otra vez, lo separó en dos y recogió con una horquilla la parte más densa. Gracias a Charlie, ahora tenía un magnífico vestuario de donde elegir: cuatro vestidos, dos faldas y tres blusas, todo sencillo pero a la moda, con un toque de «lujo», como decía Flossy, que podían ser unos botones brillantes o algún tipo de adorno. Esa mañana, Charlie me trajo al cuarto de baño un vestido color crema cortado al bies, con un estampado de grandes magnolias. Era precioso. Ni demasiado llamativo, ni excesivamente caluroso.

—Este me ha llevado su tiempo, pero ya está terminado —dijo con un guiño, algo que nunca la había visto hacer.

Lo desabrochó por la espalda y me ayudó a ponérmelo. Después me calcé unas medias de rayón que ya olían un poco a pies y Esmeralda me trajo un par de zapatos negros de tacón que parecían caros. Para acabar, me examinó de arriba abajo y sonrió radiante, como si hubiese estado ansiosa por compartir conmigo sus zapatos y su habilidad para el maquillaje.

—Ahora mírate —me dijo, girándome hacia el espejo.

Me había dejado mucho mejor que Frances. Mi pelo castaño, por norma lacio, parecía más abundante. Tenía las cejas levemente arqueadas y la crema que me había puesto Esmeralda hacía que mi piel ya no se viera enrojecida ni manchada. ¡Y ahora se me marcaban los pómulos! El pintalabios era mucho más atrevido que el de mi hermana y durante un segundo sentí el repentino impulso de quitármelo para no parecer demasiado descarada. Además, ¿para qué molestarse?, como había dicho Frances aquella vez que había probado el Devil's Delight.

—¿Por qué me ayudáis tanto? —pregunté.

Aparté la vista de mi reflejo sin poder evitar una sonrisa. No había tenido amigas íntimas desde el instituto, antes de que todas se casaran y se marcharan.

—Uy, yo llevo mucho tiempo queriendo hacer esto —respondió Flossy.

Pero no sentí que quisieran cambiarme, ni que lo hicieran como Frances, que, a pesar de llamarme «sexy», solo me había ayudado a arreglarme para no tener que avergonzarse de mí. Ellas solo parecían interesadas en que estuviera todo lo guapa que podía estar.

Me había pasado la mayor parte de mi vida empapándome de las vidas de otras personas: compromisos, bodas, nunca divorcios pero sí abandonos, algunas reconciliaciones y demasiadas enfermedades y accidentes. Niños que nacían y bebés que se perdían. Mucha muerte y mucha vida. Escuchaba todo tipo de opiniones extremas. La gente del delta era conocida por sus exageraciones y por una imaginación tan fértil como la tierra del Mississippi. La mía desde luego lo era. Pero, mientras iba en el coche a la iglesia, se me pasó por la cabeza que quizá en Footely, más que vivir, había visto vivir a los demás. No me hizo falta preguntarme cómo había llegado a esa

esclarecedora conclusión. En unas pocas semanas, me había enamorado de un hombre casado, me había depilado las cejas, había montado un club de baile aprovechando que mi hermana estaba fuera de la ciudad y ahora estaba viajando en coche con cinco prostitutas que iban a dejarme delante de una iglesia. Si todo eso no me había hecho ver la luz, dudaba que nada fuera a hacerlo.

—Aquí está bien. Puedes parar aquí —le dije a Esmeralda, y me bajé en una esquina desierta sin ninguna iglesia a la vista.

Mientras me enderezaba el ala del sombrero negro de Esmeralda, Ruby se asomó por la ventanilla del coche y me gritó:

—¡Eh! ¡Levanta las tetas como te he enseñado!

Así lo hice y ellas se marcharon.

Eché a andar a la sombra de los viejos robles en dirección a la Primera Iglesia Metodista de Cristo mientras oía sonar campanas en trece campanarios diferentes, como amable recordatorio del lugar donde vivíamos. De pie al borde de la multitud congregada delante de la iglesia, me sentí extraña por estar allí sin Frances ni la señora Tartt. Comprobé que la vida había seguido adelante sin nosotras, aunque nuestro mundo pareciera a punto de acabarse. Vi a Mary Pepper, la amiga de la señora Tartt, y, por supuesto, a Garnett Pittman, con su sonrisa de estreñida. Había un grupo de hombres y mujeres a su alrededor y, al acercarme, oí que la felicitaban:

—¡Enhorabuena, Garnett! ¡Qué gran noticia!

«¡Dios mío! ¿Qué habrá ganado ahora?», pensé.

—La LCV del estado tiene mucha suerte de que estés al frente. ¿Te lo puedes creer? ¡Una presidenta de Oxford!

Lo había conseguido. Garnett era la nueva presidenta de la Liga contra el Vicio, pero no de la sección local, sino de la organización principal, que controlaba todo el estado de Mississippi. Por lo que había leído, no solo se oponían a todo lo que hacíamos en nuestro

club, incluido el horario de apertura más allá de las ocho de la noche, sino que estaban en contra del mestizaje, de la confraternización pública entre razas y de toda «contaminación de la pureza de la población cristiana», fuera lo que fuera eso.

No quería imaginar lo que pasaría si llegaba a enterarse de lo de nuestro club de baile. Al lado de Garnett, el doctor Pittman, su marido, miraba para otro lado, con un aspecto desusadamente impecable y planchado en su traje oscuro. Casi podía oírla pidiéndole esa mañana que no la abochornara justo ese día. Cuando el pastor se acercó a Garnett, vi que el doctor Pittman se volvía y miraba a su esposa. Frunció ligeramente el ceño, como si se estuviera preguntando: «Dios mío, ¿en qué te has convertido?». Le estrechó la mano al pastor con una sonrisa cansada. ¿De verdad había visto yo todo eso?

—¡Birdie! ¡Qué arreglada vas hoy! —exclamó Pripp.

¿Arreglada? ¿Sería una manera de decirme que iba demasiado provocativa? Me toqué la cara maquillada y vi que otros ojos se fijaban también en mí. Me temí que las chicas se hubieran pasado de la raya y me hubieran hecho parecer una...

—Este vestido con estampado de magnolias es lo más bonito que te he visto. ¿De dónde es? ¿De Neilson? ¿Lo compraste en las rebajas?

—No lo sé con seguridad... —acerté a decir. Hasta ese momento nadie me había preguntado nunca dónde había comprado algo.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Birdie? —me susurró Pripp tras acercarse un poco más—. ¿Se encuentra bien Frances?

Yo no estaba segura de cuánto podía saber, pero se la veía sinceramente preocupada, por sorprendente que pudiera parecer. Sabía que a Frances le habría venido bien una amiga en ese momento, una llamada telefónica, una carta de alguien que la

siguiera acompañando cuando lo suyo con Rory hubiera quedado atrás.

—Está pasando un momento difícil, Pripp —le dije.

—¿Es por alguna desavenencia con Rory? He oído que lo despidieron del banco y me resultó un poco extraño que ella se fuera de repente de la ciudad.

Pripp me había apoyado en el brazo su pesada mano blanca y entonces lo percibí, casi como si fuera un olor. No le importaba Frances; solo le interesaba el cotilleo, para poder repartirlo por toda la ciudad.

—Rory y ella están bien —mentí, y enseguida añadí en voz más baja, como si me dispusiera a contarle alguna noticia jugosa—: Frances es demasiado amable para admitirlo, Pripp —sus labios se entreabrieron con expectante ansiedad—, pero en realidad se ha ido de la ciudad para alejarse de gente como tú.

Me miró de arriba abajo, como si de pronto encontrara horroroso mi vestido, y se marchó resoplando.

Justo cuando las campanas empezaban a sonar llamando a los fieles a misa, sentí una mano cálida sobre el hombro. Fue un alivio ver a alguien en quien podía confiar.

—Hola, Jack —dije.

—Hola..., Birdie.

Entonces tuve el placer de notar que me estaba contemplando embelesado. Me cogió de la mano y, en ese momento, una señora llamada Laurie y algo con P, a la que recordaba vagamente de las Huérfanas, pasó a nuestro lado y le susurró a su marido:

—¡Qué buena pareja hacen!

Si recordase su apellido, le enviaría una nota de agradecimiento por el comentario.

Fuimos casi los últimos en entrar y nos sentamos en el banco de más atrás. El pastor habló de amor y bondad, repitiendo por segunda vez las palabras de Juan 15: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado». Pensé que me encontraba en una buena iglesia, pese a las personas como Garnett y Pripp. «De hecho, Oxford es una buena ciudad», me dije también. Cuando llegamos al padrenuestro, Jack me cogió de la mano y lo rezó conmigo. Me habría gustado que la señora Tartt hubiese estado allí para oír el sermón, pero al mismo tiempo le di gracias a Dios por que no estuviera, teniendo en cuenta lo que estábamos organizando en su casa. Durante una hora, no sentí más que agradecimiento y esperanza.

Cuando salimos, vimos que se avecinaba una tormenta. Como me declaré más que encantada de perderme el besamanos de Garnett Pittman, recorrimos trotando las dos manzanas que nos separaban de la plaza mientras empezaban a caer por fin gruesas gotas de lluvia. Subimos la escalera de madera antes de que el aguacero estropeara el sombrero y los preciosos zapatos de Esmeralda, y entonces Jack me condujo hasta una puerta marcada con el número 3.

La habitación era blanca y sencilla, con suelos encerados de madera oscura. En una esquina había una cama individual, de la que a Jack probablemente le sobresaldrían los pies. Había un par de bonitas ventanas altas, con cortinas blancas que en ese momento estaban cerradas, una mesa y una silla. Estaba convencida de que Jack tendría que agacharse para pasar por la puerta del pequeño lavabo, pero en general todo estaba limpio y olía a jabón de lavar la ropa y a sábanas ligeramente húmedas.

—Siento no tener un salón aquí en el número tres.

Se quitó la americana, la colgó de un gancho en la pared y se aflojó la corbata. Después llenó dos vasos de agua del grifo y los dejó sobre la mesa. Yo nunca había estado en el apartamento de un hombre. Tampoco había estado en ningún apartamento. Me quedé de pie, con el bolso de Frances en la mano. Él se sentó en el borde de la cama, del lado de las ventanas, y los muelles del colchón rechinaron.

Fui a sentarme en la cama, a su lado. Hacía calor, quizá demasiado. Me pregunté si dormiría desnudo en esa cama donde me había sentado y de repente me inquietó que me adivinara el pensamiento.

—¿Quieres que saque el pollo frito? —pregunté.

Me había dicho que había comprado pollo el día anterior.

—Sí, claro.

Pero se echó a reír y tiró de mí, de modo que los dos quedamos tumbados en su cama, frente a frente. Me besó y, aunque al principio yo tenía intenciones honestas, en poco tiempo las cosas se convirtieron en algo que ni mi madre ni mi hermana habrían aprobado. Mientras oía la lluvia cayendo en la acera, le deslicé la mano por la nuca y el pelo rubio, y sentí que todo su metro noventa (o quizá noventa y cinco) se apretaba contra mí a través de la fina tela del vestido. Era como si intentáramos devorarnos el uno al otro, y eso continuó durante muchos minutos, hasta que...

—¿Por qué te paras? —preguntó.

Necesitaba un momento para asimilarlo: su piel suave y bronceada, con restos de pintalabios alrededor de la boca. Le toqué la cicatriz en la mejilla, que era un fino signo de interrogación trazado a medias.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Un caballo —respondió.

Me atrajo otra vez y volvimos a besarnos como adolescentes. Cuando le desabroché un botón de la camisa, él empezó a desabotonarme el vestido por detrás, con dedos más rápidos y ágiles que los míos. Deslizó la mano por debajo de la tela, la apoyó en la piel desnuda de mi espalda y yo sentí que me derretía. Quería que me desnudara, para experimentar en todo el cuerpo esa sensación deliciosa. Otro botón y ya iba por la mitad, mientras mis dedos desabrochaban el cuarto de sus botones...

—¿Por qué te paras? —volvió a preguntarme.

—Porque...

Yo quería hacerlo, ¡claro que quería! No lo había hecho nunca y, desde luego, no quería que él lo supiera. Pero era más complicado, mucho más complicado que eso, y ni siquiera estaba segura de que fuera lógico, pero temía arruinar mis posibilidades con él si finalmente lo hacía. Porque, si alguna vez se enteraba del negocio sucio y sórdido en el que estaba metida, probablemente le sería mucho más fácil creer en mi inocencia si me negaba a tener relaciones íntimas después de ir a misa con un hombre casado al que había conocido hacía apenas tres semanas.

—Creo que necesito más tiempo —dije.

Veintisiete días para ser exactos, ya que para entonces pensábamos cerrar, más un día para eliminar las pruebas.

—No pasa nada —replicó, apartándome el pelo de la cara. Bajó la vista hacia su camisa, con los botones desabrochados. ¡Dios mío! ¿Yo había hecho eso?—. Me alegro de tenerte aquí conmigo.

Pasamos el resto de la tarde lluviosa jugando al *gin rummy* y a otro juego de cartas que él me enseñó, llamado «banca rusa», y comiendo pollo frito. Le hablé de mi trabajo en la tienda del pueblo y él me contó algunas cosas más sobre Sam, su hijo adolescente. Normalmente era un chico hablador y extrovertido, estrella del

equipo de fútbol americano de su instituto, pero en los últimos tiempos se había vuelto más callado cuando estaba con Jack.

—Me guarda rencor por haberlos dejado a su madre y a él. Lo echo mucho de menos. —Su expresión era grave—. Necesito estar con él, Birdie. —Hablaba con voz ahogada—. Y parece que el trabajo en el banco se acabará antes de lo que pensaba.

—¡Ah! —«Vaya», pensé—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que terminaré la última parte de la auditoría mañana por la mañana y después regresaré a Jackson.

—Pero... ¿vas a volver aquí?

—Sí —dijo—, pero todavía no sé cuándo —añadió en voz más baja.

Me sentí dolida y un poco traicionada. Se inclinó sobre la mesa y me cogió la mano. Yo me quedé mirando el vello dorado de sus antebrazos, preguntándome si habría algo más que no me estaba contando.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Se encogió de hombros.

—Porque no quería que pensaras que estaba, ya sabes, presionándote... Como si esta fuera nuestra última oportunidad en mucho tiempo para... —Frunció el ceño y miró la cama, que tenía las sábanas arrugadas, pero aún estaba hecha—. Sin embargo, ahora que lo pienso, quizá creas que no te lo he dicho para no arruinar mis posibilidades de... hacer lo que aún quiero hacer.

—Si lo hubiese sabido, probablemente lo habría hecho —dije yo, y él soltó un quejido.

Me puse de pie y él también se levantó y me cogió ambas manos. No había estado sin tocarme más que unos minutos desde que habíamos entrado.

—Volveré tan pronto como pueda, pero, mientras esté fuera, ¿crees que podríamos seguir escribiéndonos? Te juro que me emociono cada vez que la señora Nutt me entrega una de tus notas.

—Claro que sí —respondí.

Me rodeó con sus brazos, apoyó la frente en la mía y me preguntó: «¿De dónde has salido?», como había hecho unas semanas antes.

—De Marte —le contesté esta vez.

Parecía el final de algo que no había hecho más que empezar. Intenté verle el lado positivo. Al menos no tendría que preocuparme de ver llegar su coche cuando estuviera en casa.

Nos dimos un beso de despedida y me fui a la estación a coger un taxi, bajo la lluvia. Tuve que mentirle para que no me llevara a casa. Le dije que solo pensaba ir andando hasta las Huérfanas y él me creyó.

A las seis en punto de la tarde del lunes, yo estaba contemplando la carretera desierta, sacudiendo las piernas para ahuyentar los mosquitos que me acribillaban los tobillos por debajo de la mesa. Charlie iba y venía a lo largo del seto de aligustre, recitando las reglas, como si repetirlas le calmara los nervios: «Un baile como mínimo y diez como máximo. Si oís que la banda toca *Night and Day*, es que tenemos problemas...». Con su puritano vestido negro de cuello blanco y el pelo oscuro pulcramente recogido en la nuca, parecía la directora de un colegio de señoritas. Las chicas sentadas a las mesitas de cóctel la ignoraban. Se sabían las reglas de memoria y todas tenían sus propios rituales. Antes de salir, Esmeralda apretaba una pata de conejo, que conservaba todavía las curvadas uñas grises. Trixie le hacía un guiño al espejo de la polvera al franquear la puerta trasera y Dixie la imitaba. Ruby escupía sobre un

penique de la suerte y luego lo frotaba entre las palmas de las manos. Lo de Flossy no era una superstición, sino más bien una lista de comprobaciones: ajustar el hilo que le mantenía el rostro tenso y sin arrugas, encajarse bien la dentadura postiza y recolocar el papel crujiente que deslizaba como relleno por dentro del forro del vestido rosa.

—¡Eh, párate ahí! —le ladró a Ruby—. ¡Es el tercer cigarrillo que enciendes con una misma cerilla! ¿Quieres arruinarnos la noche a todas?

Hasta yo sabía que encender tres cigarrillos con una misma cerilla traía mala suerte. Ruby la tiró al suelo.

—Gracias, cara de pez —le dijo a Flossy.

—No hay de qué, mal aliento —le respondió la otra.

Esa tarde, las chicas se habían paseado por el campus de la universidad, que estaba a más o menos un kilómetro y medio de la plaza, pidiendo fuego, preguntando el camino a algún sitio y dejando caer: «Por cierto, ¿tienes algo que hacer esta noche?». Habían repartido más de una docena de tarjetas. Pero, aun así, dieron las seis y media, después las siete y luego las siete y media, sin que apareciera ningún coche, ni nada de nada.

Entonces, a las ocho menos cuarto, Flossy, que estaba sentada conmigo en la mesita del teléfono, dijo:

—Ya era hora. —Y depositó en la mesa los naipes boca abajo—. No los mires —me advirtió, y fue a reunirse con las otras chicas. Yo detestaba esa parte en la que ellas se quedaban de pie, exhibiéndose como artículos a la venta en un escaparate.

Vi que dos chicos se bajaban de un taxi y venían hacia mí. El más bajo llevaba pantalones de cintura alta y el pelo oscuro peinado con raya al medio. Casi podía oír a su padre enseñándole a usar la cera Brylcreem para un peinado perfecto. El otro era alto y delgado, con

cara de empollón, traje oscuro y grandes gafas de montura negra. El señor Binny empezó a tocar una versión increíblemente lenta de *Let Me Call You Sweetheart*, con el ritmo que una anciana con bastón habría podido imprimirle a un matamoscas. Cuando los chicos estuvieron cerca de la pérgola, se detuvieron y se quedaron mirando, tal como había hecho el único «cliente» de la noche del sábado antes de salir corriendo.

Yo los estudié, preguntándome si era decepción lo que veía en sus caras. ¿Sería que nuestra tapadera parecía demasiado legal, con sus adornos brillantes, sus lucecitas en los árboles detrás de la enorme mansión blanca de antes de la guerra y sus helechos en el porche, colocados sobre los mismos soportes de mimbre blanco que tenía mi madre? ¿Habría sido mejor una apariencia más sórdida o más clandestina, con olor a licor y perfume barato?

El chico alto de las gafas grandes se aclaró la garganta y se acercó a mi mesa. Tenía aspecto de contable en ciernes.

—Buenas noches, señora. ¿Es este el..., ejem..., establecimiento que nos indicó la señorita de la tarjeta?

Como si lo hubiera estado ensayando, asentí y le dije:

—Son diez centavos por baile, mínimo una pieza. Los refrescos son a veinticinco centavos, y los cigarrillos, a cinco.

Me sentía como si hubiera estado esperando años para decirlo. El chico colocó sobre la mesa lo que me parecieron cuatro monedas de diez, aunque no pude verlas bien, porque puso los dedos encima, sin dejar de mirar hacia la carretera. Supongo que a nadie le gusta ser el primero en llegar a una fiesta, aunque en este negocio habría sido mucho peor llegar el último. Antes de que pudiera cambiar de idea, Ruby se acercó, lo agarró de un brazo y lo arrastró a la pista de baile. Entonces le di las fichas a su amigo. Aunque no era ninguna

experta, pensé que si hacía falta tanto esfuerzo para que los clientes no huyeran, debía de ser que algo no funcionaba.

El chico con el pelo engominado y los pantalones anchos se acercó a Dixie, pero una fuerza invisible lo hizo elegir finalmente a Trixie, su gemela. Respiré hondo mientras miraba a las dos parejas bailar el vals al ritmo lento y parsimonioso del señor Binny. El chico de la gomina estaba a un rígido brazo de distancia de Trixie, mientras que Ruby tenía un poco más cerca al más alto, que movía en silencio los labios contando los pasos: «Un, dos, tres, un, dos, tres...». Al cabo de un minuto, el chico lanzó una mirada a su amigo, como diciendo: «¿Por qué estamos bailando?». Todo el montaje era tan incómodo y absurdo que lo mismo habrían podido estar bailando con sus hermanas. Cuando terminó la canción, el señor Binny atacó una versión catatónica de *Moonlight and Roses*, cuyas notas giraban como las ruedas de una lentísima carreta.

—¿Qué es esto? ¿Un baile o un funeral? —oí que exclamaba Ruby.

Pensé que la cara aterrorizada del contable lo expresaba mucho mejor: «Este negocio de prostitución es sumamente ineficaz». Ni siquiera las prostitutas parecían ansiosas por subir a las habitaciones con sus clientes. Resultaban tan poco provocativas que, cuando Ruby le hizo cosquillas en el cuello a su chico, él le dio un manotazo, pensando que era un mosquito. La boca de Charlie era una línea delgada y sombría, y yo tuve que volver la vista hacia la carretera. Era demasiado bochornoso ver cómo se desplegaba todo el desastre. Teníamos que encontrar una tapadera completamente diferente. Quizá Flossy tenía razón: habría sido mucho mejor montar un negocio de venta de biblias. ¿Por qué no, si de todos modos íbamos a ir al infierno por lo que estábamos haciendo? Pero, entonces, funcionó. Bueno, más o menos. Me volví para mirar y vi

que Ruby se estaba llevando por la fuerza al chico del brazo rígido, o al menos a su camisa. Lo estaba arrastrando por la manga hacia la oscuridad del otro lado de la casa, por la puerta lateral. Quizá para no quedarse solos con aquella música espantosa, Trixie y el chico del pelo engominado se escabulleron tras ellos. Imaginé a Ruby en la puerta, susurrando la contraseña —«Frances»—, y a Charlie, que había entrado corriendo, abriéndoles para que pasaran. Entonces se acabó la canción fúnebre del señor Binny y sus músicos dejaron los instrumentos, mientras nosotras esperábamos. Las otras chicas se sentaron otra vez a leer las viejas revistas *Good Housekeeping* de Frances.

Media hora más tarde, los chicos salieron y pasaron junto a mí con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Todo el asunto fue un anticlímax, aunque me daba cuenta de que resultaba un poco raro expresarlo así. Después de eso, no tuvimos más clientes.

—¡Polly! —exclamé, cuando la vi empujando un cochecito de bebé a la salida de la tienda City, vestida con su uniforme blanco.

—¡Señorita Birdie! ¿Cómo está? —dijo ella, sonriendo.

Dentro del cochecito había un bebé blanco profundamente dormido.

—Bien, ¿y tú? ¿Has encontrado trabajo?

—Sí, señorita. Los Lamar me llaman algunos días sueltos, pero sigo buscando colocación fija. Quería preguntarle cómo se encuentra la señora Viktoria. Hemos intentado llamarla a su casa, pero el teléfono no funciona.

—Las cosas... no están yendo muy bien —respondí. No sabía si el señor Binny le habría contado algo del club, pero parecía que no—. Frances y ella se han ido a Jackson, a pasar una temporada con su hermana.

—¿No han tenido noticias del señorito Rory?

—No, aún no —dije—. ¿Cómo está Picador?

Puso los ojos en blanco y soltó una risita.

—Como siempre, pero está bien. Hacía mucho que no tenía tanto tiempo libre.

—Entonces ¿todavía no ha encontrado trabajo? —pregunté.

—Ha estado buscando —dijo ella, meneando la cabeza—, pero nadie quiere contratar a una mujer de color tan mayor. —Suspiró y me dieron ganas de llorar—. Tampoco ayuda esa boca que tiene. Los Tartt estaban acostumbrados, pero la gente que acaba de conocerla se escandaliza.

—Eso es lo que más me gusta de Picador.

—Sí —convino Polly, sonriendo—. A la señora Viktoria también. Cuando hable con ella, ¿le dirá que le mando saludos?

Le aseguré que lo haría y que, si me enteraba de algún trabajo, se lo haría saber. Cuando iba llegando al ayuntamiento, tuve que reducir la velocidad para no toparme con el doctor Pittman, que salía. Esperé a que se alejara y luego entré en la oficina de correos.

—Tienes algo en el buzón —me anunció la señora Nutt.

Al principio pensé que sería de Jack, pero no era posible, porque se había marchado a Jackson el día anterior. Había una carta con la letra de Frances y otra de mi madre.

—Y ya que estás aquí..., ¿conoces a esta señora? —me preguntó la empleada de correos, mientras me acercaba una caja con el letrero DESTINATARIOS DESCONOCIDOS.

En su interior encontré una sola carta, dirigida a la señora Charlie Lefleur. La lámpara sobre mi cabeza pareció brillar con más fuerza. Dudé un momento. ¿Debía contestar que no? ¿Delataría a Charlie si aceptaba la carta? Pero entonces la señora Nutt dijo:

—Se lo he preguntado a todos y alguien me ha dicho que quizá sea una de las inquilinas que los Tartt tienen ahora en Idlewilde.

Entonces ¿se había corrido la voz? Recordé haber visto a Welty Pittman antes de entrar y rogué al cielo que no se lo hubiera preguntado a él.

—De hecho, creo que sé quién es —respondí, y me guardé la carta en el bolsillo a toda prisa—. La buscaré y se la daré.

—Gracias, Birdie, y no se lo cuentes al gobierno —contestó la señora Nutt, como solía decir siempre, ya que supuestamente era ilegal entregar a una persona la correspondencia de otra.

Cuando me hube perdido de vista, entrecerré los ojos bajo el ala del sombrero, para ver mejor la carta de Charlie. Era del Departamento de Educación de Los Ángeles, California. Quizá la señora Nutt no le había preguntado al doctor Pittman si conocía a Charlie porque me estaba esperando a mí. O tal vez Welty tenía otros asuntos que atender en el ayuntamiento y ni siquiera había pasado por la oficina de correos. Si había visto la carta, no había nada que yo pudiera hacer al respecto, excepto preocuparme, y en ese sentido ya tenía la agenda completa.

Saqué la carta de Frances y la fui leyendo de camino a casa. Aparte del telegrama enviado dos semanas antes para anunciarme que habían llegado bien, no había tenido noticias suyas. En la carta me decía que habían buscado por todas partes, arriba y abajo, por las colinas y valles de Jackson, sin que hubiera aparecido ni el más mínimo rastro de Rory. El tal Jimmy de la zapatería tampoco había sido de ninguna ayuda.

*Birdie, no imaginas lo rápido que se va el dinero en esta ciudad. ¡Te cobran dos centavos por un miserable vasito de papel con agua! Solo nos quedan tres dólares, por lo que pronto tendremos que volver a casa...*

Levanté la cabeza y vi la mansión de los Percy, un poco más adelante. ¿«Pronto»? ¿Qué quería decir con eso? ¿«Pronto» como cuando afirmamos que el agua de la olla está a punto de hervir, o como cuando decimos que la abuela se morirá «pronto», en comparación con el resto de la familia? Le di la vuelta a la hoja.

*... a menos que nos envíes un poco más de dinero, para poder seguir buscando.*

¿Cómo demonios habían hecho para gastarse tan rápidamente todo el dinero? ¡Se habían marchado con treinta dólares! Los dos clientes de la noche anterior habían dejado nueve dólares con cuarenta centavos y, tras dividir los ingresos con las chicas, pagarle al señor Binny y repartir entre tres el dinero sobrante, las ganancias habían ascendido a un dólar y trece centavos. ¡Para eso había puesto en peligro mi libertad! Así que no, Frances. No podía enviar más dinero. Ni siquiera estaba segura de poder comprar comida, si seguíamos así.

Entre las noticias aún peores, estaba la carta de mi madre. Viniendo de ella, no podía ser nada bueno.

*Querida Birdie:*

*¿Estás bien? ¿Por qué no hemos sabido nada de ti ni de Frances? ¿Cuándo piensas volver? ¿No crees que estás abusando de la hospitalidad de esa familia?*

Media docena de preguntas después, llegué finalmente a: «Birdie, tengo malas noticias». Claro que sí, mamá. Ya lo suponía.

*El señor Parkins ha contratado a otra persona para que le lleve la contabilidad. Ha dicho que se le ha agravado la angina de pecho y*

*la señora Parkins ya no puede atender la tienda porque tiene que quedarse en casa cuidándolo, y la tienda no se atiende sola.*

No me sorprendió, pero ¿a quién había contratado? ¿Quién querría trabajar en la tienda por tan poco dinero como yo? Como si me hubiera oído, mi madre escribía:

*La chica se llama Ida y es una prima lejana de fuera del pueblo. Ya te digo que se ha apropiado de la tienda. Le cuenta a todo el mundo que hay demasiados clientes que compran fiado y dice que ha pasado tres noches sin dormir para poner los libros en orden.*

¡Venga ya! Yo podría haber puesto en orden esos libros en una tarde y llegar a casa a tiempo para escuchar *El llanero solitario* por la radio antes de cenar.

*Ahora ha pegado por todas partes carteles en los que pone: «No se fía en compras de más de veinticinco centavos», y esta mañana la he visto negarle el crédito a Arthur, el vecino de color, y a la pobre familia arrendataria que vive en la finca de los Tate. A mí me ha vendido café y harina a cuenta, por consideración hacia ti, que has trabajado en la tienda, pero me ha dicho que no podrá hacerlo más si no pagamos pronto nuestra deuda. Le debemos doce dólares y cuarenta y cinco centavos. ¡Incluso lo ha escrito a máquina en una hoja!*

Dejé de leer y parpadeé, deslumbrada por el sol. Había perdido el trabajo. No era gran cosa, pero era lo único que teníamos para vivir.

Encontré a Charlie en el porche trasero, barriendo con furia un polvo casi inexistente.

—Ha llegado esto para ti —le dije, entregándole la carta.

La cogió con cara de asombro.

—Se suponía que tenían que dirigirla a Idlewilde y no a mí personalmente. —Enseguida la abrió.

—¿Qué es?

La leyó por encima y tardó un momento en responder.

—He matriculado a Meg en sexto curso. —Frunció el ceño y se le llenaron los ojos de lágrimas, algo muy poco habitual en ella.

—Charlie... ¿Al menos tienes algún plan?

—Sí. —Me miró levantando la barbilla. Tenía los ojos enrojecidos y se esforzaba para no llorar.

—¿Cuál?

—Ganaré suficiente dinero para mantener a mi hija y entonces iré a esa casa y me la llevaré.

Suspiré y le dije con absoluta sinceridad:

—Pues yo creo que tu plan es un desastre, Charlie.

Era básicamente un secuestro. Y, si Welty conseguía mantener a Garnett lejos de Meg, era muy posible que la niña estuviera mejor con los Heidelberg. Si Charlie se presentaba en su casa, podía arruinarlo todo.

Se puso a barrer otra vez, sin decir palabra.

Esa tarde, desde mi mesita del teléfono, vi un crepúsculo rojizo que se extendía sobre los verdes campos sin cultivar al otro lado de la carretera. Con ese precioso atardecer rosado, tenía que venir alguien.

Sin embargo, esa noche nos costó dinero. El señor Binny vino a tocar, pero no hubo clientes. Ni uno solo.

Lluvia. Entre los muchos temores que albergábamos, se nos había olvidado la lluvia.

A altas horas de la noche del martes, empezó a caer una lluvia tranquila y constante que me hizo dormir como un tronco. Cuando me desperté el miércoles por la mañana, ni siquiera habría sabido decir a qué se debía el ruido. Solo había llovido dos veces y ni siquiera durante mucho tiempo desde mi llegada a mediados de julio. Mientras ordeñaba la vaca bajo el chaparrón, sentí que el animal se estremecía de alivio. Charlie, en cambio, parecía a punto de desmayarse. Tampoco esperábamos grandes multitudes en el club esa noche, pero era poco probable que alguien se animara a venir por el fangoso Lamar Boulevard con el tiempo que hacía.

Charlie hizo lo que solía hacer para combatir el pánico. Se puso a sacar brillo y a fregar las paredes, los suelos, las encimeras y los marcos de las puertas. Lavó todas las sábanas, las que lo necesitaban y las que no (por desgracia, estas últimas eran mayoría). Como no podía colgarlas en el jardín, tendió cuerdas en el salón, desde los ganchos de los cuadros hasta las barras de las cortinas, y allí puso a secar la ropa de cama húmeda.

—Esto es el infierno —comentó.

Después del almuerzo, volvió al comedor con varias tazas en una bandeja y anunció:

—¡La hora de la infusión!

La hora de la infusión era lo peor, lo cual ya era decir en un negocio como el nuestro. Fui tras ella, con una tarta de caramelo de cinco pisos que había hecho para matar el aburrimiento. Me había quedado preciosa. Charlie alineó los frascos de mermelada sobre la mesa, cada uno con unos siete centímetros de líquido amarillo y caliente. Una matrona de Freedmen Town le había preparado la mezcla de hierbas —hojas de frambueso molidas, fresno espinoso, *cohosh* azul y ñame— que sabía a perfume barato hervido con hojas de col y ceniza de cigarrillo. Supuestamente, el brebaje servía para

que no les bajara la regla a las chicas o, como mínimo, para que sangraran menos. Se hizo un silencio mientras se bebían las pócimas de un trago, seguido del sonido amortiguado de las arcadas.

—Dios mío, ¿cómo es posible que algo huela tan mal y sepa aún peor? —dijo Esmeralda, que nunca se quejaba de nada.

—Huele como Flossy después de un sábado por la noche —apuntó Ruby.

Solo Charlie estaba exenta de beberse la infusión, gracias a su estancia en el manicomio del estado de Mississippi, pero Virginia y yo tuvimos que tragarnos también el cocimiento, porque, según Flossy, si a una de nosotras le bajaba la regla, nos bajaría a todas.

—Es uno de los misterios de ser mujer.

Virginia decía que, aunque lo más probable era que la infusión no surtiera efecto en tan poco tiempo, jamás se le ocurriría subestimar a las matronas de color. Habían ayudado a multitud de mujeres por todo el condado y habían salvado las vidas de muchas de ellas, tanto blancas como de color. Por tanto, se bebía la infusión en solidaridad con ellas y también con nosotras.

Virginia venía casi todos los días para «vigilar a sus pacientes». A mí me gustaba su compañía, aunque, sin clientes, no tenía mucho sentido que viniera. Cuando no tenía que volver corriendo al hospital para una de sus guardias, se quedaba en el comedor, estudiando un libro titulado *Procedimientos ginecológicos*. Era lo que estaba haciendo en ese momento.

—Escuchad esto —nos dijo de repente, sin preámbulos—. Para una mujer que presenta desmayos, retención de líquidos, irritabilidad y deseo sexual impulsivo, el diagnóstico suele ser de histeria femenina, y, si no se trata, la paciente tenderá a «causar problemas a quienes la rodean». —Levantó la vista para mirarnos, con las fosas nasales dilatadas, ofendida como una señora mayor

ante una falda demasiado corta—. ¿Os podéis creer que escriban estas idioteces? —Como nadie le respondió, levantó un dedo y continuó—: Pues esperad, porque hay más. «El tratamiento más eficaz para aliviar el trastorno es practicar a la paciente femenina la masturbación, administrada por un médico cualificado». —Virginia se recostó en el respaldo y se cruzó de brazos—. Vaya, que, si una mujer le paga a un hombre para que se lo haga, el tipo es un «médico cualificado», mientras que, si un hombre le paga a una mujer, entonces ella es una puta. Os juro que este libro me da ganas de ponerme a gritar.

—Y a mí, de ir al médico —comentó Flossy, y Ruby soltó una carcajada.

—¿Quién quiere tarta de caramelo? —ofrecí. Acababa de servir ocho trozos en los platos de postre azules y blancos de Picador—. ¿No queréis? ¿Dixie?

Fui la única en coger un plato. La tarta estaba deliciosa, con la crema de caramelo y un toque de sal. Le había añadido extracto de almendra y más vainilla al glaseado de lo que indicaba la receta.

Pero la mayoría de las chicas estaban ocupadas profanando las tarjetas de visita de Frances. Parecía que no fueran a acabarse nunca, señal de la enorme cantidad que Frances confiaba en repartir entre personas que ya la conocían. Charlie escribía el mensaje con su letra perfecta, mientras que Ruby lo garabateaba con los trazos de una niña de seis años. Las tarjetas me recordaban a las notas en el interior de las galletas orientales de la suerte que comprábamos en la feria del condado.

«Premio *espesial* para los cinco primeros», estaba escribiendo Ruby. Seguramente el premio no sería una galleta. «*Avidina* por qué los miércoles son la mejor noche en el club de Charlie».

—¿Qué os parece el nombre? —preguntó Ruby, enseñando lo que había escrito.

—No podemos llamarlo así —respondió Charlie—. Piensa otro.

—Muy bien, entonces lo llamaremos «el club de Ruby Slipper» —replicó Ruby.

—Perfecto —dijo Charlie.

—No vamos a bautizar nuestra casa con el nombre de esta zorra apestosa —protestó Flossy.

No era la segunda vez, ni tampoco la tercera, que hablábamos del tema. Además de los nombres ya mencionados de «club de Charlie» y «club de Ruby Slipper», las chicas habían propuesto: «club de los chichis», «club sin clientes», «club de las zorras», «club de las desgraciadas que ni siquiera tienen muebles», «club de las sin cena» (porque la noche anterior habían tenido que untarse ellas mismas el queso en el pan), «el club más extraño y lamentable en el que he trabajado», «el club de las calamidades» y también, ¿por qué no?, «el club de las indomables». Si las opciones realmente hubieran sido esas, supongo que yo habría elegido la última.

Ruby se encendió un cigarrillo. Al fin y al cabo, estábamos en la mesa.

—¿Qué tal si lo llamamos «el club de Benito Camelo»?

Durante un segundo, nadie habló, pero entonces Flossy soltó una carcajada aguda y entrecortada.

—¿Quién es ese Benito? —preguntó Dixie, frunciendo el ceño.

—Tu padre, listilla —replicó Ruby.

—A mí me gusta el nombre —anunció Flossy—. «El club de Benito Camelo» ya está abierto al público.

Hasta Virginia tuvo que disimular una sonrisa, pero no pudo evitar una mueca por lo vulgar de la broma.

—¿No podéis al menos probar la tarta que he hecho? —pregunté, empujando un plato hacia Ruby.

Su aprobación era la más difícil de conseguir, y por eso la valoraba más que ninguna. No importaba que me hubiera llevado tres horas prepararla. El tiempo nos sobraba, pero el azúcar y la vainilla eran ingredientes muy valiosos, estando como estábamos en la ruina. Ruby probó un bocado y después otro.

—¡Joder, me cago en todo! ¡Esta mierda está buenísima!

—Gracias, Ruby.

Mi tarta había merecido una triple salva de palabrotas. Había que aceptar los cumplidos como vinieran. Por fin, las demás cogieron también sus platos y empezaron a comer.

—Esmeralda, ¿por qué no intentas repartir más tarjetas en el campus con las gemelas? —propuso Charlie.

Esmeralda se volvió para mirar por la ventana. Estaba lloviendo a cántaros.

—Está todo empapado.

—Si no tenemos cuidado, Charles, las tarjetas acabarán llamando la atención de quien no queremos. Necesitamos algo mejor y más rápido —observó Flossy—. Cuéntales lo que me has dicho, Virginia.

Desde la otra punta de la mesa, Virginia miró a Charlie. Parecía reacia a hablar.

—Las fraternidades van a llevar a todos los novatos a la casa de Priscilla a partir de esta misma noche, aunque quizá no con este tiempo. Lo hacen todos los años. Los irán llevando durante todo el fin de semana hasta el lunes, cuando las clases empiecen en serio.

Lo expresó casi en tono de disculpa.

—Bueno, una maldita tarjeta no va a convencer a los chicos para que vengan aquí en lugar de ir a ver a Priscilla —dijo Ruby—. ¿Sabéis lo que me han contado que tiene en su casa?

—No, ¿qué? —quiso saber Trixie.

—Un... ¡Mierda! ¿Cómo se llama ese aparato...?

—Yo te diré lo que tiene Priscilla —intervino Flossy, empezando a contar con los dedos—. Tiene muebles que no huelen a gato muerto. No te obliga a bailar un mínimo de piezas. Su música no suena como el funeral de la abuela de Ruby. Y, además, tiene ese jodido aparato, que tampoco sé cómo se llama.

Ruby asintió.

—Le metes una moneda de cinco centavos y toca una canción.

Con la boca llena de tarta, Virginia intervino:

—¿Priscilla tiene un Selectophone?

—Y línea privada de teléfono —apuntó Esmeralda.

—¿Deja que las chicas la usen? —preguntó Dixie.

—Sí, pero les cobra el doble de la tarifa oficial —respondió Flossy.

—Además, vende toda clase de bebidas alcohólicas, no solo bourbon, y tiene el doble de chicas que nosotras —observó Esmeralda.

—También las tima con la paga —dijo Charlie—. Cuéntales esa parte, Flossy.

A Charlie no le estaba haciendo ninguna gracia la conversación, y a mí tampoco, pero supuse que, si no las dejaba hablar allí en la mesa, lo harían a sus espaldas, en sus habitaciones.

—Es una estafadora y una explotadora, no te lo niego, pero sabe llevar el negocio —replicó Flossy.

—¿Sabéis qué creo? —dijo Ruby, echándose hacia atrás sobre las patas traseras de la silla, justo lo que yo le había dicho que no hiciera—. Creo que tendríamos que recoger nuestros bártulos y largarnos al club de Priscilla, donde podríamos ganar pasta de verdad. —Se echó a reír por lo bajo, pero no pareció que lo dijera en broma.

Charlie la apuñaló con la mirada. Articulando con mucha claridad las palabras, le espetó:

—Si vuelvo a oírte decir eso, yo misma te llamo un puto taxi para que te vayas.

Entonces se levantó y salió del comedor.

Más tarde, ese mismo día, oímos que llamaban a la puerta principal. Un chico de gorra y traje marrón, empapado por la lluvia, anunció:

—Telegrama para Birdie Calhoun. —Y me lo entregó.

Aparentaba unos diecinueve años, llevaba gafas de montura metálica y tenía en la solapa una insignia de la universidad.

—Eh, dame un minuto. —Probablemente esperaría una propina, pero, cuando regresó, le di una de las tarjetas de Charlie. La miró un momento.

—Creo que he oído hablar de este sitio —comentó, contemplando el porche con interés.

Asentí. Era bueno que hubiera oído hablar de nosotras, porque eso significaba que se estaba corriendo la voz aunque no vinieran clientes. Sonreí, pero sin dejar al descubierto la separación entre los dientes delanteros. Me estaba comportando como una pervertida.

—Esto está más cerca que la casa de Priscilla. Recuerda traer dinero —dije, y le cerré la puerta en la cara.

Después me apoyé contra la propia puerta y desgarré el sobre, esperando que fuera un mensaje de Jack y rezando por que no me hubiera escrito Frances para decirme que lo de volver «pronto» significaba realmente que volverían muy pronto.

*Llama mañana a las 9:00. Hotel R. E. Lee. Noticias muy importantes de Rory.*

Si de todos modos había superado el límite de las diez palabras, ¿por qué no me contaba de una puñetera vez cuáles eran las malditas noticias? Por su culpa tendría que pasar las dieciséis horas siguientes consumiéndome de preocupación.

Esa noche ni siquiera abrimos el club de baile. Llovía demasiado. A las ocho el aguacero se había convertido en llovizna, así que nos fuimos turnando en el porche delantero para ver si aparecía algún coche. Charlie había avisado al señor Binny de que no viniera y las chicas estaban en el saloncito, escuchando la radio de Ruby. Cuando me llegó el turno, llevé la mesa del fonógrafo hasta el porche para poder escuchar algo. Tenía que cambiar la aguja y darle cuerda con el destornillador después de cada disco, pero al menos me mantenía ocupada.

Sentada sobre una toalla en los peldaños, me puse a escuchar *Wabash Moon* interpretada por Wayne King, sin dejar de pensar en Jack. La lluvia me recordaba a aquella cálida tarde en su apartamento. Lo echaba de menos de una manera intensa y profunda. Sabía que mis sentimientos no eran realistas. ¿Cuántas veces habíamos salido? ¿Cuatro? Además, tenía que alegrarme de que no estuviera en la ciudad, para que no se enterara de lo que estaba haciendo.

Encendí un Lucky a medio fumar que me había guardado en el bolsillo. Debía de ser de Flossy, por las marcas profundas de dientes y por las huellas de un pintalabios tan rojo que el pitillo parecía encendido por los dos extremos. ¿Qué mal podía hacerme? Flossy no había practicado ninguna de sus especialidades desde que habíamos abierto el club. Cuando la dueña original del cigarrillo apareció en el porche, lo apagué apresuradamente para que no lo viera. Nadie tenía por qué saber que yo hacía ese tipo de cosas.

—¿Por qué fumas colillas viejas, Bird? —me preguntó Flossy, sentándose a mi lado, encima de la toalla—. Toma. —Me tendió su paquete, cogí un cigarrillo y ella sacó otro.

Fumamos un rato en silencio, observando el manto de niebla sobre la carretera. La noche parecía propicia para que se desatara un buen tornado que pusiera el perfecto broche final a nuestro club de las calamidades.

Al cabo de un rato, Flossy me preguntó:

—¿Echas de menos a tu familia, Birdie?

—No —respondí enseguida, y me eché a reír—. Lo siento, pero es así. Les tengo pánico.

—¿Y eso por qué? Te quieren, ¿no?

—Sí, pero no sé si me seguirán queriendo después de esto.

Inhalé el humo y recordé la mañana en que Flossy había llegado a la casa. «Será como una familia». Al oírlo, había desistido de marcharse y se había quedado.

—¿Tú echas de menos a la tuya, Flossy?

Quizá me lo había preguntado para que yo se lo preguntara a ella. La gente lo hace a veces.

—Sí, claro. ¡Había cada personaje en mi familia! Hace mucho que no los veo. —Se recolocó los dientes superiores con el pulgar, sin poder reprimir una leve mueca de dolor—. ¿Recuerdas lo que te conté de mi tío y todo eso? ¿Aquello de que me ofrecí para hacerlo yo, porque mi hermana era demasiado pequeña?

Asentí. Su historia probablemente me acompañaría toda la vida.

—Mi hermana me odia por lo que hago. ¿Qué te parece?

—Pero tú te ofreciste para que no tuviera que hacerlo ella.

—Lo sé —replicó Flossy—. Lo sé. —Miraba al frente—. No digo que yo sea una santa ni nada de eso. No es lo que digo. Pero mi hermana se piensa que puedes hacerlo a los doce años y luego

crecer y simplemente buscarte otra cosa. Después de esto no hay nada más. Claro, puedes conseguir un trabajo, quizá en una tienda elegante o en una carnicería, adornando las patas de los pollos con volantitos de papel, pero seguirás haciendo esto en sueños cuando te vayas a dormir. —Contempló la niebla, que se arremolinaba en la carretera—. Lo harás todas las noches durante el resto de tu vida.

Tras eso, no cabían bromas ni comentarios ingeniosos. Me acerqué a ella, para que mi hombro tocara el suyo. No era joven como Ruby, ni guapa como Esmeralda. No tenía una carrera por delante, como Virginia, ni tampoco una gemela. Solo tenía una especialidad que era motivo de guasa entre los chicos de la universidad, pero se estaba haciendo mayor.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana? —pregunté.

—El jueves hará dos años. Fui por mi cumpleaños y ella me llamó «zorra asquerosa» y me echó del porche de su casa.

—Al lado de tu hermana, la mía es un verdadero tesoro —le dije.

—¿La de la contraseña?

Asentí y me eché a reír.

—No dejes que te trate como basura, Bird. Si quedara alguien más en mi familia aparte de mi hermana, no se lo aguantaría. Pero todos se han muerto o se han marchado, sin molestarse en decirme adónde iban.

Una ráfaga de viento cargado de lluvia azotó los árboles y los hizo balancearse de un lado a otro con un silbido.

—Me da un poco de miedo que aún no hayamos ganado nada de dinero —dijo ella.

—Sí, a mí también. —Volvía a sentir en el corazón la zozobra de que nos quitaran nuestra casa. Y también la de la señora Tartt—. ¿Adónde irás cuando cerremos este sitio, Flossy?

Esperaba que fuera cualquier lugar menos a la casa de Priscilla.

—No lo sé —contestó, como si ella misma se lo estuviera preguntando por primera vez, pero se le quebró un poco la voz—. Ya no tengo las posibilidades de antes. Supongo que iré a probar suerte de nuevo en Nueva Orleans. —Dio una calada al cigarrillo—. O quizá intente volver a Dakota, a ver si mi hermana me deja pasar del porche. La gente a veces cambia de idea, ¿no crees?

Volví a recordar la historia que contaba mi padre, sobre el río Mississippi fluyendo de sur a norte, como prueba irrefutable de que todo podía cambiar.

—Desde luego que sí.

## 36

Mientras todo el resto del condado daba las gracias a Dios por habernos enviado por fin la lluvia, nosotras, en el extremo norte de Lamar Boulevard, le dábamos las gracias por haberla hecho parar.

A las nueve menos cuarto de la mañana del jueves, solicité una conferencia de larga distancia con el hotel Robert E. Lee de Jackson. Silva me advirtió de que había muchas conferencias en espera antes que la mía, pero me dijo que me llamaría en cuanto pudiera establecer la comunicación. Por supuesto, Frances había tenido que escoger la hora del día con tarifas más altas. Treinta minutos más tarde, sonó el teléfono y, a través de un fuerte ruido de estática, pedí para hablar con la señora Frances Tartt. Oí un clic y después el teléfono volvió a sonar.

—¿Birdie? —aulló Frances. Sonaba como si estuviera en el fondo de un pozo—. ¿Estás ahí?

—Frances, ¿me oyes?

El ruido de la línea era ensordecedor.

—... caminado por todas partes, los pies me están matando y en casa de Lulu solo hay un grifo de agua fría...

—No te oigo... No oigo bien lo que dices. ¿Cuál es la noticia que has dicho que tenías? ¿Habéis encontrado a Rory?

—... humillación de decirle a la gente que no encuentro a mi marido. Me miran como a una esposa abando...

Los crujidos y chasquidos de la línea se volvieron tan fuertes que por un momento temí que se perdiera la conexión, pero al cabo de un segundo se acallaron por completo los ruidos y pude oír a Frances como si me estuviera llamando desde un comercio de la plaza.

—¡Ahora mucho mejor! Escucha, Birdie, volví a ir a la zapatería que nos indicaste y le pregunté otra vez al vendedor, Jimmy Watts, si había visto a Rory... Esta vez le insistí mucho y por fin recordó que lo había visto hace dos semanas. —Jimmy Watts era el hombre al que Rory había llamado en repetidas ocasiones durante la semana antes de marcharse, quizá porque tenía algo con él. Por eso me preparé para oír lo que Frances hubiera podido descubrir—. Me dijo que Rory había estado en la tienda para probarse unos zapatos, ¿te lo puedes creer? ¡Rory se está comprando zapatos nuevos mientras nosotras nos desplazamos en autobús y nos bañamos con agua fría! Entonces le dije al señor Watts: «Enséñeme el modelo», para ver si eran zapatos de vestir o de calle.

—Ve al grano, Franny.

—Dijo que Rory había mencionado algo acerca de un tren al sur.

—¿Dónde en el sur?

Oí de fondo a la señora Tartt diciendo algo que sonó como «servicio de habitaciones».

—Debía de referirse a Gulfport, Birdie, en la costa. Apuesto a que es eso. Allí fuimos el año pasado de luna de miel y nos alojamos en

el Great Southern. Rory siempre decía que teníamos que volver, porque aquella vez lo habíamos pasado muy mal. Rory pilló un virus estomacal y tuvimos que pedir el traslado a una habitación con camas separadas, para evitar el contagio.

—Ay, Franny...

Mi pobre hermanita. Su marido la había rehuido incluso en su luna de miel.

—Me pregunto si esta vez habrá ido con Esther Royal —continuó Frances—. Fui a la casa de Esther, llamé a la puerta, ¿y sabes lo que me dijo su criada? Que no estaba en la ciudad. Le pregunté adónde había ido, pero no quiso decírmelo. No le dejé mi nombre ni nada.

—¿Has llamado al hotel de Gulfport?

—Sí. Dijeron que no lo habían visto. Pero hay muchos hoteles en la costa, y creo que tendría más sentido que vaya yo personalmente a buscarlo. —Hizo una pausa—. El único problema, como ya te he dicho... —hizo otra pausa—, es que se nos ha acabado el dinero.

—¿Cómo es posible? ¿En qué os lo habéis gastado? —No pretendía que se sintiera culpable. Era solo que no podía entenderlo —. Después de pagar los billetes del tren, os tenían que haber sobrado veintisiete dólares, y en casa de Lulu no pagáis alojamiento...

—No podíamos quedarnos ni una noche más en casa de Lulu, Bird. Estábamos demasiado incómodas, ¿entiendes? Por eso nos mudamos al Robert E. Lee.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia lengua.

—¿Estás ahí, Birdie? —preguntó Frances.

—¿Cuánto dinero? ¿Cuánto necesitáis, Franny?

—No sé... No lo sé exactamente. Tenemos alrededor de un dólar con cincuenta centavos, y a la costa pienso ir yo sola. Viktoria

prefiere quedarse aquí. No se siente muy bien, pero ha dicho que volverá a casa de su hermana.

Oí que decía algo más en voz baja, probablemente hablando con la señora Tartt.

No me encantaba la idea de que Frances se paseara sola por una ciudad extraña.

—Viktoria dice que tiene conocidos en Gulfport que podrían ayudarme a buscar, pero tendré que pagar el hotel y el tren de ida y vuelta.

—De acuerdo. Te enviaré diez dólares ahora y quizá más adelante un poco más.

Allá se iba todo el dinero del alquiler de las habitaciones, que ni siquiera había cobrado todavía.

—¿Lo harás? —Oí su voz amortiguada—: Dice que va a enviarnos diez ahora y quizá un poco más, más adelante. —Y luego, hablándome otra vez a mí—: Birdie, ¿ese dinero es del club de baile?

—Ajá.

—¿Es muy horrible? ¿Es muy hortera? —Se le había acelerado la respiración—. ¿Lo sabe ya el comité?

—Espero que no.

—¿Desde dónde me llamas, Birdie? ¿Has recuperado la línea?

Había tenido intención de ocultárselo, por miedo a que una de las dos llamara y, en la peor de mis pesadillas, le cogiera el teléfono Ruby Slipper diciendo: «Buenos días, aquí el club de las zorras».

—Sí —respondí—. Pero es muy caro y la línea es compartida, así que ten cuidado con lo que dices, por si alguien nos está escuchando.

Oí que la señora Tartt decía al fondo:

—Esto lo quiero oír yo.

Hubo un poco de movimiento y entonces su voz brotó claramente del aparato.

—Birdie, hemos estado tan ocupadas que casi no he tenido tiempo de pensar. Cuéntame algo de esas señoritas que se están alojando en casa.

—Son muy trabajadoras... Muy profesionales.

—¿Has comprobado sus antecedentes?

—Todo comprobado. Todo en orden.

—¿Y qué me dices de la ciudad? ¿Sabes si la gente murmura?

Detrás de ella, oí que Frances decía:

—Claro que sí. La gente siempre habla.

Y después, en el teléfono, la voz de la señora Tartt:

—Birdie, dime la verdad, ¿enseñan los hombros?

—Las chicas... visten muy bien. Por cierto, señora Tartt, necesito preguntarle una cosa... —dije para cambiar de tema, pero también porque quería saberlo—. ¿Conoce usted por casualidad a los Heidelberg? Viven al norte de aquí, en Byhalia.

—¡Por supuesto que los conozco! Son los dueños de la naviera Heidelberg. Y recuerdo que, en algún momento, fueron nombrados rey y reina del Carnaval del Algodón...

—Pero ¿conoce a Tom Heidelberg III, casado, de veintitantos años?

—Creo recordar que los Heidelberg tienen dos hijos. Mary Pepper es prima lejana suya y está al tanto de todas las noticias de la familia. Me parece que me contó que uno de los chicos estaba viviendo en Nueva York. Pero no sabría decirte cuál de los dos. —Guardó silencio un momento—. Ahora que lo pienso, creo que uno de los hermanos tenía un problema con la bebida. Nada bueno.

No me gustó oírlo, pero me lo guardé para más adelante.

—Pregúntale si alguien duerme en mi habitación —gritó Frances.

Tenía que colgar ya.

—Señora Tartt, esta llamada nos va a salir por un ojo de la cara. Pero quiero que me prometan que me avisarán con tiempo antes de regresar. ¿Me has oído tú también, Frances? —vociferé al auricular—. Envíame un telegrama mucho antes de volver, para que pueda... ordenar la casa, ¿de acuerdo?

—¡Sí, te lo prometo! —vociferó Frances a su vez.

Después de colgar, me pregunté si debería llamar de nuevo a la señora Heidelberg. En lugar de ponerse en contacto conmigo tras mi último mensaje, había llamado a Welty. Pero no era algo que pudiera decidir en ese instante. Subí la escalera, para enfrentarme a la odiosa tarea de cobrar el alquiler.

Ruby escupió en los tres billetes de un dólar antes de plantármelos en la mano. Cuando fui a pedírselo a las gemelas, vi la vieja bolsa marrón que habían traído abierta en el suelo de la habitación.

—¿Vais a algún sitio? —pregunté.

—Solo estamos ordenando —respondió Dixie, que consiguió reunir la mitad del alquiler en monedas de diez y cinco centavos. Después se volvió para mirar a su hermana y me cerró la puerta en las narices.

Flossy solo pudo pagar dos dólares con cincuenta centavos.

—Lo siento, Bird. No tengo más.

Esmeralda, que era siempre la más considerada de nuestras inquilinas, pagó íntegramente su alquiler, pero dijo:

—No sé cuánto más podré quedarme, Birdie. Tengo que ganar algo de dinero.

—Por favor, no te vayas todavía. Danos más tiempo.

—No soy solo yo —replicó—. Todas lo están diciendo. Más vale que Charlie encuentre rápido la manera de atraer clientes.

—¡Sal de ahí, Charlie! ¡Quítate de en medio! —le dije.

—Ya casi he terminado.

Tenía la cabeza metida en el horno justo cuando yo estaba a punto de encenderlo para cocinar una cazuela de pollo, prácticamente sin pollo, por desgracia.

—No hace falta que lo vuelvas a limpiar —le insistí.

Me estaba volviendo como Picador. Yo era la que cocinaba y ellas las que comían, y necesitaba establecer ciertos límites en la cocina.

De repente, Virginia entró como una tromba por la puerta trasera, en ropa de calle. Llevaba un vestido azul de cintura baja con cuello marinero e incluso se había aplicado un pintalabios rojo frambuesa. Me miró y yo negué con la cabeza: «Seguimos sin tener clientes». No quería decirlo en voz alta, porque temía que Charlie me pidiera que abriera la llave del gas mientras tenía la cabeza metida en el horno. Se levantó, limpiándose las manos en el delantal.

—Tengo noticias, pero no sé con seguridad si son buenas o malas —dijo Virginia, sin aliento—. Ayer por la tarde estaba en la sandwichería donde os dije que se reunían los Últimos Recursos, ¿os acordáis? Bueno, pues hay un chico que es como el cabecilla... Fue compañero mío de laboratorio y, si aprobó Biología, fue únicamente gracias a mí. Sea como sea, el caso es que le vuelven loco las chicas, pero está un poco gordito y nunca consigue una cita. Cuando vino a saludarme, fingí estar muy alterada. Le dije que venía directa de la clínica, donde había tenido que atender a unas cuantas señoritas de vida alegre. «Tenías que haberlas visto», le dije, y le hice así con las manos. —Trazó en el aire las curvas de una figura

femenina—. Después le dije que ya me había llegado el rumor de que habían abierto un «ya sabes qué» en North Lamar Boulevard, pero que no me lo había creído hasta no ver a las chicas con mis propios ojos. «¿Te imaginas un tugurio como ese a menos de cinco kilómetros de la universidad? ¡Qué horror!». —Se llevó una mano a la frente y puso los ojos en blanco—. Hice una buena actuación. Pues bien, al poco rato vi que volvía a la mesa con sus amigos y les susurraba algo. Cuando me marché, estaban hablando, dándose palmadas en la espalda y contándoselo a los chicos de otra mesa. Y con todo esto quiero deciros que ahora sí que se ha corrido la voz. —Miró a Charlie con los ojos muy abiertos, después a mí y al final añadió—: Pero esto no es más que la mitad de la noticia.

Dejó un periódico sobre la encimera, tan grande y grueso como *El águila de Oxford*. Se llamaba *The Mississippian*.

—Esto venía hoy en el periódico de la universidad, así que lo más probable es que no lo hayáis visto.

Cogí mis gafas de la mesa de la cocina y leí en voz alta:

—En la noche de ayer, un automóvil con estudiantes de la Universidad de Mississippi se vio involucrado en un accidente que habría podido ser mortal, cuando un conductor en estado de ebriedad estrelló el vehículo contra un árbol... —me salté algunas partes— volviendo de una excursión a Sweetwater... —se refería a la casa de Priscilla—, con mal tiempo y una densa niebla, como parte de los ritos anuales de iniciación de una fraternidad.

—¡Fueron hasta allí anoche, con el tiempo que hacía! Sigue leyendo.

—La comisión de moralidad de la universidad ha emitido una seria advertencia a los estudiantes: «En colaboración con la oficina del *sheriff*, estaremos muy atentos al consumo de alcohol y a las excursiones a Sweetwater, y todo aquel que sea sorprendido

infringiendo las normas será expulsado de la Universidad de Mississippi de forma inmediata».

## 37

A las seis menos diez, el señor Binny y sus hermanos ya se habían instalado en el porche trasero. El jardín aún estaba fangoso por la lluvia de la noche anterior y las chicas caminaban de puntillas hacia las mesas de cóctel para no mojarse los zapatos. Durante quince furiosos minutos, estuvimos dándonos palmetazos como lunáticas y deshaciendo entre las manos los geranios de la señora Tartt para frotarnos la piel con el aceite. Los mosquitos no fastidiaban demasiado cuando no llovía, pero, desde que había empezado a llover, aparecían en enjambres y nos comían vivas. Dándose palmetazos en el cuello y haciendo muecas, Charlie marchaba a lo largo de los arbustos recitando las reglas. Yo sabía que recordaría esa letanía aunque viviera cien años.

—Un baile mínimo, diez como máximo. Si después de eso no quiere nada más...

—¡No es un cliente! —respondíamos todas a coro.

—¿Os sabéis todas la contraseña para entrar?

—¡Frances!

—Si oís *Night and Day* es que tenemos problemas. En ese caso, no entréis ni...

—¡Dios mío, Charlie! Me estoy muriendo aquí fuera —dijo Flossy, clavándose los tacones en los tobillos. Tenía las piernas cubiertas de manchas rojas y rasguños—. ¿No podemos esperar dentro?

—De acuerdo, pero quedaos cerca de la puerta, por si viene alguien —replicó Charlie.

Las otras chicas se pusieron de pie de un salto, dispuestas a entrar con Flossy. En opinión de Charlie, debíamos dar al menos la impresión de ser muchas, por si se acercaba algún cliente. Pero ni siquiera tuvieron tiempo de subir los peldaños del porche.

Yo también lo oí. Era un ruidoso motor de transmisión por cadena que no venía de la ciudad, sino por la izquierda y en dirección al sur, por el cenagoso Lamar Boulevard. Me incliné hacia delante y vi un ancho camión verde que se acercaba traqueteando. Los frenos chirriaron y el vehículo se detuvo bruscamente delante de nuestra casa. Me quedé mirando, aterrorizada. ¿Quién podía venir desde allí? En la caja del camión, con listones de madera a los lados, viajaba gente de pie. Entrecerré los ojos para ver mejor. ¿Habría preparado el *sheriff* un ataque sorpresa y por eso venía por donde no lo esperábamos?

—¡Que me maten si esos que vienen por ahí no son universitarios! —exclamó Ruby, aunque ella tenía la vista peor que yo.

En efecto, de la caja del camión vimos bajar una cazadora azul del equipo deportivo, después una camisa blanca y a continuación varias americanas azul marino. Entonces sonó un claxon y todas las cabezas se volvieron en esa dirección. Un destartalado Ford Modelo A venía por la curva, y por sus ventanillas abiertas sobresalían varios brazos en mangas de camisa. Tampoco este segundo vehículo venía de la plaza, ni del campus. Supuse que los chicos habrían rodeado la ciudad para eludir a la policía y a las autoridades universitarias.

Charlie le dijo algo al señor Binny, que plantó las manos sobre el teclado para atacar los acordes iniciales de uno de los himnos de la Primera Iglesia Metodista de Cristo.

—¡Estoy harta! ¡No pienso bailar nunca más con esa mierda de marcha fúnebre! —exclamó Ruby, golpeando el suelo del porche con

los zapatos rojos, como una niña malcriada.

El señor Binny se levantó del taburete del piano y retrocedió un paso, con la chaqueta negra abotonada hasta arriba, casi hasta tocarle el ceño fruncido. Ruby avanzó hacia él, sacudiendo el dedo índice, y no pareció que al señor Binny le gustara que lo trataran de esa manera.

—¡Señorita Charlie! —gritó.

Pero Charlie se limitó a responderle:

—¡Toque lo que sea, señor Binny! ¡Me da igual!

Ruby volvió a acercarle la cara y el hombre finalmente se dio por vencido. Les dijo algo a sus hermanos y el batería se puso a tocar como si lo vinieran persiguiendo. Entonces los dedos del señor Binny cayeron como un chaparrón sobre las teclas del piano y la trompeta estalló tras él, en una animada versión de *It Don't Mean a Thing.* La música inundó todo el jardín y, cuando llegó el momento, los tres hermanos cantaron con todas sus fuerzas: *«IF IT AIN'T GOT THAT SWING!»*. Supongo que el señor Binny habría pensado que eran tiempos desesperados y que la chica blanca de la boca sucia tenía su parte de razón. Por eso, para asegurarse el empleo, decidió que había llegado la hora de poner un poco de ritmo a la noche.

Los chicos ya casi habían llegado a mi mesa. Eran nueve, para ser exactos. Altos y corpulentos, riendo y pegándose puñetazos entre ellos. Detrás había otros cinco o seis más bajitos, con rígidas chaquetas azules. Cuando los más grandes se agacharon para pasar por el arco de la pérgola, no se detuvieron para mirar asombrados a su alrededor. Detrás de mí, un silbido casi ensordecedor hizo que me volviera. Ruby Slipper estaba en la pista de baile, observando al primer universitario, un simio musculoso de brazos largos y cazadora deportiva que no me inspiraba la menor confianza. Enfundada en su vestido rojo, Ruby alzó un pie y giró sobre sí misma, haciendo que la

falda corta se le levantara aún más. Tenía buenas piernas, fuertes y bien torneadas. Enseguida giró en la otra dirección y se paró en seco, fijando la vista en el gigante. Algo hipnótico emanaba de su persona, un atractivo sucio y peligroso. Incluso Charlie la estaba mirando, como si ella también hubiera quedado deslumbrada.

—¡Esa es para mí! —anunció el chico simiesco, pasando a mi lado con cara de querer echarse a Ruby al hombro.

—Un momento, Tarzán —lo detuve, agarrándolo por el codo de la cazadora—. Cada uno de vosotros me debe diez centavos.

El tipo dejó caer un buen puñado de monedas sobre la mesa y los otros lo siguieron. «Creo que esta noche no me molestaré en vender fichas», pensé. El simio cogió a Ruby por un brazo y los dos empezaron a bailar al ritmo del jitterbug que tocaba el señor Binny. Hubo gritos y risas, y los chicos más grandes, amigos del primero, se pusieron a perseguir al resto de las chicas. Vistos desde mi puesto, parecían cazadores detrás de su presa. Charlie intentaba gritar por encima del estruendo de la música:

—Esta es Trixie y esta de aquí, su preciosa gemela, Dixie.

El chico corpulento, que debía de formar parte del equipo de fútbol americano, agarró a Dixie y la arrastró hasta la fila de universitarios más jóvenes, que estaban aún delante de mi mesa. Yo estaba a punto de levantarme para ayudarla cuando ella misma se echó hacia atrás para tomar impulso y le arreó a la bestia un golpe tan fuerte en la oreja que le hizo girar la cabeza.

Con infantil acento de Texas, le dijo:

—Como vuelvas a agarrarme de esa forma, te saco los ojos con una cuchara de fruta y te los doy de comer.

Algo en su inquietante serenidad hizo que el tipo la soltara y retrocediera un paso. Dixie se cruzó de brazos y miró a los chicos que tenía delante, como si fuera ella la que decidía.

La música rugía y, al poco tiempo, todas las chicas estaban bailando, con una docena de universitarios a su alrededor contemplándolas.

—Refrescos a veinticinco centavos, cigarrillos a cinco —repetía yo de manera incansable, y en apenas unos minutos vendí una docena de cada cosa.

¡Dios mío, era increíble tener tanto trabajo! La música era alegre y realmente estimulante. Hasta el señor Binny parecía casi feliz de estar aporreando las teclas mientras sus hermanos balanceaban los instrumentos. Flossy y su chico ya se estaban perdiendo por el otro lado de la casa, con Ruby y el suyo prácticamente pisándoles los talones. Charlie quería que hubiera siempre dos chicas en la pista, para mantener las apariencias, por lo que se desató una carrera para ser la primera en subir a las habitaciones.

Al otro lado del seto, la carretera estaba en calma. El conductor del camión parecía haberse dormido en la cabina y toda la ruidosa acción transcurría detrás de mí. Pensé que ya habría pasado el momento más agitado de la noche, pero poco después apareció otro taxi por la curva, en dirección al sur, y, al cabo de unos minutos, un segundo y un tercero detrás. Cuando se abrió la puerta del primer taxi, un chico cayó a la carretera y otro aterrizó encima del primero. Parecían muy bebidos. Riendo, vinieron tambaleándose hacia mí, y todo volvió a empezar: monedas, refrescos y gritos.

Me giré para mirar, sobre las siete y media, y conté más de dos docenas de chicos en la pista de baile o a su alrededor. Sabía que dentro de la casa había más jóvenes. Crucé los dedos para que al menos algunos no tuvieran intención de subir a la planta de arriba. Más de treinta universitarios divididos entre cinco chicas eran... demasiados.

—¡Que follen los novatos! ¡Que follen los novatos! —oí que entonaban los miembros de la fraternidad, como un viejo canto tribal de la Universidad de Mississippi.

Unos chicos sudorosos animaban a los demás agitando los puños, y no era fácil cobrarles los diez centavos mientras pasaban junto a mí; pero al cabo de un rato venía uno de ellos, como había sucedido antes con el primero, y me echaba un puñado de monedas sobre la mesa. Por la ventana de la cocina, veía a Charlie preparando bebidas tan aprisa como podía, para después ir a abrir la puerta lateral y cobrar más dinero bajo la mirada del señor Tartt desde el cuadro de la pared. El señor Binny había empezado a acortar las canciones y a tocar al doble de velocidad temas como *Puttin´ On the Ritz.* Había oído muchas veces que exigíamos un baile como mínimo y se movía el doble de rápido para que todos cumplieran cuanto antes con la norma.

En algún momento de la noche, tal vez hacia las nueve, Charlie salió al jardín, aunque seguramente la necesitarían dentro de la casa. Se quedó un momento parada, mirando a su alrededor sin sonreír. Yo sabía lo que estaba pensando: «Voy a poder contigo, Garnett Pittman». Era curioso que Charlie pretendiera recuperar a Meg de la misma manera en que la había perdido. Entonces Flossy asomó la cabeza por la puerta trasera, gritó algo y Charlie se apresuró a entrar. La casa debía de ser un caos, con las chicas arrancando las sábanas de las camas para poner otras nuevas y vistiéndose a toda prisa para volver a la pista de baile.

Ruby, que había atendido a no sé cuántos clientes, estaba de vuelta en el jardín, interpretando una mezcla de charlestón y lindy hop. Nada de valses ni de foxtrot para ella. Su pareja de baile, un chico rubio, llevaba unos pantalones holgados de cintura alta que ondeaban como una bandera al moverse. Ruby alzó una pierna, se

levantó la falda y, echando la cabeza atrás, hizo como que lamía el cielo. ¡Dios mío, qué bien actuaba! Los chicos aullaban al ver cómo se le tensaban los músculos de la pantorrilla. Si en ese momento hubiese entrado quien no debía, habría pensado que estaba sencillamente en una sala de fiestas en pleno apogeo de animación. Ruby bailó tanto rato con el mismo chico que al final Charlie tuvo que ir a darle unos golpecitos en el hombro para indicarle que se lo llevara a la habitación o lo dejara correr. Cuando comprendió lo que estaba pasando, Ruby se paró en seco y se echó a reír con tantas ganas que pude verle las muelas. Se le había olvidado la razón por la que estaba allí.

Pero no todo eran ortodoncias y amnesia. Todas las mujeres presentes, yo misma incluida, necesitábamos ganar dinero. Observé que algunos de los chicos que llegaban haciendo guiños y flirteando miraban con desprecio a las chicas cuando ya habían conseguido lo que querían. La idea de que un hombre pudiera pagarle a una mujer para que lo hiciera y después recriminarle por haberlo hecho me parecía una depravación mayor aún que nuestro negocio.

Cerca de mi mesa, un tipo de cara regordeta con los rizos peinados a un solo lado de la cabeza empezó a gritarle a la cara a un chico más joven. No oía bien lo que estaba diciendo el grandote, pero todo en el muchacho más bajito revelaba timidez, desde las gafas redondas de alambre hasta su frágil constitución, de hombros caídos. Me pregunté si sería aficionado a observar las aves y si lo habrían vapuleado mucho en el colegio. Seguramente lloraría cuando se enteró de que muchos pájaros mueren antes de cumplir un año.

—No quiero —le dijo el pequeño al más grande.

El mayor negó con la cabeza y volvió a gritarle. Mientras tanto, una escena terrorífica se apoderó de mi mente. ¿Y si a Frances y a mí nos hubieran obligado a hacer esto cuando teníamos diecisiete y

dieciocho años? ¿Y si yo hubiera tenido que animar a mi hermana a subir a la planta de arriba? Apreté con fuerza los párpados. Detestaba el negocio, no soportaba más la noche y ni siquiera eran las once. Al cabo de un rato, vi que Flossy se llevaba al chico delicado de las gafas a un sitio oscuro. Cuando regresaron, apenas veinte minutos después, el muchacho tenía la cara manchada, como si hubiera estado llorando. Vomitó sin hacer ruido entre las azaleas de la señora Tartt. Flossy se acercó a mi mesa y, con la voz casi sofocada por la música, la oí decir:

—Ten cuidado con lo que deseas, mona.

A la una de la madrugada, quedaban solo unos pocos chicos. Algunas partes del jardín se habían convertido en un barrizal y, en la carretera, los faros comenzaban a moverse hacia el norte, tomando el camino más largo de vuelta al campus. Me asomé para ver si venían más clientes y divisé una figura solitaria al otro lado del camino, de pie junto a un coche aparcado. Estaba inmóvil, contemplando la casa. Parecía que llevara un abrigo largo hasta las rodillas, ¿o sería un vestido? De repente, un chico puso su cara pecosa delante de la mía.

—... que no he venido a bailar, ¿te enteras? Vengo a buscar una puta.

—Yo no estoy en venta —repliqué, apartándome de él.

El idiota de las pecas me dio un puñetazo en el antebrazo.

—Entonces ve y tráeme a una que lo esté.

Le crucé la cara de una bofetada y el chico se quedó quieto y aturdido, con la mejilla roja como un tomate. Enseguida, uno de los miembros del equipo de fútbol lo agarró por un brazo y se lo llevó en dirección a la carretera, volviéndose de vez en cuando para mirarme, como pidiendo disculpas por la mala educación de su amigo.

¡Madre mía! Tardé unos segundos en recuperarme. Después me incliné de nuevo sobre la mesa y, a la luz de la luna creciente, vi otra vez a la figura solitaria, que seguía de pie al otro lado de la carretera. El coche a su lado era más bien cuadrado, como muchos modelos antiguos. Empecé a sentir un malestar en el pecho.

—Charlie, ven aquí —la llamé.

Estaba de pie en los peldaños del porche, pero, mientras venía hacia mí, la persona que nos observaba volvió a meterse en el coche.

—Lleva un tiempo mirando hacia aquí —le dije a Charlie.

El vehículo empezó a rodar con los faros apagados y después giró en dirección a la ciudad, en sentido opuesto al camino por el que habían venido los chicos. Entonces paró. Yo empecé a levantarme, pero Charlie me detuvo.

—No —me dijo—. No hagas nada.

El coche encendió los faros y se alejó. Habíamos abierto un burdel a pocos kilómetros de la oficina del *sheriff* y de la casa donde vivía la nueva presidenta de la Liga contra el Vicio de todo el estado. Yo no estaba segura de poder confiar en la política de «no hagas nada» de Charlie.

—El *sheriff* acabará viniendo en algún momento —le aseguré—. Es un hecho. Tal vez deberíamos hacer algo, como han dicho las chicas... Para protegernos.

—¿Por qué crees que tenemos esta ridícula tapadera? —replicó Charlie. La cara se le estaba poniendo morada—. Por eso me paso el día repitiendo las reglas, porque es inevitable que algún día aparezca por aquí alguien que no queremos que venga. No sabemos quién será, ni cuándo vendrá. Pero, durante las próximas tres semanas, esta fachada tiene que ser sólida como una roca.

Cuando por fin se marchó el último cliente, hacia las dos de la madrugada, y todas estuvimos dentro de la casa, hice un recorrido para comprobar que todas las puertas estuvieran cerradas con llave y que la única puerta sin llave tuviera una silla apoyada contra el picaporte. En el comedor silencioso, todavía me silbaban los oídos por la música estridente y aún sentía en el pecho el ritmo de la percusión. Di gracias a Dios por que hubiera terminado la noche. Charlie depositó un rollo de billetes sobre el fieltro verde de la mesa de póker y las dos dejamos escapar una exclamación cuando lo desplegó y pudimos ver un milagro de florecientes rostros de presidentes. Yo estaba agotada y hambrienta. Vacié mi lata en la mesa y las monedas formaron una montañita. Algunas de diez centavos salieron rodando y cayeron al suelo.

—No es fácil trabajar de rodillas, ¿eh? —comentó Flossy, viendo cómo las recogía.

Me sentí un poco avergonzada, pero ella solo se echó a reír mientras volcaba sobre la mesa la lata de tabaco donde habían guardado el dinero de la venta de licor. Del interior de la lata brotó un torrente de monedas tintineantes, con el aroma dulzón del tabaco de Henry Tartt, mezclado con el olor del dinero en efectivo.

—¿Cuántas copas calculas que hemos vendido? —preguntó Charlie.

—Sesenta o setenta —dijo Flossy—. Pero las chicas no podemos estar arriba haciendo lo nuestro y a la vez servir copas en la cocina. Si esto sigue así, tendrás que contratar a alguien, Charlie.

Charlie asintió, pero seguía sin sonreír.

Ruby entró descalza, con los zapatos rojos de tacón enganchados a los dedos. No parecía buena idea tener todo el dinero a la vista, pero quizá Charlie quería ofrecerles la prueba de que el negocio funcionaba. Como si no lo supieran ya.

Ruby levantó una ceja emborronada de maquillaje, observando lo que había en la mesa, y le preguntó a Flossy:

—¿Cuántos has hecho, comepollas?

—Siete —respondió la otra. La cantidad me dio escalofríos—. Y creo que se me ha dislocado una amígdala. ¿Y tú?

—Nueve —dijo Ruby—, pero tres solo con la mano.

Mientras las chicas comían las sobras de la cena en la cocina, Charlie se puso a contar los billetes al tiempo que yo hacía montones con las monedas de cinco, diez, veinticinco, cincuenta centavos y un dólar. También había una caja de zapatos llena de monedas de un centavo que había traído uno de los chicos. En el libro de contabilidad anoté: sesenta y tres copas de bourbon, noventa y ocho piezas de baile, veinticuatro refrescos, cincuenta y tres cigarrillos, y veintinueve servicios de las chicas, que mañana actuarían como si no los recordaran, aunque seguramente les habrían dejado alguna huella, ya fuera un arañazo, un momento de ternura o —Dios no lo quiera— una enfermedad.

Charlie guardó la parte que le correspondía a cada chica en uno de los sobres que había pegado entre las páginas de diferentes libros de los Tartt. El de Dixie y Trixie se titulaba *La gloriosa aventura*, que yo había leído y me había gustado mucho, aunque ya nunca podría recordarlo de la misma manera. El de Ruby se titulaba *Introducción a la moral*, nada menos.

Después de apartar cinco dólares para el señor Binny, la participación de cada una de las socias ascendió a cincuenta y siete dólares con diez centavos, suficiente para pagar los impuestos atrasados de los Calhoun e incluso un poco más. La suma suponía también un buen pellizco de lo que necesitaban Charlie y la señora Tartt.

Al otro lado de la mesa, Charlie dijo:

—Solo ha sido una noche. Aún no es el momento de celebrar nada. —Y apretó los labios.

—Bueno, ha sido una noche muy buena —dije yo, y enseguida suspiré—. Y todavía nos queda todo el fin de semana por delante.

Charlie asintió y pareció estar a punto de sonreír, pero me di cuenta de que no quería hacerlo. Probablemente no sonreiría hasta estar de camino al oeste, con su hija entre sus brazos.

Una buena noche tenía sus inconvenientes.

—Arrojadme las sábanas sucias antes de iros a la cama —gritó Charlie al pie de la escalera.

Bandadas de sábanas blancas volaron por encima de la barandilla, pegajosas, con olor a bourbon y cera Brylcreem, y manchadas con varios tonos de pintalabios rojo. Algunas tenían quemaduras de cigarrillo y manchas de sangre, y la mayoría tenían salpicaduras de barro, tal vez de las botas que los chicos no se habían molestado en quitarse. Una de las sábanas apareció desgarrada, limpiamente partida por la mitad. Mientras yo estaba abajo vigilando la pista de baile, la planta de arriba había sido una zona de guerra. Charlie y yo amontonamos las sábanas en el lavadero junto a la cocina, hasta que la pila me llegó casi hasta la barbilla. Si queríamos librar otra batalla al día siguiente, tendríamos que lavarlas y secarlas en las siguientes catorce horas.

Charlie se anudó el delantal a la cintura, se arrodilló junto a la tina y abrió el grifo al máximo.

—Necesitaremos ayuda, Charlie —afirmé—, sobre todo si el resto del fin de semana se presenta así.

Asintió, contemplando el agua que poco a poco iba llenando la tina.

—No podemos dar las sábanas a lavar. Las lavanderas son muy cotillas. ¿Y si...? —Recé para que no lo dijera, aunque a mí también se me había ocurrido la misma idea espantosa—. ¿Y si les pedimos a las criadas de la señora Tartt que vuelvan? Ellas saben cómo funciona la casa. ¿Crees que son de fiar? ¿O se lo contarían todo a la señora Tartt?

—Por supuesto que son de fiar. Y no sé cómo iban a contárselo a la señora Tartt, que está en Jackson, pero... —Intenté buscar un motivo de peso para no llamarlas.

—¿Estarán disponibles? —preguntó Charlie.

«Miéntele. Sencillamente miéntele y dile que no». Pero mi resolución empezó a flaquear cuando recordé que Polly solo tenía empleo en días sueltos y nadie le daba trabajo a Picador, porque era demasiado mayor. Suspiré.

—Es probable que... sí —respondí—. Pero no quiero que se enteren de lo que estamos haciendo. Si vienen, las chicas tendrán que quedarse en la planta de arriba, ¿de acuerdo? Y... Polly y Picador se irán mucho antes de la hora de apertura. —Hice una pausa para pensarlo más detenidamente—. Les diremos que hemos aceptado huéspedes para ganar algo de dinero y por eso... —Señalé la montaña que teníamos delante—. Por eso tenemos tantas sábanas que lavar.

Charlie se puso de pie, apoyándose en el borde de la tina para levantarse.

—Se van a enterar, Birdie. Es mejor decirles la verdad.

De repente vi delante de mí a Picador, que le había cambiado los pañales a Rory y era tan cuidadosa con las medicinas de la señora Tartt, y la imaginé preguntándome: «¿Por qué le habéis hecho esto a la buena de la señora Viktoria? ¿Cómo podéis permitir que usen su habitación?».

—Olvídalo —dije—. Lavaremos nosotras las sábanas.

Si las consecuencias eran esas, prefería quedarme sin dormir para siempre.

Charlie echó unos trozos de jabón en el agua humeante.

—Está bien, no se lo diremos. Piensa que, si no dormimos un poco, mañana por la noche no nos tendremos en pie, ni seremos capaces de pensar.

—De acuerdo. Iré a verlas en cuanto amanezca. Pero ¿me prometes que no les diremos nada? ¿Que haremos que se vayan antes de que se enteren?

Se me quedó mirando, como solía mirarme Meg en el despacho los primeros días: como si yo fuera un poco tonta y bastante ingenua pero ella tuviera que aguantarme de todas formas.

—Si tú lo dices...

—Disculpe, ¿podría decirme dónde vive la señorita Picador?

Acababa de amanecer cuando llegué a Freedmen Town, y la tienda de alimentación, donde ya me conocían bien, todavía no había abierto.

La mujer a la que me había dirigido se puso muy rígida en la puerta de su casa y me miró de arriba abajo.

—Necesitamos un poco de ayuda en casa de los Tartt —le expliqué. Debería haber empezado por ahí.

La mujer asintió, pero sin parecer todavía del todo convencida.

—¿Es usted la señora Tartt joven?

—¡No, claro que no! Soy Birdie, su hermana. —Quizá no me habría indicado dónde vivía Picador, de haber pensado que yo era Frances.

Me dijo que subiera por el camino, pasando por la herrería de Bird, y que girara a la izquierda en la tienda de Threkeld; a partir de

ahí, era un kilómetro y medio más. También me contó qué aspecto tenía la casa de Picador para que la reconociera.

Pronto, el camino de grava se convirtió en un sendero de tierra, o más bien de barro, aunque al menos todavía hacía fresco. Había dormido unas dos horas, pero tenía la mente despejada y volví a pensar en todos los motivos por los que no quería que Picador se enterase de lo que estábamos haciendo. Era mayor que mi madre, ¡por el amor de Dios! No solo sería insultante para ella, sino que la pondríamos en una situación muy incómoda con la señora Tartt. Por encima de otras consideraciones, no quería implicarlas a Polly y a ella en nuestro delito. Si nos descubrían —lo cual no era difícil, teniendo a la Bruja Garnett al final de la carretera—, ¿qué pasaría con ellas, las amables señoras que solo se ocupaban de la colada? Lo ignoraba. Pero nosotras las necesitábamos y ellas necesitaban trabajar.

Al cabo de un rato, las viviendas se fueron espaciando cada vez más: casas de campo de una sola planta, mejor pintadas que las anteriores, y algunas con coches aparcados delante. Sus habitantes ya se habían levantado ese viernes por la mañana y bebían café en el porche o acunaban a sus bebés. Un carro lleno de calabazas amarillas pasó traqueteando a mi lado, en dirección a la plaza. Unos diez minutos más tarde, por la descripción que me había hecho aquella mujer, supe que había llegado a la casa de Picador. Era una construcción pequeña típica de la zona, pintada de blanco, con un jardín rebosante de flores otoñales: margaritas amarillas, crisantemos naranjas, verbenas moradas y ásteres. Todo un estallido de rojos, amarillos y rosas. A lo largo de un lateral de la casa, había un muro de girasoles de metro y medio, más altos que la propia Picador. Más allá de los girasoles se adivinaba un huerto con lechugas y calabazas. Una enredadera de falso jazmín cubría una

valla de madera que separaba el jardín de la carretera. Recordé la cara de disgusto de Picador, contemplando el jardín abandonado de la señora Tartt, cuando esta insistió en que era Rory quien debía ocuparse de cuidarlo. Me dio la impresión de que hubieran pasado años desde aquel día.

Divisé a Picador caminando por un costado de la casa con una cesta. Llevaba un vestido claro de percal y un pañuelo azul que le cubría la cabeza. Era... totalmente ella misma. Y con esto quiero decir que parecía más auténtica que nunca, sin el rígido uniforme blanco que se ponía para servir a otras personas. Entrecerró los ojos para ver mejor una mala hierba, se agachó para arrancarla y la metió en la cesta. Recordaba lo que había dicho Polly: que nunca había tenido tanto tiempo para ella. Detestaba la idea de traerla otra vez a nuestro mundo.

Levantó la vista, con la cesta apoyada en la cadera, y me miró con el ceño fruncido.

—¡Señorita Birdie! ¿Qué hace por aquí? —Me hizo señas para que me acercara—. ¿Está bien la señora Viktoria? ¿No se habrá puesto enferma?

—Está bien. No le ha pasado nada malo. —Empujé la puerta de la valla de madera para abrirla—. Solo he venido a preguntarte si puedes venir a casa a echarnos una mano.

—Dios mío, casi me mata del susto.

La seguí por el camino de grava. El porche estaba cubierto de latas llenas de flores otoñales del jardín. Nos sentamos en los peldaños.

—Disculpe que no la invite a pasar. Mi nieta está durmiendo y no quiero que se despierte a esta hora de la mañana. Es demasiado inquieta para la vieja Picador. —Se echó a reír, aunque yo dudaba que alguna vez pudiera sentirse realmente cómoda conmigo. Sin

embargo, yo no había inventado las reglas—. ¿Cómo está la señora Viktoria?

—Se ha ido con Frances a Jackson a buscar a Rory. Se están alojando en casa de su hermana.

—Debe de estar muerta de preocupación. Pero el señorito Rory hará lo correcto. No hará sufrir a su madre mucho tiempo más.

Picador debía de ser la única persona de la ciudad que aún confiaba en Rory.

—Hemos alquilado algunas habitaciones de la casa para ganar un poco de dinero y nos vendría muy bien que Polly y tú nos echarais una mano.

Picador arqueó las cejas. Lo mismo que el otro día con Polly, me preocupaba que le hubiera llegado el rumor a través del señor Binny o de sus hermanos.

—¿Extraños viviendo en casa de la señora Viktoria? —preguntó.

—Solo señoritas —repuse—. Son seis. —Tragué saliva. Necesitaba contarle la otra parte—. Tienen un pequeño negocio de baile, un club que están haciendo funcionar en el jardín de la señora Tartt. Así que, si veis una pista de baile cuando vengáis, ya sabréis lo que es.

Se le ensancharon las fosas nasales. Puede que Picador no llegara al metro y medio de altura, pero tenía mucha vista y llamaba a las cosas por su nombre. Quizá Charlie tuviera razón cuando había dicho que se daría cuenta de todo al instante.

—¿Que tienen qué?

—Un club... de baile, de esos donde se pagan diez centavos por bailar con una chica. —Tuve que aclararme la garganta, porque sentía que se me estaba estrechando.

—¿Y la señora Viktoria ha dado su permiso? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿En el jardín del señor Henry?

—Ha ayudado el hecho de que no esté en la ciudad. Así no tiene que verlo.

—Ya lo creo. —Recorrió con la mirada el muro de girasoles, reflexionando, y después se volvió hacia mí—. ¿Tienen al tonto del señor Binny tocando en ese club, con los inútiles de sus hermanos?

—Así es.

¿Cómo se habría enterado?

Le dio un golpe con el pie al peldaño de madera.

—Había oído que ese viejo tonto estaba tocando en algún lugar de la ciudad, pero no sabía que era en la casa de la señora Viktoria. —Carraspeó un poco—. ¿Para qué nos necesitan? ¿Para hacer lo de siempre?

—Las sábanas. —Fue lo único que atiné a decir—. Sería perfecto que pudieseis venir esta misma mañana, si fuera posible. Y os agradeceríamos que no mencionéis a nadie lo de las inquilinas, ni lo del club de baile. Sería bochornoso para la señora Tartt.

—Siempre hemos sido muy cuidadosas con los Tartt —replicó Picador—. En todos estos años, no hemos hablado nunca con nadie de sus asuntos.

Pasé por la oficina de correos de camino a casa y la señora Nutt me dio unos cuantos sobres, que en su totalidad eran notificaciones de los acreedores más insistentes. Esperé a ver si había algo más y, en efecto:

—Aquí tienes la correspondencia de fuera de la ciudad —dijo la señora Nutt, entregándome una carta de Jack.

Era la primera que recibía desde que se había marchado el lunes. Me di el lujo de coger un taxi a casa y la abrí durante el trayecto.

*Querida Birdie:*

*Te echo muchísimo de menos y solo ha pasado un día. Anoche llevé a Sam a cenar al Emporium. Juraría que ha crecido cinco centímetros desde que lo vi hace pocas semanas. A este paso, pronto será tan alto como yo. Me ha contado que ahora tiene novia y que es una chica «genial». Me costó mucho no contestarle: «Yo también, hijo». Sé que le llevará tiempo volver a confiar en mí, pero ha dicho que, si su madre está de acuerdo, podríamos vernos varias noches por semana. Ha sido idea suya y no te imaginas cuánto significa para mí.*

*Volviendo a ti, te ruego que me escribas y me cuentes todo lo que te ha pasado desde ayer, cuando me fui. Y, si no hay nada que contar, no importa. Quiero saberlo igual. Sueño con aquella vez en mi apartamento, cuando me desabrochaste la camisa.*

*Todo tuyo,*

*Jack*

Se me encendieron las mejillas y el cuello al leer la palabra «novia» y volví a sentir el tacto cálido de su mano sobre mi espalda. Releí toda la carta y había empezado a leerla una tercera vez cuando el conductor se giró y me preguntó sonriendo:

—¿Quiere que la lleve en brazos hasta la puerta, señorita?

Me eché a reír, bajé del taxi y le pagué sus veinticinco centavos a través de la ventanilla, añadiendo cinco centavos de propina. Agotada, subí por el sendero de ladrillos, preguntándome si el taxista sabría qué tipo de casa era la nuestra. ¿Habría traído a algún grupo de chicos la noche anterior? Si aún no lo sabía, estaba segura de que pronto se enteraría.

Dos horas. No hizo falta nada más. O, más exactamente, una hora y cincuenta y dos minutos, para que sucediera lo que yo había dicho

que no podía pasar bajo ninguna circunstancia. ¿Y cuál fue el comentario de Charlie?

—Te lo dije.

Lo expresó así, sencillamente, encogiéndose de hombros como quien lo sabe todo, y después siguió con lo suyo, que en ese momento consistía en remendar una maldita sábana.

No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que llegué a la casa, pero me fui de todos modos a la cocina y me puse a cortar rebanadas de tocino para preparar una olla gigante de judías. Hacia las nueve, la malla mosquitera se abrió y cerró de golpe y entraron Picador y Polly. Agucé el oído para distinguir si había movimiento en la planta de arriba. Nada. Todas seguían durmiendo.

—Gracias por venir tan rápido —les dije.

Las dos se habían puesto sus uniformes blancos, limpios y planchados. Polly llevaba el pelo recogido en un moño, en torno al terso rostro ovalado. Dejaron los bolsos en la despensa, como siempre, y Polly se paró en seco, mirando fijamente el comedor a través de la puerta de vaivén.

—¡Dios mío, se lo han llevado todo menos la pintura de las paredes! —exclamó.

Picador ya había visto la casa tras el saqueo de Rory, pero ninguna de las dos la había vuelto a ver después de que el señor Fauster se llevara todos los muebles y, con ellos, el corazón de la señora Tartt.

Polly meneó la cabeza y cerró la puerta tal como a la señora Tartt le gustaba.

—Parece que alguien se ha dedicado a limpiar esta cocina —dijo Picador, lanzando una mirada a la puerta cerrada de la pequeña habitación donde Charlie finalmente se había ido a dormir.

Polly le propinó un discreto codazo.

Recordé que la señora Tartt no quería que Picador y Polly pensaran que las habíamos sustituido.

—Ahí duerme Charlie. Ya la conoceréis. Nos ayuda en casa a cambio del alojamiento, pero no se encarga del servicio.

Picador no pareció en absoluto convencida, pero Polly se apresuró a decir:

—Sea como sea, estamos contentas de tener trabajo, señorita Birdie.

Me siguieron al lavadero y encontraron la tina llena de sábanas en remojo. Al lado se amontonaban más sábanas todavía, formando una montaña tan alta como Picador.

—¿A cuánta gente tienen en casa? —preguntó Picador—. ¿Dónde duermen? ¿En el tejado?

—Nos hemos atrasado un poco con la colada —respondí.

—Y que lo diga.

—No importa —intervino Polly—. Podemos quedarnos hasta la noche, si es necesario.

—En realidad... Necesitaríamos tener todas las sábanas limpias y planchadas antes de las cinco. Como el club abre a las seis, no quedaría bien tener sábanas tendidas en el jardín. Haced lo que podáis. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Polly respiró hondo, con cara de escepticismo.

—Haremos todo lo posible.

—Gracias. Y no hace falta que subáis a la planta de arriba. No queremos molestar a las inquilinas.

—Sí, señorita —dijo Polly.

Empezaron a frotar y fregar, haciendo desaparecer todas las cosas horribles que habían pasado sobre aquellas sábanas. A las diez, seguía sin oírse nada en la planta de arriba. Por si acaso, puse

café, panecillos y unas cuantas cosas más en una bandeja y la dejé arriba, en el rellano. Después preparé más café y le ofrecí una taza a Picador, que me miró con el ceño fruncido. Por un segundo, fue como si no hubiera pasado el tiempo.

Cuando bajé, después de comprobar por segunda vez que las chicas estaban en sus habitaciones, Charlie se había levantado. Ya se había presentado a Polly y Picador, y estaba rebuscando debajo del fregadero, porque estaba segura de que había más blanqueador para la ropa de cama. Todo parecía en orden. La casa estaba impregnada del familiar olor a jabón de lavar la ropa y se oía constantemente el rumor de la ruidosa escurridora, que Picador hacía funcionar dando vueltas a la manivela para secar cuanto antes las sábanas. El aparato exprimía el agua de la ropa recién lavada entre unos rodillos accionados por unos muelles tan potentes que debías tener cuidado para que no te succionaran los dedos y te los arrancaran. Después Polly llevaba las sábanas al tendedero. La puerta mosquitera se abrió y se cerró tantas veces que dejé de oírla, mientras luchaba por mantener los ojos abiertos. En la mesa, Charlie cosía las quemaduras de cigarrillo y remendaba los desgarrones.

—Las sábanas tardarán un tiempo en secarse, aunque las planchemos —dijo Polly—. ¿Seguro que no quieren que vengamos mañana también?

Odiaba tener que decirles que no, pero fue lo que hice.

—Lo siento, es solo por hoy. —No podía tener a las chicas confinadas en la planta de arriba dos días seguidos—. Haced lo que podáis y nosotras terminaremos el resto.

—Sí, señorita. Le agradecemos que nos haya llamado.

Tenía unas ganas enormes de irme a la cama, aunque solo fuera una hora, pero no me lo podía permitir. Me dolía la cabeza. Mientras contemplaba las profundidades de una olla donde había puesto unos

huevos a cocer, empecé a preguntarme: «¿Sería tan malo que se enteraran?». Pero no me atrevía a ponerlas en una situación tan comprometida. Se habían partido el lomo por los Tartt durante veinticinco años.

—¿Está segura de que no quiere que vengamos mañana por la mañana? —Esta vez era Picador la que preguntaba—. Veintinueve sábanas no se pueden lavar, secar y planchar en un día.

—Lo siento, es que... Haced lo que podáis.

Picador se me quedó mirando con los brazos cruzados. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Sí, señorita. —Y volvió a salir.

Aparté la olla del fuego, puse los huevos en agua fría y los pelé. Después me permití sentarme a la mesa de la cocina y apoyar un ratito la cabeza encima de los brazos.

Cuando abrí los ojos —¿cuánto tiempo habría pasado?, ¿cinco minutos?, ¿veinte?—, Virginia subía del sótano con su bata blanca. Ni siquiera la había visto llegar. Al cabo de un momento, Esmeralda atravesó la cocina. Di gracias a Dios por que fuera ella, porque parecía una señorita normal, más incluso que yo. Esmeralda miró a Polly y Picador, y ellas le devolvieron la mirada. Se saludaron con un gesto y Esmeralda bajó al sótano, detrás de Virginia.

Aun así, todo parecía en orden.

Incluso me felicité por haber ido a buscarlas, ya que de ese modo las había ayudado a ellas y ellas nos habían echado una mano a nosotras. Pero, solo para asegurarme, subí a la planta de arriba para pedirles otra vez a las demás que no bajaran. Y en eso estaba cuando oí con toda claridad que Picador le comentaba a Polly junto al fregadero:

—Han convertido el hogar de la señora Viktoria en una casa de putas y se creen que no nos damos cuenta.

¡Mierda! La temperatura del cuerpo me bajó unos quince grados. Picador parecía ofendida sobre todo por que no se lo hubiésemos dicho. Volví a bajar y, al llegar a la puerta, miré a Charlie, que estaba detrás de ellas y había levantado la vista de la labor de costura.

—Por lo que estoy viendo, mañana necesitarán más ayuda, porque estas sábanas volverán a ensuciarse —dijo Picador.

—Pues sí —convino Polly.

Nadie dijo nada durante unos segundos que se me hicieron muy largos.

—¿Qué os parece si... Birdie y yo lo hablamos un momento y os decimos después lo que hayamos decidido? —propuso Charlie.

—Bien —respondió Picador, y, dándose la vuelta, salió por la puerta trasera.

Polly salió prácticamente corriendo tras ella.

—¿Se lo has dicho tú, Charlie? —le pregunté—. ¿Has sido tú?

—Claro que no —replicó, y enseguida añadió lo que ya sabía que diría—: Te lo dije.

—Gracias, Charlie. —Yo estaba avergonzada. Me sentía como si hubiera sido mi madre la que se había enterado—. ¿Qué crees que harán?

—Si podemos pagarles, supongo que seguirán viniendo, o al menos eso espero.

Me tendió dos esquinas de la sábana que acababa de remendar. Las cogí, enfadada sobre todo conmigo misma.

—¿Cómo crees que nos han descubierto? ¿Por Virginia? ¿Por las sábanas? ¿Habrán encontrado un Merry Widow entre la ropa de cama?

Sin embargo, la habíamos revisado.

—Si te soy sincera, no lo sé —respondió Charlie, mientras desplegábamos entre las dos la sábana limpia y uníamos las

esquinas. Vi que echaba un vistazo hacia la puerta del sótano.

—¿Crees que ya lo sabían incluso antes de venir? —pregunté.

Volvió a encogerse de hombros.

—Puede ser. O puede que no se te dé tan bien mentir como crees.

—Nunca he dicho que lo creyera.

Entonces subí la escalera, porque ya nada me impedía echarme a dormir un rato.

A las dos y media de la madrugada, las ocho nos sentamos a la mesa para tomar por fin la cena que nos habíamos saltado esa noche, o la noche anterior, o cuando fuera. Virginia se había quedado para preparar las copas y cambiar las sábanas entre clientes, y ganar de ese modo un poco de dinero extra. Yo llevaba dos noches seguidas casi sin dormir, tenía la boca seca y estaba mareada por el cansancio y muerta de hambre. Todas se habían despojado de la ropa de trabajo, se habían bañado para quitarse la pátina de aliento de borrachos y manos ávidas sucias de bourbon, vómito y cosas peores, y se habían puesto lo que Flossy y Ruby llamaban sus «intimidades», las valiosas prendas que ningún hombre había tocado nunca. Esa noche, sentada detrás de mi mesita del teléfono, me habían llamado «cariño» y «morritos», habían comentado que «no me importaría hacérmelo con esta» y me habían tildado de «inútil», cuando uno de los universitarios entendió por fin que yo no era una prostituta y que tendría que esperar su turno. Después de que una bestia del tamaño de Goliat alimentado a base de gachas de maíz se me sentara en la falda y de que otro chico tuviera que venir a quitármelo de encima, pensé que quizá sería buena idea traer el rodillo de amasar de la cocina. Pero ¿qué iba a hacer con él? ¿Golpear al gigante en la cabeza? ¿Aplastarlo

como la masa de una empanada? Entonces recordé la pica eléctrica para ganado que mi abuela me había metido en la maleta. La fui a buscar y, cuando pasé al lado del tiparraco que se me había sentado encima, le aticé un calambrazo en un costado. Gritó como un bebé y yo le dije:

—Y ten cuidado, porque ha sido con la potencia más baja. —Si volvía a molestarme, pensaba arrearle con la potencia máxima.

Cuando todas tuvimos las servilletas colocadas en el cuello de nuestros camisones, bendije los alimentos, mientras las demás se reían a carcajadas por algo que alguna había dicho. Después guardamos silencio, concentradas en nuestros platos de macarrones cocidos en leche y horneados con queso, mantequilla y crujiente beicon picado. Flossy comentó que hasta ese momento no había probado nunca «comida italiana» y admitió que no estaba «del todo mal». Dixie preguntó dónde demonios estaba Italia y Ruby le contestó:

—En Nueva York, ignorante.

Después, agotadas y satisfechas, todas —incluso yo— encendimos un cigarrillo y nos pusimos a fumar a la mesa. La opinión generalizada era que habíamos tenido mucha suerte, gracias a la nota de advertencia publicada en el periódico justo antes del fin de semana de la gran bacanal de las fraternidades. Y todavía nos quedaba la noche del sábado. Había tanto dinero en la casa que empezaba a parecernos peligroso, de modo que Charlie y yo nos encerramos en el estudio de Rory para contarlo sentadas en el suelo. Tras hacer el reparto, calculamos que cada una de las socias había ganado más de cien dólares en las dos últimas noches. Yo había llegado a la casa con la misión de conseguir doscientos cincuenta dólares para pagar los impuestos y sobrevivir hasta la primavera. Si seguíamos así, me bastarían unos pocos días más para poder

largarme con todo lo que necesitaba. No estaba segura de cuál de las dos posibilidades me resultaba más tentadora: si marcharme y evitar así un montón de problemas, o quedarme y ganar más dinero. Pero no me sentía del todo cómoda con ninguna de las dos opciones.

Cuando las chicas subieron a acostarse, Charlie salió conmigo al porche trasero. El aire era límpido y fresco. ¿Cuándo había cambiado? Los farolillos dorados seguían encendidos y una solitaria corbata azul yacía aplastada en la pista de baile. Nos sentamos en los peldaños y compartimos un cigarrillo más, que sacamos de la lata de los que vendíamos sueltos. Se lo pasé y, como si no hablara con nadie, Charlie dijo:

—Estoy al frente de una casa de putas para volver a ser la madre de Meg.

—¿Y eso lo acabas de pensar ahora?

—Es solo que... no suena bien, ¿verdad? ¿Qué madre haría algo así?

Arqueó las cejas, como si a ella misma la hubiera sorprendido la pregunta. Tenía la vista fija en su árbol de Júpiter favorito. Debía de estar exhausta. Pero entonces susurró:

—¿Y si Meg quiere más a esa mujer que a mí?

—A ti no te puede reemplazar, Charlie. Eres su madre.

—¿Y si gano un montón de dinero pero esa familia no me la quiere dar?

—Es... una posibilidad —respondí. Le había prometido que sería sincera con ella.

—Quiero preparar un plan para recuperarla. Es hora de tener un plan de acción —dijo en tono suplicante.

—Concéntrate en ganar dinero, Charlie. Ese es el plan. De ese modo, si consigues recuperar a Meg..., podrás llevártela lejos de

aquí.

A California, el estado de las piscinas azules y el océano «Específico», como había dicho una vez Meg, y las dos habíamos estallado en carcajadas.

Charlie se rodeó a sí misma con los brazos y asintió. Parecía muy desdichada.

—A un lugar donde nunca más tenga que meterme en este maldito negocio.

## 38

—Aquí la Bodega del Coño —dijo Ruby, cogiendo el teléfono.

—¡Ruby! —la recriminé yo, entrando en el vestíbulo, pero ya había colgado.

—No me han oído. Ya estaban parloteando.

Mil veces les había recordado a las chicas que compartíamos la línea telefónica con otras dos familias y que un solo *riiiiiin* quería decir que estaban llamando a los Rice; un tono corto, uno largo y otro corto significaba que la llamada era para los Wicker, y un *rin-rin-riiiiiin* señalaba que nos estaban llamando a nosotras. Y, en este último caso, podía tratarse tanto de un cliente con ánimo de reservar una cita para fornicar como de alguien que quisiera hablar con Frances o con la señora Tartt, o incluso podía ser la señora Heidelberg, que finalmente había decidido devolverme la llamada. Por mucho que les dijera a las chicas que no cogieran el maldito teléfono a menos que fuera para nosotras, ellas se empeñaban en cogerlo. La vida con prostitutas y una línea telefónica compartida estaba llena de incógnitas.

Después de un fin de semana fantástico, habíamos podido apartar dinero para comida, jabón de lavar la ropa, las pruebas de Virginia, más Merry Widows para reponer los muchos que se habían ido gastando y, ¡aleluya!, una línea telefónica privada.

—¡Gracias a Dios! —ronroneó Esmeralda—. A los hombres mayores les gusta concertar citas, pero no lo hacen si piensan que va a enterarse todo el vecindario.

Charlie les había dicho a las chicas que a partir de ahora podían empezar a captar señores y no solo jóvenes universitarios, siempre que lo hicieran fuera de Oxford. Tenían que ir con el coche hasta sitios como Taylor, Abbeville o Water Valley y, ya que estaban, aprovechar para comprar todos los condones que pudieran. Virginia insistía en que los probáramos todos primero, para ver si tenían fugas.

—Un orificio diminuto se convierte en otro más grande y, antes de que os deis cuenta, habéis pillado la sífilis y la gonorrea y estáis embarazadas. —A pesimista y agorera, Virginia le habría ganado incluso a mi madre—. Aun así, tenéis que revisar bien a los clientes, Flossy, incluso a los más jovencitos.

—¿Qué quieres que les revisemos? ¿La boca, por si tienen caries? —dijo Flossy—. Apuesto a que el noventa y nueve por ciento de los chavales de ayer tenían todavía el precinto. Muchos ni siquiera se afeitan.

En el fregadero de la cocina, Flossy abrió una cajita metálica plateada de Merry Widows, con los nombres AGNES-MABEL-BECKIE grabados en la tapa, y colgó uno de los condones del grifo. Lo llenó de agua como un globo y repitió el proceso con todos los demás y el resto de las cajitas. Como había previsto Virginia, cada diez o doce exclamaba:

—¡Otro que pierde! —Y entonces lo tiraba a la basura.

Charlie bajó la escalera cargada con una cesta llena de sábanas. Cuando estaba a medio camino del lavadero, Flossy le dijo:

—Malas noticias, Charles. Estoy con la maldición. Tendréis que olvidaros de mí unos días.

—¡No! ¿Justo ahora, cuando esto empieza a animarse? —exclamó Charlie.

—Ya sabías que en algún momento iba a caer —replicó Flossy.

—¡La infusión! Tenéis que beberos vuestra infusión —recordó Charlie, dejando la cesta en el suelo.

Se dirigió al armario, abrió la puerta de un tirón y sacó las bolsitas marrones con las hojas de frambueso y el *cohosh* azul. Mientras las machacaba en el mortero, susurró una oración a la Virgen María. ¡Dios mío, las cosas que le decía a la pobre santa!

—Lo apuntaré en tu calendario de la menstruación —intervino Virginia—. De hecho, se te ha adelantado un poco.

Flossy hizo una mueca.

—¿Por qué tienes que hablar con palabras de médico? ¡Se llama «la regla», «la visita», «la maldición»...! Búscalo. Hasta en la Biblia se llama así. —Se rascó unos largos arañazos que tenía en el cuello.

—¿No podrías seguir ofreciendo tus especialidades? —preguntó Charlie—. Así no tendrías que tomarte ningún día libre.

Los arañazos del cuello se le volvieron a Flossy de un color rosa encendido.

—¡Alto ahí! Yo soy una prostituta como Dios manda, Charlie, no una puta callejera, y te agradecería que me trates como corresponde. Tengo derecho a dos días libres como mínimo, una vez al mes, por causa de la regla. Búscalo en el manual, si no me crees.

—De acuerdo, pero más vale que no perdamos a nadie más —replicó Charlie.

Esa tarde, sentada a la mesa de la cocina, Virginia cortó en largas tiras unas vendas de algodón que se había llevado del hospital. Las enrolló, las envolvió en una malla y las ató con un cordón. Era un truco que le habían enseñado las enfermeras.

—Una mujer sangra una media de tres mil quinientos días a lo largo de su vida. Llevamos miles de años fabricando estas compresas y, sin embargo, el propietario de la patente es un hombre.

El domingo fue un día libre muy necesario y, para la mañana del lunes, ya me sentía casi descansada. Hacía un día espléndido, con veintitrés grados de temperatura y el sol asomando entre las nubes. Cuando pregunté si alguien necesitaba algo de la ciudad, Esmeralda se ofreció para llevarme. Primero fuimos a las oficinas de Western Union.

—Me gustaría hacer un envío de dinero a Port Gibson —le dije al empleado, deslizando sesenta dólares a través de la ventanilla, más de la mitad de mis ganancias, con los billetes todavía arrugados y húmedos por los puños sudorosos de donde habían salido.

Fue tal el alivio de enviar por fin un poco de dinero a casa que no podía dejar de sonreír. También mandé un telegrama, indicándole a mi madre que pagara veinte dólares a la oficina de los impuestos, para conseguir un aplazamiento de la ejecución de la deuda, y otros diez a la tienda, para cerrarle la boca a la prima Ida. El resto era para que vivieran la abuela y ella. Mientras el empleado de Western Union escribía a máquina, una niña de la edad de Meg con vestido azul y delantal pasó saltando delante del escaparate, cogida de la mano de su madre. Verla me hizo recordar el motivo de lo que estábamos haciendo y el día se volvió más luminoso.

Después le envié veinte dólares a Frances, a Gulfport. Esa misma mañana, había recibido un telegrama de mi hermana en el que me decía: «Estoy en la pensión Sandpiper. Envía más dinero». Incluso sobrándole dos palabras, no había sido capaz de añadir «por favor». Me recordé a mí misma que aun así debía sentirme agradecida. Aunque deseaba sinceramente que encontrara al sinvergüenza de Rory para tratar de recuperar algunos de los objetos de valor de la señora Tartt, prefería que tardara un poco más en lograrlo.

Después de eso, Esmeralda y yo decidimos ir a comprar hamburguesas para todas, ya que no había dejado nada preparado para el almuerzo. Esmeralda dijo que el mejor lugar que conocía estaba cerca del campus y, cuando llegamos, detuvo el coche y yo entré corriendo en el local. Pedí ocho hamburguesas para llevar y dos Coca-Colas para beber mientras esperábamos. Le dije al hombre que enseguida le devolvería las botellas.

—Aquí tienes —le dije a Esmeralda, ocupando otra vez mi puesto en el coche.

Mientras bebíamos de nuestras botellas, pasó un universitario y me saludó educadamente a través de la ventanilla abierta, pero, cuando vio a Esmeralda, pareció quedar tan deslumbrado que tropezó en la acera. Así de guapa era.

—¿Puedo preguntarte una cosa, si no te importa?

Esmeralda asintió.

—¿Por qué no quiso contratarte Priscilla?

Se quedó pensando un momento. Tenía las pestañas oscuras y larguísimas. Sonrió, pero parecía como si tuviera algo amargo en la boca.

—Supongo que buscaría una chica más joven.

No quise preguntarle la edad. Debía de tener treinta y tantos años, quizá más cerca de los cuarenta. Pero, de ser así, estaba claro

que el paso del tiempo no la había afectado en absoluto. Recordé la mirada que le había lanzado a Charlie en los peldaños de la entrada cuando se había presentado en casa por segunda vez. «Adelante, decidid si valgo la pena». Quizá se refería a su edad. Ojalá no me hubiera quedado como un pasmarote sin hacer nada.

—¿Qué más da? —dijo enseguida—. De todos modos, me voy a París. —Y un poco más serena, añadió—: Mi amor ya está allí, esperándome.

Por la forma en que lo dijo, con profundo convencimiento, parecía como si reunirse con su pareja fuese su obligación.

—¿Sabe que te dedicas a esto? —le pregunté.

Me costaba creerlo.

—Sí. —Me pareció percibir dolor en su voz.

—¿Y... no le importa?

—No, a ella le da igual.

Tardé un segundo en asimilar lo que acababa de oír. Lo encontré muy chocante, pero enseguida me avergoncé de haberme escandalizado.

—¿Qué me dices de ti? —me preguntó ella—. ¿Tienes a alguien que te esté esperando? —Ladeó la cabeza y me miró con auténtico interés, sin ningún ánimo de burla—. ¿El que fue contigo a la iglesia?

—Sí, pero es al contrario. Me ha pedido que lo espere yo, mientras él consigue el divorcio.

—No lo esperes demasiado —me aconsejó ella, entrecerrando los ojos de gato—. No se lo permitas. Dile que te mereces mucho más, y, si tú no te atreves a decírselo, hay por lo menos cinco mujeres en la casa que estamos dispuestas a hacerlo por ti.

—Gracias, Es. —Sonreí, un poco avergonzada. No esperaba que me defendiera de ese modo.

—Ya sé que acabamos de conocernos, pero todas sabemos lo que estás haciendo por Charlie. —Echó la cabeza hacia atrás—. No hay mucha gente como tú en este negocio, Birdie. Todas lo decimos, incluso Ruby. Somos muy afortunadas de tenerte con nosotras.

La buena noticia fue que el martes por la mañana un hombre trepó a nuestro poste telefónico y nos cambió la línea, de compartida a privada. La mala fue que la compañía Bell se negó a eliminar del listín el nombre de los Tartt o a cambiar el número —el 43— a menos que hubiera nuevos propietarios en la casa. Por lo tanto, aún pendía sobre nosotras la amenaza de recibir una llamada de Pripp o de Mary Pepper, y de que fuera Ruby quien contestara. Pero al menos la señora Heidelberg podría localizarme si decidía llamarme.

Llevábamos once días con el club abierto y, aunque dudaba que fuera posible superar en animación aquel primer fin de semana, en los últimos días habían empezado a frecuentarnos unos cuantos señores. No eran tantos como los jóvenes universitarios, pero solían gastar mucho más, y a menudo reservaban una hora completa en lugar de los treinta minutos habituales. Según las chicas, algunos hombres mayores no podían estar seguros de resolver el asunto si no se quedaban como mínimo una hora, a diferencia de los más jóvenes, que según ellas eran «visto y no visto». Además, los señores dejaban propinas. Un agente comercial pasó con Ruby un récord de tres horas, por veintisiete dólares, aunque parte del tiempo lo dedicó a tratar de venderle una aspiradora eléctrica.

Yo no conseguía acostumbrarme a trasnochar. Estaba siempre cansada y cada vez me costaba más levantarme por las mañanas. Empecé a ordeñar la vaca a la una o las dos de la madrugada, después del cierre del club, para no tener que salir de la cama a rastras al amanecer. Al animal parecía gustarle la música y la leche le

fluía con facilidad por la noche. Le gustaba sobre todo cuando el señor Binny y sus hermanos tocaban *The Saint Louis Blues*. Se ponía a mugir al compás de la música, haciendo reír a los clientes.

Pasada ya la semana de desenfreno de la fraternidad, empezaron a aparecer algunos Últimos Recursos, con las caras llenas de granos, gafas gruesas y pantalones demasiado cortos. También eran inconfundibles por la solemnidad con que me entregaban sus monedas de diez centavos. La primera noche que llegaron, vi que Virginia agachaba la cabeza en la cocina para que no la vieran a través de la ventana y pensaran lo peor. A uno de ellos, gordo y con un faldón de la camisa por fuera del pantalón, casi se le saltan los ojos de las órbitas cuando vio a Esmeralda. Mientras ese y otros de sus amigos bailaban pieza tras pieza sin atreverse a ser los primeros en entrar en la casa, yo recordaba la carta eufórica que había recibido esa mañana de mi madre y no podía parar de sonreír. Era una carta con cientos de preguntas: «¿Cómo has conseguido el dinero? ¿Te lo ha dado el marido de Frances?». «¡Ja!», pensé. Ese sinvergüenza no había tenido nada que ver con nuestras ganancias. Aunque en el fondo quizá sí, por haber abandonado a su madre y a su mujer a su suerte. «Pronto recibirás mucho más dinero, mamá, para que puedas dejar de preocuparte tanto», le dije mentalmente. Pensando en esas cosas, oí que pasaba por el cielo una ruidosa bandada de gansos salvajes, señal de que el verano acabaría pronto y de que solo faltaban dos semanas y media para cerrar el club, al menos si de mí dependía. Charlie y yo aún lo estábamos «negociando». Mientras contemplaba a las aves que sobrevolaban el jardín graznando, recordé que una vez mi padre me había dicho que los gansos vuelan en formación en V para reducir la resistencia del aire y ahorrar energía. Me contó que los gansos más rezagados graznan para animar al líder y expresarle su confianza, mientras que

el líder vuela en silencio, concentrado en abrirles paso a los demás. Después de casi diez piezas bailadas, vi que Esmeralda se llevaba por fin al chico gordo a la oscuridad. Las otras tres parejas no tardaron en imitarlos. Como en las bandadas de gansos, la estrella de nuestro club había conseguido reducir la resistencia y facilitado la tarea al resto de sus compañeras.

Tras un intervalo desusadamente breve, el chico de Esmeralda volvió al jardín. Se apartó el pelo grasiento de la cara con expresión satisfecha. Consulté el reloj de bolsillo de mi padre: ocho minutos. Supuse que no haría falta más tiempo para convertirse en un hombre.

Con más de una semana de lucrativas noches a nuestras espaldas y algo más de trescientos dólares en el sobre de cada una de las socias, aún no podía afirmar que Charlie pareciera más tranquila —juraría que todavía la oía soltar un grito agudo algunas veces, cuando entraba en una habitación—, pero al menos no metía la cabeza en el horno. Si transcurría más de media hora sin que se presentara un cliente, venía hasta mi mesa para otear la carretera, clavándose las uñas en las cicatrices de alrededor de las muñecas. Sabía que contaba los minutos que le faltaban para recuperar a su hija. Aunque yo había llegado a encariñarme con Charlie, todavía seguía indecisa respecto a lo que sería mejor para Meg. A veces le rezaba a Dios para que me iluminara y me lo hiciera saber, por si en algún momento la decisión dependía de mí. Sorprendentemente, mi implicación al frente de un burdel ilegal y de moral dudosa no me excluía de los ritos de la oración. Al contrario, rezaba más que antes y entendía por qué lo hacía Charlie. Rezar se había vuelto más importante que nunca.

En medio de todo eso, echaba tanto de menos a Jack que en ocasiones caía en un pánico febril y silencioso. Nos escribíamos casi a diario y las piernas se me habían fortalecido de tanto ir y venir andando a la oficina de correos. No pensaba contarle que nos habían vuelto a conectar el teléfono, por la amenaza de que fuera Ruby quien cogiera la llamada.

«Te echo muchísimo de menos», me había escrito.

Y firmaba sus cartas: «Todo tuyo, Jack».

¿Cómo era posible que leer una carta suya, escrita de su puño y letra, me hiciera sentir como si estuviera oyendo palpitar su corazón? ¿O que me pareciera descubrir el sonido de su voz en la inclinación de sus consonantes y en las curvas de sus vocales? Tenía una letra horrible. Me contaba que su mujer no se lo estaba poniendo fácil, pero que había podido ver a su hijo tres veces desde su regreso a Jackson. «Espero que pronto puedas conocerlo».

«Yo también lo espero», respondí. Era algo que apenas un mes antes no habría admitido. Antes creía que una gran esperanza no era más que el preámbulo de una caída estrepitosa.

Con la ayuda de Picador y Polly, la carga de trabajo era más soportable. Por su forma de ser, Polly pasaba por alto cualquier cosa desagradable o subida de tono, como la bata abierta de Flossy o la manía de Ruby de enseñar su postizo de vello púbico en la mesa del desayuno. No podía culparla por eso.

Picador, en cambio, se fijaba en todo y lo comentaba, en particular si tenía que ver con la colada, lo cual me parecía perfectamente justo. Como la cocina era el cuartel general tanto para lavar las sábanas como para cocinar, yo oía todos sus comentarios.

—¿Esos chicos indecentes ni siquiera se quitan las botas en el dormitorio? —preguntó una mañana Picador, levantando otra sábana cochambrosa—. Señorita Charlie, alguien tendrá que poner normas en esta casa.

Charlie, que tenía la interminable tarea de remendar los desgarrones de las sábanas, asintió y estableció allí mismo una nueva regla.

—Hay otra goma atascada en la tubería —dijo Picador cuando el desagüe de la tina quedó obstruido por enésima vez—. Señorita Flossy, más vale que ponga bolsas de papel en todas las habitaciones para que tiren la basura, porque, si seguimos así, vamos a acabar con las tuberías de la señora Viktoria.

Después de eso, ya no volvieron a atascarse los desagües.

Me aseguré de que las chicas comprendieran que Picador y Polly llevaban toda la vida trabajando en la casa. Flossy solía darles buenas propinas tras una noche animada. Ruby, que era como era, les daba algo de dinero y enseguida les decía: «No esperéis de mí ni un centavo más». Pero a la noche siguiente volvía a darles y a decirles lo mismo.

Trixie y Dixie no daban propinas, pero la generosidad de Esmeralda era más que suficiente para cubrir también la parte de las gemelas. Por alguna razón, nunca les daba el dinero directamente. Me lo daba siempre a mí, para que yo se lo diera a ellas, aunque estuvieran en la habitación contigua. Ese detalle me llevó a preguntarme si de verdad sería tan librepensadora como yo creía, en particular en sus relaciones con la gente de color.

A veces veía juntas en el jardín a Charlie y Picador, charlando animadamente. Las dos sabían cosas que yo ignoraba acerca de los hombres, los niños y la vida. Cada vez se me hacía más cuesta

arriba la perspectiva de regresar a Footely, sobre todo sin un empleo.

Una de esas tardes, mientras yo les quitaba los hilos a unas judías verdes sentada en los peldaños del porche trasero, las dos estaban fumando apoyadas en la barandilla, a pocos metros de mí.

—¿De qué son las cicatrices? —le preguntó Picador a Charlie, señalándole las muñecas.

Yo siempre había querido saberlo, pero sentía que no tenía derecho a preguntárselo.

—De la Justicia —replicó Charlie.

—Que el Señor se apiade de nosotras.

Como si se le acabara de ocurrir, Charlie añadió:

—Supongo que las cuerdas debían de ser más baratas que la anestesia.

Me llevó un momento comprenderlo, pero entonces me estremecí hasta lo más profundo de los huesos. La nueva presidenta de la Liga contra el Vicio de Mississippi, Garnett Pittman, le había hecho eso a Charlie. No quería imaginar lo que sería capaz de hacerle si la atrapaba ahora.

Una mañana, al cabo de unos días, Polly estaba fuera, pasando las sábanas por la escurridora, y yo estaba en la cocina, esperando a que hirviera el café y pensando en preparar otra cazuela de pollo para cenar, pero, esta vez, ¿por qué no?, con pollo.

—Disculpe, señorita Birdie —me dijo Picador, acercándose a la mesa.

—Buenos días. ¿Necesitas algo? —Aún era temprano y yo estaba medio dormida.

—Nos estábamos preguntando si tendrán ya alguna noticia del señorito Rory.

—Ninguna, que yo sepa. —Les había contado lo de la hipoteca y las facturas, y les había explicado que Frances se había ido a Gulfport, dejando en Jackson a la señora Tartt.

Arrugó la frente.

—Ayer recibimos una carta suya, con veinticinco dólares, el dinero que nos debía. Dice que lo siente muchísimo. Yo ya sabía que al final nos lo pagaría —observó—. Pero se lo queremos devolver, porque la señora Viktoria ya nos lo había pagado. El problema es que no ha puesto ninguna dirección.

—¿Dice dónde está? ¿Habéis mirado el matasellos?

Asintió.

—Sí, señorita. Es de Biloxi.

Su tono era grave. Me tapé la boca con la mano y reflexioné un momento. ¿No estaba Biloxi a unos treinta kilómetros de Gulfport? Frances había estado muy cerca de acertar.

—¿Va a contarle a la señorita Frances dónde está Rory? —preguntó con cautela.

—Supongo... que sí. —Ni siquiera se me había ocurrido la idea de ocultárselo.

Volvió a asentir.

—¿Cree que la señorita Frances regresará directamente a casa en cuanto lo encuentre? ¿Y que se traerá con ella a la señora Viktoria?

Aquella mañana, los engranajes de Picador funcionaban más aprisa que los míos.

—Sí..., probablemente es lo que pasará —contesté.

—Yo sé que usted quiere lo mejor para su hermana y la señora Viktoria..., y que le gustaría ayudarlas a encontrar al señorito Rory. —Hablaba despacio, quizá para asegurarse de que la entendiera bien —. Pero pagar todas las deudas antes de que vuelvan a casa también sería un detalle muy bonito.

Nos estábamos adentrando en terreno pantanoso. En una auténtica ciénaga. Pero Picador tenía razón. Cruzamos una mirada. Asintió levemente y yo le hice el mismo gesto.

—Entonces... creo que esperaré un poco, antes de decírselo a mi hermana —repuse—. Puede que les envíe un poco más de dinero, para asegurarme de que estén cómodas.

—Muy buena idea. ¿Qué quiere que haga con el dinero que me ha enviado el señorito Rory?

—Os lo podéis quedar Polly y tú —contesté—. Estoy segura de que es lo que querría la señora Tartt.

*Querida Birdie:*

*Ojalá estuvieras aquí conmigo. Hay algo que no te he contado pero necesito decirte. Desde hace algún tiempo, mi mujer está intentando salvar nuestro matrimonio y por eso se ha negado a seguir adelante con los trámites del divorcio. Me doy cuenta de que tendría que habértelo dicho antes. Anoche vino a cenar conmigo y con mi hijo, y después me pidió que volviera a casa.*

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Un coche se había parado a mi lado, en North Lamar Boulevard.

—¿Necesita que la acerque a algún sitio, señorita? Voy en esa dirección.

—No..., gracias —contesté.

Se me había paralizado el corazón. Volví a la lectura de la carta.

*Dice que Sam necesita una familia. Ahora tiene dieciséis años, el año que viene irá a la universidad y esta es mi última oportunidad de estar con él. Tiene razón. Pronto mi hijo tendrá su propia vida y siento que los momentos que comparto con él son muy valiosos.*

*He pasado mucho tiempo fuera de casa durante los últimos cinco años, por culpa del trabajo. Birdie, yo no quiero que ella sufra, pero le he dicho que no tengo intención de salvar nuestro matrimonio. Le he dicho que me he enamorado de otra persona.*

Respiré hondo.

*Me duele pensar que voy a perder mi última oportunidad de vivir en familia con Sam. Pero espero volver a tener esa oportunidad en el futuro. Quiero tener más hijos, Birdie, y espero que tú también lo desees. Últimamente he estado pensando mucho que tú y yo podríamos formar una familia algún día.*

De pie junto a la carretera, oí cerrarse en mi interior una pesada puerta oxidada. «No me pidas lo que no puedo darte, Jack». Como si me hubiera oído, al final de la carta añadía:

*P. D.: Te he dado un susto de muerte, ¿verdad?*

A los dieciséis años, cuando padecí aquellas fiebres terribles, me despertaba en la cama empapada de sudor y presa del pánico. Sentía como si algo muy importante se me hubiera perdido: una extremidad, un año de mi vida..., ¿o quizá una persona? Antes de averiguarlo, volvía a caer en el oscuro pozo del sueño.

La noche después de recibir la carta de Jack, me desperté sin aliento, tratando de inhalar cada bocanada de aire como si fuera la última. «¿Por qué no se lo dices? —me preguntaba a mí misma—. Dile simplemente que no puedes tener hijos. Que es a causa de unas fiebres que tuviste cuando eras muy joven. Deja que decida si, aun con eso, le mereces la pena». Pero ¿y si no? Por mucho que lo intenté, las palabras se resistían a aparecer en el papel.

A primera hora de la mañana del martes, después de pasar una mala noche, bajé y encontré a Virginia trabajando en la mesa de la cocina. Había vuelto a dormir en el sofá del saloncito, tras una noche que se había alargado hasta la madrugada.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —le pregunté—. ¿Y por qué pareces tan descansada?

—Tengo que rellenar las solicitudes para las universidades. Hay que entregarlas esta semana.

Encendí la cocina y preparé el café. Cuando estuvo listo, le serví una taza y ella bebió un buen sorbo.

—Es muchísimo mejor que el café frío de ayer.

—¿Tengo que enseñarte a preparar café, doctora Cunningham?

—No, porque entonces los médicos empezarían a pedírmelo. Ser una inútil en la cocina me ayuda a proteger mi formación.

Metí los panecillos en el horno y empecé a tamizar harina para una tarta, mientras escuchaba las historias de Virginia.

—El año pasado, en el hospital de Oxford, ayudé a traer al mundo a un bebé enorme. Pesaba seis kilos y el idiota del doctor Cole dejó que se acabara el éter de la bombona. Cuando el bebé ya estaba coronando y la pobre madre se estaba desgarrando, el imbécil tuvo el descaro de mandarla callar, porque dijo que con sus gritos «molestaba» a los otros pacientes del hospital. —Soltó un gemido de indignación—. Sencillamente, no les importan las mujeres, Birdie. Te juro que, cuando abra mi propia consulta, las cosas serán muy diferentes.

—Me alegro. Te necesitamos —contesté, recordando al frío doctor de las manos gélidas que con tanta indiferencia había sentenciado mi destino. Mezclé los ingredientes de la tarta y me puse a buscar en la despensa algo que le diera color de rosa. Me

decidí por una remolacha—. ¿A qué universidades vas a enviar las solicitudes?

—A cualquiera del norte, donde crean en la curación basada en la ciencia y no en la Biblia. No es fácil encontrar una que acepte mujeres, y menos aún si han estudiado el primer ciclo en una universidad no acreditada de Mississippi. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa, emocionada por lo que estaba a punto de contarme. Así era ella—. ¿Sabías que la primera mujer médico de Estados Unidos ingresó en la facultad de medicina como consecuencia de una broma? Elizabeth Blackwell, 1847. Al decano le pareció muy gracioso pedir a todo el alumnado, exclusivamente masculino, que decidiera en una votación si la universidad debía admitir a una mujer. Dando por sentado que no podía ir en serio, los estudiantes votaron que sí por unanimidad, aullando y silbando ante la perspectiva de tener una chica entre ellos. Incluso le enviaron entre todos una carta diciéndole que había sido admitida. ¡Y no imaginas la sorpresa que se llevaron cuando Elizabeth Blackwell realmente empezó a asistir a clase y los superó a todos! Se graduó entre los primeros de su promoción y con el tiempo fundó una facultad de medicina solo para mujeres.

Cuando Virginia contaba algo que le resultaba inspirador, gesticulaba con las manos extendidas y se le encendían las mejillas, acribilladas de marcas de acné. Era capaz de seguirte fuera de la habitación para continuar hablando, pero nunca lo hacía con engreimiento ni condescendencia, aunque sus peroratas fueran como sermones. Simplemente, sentía pasión por la medicina.

Finalizada la historia, dejó el lápiz en la mesa, se cruzó de brazos y dijo:

—Muy bien, Birdie. Siéntate y cuéntame qué pasa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—¿Cuál es el problema? Sé que te preocupa algo.

Me lavé las manos, para ganar tiempo. No quería hablar al respecto.

—No es nada —repuse, forzando una sonrisa.

—No hace falta que me lo cuentes —dijo ella—. Bueno, a menos que sea gonorrea, porque, si es así, tendrás que decírmelo, ya que nunca he visto un caso real. Pero, sea lo que sea, puede que te sientas mejor si lo compartes con alguien.

Sentí que la soledad me dolía en la garganta. Nunca había hablado con nadie de mi problema, pero me sequé las manos y me senté a su lado. Le ofrecí una versión resumida. Le dije que había padecido un caso grave de paperas complicado con encefalitis cuando era adolescente y que, como consecuencia, no podía tener hijos. Después le expliqué que Jack quería formar una familia. No podía decirle nada más. No había nada que pudiera cambiar esos dos hechos, que estaban a kilómetros de distancia uno de otro.

Virginia me miró pensativa y, en lugar de apresurarse a responder con condolencias vacías, me hizo algunas preguntas. ¿Seguía sangrando cada mes? Sí. ¿Padecía dolores muy intensos en las semanas anteriores? No. Dijo que en la universidad no le habían enseñado casi nada sobe el cuerpo femenino y que la mayor parte de lo que sabía lo había aprendido trabajando en el hospital.

Supuse que eso sería todo, pero entonces se recostó en el respaldo de la silla y dijo:

—A ver si lo adivino. Los demás han decidido por ti lo que puedes esperar de la vida, que por lo visto no es mucho, ya que supuestamente los hijos son lo más importante para una mujer. ¿Es así?

—Más o menos, sí.

—Bueno, déjame que te diga una cosa. Todo lo que te han dicho son paparruchas. —Se cruzó de brazos—. Nadie puede decidir por ti lo que tienes derecho a vivir. Debes vivir la vida que tú elijas. La doctora Elizabeth Blackwell no dio a luz ni se casó nunca, pero adoptó a una niña cuando ya tenía una brillante carrera profesional. Tomó esa decisión por sí misma. Tú también deberías tener esa opción. Y yo. Quiero estudiar medicina sin la distracción de un montón de bebés llorones y de un marido que se cree que tengo la obligación de lavarle la ropa y prepararle su estúpido café por la mañana.

Sus palabras me hicieron reflexionar. «Vivir la vida que tú elijas. Deberías tener esa opción». Sonaba un poco moralista, y era una idea tan novedosa que me hacía preguntarme si sería posible. Pero no resolvía mi problema con Jack.

—En cualquier caso, ¿no quieres que te enseñe a preparar el café? Para más adelante.

—De acuerdo, pero no se lo digas a nadie.

Oí a Picador y Polly en el porche trasero a punto de entrar. Virginia se inclinó hacia mí y una mata de pelo oscuro y rizado le cayó sobre la cara.

—No te quedes esperando a ver si un hombre te rechaza o no por lo que no puedes darle. Te lo pido por favor. Tú eres mucho más que ese... único aspecto de tu biología —dijo señalando mi cuerpo —. Eres Birdie.

—¡Ya es la hora, Charlie! —la llamé, y entré en el comedor llevando la bandeja con la tarta. Era rosa, de tres pisos, con una vela solitaria en el centro.

Charlie me siguió hasta donde había doce codos apoyados en la mesa, con sus respectivas propietarias escuchando una de las

historias de Virginia.

—Os juro que es cierto. Se llama «menstruación vicaria» —dijo Virginia, con los ojos oscuros brillantes de entusiasmo.

—¡Y una mierda! —exclamó Ruby, aunque en el fondo parecía fascinada—. Me da a mí que la doctora Virginia se está quedando con nosotras.

—Te digo que hay casos documentados. En lugar de que sangre la mucosa uterina, el sangrado se produce desde cualquier otro órgano o membrana. —Bajó la vista hacia el libro de texto que tenía abierto sobre el regazo y leyó—: «Entre dichos órganos figuran los labios, los ojos (que en ese caso lloran lágrimas de sangre), las mamas y el recto, pero el más común es la nariz».

—Entonces ¿cuando coges un catarro estornudas por el chichi? —preguntó Flossy.

—Muy bien, ya basta por hoy. ¡Feliz cumpleaños, Flossy! —intervine yo, colocándole la tarta delante. Quería que disfrutara de su cumpleaños con gente que no la llamara «zorra asquerosa» ni la echara del porche de su casa como había hecho su hermana. Encendí la vela rosa y le dije—: Pide un deseo.

Ella se ajustó la dentadura con el pulgar y apagó la vela con un rápido soplido.

—Sabes usar la boca como una auténtica profesional —comentó Ruby—. Feliz cumpleaños, caracoño.

—Gracias, Rube. Y gracias también a ti, Birdie. Esto significa mucho para mí.

Cuando repartí los trozos entre las chicas, noté que los platos pesaban bastante, probablemente porque había usado una libra entera de mantequilla para el bizcocho y un poco más para el glaseado rosa.

Dixie quitó la vela de lo que quedaba de la tarta y lamió el glaseado.

—¿Cuántos años cumples hoy, Flossy? —preguntó.

—Demasiados.

—¿Cuántos tenías cuando empezaste en el oficio? —quiso saber Trixie.

—No muchos —respondió Flossy.

—Bueno, pues ya se te han acumulado unos cuantos —intervino Ruby, mientras encendía un cigarrillo.

Para ser lunes, la noche anterior había sido asombrosamente buena. Hasta ese momento, cada una de las socias habíamos ganado cuatrocientos veintitrés dólares. Después de contarlos y guardarlos en el estudio de Rory, Charlie había dicho: «Una semana y media más, y cerramos». Yo había soltado un gemido. Sabía que Charlie quería llegar a los setecientos dólares, pero, cada noche que abríamos, sentía que estábamos tentando un poco más a la suerte. Los últimos días me había repetido mil veces que les estaba haciendo un favor a Frances y a la señora Tartt al ocultarles el paradero de Rory en Biloxi, porque cuanto más dinero ganáramos, más nos beneficiaríamos todas. Pero me afligía la idea de que mi pobre hermana tuviera que recorrer sola las calles de Gulfport, hablando con desconocidos para preguntarles si habían visto a su marido.

—¿Y vosotras? —se interesó Trixie, enrollando con un dedo un mechón de su pelo rubio—. ¿Cuándo empezasteis en este negocio? —Miró a Esmeralda, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Yo? A los veinticinco años, más o menos, cuando mi padre, el predicador, me echó de casa.

Había toda una historia en esa respuesta, pero Dixie insistió:

—¿Y cuántos tienes ahora?

Las demás contuvimos el aliento. Hasta ese momento nadie se había atrevido a preguntárselo, aunque todas sentíamos curiosidad.

Esmeralda sonrió y se frotó el cuello, el único rasgo de su cuerpo que revelaba el paso de los años, por los surcos que se le marcaban en la parte delantera.

—Solo voy a decir que mi primer trabajo fue en Storyville, diez años antes de que lo clausuraran.

Storyville era el distrito de Nueva Orleans famoso por sus burdeles, pero yo no sabía cuándo lo habían clausurado.

—En aquella época, usábamos tripas de cabra en lugar de condones. ¿Alguna de vosotras tiene edad para recordarlo? Los hombres solían llevarlas en un estuche de plata.

—¡Dios, cómo odiaba esos forros! —exclamó Flossy—. ¡Menuda peste soltaban!

—Una manera estupenda de pillar cualquier enfermedad —terció Virginia.

Entrecerrando sus pequeños ojos verdes, Ruby miró a Esmeralda.

—Storyville cerró hace... ¿cuánto? Quince o dieciséis años. Eso quiere decir que tienes... ¿cincuenta años? ¡Dios mío, Esmeralda, eres casi tan vieja como la abuela!

—¡Ruby! —la reprendió Charlie.

Ruby se calló, pero se quedó mirando a Flossy con los ojos muy abiertos. Sin embargo, Esmeralda estalló en carcajadas.

—¿Qué queréis que os diga? —dijo por fin, enjugándose los ojos —. Soy tremendamente vieja. Tengo la edad de mi abuela cuando murió. —Incluso cuando se reía de sí misma resultaba encantadora —. ¿Cuántos años teníais vosotras cuando empezasteis? —les preguntó a las gemelas—. Porque parecéis muy jóvenes para estar aquí.

—Catorce —dijo Dixie, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja y dejando al descubierto un rostro fino y alargado.

—¿Dónde estaban vuestros padres? —quiso saber Flossy.

Trixie se encogió de hombros.

—Los perdimos hace nueve o diez años.

No pareció que el recuerdo la entristeciera.

—¿Cómo fue? —se interesó Virginia. Siempre quería saber cómo moría la gente.

—Como sea que se pierden los padres —replicó Trixie, encogiéndose de hombros—. Estaban en la esquina de Ricket y Fort P., y al minuto siguiente, ya no estaban.

Se hizo un silencio apesadumbrado. ¿Las habían abandonado como trastos viejos? A mi lado, prácticamente podía sentir a Charlie pensando en Meg.

—¿Cómo os metisteis en el negocio? —preguntó Flossy.

—Un tipo del circo nos encontró y nos puso a trabajar boca arriba. Hace unos meses, nos descubrió cuando intentábamos largarnos y se puso como una fiera, así que se fue a buscar una cuchara para la fruta, de esas que tienen el borde muy afilado, ¿sabéis cuáles? Inmovilizó a Dixie y trató de sacarle un ojo.

Me fijé otra vez en la tenue cicatriz curva que la gemela tenía junto al ojo izquierdo.

—Se portó como una bestia —comentó Dixie, y no dijo nada más.

—¿Cómo hicisteis para huir? —preguntó Flossy.

—Le rajé la garganta al tipo —explicó Trixie—. Pero, como seguía retorciéndose, Dixie le arreó con el atizador de la chimenea y lo siguió golpeando hasta que se le salieron los sesos. ¿Vas a comerte lo que queda de esa tarta?

—Toda tuya, muñeca —contestó Flossy, pasándole el trozo que había comido a medias.

De repente, la semana y media que teníamos por delante se me antojó todavía más larga.

—¿Y tú, Ruby? —preguntó Virginia—. ¿Cuándo empezaste? —Tenía un lápiz en la mano, como si pensara apuntar la respuesta en su ficha.

Ruby exhaló una larga bocanada de humo.

—Empecé hace dos Navidades, cuando murió mi marido.

Entonces ¿Ruby era la más novata de todas? Flossy la miró, tan sorprendida como yo, y le espetó:

—¿Alguien se atrevió a casarse contigo?

—Sí, imbécil. Cuando murió, me fui a vivir con la abuela.

—Nunca me lo habías dicho —comentó Flossy—. ¿Qué le pasó a tu marido?

—Ya te lo he dicho, chocho viejo. Se murió.

—¿Lo mataste tú? —la interrogó Flossy.

—¡Joder! ¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

Como siempre, Virginia solo quería saber una cosa:

—¿De qué murió?

—De gripe o algo parecido —respondió Ruby, en tono compungido—. Así que cavé un pozo detrás de la casa, lo enterré y me fui a trabajar para la abuela. Ella regentaba aquella casa desde antes de que yo naciera. Allí fue donde conocí a esta de aquí —añadió, señalando a Flossy con el mentón.

—Había dejado un tiempo a Priscilla, para probar algo nuevo —explicó Flossy—. Me dejé algunas cosas en la casa de tu abuela por tu culpa.

—Si le sonríes a uno de mis clientes, te quedas sin dientes. Te lo dije —le recordó Ruby.

—¿Lo de los dientes te lo hizo Ruby? —se sorprendió Trixie.

Flossy asintió, con una mueca de dolor.

—Antes tenía muy mal genio —reconoció Ruby.

—Bueno..., mal genio, malos vicios... —intervino Flossy—. Un poco de todo. Pero te sacamos de ahí, ¿verdad, Rube?

Flossy miró a su amiga casi con cariño, señalándole el brazo.

—Así es, Floss. Tú me ayudaste —admitió Ruby, retirando de la mesa el brazo derecho, quizá para que no viéramos las viejas cicatrices oscuras que le habían dejado las agujas.

Nunca me había parecido tan humana.

—¿Y tú, Charlie? —preguntó Virginia, con el lápiz entre los dedos —. ¿Has trabajado alguna vez del otro lado del negocio?

—¿Charlie? ¡No lo ha hecho ni una sola vez en su vida! —exclamó Ruby, aplastando el cigarrillo en el plato de la tarta, aunque tenía el cenicero justo al lado—. Ella solo sirve para inventarse las reglas y llevarse la mitad de nuestra pasta.

Charlie consideró un momento la pregunta. Cogió una servilleta de la mesa y la dobló primero por la mitad y después en cuartos.

—Debía de tener unos diecisiete años —dijo por fin—. Y un bebé que mantener.

Flossy suspiró.

—La historia de todas nosotras.

—¿Tienes hijos? —le pregunté a Flossy.

«Tienes», «tenías»... No sabía si planteárselo en presente o en pasado.

Flossy asintió sonriendo.

—Uno. Se llama Daniel. Tiene trece años. —Después miró a Esmeralda, al otro lado de la mesa—. ¿Y tú? ¿Cómo has dicho que se llama tu hija?

—Cassandra Joy —respondió ella.

—Un nombre precioso —dijo Flossy.

Las miré a las dos.

—¿Los veis alguna vez? —les pregunté.

Intercambiaron una mirada, como si no les apeteciera contárselo a alguien que no fuera del oficio. Quizá temían que las juzgara.

—Danny vive en Dakota con mi hermana, que no me deja verlo desde que era pequeño. —Apoyó los codos sobre la mesa y se tapó la boca con el puño.

—No sabes cuánto lo siento, Flossy. —Habría deseado estar sentada a su lado.

Se quitó la mano de la boca, pero siguió apretando los labios. Finalmente, dijo:

—Me ha costado mucho asimilar que tengo que alejarme de él. A veces es lo mejor. —Hizo un gesto de asentimiento, pero frunció el ceño, como concentrándose—. Aceptar que estará mejor con otra persona y dejar que tenga una vida normal.

El dolor era palpable en su voz. La luz de la habitación se fue atenuando hasta un gris neblinoso. Flossy tragó saliva y su conclusión se mantuvo en el aire como una pesada carga plomiza.

Esmeralda se levantó de repente y dijo con voz tomada:

—Parece que va a llover.

Salió de la habitación y Flossy la siguió. Charlie apretaba los dientes, porque no compartía la opinión de Flossy respecto a los hijos. Por esa razón estábamos allí. La semana y media siguiente sería toda para Meg.

En algún momento antes del alba, me despertó el ruido de un motor. Siempre había tenido el sueño pesado, hasta que abrí un burdel. Aunque la galería donde dormía estaba orientada hacia el jardín trasero, a veces veía las luces de la carretera, si los coches venían

en el ángulo correcto. Los faros se deslizaron por las mallas mosquiteras y se detuvieron a pocos pasos de mi cama. Eran dos ojos eléctricos amarillos que me miraban fijamente. Tardé unos quince segundos en levantarme y bajar de puntillas la escalera hasta la biblioteca, avanzando a tientas en la densa oscuridad. Desde allí, espié el exterior a través de una rendija entre las cortinas. El coche había girado en redondo en dirección a la casa. Sus faros iluminaron un momento la fachada antes de que la persona al volante los apagara. La oscuridad era casi absoluta, pero, cuando se me acostumbró la vista, distinguí una figura en el asiento del conductor.

—¿Hay alguien ahí?

El corazón me dio un brinco. Era Esmeralda.

—Soy yo. Hay un coche delante de la casa. Puede que sea un cliente que ha venido a ver si estaba abierto el club.

Esmeralda se me acercó por detrás y vino a espiar también entre las cortinas.

—Pues yo no quiero clientes a estas horas —comentó.

Sabíamos que no era un universitario, porque, según Virginia, a los estudiantes no les estaba permitido tener automóviles en el campus. Por el ruido irregular del motor al ralentí, se notaba que era un modelo antiguo. ¿Llevaría el coche del *sheriff* algún tipo de emblema? No estaba segura, pero tampoco era capaz de distinguir nada en la oscuridad.

—Quizá debería... avisar a Charlie.

Esperaba que Esmeralda me contradijera, pero ya estaba saliendo por el pasillo con la bata beige de seda ondeando a su alrededor. Era fácil ver el camino, porque la luz del cuarto de baño estaba encendida. Llamé a la puerta de Charlie y, tras unos segundos, Esmeralda la abrió y la llamó con un susurro.

Charlie se incorporó de golpe, llevándose la mano al cuello, como si hubiésemos entrado en su habitación para matarla.

—Somos nosotras, Charlie —la tranquilicé en voz baja—. Hay un coche fuera. Creo que es el mismo de la otra noche.

Charlie se levantó de la cama, con su camisón blanco largo hasta el suelo.

—¿Has llegado a un acuerdo con el *sheriff*? —preguntó Esmeralda.

Charlie pasó de largo junto a nosotras y atravesó la cocina.

—¿Tienes un trato con él, sí o no? —insistió Esmeralda, mientras la seguía al comedor y después al salón.

Charlie negó con la cabeza.

—Entonces... ¿no tenemos ninguna protección? ¿Estamos aquí, tan tranquilas, esperando a que nos arresten? —susurró Esmeralda —. La madama tiene que estar en buenas relaciones con el *sheriff*. Así es como funcionan las cosas, Charlie. —Se me aceleró el corazón al notar el pánico en su voz—. Tienes que hablar con él antes de que nos pillen, porque después será demasiado tarde.

—Si fuera el *sheriff*, ya estaría llamando a la puerta —replicó Charlie.

Parecía demasiado tranquila. Me pregunté si no estaría fingiendo para tranquilizarnos. ¿Cómo podía saber quién estaba en la carretera?

—No pienso seguir trabajando aquí si no tenéis un trato con la policía —dijo Esmeralda, abrazándose a sí misma por encima de la pálida bata, en la penumbra—. No puedo ir a la cárcel, Charlie. Ya casi he reunido lo necesario para largarme para siempre de Mississippi. Si no haces algo, me marcho. Me voy esta misma noche.

—Yo me ocuparé —dije. Alguien tenía que hacerlo y no podía ser Charlie—. Iré por la mañana a la oficina del *sheriff* y veré qué puedo

averiguar. —Charlie intentó interrumpirme, pero levanté una mano para hacerla callar—. Y, si no sabe nada, le diré que hemos abierto un pequeño club de baile en el jardín para reunir dinero para la señora Tartt. Y que, si ve chicos entrando y saliendo de aquí, es por eso.

—¿Y si sospecha algo? —preguntó Esmeralda.

Una oleada de incredulidad, semejante a las muchas que había sentido desde que habíamos abierto el negocio, me recorrió el cuero cabelludo. No podía convencerme de que las palabras carcelarias se hubieran convertido en parte de mi vocabulario. Aun así, dije:

—Entonces supongo que pasaré la noche en el calabozo.

A las once de la mañana siguiente, Esmeralda me llevó en su coche hasta la cárcel del condado de Lafayette. Se había cubierto el cabello con un pañuelo negro y casi no habló durante todo el trayecto. Se detuvo en Washington Avenue, a tan solo dos calles de la prisión.

—¿Te importaría hacer el resto del camino andando? —preguntó.

Vi que bajo las axilas de la blusa blanca de seda le habían florecido manchas oscuras.

—No, para nada. Puedo volver a pie cuando haya hablado con él. No hace falta que me esperes.

Casi no había cerrado la puerta del coche cuando arrancó y se perdió a toda velocidad por la primera calle a la derecha. Ni siquiera quería pasar con el coche por delante de la prisión.

Esa mañana me había vestido como antes, con mi vestido azul número dos y mis zapatos acordonados marrones y blancos. Llevaba el pelo lacio y suelto sobre los hombros, recogido solamente por un lado con una sencilla pinza barata. Nada de pintalabios para esta salida. Con la excepción de las finas cejas depiladas, me sentía otra

vez como la hermana solterona de Frances, llegada del delta. Sobria y humilde.

Nunca había entrado en una prisión y le recé a Dios para no tener que pasar mucho tiempo dentro. El corazón me palpitaba al doble de la velocidad habitual mientras me acercaba al edificio de ladrillo de dos plantas. Dos finas columnas sostenían el porche delantero y una reja de hierro cubría la ventana central de la primera planta. Las otras estaban tapiadas. Respiré hondo y subí los peldaños. «No pienses. Camina».

Tiré de la puerta para abrirla y entré en un vestíbulo poco iluminado. Una bombilla solitaria proyectaba mi sombra sobre una escalera encajonada, a la derecha. Un letrero apuntaba hacia arriba con una palabra: «Prisión». Pensé en Charlie, que había pasado noches interminables allí mismo, muerta de preocupación por Meg. Un tipo de mirada apagada, sentado detrás de un escritorio, levantó la vista, como recordatorio de que en Oxford no había suficientes delitos para mantener despierto a un solo funcionario.

—Hola, soy Birdie Calhoun. Vengo a hablar con el *sheriff*. —Me temblaba un poco la voz, pero me aclaré la garganta—. He llamado esta mañana.

Antes de que el funcionario se levantara de la silla, entró el *sheriff* Porter.

Era un hombre de baja estatura, más bajo que yo, pero fibroso. Recordaba su voz fuerte y nasal, oída durante aquel primer almuerzo con Jack. También recordaba el comentario que había hecho Jack: «No es normal que disfrute tanto echando gente a la calle». Vestía uniforme caqui completo, con botas de punta afilada, y llevaba el pelo peinado hacia atrás y engominado. Me dio la impresión de que aún se estaba esforzando para que su madre se sintiera orgullosa de él.

—Pase por aquí, señorita Calhoun —me dijo.

Charlie me había preparado para la visita, pero yo estaba muerta de nervios. El hombre me condujo a paso rápido hasta una sala más grande, con paredes del color amarillento de los fluidos corporales, más sucias cuanto más cerca del suelo. Me recordaban a las de algunas habitaciones de las Huérfanas. El *sheriff* se subió un poco más la cintura de los pantalones antes de acomodarse en su escritorio y me indicó que me sentara frente a él.

—Muchas gracias por recibirme esta mañana —dije. Estaba sentada en el borde de la silla y sostenía en el regazo, con mis guantes blancos, el bolso de mimbre de Frances—. Llámeme Birdie, por favor. Birdie Calhoun.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —preguntó, recostándose en la silla, que crujió bajo su peso.

—No, soy del delta. He venido un tiempo a visitar a mi hermana. —Me pareció que «visitar» sonaba bien y hacía pensar en algo provisional, como si fuera a marcharme en cualquier momento.

Apuntó dos dedos hacia mí.

—Sin embargo, se ha quedado en Idlewilde, en casa de los Tartt, aunque ellos se han ido de la ciudad.

Quería hacerme saber que conocía ese detalle.

—Así es —respondí.

—He oído que están teniendo algunos problemas, en parte por culpa de Rory Tartt, el hijo de la familia. —Lo dijo sin sonreír.

Entonces ¿se había enterado? Pero, cuando hablaba de «problemas», no parecía referirse a lo que yo me temía. Charlie me había preparado un posible guion, suponiendo que él estaría al tanto de las deudas de la familia. Sabíamos que el *sheriff* asistía a las subastas de las ejecuciones hipotecarias y era posible que los bancos lo mantuvieran informado de las novedades.

—Tienen problemas económicos, así es —confirmé—. La situación es muy difícil para la señora Tartt, y por eso he venido a verle.

Los dos nos quedamos en silencio, a la espera de que yo le dijera para qué estaba allí o, peor aún, de que me lo dijera él. Proseguí:

—He venido a comunicarle que hemos abierto un pequeño club de baile en casa de los Tartt, para conseguir un poco de dinero. También hemos admitido algunas inquilinas, que se ganan la vida ofreciendo lecciones de baile. Me ha parecido conveniente que usted lo sepa.

Sonrió con cierto aire de suficiencia.

—¡Pero si yo ya lo sé todo sobre ese club, señorita Calhoun!

Se me tensaron los músculos del estómago, mientras él abría un cajón y, con un golpe seco, dejaba una tarjeta encima del escritorio.

Me incliné hacia delante para verla, temiendo que fuera lo que efectivamente resultó ser: una de las tarjetas reconvertidas de mi hermana, con información acerca de los horarios de apertura y las palabras «solo caballeros». ¿A quién se le había ocurrido escribir algo así? No había ninguna dirección, por razones obvias, ni tampoco un número de teléfono, lo que significaba que la tarjeta estaba en poder del *sheriff* desde hacía cierto tiempo, antes de que nos conectaran la línea privada. Pensé en el coche sospechoso que llevaba apareciendo desde la primera noche animada que habíamos tenido. ¿Nos habrían estado vigilando todo el tiempo?

—Bueno..., supongo que entonces ya está al tanto. —Fue lo único que conseguí articular. Tenía la vista fija en la porra que el *sheriff* había dejado sobre la mesa, con su brillante empuñadura negra. El zumbido agudo que oía dentro de la cabeza se volvió más intenso.

El hombre apoyó los pies encima del escritorio, poniéndome delante de la cara las suelas sucias de las botas. Se echó hacia atrás en la silla y entrelazó los dedos detrás de la nuca.

—En ese club solo bailan blancos, ¿correcto? —preguntó.

—Sí, señor. Así es —respondí.

—Nada de mezclas. Es un delito en este estado.

Asentí con un gesto, para indicar que ya lo sabía.

—Tampoco discos de música de negros. Se empieza así y no se sabe cómo se acaba.

—No, señor —repliqué, negando con la cabeza—. Solo tenemos gente de color para el servicio doméstico, además de los que tocan en la banda.

El sudor me resbalaba por la espalda mientras el tipo me clavaba la mirada. ¿Me estaría diciendo que esas eran las reglas para regentar un burdel en su ciudad, o solo un club de baile? Como no lo sabía, empecé a balbucear todo lo que había ensayado con Charlie.

—Además, le diré que no permitimos la entrada de nadie con bebidas alcohólicas.

Era verdad, aunque Charlie todavía no se había atrevido a quitárselas a ningún cliente.

Asintió.

—Tampoco abrimos los domingos, como marca la ley. —Me aclaré la garganta—. No trabajamos en el día del Señor.

Sonó el teléfono y contestó la llamada el funcionario de la recepción. El *sheriff* ladeó la cabeza para escuchar.

—Y, como ya le he dicho —continué—, no ponemos discos de música de gente de color.

Pero eso ya me lo había preguntado.

—Señor —dijo el funcionario, apareciendo por la puerta—, es por la orden judicial.

El *sheriff* sonrió, pero solo con los labios.

—Si eso es todo, cariño, tengo una llamada importante.

Me lo quedé mirando, oyendo el zumbido en los oídos. Nuestro asunto no estaba ni remotamente zanjado. Él se puso de pie y yo tardé un momento en levantarme también de la silla. Cuando iba a coger la tarjeta de la mesa, él me la arrebató de las manos y me escrutó con dureza. Después dijo:

—Iré muy pronto a haceros una visita. Hank, acompaña a esta señorita hasta la salida.

Seguí al funcionario hasta la puerta y cogí un taxi para volver a casa, aturdida y sudorosa por el fracaso.

Esmeralda salió a recibirme en el salón, con Charlie pisándole los talones.

—¿Qué ha dicho? ¿Sabía algo?

—No mucho.

Me quité los guantes, un dedo tras otro, y traté de sonreír. No sabía muy bien cómo responder, porque ¿qué había averiguado? Casi nada. Aun así, había notado algo raro. Como había dicho Jack, no era normal que el *sheriff* pareciera «disfrutar tanto» haciéndome sentir incómoda.

Esmeralda se me acercó y repitió con cautela:

—¿Qué ha dicho?

—Tenía una tarjeta, una de las primeras. Pero lo único que parecía preocuparle era que mezcláramos blancos con gente de color. Ha dicho que piensa visitarnos pronto.

Esmeralda levantó la vista al techo.

—Mantener el club abierto diez días más es pegarnos un tiro en un pie, Charlie. Entiendo que quieras ganar más dinero, pero no vale la pena correr el riesgo. Si se presenta el *sheriff*, nos arrestará a

todas y se llevará hasta el último centavo que hayamos reunido y quién sabe cuántas cosas más.

Guardé silencio, pero sabía que tenía razón. Necesitábamos cerrar mucho antes de esos diez días.

Con las fosas nasales dilatadas, Charlie miró a Esmeralda directamente a los ojos y le dijo:

—Te repito que el *sheriff* no sabe nada. Si lo supiera, ya estaría aquí, disfrutando cada minuto de nuestro arresto. Y, si viene, estaremos preparadas.

Se quedaron en silencio, viendo quién de las dos aguantaba más tiempo la mirada de la otra, y entonces sonó el teléfono en el pasillo.

—Muy bien, una semana, pero ni un día más —dijo Esmeralda.

Fui a coger la llamada antes de que lo hiciera una de las chicas.

—Conferencia de larga distancia desde Gulfport —anunció una voz femenina—. La solicita la señora Frances Tartt, a cobro revertido. ¿Acepta la llamada?

—Sí, sí, acepto.

—¡Birdie! ¡Ay, Birdie...! —Estaba llorando al otro lado de la línea.

—Franny, ¿te ha pasado algo? ¿Te has hecho daño?

—He encontrado a Rory. Está en Biloxi. —Por su forma de hablar, parecía que se hubiera puesto enferma—. Ha perdido completamente la cordura, Birdie. Está en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Por qué? ¿Qué más ha hecho?

—Le imputan un montón de cargos. —Volvió a estallar en sollozos y al cabo de unos segundos hizo una larga inspiración temblorosa—. Después de recorrer todos los grandes hoteles, empecé a llamar a los hospitales. En el de Gulfport me dijeron que preguntara en el de Biloxi, ya que está solo a veinticuatro kilómetros de distancia y... Supongo que se habrá corrido la voz de que la

esposa de Rory Tartt lo estaba buscando, porque me ha llamado la policía. ¡Ha atropellado a un agente, Birdie, con el Studebaker!

—¿Lo... lo ha matado? ¿Ha sido intencionado?

Rory me importaba un pimiento, pero me preocupaba mi hermana pequeña, que parecía muerta de miedo.

—¡No, no! El policía se está recuperando, gracias a Dios, pero Rory está metido en un lío espantoso. Estaba borracho y por lo visto intentaba escapar de una especie de fiesta que la policía había interrumpido. —Respiró hondo otra vez y su voz se volvió un poco más firme—. Otros hombres que estaban en la fiesta han acabado también en el calabozo. Ni siquiera sé de qué conocía a esa gente.

—No sabes cuánto lo siento, Franny. ¿Cuándo ha sido?

—Hacia las tres de esta madrugada. Lo acusan de agresión a un agente del orden, resistencia a la autoridad y otros cargos que no entiendo muy bien.

—¿Qué tipo de cargos?

—Conducta lasciva, ebriedad, alteración del orden público y una cosa llamada «actos antinaturales» o algo así.

Esperé un momento, preguntándome si ya se habría enterado de las inclinaciones de Rory, pero ella siguió hablando:

—No he tenido oportunidad de averiguar si son cargos realmente serios o si se los han añadido solo porque están furiosos con él por haber arrollado al agente con el coche.

—¿Qué puedo hacer por ti, Franny? ¿Quieres que llame a la señora Tartt y se lo cuente? —Probablemente no era una conversación que mi hermana quisiera tener.

—He hablado con ella antes de llamarte a ti y, si te digo la verdad, parecía aliviada al enterarse al menos de que no está muerto. Le ha pedido a su abogado, Harry Holtzman, que me llame, y él me ha dicho que no tiene sentido hacer venir a Viktoria hasta

aquí antes de que el juez fije la fecha de la audiencia para establecer el importe de la fianza. Por eso se ha quedado en Jackson. Pero te diré una cosa, Birdie. No me gusta nada cómo están tratando a Rory. —Levantó la voz—. Al menos podrían dejarme que le lleve ropa limpia. Ya sabes cómo es él con su ropa. O que le consiga algo decente que comer. Está solo en una celda mugrienta, comiendo el rancho de la cárcel.

—Entonces ¿lo has visto? —No sabía por qué no se me había ocurrido hasta ese momento—. ¿Qué... te ha dicho?

—Se sentía humillado. Y seguía borracho. Me ha dado la sensación de que en cierto modo se alegraba de que lo hubieran pillado, como si hubiese querido acabar de una vez y dejar de huir y esconderse.

«No sientas pena por ese sinvergüenza», habría querido decirle. Pero sabía que Frances no quería oírlo. Con tanta suavidad como pude, le pregunté:

—¿Todavía tiene algo de efectivo, Franny? ¿Le queda algo del dinero y de las joyas? ¿Ha vendido alguna cosa?

—Llevaba encima unos cuarenta dólares y le han confiscado el Studebaker, pero no sé nada del resto de nuestras pertenencias. Si le queda algo más de dinero, tendrá que usarlo para contratar a un abogado y pagar la fianza.

Casi rugí de rabia ante la idea de que Rory pudiera costarles aún más dinero, pero me daba cuenta de que Frances estaba agotada. Me carcomía la culpa. Si le hubiera dicho antes que el canalla de su marido estaba en Biloxi, quizá habría podido evitarle el mal trago.

—¿Quieres que vaya a reunirme contigo, Franny? Podría hacerlo. Charlie puede ocuparse de todo sin mi ayuda. Solo tienes que decírmelo.

—No —respondió ella—. Necesito hacerlo yo sola. Es mi marido.

Me sorprendió su reacción. Tal vez había aprendido algo de todo el caos.

—No sé cuándo podré volver a casa —continuó—. El señor Holtzman me ha dicho que puede pasar una semana, o quizá un poco más, antes de que Rory salga en libertad bajo fianza. Y eso si podemos pagarla.

Una semana o quizá un poco más. Sintiéndome más culpable todavía, pensé que era un plazo perfecto.

—Avísame si cambias de idea. Sé que es un momento muy difícil, pero estoy orgullosa de ti, Franny. —Sus padecimientos no habían acabado, porque aún le faltaba encajar otro golpe muy duro, pero fui totalmente sincera cuando le dije—: Rory tiene mucha suerte de tenerte, Frances.

—Gracias, Bird. —Su voz volvía a ser temblorosa—. Esta llamada nos debe de estar costando un ojo de la cara.

—No te preocupes por eso. Mañana te enviaré un poco más de dinero a Biloxi. Y llámame siempre que lo necesites. A cobro revertido. —Ruby tendría que aprender a no coger el teléfono.

Mi hermana se quedó callada un momento y enseguida susurró:

—Le han pegado, Birdie. Los agentes... Le han llamado... cosas horribles. Y las han escrito en el atestado.

Oí el pitido de un tren a lo lejos, de su lado de la línea.

—Lo siento. Aquí estoy para lo que necesites. Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero, Bird.

Esa tarde, mientras las chicas se turnaban para hacerse las pruebas de Virginia en el sótano, yo me senté en el salón silencioso, completamente vacío salvo por el sofá maloliente y algunos números de la revista *Good Housekeeping* de Frances. Uno de ellos estaba

abierto por la foto de un hombre que contemplaba a una mujer con la nariz respingona más perfecta que hubiera visto en mi vida en cualquier ser que no fuera un perro. A Flossy le gustaba colarse en el salón y mirar las revistas, pero, si alguien entraba y la veía, las cerraba rápidamente y empezaba a limarse las uñas. Yo la comprendía. No hay nada más humillante que ser sorprendida soñando con algo que en opinión de los demás no te mereces. Me puse a pensar en la contradicción de que Rory le hubiera regalado a Frances una suscripción a esa revista con ilustraciones de esposas felices cuando ella jamás podría darle lo que él de verdad deseaba. Tampoco yo podía darle a Jack lo que él quería, así que, después de todo, mi hermana y yo no éramos tan distintas.

«No te quedes esperando a ver si un hombre te rechaza o no por lo que no puedes darle —me había dicho Virginia—. Haz lo que tú desees, Birdie».

Yo no sabía bien lo que deseaba, pero estaba segura de que no quería vivir como Frances, intentando compensar cada día lo que no podía ser. Tenía algo de dinero propio, lo que significaba que disponía de cierta libertad. Y, si bien era consciente de que mantener el club abierto era muy arriesgado, cuanto más dinero ganáramos, más libertad tendría yo. Quizá nunca se me volvería a presentar una oportunidad semejante.

Hacía solo un mes que conocía a Jack y ya estaba cansada de sentir que no daba la talla. Me senté a escribirle una carta y le conté la verdad: que no podía tener hijos. Le confesé que yo no era la persona adecuada para él, ni él para mí. Con dolor en el corazón, cerré esa puerta.

Después de eso, ya no sabía cuál podía ser mi lugar en el mundo.

—¡Virgen santa, mira qué raíces! —exclamó Flossy, contemplándose en el espejo del baño—. Tengo que ir a la ciudad a comprar tinte.

—Voy contigo —le dije. Llevaba dos días guardando la carta que le había escrito a Jack y quería quitármela de encima.

De repente, todas querían ir a la ciudad, excepto Charlie, que las aleccionó acerca de la necesidad de vestirse de la manera más decente que se hubiera visto nunca en Oxford. Flossy bajó la escalera vestida como nuestra dama voluntaria favorita, con el traje verde de oficinista de Frances, lleno de bolsillos. ¡Dios mío! Mi hermana iba a matarme. De hecho, me mataría cuando descubriera que habíamos abierto un burdel en su casa y después escupiría sobre mi tumba cuando se enterara de que había dejado a las prostitutas ponerse su ropa. Y eso sin olvidar el destino del pequeño cojín bordado que le había enviado mi madre. Hacía poco había descubierto que Flossy se lo ponía bajo las rodillas cuando practicaba su especialidad. «Tiene un mensaje muy reconfortante: "El hogar es el lugar donde está tu corazón". Reconforta el alma y a la vez protege las rodillas», me había dicho.

—Quiero que todas estéis de vuelta dentro de una hora —dijo Charlie—. Y cuidado con hablar con quien no debéis.

Yo no podía estar más de acuerdo, pero, mientras nos dirigíamos al coche, Trixie gimió:

—Jolín, yo quería ir al cine.

—Si hubiese sabido que iba a haber películas sonoras —intervino Dixie—, no habría perdido el tiempo aprendiendo a leer.

Mientras Esmeralda conducía alrededor de la plaza bajo la llovizna, yo miraba el reflejo de su Pierce-Arrow negro en los escaparates del banco donde había trabajado Jack. Me estremecí pensando en la carta que tenía en el bolso, pero sentía que no me

quedaba otra opción. Flossy me dio una palmadita en la mano sin preguntarme nada, como si lo hubiera intuido.

Solo unas pocas personas habían salido ese viernes lluvioso antes del almuerzo, aunque el cielo empezaba a despejarse. Mientras las seis nos bajábamos del coche y echábamos a andar hacia la plaza, no pude evitar pensar: «¡Aquí estamos, mundo! Cinco prostitutas y yo, de paseo por la ciudad». Delante de nosotras, Ruby nos abría el paso con sus pechos como un hombre lo habría hecho con su bastón. Salvo por un saludo del señor Fudge, en la puerta de la tienda City, y otro del tío Jim —«Buenos días, Birdie»—, que al ser ciego no sé cómo me reconoció, nadie nos prestaba mucha atención.

Flossy también debió de notarlo.

—Parece que vayamos de incógnito, señoritas —comentó.

Cuando estuvimos cerca de la vieja señora Rondo, que mendigaba en una esquina con su lata de melocotones, Dixie preguntó:

—¿Qué le pasa a esa? ¿Está loca o qué?

La señora Rondo estaba sentada directamente sobre la acera mojada, espatarrada bajo su mugriento vestido de gasa rosa, con el pelo en su estado habitual de furioso desorden.

—Su problema es estar mal informada —dijo Ruby, que lucía el traje azul marino de la señora Tartt—. Alguien le habrá dicho que vale demasiado para hacer de puta o que no tiene nada de valor que ofrecer.

Me quedé pensando al respecto. Ruby podía ser muy profunda, cuando no intentaba hincarte un puñal en el cuello.

Flossy entró en la farmacia con Ruby detrás, haciendo sonar las estridentes campanillas de la puerta. Las gemelas se fueron al bazar de todo a diez centavos y Esmeralda desapareció en la tienda de moda y complementos de Ruth.

En el trayecto hasta la oficina de correos, vi media docena de carteles clavados en el césped de los tribunales que proclamaban: «No a la derogación de la Ley Seca en Mississippi», «Por la moral en nuestro estado» y «Sin alcohol desde 1908». En letra más pequeña, se leía en cada cartel: «Mensaje patrocinado por la Liga contra el Vicio de Mississippi». Al cabo de unos segundos, vi a dos voluntarias de las Huérfanas —Patsy No-sé-qué y otra más— clavando los carteles en el suelo, y a Pripp, de pie en la escalinata de los tribunales, junto a Garnett Pittman. Me dio un vuelco el corazón. Vi que las cuatro mujeres se agrupaban en la escalera y que las tres menos importantes hacían gestos de asentimiento mientras hablaban con Garnett, diciéndole probablemente: «¡Por favor, admirada presidenta, dinos lo que tenemos que pensar!». Si Frances hubiese estado allí, seguramente se habría sumado al coro de alabanzas. Me vino a la cabeza lo que me había contado Meg sobre la vez en que Garnett la había azotado con tanta fuerza en aquella sala estrecha y calurosa que la bruja se había quedado sin aliento y había vomitado. Al verla otra vez predicando sus patrañas de meapilas, sentí una cálida y criminal emoción. «Ni te imaginas lo que estamos haciendo delante de tus hipócritas narices. Y, si de mí depende, nunca volverás a ponerle las manos encima a Meg». No sabía si de verdad sería así, pero, en ese momento, me sentía capaz de creerme todo lo que me apeteciera.

Entonces salió el *sheriff* del edificio de los tribunales y se reunió con ellas. «Ay, madre...». De repente, todo el grupo echó a andar en mi dirección. Garnett hablaba y el hombre asentía, lo mismo que las otras voluntarias, mientras ella cortaba el aire con las manos. Detrás de mí, oí las campanillas de la puerta de la farmacia, y de su interior salieron Ruby y Flossy. Yo me encontraba justo en el camino del grupo de Garnett, mientras las chicas se me acercaban por la

izquierda. Estaba a punto de producirse la convergencia de casi todas las personas del mundo cuyo encuentro necesitaba evitar.

—Birdie —me saludó Pripp con frialdad.

No había olvidado lo que le había dicho yo en la iglesia.

—Pripp —contesté, tratando de encontrar la manera de evitar la colisión.

—Necesito un par de medias, Bird —me gritó Flossy, a unos metros de distancia—. La basura de rayón que venden ahí me da urticaria.

Pripp miró a Flossy de arriba abajo.

—¿Quién es esta señorita que está contigo? —me preguntó, y enseguida añadió—: ¿No es ese... el vestido de Frances?

—No —repliqué secamente.

El *sheriff* y Garnett también se habían detenido.

—Señorita Calhoun —me saludó él, y yo sentí que me sobrevenía una marea de calor. ¿Le habría contado a Garnett lo del club de baile?

—Pues yo estoy segura de que es el vestido de Frances —insistió Pripp, levantando las cejas, sin poder disimular su deleite ante la idea de ponerme en un aprieto—. Según recuerdo, le costó cuatro dólares con noventa y cinco centavos, y lo compró en los grandes almacenes Neilson.

Negué con la cabeza.

—No es el de Frances. Ahora tenemos que irnos —repuse, mientras empujaba suavemente a Flossy y a Ruby en la dirección opuesta.

Cuando me volví para mirar, Garnett y el *sheriff* nos estaban observando. Ella asentía, como para expresar su acuerdo sobre algo que el hombre había dicho.

—Seguid andando —mascullé entre dientes y, cuando estuve segura de que ya no podían oírnos, les indiqué—: Id a comprar las medias, pero daos prisa. Cuando las tengáis, volved al coche. Tenemos que acabar cuanto antes. Decídselo a las otras.

Llamadlo «intuición de prostituta», pero Flossy comprendió enseguida que aquellas señoras no eran amigas. Dejé que Ruby y ella me adelantaran mientras yo vigilaba al grupo de Garnett, que ya se estaba separando. Las hipócritas se despidieron hasta la próxima y el *sheriff* Porter se quedó hablando con Garnett, que con un índice afilado como el pico de un pájaro le estaba señalando el ejemplar de *El águila de Oxford* que tenía en la mano.

Yo me encaminé a la oficina de correos. Un tímido sol de finales de septiembre había asomado entre las nubes. Una mujer de la edad de la señora Tartt cerró un paraguas y le susurró algo a su marido al verme pasar. «Te estás poniendo paranoica, Birdie», me dije, pero enseguida añadí: «Y haces bien». Cuando abres un burdel en una ciudad con trece iglesias, es natural que huelas el peligro a cada paso.

Entré en el ayuntamiento y puse rumbo a la oficina de correos, que se encontraba al fondo del edificio y en ese momento estaba vacía. La señora Nutt, que habitualmente lucía una sonrisa pícara, parecía apesadumbrada.

—Señora Nutt, ¿ha pasado algo? —le pregunté.

—Me van a despedir. Por culpa de una nueva ley, la doscientos y algo.

—La Sección 213 —dijo Mavis desde la ventanilla contigua.

—Dice que una mujer no puede trabajar si su marido tiene empleo, para que todos los pobres hombres que están en el paro puedan encontrar trabajo mientras sus mujeres se quedan en casa limpiando y preparándoles la cena.

Mavis me echó una mirada por encima de las gafas de montura plateada y comentó:

—No dice eso exactamente, pero es una ley estúpida.

—Lo siento mucho, señora Nutt —dije.

Deslicé por el mostrador mi carta para Jack, demorando el momento de soltarla. Cuando ella la cogió, sentí que algo más que un papel se alejaba de mis dedos. Fue como perder la alegría. Y fue todavía peor porque no había ninguna carta suya para mí, ni tampoco nada para los Tartt. Entonces la señora Nutt se inclinó hacia mí y me preguntó:

—Por cierto, ¿cómo va todo en Idlewilde?

—Tranquilo, todo muy tranquilo.

La señora sonrió con aire burlón, pese a las malas noticias que había recibido.

—Mira, nosotras no vamos a juzgarte. Somos tan pobres como tú. Pero he oído que habéis enviado a la señora Tartt fuera de la ciudad antes de abrir el negocio para no abochornarla.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Ellas también lo sabían. ¿Circularían más rumores? ¿Alguien nos habría oído por la línea compartida?

Acercándose a mí, Mavis soltó:

—¿Sabes si alguna de esas señoritas estaría dispuesta a enseñarle un par de cosas a mi Walter? Le vendrían bien unas lecciones. —Me hizo un guiño y yo intenté convencerme: «¡Lecciones de baile! Solo está hablando de lecciones de baile».

Pero retrocedí unos pasos, apartándome del mostrador.

—Cuéntame, ¿cómo es? —preguntó Mavis—. He oído que habéis contratado al señor Binny para que toque con su banda.

—No es nada especial. Solo clases de baile... para los chicos de la universidad, ya sabéis. Pronto empezarán las fiestas de otoño y

los bailes navideños y quieren estar preparados. Pero es solo para los estudiantes —dije por segunda vez—. Me voy, tengo prisa. Siento lo de su despido, señora Nutt.

Cuando salí a la acera, intenté serenarme. «Sabías que llegaría este momento», me dije. El cielo se había despejado y del pavimento se levantaban nubes de vapor. Pronto la gente empezaría a salir a la plaza para almorzar. Tenía que irme.

Me encaminé hacia los grandes almacenes, en la otra esquina. Delante de Neilson, encontré apiñadas a Flossy, Ruby y las gemelas. Flossy tenía un periódico abierto y las gemelas intentaban verlo por encima de sus hombros. Eché un vistazo a mi alrededor. La reunión de las chicas podía resultar un poco sospechosa, pero Garnett y el *sheriff* se habían marchado. Al ver que me acercaba, Flossy levantó la cabeza y se me quedó mirando sin pestañear, con una expresión muy extraña y la dentadura un poco descolgada. Ruby continuó con la lectura del periódico, repasando las letras con el dedo y moviendo los labios como si las estuviera pronunciando.

—Tenemos que irnos —le dije—. La gente empieza a murmurar.

—¿Has visto la noticia? —preguntó Flossy. Tenía la cara húmeda y sus incisivos parecían demasiado largos para su cabeza.

—No, ¿qué ha pasado? —indagué.

Me acerqué un poco más, pero lo único que alcancé a ver fue la mitad inferior de la portada: «Los campesinos arrendatarios de Mississippi claman ayuda».

—Dixie, hazte a un lado y déjala ver —le ordenó Flossy.

La gemela obedeció y comprobé que *El águila de Oxford* había publicado una auténtica fotografía y no un simple dibujo en la portada. No solía gastar dinero en fotos. En la imagen aparecía una mujer corpulenta, a la que arrastraban por las manos. Observé que estaba esposada y probablemente había tropezado y caído, pero un

hombre seguía tirando de ella. Vi que tenía una calva en la cabeza, como si le hubieran arrancado un mechón de pelo, y el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón. El pie de foto rezaba: «Triunfo de la acción ciudadana contra la depravación».

—¿Quién es? —pregunté.

—Es la zorra asquerosa de Priscilla —respondió Flossy.

El hombre que la arrastraba era el *sheriff* Porter, que sonreía a la cámara enseñando unos dientes de tiburón. La imagen era poco nítida, pero detrás de Priscilla se veía a otras tres mujeres conducidas como animales, con cuerdas atadas a la cintura, mientras un grupo de hombres las miraba y las señalaba riendo.

—Esta es Rosie —me indicó Flossy con voz entrecortada—. Y esa de ahí, Hildi. Y, ¡Dios mío!, mira a la pobre Priscilla.

—Creía que la odiabas —dijo Dixie, apoyándose en mi hombro para levantarse y ver mejor.

—¡Nadie se alegra de ver sufrir a uno de los suyos! —le espetó Flossy.

Me puse a leer la nota bajo la fotografía:

> Una de nuestras más respetadas ciudadanas, la señora de Welty Pittman, recién elegida presidenta de la Liga contra el Vicio de Mississippi, llevaba un tiempo reclamando a las autoridades la clausura de lo que según ella era «la mayor lacra» de la localidad de Sweetwater. El jueves, el *sheriff* J. W. Porter y tres de sus hombres atravesaron la frontera del condado con la correspondiente orden judicial y procedieron a efectuar un registro en el domicilio de Priscilla Stuggs.

Yo había estado el miércoles en la oficina del *sheriff*.

> En declaraciones a este periódico, el *sheriff* Porter aseguró: «Nunca había visto algo así en toda mi vida. Un auténtico pozo de ignominia, con mujeres enfermas y personas de color copulando con personas blancas. Los cristianos de este buen estado no toleraremos que esa inmundicia contamine nuestra prístina reputación».

—Quiero irme a casa —dijo Flossy con voz temblorosa.

—Esmeralda ha ido a buscar el coche —le aseguró Ruby, mientras yo seguía leyendo.

> La señorita Stuggs y sus secuaces han sido acusadas de prostitución, sodomía, venta de alcohol y delito grave de mestizaje. Refiriéndose a la señorita Stuggs, la señora Pittman afirmó: «Nuestros orfanatos están llenos de niños que cuestan mucho dinero al estado, niños que padecen imbecilidad y otras cosas aún peores. Yo no tengo atribuciones para aplicar la ley. No soy más que una ciudadana cristiana, pero, como presidenta de la Liga contra el Vicio de este estado, recomiendo enviar a la señorita Stuggs y a sus pupilas al hospital de la prisión, donde pondrán los medios para que dejen de multiplicarse como conejas, y espero que después cumplan largas condenas en la cárcel, que es donde deben estar».

En el camino de vuelta, Esmeralda dio un giro brusco a la izquierda para no tener que pasar por la prisión. Se agarraba con fuerza al volante, con las dos manos enfundadas en guantes blancos.

—Lo peor para ellas es la acusación de mestizaje —dijo Flossy, sentada junto a mí en el asiento trasero.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Trixie desde el asiento delantero.

—Que Priscilla acepta clientes negros. Pero es mentira, porque ella solo admite blancos.

—Es absurdo. ¿Para qué iban a ir los negros a la casa de Priscilla si tienen su propio burdel al final de la calle? —comentó Esmeralda. Yo ni siquiera sabía que había un burdel para gente de color en la ciudad—. La casa de Sugar es diez veces mejor y más barata, al menos por lo que he oído.

—Igual que en Dakota —dijo Flossy—. La misma historia con diferente color. Puedes mover tabaco de contrabando, alcohol, caballo o coca, pero, como te pillen en la cama con un indio, te cuelgan de un árbol. —Dejó escapar un sollozo profundo y gutural—. Van a destrozar a esas pobres chicas.

La comida de aquel día resultó desusadamente sombría. Esmeralda no probó bocado y no hizo más que mirar por la ventana. Flossy parecía flaca y enferma, y casi no tocó los boniatos ni la okra frita. Cuando Charlie leyó las declaraciones de Garnett, exclamó:

—¡Maldita bruja despiadada!

Pero se sentó a la mesa con la espalda erguida, con una actitud desafiante casi ofensiva, y nos dijo a todas una vez más:

—Os aseguro que, si el *sheriff* supiera algo, ya habría venido por nosotras. —Y enseguida añadió—: Ahora somos las únicas en casi cien kilómetros a la redonda, así que ya os podéis ir preparando para una noche animada.

Cuando las otras subieron a vestirse, me quedé en la mesa con Charlie. Se me había ocurrido que quizá su temeridad se debía a que ya había conocido lo peor. Pero no, no era por eso. Todo se reducía siempre a lo mismo: Meg.

—Ya sé lo que estás pensando —me dijo—. Pero solo nos falta una semana.

Le hablé con claridad para que lo entendiera.

—Si te arrestan como a Priscilla en la foto del periódico, te quedarás sin ninguna oportunidad de recuperarla. Y lo mismo si vas a Byhalia y haces una tontería. Los Heidelberg son ricos. Te buscarán y te harán arrestar. —Ya le había dicho antes lo que estaba a punto de proponerle, pero esta vez, después de lo que habíamos visto en el periódico, me dio la impresión de que me prestaba más atención—. Puede que no necesites tanto dinero como crees, Charlie. O tal vez no sea necesario que vayas tan lejos, a California. Si cerramos ahora, tendrás suficiente para contratar a un abogado y recuperar a Meg por la vía legal. Tiene que haber alguna ley que...

—¿Una ley? —Abrió mucho los ojos—. Aquí la ley es Garnett Pittman. La única manera de proteger a Meg de sus huesudas manos es reunir todo el dinero que pueda y llevármela hasta el final de las vías del tren. Si recurriera a los tribunales, estoy segura de que Garnett Pittman encontraría la forma de quedarse con Meg.

Habría querido contradecirla, pero por desgracia tenía razón. Me apoyó una mano en el hombro y sentí que temblaba.

—Si me arrestan y Garnett se lleva a Meg, ¿me prometes que...? —Tuvo que interrumpirse por la emoción—. ¿Me prometes que tu hermana o tú intentaréis adoptarla, antes de que esa bruja la envíe lejos de aquí?

¡Dios mío! Eso sí que me pilló por sorpresa. Era una petición tan desesperada que durante unos segundos me quedé sin palabras. Prefería que incluso Frances tuviera la tutela de Meg antes que Garnett. Pero enseguida asentí y dije:

—Por supuesto que sí. Haré todo cuanto pueda y más.



# Meg

## 39

Si dependiera de mí, mandaría a Lucille a freír espárragos y me la quitaría de encima.

A solo una semana del comienzo de las clases, cualquiera diría que una niña merece un poco de diversión con sus primas antes de que se acabe el verano. Pues no. Por si no fuera suficiente que Lucille haya llamado «gordas» a Marybeth y a su madre, ahora toda la familia sabe que se ha quedado con el dinero de la adopción y que ha conseguido gratis a una golfilla cualquiera.

La que empezó fue la madre de Gloria. Por lo visto, ayer en la iglesia oyó que la señora Heidelberg hablaba con Tom Grande de lo que habían hecho Tom y Lucille, así que por la noche llamó a Lucille por teléfono y le preguntó si era cierto. ¿Creéis que Lucille le pidió perdón por mentir a toda la familia? ¿O por involucrarnos a Tom y a mí en su plan? ¡No, nada de eso!

—¿Y qué si es cierto? —le contestó Lucille a la madre de Gloria—. Métete en tus asuntos, y, por cierto, enhorabuena por ganar el premio a la más fea.

Por eso ahora las otras madres les han prohibido a las primas que se junten conmigo.

Como Marybeth es la única que realmente me importa, esta mañana le he escrito una carta para pedirle perdón, porque, a diferencia de Lucille, soy una persona civilizada.

*Querida Marybeth:*

*Siento mucho haberte mentido sobre Memphis. Perdóname, por favor. Lo hice obligada.*

*Tu mejor prima hermana,*

*Meg*

Breve y simple, como una oración. Se la enseño a Willy May y le pregunto si le parece bien.

—Supongo que no puede hacer ningún daño —me responde, y se lleva la carta para entregarla en mi nombre.

Me paso el resto de la mañana leyendo. Tras terminarme *Huckleberry Finn*, me empecé un libro titulado *El jardín secreto*, pero después de unas pocas páginas lo llevé de vuelta a la biblioteca y le dije a la señora Block imaginaria que ya había cubierto mi cupo de huérfanas de por vida y que por favor me diera algo más alegre. Fui tajante para que no tratara de discutírmelo. Así que ahora estoy leyendo *La llamada de lo salvaje*. El perro de la historia no se parece en nada a los que oigo gruñir fuera. Me distrae un rato.

Unas horas más tarde, Willy May regresa con un sobre, pero veo que es la misma carta que he escrito yo. Ni siquiera la han abierto.

—Lo siento, Meg —me dice.

Cuando viene Lucille a la cocina, le pregunto si al menos podemos ir a recoger esos juguetes gratis que han dejado en el jardín para nosotros. No tiene sentido desaprovecharlos.

—No pienso tocar las cosas de esa gente ni con el palo de una escoba —me contesta Lucille.

Yo sí lo haría, pero evidentemente mi voto no cuenta.

Cuando creo que el día no puede ir a peor, se detiene un coche negro delante de la casa. Esta vez es el señor Heidelberg mayor. Nunca lo había visto por aquí. Me aparto y dejo que lo reciba Lucille.

—¡Hola, Tom Grande, adelante! —le dice, hecha un manojo de nervios—. ¿Te apetece un...?

Pero él pasa junto a ella sin decir palabra. Es tan corpulento que hace sacudir toda la casa. Dios mío, si hasta oigo las botellas tintineando dentro del aparador del comedor. Contengo la respiración. Pero va directamente al estudio de Tom y cierra la puerta. No da un portazo, aunque la cierra con suficiente firmeza para dejar clara su intención. Lucille y yo nos acercamos para escuchar, pero solo oímos retazos de la conversación.

—... siendo hora de que te comportes como un hombre, hijo... —dice—, que me prometas que este asunto ha terminado... Tu madre está tan preocupada...

—Lo siento, papá. Te prometo que no volverá a pasar.

Se oyen pasos y algunas idas y venidas, y entonces Tom Grande dice:

—Tienes que aprender a controlar a esa maldita esposa tuya.

¡Ja! Me alegro de que Lucille haya oído eso. Por otra parte, no creo que Tom Grande sea capaz de controlar a la señora Heidelberg.

Al ver que gira el pomo de la puerta, volvemos a toda prisa al salón y fingimos estar ocupadas en otra cosa. El padre de Tom sale pisando fuerte y se va sin esperar a que nadie lo acompañe a la salida.

Esa noche, antes de cenar, veo a Tom de pie en la cocina, terriblemente inmóvil y silencioso, mirando por una de las ventanas traseras como si escuchara algo. Quizá sean los perros salvajes que oigo yo por la noche, gruñendo y ladrando en el bosque. Me dan demasiado miedo para averiguar si los oigo de verdad o si solo están dentro de mi cabeza. A veces es mejor no saber esas cosas.

—¿Cómo estás, Tom? —Se lo pregunto como suele hacerlo su madre.

Sonríe tristemente y dice que está bien, que se mantiene a flote.

—No te preocupes por mí, Meg.

Al menos todo esto tiene una parte buena. En primer lugar, tras una conversación seria y tranquila, Tom y Lucille han llegado a lo que llaman un «tratado de paz», lo que significa que ven el matrimonio como si fuera una guerra. Como el libro de Tom es la única esperanza que les queda de conseguir algo de dinero, Lucille se compromete a dejar la bebida para que Tom pueda trabajar tranquilo, tanto como sea posible. Se lo agradezco al Niño Jesús, porque hasta ahora los nervios me estaban matando, hasta el punto de que la cena me producía indigestión por temor a que en cualquier momento entrara la señora Heidelberg y encontrara una botella. Sin embargo, la madre de Tom no ha vuelto desde el domingo, cuando les dijo que se había acabado todo.

Es cierto que ahora la cena resulta un poco silenciosa, sin nadie que discuta. Pero ¿quién necesita conversación cuando tienes sobre la mesa un pastel de pollo?

Lo ha traído Willy May y Tom lo ha calentado en el horno. ¿Cómo es posible que no hubiera probado nunca algo así? Es una especie de empanada que hay que calentar, con trozos de pollo y algo cremoso por dentro. Está para chuparse los dedos, como dicen en la radio. Me he dado cuenta de que han intentado colarme unos guisantes en el relleno, pero a mí no me engañan. Los aparto uno a uno y los dejo a un lado. Pero el pastel está tan bueno como un postre. Un postre de pollo.

La segunda cosa positiva es que, mientras cenamos, Tom comenta:

—El lunes empiezan las clases. ¿Qué te parece si aprovechamos esta semana para ir a nadar todas las mañanas?

—Me parece estupendo, Tom.

—¿A las ocho, entonces? Sé puntual, pavita, o me quedaré todo el lago para mí.

A la mañana siguiente, a las siete y media, ya tengo puestos el bañador y el gorro. Tom y yo atravesamos el pinar silencioso. Hay un poco de niebla suspendida sobre el lago a esta hora de la mañana. Dudo que las primas vayan a venir tan temprano, así que solo estaremos nosotros dos. Me meto en el agua, que está tibia como la de la bañera, y Tom me enseña a mover los brazos para que aprenda lo que él llama «la técnica».

—Tienes que coger el ritmo, Meg. Lo estás haciendo muy bien.

Cuando ya no puedo más, me tumbo a descansar en el embarcadero y él aprovecha el tiempo para nadar solo. Lo observo mientras nada hacia el centro del lago. No puedo evitarlo. Cuando se aleja todavía más, me gustaría gritarle: «¡No vayas tan lejos! ¡Vuelve! ¡Está demasiado profundo por ahí en el medio!». Pero Tom es un hombre fuerte, cuando la maldita Lucille no lo lastra.

En el camino de vuelta, a través del bosque, me armo de valor y le pregunto:

—Tom, ¿alguna vez oyes unos animales salvajes que persiguen algo en medio de la noche?

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Has oído a los perros? —Parece sorprendido, como si él también hubiera pensado que estaban en su cabeza.

Asiento. Tengo la impresión de que los oigo en las peores noches, cuando lo estoy pasando mal.

—¿Por qué hay tantos? —Es como si hubiera manadas enteras rondando la casa por la noche.

Me da la sensación de que Tom no quiere responder, pero al final dice:

—Son los perros que usaban para perseguir a los esclavos cuando huían de sus amos. Los criaban por su temperamento agresivo y sus grandes colmillos. La única manera de impedir que se comieran... o que mataran al esclavo era pegarles un tiro. Por eso los criaban por miles. Después de la guerra, simplemente los soltaron.

Perros cazadores de esclavos.

Me acerco a Tom y le cojo la mano.

—¿Pueden atacarnos cuando vamos por el bosque, Tom?

—No, no tengas miedo. Ningún perro va a atacarte si estoy contigo.

Supongo que esto es lo mejor que puede darte la vida. Tener a una persona que te proteja de los perros salvajes.

Tras ir a nadar al lago tres días seguidos, me tumbo en el suelo del salón después de la cena y estudio el libro de lectura de McGuffey. Algunos pasajes son demasiado fáciles para mi nivel, pero es el precio que hay que pagar cuando estás en el grupo de los alumnos excepcionales.

Tom está sentado en el sofá con Lucille, que no me ha dirigido más de diez palabras en toda la semana.

—¿De verdad lo crees, Tom? —le pregunta ella.

Cuando él responde que sí, Lucille dice que sería muy agradable marcharse un tiempo, ver a algunos amigos y comprar en tiendas decentes. Por supuesto, al oír eso, tengo que levantar la cabeza.

Espero no estar comportándome como una anciana que vuelve a la vida cada vez que alguien menciona ir de compras.

—Sería fantástico ir a Nueva York en otoño —dice Tom—. Podría entregarle personalmente el manuscrito a Bill, a ver qué le parece.

—¿Qué haréis conmigo si vais a Nueva York? —pregunto.

Lucille me mira y arquea una ceja, como suele hacer cuando hablo sin que nadie me haya preguntado nada.

—Tú vendrás con nosotros, pavita —dice Tom sonriendo—. ¿Pensabas que íbamos a dejarte sola en casa?

Ni siquiera intento responder a eso.

Al cabo de un rato, Tom dice que mañana iremos a nadar por la tarde, ya que esta noche quiere trabajar hasta la madrugada. Me voy a la cama pensando en Nueva York en otoño. ¿No sería increíble? Durante dos años, no vi más que el lado interior de una puerta y unas caras aterradoras en el techo. Y de repente podría estar admirando las luces de la gran ciudad y quizá sacudiendo el trasero en una sala de fiestas de la Quinta Avenida. Me quedo dormida y sueño con todas esas cosas espectaculares.

—¿Has visto mi libro, Meg? ¿El de Fitzgerald?

Estoy en mi habitación, esperando a que sea la hora de ir a nadar.

—Lo ha cogido Lucille —le digo.

Leer ese libro es probablemente lo único inteligente que la he visto hacer, pero no tengo reparos en chivarme.

—Gracias. Dentro de unos minutos estaré listo para salir.

Se mete en la habitación para ponerse el bañador. Como yo ya lo tengo puesto, sigo organizando el material escolar en mi escritorio. Un fin de semana más y estaré oficialmente en sexto curso. Ya le he pedido a Willy May que averigüe a qué hora pasará a buscarme el señor Oney el lunes por la mañana. Lo único que me pone nerviosa es volver a ver a mis primas, ahora que Lucille ha arruinado mi reputación de huérfana respetable. Pero no veo la hora de sentarme de nuevo en un aula.

Al salir de la habitación, Tom le está diciendo a Lucille que necesita que le devuelva su libro esta misma noche. No parece muy contento.

Ya está anocheciendo cuando regresamos del lago. Estoy exhausta, pero me siento bien. Cuando bajo después de cambiarme, Tom está en la cocina y se ha puesto encima de la ropa un delantal rosa que le queda muy gracioso, con volantes en los hombros y estampado de flores.

—No me mires así, pavita —me dice mientras abre el horno—. Es el único delantal que teníamos. —Sonriendo, saca un rosbif y lo deja en la encimera para que se enfríe.

Lucille baja al comedor, vestida con un camisón blanco que le llega hasta los pies. Parece un fantasma. Lleva un poco de maquillaje en la cara, pero resulta extraño y demasiado blanco. El trazo del pintalabios rojo se le ha torcido un poco sobre el labio superior. Parece alterada, como si hubiera visto algo que le ha dado miedo.

Tom sale a recibirla al comedor.

—¿No te sientes bien, cariño? —le pregunta.

—Yo... ya no sé cómo me siento, Tom —responde ella.

Él le apoya una mano en la mejilla y ella levanta la vista para mirarlo. Es lo más dulce que la he visto hacer.

Pero de repente Tom se aparta, con el ceño fruncido.

—¡Lucille, teníamos un acuerdo! —La sigue hasta el aparador, que ella ya está abriendo con la maldita llave—. Entiendo que necesites una copa de vez en cuando, pero...

—Ahora es «de vez en cuando» —replica ella, con un tono ligeramente agresivo.

—¿Y qué me dices de esta tarde?

—Eso también ha sido «de vez en cuando».

Nadie me ha dicho que Lucille estaba bebiendo esta tarde, y casi me alegro de no haberme enterado.

Tom le dice que va a servirle algo de cenar, porque necesita comer, y Lucille masculla que va a prepararse otro martini. Saca del aparador una botella nueva y le arranca el precinto rojo, que arroja a la mesa. Me apresuro a tirarlo a la basura, porque lo último que necesitamos es que venga la señora Heidelberg y lo vea.

Lucille descorcha la botella con un *¡pop!*

—Tráeme una jarra con hielo y dos copas, Meg —me ordena chasqueando los dedos, como si yo fuera su sirvienta.

Voy a buscarle a Su Alteza lo que me ha pedido. De todos modos, es demasiado tarde para que el señor Oney esté trabajando de chófer.

Cuando Tom me ve picando hielo en el fregadero subida a un taburete, me dice:

—No hace falta que hagas eso, Meg.

—No me importa, Tom, créeme. He hecho cosas peores.

Aun así, me quita el picahielos de las manos.

Llevo las dos copas a la mesa. Como Tom no bebe, espero que la segunda no sea para mí. Dejo las dos donde se sienta Lucille, porque imagino que tendrá pensado beberse dos seguidas.

Tom sirve tres platos de rosbif con salsa y arroz, más un poco de macedonia de frutas para Lucille. Ella desliza hacia él una de las copas.

—Déjalo, Lucille. Ya sabes que no quiero beber —dice Tom, y se la devuelve.

Pero ella le echa un poco de licor de todos modos y vuelve a colocársela delante del plato. Parece la serpiente, tentando a Eva para que se coma la manzana. El asunto tiene muy mala pinta.

—¿Qué bicho te ha picado esta noche? —murmura Tom, poniéndose la servilleta en el regazo—. Ahora que me he molestado en servirte la cena, tienes que comer algo. —Su tono es más severo que nunca.

Lucille señala el plato y comenta:

—No me pasaría por la garganta.

Y, en lugar de comer, enciende un cigarrillo. Esta mujer sería capaz de comer tabaco antes que comida. Entonces saca no sé de dónde el libro azul de Fitzgerald, el favorito de Tom, y lo deja entre los dos, sobre la mesa.

—Gracias, lo he estado buscando —dice Tom. Se lo acerca y le da dos palmaditas, como me hace a mí la señora Heidelberg en la cabeza. ¡Dios mío! No quiero ni pensar en ella.

—He leído tu novela mientras estabais en el lago.

Los dos levantamos la vista. El tenedor de Tom queda suspendido en el aire.

—¿Qué? —dice él.

Lucille cierra los ojos, como si necesitara hacer un esfuerzo para concentrarse.

—He entrado en tu estudio, Tom, y he leído tu novela.

Tom deja el tenedor encima de la mesa.

—Eso no está bien, cariño. Deberías haberme pedido permiso.

—No he podido evitarlo. Después de todo lo que ha pasado, Tom.

Me da un poco de rabia que ella haya sido la primera en leerla.

Se diría que Tom no sabe si sonreír o fruncir el ceño. Hace las dos cosas a la vez.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme qué te ha parecido?

Lucille bebe un buen trago de su copa y, como si estuviera tan cansada que casi no pudiera hablar, lo mira y le dice:

—¿Sabes qué has hecho, Tom? —Sube el tono de voz—. Has plagiado el argumento de Fitzgerald. Hasta los nombres son prácticamente idénticos.

Me quedo inmóvil. No estoy segura de lo que significa «plagiar», pero noto que le tiembla la mano con la que sostiene la copa.

—Pero no... Esos nombres no son los definitivos. Y no es el mismo argumento en absoluto —replica Tom.

Lucille se inclina sobre la mesa y coge otra vez el libro que Tom había acariciado. Lentamente, lo abre por una página donde hay una hoja de papel doblada. Despliega la hoja y lee:

—«Una prohibitiva educación, que en su juventud solo estaba al alcance de las hijas de las mayores fortunas, realzaba la delicadeza de sus rasgos». —Entonces deja en la mesa la hoja, donde supongo que está lo que ha escrito Tom, y lee unas líneas del libro azul de Fitzgerald—: «Una *selecta* educación, que en su juventud solo estaba al alcance de las hijas de las mayores fortunas, realzaba la exquisita delicadeza de sus rasgos».

Tom parece desconcertado, pero ahora entiendo lo que ha querido decir Lucille.

—Bueno, puede que eso sea... No pasa nada, eliminaré esa frase. Mi historia es muy diferente de la suya.

—¿En qué se diferencia?

—En todo. Es una voz completamente distinta.

Lucille bebe otro largo sorbo de su martini. Cuando deja la copa, la bebida salpica la mesa. Con la mirada fija en el plato, dice:

—Un joven va a Princeton y su madre muere, así que se muda a Nueva York, donde trabaja en una agencia de publicidad. Se enamora de una chica, que lo deja para casarse con un tipo rico, y entonces él... —Aprieta los labios rojos—. ¿Qué hace entonces el protagonista de tu historia, Tom?

—Se... —Tom se interrumpe—. Se da a la bebida —afirma.

Por su expresión, entiendo que debe de ser lo mismo que ocurre en el libro de Fitzgerald.

—¡Eso es plagio, Tom! —exclama Lucille, mirándolo. Tiene tan tensos los músculos de la cara que se le marcan las clavículas—. Aunque no todo lo es. Las mejores partes son plagiadas, y las peores...

—Revisaré el texto y eliminaré todo lo que se parezca demasiado. Tú no entiendes el proceso, cariño. Escribir una novela es algo subjetivo y tu opinión aislada no constituye una mayoría.

Lucille hace su gesto de levantar una ceja. Tiene las fosas nasales ensanchadas. Si yo fuera Tom, me pondría fuera de su alcance.

—Aunque tú me vieras como la guapa secretaria cabeza hueca de Bill Davenport... —Sonríe, poniendo cara de guapa secretaria cabeza hueca—. Aunque me vieras así, yo pasaba buena parte de la jornada leyendo originales, cientos de originales, Tom, o incluso miles, y decidía si merecía la pena pasárselos a Bill. Y créeme, muchos de aquellos textos recordaban a este —añade, señalando el libro azul sobre la mesa—. Bill les había puesto un nombre: «los Fitzgerald de pega». Pero ninguno de aquellos manuscritos era un plagio tan descarado como el tuyo, y ni siquiera es ese el verdadero problema...

—Bueno, ya sé que hace falta pulirlo. Es solo un primer borrador. —Tom coge el libro azul y empieza a pasar las hojas—. ¿Ves? Aquí Rosalind tira el anillo. Mi personaje... —Se interrumpe y traga saliva —. Rose... Creo que debería cambiarle el nombre, pero Rose no haría nunca algo así. ¿Lo has leído todo, Lucille? Si lo hubieras hecho, habrías visto que...

—No, porque no he podido seguir leyendo. —Abre mucho los ojos, como si no pudiera creerse que él vaya a preguntarle por qué.

—¿Porque es demasiado parecido al de Fitzgerald? —pregunta Tom. Y después, bajando la voz, añade—: ¿O porque...?

—¡Porque parece escrito por un niño, Tom! ¡El estilo es un horror! ¡Nadie va a publicar esa bazofia!

Tom se echa atrás, como si ella le hubiera dado una bofetada. Pero yo quiero que Lucille se calle y sea amable con él. ¿Acaso no ha oído lo que ha dicho? Escribir es un proceso que ella no entiende.

—Has escrito que Rose es... —Coge la hoja y lee—: Que Rose es «patéticamente, rubiamente hermosa, con una mente como un precario diamante». ¿Qué se supone que significa esa basura, Tom?

Él menea la cabeza. Parece que tampoco sabe lo que significa.

—Es ilegible, Tom. No tiene sentido seguir adelante. Todo lo que has escrito es una sucesión de tópicos... y, aunque no lo fuera, ¿para qué querría alguien leerlo? —Se apoya la mano sobre la cabeza, como haría una loca—. ¿Para qué, si un genio ya ha contado la misma historia mucho mejor que tú? —Cierra los ojos y aprieta los párpados—. No me puedo creer que me hayas vuelto a hacer esto, Tom.

Durante unos segundos, nadie dice nada. Ya ni siquiera me apetece seguir comiendo el rosbif. Tom no hace más que mirarla, como si no la conociera. Ella apoya los dos codos en la mesa, como si estuviera cansada. Sostiene el cigarrillo tan cerca de la cabeza que no me extrañaría que en cualquier momento se le incendiara el enorme rizo rojizo que tiene sobre la frente. ¡Ojalá ocurra! ¡Ojalá toda ella se prenda fuego como un maldito cigarrillo!

—Meg, ¿alguna vez te ha contado Tom qué hacía en Nueva York? —me dice—. Me refiero a su trabajo.

—¡Por el amor de Dios, Lucille! No hace falta repasar todo el...

—Estoy hablando con Meg. ¿Te lo ha contado Tom alguna vez, Meg?

Lo miro a él. Parece una pregunta trampa. Algo horrible emana de ella, de un enfermizo color verde amarillento.

—La respuesta es «nada», Meg. No hacía nada. ¿Sabes por qué? Porque Tom siempre fracasa. En todo.

—Lucille, ¿qué pretendes...?

—Agente inmobiliario, vendedor de automóviles, corredor de bolsa...

—Déjalo ya, Lucille.

—Galerista de arte, importador de vinos... ¡Uf, eso sí que fue un desastre! ¿Y la vez que decidiste cultivar algodón? ¿Te acuerdas, Tom? Es lo único que se puede hacer en este estado dejado de la mano de Dios y ni siquiera eso se te dio bien. —Se quita un zapato negro de tacón y se lo enseña—. Apuesto a que si yo plantara este zapato ahí fuera en el jardín, sería capaz de hacer crecer toda una sección de calzado de Bergdorf Goodman.

Le lanzo mi mirada más agresiva. Lucille sabe que Tom no es tan fuerte como ella. Es un hombre muy sensible. Tom intenta quitarle el zapato, pero ella lo retira bruscamente.

—Estás borracha, Lucille. Tienes que irte a dormir —le dice.

Ella resopla.

—¡Ya puedes hablar tú de borracheras! Y espera, que todavía está el tema de Yale. No podemos olvidarnos de Yale, ¿verdad? —Me mira y bate las pestañas, con una sonrisa terrible de payaso loco—. Meg, ¿sabías que nuestro Tom lo suspendió todo y fue expulsado después de solo dos semestres en la universidad?

—¿Es cierto? —No era mi intención preguntárselo, pero me ha salido sin querer. Habíamos hablado de Yale y de lo mucho que había disfrutado estudiando.

Tom desvía la vista y yo me arrepiento de haberle hablado.

—No me importa —le suelto a Lucille—. ¡Ni siquiera sé cuántos de esos hay en la universidad!

—Muchos más que dos, créeme —responde ella, con una risa seca—. Pero Tom no pasó de los dos primeros. ¡Lucille Heidelberg, casada con un fracasado de categoría mundial! —Da una larga y furiosa calada al cigarrillo. Le corren lágrimas por las mejillas.

Quiero asegurarle a Tom que no es un fracasado de categoría mundial. Quiero darle un abrazo y decírselo. Un trozo de ceniza de su asqueroso cigarrillo cae en su macedonia de frutas. Espero que se lo coma y le siente mal.

—¿Sabes qué es lo peor para ti, Tom? —dice ella, y luego añade en voz baja—: Haberles dicho a tus padres que se sentirían orgullosos de ti cuando recibieras tu gran adelanto.

Tom parece haberse desinflado por completo, como si el aire hubiera abandonado su cuerpo. Toda la alegría se ha esfumado. Ella se la ha arrancado. Es como si la cara se le hubiera deslizado hacia un lado. Algo muy raro, pero no sabría describirlo de otra manera.

Veo que la ceniza se hunde en la macedonia de Lucille y la vuelve gris.

—Creo que deberías subir a tu habitación, Meg —me dice él.

—Sí, Tom.

Dejo el plato sin tocar y me levanto de la mesa. Al cabo de un rato, oigo pasos y la puerta del estudio de Tom, que se cierra.

Tardo mucho en dormirme, pero, cuando lo consigo, me despierta un ruido. Esta vez no son los perros. Creo que es una puerta en la planta de abajo. Todavía está oscuro y mi reloj de cuerda dice que son las cinco de la mañana. Me quedo un rato tumbada, pero, ahora que estoy despierta, me pongo a pensar. Tengo algo importante que

decirle a Tom. Voy a sentarme a mi escritorio y preparo mi discurso en un papel.

Lo que pienso decirle es que, en mi opinión, Lucille no es quién para sentenciar si su libro es bueno o malo. Que haya sido secretaria de Bill no significa que sea una experta, sobre todo si tenemos en cuenta que debía de estar borracha cuando leyó la novela. Y, aunque no le mencionaré quién me lo ha dicho, sé de buena tinta que el alcohol vuelve vagas a algunas personas y agresivas a otras, pero a todas las convierte en estúpidas. El alcohol destruye la personalidad.

También es verdad que Lucille es una persona horrible aunque no beba. Pero eso no se lo diré, porque es su mujer, aunque es lo que opino.

Entonces le pediré a Tom que me deje leer su libro. Aunque no sea material adecuado para una niña de once años, sé reconocer la calidad cuando la veo.

Miro al pasillo y veo que la luz de su dormitorio está encendida y la puerta abierta, pero ellos no están dentro. Bajo sigilosamente la escalera en la oscuridad y veo una rendija en la puerta del estudio de Tom. Me acerco sin hacer ruido, me asomo y, en la penumbra, distingo un montón de papeles desperdigados por toda la habitación. Algunos están rotos, otros arrugados, otros pisoteados e incluso hay uno con un cigarrillo aplastado encima. Entro y empiezo a recogerlos. Me giro y veo a Lucille, que también está en el estudio, tumbada en el sofá de Tom con su camisón blanco. No sé dónde demonios se habrá metido Tom.

—Lucille, tienes que subir a tu habitación —le digo con firmeza, ya que la situación es grave. Solo nos falta que venga Willy May dentro de una hora o dos y la encuentre así, tumbada y borracha, al lado de una botella medio vacía y con un vaso apoyado en la mesita,

sin un mísero posavasos debajo. ¡Va a dejar marca, por el amor de Dios!

Como no se mueve, le toco con un dedo el brazo pálido y le digo, esta vez con más autoridad:

—¡Lucille, levántate! ¡No puedes quedarte a dormir aquí!

Muy lentamente, alza la cabeza. Las líneas negras que se había pintado bajo los ojos se le han corrido por el resto de la cara. Su pelo es un caos rojizo y apelmazado, y tiene un borrón de pintalabios que va desde una comisura de la boca hasta la oreja. Consigue sentarse y por fin se pone de pie, parpadeando y tambaleándose un poco. Parece una loca del manicomio. Todo el que la viera lo diría. Y, sin embargo, tiene el atrevimiento de decirme:

—¿No te tengo dicho que no me despiertes?

—Lo siento, Lucille, pero pronto llegará Willy May, así que tienes que subir a la habitación. ¿Dónde se ha metido Tom? Dímelo.

Nunca le he hablado con tanto descaro. Espero una regañina, pero, en lugar de eso, señala con el pulgar la ventana. Antes de que se vaya, le doy la botella y el vaso. No sé dónde guardan la llave del aparador, así que lo mejor será que suba la botella a su habitación. Me asomo a la ventana del estudio, hacia la noche oscura, y me hago pantalla con las manos a los lados de la cara para ver mejor. Ya apunta un gajo de sol rosado por el horizonte, y en el jardín lateral veo a Tom. Hay justo la luz suficiente para distinguir que una de las botellas de Lucille le cuelga de una mano.

¡Oh, no, Tom! ¿Cómo has podido caer en eso, con lo listo que eres?

Cierro la puerta del estudio y salgo corriendo a buscarlo. Va caminando en dirección al maldito bosque. Tiene el pelo levantado de forma extraña por detrás y un faldón de la camisa por fuera de

los pantalones. Nada de eso es propio de Tom. A él le gusta ir bien arreglado. Lo veo beber a morro de la botella.

Cuando lo alcanzo, le digo:

—¡Ya basta, Tom! Ahora tienes que venir conmigo y subir a acostarte.

Se gira, me sonríe y replica:

—Meg, ¿cómo estás? Me alegro de verte. —Lo dice como si estuviéramos en una maldita fiesta de la Quinta Avenida.

—Yo también me alegro de verte, Tom. Ahora ven conmigo, antes de que lleguen la criada o tu madre y te vean en este estado.

Me pasa una mano por los hombros y me dice, como si de verdad lo creyera:

—Estoy muy orgulloso de ti, Meg. Espero que lo sepas. Muy orgulloso de ti.

—Yo también estoy orgullosa de ti, Tom, pero es hora de volver a casa.

Me lleva un rato tirar de él, suplicarle y encaminarlo hacia la casa, pero al final consigo orientarlo en esa dirección. Se deja guiar por el codo y lo ayudo a subir los peldaños del porche y a entrar en la casa. Le digo lo mismo que le he dicho a Lucille:

—Llévate la botella arriba. Así, muy bien.

Subo con cuidado la escalera detrás de él. Es una sensación a medio camino entre ayudar a un niño pequeño y a una anciana. Al final del pasillo, lo dirijo hacia su dormitorio, donde Lucille ya está profundamente dormida. Tom se sienta bajo el dosel de la cama y después se tumba sin quitarse los zapatos. Se le cae algo de los bolsillos. ¡Dios mío! Los tenía llenos de tierra, palos y hojas. Le digo que no puede traer toda esa basura a casa, pero tendré que dejar la limpieza para más adelante. Lo importante es que ya están los dos

en la cama. Escondo las dos botellas y el vaso de Lucille en la cajonera de Tom.

Entonces Tom se incorpora en la cama. No lleva puestas las gafas y se le notan las pecas. Parece un niño.

—Lo siento, Meg. Sé que soy un desastre como padre.

—No eres ningún desastre, Tom. Todos podemos tener un mal día. Es parte de la vida.

—Gracias por cuidarnos, Meg.

—De nada, Tom.

Puede que Lucille se vuelva más vaga y agresiva cuando bebe, pero Tom se vuelve más cariñoso. Apuesto a que la señora Heidelberg se alegraría de saberlo, si al menos pudiera decírselo.

Son casi las siete. Willy May llegará de un momento a otro. Sabe Dios lo que esos dos habrán dejado fuera del aparador. Todo el dormitorio huele como una maldita fábrica de licor. Casi me emborracho con solo respirar. Tengo miedo de que el olor escape por debajo de la puerta.

Tom se incorpora de nuevo, como si tuviera algo importante que decir.

—Meg... ¿Meg? —me llama.

—¿Sí, Tom?

—Mañana iremos a nadar, ¿de acuerdo?

Le sonrío. Mi dulce y querido Tom.

—Sí, claro que sí. Mañana iremos a nadar.

A las siete, cuando llega Willy May, tengo todo bajo control. Los platos limpios, y las encimeras restregadas, por si ha venido con un sabueso. He recogido todas las hojas del estudio de Tom y he cerrado la puerta.

Le digo a Willy May:

—Hoy Lucille y Tom no se encuentran bien. Deben de haber pillado un catarro o algo. Han dicho que será mejor que vuelvas a la casa grande, para no contagiarte.

Espero que eso también mantenga alejada a la señora Heidelberg. No la hemos visto en toda la semana.

—¿Los dos están enfermos?

—Así es. Los dos. Tom ha dicho que te vayas, que estaremos bien.

Cuando Willy May se marcha, doy una vuelta por la casa para comprobar si he dejado algo sin recoger o limpiar. Cuando me doy por satisfecha, me siento a estudiar mi nuevo libro de aritmética. Más vale ir adelantando un poco el trabajo.

Es difícil prestar atención cuando al otro lado del pasillo tienes un problema mucho más complicado que sumar fracciones.

«Solo ha sido una noche», me digo a mí misma.

Y todo el mundo necesita beber una copa de cuando en cuando. Hasta el presidente Roosevelt lo dijo una vez en el periódico.

Cuando ya casi he conseguido convencerme, aparece el coche negro —quién lo iba a decir— y se detiene delante de la casa.

Me pongo rápidamente unas enaguas y bajo corriendo la escalera. La señora Heidelberg está llamando a la puerta como si quisiera tirarla abajo. Yo la había cerrado con pestillo, justo por si pasaba esto. No hay precaución suficiente contra una madre preocupada.

Abro la puerta y, de entrada, me dice:

—¿Por qué estaba cerrada, Meg? Willy May me ha dicho que Tom y Lucille no se encuentran bien.

—Sí, señora, así es. Están arriba, descansando.

Da un paso adelante, pero yo no me muevo de la puerta. No sé si será posible impedir a una mujer como ella la entrada en una casa.

—Señora Heidelberg, no le conviene subir, créame. Esos dos no paran de estornudar y toser. Sería una pena que se contagiara. A su edad, un catarro puede convertirse en gripe; una gripe, en algo todavía peor, ¿y qué podría pasar entonces? Podría ser el último resfriado de su vida.

La parte de la edad parece haberle molestado un poco.

—¿Cómo de enfermos están?

—No... mucho. —Creo que me he pasado y lo he presentado como si estuvieran en el lecho de muerte—. Es solo que Tom no quiere contagiarla.

—Pero soy su madre. No me importa si me contagio.

Ahora el corazón me late como si quisiera salírseme del pecho. Por supuesto, hoy la señora Heidelberg ha venido otra vez vestida de rojo, un color contra el cual resulta difícil discutir. Decido sacar la artillería pesada. Habría preferido no llegar a esto.

—Señora Heidelberg... La verdad es que Tom ha dicho que no quiere verla.

Se queda con la boca abierta y noto que el pintalabios rojo se le ha expandido por las pequeñas arrugas que tiene en las comisuras.

—¿Porque... está enfermo?

Niego con la cabeza e intento parecer avergonzada.

—Ya... ya veo —dice ella—. Bueno, entonces lo llamaré por teléfono más tarde, para preguntar cómo están.

—Buena idea. Llámelo por teléfono. La cojo del brazo y la dirijo hacia el porche.

Le tiemblan los labios.

—Meg, ¿cómo se siente Tom, después de todo lo que pasó el fin de semana?

No puedo mentirle, al menos sobre eso.

—Está destrozado, señora Heidelberg.

Traga saliva y los ojos se le llenan de lágrimas. Levanto la vista y veo al viejo señor Oney, que la está esperando en el coche.

—Se le ve muy triste —añado—. Ojalá supiera cómo ayudarlo.

—A mí también me gustaría saberlo —susurra—. ¡No sabes cuánto! —Me coge una mano—. Por favor, vigílalo por mí, Meg. ¿Lo harás? ¿Me avisarás si empeora?

Se me forma un nudo en la garganta, recordando que esta mañana parecía un niño.

—Sí, señora. La avisaré.

Tom y Lucille duermen el resto de la mañana y yo mientras tanto me cuelo en el estudio de Tom e intento leer algunas páginas de su novela. Pero, con los folios mezclados y sin numerar, nada de lo que leo tiene mucho sentido. En todo caso, ahora entiendo por qué le gusta a Tom trabajar en esta habitación. Es tranquila, con tres ventanas que dan al jardín delantero. Su silla gira chirriando en un círculo completo. Lo compruebo un par de veces. Después pulso una tecla de la máquina de escribir. La palanca golpea el rodillo y doy un respingo. Me siento como una delincuente, husmeando y tocando cosas que no son mías... ¿Y qué es eso?

Debajo de una estantería, como si alguien lo hubiera empujado con el pie, distingo algo amarillo. Lo saco y resulta que es una lujosa caja de veintidós lápices de colores, con un círculo cromático en el dorso. ¡Incluso viene con un libro para colorear! Debe de ser un recuerdo de cuando vivía aquí la familia de la malvada Gloria. Me la

llevo al salón, ya que desde allí se dominan la puerta principal y la escalera.

El libro de colorear se titula *Diversión con las canciones infantiles tradicionales* y todas las ilustraciones tienen gruesos contornos negros, para que no te salgas cuando las estás pintando. Están la pequeña Bo-Peep, la vaca que salta la luna y el travieso Jack, ese tipo de cosas. No sé cuántos años tendrá la hermana pequeña de Gloria, pero lo que sí sé es que no se le da muy bien colorear. Parece como si hubiera hecho rayas con el primer lápiz de colores que encontró sin intentar siquiera mantenerse dentro de los contornos, pintando como una loca, sin un plan establecido. Árboles rosas, cielos color lima y gatos morados. ¡Qué rabia me da cuando lo miro! Intento arreglar un poco algunos de sus desastres. Primero trazo una línea negra más gruesa en torno a la pequeña Bo-Peep, para tapar los garabatos y que no parezca que la niña ha metido un dedo en un enchufe. Pienso en Birdie y en su manera de arreglar el despacho. Sabía que pronto tendría que volver a su casa, pero quiso dejarlo más agradable para mí, para que no tuviera que pasar todo el tiempo en un sitio tan horrible. Apuesto a que Birdie colorea muy bien.

Después de repasar los contornos, busco el color más adecuado para tapar los que están mal. El problema es que faltan los colores más importantes de la caja: el rojo, el azul y el amarillo más básicos. Es una pena. Pinto el sol de bermellón y la hierba de azul marino, y, aunque el resultado es interesante, sigue estando un par de tonos apartado de la realidad.

Tras un rato retocando los colores, comienzo a sentirme un poco mejor. Todo volverá a ser como antes. Tom dormirá la borrachera, como hace Lucille, y, cuando se despierte, podremos empezar otra vez desde cero, como una familia.

Hacia las doce, Tom baja la escalera con la misma camisa azul de ayer. La lleva un poco por fuera de los pantalones y tiene el pelo revuelto. Cuando me ve, baja la vista para mirarse y niega con la cabeza, como si le sorprendiera haber llegado a este punto. Creo que se le ha olvidado para qué ha bajado.

—Tom, creo que sería importante... —Lo intento de nuevo, tal como he estado practicando—. Tom, creo que sería importante pedir una segunda opinión de tu novela. Si ordenas las páginas y me dejas leerla, podría decirte lo que pienso, ya que, por lo que he oído, una segunda opinión es muy importante en la vida. —Lo he dicho todo mal.

Tom sonríe, pero su sonrisa es triste. No parece el de siempre.

—Te lo agradezco, Meg, eres muy amable. Pero me gustaría pensármelo. ¿Estarás...? ¿No te importa quedarte un rato sola? Hoy no creo que me apetezca nadar.

—No te preocupes por mí, Tom. Estaré bien.

Ya se está dirigiendo a la cocina. Voy detrás.

—Lo he limpiado todo antes de que viniera Willy May esta mañana y he apilado las páginas de tu novela en tu escritorio. He guardado las botellas en tu cajonera y tu madre... —Quizá no debería mencionarla—. Tu madre ha venido esta mañana, y yo le he dicho que Lucille y tú estabais enfermos y que era mejor que... no entrara, ni...

Coge la jarra de Lucille con un poco de hielo y se la lleva a su estudio, junto con una copa. Lo sigo hasta la puerta.

—Pero va a llamar... por teléfono...

Ha sacado una botella nueva del aparador y la ha dejado sobre su escritorio, con todo lo demás.

—Gracias, Meg —me dice—. Nos vemos un poco más tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, Tom.

Cierra la puerta.

Vaya, no había pensado que esto pudiera pasar. Creía que lo de anoche había sido una horrible excepción a la regla. Ni siquiera Lucille empieza a beber tan temprano, porque dice que el consumo de alcohol durante el día engorda a las mujeres.

Cuando Lucille finalmente baja, me dice:

—Sigue la juerga, ¿no?

No sé qué ha querido decir con eso, pero me gustaría retorcerle el cuello. Por haberle puesto a Tom aquella copa delante del plato y por haberlo llamado «fracasado de categoría mundial». ¿Qué esperaba que hiciera después de eso? ¿Que pidiera un té caliente? ¿Que se fuera a dormir pronto?

No he podido hablarle con mucho respeto cuando me ha preguntado cómo había ido el día.

—Ha venido la señora Heidelberg. Le he mentido diciéndole que estabais los dos acatarrados y que era mejor que no subiera para no contagiarse.

—Bien hecho, Meg —replica—. Eso mismo se me tendría que haber ocurrido a mí hace mucho tiempo.

No le doy las gracias. Y eso que normalmente me deshago de gusto cuando alguien me dice que he hecho algo bien.

—Yo no perdería el sueño por esto —añade—. Créeme, ya lo he vivido antes. Pasará unos días bebiendo, después dormirá la mona y todo volverá a ser como antes. Y, si se entera su madre, ¿qué podría hacernos? ¿Dejar de pasarnos el dinero? —Se ríe como si hubiera dicho algo gracioso.

Entonces decide prepararse un maldito martini. Le digo que no se moleste en buscar la jarra, porque Tom se la ha llevado a su estudio.

Ahora sí que estoy asustada. La madre de Tom está muerta de preocupación y, si descubre que le he mentido no solo sobre la bebida de Lucille, sino también sobre Tom, me devolverá a las Huérfanas sin darme tiempo a reaccionar. Pero, si los delato, será Lucille la que me devuelva. No sé cómo podría ganar la pobre Megadera este juego tan confuso.

Cuando suena el teléfono, baja Lucille para coger la llamada. La oigo decirle a la señora Heidelberg que siguen acatarrados y que lo mejor será que se queden un tiempo en casa sin ver a nadie. Lo dice con el teléfono en una mano y el maldito martini en la otra.

Mi cena son unas lonchas de jamón y unos boniatos cocidos, que como fríos. Puede que Lucille tenga razón. Tom beberá hasta perder el sentido y, dentro de un día o dos, se despertará y volverá a ser el de siempre.

Por la noche muy tarde me despierto de nuevo. ¿Lo estará increpando ella o habré sido yo la que gritaba? Pero no, es la voz de Tom. Y no está gritando... Me parece que está cantando. Suena como si estuviera cantando en el jardín. Estoy tan cansada, después de despertarme de madrugada dos noches seguidas, que los huesos no me responden. Pero, cuando voy a mirar por la ventana, veo que era verdad. Está cantando a voz en cuello y buscando cosas en el suelo. Cuando encuentra algo que le gusta, lo recoge como si fuera una moneda hallada en la acera y lo examina, quizá para decidir si se lo queda. Puede que esté buscando puntas de flecha indias. Le gusta hacerlo. Sea lo que sea, sonríe y se guarda lo que ha encontrado en el bolsillo del pantalón.

Abro la ventana.

La canción dice algo de «tu adorable rostro».

No sabía que Tom cantara tan bien, pero tiene una voz fuerte y potente que resuena por todo el jardín y se derrama por el largo sendero que baja desde la casa. Recuerdo esa música de cuando era pequeña y vivía con mi madre. Enrollábamos la alfombra azul y nos poníamos a bailar al ritmo lento de esa canción.

Se agacha y recoge otra cosa, pero enseguida la tira al suelo. Bebe un trago de la botella y se pone a cantar otra vez.

—¡Tom! —le grito—. ¿Qué haces ahí fuera? ¡Tienes que subir a acostarte!

Se detiene y mira a su alrededor y hacia mí. Entonces levanta una mano y me saluda, como si yo fuera una vieja conocida suya de Yale. Lleva puesta la misma camisa azul, bastante sucia.

—Meg, siento haberte despertado. Vuelve a dormir, ¿de acuerdo?

—No puedo, Tom. ¡Cantas tan fuerte que hasta los de Memphis se habrán despertado!

Sonríe.

—De acuerdo, pavita. No cantaré más si me prometes volver a la cama.

Pero quiero que él también se vaya a dormir.

—Tom, por favor, entra y descansa un poco, así mañana podremos ir a nadar. ¡Por favor!

Deja de sonreír y se me queda mirando. Le cae tierra de los dedos y quizá alguna cosa más.

—Estoy muy orgulloso de ti, Meg —me dice, como si no hubiera oído nada de lo que le he pedido—. Muy orgulloso. Eres espectacular, Meg. Ahora vuelve a la cama, ¿de acuerdo?

—Sí, Tom.

—Buenas noches, Meg.

—Buenas noches, Tom.

Me despierto sobresaltada. Willy May llegará en cualquier momento y... ¡Dios mío! ¿Qué hora es? ¡Ya son las seis y media! La puerta del dormitorio de Tom está abierta de par en par. Corro escaleras abajo. Las luces están encendidas en toda la casa... y todo parece en orden, tal como lo dejé anoche. El estudio de Tom está cerrado y no hay ni rastro de cera roja por ninguna parte, pero entonces recuerdo el jardín. Por el modo en que cantaba borracho, es probable que haya dejado alguna botella tirada por el suelo.

Voy a la cocina y abro la puerta trasera. Está empezando a amanecer y todo se tiñe de rosa.

Cuando acabo de cerrar la puerta tras de mí, veo a Lucille. ¡Que el Señor se apiade de nosotros! Primero Tom, ¿y ahora ella también? Lleva puesto un camisón blanco que cualquier mujer sensata se pondría para meterse en la cama y no para salir corriendo por el bosque como una lunática. Cuando se acerca, veo que tiene desgarrones en la falda y largos arañazos en los tobillos. No sé si está borracha, pero seguro que algo le pasa.

—Lucille, ¿dónde estabas? ¡Vas a meternos a todos en un lío! —No sé cómo me atrevo a hablarle así, pero ya estoy harta de ella.

Se detiene y apoya las manos en las rodillas, jadeando.

—En el lago —dice. No ha ido a nadar, de eso puedo estar segura. Preferiría arrancarse un brazo a mordiscos antes que mojarse el peinado.

—Ve a acostarte con Tom antes de que llegue Willy May. Estás hecha un desastre —le digo.

Tiene hojas en el pelo y la mirada de un animal salvaje. Está intentando recuperar el aliento y, después de cada bocanada de aire, logra decir unas pocas palabras.

—Tom no está en la cama, se ha... se ha atado unas bolsas a los brazos y las piernas... Se ha llenado de piedras los bolsillos... y se ha...

¿De qué estás hablando? No sé si se lo pregunto, pero lo pienso.

—Ha remado hasta el centro del lago y se ha tirado al agua.

Me la quedo mirando.

—El centro es muy profundo —es lo único que atino a decir.

Pasa corriendo a mi lado y ahora ya está dentro de la casa. La oigo aullar al teléfono.

—¡Enviad a alguien! —grita—. ¡Está ahí fuera...! ¡No! —dice después—. ¡Lo he visto! ¡Está en el lago! ¡Se está ahogando!

Oigo una ráfaga de viento en los oídos. La persona al teléfono no le cree.

—¡No! ¡No se ha marchado! ¡No tiene fiebre! ¡ESTABA BORRACHO Y HA SALTADO AL AGUA EN MEDIO DEL LAGO!

Lucille deja caer el teléfono al suelo y el golpe me sobresalta. Sale por la puerta principal y yo corro tras ella. No quiero quedarme sola. Se mete en el coche y arranca el motor, de modo que yo abro la puerta trasera y me monto también. Mientras conduce, se inclina hacia delante, aferrándose al volante, y, tras tomar dos curvas, frena bruscamente en lo alto de la colina junto al lago. Oigo ruido detrás de nosotras. Están llegando unas furgonetas y de una de ellas bajan un hombre de color y un chico de mi edad, también de color. El chico viene corriendo.

Lucille señala el centro del lago, gritando. Pero yo solo oigo el viento dentro de mi cabeza. La barca vacía está flotando cerca de la orilla. El chico se adentra caminando en el lago, sin quitarse ni remangarse los pantalones, y saca la barca a rastras. Ahora también están aquí el señor Heidelberg mayor y el hermano de Tom. Lucille les grita con todas sus fuerzas, a través del viento, que se den prisa.

El hermano de Tom y el chico van remando hasta donde el agua es terriblemente profunda y saltan por la borda. Lucille y yo los vemos sumergirse. Le sujeto la mano con fuerza. Sus uñas se me clavan en la piel.

Uno de ellos sale a respirar y vuelve a sumergirse. Enseguida sale el otro y hace lo mismo. No sé cuánto tiempo puede vivir un hombre bajo el agua.

Lucille se derrumba sobre la hierba mojada y me arrastra con ella al suelo. Veo a la señora Heidelberg junto a su marido, doblada hacia delante, como si le costara respirar. Nos mira a Lucille y a mí como si fuéramos cómplices de algo.

Pasa mucho rato hasta que el chico sale a la superficie y grita:

—¡Lo he encontrado!

Está en el centro, donde el agua es muy profunda, demasiado profunda para los que acaban de aprender a nadar o los que se han llenado de piedras los bolsillos y se han atado bolsas pesadas a los pies y los brazos.

Hacen falta muchos hombres para arrastrarlo hasta la orilla.

Al menos es lo que he oído. Esa parte no la he visto con mis ojos. Nos han hecho marcharnos a la señora Heidelberg, a Lucille y a mí cuando lo estaban sacando. Pero lo veo con claridad en mi cabeza.

Tom cantando todavía, mientras se hunde en el lago.

## 40

Cuando intento imaginar los últimos días, veo las páginas del libro de colorear que pintó mi prima, garabateadas con furia con el primer

lápiz que encontró sin importarle que el color no coincidiera con la realidad de las cosas.

Vinieron a casa algunas personas. De todas, yo solo conocía a la madre de Marybeth y a la de Gloria. Lucille salía a la puerta y allí se quedaba, aturdida y confusa hasta que entraban. Nadie la llamó «basura blanca», ni ella le dijo a la madre de Marybeth que no le vendría mal saltarse una comida, ni felicitó a la de Gloria por ganar el premio a la más fea. Hace falta que muera un hombre para que algunas personas aprendan un poco de urbanidad. Esta vez, esas madres cristianas se llevaron a Lucille a la planta de arriba, le quitaron por fin el camisón blanco e hicieron que se diera un baño. Son cosas que ellas saben hacer. Mientras tanto, hablaban de Jesús y decían que lo que necesitaba Lucille era que Nuestro Señor la ayudara a superarlo todo, lo mismo que a los padres de Tom.

—Al médico le preocupa Isabelle. También Tom Grande está muy afectado —dijo la madre de Marybeth—. Lucille, deja que nos llevemos a Meg a casa un tiempo, hasta que te encuentres un poco mejor.

—¡No! —exclamó Lucille—. Necesito a Meg aquí conmigo. No quiero quedarme sola.

Parecía muerta de miedo y las señoras no insistieron. Yo intenté alegrarme, ya que no iba a devolverme enseguida al orfanato, pero la idea de quedarme en la casa sin Tom me daba ganas de apoyar la cabeza en cualquier cosa y echarme a llorar.

Pero no lo he hecho. Es extraño. No he llorado, aunque me gustaría hacerlo. Quizá he enterrado tan profundamente las lágrimas por la otra madre que ya nunca volverán a salir. Solo siento frío y me tiembla todo el cuerpo.

La madre de Gloria dijo que enviaría a «su chica» a poner orden en la cocina y asegurarse de que comiéramos bien, ya que Willy May

no iba a querer apartarse ni un segundo de la madre de Tom. Cuando vino aquella tarde la criada enviada por la madre de Gloria, apenas dijo dos palabras y desde entonces no ha dicho mucho más. Limpió la cocina, preparó una sopa con arroz, un estofado y, en general, cosas fáciles de tragar.

De todos modos, yo tampoco habría conseguido hablar mucho. Es como en las Huérfanas, cuando las niñas que llegaban se quedaban mudas y se tiraban semanas sin decir palabra. Tanto ruido por dentro y no éramos capaces de articular ni un maldito sonido.

Cada vez que me veía, Lucille cerraba los ojos, esperando quizá que yo desapareciera si los mantenía cerrados el tiempo suficiente. Pasaba la mayor parte del día en la cama. Una vez, al ver que no salía en toda la tarde, le deslicé una nota por debajo de la puerta. «Hola», le decía en la nota.

No recibí respuesta.

Al cabo de un rato, le puse otra que decía: «¿Cómo estás? Yo estoy bien». Y, por si se le había olvidado que yo estaba en la casa, le escribí otra enseguida: «Soy Meg».

Cuando pasó el tiempo sin ninguna reacción por su parte, me empezó a preocupar que estuviera planeando algo. Esperaba que no fuera nada relacionado con piedras en los bolsillos. Solo me faltaba que se murieran los dos. Habría sido un billete de vuelta a las Huérfanas.

Finalmente, Lucille bajó la escalera para coger el teléfono. Me quedé escuchando y me enteré de que el funeral sería un par de días más tarde. Sería algo íntimo, solo para los más próximos. Sin maquillar, Lucille parecía mayor, pero también más infantil. Tenía el pelo lacio y sin gracia. Aunque me inspiraba tan poco afecto como antes, me preocupó que llevara mucho tiempo sin comer nada.

Cuando colgó el teléfono y se quedó mirando al vacío, le pregunté:

—¿Adónde se han llevado a Tom?

—Lo tienen en la casa grande hasta el día del funeral. —Y enseguida añadió—: Por supuesto, tenían que llevarlo con la arpía de su madre.

¿Habría preferido Lucille que lo trajeran aquí? ¿Que lo acostaran muerto en el sofá que parece una verdura? Creo que yo sí lo habría preferido. Sería mejor que imaginarlo en ese salón grande y frío con la señora Heidelberg llorando a su lado.

—¿Podremos verlo? —pregunté.

—No lo sé... Solo quiero estar sola.

Subió otra vez a su habitación, mientras yo pensaba: «Puede que las dos seamos lo único que le queda a la otra, ¿y aun así quiere estar sola?». Pero ya había cerrado la puerta, dejándome parada al pie de la escalera.

La víspera del funeral, Willy May viene con algo de comida. Me abraza y me pregunta:

—¿Cómo estás, Meg?

¿Qué puedo responderle? ¿Que tengo un viento constante soplando en los oídos? ¿Que todas las noches oigo perros que gruñen y devoran a un pobre animal?

—¿La señora Heidelberg está...? —Me da miedo preguntar lo que realmente quiero saber.

Willy May niega con la cabeza.

—Está muy mal, Meg. Postrada en la cama, enferma. Necesita que la atienda todo el tiempo.

Sé que la señora Heidelberg me culpa por lo que ha pasado. No se lo reprocho. Yo también me culpo.

Si le hubiera dicho la verdad sobre la bebida, quizá Tom aún estaría vivo. Willy May ha traído una fuente tapada de algo que llama «una cazuela», que es lo que comes cuando no puedes pensar con claridad. Carne, verduras, queso y salsa, todo reunido en un mismo plato para mayor sencillez. Me enseña a encender el horno con mucho cuidado y me pide que no deje de comer. Después, como por obligación, añade:

—Y procura que coma también la señorita Lucille.

Le pregunto qué pasará con la escuela, que empezó hace unos días.

—Ninguna de tus primas está yendo a clase esta semana —responde.

Me alegro. Al menos no seré la única en tener que ponerse al día.

Antes de irse, me abraza con fuerza durante mucho tiempo. Es el primer abrazo verdadero que me dan desde la muerte de Tom. Entonces todo me sale a borbotones: las lágrimas y el dolor. El viento ya no sopla de una manera tan terrible. Willy May me frota la espalda y, aunque ni siquiera sé su nombre completo, le pregunto si puedo irme con ella y quedarme en su casa.

—No, pequeña. Ahora tengo que ir a cuidar a la señora Isabelle. Todos tienen muchas cosas que hacer. Además —añade con disgusto —, la señorita Lucille quiere que te quedes aquí con ella.

No me dejan ir al funeral. Al principio pienso que es porque la señora Heidelberg no soporta la idea de verme. Pero Willy May me dice que es porque Tom se suicidó y por eso no permiten que asistan los niños.

Me habría gustado ir, y creo que a Tom también le habría gustado que fuera. En lugar de eso, veo desde mi ventana cómo se

lleva el señor Oney a Lucille, vestida de negro, con zapatos y sombrero a juego. Hay que reconocer que incluso para ir a un funeral tiene estilo.

Se supone que van a enterrarlo junto a la pequeña iglesia cerca del pueblo. No quiero ni pensar en las miradas de odio que le lanzará la señora Heidelberg a Lucille durante la ceremonia.

Hasta ahora me he quedado sola en esta casa dos veces: la primera, cuando Lucille se marchó, y la segunda ahora, para el funeral de Tom. Me echo a temblar pensando en cuántas cosas más podrían pasar. Me tumbo en el suelo de la biblioteca con el tomo de la F de la enciclopedia y busco la palabra «funeral». Al menos así podré enterarme de lo que me estoy perdiendo.

Leo que en el tipo de ceremonia de los Heidelberg, que es un rito cristiano, rezarán por el alma de Tom, lo meterán en una caja de madera y lo enterrarán, para que el polvo vuelva al polvo. No es mucho, en comparación con lo que hacen en otros sitios.

En un lugar llamado Mongolia, te descuartizan y dejan que los buitres se coman los trozos. Los habitantes de Sulawesi te entierran y luego te desentierran cada tres años, para ver qué tal estás. En muchos sitios, simplemente te queman hasta que no queda nada de ti.

Me pregunto qué aspecto tendría el cuerpo de Tom cuando lo sacaron del agua, después de hundirse con las piedras. Me preocupa que sus gafas se hayan quedado en el fondo del lago. Eran importantes para él. Siempre se las quitaba y las dejaba en un lugar seguro antes de ir a nadar. Pero ¿tendrá también esa precaución una persona que piensa saltar al agua y no volver a salir? No hay un libro en el mundo donde buscar la respuesta a esa pregunta.

En un lugar llamado Filipinas, habrían vestido a Tom con un elegante traje de rayas y lo habrían sentado junto a la puerta de la

casa. Le habrían dado un plato de comida para picar y le habrían puesto un cigarrillo en la boca. Hay una fotografía donde se puede ver un ejemplo de esa costumbre.

Al cabo de un rato, me digo que ojalá no hubiera estado tanto tiempo mirando esa foto. Una vez que has visto algo así, es difícil olvidarlo, sobre todo antes de irte a dormir.

Cuando Lucille vuelve a casa después del funeral, yo estoy muy concentrada leyendo *La llamada de lo salvaje*. Ha sido un alivio alejarme un rato de esta realidad. Pero aquí está ella, que entra haciendo mucho ruido con los tacones y va directamente a la cocina. Le pregunto si la gente ha rezado por el alma de Tom. Está temblando de la cabeza a los pies y tiene que apoyarse en el fregadero.

—Esta familia me trata como si fuera basura y me pudieran pisotear. ¡Yo era su mujer, por el amor de Dios! —Coge un trozo de hielo de la nevera y empieza a picarlo—. ¿Quién se creerá que es esa bruja? ¿La maldita reina de Inglaterra? Alguien tenía que ponerla en su lugar, así que se lo he dicho: «Tú mataste a Tom. Por tu culpa nunca dejó de ser un niño, un necio...». —Va hasta el aparador, saca una botella y, sin dejar de hablar, vierte todo su contenido en una jarra—. ¿Y sabes lo que ha hecho la muy arpía delante de todo el mundo? ¡Me ha arrancado los pendientes de las orejas, diciendo que son reliquias familiares y que no merezco llevarlos!

Arrancarle esas joyas a Lucille no ha debido de ser nada fácil. Me cuesta imaginarlo.

Coge la jarra y una copa, me aparta de un empujón y sube al dormitorio. La cazuela está en la nevera. La miro unos segundos, pero no tengo hambre. En lugar de comer, subo, lleno la bañera y me quedo escuchando el eco que produce el agua en la habitación. Después me sumerjo y contengo la respiración, pensando en Tom.

Si me hubieran dejado ir al funeral, le habría llevado a escondidas su libro favorito de Fitzgerald. Lo habría deslizado por debajo de la tapa del ataúd y le habría dicho por última vez:

—Que duermas bien, Tom.

Unas mañanas más tarde, Lucille coge el teléfono y pide que la conecten con tal o cual bufete de abogados de Nueva York. Al cabo de quince minutos, la llaman. Me quedo cerca para escuchar, porque no tengo nada mejor que hacer, pero también por si la llamada tiene algo que ver conmigo.

No oigo todo lo que dicen al otro lado de la línea, pero consigo deducir lo siguiente: cuando alguien se muere, te dan dinero, pero se tienen que cumplir unas condiciones, a menos que el muerto lo haya dejado todo por escrito.

Después de colgar, Lucille vuelve a levantar el auricular y le pide a la operadora:

—Póngame con la casa de los Heidelberg, por favor. Con el número 14.

Entonces le dice al señor Heidelberg que irá a hablar con ellos al día siguiente.

Por la mañana, se viste muy elegante y se peina con el gran rizo rojo a un lado de la cara. Me llama para que la ayude a abrocharle los botones de la espalda. Hace tanto que nadie me dirige la palabra que me alegro de hacer algo útil.

—Enseguida vuelvo —me dice.

—¿Cuándo? —pregunto.

Es una costumbre que tengo, pero también me parece razonable preguntárselo cuando lleva toda una semana prácticamente sin mirarme.

—Voy a la casa grande, a hablar con Isabelle y Tom. —Respira hondo—. Deséame suerte.

—Mucha suerte —le digo, porque creo que la va a necesitar.

Cuando aún no ha pasado ni una hora, vuelve y da un portazo que hace temblar los cuadros de la pared. Parece como si ya nadie tuviera nada bueno que decir al entrar en esta casa. Otra vez está al borde de las lágrimas. Se quita los guantes de un tirón y los golpea contra la mesa.

—¡Bueno, ahora ya sé lo que piensa de mí esa maldita familia!

¿De verdad tenía alguna duda?

—Tom no ha dejado testamento. No tenemos nada a nuestro nombre: ni una casa, ni un coche, ni nada. ¡Lo único que me ha dejado es un poco de ropa y una puta máquina de escribir!

Empiezan a brotarle las lágrimas y yo la acompaño al estudio de Tom, donde abre de un tirón el cajón más alto del escritorio y se pone a revolver.

—«¿De qué esperáis que vivamos mi hija pequeña y yo?», les he dicho.

Es bastante horrible oírlo expresado de esa forma, pero mantengo la boca cerrada.

—Y me han respondido que necesitan un poco más de tiempo «para evaluar mejor la situación». ¿Qué demonios significa eso? —Cierra el cajón de golpe, abre el siguiente y se pone a rebuscar dentro—. Así que supongo que estamos solas tú y yo, Meg —dice—, mientras ellos se toman su tiempo para decidir sobre nuestras vidas. Nos tienen totalmente a su merced y sin un maldito centavo.

Al menos estamos a la merced de una familia rica. Cuando ya ha revisado todos los cajones de Tom, el armario y la estantería de los libros, y se ha convencido de que no hay nada de valor, va al

aparador y se prepara un martini. Se lo bebe y se sirve otro. Se bebe también el segundo y así sigue. Son apenas las diez de la mañana.

## 41

Por las mañanas, el suelo me parece más frío bajo los pies. Todas las noches oigo aullar a los perros cazadores de esclavos, que corren y acosan a un animal y después lo despedazan bajo mi ventana. Cada vez están más hambrientos, porque tienen que acumular reservas para el invierno.

Según Willy May, mis primas ya han vuelto al colegio. Si me lo hubierais preguntado hace un par de semanas, habría dicho que nada en el mundo podía interponerse entre la escuela y yo. Pero la cuestión es que ahora tengo miedo de ir. Lucille dice que, si me voy de esta casa, es posible que no la encuentre cuando regrese.

—¿Y entonces quién será tu tutor legal? Yo no, monada.

Si ella se marchara, me devolverían directamente al lugar de donde vine.

Cuando Willy May me pregunta por qué no voy a la escuela, trato de parecer muy triste y le digo que todavía no estoy preparada. Necesito estar afligida por la muerte de Tom durante un poco más de tiempo. Por lo que he oído, la señora Heidelberg sigue postrada en la cama y está demasiado débil para preocuparse por mi falta de asistencia a la escuela.

Solo espero que Lucille se canse de tenerme cerca y me envíe al colegio dentro de un par de semanas.

Lucille y yo tenemos días buenos y malos. Supongo que se podría decir que hemos establecido una rutina. Las mañanas son llevaderas porque ella duerme hasta tarde. Yo intento hacer lo mismo, si no se

ha despertado por la noche y se ha puesto a beber otra vez. Hacia el mediodía, ya se está preparando su primer martini, por lo general vestida con la misma ropa que llevaba la noche anterior.

Yo me las arreglo bastante bien para mantener la casa ordenada. Solo nos faltaría que Willy May fuera con el cuento de que somos un par de vagas. Paso la aspiradora por la alfombra azul, pongo nuestra ropa en la lavadora eléctrica y después la tiendo fuera para que se seque. Para el desayuno he aprendido a preparar el café de Lucille y a servírselo como si fuera su criada, y también a calentar la comida sin quemar la casa. Hacia las cinco, Lucille me dice que podría comer algo, lo cual significa que probará un poco de ensalada de jamón, algo de macedonia de fruta y un bocado o dos del postre de gelatina. Si fuera posible hacer una ensalada de martinis, se la comería. Para la cena, suelo estar yo sola en la mesa, con la cazuela.

También he aprendido a encender cigarrillos en mi propia boca. Me lo ha enseñado Lucille, porque no le gusta el sabor sulfuroso que deja la cerilla. Yo creo que le vendría bien ir acostumbrándose al olor a azufre, para más adelante. Pero es solo mi opinión.

A veces cojo a escondidas un cigarrillo cuando ella no mira. Así es. La pequeña Meg ha aprendido a fumar. Ava estaría muy impresionada, pero eso no es todo. También sé preparar unos martinis que según Lucille no tienen nada que envidiar a los de Harry en el Ritz. El secreto del martini es batir dos veces la ginebra y el vermut con el hielo y colarlo todo enseguida, para que no quede aguado. A este ritmo, pronto me pedirá que conduzca el coche. ¡Mirad todos, una niña de once años al volante!

Incluso he probado una de sus bebidas alcohólicas, pensando que si bebía tanto todas las noches tenía que estar buena. ¡Pero sabía horrible! Como fuego bajando por la garganta. Me dio ganas de vomitar.

Ahora que no está Tom, Lucille me habla como si las dos fuéramos viejas amigas de un «club de campo», como ella dice. Le gusta que esté en su habitación mientras se prueba la ropa: los vestidos largos, los vestidos cortos con adornos brillantes y la estola de piel de zorro. Detesto esa estola, con la cabeza del zorro que se muerde la cola. Me recuerda a los animales salvajes que oigo por la noche. Pero ella se mira en el espejo, primero de un lado y después del otro, y me pregunta si la veo gorda. A veces inclino la cabeza, como si me lo estuviera pensando. Cuando creo que ya ha sufrido bastante, le digo:

—Yo te veo igual que siempre.

A decir verdad, la veo como una gallina desplumada y muerta de hambre. Se ha quedado así en cuestión de semanas. Beber durante el día la ha envejecido.

Me cuenta todos los detalles de su relación con los Heidelberg. Hay para varios días de historias.

—¡Y tiene la desfachatez de culparme a mí por haber perdido al bebé! Dice que lo maté de tanto beber. ¿Y qué, si bebía unas copas cuando estaba embarazada? ¡Todo el mundo lo hace!

Mientras habla, se pinta los labios y se los repasa una y otra vez, saliéndose de los bordes. Cuando se emborracha, tampoco se fija en lo que hace con el cigarrillo en la mano. Un día me quemó con él, aunque fue sin querer. Es curioso. La brasa se siente fría al primer contacto, antes de quemar. Me la quité de encima de un manotazo, para que no me perforara la piel. Me hizo una ampolla que estuvo supurando durante un tiempo.

—Ups —dijo Lucille cuando se dio cuenta de lo que me había hecho.

A Willy May le dije que me había quemado yo misma mientras intentaba calentar la cazuela. Hago lo que puedo para ocultar

nuestra situación, pero empiezo a preguntarme cuánto tiempo más podremos seguir así.

—En cuanto tenga dinero, me compraré un abrigo blanco de visón y un billete de primera clase a Nueva York. Una vez allí, pienso alojarme en el hotel Saint Regis. Si te portas bien, puede que te lleve conmigo.

Le gusta hacerme ese tipo de promesas. Sabe que el futuro me da pánico.

—¿Qué pasará si no me llevas contigo? —le pregunto siempre.

Entonces ella sonríe despacio y responde:

—Es broma, monina. Claro que te llevaré.

Es como un juego que tenemos a veces.

—Y, por si no lo sabías, quiero aclararte una cosa —me dice. Siempre tiene cosas que aclarar—. Antes de casarme con Tom, tenía una fila de pretendientes.

A veces lo echo tanto de menos que me duele la garganta. Intento pensar en cosas que podamos rememorar juntas, pero ninguno de mis recuerdos con Tom la incluye a ella.

¿Recuerdas cuando Tom me llevaba al lago?

¿Recuerdas que Tom se reía sin ruido, como si estuviera agitando una botella?

¿Recuerdas que su padre también lo llamaba «pavito» cuando era pequeño?

—¿Por qué elegiste a Tom? —le pregunto una noche.

—No lo sé —responde ella, tambaleándose sobre sus zapatos de tacón—. Eran los años veinte.

Es lo único que se le ocurre decir.

Más tarde se vuelve hacia mí y me dice que tiene hambre. Como no es algo que diga a menudo, bajo y le preparo una bandeja,

agradeciendo a Dios que por fin vaya a comer. Quizá esta noche las dos podamos dormir bien, al menos por una vez.

Pero da la casualidad de que hoy toca pollo frito. Os diré una cosa que quizá no sepáis. Cuando alguien te arroja un muslo de pollo con suficiente violencia, te deja marca.

Después de todo lo que ha pasado, lo que más me duele es ese muslo de pollo.

Una noche, Lucille nos viste a las dos como para ir a una fiesta. Me pone un vestido rojo de lentejuelas, con plumas auténticas de avestruz teñidas del mismo color que la tela. Luego me sienta delante de su pequeño tocador y me peina. ¡Dios mío, me encanta que me hagan cosas en el pelo! Me hace el maquillaje completo: polvos, pintalabios y unas rayas negras en los párpados que no le salen muy torcidas porque todavía no ha bebido mucho. Los ojos me quedan que parezco la reina de Saba.

Cuando termina, me miro en el espejo la cara maquillada —los labios rojos, las pestañas oscuras— y veo que me parezco mucho a ella, a la otra mamá. Recordar su imagen delante de su tocador me produce una sensación de soledad en la garganta. *Rociar, retorcer, sujetar, rociar, retorcer, sujetar.* Me pregunto dónde estará... y cómo será ahora... Para no pensar, levanto la vista y entonces entiendo que Lucille ha tratado de vestirme y maquillarme para que me parezca a ella, y eso me saca bruscamente de mis recuerdos.

Como los milagros existen, por la noche Lucille se va a dormir temprano e incluso se acuesta en su cama, y no en el suelo ni el sofá del salón. Le apago la luz y le cierro la puerta. ¡Aleluya! Todavía tengo energía para darme un baño. Me quito el pringue de la cara, recorro la cocina para asegurarme de que no hayan quedado pruebas de su borrachera, me acuesto antes de las diez y leo *La llamada de lo salvaje* hasta el final. En noches como esta pienso que

quizá no sea tan malo vivir con Lucille. Mientras consiga controlar cuánto ha bebido y dónde va a caer cada noche, creo que esto podría funcionar. Solo necesitaría ir a la escuela y arrancarle la promesa de que estará en casa cuando vuelva. Entonces las dos podríamos ser una especie de familia.

Justo cuando empezaba a pensar que lo tenía todo bajo control, me despierta un olor raro. Bajo corriendo y veo que la imbécil ha entrado en el estudio de Tom en medio de la noche para leer su novela y se ha quedado dormida con un cigarrillo en la mano. Voy a buscar un cubo de agua y se la echo por encima, para apagar el fuego del sofá donde está tumbada. Está tan borracha que ni siquiera se despierta. Tengo que sacudirla para que reaccione. Si no hubiera apagado a tiempo las llamas, las dos habríamos vuelto al polvo, como Tom.

Con los brazos en jarras, le recrimino su conducta. Mañana ni siquiera se acordará.

—¡Una noche! —le grito—. ¿Acaso es pedir demasiado, Lucille? ¡Una maldita noche de paz y tranquilidad!

Y además acababa de limpiar esta habitación.

Se pone de pie, con el camisón chorreando agua, ¿y qué tiene el descaro de decir?

—¿Sabes qué? Una vez superado ese comienzo tan espantoso, el libro de Tom no está del todo mal.

Entonces se va como si nada a su habitación. Estoy tan indignada que no sé qué pensar, excepto que es un monstruo. Y, viniendo de mí, eso ya es mucho decir.

Ni siquiera quiero estar en la misma planta de la casa que ella, de lo furiosa que estoy. Me acurruco en el sofá verde de la sala y duermo allí el resto de la noche. Al amanecer, recojo las páginas del

libro de Tom a las que Lucille no ha prendido fuego y las apilo otra vez en su escritorio. Lo más que puedo hacer con los cojines chamuscados y mojados es darles la vuelta sobre el sofá. Pero el olor a humo impregna toda la casa.

Si Lucille se hubiera tomado el tiempo necesario para leer toda la novela con tranquilidad, hasta el final, quizá ahora Tom estaría vivo. Pero, mientras recorro la casa abriendo todas las ventanas para que se vaya el olor, una voz triste en mi cabeza me dice: «No, Meg. Si no hubiera sido esto, tarde o temprano alguna otra cosa lo habría arrastrado al fondo del lago».

Lo que más miedo me da es que ni siquiera parecía muy borracha cuando se fue a dormir y, sin embargo, había bebido lo suficiente para prenderle fuego a un sofá y estar a punto de morir quemada sin siquiera despertarse.

Decido que ha llegado la hora de organizarme. Necesito algo que me indique la gravedad de la situación en cada momento.

Bajo mi material escolar al estudio de Tom y lo despliego sobre su escritorio. Me siento en la silla que chirría y, con mi compás nuevo, trazo un gran círculo negro en una hoja. Después marco una línea que corta el círculo por la mitad, otra que lo divide en cuartos y así sucesivamente, y pinto cada una de las secciones de un color diferente. A continuación, retiro la flecha de madera que venía con el círculo cromático de la caja de colores y la fijo a mi dibujo. No gira tan bien como en la caja, pero me tendré que conformar. El resultado es la rueda cromática de la borrachera, obra de Margot Lefleur.

Empecemos por la parte superior del gráfico, moviéndonos en el sentido de las agujas del reloj.

1. Gris neutro. Cuando la flecha señala este color es que Lucille todavía no ha bebido la primera copa del día, pero tiene la cara

gris por la borrachera de la noche anterior. Todavía no hay peligro.

2. Rosa fuerte. Es el tono de Lucille después de beberse su primer martini, acompañado de un trozo de tostada seca o de lo que sea que ha pillado en la cocina. Mal humor probable, pero poca actividad.
3. Ocre dorado. Esto es cuando ya se ha bebido un par de copas con el almuerzo, por lo general antes de echarse una breve siesta. Alta probabilidad de exabruptos, llamadas telefónicas en estado de ebriedad y derramamiento de copas o comida. Si no ha dormido la siesta, hay que pasar directamente al número 4.
4. Bermellón. Este color indica que se ha saltado la siesta y no ha dejado de beber. Más que probable destrucción de objetos. Amenazas de arrancamiento del cuero cabelludo y devolución a las Huérfanas. Posible lanzamiento de muslo de pollo.
5. Carmín de alizarina. Indica una situación de gran borrachera. Atención a cualquier signo de comportamiento peligroso, como meter cosas en los enchufes, tratar de conducir hasta la tienda o hacer lo del punto anterior pero sin nada de ropa encima. Alta probabilidad de pellizcos y quemaduras de cigarrillo. En esta fase no se le puede permitir bajo ningún concepto que use el horno o encienda cerillas.
6. Verde cromo oscuro. Esta situación se puede producir en cualquier momento. Significa que Lucille está a punto de vomitar. Es conveniente tener un cubo o una palangana a mano.

Después de tanto trabajo, ni siquiera tengo la oportunidad de usar mi círculo cromático.

Al cabo de unos días, oigo algo fuera. Me quedo paralizada. Juro que lo sentía en el aire cuando me he despertado esta mañana. Miro por la ventana para confirmar lo que ya sé. Entro corriendo en el dormitorio de Lucille, sin llamar a la puerta, y le digo:

—¡Levántate! ¡Ya es esa «hora razonable» de la que tanto hablas!

Apenas puede moverse, pero al final abre los ojos y se incorpora, parpadeando. Tiene un aspecto lamentable. Oigo que llaman a la puerta, pero sé que ella entrará sin esperar a que baje a abrirle.

Empujo a Lucille para sacarla de la cama y le echo el albornoz por encima de los hombros.

—Ponte ropa decente e intenta estar presentable, ¿de acuerdo? —le suplico—. Tienes que convencerlos a todos de que eres capaz de cuidar de mí. Por favor, Lucille.

Si ya no está borracha, huele como si lo estuviera. Hace un gesto afirmativo y entra en el baño para lavarse los dientes.

Como sospechaba, la madre de Tom ya está dentro de la casa. Estoy muerta de miedo cuando la veo. Parece enferma y respira por la boca, como si le faltara el aliento. Se le nota en la cara lo mucho que ha adelgazado. Willy May está a su lado y, por el modo en que le sostiene un brazo, cualquiera diría al verla por la calle: «Esa mujer acaba de perder a un hijo». Es lo que pensaría todo el mundo nada más verla.

La veo negar con la cabeza mientras contempla la casa sin Tom. Después me ve a mí.

—Ven aquí, Meg.

Sabe que su hijo murió por mi culpa y que soy una mentirosa. Pero ya no puedo hacer nada al respecto, aparte de recibir el castigo que merezco, así que voy hacia ella. Me sorprendo cuando me abre

los brazos. Le doy un abrazo y ella me acaricia la espalda, como lo haría con una nieta normal.

—Lo siento mucho —le digo—. No sabe cuánto lo siento, señora Heidelberg.

—No ha sido culpa tuya, pequeña. No tienes culpa de nada.

Me echo a llorar cuando la oigo hablar así. Mi cuerpo tiembla contra el suyo. Sé que la culpa ha sido mía, pero oírla decir lo contrario es un regalo. De repente siento que endereza la espalda y recupera parte de su energía. Entonces sé que Lucille ha bajado la escalera.

—Meg, necesito que nos dejes a solas un momento a Lucille y a mí, para que hablemos. —Le brillan los ojos como si fuera a prenderle fuego a su nuera. Solo le harían falta unas cerillas.

La propia Lucille parece un poco asustada, lo que ya es decir, teniendo en cuenta que ella misma es la persona más aterradora en diez kilómetros a la redonda.

—¡Isabelle! ¿Qué te trae por aquí? —dice, en su voz lastimosa de pobre viuda.

No me da tiempo ni a salir de la habitación cuando la señora Heidelberg le suelta:

—No tienes vergüenza, Lucille. Pensaba que no podías caer más bajo, pero una vez más me has sorprendido.

Voy a sentarme en la mitad de la escalera, donde no me ven pero yo las oigo.

—No sé de qué me estás hablando —dice Lucille, como si se sintiera ofendida.

—Si hubiese tenido fuerzas —prosigue la señora Heidelberg—, habría venido antes. Pero ahora quiero saber qué está pasando aquí.

—¡No está pasando nada! —exclama Lucille—. Solo que estoy de duelo con mi pobre hija.

—En el funeral te dije que a la niña le convendría ir a la casa de sus primos. ¿Y qué me respondiste? Te empeñaste en que se quedara aquí, alegando que necesitaba a su madre. ¡Y ahora descubro que has convertido esta casa en una especie de circo para tus borracheras! ¡Botellas de licor escondidas en los armarios y debajo de la cama! ¡Incluso me he enterado de que has estado a punto de incendiar la casa con la niña dentro!

¡Dios mío! ¡Y yo que pensaba que había escondido muy bien esas botellas! Willy May debió de venir ayer sin que yo la oyera y habrá notado el olor a humo.

—¡Nada de eso es cierto! —protesta Lucille, con los ojos muy abiertos para parecer inocente—. Me esfuerzo mucho para mantener limpia y ordenada la casa de Tom.

Oigo que Willy May resopla con disgusto.

—Esa niña no ha ido ni un solo día a la escuela, Lucille. ¿Qué clase de madre eres?

Lucille se pone a gemir y a lamentarse.

—La enviaré mañana mismo —replica—. Me decía que no estaba preparada, que necesitaba más tiempo...

—Ahora ya no tiene sentido que empiece a ir a clase en Byhalia. Quiero que hagas las maletas y te vayas de esta casa, Lucille. Esa pobre niña ya ha sufrido bastante. Lo último que necesita es una madre borracha.

¿Qué ha querido decir con eso de que haga las maletas y se vaya? Deslizo el trasero dos peldaños más abajo y estiro el cuello para ver...

—¿Que me vaya? ¿Adónde? —pregunta Lucille—. ¡No tengo ni un centavo! ¡El coche ni siquiera tiene gasolina!

No me atrevo a moverme, pendiente de descubrir qué va a ser de mí. ¿Pretenden que me vaya con esa loca? ¿O será mucho peor?

La señora Heidelberg abre el bolso que lleva colgado del brazo y deposita un papel en la mesita, junto a la escalera.

—Aquí tienes un cheque, Lucille. Deja a Meg. Yo me ocuparé de ella. A partir de ahora, no eres nada mío.

—¡No puede pedirme que renuncie a mi hija! ¡La pequeña Meg es todo lo que me queda en el mundo!

La señora Heidelberg mete la mano en el bolso, saca un fajo de billetes verdes y los deja caer encima del cheque.

Veo que Lucille los mira. Aparte de las bebidas alcohólicas y de un clásico frente al parque, el dinero es lo que más le gusta en la vida. Levanta la vista hacia mí, que sigo en la escalera. Contengo la respiración. Tiene ojos de muerta. Enseguida desvía la mirada.

—Necesitaré unos días para recogerlo todo. —Dice «necesitaré», no «necesitaremos»—. ¿Qué va a hacer con ella? —le pregunta a la señora Heidelberg.

—Haré los arreglos necesarios para que vuelva a Oxford. Seguro que estará mucho mejor allí que aquí contigo.

Esa noche, oigo fuera a los perros cazadores de esclavos, que ladran y gruñen mientras persiguen a un animal por el jardín, tratando de agotarlo. Tardan más de lo habitual. Cuando finalmente lo tienen rodeado, oigo el gemido de la víctima. Es horrible. Después, todo queda en silencio y entonces sé lo que ha pasado.

Si no tuviera miedo de los perros, me escaparía de esta casa.

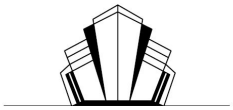
Me permito hacer lo que yo misma me había prohibido, lo que le había prometido a Ava que no volvería a hacer nunca más. Cierro los ojos y pienso en ella.

La veo en nuestra pequeña cocina, con su vestido amarillo cortado al bies. Está escuchando la radio y tarareando una canción que solíamos bailar sobre la vieja alfombra. Es un día cualquiera, un

día normal sin nada destacable. La hago sentarse conmigo en el sofá, para poder estudiarle un momento la cara: la nariz que se le ensancha cuando se ríe, los ojos marrones de mirada penetrante, los rizos oscuros que le caen a los lados de la barbilla... La estudio como tendría que haber hecho entonces, para poder verla mejor ahora.

Quizá me atreva a decirlo una sola vez, en voz muy baja para que Ava no me oiga, ni tampoco Lucille. Me hago un ovillo y lo digo en un susurro, como un poema. Solo una vez, para que solo yo pueda oírlo:

—Quiero ir con mi mamá.



# Birdie

## 42

—¿Te suena haber oído alguna vez ese dicho: «Sudando como una puta en la iglesia»? —preguntó Flossy.

—Sí, lo he oído —respondí.

—Pues yo no lo soporto —dijo ella—. ¿Se creerán que no sabemos ya que vamos a ir al infierno? Además, ni siquiera tiene sentido, porque, si estamos seguras de que vamos a ir al infierno, ¿para qué molestarnos en ir a la iglesia?

—Yo no pienso ir al infierno, ni tampoco a la iglesia —intervino Ruby.

—¿No podemos simplemente disfrutar de este día tan bueno, por favor? —les pedí.

Estábamos a 4 de octubre y hacía un día tan fantástico que Ruby, Flossy y yo habíamos salido al jardín con nuestras tazas de café. Los pajarillos cantaban y revoloteaban, y el sol creaba un juego de luces y sombras en la pista de baile. Hacía suficiente fresco para ponerme un jersey sobre los hombros. Había ordeñado la vaca a las dos de la madrugada y dormido hasta la una del mediodía.

Picador y Polly habían venido y se habían ido. Ahora que teníamos más reservas de una hora e incluso de dos, el negocio marchaba viento en popa, con menos sábanas que lavar.

Cogí el periódico del día anterior y leí el titular: SE ESPERA LA LLEGADA DE MILES DE AFICIONADOS PARA ANIMAR A LOS ROJIAZULES.

Bajo la ilustración de un balón de fútbol americano, vi la cara de Garnett Pittman, que había vuelto a salir en portada, menos de una semana después de la detención de Priscilla: «La señora de Welty Pittman ha pronunciado un discurso durante un almuerzo en la mansión del gobernador». No me apetecía leer nada de lo que dijera esa bruja, pero lo hice de todos modos.

Como nueva presidenta de la Liga contra el Vicio...

Que sí, por Dios, que ya lo sabemos.

... considero mi responsabilidad advertir a la población de la inmundicia que prolifera delante de nuestros propios ojos en nuestro estado de Mississippi y que, siento decirlo, proviene sobre todo de las mujeres. Conducta pecaminosa, enfermedades y promiscuidad...

¿«Proviene sobre todo de las mujeres»? A la bruja no le importaba traicionar a sus propias hermanas.

... que conducen al nacimiento de más hijos ilegítimos con grados profundos de imbecilidad. ¿Cuántos de nuestros valientes soldados enviados a la Gran Guerra fueron engañados y arrastrados por el fango por mujeres sucias y enfermas? Propongo que Mississippi refuerce su política de detener y encarcelar a toda mujer que se comporte o se exprese de manera promiscua, una medida que, me permito recordarles, está contemplada por la actual legislación.

«Madre del amor hermoso». Las chicas ya no podrían ir a la ciudad. Era miércoles. Solo nos quedaban cuatro noches para echar el cierre y que el club de baile desapareciera para siempre. Yo también pensaba desaparecer. No había tenido noticias de Jack desde que le había enviado aquella carta, aunque puede que no hubiera tenido tiempo de contestar por haberla recibido ese mismo día o el día anterior. En todo caso, no me hacía ilusiones. Trataba de

no darle muchas vueltas, porque, de otro modo, no me habría levantado de la cama.

Un automóvil avanzaba traqueteando por la carretera. Debía de ser el repartidor de hielo. Me puse en pie para mirar a través del arco de la pérgola. ¿No era el taxi del señor Binny el que venía por la curva? Supuse que se habría dejado algo en el jardín.

Desde que habían clausurado la casa de Priscilla, ya no teníamos competencia. Las chicas habían hecho tanta publicidad en el campus y en los pueblos de los alrededores que Esmeralda se quejaba de que se le estaban gastando los neumáticos del coche. Virginia decía que, a excepción de los estudiantes del seminario, no debía de quedar ni un solo universitario cuyas manos sudorosas no hubieran recibido una tarjeta. Todas las sábanas de la casa estaban limpias y había cientos de preservativos en el fregadero de la cocina, gracias a que Virginia había encontrado un armario lleno en el hospital. (A veces me preguntaba cuántos bebés nacerían en el condado por habernos llevado nosotras toda la reserva de condones). Incluso después de subir las tarifas y de decidir que abriríamos una hora antes, ya casi no podíamos dar más citas para los cuatro días restantes. Y no era solo por la clausura de la casa de Priscilla, ni mucho menos. Todo Oxford, a escasos minutos por la carretera, estaba prácticamente dando saltos de alegría por el gran acontecimiento que se avecinaba. Según el periódico, varias generaciones de exalumnos de la Universidad de Mississippi invadirían la ciudad. Teniendo en cuenta que la institución se había fundado en 1848, eran muchos exalumnos, hombres en su mayoría y de todas las edades, que vendrían a visitar su *alma mater* para asistir al primer partido de fútbol americano de la temporada —el partido inaugural— y animar al equipo de la universidad.

Vi que el taxi reducía la velocidad y se detenía delante del sendero. El señor Binny se bajó lentamente y abrió la puerta trasera, para ayudar a una pasajera a salir del coche.

«Pero... ¿qué...?».

—¡Flossy, Ruby, id arriba enseguida y decidles a las demás que no se muevan de las habitaciones!

Subí corriendo los peldaños del porche y entré como una tromba en la cocina, donde encontré a Charlie delante del fregadero.

—¡Están aquí!

Charlie se me quedó mirando, sosteniendo en la mano un condón inflado como una bomba de agua. Lo soltó y el globo cayó borboteando en la pila.

—Asegúrate de que no bajen las chicas —le dije—. Llama al hotel Colonial y reserva dos habitaciones para el fin de semana. ¡Y, por el amor de Dios, esconde esas gomas!

Salí corriendo y trastabillando por la puerta principal, que cerré de golpe detrás de mí. Después eché a andar tan deprisa como pude por el sendero de ladrillos, tratando de no tropezar con el camisón blanco que me llegaba a los pies. «¿Qué les digo? ¿Me lo notarán en la cara?». La señora Tartt y Frances ya estaban franqueando la verja. Parecía que acabaran de completar la bíblica travesía del desierto. Frances no podía tener más arrugado el vestido color crema, y llevaba el pelo apelmazado y pegado a la mejilla izquierda, como si hubiera dormido encima. Por delante de ella, la señora Tartt estaba tan delgada que el traje azul pálido de viaje le colgaba tristemente de los hombros. Mientras sacaba del coche la última maleta y las cajas de los sombreros, el señor Binny fruncía los labios, como para expresar su comprensión de que el plan no era ese y su sincero pesar por tener que formar parte de tamaña calamidad.

—¡Bienvenidas! —exclamé con pretendido entusiasmo, aunque mi voz sonó más bien como un graznido—. ¡Qué sorpresa! Déjeme que la ayude con eso. —Le quité de las manos el neceser a la señora Tartt y me interpuse en su camino, para dar tiempo a Charlie de eliminar todas las pruebas—. ¿Cómo ha ido el viaje, señora Tartt? —le pregunté.

—Horroroso. No me hagas hablar —respondió Frances—. Todos los hoteles decentes de Biloxi eran demasiado caros, así que tuve que alojarme en un tugurio que solo tenía agua fría.

—¿Por qué no me llamaste o me enviaste un telegrama antes de venir, como habíamos quedado? —Me esforcé por que el tono fuera despreocupado y ligero, pero no lo conseguí.

—Lo he intentado —dijo Frances—. Llamé anoche y esta mañana, pero nadie cogía el teléfono.

Justo cuando todas estábamos trabajando o durmiendo.

—Me alegro de estar por fin en casa —suspiró la señora Tartt con gesto cansado, y me rodeó para seguir andando hasta la puerta.

Frances la imitó, arrastrando con las dos manos su pesado maletín de viaje.

—¿Te he contado ya que tuve que compartir el cuarto de baño con un desconocido horrible y peludo? —apuntó Frances—. ¿Sabes qué llevaba puesto cuando salía al pasillo?

—No. Señora Tartt, he pensado que quizá, con las inquilinas que tenemos en casa, ustedes estarían más cómodas si se alojaran en un...

—¡Nada! —prosiguió Frances—. ¡Absolutamente nada!

Charlie salió de la casa y bajó los peldaños para reunirse con nosotras.

—¡Charlie! —exclamó la señora Tartt—. No imaginas el viaje tan largo que hemos tenido.

—Bienvenida a casa, señora Tartt —dijo Charlie con afecto—. Frances —añadió al cabo de un segundo.

Yo tenía el cerebro en un estado tan lamentable que casi me habría parecido normal que la puerta lateral se abriera, ya que ella acababa de decir la contraseña. Charlie se me acercó discretamente y me susurró:

—No quedan habitaciones en ningún hotel de la ciudad. Ayúdalas a instalarse en el ático y ven después a la cocina a hablar conmigo.

Cogió las cajas de sombreros que traía el señor Binny y se nos adelantó para entrar en la casa, dejando abierta la puerta principal.

Habría jurado que podía oír los latidos de mi corazón mientras subíamos los peldaños de la entrada. La señora Tartt se agarraba con fuerza a la barandilla y estuvo un rato tosiendo cuando llegó arriba. Todo en ella, hasta su alma, parecía haberse marchitado. El señor Binny dejó dentro las maletas y se largó a toda carrera.

En el pasillo repleto de ecos, la señora Tartt exclamó:

—¡Cielo santo, no veo la hora de tumbarme en mi cama!

Me sentía tan culpable y tenía tanto miedo que me dolía la cabeza. Noté que estaba apretando las mandíbulas con todas mis fuerzas.

—Tengo que decirle una cosa, señora Tartt. —Respiré hondo—. Hemos aceptado más huéspedes de lo que habíamos planeado, así que... La parte buena es que de ese modo usted gana más dinero.

—¿Has reunido suficiente para pagar la hipoteca?

Todavía no podía decirle a cuánto ascendían sus beneficios, porque temía que me preguntara cómo los habíamos conseguido. No tenía idea de cómo explicarle que había ganado seiscientos sesenta y siete dólares vendiendo bailes a diez centavos y alquilando unas pocas habitaciones. Tampoco pensábamos decirle a ella, ni a nadie más fuera de la casa, que íbamos a cerrar después de la noche del

sábado. La cosa tenía su lógica. Si nadie sabía que teníamos abierto el negocio, tampoco debían saber que pensábamos cerrarlo.

—Aún no lo sé con seguridad. Pero tengo algo más que decirle. Lo siento, señora Tartt, pero hemos alquilado su habitación y la de Frances.

—¿Mi habitación? —protestó mi hermana—. ¿Quién te ha dado permiso?

—Yo misma me lo he dado. Por desgracia, señora Tartt, todos los hoteles están llenos por el gran acontecimiento de este fin de semana. ¿No tendrá alguna amiga que la pueda acoger durante unos días? O tal vez... —Mejor aún—. ¿No le gustaría hacer una escapada a Memphis? Podrían alojarse en aquel hotel tan elegante, el de los patos.

—¿No queda ninguna habitación para nosotras en toda la casa? —preguntó la señora Tartt, contemplando el largo pasillo vacío de su enorme mansión.

—Solo las habitaciones de los niños en el ático, y supongo que no querrá dormir allá arriba. —Meneé la cabeza con cara de preocupación. El ático era una solución muy mala.

—Cielo santo —dijo la señora Tartt, frunciendo el ceño. Unas arrugas profundas le bajaban desde las comisuras de la boca hasta el cuello, junto a una mancha antigua de pintalabios—. Nadie ha dormido allá arriba desde que Marthadelle venía a cuidar de Rory. Pero... —Miró a Frances, que seguía abatida tras recibir la noticia de que le habían quitado su habitación—. Supongo que podríamos intentarlo, ¿no, Frances?

—A mí me da igual —respondió mi hermana—. Solo quiero dormir. Llevo viajando desde ayer por la mañana.

—Ya veo.

—La pobre Frances llegó a Jackson a las tres de la madrugada —comentó la señora Tartt— y tuvo que dormir en la estación hasta la salida de nuestro tren a Oxford.

—Ya veo.

Cargando las maletas de las dos, subí con ellas la escalera. Cuando llegamos a la planta de arriba, todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas, gracias a Dios. La señora Tartt echó una mirada a la suya.

—¿Sería muy descortés dejar las presentaciones para más adelante?

—No, no, nada de eso, es muy comprensible —respondí—. Rory no va a volver a casa, ¿verdad? —Casi lo había olvidado.

—No —fue todo lo que dijo Frances.

Abrí la puerta situada entre la habitación de la señora Tartt y el dormitorio de Rory, al final del pasillo. La escalera del ático era estrecha y empinada. Cuanto más subíamos, más caluroso y pesado se volvía el aire. La señora Tartt iba resoplando, apoyada en la barandilla para no desplomarse. Tuvo que pararse a mitad de camino para recuperar el aliento. Por fin llegamos a otra puerta, que yo abrí. Daba a un rellano, con una puerta a la izquierda y otra a la derecha. Yo había limpiado y ordenado las dos habitaciones mucho tiempo atrás, cuando decidimos por primera vez aceptar huéspedes, antes de descubrir que los dormitorios eran una parte importante del negocio. Además, Charlie ya había trasladado a esas habitaciones los efectos personales de Frances y la señora Tartt, por lo que eso también ayudaba. Al fondo había un pequeño cuarto de baño, que conectaba las dos habitaciones.

—¿Seguro que no prefiere quedarse en casa de una amiga? —pregunté por última vez—. Aquí arriba hace mucho calor.

—Quiero estar en mi casa —respondió la señora Tartt con firmeza.

Entró en el pequeño dormitorio blanco de la izquierda, donde la vieja cama de hierro que el señor Fauster no había querido comprar ya estaba hecha. Había un ventanuco que daba al jardín delantero, pero no se podía abrir.

Frances tuvo que conformarse con la habitación de la derecha, que había sido la de Rory cuando era pequeño. Tenía un diván en una esquina y un ventilador en el techo. Sobre el suelo sin alfombras había una caja de madera con juguetes viejos y una estantería con unos cuantos libros infantiles. Olía a humedad, como el orfanato.

—¿Podrías subirme un ventilador eléctrico? —preguntó la señora Tartt desde su cuarto.

La situación empezaba a parecer definitiva. Pensaban quedarse. Aunque ese mismo día echáramos el cierre, un sinfín de coches cargados de chicos y de hombres con ganas de fiesta y exigiendo ser atendidos llegarían por la noche a nuestra puerta. Y lo mismo pasaría la noche siguiente y también la otra.

—Sí, claro —respondí. Al menos el ventilador serviría para disimular parte del ruido.

La señora Tartt se sentó sobre la colcha blanca y después se tumbó, dejando escapar un gemido. Frances estaba de pie en su habitación, contemplando el diván.

—Ahora acuéstate un rato, Franny, y trata de dormir.

«¡Por favor!». Entré y encendí el ventilador del techo, que produjo un agradable zumbido.

—Birdie, ¡fue tan horrible ver a Rory en la cárcel! —dijo Frances —. Y también cuando él...

Cerró los ojos y, aunque me moría por preguntarle «¿cuando él qué?», la respuesta tendría que esperar.

—Quiero que me lo cuentes todo, Franny, de verdad, pero ahora estás cansada, muy cansada... —repetí, como si la fuera a hipnotizar.

Tenía que bajar para hablar con Charlie y decirle que había que cerrar el negocio. Guie a Frances por los hombros hasta la cama y me sorprendió que se dejara llevar tan fácilmente, sin oponer resistencia. Incluso me dejó que la empujara hacia atrás para acostarla.

—Pero todavía no quiero dormir —protestó, intentando incorporarse—. ¡Tengo tanto que contarte!

—Ya me lo contarás más tarde, Franny. Ahora haz lo que te dice tu hermana mayor.

Suspiró y volvió a acostarse.

—Quedaos aquí arriba. No hace falta que hagáis todo el camino hasta abajo. Volveré dentro de un rato con vuestras cosas y algo de comer. También estaré atenta, por si necesitáis algo.

Cuando bajé, Charlie estaba al teléfono, intentando aún encontrar una habitación libre en algún sitio. El hotel White, la pensión de la señora Lamar y el hotel Guyton estaban completos.

—Me ha dicho Silva que todos los exalumnos del estado vendrán al partido inaugural —comentó Charlie.

—Sigue intentándolo. Ahora vuelvo —le dije.

Puse al fuego la sopa de verduras del día anterior, subí el resto de las maletas y después les llevé una jarra de té helado, vasos con hielo, toallas limpias, jabón, unas cuantas revistas de la pila de Flossy, dos mazos de cartas de la señora Tartt y dos ventiladores eléctricos. Cuanto más ruido, mejor. Solo faltaban unas horas para las cinco, cuando empezarían a llegar los clientes. No podíamos llamarlos para cancelar las citas, porque ninguno de ellos nos daba su nombre real ni nos dejaba su número de teléfono. Habría querido

robarle la radio a Ruby, pero no la encontré en su habitación. Ya la cogería más tarde. Si Ruby me mataba por llevármela, muchos de mis problemas quedarían resueltos. Si no, iría a la ciudad al día siguiente y le compraría otra con mi dinero.

Le quité el cencerro a la vaca, lo até al pomo de la puerta en el rellano del ático y le dije a Frances que lo hiciera sonar si necesitaba cualquier cosa.

Para entonces la señora Tartt se estaba preparando un baño. Esperaba que durmiera profundamente esa noche, mientras yo intentaba explicar a los clientes que se habían acabado las especialidades de Flossy y los tangos de Ruby Slipper. Frances se dio la vuelta en el diván y supuse que se iba a dormir.

Me dolían las piernas de tanto subir y bajar la escalera. Apoyada en la barandilla del vestíbulo, estuve un rato tratando de encontrar la manera de que no vinieran los clientes. Se me ocurrieron algunas ideas, pero ninguna resultó ser muy buena. La mayoría exigían el uso de la pica eléctrica o de una cantidad enorme de carteles de «cerrado».

Charlie salió al pasillo justo cuando empezó a sonar el cencerro en el ático. Las dos miramos hacia arriba.

—¡Birdie!

Frances me estaba llamando desde el rellano. Después oímos que comenzaba a bajar. Charlie se volvió hacia la escalera con una mirada tan afilada que habría podido cortar un cabello.

—Estaré en la cocina —me dijo.

Recibí a Frances al pie de la escalera. Vino hacia mí, vestida con un camisón rosa, y me apoyó la cabeza en el hombro.

—Estoy agotada, pero no puedo dormir.

—Lo siento, Franny. —Era verdad que lo sentía—. Si vuelves a la habitación, te daré un masaje en los pies. —Detrás de mí, sonó el

teléfono—. No hagas caso.

—¡Pero podría ser para mí! —Se deslizó contra la pared para poder pasar y fue a coger la llamada—. ¿Diga?

—No, Frances. Dame eso...

Intenté quitarle el aparato de la mano, pero me esquivó.

Sus ojos cansados adquirieron un brillo extraño.

—¿Perdón? —dijo. Enseguida se volvió hacia mí, frunciendo el ceño, y me susurró—: ¿Qué es un especial de Ruby Slipper? ¿Es algo del club?

Le quité el auricular de la mano y respondí:

—No aceptamos más reservas. —Y colgué.

—¿Por qué no? —preguntó Frances.

—Porque esta noche no abrimos.

—¿Por qué no?

—Porque habéis vuelto a casa, estáis cansadas y no queremos que haya tanto ruido.

Todavía no se me había ocurrido que también tendría que explicarles por qué no íbamos a abrir. En la planta de arriba, las chicas debían de estar a punto de estallar por el agobio de estar encerradas en sus habitaciones.

—¡No rechaces dinero por nosotras! —Frances parecía haberse despertado del todo y haber adquirido un repentino interés por nuestro negocio—. A ver si me entiendes, me sigue horrorizando todo el asunto del club, pero tenemos que pagar la hipoteca. Por cierto, ¿dónde están esas inquilinas? ¿Durmiendo? Son más de las dos. —Lo dijo arrugando la nariz, como si ella nunca durmiera hasta tarde.

—Es mejor que no te las presente ahora —respondí, meneando la cabeza—. Tienes un aspecto horrible.

—Al menos me gustaría saber quién duerme en mi habitación.

Tenía que conseguir que subiera y parara de hacer preguntas, y solo había una manera. Le planté una mano en cada brazo y le dije:

—En este momento, solo tenemos que hablar de una cosa, Franny. De ti. De todo lo que has padecido estas últimas semanas.

Se le volvió a aflojar el cuello. Una vez más, dejó de preocuparse por cualquier cosa que no fuera ella misma.

—Ha sido muy duro, Birdie —se lamentó, con el rostro desencajado.

Menos mal que Frances seguía siendo la misma de siempre.

—Ven, primero sube a darte un baño. Te sentará bien. Después hablaremos.

Le preparé la bañera, que solo tenía grifo de agua fría. Por suerte, sabía que Frances no querría que me quedara con ella, así que la hice pasar y cerré la puerta. La señora Tartt se había tomado la sopa, se había puesto el camisón azul y estaba rebuscando en el neceser, que tenía abierto sobre la cama. Estaba tan cansada que se tambaleaba.

—¿Necesita algo, señora Tartt? —le pregunté.

—Mis pastillas para el corazón. Tengo que tomar una a las cinco, pero no las encuentro...

—Yo las buscaré. Ahora acuéstese.

Volvió a sentarse en la cama. Se le cerraban los ojos como a una niña mientras yo revisaba sus cosas, hasta que por fin encontré el frasco.

—Creo que esta vez tomaré dos —dijo.

«Perfecto», pensé. La hacían dormir como un tronco.

Cuando entré en la cocina, sudorosa y con las piernas temblando de tanto subir y bajar la escalera, Charlie estaba apoyada en la encimera, cruzada de brazos. Esperaba que hubiera encontrado la

manera de que la noche transcurriera mejor en la vida real que en mi cabeza. Acerqué el taburete y me senté.

—¿Qué crees que debemos hacer? —preguntó.

Respiré hondo.

—Poner carteles en el jardín que digan «Club de baile cerrado» y rezar para que se vayan.

—¿Y si no se van? —replicó Charlie—. ¿Y si se quedan y aporrean las puertas?

—Los echaremos. Ruby lo hará. La única idea que se me ocurre, aparte de esa, es abrir como un verdadero club de baile, sin actividad en la planta de arriba, y tratar de explicárselo a los clientes.

Charlie se me quedó mirando sin decir nada. Me estaba poniendo nerviosa.

—Di algo, por favor —le pedí.

—Tal como yo lo veo —dijo por fin, golpeando rítmicamente con el pie las baldosas blancas y negras del suelo—, al menos una de ellas descubrirá la verdad, hagamos lo que hagamos esta noche.

Negué con la cabeza.

—No, no tienen por qué enterarse. Frances está agotada y la señora Tartt se tomará su medicina y dormirá toda la noche. ¿Cómo van a descubrir que no hemos abierto el burdel si están profundamente dormidas?

—¿Y cómo van a descubrir que lo hemos abierto?

—No es eso lo que he querido decir...

—Birdie, los clientes seguirán llegando todo el fin de semana, aunque llenes de carteles el jardín, y no se quedarán callados si no pueden subir.

Me di cuenta de que Charlie ya se había vestido para trabajar. Debajo del delantal, llevaba puesto un vestido negro de manga

corta, con medias y zapatos de tacón. Se había ondulado el cabello oscuro sobre la línea del maxilar y tenía los labios pintados de rojo carmesí.

—¿Qué propones exactamente, Charlie?

Levantó las cejas, como si a ella misma le sorprendiera la respuesta, y dijo:

—Creo que deberíamos abrir.

Al principio no conseguí articular palabra. Pero al final lo hice:

—¿Con ellas arriba? ¡Ni hablar!

—Tenemos más de cincuenta reservas en la agenda, Birdie. Si cerramos, ¿qué excusa que no parezca sospechosa les darías a tu hermana y a la señora Tartt?

—Que... que están cansadas y que los clientes son muy ruidosos... —Ni siquiera a mí me pareció convincente.

—¿Piensas que se lo van a creer cuando vean llegar una fila de clientes cargados de un dinero que les vendría de perlas? La señora Tartt no sabe que ya tiene suficiente para pagar la hipoteca, ni menos todavía para seguir viviendo cuando la haya pagado. Pero en las cuatro noches que nos quedan prácticamente podríamos duplicar sus beneficios.

Me levanté del taburete.

—Lo que quieres decir es que *tú* podrías duplicar tus beneficios, Charlie.

—¡Por supuesto que sí! —Seguía con la misma expresión de sorpresa, con las cejas arqueadas—. Y también las chicas de la planta de arriba, que lo necesitan, y también tú. En lugar de volver a casa con seiscientos cincuenta dólares, podrías llevarte mil. Imagina lo que podrían rendirte mil dólares en un pueblucho como Footely. Y, ya que estás, piensa cuántas oportunidades de ganar esa cantidad de dinero volverá a tener alguien como tú a lo largo de su vida.

El veneno de sus palabras me hizo daño. ¿«Alguien como tú»? ¿Tan mala opinión tenía de mí? Pero recordé que Charlie no era ninguna santa. Era una delincuente convicta que se había presentado en la puerta de las Huérfanas dispuesta a todo.

—Birdie, ¿qué salidas tendremos para ganarnos la vida después de esto? ¿Qué podemos hacer un grupo de mujeres en Mississippi, donde nadie tiene ni un centavo? La mayoría de la gente ni siquiera cree que merezcamos un empleo. Solo los hombres consiguen trabajo. Yo tengo una hija y tardaré meses en encontrar una colocación estable después de esto. Tendré suerte si encuentro algo antes de Navidad. Y cuando recupere a Meg...

—¡Ni siquiera sabemos si eso es posible, Charlie! ¡No puedes ir y secuestrarla!

Se le ensancharon los ojos, y la pequeña marca que tenía entre las cejas se le enrojeció.

—Cuando recupere a Meg, y ten claro que lo haré, tendré suficiente dinero para mantenernos a las dos y para asegurarme de no verme obligada a trabajar nunca más en esto.

Desvié la vista. Me dolía la cabeza. No había comido nada en todo el día.

En ese momento entró Flossy en la cocina seguida de Ruby, con un cigarrillo sin encender en la boca. Lo prendió con una cerilla de los fogones, inhalando y resoplando como si fuera un puro.

—¿De qué habláis? —preguntó Flossy. Llevaba puesta la bata rosa de seda de Frances.

—De que el club echa el cierre ya mismo —dije—. No nos queda otra opción.

Flossy me miró a mí y después a Charlie, con sus ojos azules muy abiertos.

—Pero... no podemos cerrar. Todavía no he ganado suficiente dinero. No tengo... No tengo adónde ir cuando me vaya de aquí. —El albornoz la hacía parecer mayor y más delgada. La imaginé pidiendo limosna en una esquina, como la vieja señora Rondo.

—¿Qué puto bicho os ha picado? —protestó Ruby.

Charlie se me acercó y comenzó a hablar, cuidando las palabras.

—Escucha lo que intento decirte, Birdie. Durante los próximos cuatro días, esta ciudad será un maldito carnaval, y, cuando empiecen a llegar los clientes y les digamos que hemos cerrado, muchos de esos chicos borrachos nos montarán un número, y algunos de los hombres mayores también. Entonces la insoportable de tu hermana bajará a ver qué pasa, oirá lo que dicen los clientes y se dará cuenta de todo antes de que puedas evitarlo.

Tuve que darle la razón, pero eso no significaba que quisiera abrir. Si abríamos, el infierno para mí estaba garantizado.

—¿Y qué si se entera tu hermana? —dijo Ruby—. Ella no es el puto *sheriff*.

—Es mucho peor —repuse.

—¿La crees capaz de denunciarte? ¿A tu propia hermana? —insistió Ruby.

—Cómo se nota que no tienes hermanas —observó Flossy.

—Frances no llamaría al *sheriff* —dijo Charlie—. Le daría demasiado miedo convertirse en la comidilla de la ciudad. Y la señora Tartt dudo que nos delate, por muy chapada a la antigua que sea.

—No puedes saberlo —repliqué.

—Si tu hermana no se chiva, ponla a trabajar —sugirió Ruby, encogiéndose de hombros—. Cuéntale en qué negocio estamos metidas y dile que se encargue de distraer a la vieja.

—Mira, Ruby. Frances no es tu hermana, así que no te metas —le solté.

Ella parpadeó y retrocedió, como si hubiera herido sus sentimientos.

—Ruby tiene razón, Bird —intervino Flossy—. Si se lo cuentas a tu hermana antes de que lo descubra por sí misma, al menos podrás decirle que tú solo vendes refrescos y no la entrepierna.

—Ella nunca pensaría eso de mí.

Aunque me pregunté si de verdad no lo haría. Ahora que Flossy me había metido la idea en la cabeza, la perspectiva me asustaba. Pero esas dos posibilidades —contárselo a Frances o esperar a que ella misma lo averiguara— no podían ser las únicas. Las dos eran horribles. ¿Podía haber una tercera?

—¿No puede pasar también que no lo descubra nunca? ¿No sería suficiente con poner un cartel de «cerrado», como haría cualquier otro negocio?

Pero ni siquiera a mí me convencía mi argumento. Habría sido una ingenuidad pensar que una fila de coches cargados de chicos borrachos iba a pararse y dar la vuelta solo por un cartel colgado de un árbol. Bastaría con que uno solo de los muchachos se pusiera a gritar y a aporrear la puerta trasera. ¿Qué pensaría entonces Frances? ¿Llegaría realmente a una conclusión tan absurda? «Pues sí —se diría—. Parece que mi hermana ha transformado la casa en un burdel».

¿Habría llegado yo a esa conclusión, si fuera aún la de antes?

Cerré los ojos y dije la mayor locura, de la manera más sensata que pude:

—Si se lo digo a Frances, y no os estoy prometiendo que vaya a hacerlo, ¿cómo sé que no irá directamente a contárselo a la señora Tartt?

Nadie tenía respuesta para eso. Pero entonces Charlie se aclaró la garganta, como para hablar, aunque tardó unos segundos en hacerlo.

—Dile a Frances que, si consigue mantener a la señora Tartt allá arriba... —hablaba en un susurro—, le pagaremos.

Me la quedé mirando. ¿Dejar que Frances entrara en el negocio?

—No es... tan mala la idea.

Mi hermana no tenía nada. Si a Rory aún le quedaba algo del dinero o los objetos de valor que se había llevado, era poco probable que Frances recibiera una parte. Pero la idea de contarle lo que hacíamos me daba escalofríos.

Levanté la vista al techo, como buscando una verdad.

—Dios mío... —susurré.

—Tú puedes, Birdie. Yo confío en ti —dijo Flossy.

Casi todas las reservas de la noche eran de hombres mayores. Las pandillas de chicos escandalosos solo empezarían a llegar al día siguiente. Quizá aún podría transcurrir toda una noche sin que se enteraran. Me froté las sienes y anuncié:

—Mañana. Se lo diré a Frances mañana.

Charlie asintió.

—Gracias, Birdie.

Todas en la cocina parecieron aliviadas, menos yo. Faltaban dos horas para que abriéramos y solo les pude pedir a las chicas que, por favor, ¡por favor!, fornicaran sin hacer demasiado ruido esa noche.

Cuarenta y cinco minutos antes de abrir, subí con sigilo al ático con sándwiches de queso y una jarra de agua con hielo. Haciendo equilibrios con la bandeja, empujé con cuidado la puerta para que no sonara el cencerro. La habitación de la señora Tartt estaba

cerrada y dentro se la oía roncar a pleno pulmón. Muy bien. Le dejé el plato y el vaso junto a la puerta. A la derecha, la puerta de Frances estaba entreabierta y oí que deambulaba de un lado para otro. «Mejor —me dije—, así dormirá más profundamente esta noche».

—Servicio de habitaciones —susurré, con la bandeja en las manos.

Vestida aún con su camisón rosa, Frances estaba deshaciendo la maleta y formando con su ropa pequeñas pilas ordenadas en la estantería. Había apartado hacia un lado los libros infantiles de Rory. Todavía tenía el pelo mojado y estaba pálida. Dejé la bandeja sobre el diván.

—He pensado que quizá querrías comer algo antes de irte a dormir.

—Gracias —dijo ella, sentándose en el diván con la espalda apoyada contra la pared—. ¿Te quedarás un rato conmigo?

—De acuerdo, pero... solo unos minutos. Al final hemos decidido abrir esta noche.

Pasé por encima de ella y me senté en diagonal frente a la puerta, para dominar el pasillo, por si la señora Tartt se despertaba. La habitación tenía un ambiente muy relajante, con papel pintado de un azul desvaído, decorado con dibujos de un niño que llevaba un mosquete y una bolsa de pólvora. El sol de la tarde se colaba por la ventana y hacía brillar las motas de polvo que bailaban en el aire. Hacía calor allá arriba, pero todo parecía más tranquilo. El ventilador del techo zumbaba sobre nuestras cabezas.

Frances dio unos pocos bocados al sándwich, y yo también. Estaba hambrienta. Tan solo unos metros por debajo de nosotras, las chicas se estaban vistiendo de prostitutas.

Mi hermana entrecerró los ojos para mirarme.

—Estás distinta.

Aparté la vista.

—No, no lo creo. Soy la misma Birdie de siempre.

—Tienes mejor el pelo. Me gusta el corte...

Me lo había cortado Esmeralda. Frances me soltó un mechón que tenía detrás de la oreja.

—Y también te has depilado las cejas —observó.

—Me lo ha hecho una de las inquilinas —respondí—. No es nada.

Pero ella me seguía estudiando y yo estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Dime qué ha pasado con Rory —le pedí.

—Espera, antes cuéntame cómo te ha ido con el tal Jack —quiso saber ella—, el que estaba casado.

Antes de sorprenderme por el hecho de que me lo preguntara, le contesté:

—Salimos un tiempo. Dice que se está divorciando, pero se ha vuelto a Jackson. —Me rodeé con los brazos. Antes tenía hambre, pero se me acababa de revolver el estómago. La lista de cosas que no quería hablar con mi hermana era larga.

—Lo siento —dijo, y entonces se echó a llorar.

—¡Ay, Franny! —Le cogí una mano. Noté que había adelgazado bastante. Tenía los hombros huesudos y el cuello largo como el de un pájaro—. Yo también lo siento. —Lo sentía de verdad.

Retiró la mano y se tapó los ojos con los dedos, como si intentara empujar el dolor hacia dentro.

—¿Qué ha ocurrido, Franny? —Calculé que teníamos treinta y cinco minutos antes de abrir—. ¿Rory está todavía en Biloxi? ¿Sigue en la cárcel?

Frances asintió.

—No sé ni por dónde empezar, Birdie.

—¿Qué le pasará?

—No lo sabremos hasta el juicio. —Se secó los ojos con la sábana—. Lo acusan de intento de homicidio por arrollar a aquel policía con el coche, aunque el policía se recuperará por completo. Yo habría preferido quedarme, pero la señora Tartt quería venir conmigo, y Holtzman, el abogado, dijo que habría sido demasiado para ella. Me ha pedido que la traiga aquí hasta que tengamos más noticias y se haya fijado la fecha de la audiencia.

—¿Te ha dicho algo Rory? ¿Qué ha hecho con todo lo que se llevó? ¿Le queda algo? ¿Le ha sobrado dinero?

Levantó las dos manos para que dejara de hacerle tantas preguntas. De repente me sentí como mi madre.

—Aún no sabemos lo que vendió, ni cuánto se ha gastado. Además, el coche sigue incautado. En cualquier caso, el abogado está haciendo todo lo posible, pero nos ha dicho que nos preparemos, porque el coste del... —Negó con la cabeza—. El coste del acuerdo que están negociando será exorbitante, por no mencionar las... —Se interrumpió, como si hubiera algo que no quisiera decirme.

—¿Qué? ¿Qué es eso de un acuerdo?

—El abogado está tratando de llegar a un pacto con el juez, para ahorrarle a Rory una condena de muchos años de cárcel. Es lo más sensato y es... —Se frotó el pulgar con los otros dedos, para indicar que había mucho dinero en juego. Sentí que se me encendían las mejillas—. De ese modo conseguiremos que el nombre de Rory y el apellido de los Tartt no aparezcan en la prensa, pero será muy caro. No tenemos otra opción. ¡No puedo permitir que Rory se pudra en prisión!

—¿Cuánto costará ese acuerdo?

—Mucho.

Traté de mantener la calma. No quería despertar a la señora Tartt.

—¿Se te ha olvidado lo que te ha hecho? ¿Y lo que le ha hecho a su madre? ¡Rory es el culpable de todo lo que os pasa! —Mi hermana no sabía ni la mitad de la historia—. ¿Y ahora estás dispuesta a sacarlo del apuro? ¿Con qué? ¿Con el dinero que le haya sobrado de todo lo que le robó a su madre? —Habría podido decir mucho más al respecto, pero no lo hice, porque habría sido una crueldad—. ¿Ha intentado que os sintáis culpables para salvarse? ¿Os ha enredado de alguna manera?

—¡No! Rory... —Volvió a encerrarse en sí misma y desvió la mirada—. No importa. Sabía que no lo entenderías.

—Al menos intenta explicármelo —repuse, quizá con excesiva dureza. Respiré hondo y suavicé el tono—. Por favor, Franny. Dime lo que puedas.

—Tú no sabes lo que es estar casada, Birdie, ni lo que pasa en el dormitorio conyugal...

—¡Por favor, Frances! Sé bastante de todo eso.

—¿De leerlo en las novelas románticas? ¿De verlo en las películas? —Puso los ojos en blanco—. Hasta ahora ni siquiera habías tenido un novio de verdad.

Casi me eché a reír. «Ya verás cuando te enteres del negocio que tenemos montado allá abajo», pensé.

—Dime por qué sientes que merece este «tratamiento especial», Frances. Después de todas las mentiras y el... engaño y... —Ni siquiera pude terminar.

—De acuerdo. Pero vas a tener que prestarme atención, porque es muy complicado. —Bajó la vista hacia las manos, tratando de encontrar la manera de explicármelo—. Cuando un niño crece y se

hace hombre, empieza a sentir un impulso, controlado por unas vitaminas que tiene en los genitales...

—¡Por el amor de Dios, Frances! Soy una mujer adulta.

—Sí, pero escucha. A veces los genitales fabrican otras... otras vitaminas distintas, que envían señales erróneas. Por eso, en lugar de tener ganas de hacerlo con... con una mujer, Rory tiene otro tipo de... —Se interrumpió y agitó una mano, como si quisiera empezar de nuevo por el principio—. Es como cuando Silva se equivoca con los cables de la centralita. Rory quiere llamar a Frances; pero, por error, Silva le pasa la llamada a Bill. Para él es muy confuso. Por eso yo siempre le decía que tenía que concentrarse y poner más empeño, pero..., no sé por qué, no lo conseguía. —Otra vez comenzó a temblarle la voz—. Yo no sabía que era a causa de esa horrible enfermedad que había contraído y que ha debido de ser muy dolorosa para él. Lo que quiero decirte con todo esto... —Volvió la vista hacia la ventana con cara de sufrimiento y lo dijo de un tirón —: Rory tiene el impulso de fornicar con un hombre.

—Ya lo sabía, Frances.

Me miró.

—No, no lo sabías.

—Sí. Me lo dijo la señora Tartt. Por eso lo enviaron hace años al hospital de Nueva Orleans.

—¿Sabías que mi marido padecía homosexualidad y no me lo dijiste?

—Lo siento, no sabía cómo decírtelo... ni si te resultaría más difícil... —Levanté las piernas y me abracé las rodillas. Probablemente tendría que habérselo contado.

—Entonces ¿las dos lo sabíais y ninguna me lo dijo?

—Sí, pero, ahora que lo sabes, ¿no es al menos un consuelo? No es que Rory no sienta atracción por ti. Es que en general no le

gustan las vulvas.

—¿Por qué tienes que usar una palabra tan repugnante?

—No es repugnante, es el término médico. —De hecho, podría haber usado palabras bastante más malsonantes—. Todavía no entiendo por qué quieres darle a Rory un dinero que la señora Tartt necesita para vivir.

—No se trata de darle dinero sin más, Birdie. —Se estremeció—. Cuando fui a visitarlo al calabozo... me abrazó. Nunca me había abrazado de esa manera. Podía sentir los latidos de su corazón. No quería separarse de mí. ¡Parecía tan avergonzado! Ni siquiera se atrevía a hablar con su madre por teléfono. —Levantó la vista al techo, con los ojos llenos de lágrimas. Pero entonces, con cara de orgullo, añadió—: Como parte del acuerdo especial, Rory ha aceptado ingresar por su propia voluntad en el hospital de Nueva Orleans. Ha sido idea suya. Está seguro de que esta vez el tratamiento dará resultado.

Sentí un escalofrío, al recordar lo que me había contado la señora Tartt sobre su primera estancia en el hospital.

—¿Qué crees que le harán esta vez, Franny?

Intenté descubrir en ella alguna señal de que comprendía lo espantoso que sería para él, pero se limitó a decir:

—Es la decisión de Rory. Esta vez quiere que funcione, y eso lo cambia todo.

—¿Qué ha dicho la señora Tartt?

Frances meneó la cabeza.

—Me parece que toda la situación le ha afectado la cordura, Birdie. Cree que sería mejor para Rory ir a la cárcel, pero eso no tiene ningún sentido. Él me ha dicho que quiere ser un hombre normal. Y que, cuando termine el tratamiento, querrá tener una larga charla conmigo acerca de nuestro matrimonio.

—¿Tú quieres seguir casada con él, Franny?

Mi hermana se sentó más erguida, con la espalda contra la pared.

—No quiero que me señalen en la ciudad como una mujer divorciada. Si esa es su decisión, yo quiero que los médicos curen a mi marido enfermo.

—¿Aunque... le destruyan el alma? —pregunté.

Desvió la mirada. No quería saber nada de eso.

Mi hermana había cambiado mucho en los dos últimos meses, pero aún le quedaba un largo camino por recorrer.

## 43

¡Dios mío! No era día para quedarse dormida. Me levanté de un salto y entonces me di cuenta de que solo eran las siete y media de la mañana. Me puse un vestido y bajé corriendo la escalera. Cuando iba por la mitad, me llegó la voz de la señora Tartt, hablando en una habitación llena de prostitutas, o quizá por teléfono con el *sheriff*, o tal vez directamente con Nuestro Señor, para indicarle en qué círculo del infierno quería que nos colocara a todas.

«Está en el comedor», pensé.

—¿Qué tal habéis dormido? —pregunté, entrando tranquilamente.

Charlie estaba sentada a la mesa, con la espalda muy recta. Llevaba su vestido más sobrio, de seda negra, con cuello alto de encaje y manga larga. La señora Tartt ocupaba su puesto habitual, a su derecha. Eché un vistazo rápido a la estancia, por si notaba algo ilegal, pero todo estaba tal como ellas lo habían dejado antes de marcharse a Jackson, aunque en el fondo todo era muy diferente.

—Lo mejor que he podido —replicó la señora Tartt—. Hace un poco de calor allá arriba.

De hecho, hacía bastante calor esa mañana. Debían de ser los últimos coletazos del verano, o quizá solo fueran mis nervios, aunque todo había salido bien la noche anterior. El señor Binny había tocado música lenta a un volumen razonable, para que nadie se pusiera a dar golpes ni a gritar. Virginia había estado atenta al toque del cencerro, pero no había oído nada. Las puertas se cerraban con suavidad y las chicas se quitaban los zapatos cada vez que entraban. Al cabo de un rato, dejaron de ponérselos al salir. Bailaron casi toda la noche descalzas, y cualquiera que no conociera la verdad habría pensado que el ambiente era despreocupado e inocente. A las dos de la madrugada, apagué las luces y me enteré de que mi agotada hermana y la señora Tartt habían dormido durante dieciséis jitterbugs, cinco flossies, tres foxtrots de una hora cada uno y un tango de dos horas en la habitación de Rory.

Por la mañana, la señora Tartt presentaba un aspecto mucho mejor que el día anterior. Se había puesto su bata azul hielo favorita y llevaba el pelo cubierto con un pañuelo, aunque por detrás se le escapaban unos cuantos mechones grises. Las profundas ojeras de la víspera se le habían reducido a un ligero toque de ceniza. Había dormido bien durante muchas horas, lo cual significaba que sería mucho más difícil impedir que bajara esa noche. A la luz matinal, la perspectiva de contárselo a Frances me producía una intensa sensación de pánico.

—¡Birdie, no me habías dicho que Polly y Picador habían vuelto! —exclamó la señora Tartt con una gran sonrisa—. No imaginas la cara que ha puesto Picador cuando me ha visto. Como si viera un fantasma.

Dije que iba a buscar café.

—Trae la cafetera, por favor —me pidió la señora Tartt—. Debe de ser día de colada, porque están las dos en el tendedero.

Charlie me miró y asintió brevemente con la cabeza. Esperaba que con eso me estuviera indicando que lo tenía todo bajo control.

Cuando fui a la cocina, vi una cantidad razonable de sábanas tendidas en el jardín. El resto estaban en el lavadero, tras la puerta cerrada.

De regreso en el comedor, serví café para todas y me senté junto a Charlie.

—Ahora mismo le estaba diciendo a la señora Tartt que vas un poco atrasada con la contabilidad, pero que dentro de unos días sabremos si ya nos falta poco para tener todo el dinero de la hipoteca —dijo Charlie.

La señora Tartt suspiró con tristeza. Yo asentí, tratando de parecer sincera. Detestaba hacerla sufrir de ese modo.

—¿Al menos podríais decirme cuánto tiempo más pensáis tener el club abierto? —preguntó la señora Tartt.

Le lancé a Charlie una mirada intensa. ¿Tampoco eso podíamos decirle?

—Dentro de unos días lo sabremos, se lo prometo —respondió Charlie.

La señora Tartt le dio unas palmaditas en la mano.

—No penséis ni por un minuto que no os estoy agradecida, porque lo estoy —dijo.

—Yo también le estoy muy agradecida, señora Tartt —contestó Charlie, sin el menor rastro de culpabilidad en la voz.

La señora Tartt bebió un sorbo de café.

—Os aseguro que no me sorprende que las inquilinas no se hayan levantado todavía. Anoche me pareció oír automóviles que iban y venían hasta la madrugada.

—Se alargó más de lo habitual —dijo Charlie—. Y será aún peor este fin de semana, con los festejos del gran partido inaugural de la temporada.

—El ventilador eléctrico debe de amortiguar bastante el ruido. Debería dejarlo encendido toda la noche.

—Ojalá pudiera ponerme un poco más presentable antes de conocer a las señoritas —suspiró la señora Tartt—. Debo de estar hecha unos zorros, como decía mi madre.

Charlie se metió la mano en el bolsillo del delantal y dejó dos billetes sobre la mesa.

—Nos ha sobrado un poco de la compra y he pensado que quizá le apetecería ir hoy a la peluquería.

La señora Tartt se quedó boquiabierta.

—¿Podría? —Le brillaban los ojos azules, pero enseguida puso cara de preocupación—. ¿Estás segura? ¿Podemos gastar dinero en eso?

Charlie asintió y le tocó la mano. Puede que me hubiera equivocado acerca de su sentimiento de culpa.

—Estoy segura. Vaya y dese ese gusto. En el Unique han dicho que solo tiene que llamar y decirles a qué hora quiere ir. Le harán un hueco.

—Gracias, Charlie —dijo la señora Tartt.

Cuando la oímos hablando por teléfono en el pasillo, Charlie dejó escapar un suspiro. Me di cuenta de que en realidad estaba muy nerviosa.

—¿Podrías ir con ella a la ciudad y hacer unos recados? —me preguntó.

—Desde luego. ¿Qué te hace falta? —Yo necesitaba una radio.

—Unas pocas cosas, pero además... Creo que sería buena idea sacar de la casa parte de su dinero. ¿Qué te parece si vas al banco y

pagas su deuda?

Aunque la deuda no era muy grande, seguía generando intereses, por lo que convenía saldarla.

—¿Por qué lo dices? ¿Te preocupa algo?

Charlie echó una mirada al salón delantero.

—Ayer, hacia las cuatro de la madrugada, volvió el coche. No creo que sea el *sheriff*, pero alguien nos está vigilando.

Tardé unos segundos en asimilarlo. Ahora tenía mucho más sentido ocultar la fecha del cierre. Si quienquiera que nos estuviera vigilando esperaba el momento oportuno para hacer algo, fuera lo que fuese, no nos interesaba hacerle saber que el sábado tendría su última oportunidad.

Media hora más tarde, la señora Tartt y yo circulábamos por North Lamar a bordo del taxi del señor Binny. Antes, cuando había venido a recogernos, yo le había lanzado una mirada cargada de intención, negando repetidamente con la cabeza: «Ella no sabe nada». Después de ayudar a la señora Tartt a subirse al coche, el señor Binny me había mirado con expresión contrariada y de profunda irritación. Ninguno de los dos estaba hecho para soportar tanta tensión.

La señora Tartt sacó un espejo pequeño del bolso y se miró las canas que le asomaban por debajo del pañuelo.

—No veo la hora de recuperar mi color. —Vestida con su traje azul claro y una blusa blanca con un alegre lazo, la nueva delgadez le sentaba muy bien a su figura, pero su cara había perdido las redondeces juveniles—. ¡Sois tan amables Charlie y tú por dejar que vaya a la peluquería!

Cada nuevo comentario suyo me hacía sentir más incómoda, pero aun así intentaba sonreír.

—¿Me dirás si puedo ayudar en algo esta noche? —preguntó—. Podría recibir a los clientes, guardarles los sombreros o también... Quizá sea demasiado vieja para dar lecciones de baile, pero podría intentarlo. —Soltó una risita ante la idea de enseñar el jitterbug a un joven universitario.

—No hace falta que haga nada esta noche, solo descansar.

Cuando estuvimos cerca de la plaza, el señor Binny redujo la marcha para ponerse detrás de una larga fila de coches.

—¡Santo cielo! ¡Qué cantidad de gente! —exclamó la señora Tartt, bajando la ventanilla para ver mejor.

Estudiantes, gente de la ciudad y visitantes recién llegados de todas las edades pululaban por las calles. Un gran cartel colgado del balcón del banco proclamaba: JORNADA INAUGURAL 1933. ¡VAMOS, ROJIAZULES!

—Señor Binny, ¿cómo se siente tocando otra vez con su banda en el jardín? ¿Le recuerda a las grandes fiestas que solíamos dar en los viejos tiempos?

—No, señora. No se parece nada a sus fiestas —respondió él, y enseguida pisó el freno a fondo, porque un grupo de muchachos estaba pasando por delante del coche.

—Me bajaré aquí, señor Binny. La veré en casa, señora Tartt.

Estaba deseando salir del taxi.

No pude evitar acercarme a la oficina de correos antes de ir al banco, para ver si tenía correspondencia. La señora Nutt ya no estaba, despedida por culpa de la Sección 213 para que pudiera quedarse en casa y prepararle la cena a su marido. Mavis fue a ver si había algo para mí en el buzón de fuera de la ciudad. «Por favor, Jack, no renuncies a mí tan fácilmente», supliqué para mis adentros. Pero no había nada. El verano de Jack había terminado.

En el banco, mi mirada se dirigió por sí sola a su despacho vacío. Me dolió tanto verlo que habría querido dar la vuelta y marcharme, pero no podía. Tenía que impedir que esos sucios banqueros le cobraran a la señora Tartt un solo centavo más de intereses.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó Eleanor.

Llevaba un traje color canela que combinaba a la perfección con su cabello rojizo rizado. Seguramente habría hecho mejor pareja que yo con Jack. Debía de ser capaz de darle muchos hijos, uno tras otro, hasta que se le cayera el útero. Virginia nos había hablado de ese fenómeno médico.

—Me gustaría hablar con el señor Allison.

—¿Puedo preguntarle sobre qué asunto? —Eleanor sonreía de una manera que no era amistosa, sino más bien condescendiente. Su sonrisa era una barrera de dientes destinada a mantener a raya a la chusma.

«No deberías estar en la recepción —pensé—. No eres el tipo de persona que saluda con amabilidad y se ofrece para ayudar». Era demasiado guapa y probablemente demasiado fértil para hacer ese trabajo.

—He venido a saldar la deuda de la señora Tartt.

Me recordé a mí misma que esa parte del día iba a ser la más fácil para mí y que más me valía disfrutarla.

Eleanor me miró, arqueando las finas cejas depiladas.

—¿Se refiere a la hipoteca de los Tartt?

—Sí, he venido a pagar la hipoteca de la señora Tartt.

Para acabar lo antes posible, deposité en su escritorio doscientos ochenta y cuatro dólares sujetos con un clip. Llevaba más en el bolso, para cubrir los intereses que quisieran cobrar.

Le echó un vistazo al dinero como si estuviera sucio, y en cierto sentido lo estaba.

—Yo no me encargo de las hipotecas —dijo con sequedad, y enseguida se levantó—. No estoy segura de... lo que debería hacer.

Sentí que estaba pasando algo y se me formó un nudo en el estómago.

—La deuda no vence hasta el día trece... —intenté decirle, pero ya iba de camino al despacho del señor Allison, que estaba atendiendo a alguien.

Una vez allí, Eleanor se dirigió a los archivadores, abrió un cajón, pasó los dedos por el lomo de las carpetas y extrajo la que estaba buscando. Cuando regresó y la abrió sobre su mesa, vi un siniestro sello rojo en la primera página: PENDIENTE DE CIERRE.

—¿Qué es esto? ¿La ejecución hipotecaria? No pueden...

Me señaló una serie de números.

—El banco ha dado el préstamo por liquidado, señorita Calhoun, o está a punto de hacerlo.

Sentí calor en el cuello. ¿Qué me estaba diciendo, que nos iban a enviar a los empleados de la casa de subastas y que la señora Tartt iba a quedarse en la calle? ¿Por qué no me hablaba de una manera que yo pudiera entender?

—Pero nos habían dicho que teníamos tiempo hasta el viernes trece de octubre para pagar la deuda... ¿Cuál es el importe que...?

Me señaló otra vez la carpeta.

—La señora Tartt debe un dólar —dijo—. A pagar el trece de octubre.

—¿Qué...? No. ¿Qué ha pasado con el resto de la deuda?

—Ha sido cancelada. Llamé a la casa de la señora Tartt hace tres semanas para comunicárselo, pero el teléfono estaba desconectado. Después me enteré de que no estaba en la ciudad, así que le envié una carta. Dos, a decir verdad. ¿Nadie comprueba si hay correspondencia?

—Lo hago yo, pero... —No había abierto esas estúpidas cartas del banco, porque esperaba que dijeran lo mismo de siempre: «Retraso en el pago de la deuda»—. No lo entiendo. ¿La ha pagado alguien? ¿Ha sido Rory?

—Por lo que tengo entendido, ha sido una decisión del banco. ¿Quiere que le envíe otro aviso a la señora Tartt? También podría llamarla, si está localizable en algún lugar con...

—¡No! Ella no puede... atender a nadie. Yo se lo diré.

Allí de pie, con todo el dinero de la señora Tartt, sentí una oleada de indignación. Habríamos podido pagar la deuda. Pero la indignación se me pasó enseguida, sustituida por un maravilloso alivio. No se me escapaba lo extraña que era la vida. Si hubiera abierto esas cartas en lugar de escupirles encima, habría insistido en cerrar el negocio cuanto antes. Pero ahora la señora Tartt podría quedarse todo el dinero que había ganado y que realmente necesitaría, sobre todo si mi hermana y ella pensaban darle a Rory hasta el último centavo de lo que todavía les quedaba. Al final, estarían en mejor situación que cualquiera de nosotras.

—Disculpe, ¿de quién ha sido la decisión? —pregunté.

Eleanor tardó un segundo en contestar.

—No estoy autorizada para decírselo, señorita.

Eché un vistazo al despacho del señor Allison y luego volví a mirarla a ella, para ver su reacción. Se me quedó mirando un momento; pero después, sin poder resistirlo, meneó la cabeza y se giró para señalar la oficina vacía tras los tabiques de vidrio. El despacho de Jack. Sentí que me ardía el pecho. Definitivamente Jack era de los buenos. Supuse que habría sido su regalo de despedida.

Debería haber sabido que la prima de Pripp no sería capaz de guardar un secreto. Cogí un dólar de la pila de billetes y me dispuse a entregárselo.

—¿Está segura de que hay plazo hasta el trece de octubre para pagarlo?

Me sonrió de aquella manera que no parecía una sonrisa, extrajo un papel de la carpeta y me lo dio.

—Sí, estoy segura.

Volví a sujetar el dólar con el clip y me guardé en el bolso el fajo de billetes. La señora Tartt podría tener la satisfacción de pagar personalmente el resto de la deuda cuando todo hubiera terminado.

Cuando entré en la casa cargada con mis paquetes, todo parecía tranquilo y en orden. Había comprado una radio de segunda mano por unos dolorosos catorce dólares, después de asegurarme de que fuera posible subirle mucho el volumen. Empujé la puerta de vaivén de la cocina y encontré a Frances suspirando disgustada.

—¡Cómo está el servicio! —se quejó.

Picador estaba delante del fregadero. Me encogí de hombros a modo de disculpa —«¡Llegaron sin previo aviso!»—, pero lo cierto es que debería haberles dicho algo.

—Tengo una pila de cosas que lavar allá arriba, Picador —le estaba diciendo Frances—. Y también necesito que me planches toda la ropa. Todo lo que tengo está arrugado como una ciruela pasa.

—No, Franny —intervine yo—. Picador ya tiene bastante trabajo con las inquilinas. Vas a tener que lavarte y plancharte la ropa tú misma. —Había que lavar y guardar el resto de las sábanas antes de que volviera la señora Tartt.

Frances arqueó una ceja. Le había tocado una fibra sensible.

—Ah, ¿sí? Pues no veo la hora de ir a contarle a Viktoria que tú y Charlie, esa garrapata, os creéis que podéis dar órdenes a unas mujeres que llevan toda la vida sirviendo en su casa.

Pero entonces entró Flossy en la cocina, seguida de Ruby. Tenía que pasar en algún momento y yo lo sabía, pero habría preferido que no fuera justo en ese instante.

—Flossy, Ruby, os presento a mi hermana Frances, de la que tanto os he hablado.

Frances se las quedó mirando y tardó un segundo en asimilar lo que estaba viendo. Ruby se había puesto su vestido negro de algodón, con un escote que lo enseñaba todo, y llevaba el pelo teñido de rojo más revuelto que un nido de cuervos. Flossy parecía un poco más compuesta, aunque probablemente iba desnuda bajo el albornoz rosa de Frances.

—Vaya, vaya, por fin nos conocemos —dijo Ruby con una sonrisa burlona—. Lo gracioso es que digo tu nombre por lo menos diez veces todas las noches. —Cogió un panecillo de los fogones y se lo llevó a la boca.

—Me alegro mucho de conocerte al fin, Frances —intervino Flossy.

Me pareció asombrosamente sincera. Observé que procuraba no separar mucho los labios para que no se le vieran los dientes.

Frances, que ya estaba molesta conmigo, les dedicó a las dos una de sus sonrisas escalofriantes.

—Yo también me alegro de conoceros —dijo. Por su expresión, se notaba que estaba deseando que la señora Tartt coincidiera con esas dos busconas para verme metida en un buen lío. Pero supongo que quien no conociera a Frances podía pensar que su sonrisa era amistosa.

—¡Caramba! —exclamó Flossy—. Birdie no me había contado que eras tan guapa. Pero ya te lo dirán todo el tiempo, ¿no?

—Eres muy amable —repuso Frances, radiante todavía con su sonrisa empalagosa—. Si no te importa que te lo pregunte, ¿no será

mi albornoz ese que llevas puesto?

—¿Es tuyo? —Flossy bajó la vista y soltó una risita abochornada —. Lo siento, hace tanto tiempo que me lo pongo que se me había olvidado. —Cuando empezó a quitárselo, me quedé paralizada, pero por suerte tenía un viejo camisón corto debajo. Le tendió a Frances la prenda.

—No, no, por favor. No tiene importancia —dijo Frances, retrocediendo.

—¿Estás segura? No está manchado ni nada. Podría lavarlo y estaría listo en un santiamén.

—No, de verdad. Quédatelo.

—Ah, bueno. Muchas gracias, Fran. Por cierto, también te agradezco que me hayas dejado tu habitación. El rosa es precioso y he estado leyendo todas tus revistas, con buenos consejos para las amas de casa. Espero poder tener algún día una casa tan bonita como esta que tenéis Birdie y tú.

—Sí, seguro que sí —dijo Frances, sonriendo y mirándome, mientras asentía con la cabeza. Le había encantado eso de que la casa fuera también mía.

—Debe de haber sido un gran cambio para ti llegar a tu casa y encontrarla llena de gente que duerme en tu habitación y usa tus cosas... —«¡No, por favor, no menciones los vestidos!»—, pero quiero que sepas lo mucho que apreciamos a esta chica. —Flossy me señaló con un movimiento de la cabeza—. Tienes suerte. Yo no tengo mucha familia, y la poca que tengo, bueno..., no me quiere mucho. Ojalá mi hermana fuera como Birdie.

—No creo que haya otra como ella —contestó Frances en tono cortante, y se volvió bruscamente hacia el fregadero, dándole la espalda a Flossy.

Ruby contemplaba la escena apoyada en la encimera. Se metió otro panecillo en la boca y las migas se le derramaron por la falda del vestido.

—Bueno, nos vemos luego, supongo —dijo Flossy, y se marchó con Ruby, que antes de irse nos echó una mirada desconfiada.

No sé por qué esperaba más de mi hermana. Cuando se fueron, le dije:

—Al menos podrías tratar de ser amable con ellas, ¿no? Flossy es muy buena chica.

—¿No he sido amable? —preguntó, batiendo las pestañas. Todavía de espaldas a la puerta, se le borró la falsa sonrisa—. ¿Por qué permites que esas zorras baratas vivan aquí? ¿Has visto esos dientes? —Arrugó la nariz y soltó—: ¡Puaj! ¡Qué asco! Alguien debería acordarse de sacar la basura de vez en cuando.

Entonces noté que Flossy acababa de regresar a la cocina, con cara de entusiasmo, como si tuviera algo más que decirle a Frances. Y casi pude oír como le crujían los huesos y posiblemente el alma. Detrás de ella, Ruby le lanzó una mirada obscena a Frances, pasándose la lengua por los dientes.

—Floss... —susurré, pero ella me hizo un gesto con la mano, como para indicar que no era nada, mientras tiraba de Ruby para llevársela hacia la puerta.

Ajena a todo, mi hermana abrió el grifo para servirse un vaso de agua.

—Quédate aquí, Frances. Ahora vengo —le dije.

Seguí a las chicas por la escalera trasera, hasta la habitación de Flossy. Tenía que decírselo a Frances antes de que volviera la señora Tartt, pero también necesitaba darle un abrazo a Flossy.

—Lo siento —le susurré—. Mi hermana puede ser un poco bruta.

—No pasa nada —respondió Flossy—. Tengo experiencia en esto de las hermanas, créeme.

—¿Vas a decírselo ya? —preguntó Ruby.

Un sudor frío me recorrió la espalda.

—No sé cómo hacerlo..., pero lo haré.

—¿Quieres que se lo diga yo en tu lugar? —propuso Ruby.

—No, vosotras terminad de arreglaros para cuando vuelva la señora Tartt.

Ruby se estaba poniendo un vestido rojo, y Flossy, unas medias.

—¿De qué tienes tanto miedo? —preguntó Ruby.

—No sabes cómo es Frances.

—Uy, me hago una idea —replicó ella.

Charlie había aparecido de no se sabe dónde y estaba escuchando en la puerta, cruzada de brazos.

—Suerte —me dijo—. Te aseguro que no te envidio.

—Ve y siéntate en el comedor, Franny. Te traeré un trozo de bizcocho —le ofrecí.

Yo estaba al borde del colapso nervioso. Las manos me temblaban mientras cortaba el bizcocho del día anterior y le untaba mantequilla como a ella le gustaba. Me tomé mi tiempo.

Frances había dejado el plato sucio del desayuno en su sitio a la mesa, en lugar de recogerlo, así que fue a sentarse en la cabecera.

—Ya sé que están pagando un alquiler, pero es muy desagradable tener a esas horribles desconocidas en casa.

Con mucha cautela, le puse delante un trozo de bizcocho y un vaso de leche y me senté a su derecha. Respiré hondo y vi que Ruby pasaba por el pasillo en dirección al salón principal, observándonos.

—Frances —dije, y enseguida me aclaré la garganta—. ¿Recuerdas cuando me contaste aquello del niño que se convierte en

hombre y empieza a sentir... impulsos? —Ahora era Flossy la que pasaba. Intenté no prestarle atención—. Impulsos de hacer cosas sexuales..., pero no como los de Rory, sino como los que tienen un hombre y una mujer en el matrimonio..., en un matrimonio normal, diferente de lo que teníais (o mejor dicho no teníais) Rory y tú en el dormitorio. —De repente, Dios sabe por qué, me eché a reír. Los nervios, supongo.

Frances apoyó en la mesa su vaso de leche.

—¿Por qué tienes que decirme eso?

—¿A qué te refieres?

—A eso del dormitorio. ¿Te estás burlando de mí? —El cuello se le alargaba peligrosamente.

—No, no —respondí con una sonrisa. No podía controlar la cara —. No me estaba burlando, Frances.

—Te estabas riendo. Y has dicho «matrimonios normales, no como lo que teníais Rory y tú en el dormitorio». Rory está enfermo, Birdie. ¿Para ti es una broma que yo nunca haya tenido relaciones conyugales con mi marido?

—Yo no... —¿Nunca? ¿Con su marido? ¿En todo un año?—. No lo sabía, Frances.

Para entonces su cuello era idéntico al de un ganso.

—¡Eres tan egoísta! Primero me llenas la casa de gitanas con pinta de zorras y conviertes mi hogar en una especie de sala de fiestas de ínfima categoría, sin importarte mis sentimientos ni cómo voy a quedar delante de mis amistades, ¿y ahora me dices esto? —Tenía la boca curvada hacia abajo, como una de esas terroríficas máscaras del teatro. Estaba muy enfadada conmigo—. ¿O tal vez has hecho todo esto para humillarme porque me tienes envidia? Siempre has sentido celos de mí, porque yo puedo tener hijos y la pobrecita Birdie no. Y ahora puedes burlarte de mí por la

enfermedad de mi marido. ¡Dios mío! ¡No me extraña que ese hombre se haya vuelto corriendo a Jackson en cuanto ha podido!

Fue como si me hubiese dado una patada en el estómago, tan fuerte que me hizo parpadear. ¡Claro que le tenía envidia, pero nunca le había deseado ningún mal! ¿Y me llamaba a mí egoísta? ¿A mí, que había perdido el empleo en Footely para quedarme en su casa y ayudarla? Un empleo no era algo menor en los tiempos que corrían. Y ahora estaba trabajando sin descanso hasta las dos de la madrugada, arriesgando mi vida como ciudadana libre, para ayudarlas a ella y a su familia. Sí, y también a la mía, que igualmente era la suya. ¿Y qué había hecho ella por nosotros? Cuando le había pedido doscientos cincuenta dólares, se lo había tenido que pensar un buen rato. Además, yo llevaba años untándole el bizcocho con mantequilla y diciéndole siempre todo lo que quería oír.

Estaba tan alterada que ni siquiera me di cuenta de que Flossy había entrado en el comedor. Me apoyó una mano en el hombro y me dijo con suavidad:

—Deja que lo haga por ti, Bird. Sé un par de cosas sobre hermanas.

Asentí. Sencillamente, yo no era capaz.

—¿Ahora también te has puesto mi vestido? —exclamó Frances, levantándose de la silla.

No me había fijado, pero, en efecto, Flossy llevaba el vestido verde favorito de Frances. Mi hermana ya no tenía la sonrisa fingida, solo el cuello largo y un feo mohín.

Flossy se había empolvado la cara y se había puesto un discreto toque de pintalabios para conocer a la señora Tartt. Nada de colorete ni de sombra alrededor de los ojos. Estaba muy presentable.

—No te importa, ¿no? —dijo Flossy con una amplia sonrisa, sin preocuparse como antes por ocultar los dientes. De hecho, me pareció que los enseñaba con orgullo—. Por favor, Birdie, déjame tu sitio.

Aturdida como estaba, me trasladé a otra silla y le dejé la mía a Flossy. Me vino a la mente lo que mi hermana me había dicho hacía años: ¿para qué me molestaba? ¿Para qué me empeñaba en que Frances me quisiera, cuando tenía el corazón enterrado en un lugar tan profundo?

—Siéntate, Frances —le dijo Flossy.

Pero ella no se sentó. Se quedó mirando a Flossy, hirviendo de ira.

—Siéntate, Franny —le ordenó Ruby entrando en el comedor a grandes zancadas.

Frances la miró y algo la hizo hundirse en la silla. Quizá fueran los ojos verdes entrecerrados de Ruby o tal vez su manera amenazadora de acariciarse los nudillos de una mano. Ruby fue a sentarse al otro lado de Frances y se acercó a su silla.

Flossy meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Las hermanas son increíbles, ¿lo sabíais? Es curioso, pero mi hermana pequeña siempre quería que yo pensara de mí lo mismo que pensaba ella. ¿No es para partirse de risa? Y podéis apostar a que lo conseguía. —Flossy hizo un gesto afirmativo—. Fueron tiempos tristes, os lo aseguro. Oía su voz como si la tuviera dentro de los oídos. Hasta que un día me di cuenta de que mi hermana solo quería que me odiara a mí misma porque ella se odiaba todavía más. Y no la culpo. Realmente es odiosa. Deberías darle unas vueltas a eso, Frances.

Frances no dijo nada. Parecía a punto de lanzarle un escupitajo.

—En cualquier caso —continuó Flossy—, somos putas. El club de baile es solo una tapadera.

Mi hermana se quedó mirando a Flossy con la boca abierta y después se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—Es una fachada, Franny —insistió Flossy, y empezó a mover las manos de un lado a otro con cada frase—. Cumplimos con el mínimo de un baile, enredamos al tipo y, cinco dólares más tarde, lo llevamos a la planta de arriba y lo ponemos contento. ¿Alguna pregunta?

Frances fruncía el ceño como si hubiera probado algo podrido y no entendiera cómo se le había metido en la boca.

—¿Qué estás...? Birdie, ¿qué demonios está diciendo esta mujer?

—Es un burdel. Esto de aquí es un burdel —le expliqué yo en voz baja y en tono bastante amable.

Ahora que ya estaba dicho, una extraña calma se apoderó de mí. El sol asomó entre las nubes e inundó de luz el comedor.

—Vuelve a mirar hacia aquí, porque todavía no he terminado —dijo Flossy, señalando primero con dos dedos los ojos de Frances y después los suyos—. Veamos. Las prostitutas nos llevamos el cincuenta por ciento de la tarifa, ya sea por un completo, un trabajo manual o un francés. —Se ajustó los dientes—. O por un doble, en las dos camitas del cuarto de tu marido.

—¿Es esta una de tus estúpidas bromas? —me espetó Frances—. ¿Te has vuelto loca?

—Flossy, ve al grano, por favor —le pedí.

Ella asintió.

—El otro cincuenta por ciento, según tengo entendido, se divide en tres partes: una para Charlie, otra para Birdie y la tercera... —Flossy hizo chasquear los dedos dos veces.

—Para la señora Tartt —dije yo, completando la frase.

—Con el fin de salvar esta casa en la que vives, de modo que tú también te beneficias. —Flossy sonrió—. Así que hemos pensado que tú también deberías poner algo de tu parte. A partir de ahora y hasta que cerremos, en la madrugada del domingo, tu trabajo consistirá en vigilar a la señora Tartt, para que se quede todo el tiempo en el ático y no se entere de nada.

Se hizo un silencio. Frances no daba crédito a sus oídos. Yo sentía una serenidad extraña, como si hubiera llegado al final de un largo viaje. La luz era deslumbrante y ya no había vuelta atrás.

—¿Lo has entendido o necesitas más explicaciones? —preguntó Flossy.

Pálida por la conmoción, Frances hizo ademán de levantarse.

—Siéntate —le ordenó Ruby de nuevo, y mi hermana dejó caer el trasero en la silla.

—Franny, por favor, escúchame —le dije—. Te pagaremos para que nos ayudes. Piénsalo. Esta casa, los objetos de valor e incluso el dinero que hemos ganado, todo le pertenece a la señora Tartt. Tú no tienes nada. Solo serán tres noches y te pagaremos... cincuenta dólares.

Eso, en el lenguaje de Frances, equivalía a siete vestidos de los grandes almacenes Neilson, o veinticinco pares de medias nuevas, o veinte visitas al salón de belleza. El dinero saldría del generoso fondo para la casa que yo había reservado y de las tres últimas noches de actividad.

Al oír la cifra, me pareció que Frances me miraba de otra manera, aunque quizá solo fuera odio.

Detrás de ella, a través de las distantes ventanas del salón principal, vi que se detenía el taxi del señor Binny. Le di un codazo a Flossy y ella también lo vio.

—Solo unos detalles más y habremos terminado —dijo Flossy—. Para que lo sepas, Birdie no tiene nada que ver con la parte de prostitución del negocio, así que no la culpes por eso. Ella solo vende refrescos y fichas de baile, pero trabaja muy duro para todas nosotras. Y esto me lleva al siguiente punto. —Se inclinó hacia Frances—. Hermanas como Birdie no abundan, así que, de ahora en adelante, hasta el día de tu muerte, quiero que la trates mejor de lo que tratarías a la maldita reina de Inglaterra.

—Porque de lo contrario podrías despertarte más calva que una calabaza —le susurró Ruby, acercándole la boca al oído.

Frances se volvió hacia ella con los ojos muy abiertos.

—Además, si nos descubren por tu culpa, les diremos al *sheriff* y a toda la ciudad que tú también eres puta —añadió Flossy sonriendo —. Igual que nosotras.

—¡Joder, solo por eso valdría la pena que nos enchironaran! —exclamó Ruby.

—¿Tengo... alguna alternativa? —preguntó Frances, mirándonos a las tres, una a una.

—No —respondió Ruby, antes de levantarse para ir con Flossy a la cocina.

En el pasillo oímos que se abría la puerta principal y enseguida nos llegó un alegre:

—¡Ya estoy en casa!

Frances me lanzó una mirada fría y penetrante, que curiosamente apenas me afectó.

—Ven, es hora de ponerse a trabajar —le dije.

—Estaré arriba, en mi habitación —soltó ella.

—Estarás aquí, Frances. Haciendo tu trabajo.

Se pasó la lengua por los labios, considerando quizá sus escasas opciones. Al comprender que no tenía ninguna, sobre todo después

de lo que le había dicho Ruby al oído, apretó los dientes y me soltó:

—Cuando esto termine, quiero que me prometas que no volveremos a vernos nunca.

Eso sí me afectó. Me hizo sentir una pesadumbre profunda y oscura que no era tristeza, sino algo más parecido a la nostalgia por el hogar perdido o por algo que ya nunca podría ser. ¿Merecía la pena? No lo sabía y en realidad no me importaba. Estaba trabajando por el bien de mucha gente y no solo el de mi hermana, de modo que le dije que sí, que aceptaba sus condiciones.

—¡Esto está tan bonito como en 1922! —exclamó la señora Tartt al salir al porche trasero. Aún llevaba el traje azul y volvía a ser rubia, con el pelo peinado en un rígido arco en torno a la cara—. ¿Más o menos cuántos jóvenes acuden aquí cada noche a recibir clases de baile?

—Unos veinticinco, a veces hasta treinta y cinco en las noches más concurridas —dijo Charlie, mientras Frances murmuraba algo por lo bajo detrás de mí.

—No imaginaba que esto fuera a tener tanto éxito —comentó la señora Tartt—. Creo que eres un auténtico genio de los negocios, Charlie. Estoy deseando ver el jardín esta noche, con las luces encendidas.

La puerta mosquitera se abrió con un chirrido y todas las inquilinas marcadas por el pecado salieron en fila al porche trasero. El tiempo se detuvo mientras yo observaba la reacción de la señora Tartt. Les había dado instrucciones muy claras a las chicas sobre la imagen que debían presentar. «¿Habéis oído a esas madres empeñadas en advertir a sus hijos que se cuiden mucho de las mujeres como vosotras? Pues bien, la señora Tartt es una de esas madres», les había dicho yo.

—Señora Tartt, esta es Flossy.

Mi plan era pasar rápidamente por las cuatro primeras, pero ella prefirió hacerlo de manera más pausada.

—Encantada de conocerte, Flossy. ¡Qué bien te queda el vestido de Frances! Has sido muy amable en prestárselo, Frances.

Flossy le hizo una leve reverencia.

—Su casa es preciosa. Tiene usted muy buen gusto, señora.

—Gracias.

Yo sospechaba que la señora Tartt estaría sacando sus conclusiones, pero no hizo ningún comentario, como correspondía a una dama. Miré a Frances de reojo.

—Esta es Ruby y estas son las gemelas...

Ruby la saludó con una inclinación de la cabeza. Los pechos casi le reventaban dentro del ceñido vestido rojo. («¿Qué quieres que haga? ¿Que deje las tetas en la habitación?», había dicho, y la mejor solución que encontramos fue echarle un chal negro por encima de los hombros).

—Encantada de conocerte, Ruby —dijo la señora Tartt, y enseguida pasó a saludar a las gemelas.

Parecían dos huérfanas flacas de cara triste, descalzas y con vestidos de talle bajo, pero al menos daban la imagen de jóvenes inocentes.

—Sois idénticas, ¿no? —comentó la señora Tartt—. Decidme, ¿qué tipo de baile es vuestra especialidad?

—Lo que pida el cliente —respondió Trixie con solemnidad.

—A menos que quiera... —empezó a explicar Dixie, pero yo me apresuré a interrumpirla.

—Esta es Virginia —dije—. El año que viene empezará a estudiar medicina. ¿No es fantástico?

—¡Oh! ¿Una mujer doctora? —exclamó la señora Tartt, y yo recé para que no dijera nada que fuera a provocar uno de los discursos de Virginia, que a menudo derivaban en sus temas favoritos, como la gonorrea o las ladillas. Pero la señora Tartt se le acercó y le dijo—: Nos vendrían bien más mujeres en las consultas médicas, ¿verdad, querida?

A Virginia se le iluminaron los ojos.

—Desde luego que sí.

—Y esta es Esmeralda.

Era la única que no me preocupaba, porque confiaba totalmente en su capacidad para mantener el tipo. Se había puesto un vestido color rosa que combinaba muy bien con su piel aceitunada y tenía las largas y elegantes manos cruzadas con recato por delante del cuerpo.

—¡Qué nombre tan bonito! —dijo la señora Tartt, ladeando la cabeza como si la encontrara familiar—. ¿De dónde eres, Esmeralda?

—De aquí, del condado de Lafayette.

—¿Cuál es tu apellido, cariño?

—Lincoln. Esmeralda Lincoln.

—Lincoln —repitió la señora Tartt, dándole vueltas en la cabeza —. Creía que conocía a todas las familias del condado de Lafayette, pero no consigo ubicar a la tuya.

Dio unos pasos atrás y se puso a contemplar toda la fila de una manera que me cortó la respiración. Parecía un poco desconcertada ante el desusado ejército de mujeres que había ocupado su casa, pero si algo tenía la señora Tartt era que jamás se mostraba descortés con nadie. Y menos aún con desconocidas.

—Bueno, me alegro de teneros a todas aquí —dijo—. Y no sé cómo es posible que no os hayáis casado todavía, siendo tan guapas y teniendo todas tan buena figura. —Se fijó entonces en las

fabulosas piernas de bailarina de Ruby—. Debes de bailar el foxtrot de maravilla, ¿no es así, jovencita?

Ruby sonrió y chasqueó la lengua.

—Puede apostarse el culo, señora.

La señora Tartt pestañeó, pero no dijo nada.

—Bueno, chicas. Id a descansar un poco antes de la noche —intervino Charlie.

Cuando todas estuvieron dentro, la señora Tartt preguntó:

—Bueno, ¿a qué hora abrimos?

—A las cinco —dijo Charlie—. Como probablemente habrá mucho ruido, hemos pensado que Frances y usted podrían ir a ver una película en la ciudad.

—Pero a mí me gustaría quedarme para ver el baile —replicó la señora Tartt.

Le clavé la mirada a Frances.

—Me encantaría ir al cine —soltó ella de pronto—. Así podríamos pasar un rato juntas.

—Pero, querida, ya hemos pasado tres semanas juntas —objetó la señora Tartt con una sonrisa cansada—. Incluso hemos compartido habitación.

Como por arte de magia, Charlie se sacó de un bolsillo de la falda una tira roja de entradas para el cine.

—Las chicas han hecho una colecta y les han comprado entradas para la sesión doble de esta noche, como regalo de bienvenida.

—Bueno, en ese caso... No querría herir sus sentimientos —repuso la señora Tartt—. Supongo que podemos ir al cine y luego ver el baile cuando volvamos a casa.

Estábamos en medio del habitual ajetreo previo a la apertura del local, con el señor Binny calentando las manos en el piano y los instrumentos de viento que sonaban, guardaban silencio y volvían a sonar. La señora Tartt y Frances ya habían salido para el cine. Mientras picaba hielo en el fregadero, oía a las chicas vistiéndose en la planta de arriba, pero, cuando intenté salir al jardín por la puerta trasera, vi que ya estaba cerrada con llave para la noche, así que tuve que ir a buscar a Charlie. La encontré saliendo del saloncito al pasillo.

—Charlie, ¿puedes abrirme la puerta de la cocina?

Entonces noté que fruncía el ceño por algo que estaba viendo detrás de mí. Me volví y vi que Dixie le había abierto la puerta a alguien, aunque se suponía que siempre debía preguntar antes de abrir. Me quedé paralizada.

«Dios mío. Está aquí. Ahora». Charlie debió de comprender quién era, porque me recordó:

—Abrimos en veinticinco minutos.

Jack venía hacia mí dando largas zancadas, sin sonreír. Llevaba puesto el traje gris que le apretaba un poco por debajo de los brazos. Nunca le había tenido miedo pese a su corpulencia, pero, al verlo acercarse de esa manera, me preparé para lo que pudiera hacer. Cuando solo nos separaban unos centímetros, dijo:

—¿Qué está pasando, Birdie?

Dixie subió trotando la escalera y oí una carcajada de Ruby que sonó como un relincho.

—¿Puedes esperarme fuera un momento? Saldré enseguida.

—No. Ven aquí y siéntate. —Me cogió por los hombros y me hizo sentar a su lado, en uno de los peldaños de la escalera principal—. Dime. —Parecía desesperado—. ¿Por qué me has escrito todo eso en la carta?

Tenía la boca tan cerca de la mía que podría habérsela besado.

—Porque es la verdad. No puedo darte lo que quieres.

—¿Por qué dices que no eres la persona adecuada para mí, ni yo para ti?

—Porque no puedo tener hijos, Jack.

Se le marcó un surco entre las cejas.

—Pues yo no puedo tenerlos sin ti, Birdie. Y, si no voy a tenerlos, prefiero estar contigo a estar sin ti.

—Pero tú podrías conocer a otra mujer y formar una familia.

—No quiero otra mujer, te quiero a ti. Nunca he conocido a nadie que fuera ni remotamente como tú.

No podía estar segura de si eso era bueno o malo.

—Pero no sé cómo podría funcionar...

En el jardín, el señor Binny seguía trasteando con el piano. Las chicas bajarían en cualquier momento y me dije que había llegado la hora de poner fin a todo el asunto, y quedar como la mujer inigualable y no como la mujer inigualable que regentaba un burdel.

—Tengo que volver a Footely para cuidar a mi madre y a mi abuela. Alguien tiene que hacerlo. —No estaba segura de que Jack pudiera entenderlo. Él había dejado a su mujer y a su hijo durante meses para irse a trabajar en diferentes bancos de Toledo, Little Rock y Oxford—. Tú estarás en Jackson y después quién sabe adónde te enviarán.

Me cogió una mano y se la apoyó contra la mejilla izquierda.

—Una de las razones por las que te quiero es que tú nunca abandonarías a nadie, como hice yo.

Me dolió en el corazón ese «te quiero». Parecía demasiado bueno para ser verdad. Negué con la cabeza, para convencerme de que no era posible.

—Escúchame —dijo, apartándose mi mano de la mejilla, pero sin soltarla—. Mi hijo ha decidido matricularse en la Universidad de Mississippi el año que viene. Aspira a formar parte del equipo de fútbol americano y yo quiero estar cerca de él. A estas alturas del año que viene, estaré viviendo en Oxford. Allison va a jubilarse, así que me he postulado para ocupar su puesto y... —Se encogió de hombros—. Me pondrán al frente del banco de Henry Tartt. Hasta que llegue ese momento, estaré en Jackson, pero tendré que venir muy a menudo. —Se mordió el labio inferior y buscó mi mirada—. ¿No me habías dicho que tu propósito en la vida era atormentar a tu hermana?

Asentí. Era verdad, excepto por el pequeño detalle de que mi hermana no quería volver a verme nunca.

—Diría que, para cumplir ese propósito, deberías visitarla con mucha frecuencia. Podemos conseguir que funcione, Birdie. Y lo mejor de todo es que tenemos un año para encontrar la mejor manera. —Vi una sombra de preocupación en su cara—. Si necesitas más tiempo, no me importa esperar. A menos que esto no sea lo que tú quieres.

—Es lo que quiero —repliqué—. Claro que sí. —Me sorprendió la rapidez con que lo dije. Me incliné hacia él y lo besé en los labios, sin avergonzarme lo más mínimo por mi desesperación. Había encontrado al único hombre del estado de Mississippi dispuesto a soportarme y no pensaba dejarlo escapar—. Supongo que podríamos intentarlo.

Mientras seguíamos sentados en nuestro peldaño, empezaron a bajar tres, cuatro, cinco prostitutas, maquilladas y vestidas para la noche. Al verlas, Jack se puso de pie y yo hice lo propio. Flossy abría la marcha, haciendo ejercicios de estiramiento de la mandíbula; detrás de ella, Trixie, Dixie y Esmeralda bajaban en fila, y, al pasar a

nuestro lado, Ruby le echó un vistazo a Jack y le dijo, imitando la voz de Mae West:

—Cuando soy buena, soy muy buena; pero cuando soy mala, soy mejor.

Jack parecía desconcertado.

—Oye, hoy he estado hablando con Eleanor en el banco —le dije, intentando desviar su atención.

—Lo sé —contestó. Al final del pasillo, Charlie abrió la puerta trasera y la música resonó con más fuerza—. Supongo que alquilar habitaciones ha sido mejor idea que... ¿Tenéis una fiesta esta noche?

—Las inquilinas dan clases de baile en el jardín, pero... ¿por qué razón ha decidido el banco cancelar el resto de la deuda de la señora Tartt, así sin más, después de todo lo que la han hecho sufrir?

Jack me apretó la mano. Había vuelto a captar su atención.

—El señor Allison tenía que haberla advertido hace años de lo que estaba pasando con su dinero —dijo.

Eso no era una respuesta.

—Entonces... ¿realmente está saldada la deuda? ¿No hay letra pequeña?

—Ninguna. El banco ha renunciado a cobrar el resto de la deuda, con la excepción de un dólar —respondió en tono profesional—. A la entidad no le conviene asumir el mantenimiento de una casa enorme como esta, que podría tardar muchos años en venderse.

—La decisión... ¿la tomaste tú?

Reflexionó un momento.

—Tengo... interés en que tu hermana viva en Oxford, para que tú vengas a visitarla. Y, para eso, necesita una casa donde vivir.

Habría querido rodear con mis brazos a esa dulzura de hombre y decirle que para venir a Oxford no necesitaba la excusa de

atormentar a mi hermana. Estaba dispuesta a hacerlo solo por verlo a él.

Sonó el teléfono en el pasillo. Ruby volvió sobre sus pasos, levantó el auricular y ladró:

—Club C. ¿Qué quiere?

Yo sabía que la C no aludía al nombre de Charlie, sino a una parte de la anatomía femenina. En todo caso, cualquiera que fuera la respuesta, Ruby colgó violentamente el aparato.

Observé a Jack contemplando la escena y vi que fruncía el ceño cuando Ruby se levantó las tetas con las manos antes de marcharse.

—No me habías dicho que tenías teléfono —dijo.

—Procuramos tener la línea libre para los clientes del club de baile.

Los dos nos quedamos mirando a Ruby, que salió por la puerta de la cocina balanceando el trasero. Antes de cerrarla, se lo rascó ostensiblemente.

—¿Has encontrado tú a esas señoritas? —me preguntó Jack.

—Bueno..., sí y no. Tuvimos que conformarnos con lo que había. —El teléfono volvió a sonar un par de veces, pero después paró. Habría jurado que podía oír las piezas del puzle encajando en la cabeza de Jack.

—Cuando decías que te gustaría tener tu propio negocio...

—Un servicio de contabilidad. Eso es lo que me gustaría tener. Llevar los libros de otras empresas, para ahorrarles dinero.

Al final del pasillo, Esmeralda estaba cumpliendo el ritual habitual con su patita blanca de conejo. La dejó en el alféizar de la ventana y salió al jardín. Flossy, la última en salir, se introdujo la mano en el escote, sacó un pañuelo, se sonó la nariz y se lo volvió a guardar. Cuando hubo salido, oímos a Charlie recitar las normas de la casa y a las chicas repitiéndolas con ella:

—Si no quiere nada más...

—¡No es un cliente!

Vi que Jack arrugaba la frente en señal de... ¿sorpresa o disgusto?

—Eres la mujer más desconcertante que...

«Ya está —pensé—. Ahora es cuando me pregunta si esto que tenemos es un...».

—¿De verdad has hecho todo esto para ayudar a la señora Tartt y a tu hermana?

—También lo he hecho por otras muchas personas. —Se me quedó mirando, como si esperara algo más—. Abriremos hasta el día del gran partido inaugural. Después de eso, cerraremos el club de manera definitiva.

—El fin de semana más ajetreado del año —comentó, y luego añadió en un susurro—: Una medida muy inteligente.

¿Lo sabía o no? Sinceramente, no habría podido decirlo. Aun así, le pregunté:

—Esto... ¿cambia alguna cosa? Entre tú y yo, quiero decir.

Volvió a cogerme de la mano. Parecía como si le costara reconocerme y estuviera a punto de preguntarme: «¿Qué demonios has hecho?». Pero meneó la cabeza y dijo:

—Espero estar a la altura de alguien tan valiente como tú, porque sospecho que tendré que esforzarme el resto de mi vida para conseguirlo.

Lo acompañé hasta el porche delantero y me preguntó:

—¿Nos vemos el domingo?

Asentí. Entonces me besó y se dirigió a su coche. Se volvió para mirar la casa una vez más, con expresión confusa, y después me lanzó un beso y se marchó.

El sol aún ardía muy por encima del horizonte cuando me senté a la mesita del teléfono. Se había declarado un veranillo en medio del otoño. Las chicas intentaban refrescarse con abanicos de la funeraria Douglas. Parecía como si el estado de Mississippi estuviera haciendo un último esfuerzo para asarnos y comernos antes de que llegara el frío, pero yo seguía sintiendo un fresco cosquilleo por todo el cuerpo. Jack. No me lo podía creer. ¡Me sentía tan agradecida! «Ese hombre al que adoro realmente está dispuesto a aguantarme».

Los clientes llegaron a su hora y la mayoría se marcharon sonriendo ese jueves. Cuando por fin se puso el sol hacia las siete, todo el jardín pareció exhalar un suspiro de alivio colectivo. Empezó a soplar una brisa fresca que hizo balancear los adornos, y, cuando el señor Binny se arrancó a tocar *The Saint Louis Blues*, la vaca se puso a mugir en el establo, haciendo que el tipo del oboe se saltara una nota por no poder aguantar la risa. De hecho, todos se echaron a reír. La mitad de los clientes eran hombres adultos. No parecían intimidados ni avergonzados como los chicos. Sus sonrisas eran confiadas y un poco perezosas, como si estuvieran convencidos de haberse ganado esa escapada. Me pregunté qué ganarían sus esposas con su duro trabajo. Quizá una noche tranquila, sin tener que aguantar a sus maridos infieles.

A las diez y cuarto, yo estaba sentada con la espalda muy recta en mi silla, estudiando cada coche que se detenía delante del sendero. El plan era que todas las chicas salieran al jardín a las diez y media, aunque eso supusiera interrumpir un servicio. Calculábamos que la señora Tartt y Frances estarían de vuelta entre las once menos cuarto y las once. A las diez y veintinueve minutos, tal como habíamos planeado, salieron las chicas. Todas, excepto Flossy, que aún estaba arriba con un joven universitario que se había

presentado sin reserva. Flossy había supuesto que sería «visto y no visto».

A las once menos cuarto, vi que se aproximaba un taxi. Tocó dos veces el claxon, siguiendo las instrucciones que le habíamos dado a Frances. Le hice una señal a Charlie, que le susurró algo al señor Binny, y *Stormy Weather* dio paso a *Night and Day*, una canción que probablemente me seguiría poniendo los pelos de punta durante lo que me quedara de vida. Charlie entró para quitar el pestillo de la puerta principal. Unos minutos más tarde, salió al porche trasero, pero esta vez acompañada de Frances y la señora Tartt.

De pie detrás de mi mesa del teléfono, en estado de alerta, observé cómo asimilaba la escena la señora Tartt. Tenía la falda del vestido de algodón arrugada, después de ver dos películas seguidas en el cine. Colocó sobre la barandilla el generoso vaso de bourbon con hielo que le había servido Charlie. Noté que tenía los hombros caídos, cansada todavía del viaje del día anterior, mientras contemplaba a Esmeralda, que bailaba el foxtrot con pasos largos y ágiles, avanzando y retrocediendo. Frances estaba a su lado, probablemente muerta de miedo ante la perspectiva de que Ruby considerara que no estaba haciendo un buen trabajo.

¡Dios mío! Iba a ser un milagro si conseguíamos salir del apuro sin que la señora Tartt lo descubriera todo.

Vi que Charlie le entregaba una caja pequeña. La observé mientras la abría, e, incluso desde la distancia, noté que su boca formaba una O perfecta. Esta vez no le costó deslizarse la joya en el dedo, ya que había perdido mucho peso. Esa misma mañana, yo había ido a la tienda del señor Fauster y había comprado el anillo de bodas de la señora Tartt por veintiún dólares. La señora Tartt abrazó con fuerza a Charlie y después le enseñó el anillo a Frances, que lo examinó y luego me miró a mí. Hizo una mueca, visiblemente

decepcionada por no haber recuperado también el suyo. Así era mi hermana.

La señora Tartt volvió a dirigir la mirada hacia las chicas en la pista de baile, con una gran sonrisa. El tipo canoso que bailaba con Esmeralda trastabilló con torpeza de borracho, pero ella lo cogió por un brazo e impidió que se fuera al suelo. La pareja de Trixie la estaba observando con expresión lasciva y, desde mi mesita, noté que bajaba la mano para agarrarle el trasero. «¡Por favor, que la señora Tartt no lo haya visto!». Trixie le dijo algo y el tipo se sobresaltó y quitó la mano. Tras un minuto más de sufrimiento, le hice una señal a mi hermana, enseñándole los dientes: «Llévate arriba a tu suegra, dale dos pastillas para el corazón y métela en la cama». Pero Frances no pareció recibir el mensaje.

En el sendero se había detenido otro taxi, del que se bajaron dos universitarios. Me puse de pie y fui a hablar con Charlie en los peldaños del porche.

—Ocúpate de esos chicos —le indiqué—. Ahora mismo me las llevo arriba. —Me volví hacia la señora Tartt y le dije—: Venga conmigo. Tiene que acostarse.

Con los ojos azules brillantes de cansancio, asintió agradecida.

Antes de entrar, echó un último vistazo al jardín.

—Está igual que en los viejos tiempos —observó, y después volvió la mirada hacia la casa, como si fuera una persona muy querida a la que temiera perder. ¡Cuánto me habría gustado decirle que se quedara tranquila!

Pasamos por delante del retrato de Henry, que por suerte alguien había vuelto a colocar en la posición correcta para ocultar el menú escrito en el dorso. Frances venía detrás de nosotras en silencio. Cuando llegamos a la escalera principal, la señora Tartt me dijo:

—Gracias por el anillo, Birdie. Antes, cuando he pasado por la tienda del señor Fauster y no lo he visto en el escaparate, he temido que ya lo hubiera vendido o fundido.

—No hay nada que agradecer.

No quería que me diera las gracias por nada de lo que yo pudiera hacer. Solo sentía culpabilidad, miedo y un reguero de sudor frío que me recorría la espalda.

—Pero he visto que aún tiene todos mis preciosos muebles. Ha sido horrible —prosiguió la señora Tartt, subiendo despacio cada peldaño—. Ha sido como ver un cementerio lleno de viejos amigos.

En la primera planta, se detuvo para descansar y volvió la vista hacia la puerta cerrada de Flossy, como había hecho el día anterior. Cuando iba por la mitad de la escalera del ático, se paró otra vez y nos miró.

—¡Vaya! ¡Sí que debo de estar cansada! Me ha parecido oír la voz de Rory.

—Yo no he oído nada.

Después de subir los cuarenta y cuatro escalones desde la planta baja hasta el ático, la señora Tartt respiraba con dificultad.

—Hace bastante calor aquí arriba esta noche, ¿no creéis? —preguntó.

No era que hiciera calor sin más. Hacía un bochorno insoportable, incluso con los ventiladores eléctricos funcionando a todo trapo.

Frances entró en la habitación de la señora Tartt antes que nosotras.

—¿Tomará también dos pastillas esta noche? —le preguntó, abriendo el frasco junto a la cama—. Dos, ¿verdad?

Empezaba a comportarse como una cómplice y, puesto que le pagábamos, probablemente lo era.

—Con una será suficiente —respondió la señora Tartt, mientras se disponía a tragarla con el agua del vaso que yo había dejado junto a su cama.

Cuando se fue al pequeño lavabo, soltó un gemido.

—Franny, ya sé que esto es difícil para ti —le dije. Apartó la vista para no mirarme—. Pero recuerda que lo hacemos para salvar tu casa. Y también la de tu madre y tu abuela en Footely. No lo olvides, por favor.

No me mencioné a mí misma, esperando que sirviera de algo.

Mi hermana ni se inmutó y yo sentí un nudo en la garganta. Habría preferido no sentir nada.

Volví a salir y le dije a Charlie:

—De momento me quedaré dentro de la casa, para vigilar. Yo me ocuparé de la puerta, si tú atiendes la mesa en el jardín. Espera quince minutos más antes de dejar entrar a nadie.

En la cocina encontré a Flossy con Virginia.

—¿Dónde estabas, Flossy? La señora Tartt ha vuelto. Está arriba.

—Lo siento —dijo Flossy—. El chico es un manojo de nervios.

Tenía las rodillas enrojecidas y estaba tratando de destapar una botella de bourbon con el corcho demasiado hundido.

Le quité la botella de las manos y saqué el corcho con los dientes. Después serví un vaso para el chico y le dije:

—Haz que se quede allá arriba por lo menos diez minutos más.

—Tienes cara de necesitar una copa tú también —comentó Virginia cuando Flossy se fue por la escalera. Me sirvió un vaso y me lo dio.

Me lo bebí sin pensármelo y sufrí un tremendo ataque de tos.

—Respira hondo —me aconsejó Virginia, dándome unas palmadas en la espalda.

En el jardín acabó por fin la interpretación en bucle de *Night and Day* y la banda pasó a tocar *Temptation*. Unos segundos más tarde, oí que alguien golpeaba suavemente la puerta lateral al pie de la escalera de servicio, y que una de las gemelas decía el nombre de Frances. Virginia me hizo el favor de ir a abrir y luego volvió a la cocina conmigo.

—Gracias a Dios, solo quedan dos noches después de esta —murmuré—. Debes de estar contenta de que ya casi hayamos terminado.

—Echaré de menos el trabajo con vosotras —respondió—. Pero no veo la hora de perder de vista Mississippi. Debo de ser la única que se alegra más que Esmeralda de despedirse de este estado.

—La pobre extraña a su novia —comenté. Ya ni siquiera me parecía raro decirlo.

—Sí, es verdad, pero también tiene miedo de que la reconozcan —replicó Virginia.

Esmeralda me había contado que su familia vivía a menos de cincuenta kilómetros de distancia.

—A mí tampoco me gustaría que mi madre se enterara de lo que estoy haciendo, y eso que solo me ocupo de mantener la fachada.

—Ah, no, pero la familia de Esmeralda ya sabe a qué se dedica. Le preocupa que descubran que está aquí y vengan a montarle una escena que la delate ante los clientes o, peor aún, ante la ley.

—¿Qué quieres decir?

Virginia me miró como si una de las dos estuviera confundida.

—Por eso le tiene tanta manía al coche. Tiene miedo de que la descubran por eso, como ocurrió en casa de Priscilla.

Yo no acababa de entender. ¿Sería un coche robado? Cuando me disponía a preguntárselo, oí unos pasos apresurados y Frances entró en la cocina a toda prisa en camisón.

—¡Quiere una aspirina!

—De acuerdo. Voy a buscarla —dijo Virginia, que bajó al sótano.

—Vuelve arriba, Franny. Yo te la subo —le indiqué a mi hermana.

Frances aún no había salido de la cocina cuando oí un portazo muy fuerte en la planta de arriba.

—¡Chicas, no hagáis ruido!

Virginia volvió del sótano y me dio una lata llena de pastillas. Pero entonces oí algo, o quizá lo intuí, y salí al pasillo...

Una fuerte conmoción me sacudió todo el cuerpo, porque allí estaba la señora Tartt con su camisón azul, flotando escaleras abajo, con el rostro pálido como una luna invernal.

Trixie apareció en lo alto de la escalera, envuelta en una sábana.

—¡Señora! —le gritó—. ¿Es usted la que ha entrado en el dormitorio?

Sin volverse hacia ella, la señora Tartt respondió:

—Te ruego... que me perdones. Me ha parecido oír la voz de mi hijo en esa habitación.

Frances salió corriendo al pasillo, con Virginia detrás, y las tres nos quedamos mirando a la señora Tartt. Entonces un hombre de expresión furiosa que venía del cuarto de Rory pasó al lado de Trixie y exclamó:

—¡Exijo que me devuelvan el dinero! ¡Esta no es manera de tratar a un cliente! —Abrochándose aún la camisa, bajó como una tromba la escalera, adelantando a la señora Tartt, que para entonces se agarraba a la barandilla, inestable e insegura, como si creyera estar soñando. Virginia cogió al hombre del brazo y lo acompañó hasta la puerta.

Charlie entró a toda prisa y, cuando vio a la señora Tartt, se quedó como si le hubieran dado una bofetada, demasiado aturdida para hablar. Mientras tanto, yo repasaba mentalmente las

alternativas: podíamos fingir que Trixie había metido de contrabando en su habitación a un amante, o reconocer que la señora Tartt había descubierto la verdad. Yo me inclinaba por lo primero, y de hecho estaba a punto de reprocharle a Trixie el descaro de meter a un hombre en su cuarto cuando Dixie, la muy tonta, salió descalza del dormitorio con el vestido desarreglado y se reunió con su hermana en lo alto de la escalera.

—¿Se ha ido? —le preguntó a Trixie—. ¿No había reservado una hora con nosotras?

«¡Mierda!».

—Viktoria, por favor... Por favor, siéntese —le dijo Charlie.

Nunca la había oído llamar a la señora Tartt por su nombre de pila, pero Viktoria no se sentó. ¡Dios mío! No quería ni imaginar lo que había visto. Empezó a parpadear y arrugó la boca como una cereza marchita.

—Viktoria —insistió Charlie, acercándose a la escalera—, por favor, antes de que diga..., antes de que haga nada..., tengo una noticia muy buena para usted. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó un rollo grande de billetes—. Setecientos quince dólares —dijo —. Son todos suyos. Su parte del negocio.

La señora Tartt siguió parpadeando como si estuviera emitiendo un mensaje en código morse. Tardó por lo menos diez segundos en asimilar lo que acababa de decir Charlie. Entonces dejó de parpadear.

—¿Ese dinero... es de...? —Miró de reojo a un costado, como si temiera volver la vista atrás y ver de nuevo a las gemelas.

—Del club de baile —contestó Charlie con voz firme.

La señora Tartt irguió lentamente la espalda.

—Esto... debería ser suficiente para salvar mi casa —observó—. Debería ser más que suficiente.

Me daba cuenta de que se hallaba en estado de conmoción.

—Sí, pero no le quedaría mucho para vivir, después de pagar la hipoteca —repuso Charlie.

—No —convino la señora Tartt con naturalidad—. Pero es... mucho dinero.

—Podría ser más.

Charlie depositó los billetes en el segundo peldaño, uno por debajo de donde estaba la señora Tartt, y retrocedió un paso. Detrás de mí, noté que Frances sofocaba una exclamación. Mientras el rollo se abría, la señora Tartt compuso una ligera mueca de disgusto. Era una ordinariez hablar abiertamente de dinero y más aún exhibirlo de esa manera. En todo caso, la situación en la que nos encontrábamos era muy poco refinada.

—Dos noches más. Solo necesitamos abrir dos noches más —prosiguió Charlie. Parecía asustada, pero mantuvo el tipo—. Será el fin de semana más ajetreado del año. Después cerraremos para siempre. No volveremos a abrir nunca. —Hizo un gesto decidido con la mano para reforzar sus palabras.

La señora Tartt no dijo nada. Ya no parecía cansada, sino con los pies bien afianzados en la tierra y, curiosamente, varios años más joven.

—No puedo asegurarle cuánto ganaremos, pero creo que será una suma... considerable. Para usted, para Birdie y para las chicas, que se lo están ganando con su esfuerzo.

—Sí, claro —contestó la señora Tartt con un estremecimiento—. De eso no me cabe duda.

—También sería muy importante para mí —suplicó Charlie, agarrándose con fuerza la muñeca, como si le dolieran todos los huesos—. No soy codiciosa, señora Tartt. Lo único que quiero es recuperar a mi hija, Meg, y asegurarme de tener suficiente dinero

para mantenerla. Y no volver a entrar nunca más en un negocio como este. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero consiguió contenerlas.

La señora Tartt aflojó la mano con que se sujetaba a la barandilla, respiró hondo y dejó escapar el aire despacio, como si Charlie acabara de entregarle una pesada maleta. Prácticamente pude oír que a Frances se le abría la boca con lo que acababa de oír: «Mi hija, Meg». Ahora ya lo sabía.

—Lo que me estás pidiendo, Charlie... —dijo la señora Tartt, y se volvió para mirarme—. Y tú también, Birdie. —La decepción impregnaba su voz—. No sé si puedo permitir lo que está pasando en mi casa.

Le estábamos pidiendo demasiado a esa pobre mujer, que solo había sido amable con nosotras. Yo no quería más mentiras, ni más engaños.

—La deuda de su hipoteca... ya está cancelada —le confesé—. El banco ha decidido renunciar a cobrar el resto. Me he enterado esta misma mañana.

Charlie se volvió hacia mí, seguramente pensando: «¿Por qué tenías que decirle eso ahora?». Pero su expresión se iluminó con una sonrisa auténtica, como nunca le había visto hasta entonces.

—¿De verdad? —exclamó—. Entonces ¿podrá quedarse todo su dinero?

—Ya está hecho. Le han perdonado la deuda —respondí—. Excepto un dólar. He pensado que quizá sería una satisfacción para usted pagarlo en persona, señora Tartt, pero también podría hacerlo yo, si lo prefiere.

Se llevó una mano al cuello y la cara se le enrojeció. ¡Dios mío! ¿Iba a darle un ataque cardíaco?

—¿Podría quedármelo todo? —Sin mover la cabeza, bajó la vista hacia el dinero en el peldaño inferior—. Y lo que consigáis este fin de semana... ¿se sumaría a esto?

Charlie asintió.

—Sí, por supuesto.

—Con esa cantidad, probablemente podría mantener la casa durante años, porque tendría suficiente para pagar los impuestos. Y cuando Rory vuelva... yo aún estaré aquí... Y podré darles su paga a Pic y Polly...

Charlie no se movió ni parpadeó. Se limitó a esperar una respuesta de la señora Tartt. Yo sabía que por dentro estaba rezando a la Virgen.

—Bueno, en realidad... —dijo por fin la señora Tartt, llevándose una mano al peinado perfecto—, Henry siempre decía que, para ganar dinero de verdad, hay que correr riesgos. —Se miró el anillo en la mano izquierda—. Creo que estaría a favor de mantener el club abierto un par de días más.

Parecía estar hablando con su marido cuando dijo eso. Echó un vistazo al dinero y después nos miró a Charlie y a mí, como diciendo: «De eso podéis ocuparos vosotras». Se dio la vuelta y empezó a subir lentamente la escalera, de regreso al ático.

—Será mejor que volvamos a la cama, Frances. Debes de estar cansada. Charlie, procura que el club de baile no esté abierto hoy hasta muy tarde.

## 45

A la mañana siguiente, preparé un montón de tortitas con beicon. En el comedor, Charlie había puesto la mesa con la mayor elegancia,

con el mantel bien planchado, la vajilla azul y blanca y un centro de lirios rojos entrelazados con hiedra del jardín. Eran detalles agradables, que podían ayudar a la señora Tartt a digerir el hecho de tener que desayunar con cinco prostitutas.

A las nueve, subí al ático para ver cómo estaba Frances. La encontré tumbada en la cama, completamente vestida para el día, aunque todavía no había bajado. Se sentó y me miró con los ojos entrecerrados, preparada sin duda para decirme algo horrible sobre mi persona. Pero yo no tenía tiempo ni ganas de preocuparme por mi posición en el termómetro de su odio. La puerta de la señora Tartt estaba cerrada.

—Te agradecería que vigilaras un poco a tu suegra a lo largo del día, Franny. Solo para asegurarnos de que... no vea demasiado.

—Ya ha visto a las gemelas con un cliente, Birdie. ¿Qué más podría ver?

—Te sorprenderías —respondí.

Cuando ya me disponía a marcharme, me dijo:

—Espera.

—Tengo mucho que hacer, Frances.

—¿Por qué no me habías dicho que Charlie es la madre de Meg? —preguntó—. Tenía derecho a saberlo.

Después de guardar con tanto cuidado el secreto, me parecía arriesgado revelarlo de repente. Pero pensé que quizá la ayudaría a comprender lo que le había estado diciendo desde el principio acerca de su alteza, la presidenta Garnett.

—Porque Welty Pittman es el padre de Meg, Frances. Charlie tuvo una aventura con él.

Por un momento, creí que se iba a atragantar.

—¿Estás segura? —preguntó, y yo asentí—. ¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo le he estado dando alojamiento en mi

casa a la amante de Welty Pittman?

Frances siempre tenía que relacionarlo todo consigo misma. Pero entonces vi que la sombra de una duda se abría paso en su expresión y le ensanchaba los ojos.

—¿Era por eso por lo que Garnett... trataba a Meg mucho peor que a las otras niñas?

—Sospecho que por eso se postuló para ser presidenta y por eso puso en marcha ese horrible programa de trabajo. Para castigar a una niñita.

Frances se lo pensó por un momento.

—Eso no lo sabes, Birdie. No conoces sus motivos. —Estaba volviendo adonde se sentía más cómoda, a su papel de seguidora de su líder, tal como se esperaba de ella—. Garnett es una buena cristiana y cree en... en la santidad de la familia. ¿Quién sabe? Quizá habría ayudado a Charlie a recuperar a su hija. —Frances se comportaba con Garnett como una auténtica oveja detrás de su pastor.

¿Era preciso que lo supiera todo? Decidí que sí.

—¿Has visto las cicatrices en las muñecas de Charlie?

Frances me miró con expresión cansada, pero asintió. Me producía tristeza tener que explicárselo con palabras que pudiera entender.

—Garnett consiguió que declararan a Charlie «débil mental» para que la enviaran al manicomio del estado. Una vez allí, la ataron y la esterilizaron.

Frances se quedó boquiabierta. Una fría mesa de operaciones, cuerdas y cuchillos. Para lograr que visualizara la escena, le rodeé con los dedos una de sus delgadas muñecas.

—¿Te lo imaginas, Frances? Tu ídolo, Garnett Pittman, fue la culpable de que pasara eso.

Se soltó bruscamente de mis manos y se abrazó a sí misma, como si tuviera frío.

—Baja y vigila a la señora Tartt, ¿de acuerdo? Ya ha visto demasiado —le dije mientras salía de su habitación.

Después de darme un baño rápido, para el que realmente no tenía tiempo, me vestí y bajé. Iba a ser un día ajetreado. Cuando entré en el comedor, Frances ya estaba sentada a la mesa. Virginia estaba a su lado y le señalaba algo en su gran libro negro.

—La palabra «vulva» no tiene nada de malo —le estaba diciendo a mi hermana—. Tú también tienes una, ¿sabes?

Frances parecía haberse quedado muda. Se levantó y se cambió de sitio, para dejar una silla libre entre las dos.

—Buenos días —canturreó la señora Tartt, entrando en el comedor con expresión radiante.

—Buenos días, señora Tartt —la saludé.

Se había puesto un vestido de algodón azul celeste, limpio pero muy arrugado. Llevaba el pelo bien peinado y se había aplicado un alegre pintalabios rojo, que se le había corrido un poco por la parte de arriba a la izquierda. Me pareció bastante guapa, dadas las circunstancias. Miré a Frances como diciendo: «Por favor, vigílala». Y después me fui a la cocina.

Picador y Polly venían de regreso del tendedero, cargadas con una cesta de sábanas. Las miré directamente a los ojos y les dije:

—Lo sabe todo.

Polly se apoyó en la encimera.

—¿Qué ha dicho?

—Que podemos... —Yo también tuve que tomarme un segundo para respirar—. Nos ha dado su permiso para abrir las dos últimas noches. Creo que ha decidido mirar para otro lado.

—Que el Señor se apiade de nosotras —dijo Polly, meneando la cabeza—. ¡Y yo que creía que esto iba a enviarla al cementerio metodista, al lado del señor Henry!

Picador frunció los labios.

—La señora Viktoria no es tonta. Sabe lo que vale un billete de un dólar, incluso más que cualquiera de nosotras. —Parecía en cierto modo orgullosa de la señora Tartt—. Pero tenemos que hacer como si no pasara nada. No podemos restregárselo en la cara.

—Gracias, Picador —le dije.

Polly había vuelto al tendedero cuando la señora Tartt entró en la cocina. En ese momento, Picador salió del lavadero cargada con un montón de sábanas mojadas y la señora Tartt se paró en seco.

—Buenos días, Picador —saludó.

—Buenos días, señora Viktoria —respondió la criada.

Se quedaron un momento mirándose. Picador no bajó la vista hacia la montaña de sábanas, ni tampoco lo hizo la señora Tartt. Durante un instante, las dos mantuvieron la conversación silenciosa más estridente que había oído jamás sobre el motivo de llevar en brazos una pila tan enorme de sábanas mojadas.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana? —preguntó finalmente la señora Tartt.

—Bien, estamos todas muy bien.

—Me alegro de oírlo.

Fin de la conversación. La señora Tartt volvió al comedor y yo recé para que el resto del día siguiera igual.

A las dos y media, ya estaba harta de la actitud de Frances. Salí al porche trasero y me la encontré dormida, con la boca abierta.

—¡Frances!

Abrió los ojos y se secó la boca.

—Está ahí dentro —dijo, señalando la ventana tras ella—. Por eso estoy aquí.

Entré en el saloncito y encontré a la señora Tartt, sentada en el sofá con la espalda muy erguida, mientras Flossy le pintaba las uñas de un elegante color rosa oscuro.

—El truco es aplicar pinceladas largas y rápidas. —Flossy le hizo un guiño—. Mírese ahora las uñas. ¿A que le han quedado muy bonitas?

La señora Tartt compuso una sonrisa cortés.

—¿Y esto cómo se quita? —preguntó.

—¿Por qué querría quitárselo? —replicó Flossy.

Pero el día aún no había terminado.

Un poco más tarde, la señora Tartt se disponía a subir para echarse un rato en su habitación cuando sonó el teléfono. Tuve que darle un empujón a Ruby para ser yo quien cogiera la llamada.

—Sí, señor —dije, y a continuación—: Es para usted, señora Tartt. Harry Holtzman, desde Biloxi.

La señora Tartt se alisó el vestido y cogió el teléfono mientras yo iba a buscar a Frances, por si era necesario que ella también estuviera presente. Cuando volvimos, ya había colgado. Tenía la cara demacrada y las mejillas del color de la ceniza. Se volvió y fue a sentarse en el peldaño más bajo de la escalera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho? —le preguntó Frances, sentándose a su lado.

Me aparté para dejarlas un minuto a solas, pero mi hermana me pidió que me quedara.

—Ya está. Holtzman ha hecho un pacto con el juez y todos los documentos están firmados —anunció la señora Tartt. Hizo una pausa y tragó saliva—. Rory irá al hospital. Dice que está listo. —Cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos—. Mi pobre hijo.

—¿Ha hablado con Rory? —le preguntó Frances, y la señora Tartt asintió—. ¿Qué más le ha dicho?

—Que lamenta mucho haberme decepcionado... y haber avergonzado a Henry. Ha prometido que hará lo posible para curarse y yo le he dicho que no es necesario que lo haga, que yo lo apoyaré si decide ir a la cárcel y no al hospital, pero él ha respondido que no, que se siente en la obligación de hacerlo. Entonces ha vuelto a ponerse Holtzman. —Estaba sudando y parecía mareada, como si fuera a vomitar.

Fui a la cocina a buscarles un vaso de agua a ella y otro a Frances. La señora Tartt se bebió el suyo de un trago.

—Holtzman ha estado en el apartamento que Rory había alquilado en Nueva Orleans. Gran parte de lo que se llevó sigue allí, pero los relojes de oro de Henry, las joyas y la cubertería de plata... Rory lo vendió para conseguir dinero en efectivo, que ahora habrá que utilizar para pagar los honorarios del abogado y el tratamiento. Holtzman ha dicho que se encargará de remitirnos aquí lo que sobre, junto con el Studebaker.

—¿Le parece que habría cambiado algo si yo le hubiera pedido que no fuese al hospital? —preguntó Frances, con los ojos llenos de lágrimas.

En realidad, le estaba preguntando si la culpa era suya.

—No, querida. Esta vez Rory ha tomado su propia decisión.

Miré la cara de mi hermana. Parecía agradecida de que su suegra la hubiera absuelto de toda responsabilidad. Su misión en este mundo era ser la señora de Rory Tartt y estaba auténticamente convencida de que su marido se libraría de la «enfermedad» que lo aquejaba.

—Me alegro de que pueda recuperar algunas de sus cosas. —Frances le cogió la mano a la señora Tartt, algo que yo nunca la

había visto hacer.

—Ya no me importan mis cosas, Frances. Solo quiero recuperar a mi hijo, entero y feliz... No quiero ni imaginar lo que van a hacerle. —Empezó a sollozar, tapándose la cara con las manos. Su llanto era gutural, rebosante de un dolor brillante y descarnado.

La temperatura bajó a medida que avanzaba la tarde y una fresca brisa otoñal hizo balancearse los farolillos y los adornos que colgaban de los árboles. Decidí preparar un pícnic para la cena, que para algunas era almuerzo, sobre unas colchas que desplegué en el suelo del jardín lateral. Teníamos sándwiches de jamón y queso, ensalada de patata, Coca-Colas frías y la lata de cigarrillos sueltos. Ya no lograríamos venderlos en las dos noches que faltaban, y eso me hizo pensar en todos los condones que quedarían sin usar bajo el fregadero. Las chicas estaban casi listas para la noche, bañadas, depiladas y maquilladas, pero aún con la ropa de andar por casa.

Mientras cenábamos, Flossy y Ruby jugaban al *whist* con las gemelas. Al principio me pareció que las mellizas eran muy hábiles jugando a las cartas, hasta que me di cuenta de que hacían trampas. Se intercambiaban señales con toses y resoplidos, y tenían naipes escondidos bajo las piernas. Me pregunté cuánto tardarían en descubrirlo las demás. Charlie tenía la agenda abierta, pero pasaba la mayor parte del tiempo con la vista perdida en los árboles de Júpiter. Había estado todo el día callada como una tumba y yo sabía que era a causa de Meg. Aunque reuniera suficiente dinero para mantenerla, eso no garantizaba que pudiera recuperarla. Parecía enferma y demacrada.

—¡Caray, ya empieza a hacer frío! —dijo Flossy. Sentada con las piernas cruzadas, se ajustó un poco más el albornoz de Frances. El viento de octubre era penetrante—. ¿Qué planes tenéis para

después de aquí? ¿Qué harás tú, doctora Chocho, cuando tus putas favoritas ya no estemos aquí para pillar una enfermedad?

Virginia levantó la vista de su libro.

—Trabajaré en el hospital y en la consulta de Kleinkamp hasta tener respuesta de alguna facultad de medicina. Si me admiten en la de Pennsylvania, que es solo para mujeres, podría trabajar en el hospital universitario a partir del segundo año, pero debo tener el dinero para la matrícula del primer curso. —Se llevó el lápiz a la boca —. Birdie, ¿necesitará tu hermana que le haga la prueba de la gonorrea?

—Por desgracia, no —respondí.

—¿Y tú qué harás, Es? —quiso saber Flossy—. ¿Te irás directamente a París, a vivir con los gabachos?

—Antes pasaré por Memphis —contestó Esmeralda—. Hay un tipo dispuesto a comprar por un buen precio ese coche tan llamativo que tengo. Después intentaré llegar a Nueva Orleans antes del lunes, que es cuando sale el barco. Si no lo consigo, tendré que salir de Nueva York. En cualquier caso, en unas semanas estaré en París con mi chica. —Estiró sus largas piernas sobre la colcha. Se había puesto otra vez el traje chaqueta de seda. Yo quería uno igual para mí.

—¿Tu chica también está en este negocio? —preguntó Virginia.

—No, ella canta en los clubes —dijo Esmeralda sonriendo, con las mejillas radiantes—. Es una estrella en París. Si la oyerais cantar, se os caerían las bragas. —Cerró los ojos, enseñando una pulcra línea negra de *kohl* al estilo de Cleopatra en los párpados. Después los abrió y me miró—. ¿Qué planes tienes tú para el futuro, Birdie? ¿Vendrá ese hombretón a buscarte?

Asentí. No me podía creer que el futuro estuviera a tan solo dos días de distancia.

—Tendré que volver a mi casa del delta un tiempo. —Decirlo me sonó como el final, como la muerte. Pero no era nada de eso—. Pero después vendré a verlo... y estoy pensando en montar un negocio.

—¿Necesitas chicas?

—Otro tipo de negocio, Dixie. —Pero tampoco era mala idea—. Pienso ofrecer servicios de contabilidad para las empresas de aquí.

—¿Y tú, Flossy? ¿Todavía quieres ir a Dakota del Norte? —preguntó Virginia.

Me giré hacia Flossy. No sabía que tuviera ese plan. Flossy se miró las manos, amarillentas y surcadas por venas prominentes.

—Creo que debería darle otra oportunidad a mi hermana. Después, puede que Ruby y yo nos mudemos a Chicago, ¿verdad, Rube? A ver si nos echamos de novio a algún Al Capone.

—Esto de aquí está muy bien —intervino Ruby en un tono de voz curiosamente agudo—. ¿Por qué demonios tenemos que cerrarlo? —Me pareció notar que le temblaban los labios mientras echaba una carta al montón.

—¿Te me estás poniendo sentimental, Rube? —le preguntó Flossy, apretándole un brazo.

Ruby desvió la vista.

—No. Es solo que no me gusta lo que has dicho antes.

—¿Qué ha dicho? —pregunté yo.

Flossy dejó las cartas sobre la colcha y se echó hacia atrás.

—Tengo la sensación de que Chicago será mi última parada —dijo.

—¿Quieres decir que piensas retirarte?

—No, es más que eso. Es solo una corazonada. Y no pasa nada, me he resignado. —Asintió como confirmando algo que ella misma estaba pensando y se quedó mirando las hojas que caían del árbol de nueces pecanas. A mí tampoco me gustaba verla así—. Bueno, ha

sido un viaje agitado. —Volvió a sentarse más erguida, jugó una carta y le hizo un guiño a Ruby, como diciéndole: «¿Has visto lo que he jugado?».

Dixie cambió de posición las piernas, tosió un par de veces y, al cabo de unos minutos, las gemelas habían ganado la partida.

—Pero ¿cómo lo hacéis? —exclamó Flossy riendo—. ¿Tenéis el cerebro compartido o qué?

—Más que compartido, lo tienen podrido —masculló Ruby, arrojando sus cartas al suelo.

—Ya estamos otra vez —comentó Flossy.

—Si nosotras lo tenemos podrido, tú más que nosotras —replicó Dixie sin quitar ojo a Ruby. No era frecuente que se le enfrentara, pero supuse que querría aprovechar la oportunidad mientras pudiera —. Todas tenemos algo roto por dentro, ¿o me equivoco?

Hubo miradas en torno a la colcha, como si todas —Charlie incluida— estuviéramos midiendo hasta qué punto nos había afectado la vida, a nosotras y a las demás. Yo siempre me había considerado una persona marcada por la desgracia hasta que me tocó vivir con cinco prostitutas y una madama. Ruby alargó una mano y extrajo un diez de tréboles de debajo de la pierna de Dixie.

—¡Sois unas estafadoras! ¡Habéis estado haciendo trampas todo el tiempo! —Pero, en lugar de amenazar a Dixie con meterle la carta por la garganta, Ruby se echó a reír. No fueron carcajadas, como la primera noche de mucha actividad, cuando bailó tanto que se le olvidó dónde se encontraba, sino más bien una risita cómplice—. Puede que no seáis tan tontas como parecéis —declaró, y entonces se levantó y entró en la casa, dejando sobre la colcha su plato sucio.

Todavía me daban pánico sus accesos de ira.

—Charles, ¿qué planes tienes tú para después de aquí? —preguntó Flossy.

Charlie no parecía abatida como Ruby, sino mucho peor, casi como si se encontrara en el fondo de un pozo. Recordé aquella vez en el porche trasero, cuando se había plantado delante de mí con la barbilla por delante, obstinada, diciéndome lo que había que hacer. Parecía como si su antigua seguridad se le estuviera escurriendo entre los dedos.

—La semana que viene... iré al norte a hablar con algunas personas. Me quedaré en Memphis esperando a ver si se soluciona y después, si todo va bien, cogeré un tren... —Señaló con el pulgar hacia la izquierda.

—A cualquier lugar que no sea este, ¿verdad? Te entiendo —comentó Esmeralda—. ¿Y cómo piensas ir a Memphis?

—El señor Binny me ha dicho que me llevará.

—Quizá yo podría hacerte una oferta mejor —sugirió Esmeralda.

Después, mientras Charlie fregaba los platos, oí cuál era la oferta. Charlie llevaría el Pierce-Arrow de Esmeralda hasta Byhalia y a continuación hasta Memphis, para entregárselo al hombre dispuesto a comprarlo por un buen precio. Recibiría el dinero y se lo enviaría por cable a Esmeralda, a su dirección en Francia, tras quedarse con una pequeña comisión.

—No te pondrá ninguna pega por el dinero —dijo Esmeralda—. Pero no vayas a enamorarte de él. Es alto, moreno y muy guapo.

—¿Qué piensas decir cuando llegues a Byhalia? —le pregunté a Charlie.

Cerró el grifo. Yo sabía que a partir de cierto punto su desesperación no aceptaría un «no» por respuesta, pero quería que manejara las cosas con sensatez.

—Trataré de razonar con los Heidelberg —contestó—. Les diré quién soy y qué ha pasado, y les pediré que me dejen hablar con Meg. Cuando vean cómo es ella conmigo... —Le tembló la barbilla,

pero respiró hondo y contuvo el dolor. Yo nunca había conocido a nadie tan fuerte como Charlie. Le cogí un brazo—. Y, si se niegan, contrataré un abogado en Memphis e intentaré llevar el caso a los tribunales.

Asentí para mostrarle mi aprobación, pero sus palabras sonaban a derrota.

—No hay otra manera de hacerlo, Charlie.

Ya casi se había recuperado cuando Esmeralda volvió a la cocina con los pantalones de seda ondulando en torno a las piernas.

—No olvides conducir despacio de camino a Memphis, para que no te pare la policía. Si ven los papeles del coche, pensarán que es robado.

—¿Lo es? —intervine.

Esmeralda frunció el ceño al oír la pregunta.

—No, no es robado. Pero, si la policía le pide los papeles, verán que Charlie y yo no somos la misma persona. La mayoría de las veces ni siquiera creen que yo lo sea. Aunque siempre pueden causar problemas si ven que el coche está registrado a nombre de una persona negra. Les da mucha rabia que alguien de color pueda tener un coche tan lujoso. Así que conduce despacio y ten cuidado.

—Lo tendré —respondió Charlie.

Esmeralda debió de notar la sorpresa en mi rostro. «Si nos descubren... Si la descubren a ella...». Me había quedado sin palabras. Todavía nos faltaban dos noches.

Su mirada no era hostil, sino más bien comprensiva de mi ingenuidad.

—Por si no tengo otra oportunidad de decírtelo, ha sido un verdadero placer trabajar contigo, Birdie. —Me apoyó una mano en el hombro.

—También ha sido un placer para mí, Esmeralda. Más de lo que puedas imaginar.

Se marchó con un frufrú de los pantalones de seda y yo miré a Charlie con el corazón acelerado.

—No lo sabías —dijo Charlie. No era una pregunta.

—¿Todas lo sabíais menos yo?

Charlie asintió con la cabeza.

—Dábamos por hecho que tú también.

Por supuesto, yo había sido la última en enterarme. Bajé la vista a las baldosas del suelo y de pronto todo cobró sentido: la manera en que el señor Binny había mirado a Esmeralda aquella primera noche, su terror al averiguar que Charlie no tenía ningún trato con el *sheriff*...

—Si nos hubieran descubierto, Esmeralda habría acabado... —No quise terminar la frase, porque sentía demasiado miedo por ella y por nosotras—. ¿Y Priscilla? ¿Ella también lo sabía?

—Por eso Esmeralda tuvo que volver aquí. Priscilla sospechó que el coche podía ser robado y temía que atrajera a la policía. Para asegurarse, le pidió los papeles y vio que estaba registrado a nombre de una mujer de color. Entonces le dijo a Esmeralda que solo le pagaría la tercera parte de lo que pagaba a las otras chicas, pero ella no aceptó.

—¿Por qué arriesgarse a trabajar en una casa para blancos cuando dijo que había otra muy cerca para gente de color, que además era mucho más agradable?

—Porque allí no la quisieron. Tuvieron miedo, porque la vieron demasiado blanca.

Charlie me dejó sola en la cocina mientras yo digería la noticia. La preciosa Esmeralda no era bienvenida en el estado donde había nacido y crecido. No era de extrañar que quisiera marcharse a París.

El mundo no tenía el menor sentido y, aun así, había un pensamiento que me venía a la cabeza cada vez con más frecuencia. La improvisada banda de inadaptadas con la que convivía me había inspirado por primera vez una agradable sensación de pertenencia. Y no entendía cómo demonios había podido tener tanta suerte.

## 46

Antes de abrir el club esa noche, conseguí que la señora Tartt y Frances subieran al ático. A Frances le estaba dando un ataque, tratando de cortarse y arreglarse el pelo ella sola, antes de ir a las Huérfanas al día siguiente. Había insistido en seguir yendo al orfanato, ya que era lo único que le quedaba de su antigua vida. También había proclamado con valentía que pensaba cortarse el pelo y peinarse ella misma con el fin de ahorrar hasta el último centavo para Rory. Me preguntaba cuánto tiempo le duraría la determinación. La señora Tartt estaba tumbada en la cama, escuchando su radio nueva. Tenía los ojos hinchados, pero parecía que ya había llorado todo lo que tenía que llorar. Yo le había subido, junto con la cena, una de las últimas botellas de bourbon sin diluir que quedaban.

Los clientes iban y venían en la penumbra. Era la noche del gran baile en el campus, por lo que probablemente no recibiríamos la visita de ningún universitario. Unos pocos hombres habían venido solo a curiosear y se quedaban boquiabiertos mirando a Esmeralda y a las gemelas rubias, que bailaban *Dream a Little Dream of Me*, una canción que siempre me había encantado. Para entonces, la pintura negra de la pista de baile empezaba a desconcharse y en algunos puntos asomaba la madera desnuda. La brisa arrastraba hojas secas entre los pies de los bailarines. «Ya casi hemos terminado —pensé

—. Gracias a Dios». Estaba fumando uno de los cigarrillos que vendíamos cuando vi la figura solitaria al otro lado de la carretera, observándonos. Me quedé paralizada.

Iluminaba la noche una luna casi llena y los faros del coche proyectaban haces de luz sobre la carretera. Era un automóvil de líneas angulosas, con paneles de madera en los laterales, como una caja sobre ruedas. No habría podido decir con certeza si era el mismo que solíamos ver de madrugada, pero igualmente se me pusieron los pelos de punta. Me levanté de la silla. La persona del coche se estaba acercando. Se perdió unos segundos en la sombra, pero enseguida volvió a aparecer a la luz de la luna.

—¡Charlie! —grité por encima de la música, y ella vino a reunirse conmigo, pero se paró en seco un par de metros por detrás de mi mesa.

El doctor Welty Pittman venía hacia nosotras, caminando con una leve cojera. Mi cabeza funcionaba a toda velocidad. ¿Por qué habría venido? ¿Habría encontrado una tarjeta? ¿Lo habría comprendido todo al ver la carta dirigida a Charlie en la oficina de correos? Charlie dio un paso al frente y se quedó a mi lado.

El doctor Pittman se detuvo justo después de pasar por el arco de la pérgola. No llevaba sombrero. Sus ojos azules se curvaban un poco hacia abajo en las comisuras, como los de Meg. Al ver a Charlie, no solo se le suavizó la mirada, sino que todo su rostro pareció derretirse. Fue muy evidente. Yo había pasado años observando a las personas detrás de aquel solitario mostrador y sabía reconocer ese anhelo: un desengaño, un primer amor, un hilo magnético que unía a dos vecinos que se habían besado veinte años atrás y nunca lo habían olvidado. «Sigue sintiendo algo por ti, Charlie».

Ella se había llevado la mano al pecho, como si fuera a fallarle el corazón. Podía entender lo que había visto en él. Era un hombre apuesto, aunque con el aspecto abatido de quien se ha casado con una bruja. Mientras tanto, el señor Binny cantaba: «Abrázame y dime que me echarás de menos...».

Charlie fue la primera en hablar.

—¿Estás solo? ¿Has venido a traernos problemas?

—No —respondió el doctor Pittman—. He venido a verte a ti. —Su mirada derivó hacia los bailarines—. ¿Qué es este sitio, Charlie?

Ella no respondió. Respiraba por la nariz, como un toro a punto de embestir.

—Es un club de baile —dije yo—. Para los chicos de la universidad. Pero hoy están todos en la fiesta, así que no han venido.

Meg me había contado que su madre mentía muy bien, pero era evidente que yo no estaba a su altura.

Entonces Charlie avanzó hacia él.

—Eres un cobarde sin agallas —le dijo en un tono grave y espeluznante, con los puños apretados.

Welty la miró a la cara.

—No supe qué otra cosa hacer, Charlie. La niña se estaba muriendo de hambre.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y por eso la dejaste tirada en ese orfanato apestoso que dirige tu mujer? ¿A tu propia hija? —No había más de treinta centímetros de distancia entre los dos—. Esa arpía me hizo perder el trabajo. Por su culpa perdí a mi hija. ¡Tu mujer me mandó al manicomio! ¿Vas a decirme que no lo sabías? —Estaba prácticamente encima de él, con las mejillas enrojecidas, echándole

toda su ira a la cara—. ¿Sabes qué les hacen allí a las internas, doctor Pittman?

Welty no respondió. Se quedó inmóvil, envuelto en su abrigo arrugado, recibiendo la furia de Charlie.

—¿Qué hiciste con todas las cartas, Welty? ¿Al menos mirabas las fotos de tu hija? ¿O te sentabas a leer mis cartas con tu mujer en el desayuno para reíros de mí? —Charlie sonreía de una manera siniestra, pero tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Sabes cómo trataba la «presidenta Garnett» a tu hija en ese pozo infecto suyo? Le decía que era mala, que era un sucio error, una imbécil... —Un sollozo le quebró la voz, y Welty hizo una mueca de dolor—. Le prohibió que fuera a la escuela, que era lo que más le gustaba, y, para castigarla, la encerraba en una habitación pequeña y maloliente, completamente sola.

—No lo sabía —replicó él en voz baja—. No supe nada de las cartas hasta que ya fue demasiado tarde. Pensaba que Garnett cuidaría de la niña...

—¡DEJA DE LLAMARLA «LA NIÑA»! ¡ES TU HIJA Y SE LLAMA MEG!

En ese momento todo se detuvo. La música y el baile. Me pregunté si Frances y la señora Tartt también lo habrían oído desde el ático. Solo se oía la respiración de Charlie. El resto de los presentes conteníamos el aliento.

—Si hubiese sabido que Garnett la estaba tratando de ese modo, habría intervenido hace mucho tiempo.

Charlie se tapó la cara con las manos. Estaba temblando de la cabeza a los pies, pero todavía no había derramado ninguna lágrima. Se negaba a llorar delante de ese hombre. Me aclaré la garganta, preparada para pedirles que se marcharan a otro sitio para seguir hablando en privado, porque no sabíamos quién podía estar en el club. Pero Charlie me lo impidió con una mirada.

—¿Para qué has venido a verme? —le preguntó Charlie con los dientes apretados—. ¿Qué quieres de mí?

—He venido a decirte... —Welty se interrumpió un momento, tratando de rehacerse—. Isabelle Heidelberg, cuyo hijo adoptó a Meg, me ha llamado para decirme que Tom, su hijo, ha muerto. Se ahogó en el lago de su finca la semana pasada. Su viuda no está en condiciones de cuidar a una criatura, ni tampoco Isabelle, que se encuentra muy afectada. Me ha pedido que vaya a Byhalia a buscar a la niña..., a Meg..., para traerla de vuelta al orfanato.

Charlie se lo quedó mirando en silencio. Con mucho cuidado y suavidad, él le apoyó las manos sobre los hombros. ¡Dios mío! Tenía que ser valiente para atreverse. Pero Charlie lo dejó hacer.

—Le he dicho que una persona del orfanato a la que Meg conoce muy bien, Birdie Calhoun, irá a buscarla. —El doctor Pittman me miró primero a mí y después a Charlie, que aún no acababa de entender lo que estaba pasando. Parecía como si toda su vida dependiera de las palabras de Welty—. He informado a la señora Heidelberg de que tengo autoridad legal para confiar la custodia de Meg a Birdie Calhoun.

—¿Le has dicho...?

—No, no se lo he dicho. Solo quiere que alguien se haga cargo de Meg. Le he dicho que la señorita Calhoun irá mañana a su casa.

Los dos se quedaron un rato mirándose, sin que Welty retirara las manos de los hombros de Charlie. Era como si quisiera abrazarla y como si ella hubiera perdido las ganas de pelear. Por fin Welty se apartó, buscó algo en el bolsillo del abrigo y dejó un sobre encima de la mesa.

—No es suficiente —dijo.

—No, desde luego que no —repuso Charlie.

Sin palabras, Welty retrocedió un paso. Se despidió de Charlie con una inclinación de la cabeza y se marchó.

Solo cuando se hubo alejado, iluminando la carretera con los faros del coche, Charlie cayó de rodillas y rompió a llorar.

A la una y media de la madrugada, caí en mi catre y dejé que el viento frío soplara sobre mi cuerpo, agradeciendo a Dios que los hombres mayores no alargaran tanto la noche como los chicos universitarios. En cuanto cerré los ojos, la puerta de la galería se abrió.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí contigo? —me preguntó Frances, con una almohada bajo el brazo.

Yo estaba terriblemente cansada.

—Sí, claro.

Se tumbó en silencio en el catre de al lado. Pero, por supuesto, tenía que preguntarle cómo estaba, porque era lo que siempre hacía.

—¿Estás bien, Franny?

—No —contestó ella. Parecía muy afligida—. No dejo de pensar en Rory. Lo imagino volviendo a casa y descubriendo que siempre ha estado enamorado de mí. ¿A que es una tontería?

—En tu caso, sí. —Quizá fue una respuesta demasiado cruel—. Frances, puede que te parezca una hipócrita, teniendo en cuenta lo que he hecho en tu ausencia, pero creo que tienes un problema con la sinceridad. Contigo misma y con los demás.

Tardó un tiempo en responder y yo recé para que se hubiera dormido.

—Muy bien, ¿quieres que sea sincera? Lo seré. No me gusta reconocer la verdad, pero en el fondo sé que Rory nunca se enamorará de mí.

—Así me gusta —murmuré, y volví a cerrar los ojos.

—Espera, antes de que te duermas, necesito preguntarte una cosa.

—¿Qué?

Se sentó en su catre y entonces pude verla a la luz de la luna. ¡Santo cielo! ¡Qué pelos! Se había cortado demasiado el flequillo. Estaba peor que yo después de uno de los cortes que me hacía la abuela.

—¿Cuánto dinero has ganado hasta ahora? Me refiero a tu parte de los beneficios —quiso saber.

—Mil dólares. Y, por cierto, hoy ha sido el último día. Mañana no abriremos. Hemos decidido que ya está bien. Pero, si te interesa seguir abriendo por tu cuenta, ni siquiera tendrás que cambiar la contraseña. Es «Frances».

Noté que se horrorizaba.

—¿Crees que...? —Levantó las rodillas por debajo del camisón y apoyó en ellas la barbilla—. ¿Sería posible que me dieras una parte del dinero que me has prometido?

Sabía que tarde o temprano me lo pediría.

—No, porque tenías un trabajo y no lo has hecho. —Aun así, le pregunté—: ¿Para qué lo quieres? Dime por favor que es para la peluquería.

—Necesito que me lustren los zapatos antes de ir mañana por la mañana a las Huérfanas. Los dos pares que tengo están todos llenos de raspaduras, de tanto caminar buscando a Rory.

¡Dios mío! ¿Me estaba pidiendo veinticinco centavos? Metí la mano por debajo del colchón y saqué un sobre escondido entre los muelles.

Se me quedó mirando mientras yo contaba los billetes.

—No me puedo creer que hayas ganado tanto dinero. ¿Qué vas a decirles a mamá y a la abuela cuando te pregunten de dónde lo has sacado?

—Les diré que Frances se lo ha ganado dirigiendo un burdel —respondí, entregándole los cincuenta dólares por el trabajo que no había hecho—. Cuando más adelante consigas un empleo de verdad, espero que lo hagas mejor de lo que lo has hecho conmigo.

—Gracias —dijo ella.

—¿Significa esto que ya volvemos a hablarnos, ahora que tengo dinero?

—Por desgracia, sí.

—Perfecto, porque el próximo otoño el hijo de Jack vendrá a estudiar a la Universidad de Mississippi y Jack estará al frente del banco.

—¿Estás de broma? —exclamó—. Papá te cortaría la cabeza.

—Ya puedes hablar tú, hipócrita.

—Entonces imagino que vendrás mucho por aquí.

—Supongo que sí —respondí—. Y pienso traer de visita a mamá y a la abuela. No veo la hora de presentar a la abuela y a la señora Tartt.

Volvió a tumbarse en el catre.

—¡Jolines! No me puedo creer que te hayas quedado tú con el director del banco y no yo. Es como la venganza definitiva.

—No, Franny, todavía me quedan muchas más.

Allí tumbada me dije que, si bien aquel sitio era sórdido y moralmente depravado, era sin lugar a dudas lo más interesante que había hecho en la vida. Jamás me arrepentiría de nada.

Frances se deslizó bajo las sábanas, cuidando que el pelo mal cortado no se le despeinara y cruzando las manos delante del pecho

para que nada se le arrugara, como cuando estábamos las dos en el instituto.

Una hora más tarde, me despertó el sonido del gramófono. Frances estaba en su catre, inmóvil como un cadáver, y en el aire flotaban las notas de *Dream Melody*, una canción de diez años atrás que Frances y yo solíamos escuchar en casa, tumbadas en la hamaca. La música venía del jardín. Me levanté y fui a espiar a través de la malla mosquitera. La pista de baile resplandecía a la luz acuosa de la luna. La señora Tartt bailaba con su largo camisón azul celeste, dejándose llevar por Charlie, ataviada aún con su sobrio vestido negro. Con la espalda erguida y la cabeza en alto, la señora Tartt parecía estar girando con Henry en la pista de su club de campo. Charlie, por su parte, podía estar bailando con su madre en la cocina, o con Welty en Memphis, o con Meg en la casa entre algodonales, con la vieja alfombra azul enrollada a un lado. Las observé hasta que acabó la canción y solo siguieron sonando las crepitaciones del viejo fonógrafo. Charlie hizo una profunda reverencia y la señora Tartt respondió inclinando ligeramente la cabeza. Después Charlie entró en la casa.

La señora Tartt se quedó sola en el jardín. Al cabo de un rato regresó al porche, puso otra vez el disco y volvió a bailar con la misma canción sobre la pista negra y reluciente, pero esta vez con una pareja que ya no estaba presente.

*—Manoplas rojas de lana virgen de borreguito para una niña... ¿Tendrá unas, por casualidad?*

*—Espere un momento que lo mire. —Las arrugadas manos de la señorita Ella McGuire sacaron varias cajas azules—. Deberían estar por aquí...*

—¡DESPIERTA!

*—¿Son estas? ¿Atadas entre sí para que no se pierdan?*

—¡DESPIERTA!

*—Sí, son esas... Son las manoplas que ella quería...*

—¡VAMOS! ¡DESPIERTA!

Abrí los ojos. Frances estaba de pie delante de mí, completamente vestida con un traje de tweed. «¿Estaba soñando? ¿No estoy en los almacenes Neilson?».

—Garnett irá a buscar a Meg... a Byhalia. Saldrá dentro de poco, para traerla de vuelta al orfanato. No sabe que me he ido. Ha dicho algo acerca de alguien que ha muerto... Le he pedido al taxista que me espere fuera...

—¡De acuerdo, ya me levanto!

Abrochándome el vestido y rezando «¡Por favor, por favor, Dios mío, haz que no vaya a buscarla!», salí corriendo por el pasillo. Al pasar por la habitación de Ruby, vi que solo quedaba el colchón. La de Flossy también estaba vacía, y lo mismo la de Esmeralda. No me fijé en el dormitorio de Rory, pero intuí que las gemelas también se habrían marchado.

Unos minutos más tarde, estaba en el asiento trasero del taxi, rogándole al conductor que fuera más rápido. Había dos horas de trayecto hasta Byhalia. En el mapa, la carretera no parecía demasiado mala, al menos la primera mitad. «¿Qué es lo peor que podría pasarle a Garnett Pittman?», me preguntaba yo.

Cuando llegamos a las Huérfanas, vimos que el anguloso Ford del doctor Pittman estaba aparcado delante. Eso quería decir que Garnett aún no había salido. Welty estaba sentado al volante, probablemente esperando a su mujer. Cuando me vio, tensó los hombros. Corrí detrás de Frances en dirección al porche, bajo el

mentiroso cartel que proclamaba: BIENVENIDAS SEAN TODAS LAS CRIATURAS DE DIOS.

Frances sacó la llave y enseguida se le cayó en el suelo del porche. *¡Clin!*

—¡Frances! —la regañé, aunque en realidad tendría que haberle dado las gracias.

Le arranqué la llave de la mano, la inserté en la cerradura y la hice girar. Cuando empujé la puerta, me invadió el familiar olor a café recién hecho de la sala de las voluntarias y volví a ver el otro cartel, todavía más estúpido. Al abrir la puerta siguiente, percibimos otro olor, una mezcla de patatas cocidas, pegamento escolar, pañales sucios y moho, que quizá era peor de lo que recordaba. Frances se detuvo y me señaló con la cabeza a Garnett, que estaba tratando de abrir la puerta alabeada del despacho. Giraba insistentemente el picaporte y la empujaba con la palma de la mano.

—Frances, ¿podrías...? ¡Birdie! ¿Qué haces aquí? —Ni rastro de cortesía ni de cordialidad, aunque solo fuera fingida. Tal vez nuestro último encuentro en la oficina de correos había eliminado la necesidad de mantener las formas.

Yo no quería meter a mi hermana en un lío, pero no supe de qué otro modo proceder.

—Por favor, Garnett, no traigas a Meg de vuelta. Quiero... proponerte algo.

Garnett miró con frialdad a Frances, como diciéndole que nadie le había pedido que le fuera con el cuento a su hermana.

—Permíteme que la adopte, en lugar de traerla al orfanato. Yo puedo cuidarla. Iré a buscarla y me la llevaré a Footely conmigo. Vivirá con mi familia.

Me dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Tú no puedes adoptar a una niña, Birdie. Ni siquiera estás casada.

Giró otra vez el picaporte, empujó la puerta con el hombro y consiguió abrirla. El pequeño despacho conservaba el color azul, pero el moho había vuelto a crecer sobre la pintura nueva. Cubría el techo y la parte superior de las paredes, y las manchas se extendían hacia abajo. La ventana volvía a estar tapiada, ¡y qué olor! Era tan intenso que incluso Garnett se echó para atrás. Parecía que hubiera estado preparando la habitación, fermentándola, para recibir a Meg.

Se cubrió la boca con una mano y entró, balanceando el enorme llavero. Yo me quedé en la puerta, tratando de encontrar la manera de detenerla o al menos de retrasarla.

—¿Es verdad que los Heidelberg la quieren devolver o lo has decidido tú?

Siguió actuando como si no me hubiera oído. Metió una llave en la cerradura del archivador y tuvo que tirar con fuerza del cajón para abrirlo. Después se puso a revisar las carpetas.

—¿Sabe Meg que irás a buscarla? —le pregunté, pero ella ni siquiera se volvió para mirarme.

Oí pasos en el vestíbulo. Entonces Frances y yo nos giramos y vimos al doctor Pittman, con su sombrero y su abrigo de tweed.

—¿Qué haces aquí? —me dijo él.

Eso sí que captó la atención de Garnett. Desde el archivador, miró a su marido, como si estuviera oliendo algo mucho peor que el moho.

—¿Por qué se lo preguntas, Welty?

«¿Ha llegado el momento de mencionar lo innombrable?», pensé. A esas alturas, ¿qué más podía hacerle Garnett a Charlie? Decirle algo que la conmocionara era mi último recurso.

—El doctor Pittman estuvo anoche en Idlewilde para ver a una vieja amiga —le solté—. La madre de Meg, Charlie Lefleur.

La boca de Garnett se curvó hacia abajo al oír el nombre de Charlie.

—Ella... no... —Me miró a mí, después a Welty y finalmente a Frances, que había retrocedido varios pasos ante la mención de Charlie.

—Charlie está viviendo en casa de los Tartt, con nosotras. Es nuestra invitada —le expliqué.

Garnett perforó a Frances con la mirada.

—¿Es eso cierto?

Al principio mi hermana quedó paralizada, pero al cabo de un momento, aunque me costara creerlo, asintió con la cabeza.

«Perra traidora», decía la expresión de Garnett, que le espetó:

—Creía que ya tenías suficiente con lo tuyo, Frances, teniendo que ir a buscar al maricón pervertido que tienes por marido.

¡Uf! Hasta a mí me dolió eso. Garnett se había quitado su falsa máscara de caridad cristiana.

Frances alargó todavía más el cuello y enseñó los dientes. Eso ya lo había visto yo en otras ocasiones.

—Al menos mi marido no tiene una hija ilegítima de la que ni siquiera se ocupa.

Me quedé mirando a Frances, boquiabierta. Habría querido darle un abrazo. Incluso habría sido capaz de organizarle un desfile triunfal allí mismo.

Garnett se había puesto pálida. Echó un vistazo al pasillo, para ver si alguien nos estaba oyendo, pero no había nadie fuera.

—Esa zorra asquerosa... Welty ni siquiera se le acercaría a esa hija de Satanás.

—Pues ya lo ha hecho —repliqué yo—. Y parecía bastante contento de verla.

Garnett se secó el sudor de la cara y un trozo de moho le resbaló por la mejilla.

—¿Welty?

El doctor Pittman se había asomado a la puerta y contemplaba el despacho, la ventana tapiada y las manchas de moho en las paredes. Seguramente Garnett le había prohibido entrar en las Huérfanas. ¡Increíble! El médico de la localidad no podía atender a las niñas enfermas porque Garnett temía que atendiera a su propia hija.

—Dime la verdad, Welty, ¿fuiste a ver a esa mujer?

—Sí, fui a verla —confirmó él.

Por el pasillo venían dos voluntarias charlando y Pripp era una de ellas. Cuando Garnett las vio, se volvió otra vez hacia el archivador, sacó una carpeta y la dejó caer sobre el escritorio. Esperé a que Pripp estuviera justo delante de la puerta y entonces dije con toda claridad:

—Para que lo sepas, el doctor Pittman me ha pedido que vaya a buscar a Meg a casa de los Heidelberg. —Y en voz aún más alta añadí—: Creo que el doctor tiene autoridad legal para decidirlo, ¿no piensas lo mismo, Garnett?

Habría sido lógico suponer que para entonces me había ganado la enemistad del doctor Pittman, pero no pareció ofendido. Se hubiera dicho que su principal preocupación en ese momento era el estado del despacho. «La encerraba en una habitación pequeña y maloliente, completamente sola», le había gritado Charlie la noche anterior.

Garnett vino hacia nosotros, pero yo me mantuve firme delante de la puerta. Me puso la cara delante de la mía y me dijo:

—No, el doctor Pittman no tiene ninguna autoridad legal para decidirlo, porque esa niña me pert... —Se interrumpió antes de terminar la frase.

Detrás de mí, Frances tosió. Yo también me había quedado atónita. Pripp se había parado en el pasillo, tratando de oír la conversación.

—¿Ibas a decir... que Meg te pertenece? —pregunté. Supuse que Pripp lo estaría escuchando todo.

—He dicho que... Meg le pertenece al estado. Eso es lo que he dicho. Se encuentra bajo la custodia del estado. Y ahora apártate de mi camino.

Detrás de mí, oí suspirar al doctor Pittman. Su aliento sonaba como los últimos estertores de un hombre moribundo. Me volví y lo vi agotado, superado por Garnett y por la realidad de esa habitación donde su hija había pasado tanto tiempo. «Por favor —le supliqué para mis adentros—, por favor, esta es tu última oportunidad de defenderla».

—¿Me obligarás a ir a los tribunales para revelar quién soy? —le preguntó el doctor a su mujer.

Garnett lo cogió de la mano.

—Tú nunca me harías algo así —le dijo con ternura.

—Lo haría y de hecho lo haré si es necesario —replicó Welty, apartándose de ella.

Y, para demostrarlo, pasó a su lado y fue a recoger la carpeta del escritorio. Después tocó la pared e hizo una mueca de disgusto al ver el moho que se le había pegado a los dedos. Se giró y me entregó la carpeta.

—Ve a buscar a Meg y, por favor, asegúrate de que sea feliz —me dijo.

—Gracias, doctor Pittman. Lo haré. —Me quedé mirando cómo se alejaba por el pasillo y salía por la puerta principal y después me volví hacia Garnett—. Si intentas detenerme, me dará mucho gusto escribir a la Liga contra el Vicio para contarles lo que no saben de su presidenta y su marido. —Miré otra vez a Pripp, que nos observaba con los ojos muy grandes y la boca abierta.

Garnett se agarró al borde del escritorio de Meg con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos. Parecía que fuera a vomitar.

Yo sonreí.

—¡A Meg le va a encantar el sexto curso de la escuela! —dije antes de largarme de allí, seguida de Frances.



# Meg

## 47

Esta mañana me iré para siempre de la casa roja. Dejo sobre la cama mi vestido del Día de Visita, el blanco que me picaba por todas partes y que juré por el Niño Jesús no volver a ponerme nunca. Contengo el aliento para no percibir el olor del triste lugar de donde vino y no me miro en el espejo cuando me lo pongo. No quiero verlo. Ni siquiera sé por qué maldita razón lo he conservado, como no fuera porque en el fondo sabía que llegaría este día.

Empiezo a descolgar de las perchas todas las cosas bonitas que tengo. La señora Heidelberg me ha dicho que me las puedo quedar. Las bolsas elegantes donde venían desaparecieron hace tiempo, así que lo meto todo en la vieja bolsa de papel donde guardaba los retratos de las damas voluntarias. Allá van el vestido azul de los pajaritos, el jersey de lana, las medias, los calcetines, los camisones y hasta una toalla de rizo, aunque estoy segura de que la señorita Garnett me lo quitará todo, como hace siempre con las niñas que llegan. Quién sabe qué hará con todo lo que les quita. Puede que se lo dé a otras niñas mejores que nosotras. Pero estoy segura de que no lo valorarán tanto como yo.

Cuando llego al bañador rosa, me lo llevo a la cara para olerlo y hago una inspiración profunda. Todavía huele al lago, de la última vez que fuimos a nadar Tom y yo. «El lago de Tom», como lo llamo ahora en mi cabeza. Decido llevar puesto el bañador por debajo del

vestido, para sentir cerca a Tom durante el viaje. Así la señorita Garnett no podrá quitármelo y yo podré olerlo cada vez que lo necesite. Creo que será muy a menudo.

Lucille sigue en su habitación, guardando las últimas cosas en las maletas. A primera hora de la mañana, la señora Heidelberg ha venido a explicarme cómo será mi vida a partir de ahora. Ha entrado sin que nadie le abriera la puerta. Después de todo, la casa es suya. Es increíble todo lo que puede comprar esa mujer: casas, coches, un clásico frente al parque, un bebé... Puede hacer desaparecer a alguien como Lucille, pero todo su dinero no es suficiente para que Tom regrese.

Lucille todavía estaba en la cama, así que he bajado en camisón y las dos nos hemos quedado frente a frente, mirándonos.

Vestida de negro de pies a cabeza, la señora Heidelberg parecía menos doblegada que unos días antes. Haber perdido a Tom no la matará, pero creo que una parte de ella ya se ha muerto. Yo estaba temblando de frío, porque el tiempo refrescaba esta mañana; pero al verla con las manos cruzadas delante del cuerpo he comprendido que no soportaría otro abrazo. La habría hundido otra vez en la tristeza de los días anteriores.

Me ha dicho que alguien del orfanato vendrá a recogerme dentro de poco a la casa grande.

—Ve a hacer la maleta, Meg. El señor Oney vendrá a buscarte. Llévate tu ropa y todo lo que necesites.

He notado que se le humedecían los ojos y habría querido suplicarle que no me mandara de vuelta, pero ¿cómo iba a pedirle a esa mujer más de lo que ya me ha dado? En ese momento, me ha parecido ver el futuro: los Heidelberg reunidos en torno a la mesa de la cena, hablando de aquella niña rubia que vivía con Tom y Lucille. «¿Cómo se llamaba? ¿Alguien lo recuerda?».

Nunca llegó a pedirme que la llamara «abuela», tal vez porque sabía que llegaría este momento.

Tras despedirme de ella, he ido al estudio de Tom a buscar el libro azul de Fitzgerald que le gustaba tanto. Me encantaría llevármelo. Pero sé que esa bruja me lo quitaría y no se merece tener algo tan importante. El sitio de ese libro está aquí, en el estudio de Tom. Lo he abierto y, en la primera página, debajo de su nombre —Thomas Heidelberg III—, he escrito: «Margot Louise Lefleur estuvo aquí, 7 de octubre de 1933».

No hay sensación más solitaria que la de saber que muy pronto las personas a las que quieres ni siquiera recordarán tu nombre.

Estoy segura de que será la señorita Garnett quien venga a recogerme. No se lo perdería por nada del mundo. Y esa primera mirada suya será lo peor de todo, como el primer azote en el cuarto de la correa, que muerde y quema hasta que empieza a fallarte la cabeza. La sola idea del cuarto de la correa es suficiente para comprender que la señorita Garnett está loca. Se necesita mucho descaro para hablar tanto de aquella débil mental cuando la verdadera enferma es ella. Enferma hasta el punto de encerrar a una niña en una habitación sucia y asfixiante, con las ventanas tapiadas, y creer que de ese modo conseguirá hacerla olvidar el sabor del aire fresco.

Sin embargo, tengo una noticia para esa señora. Puede azotarme con la correa y llamarme «sucia» y «marrana» todo lo que quiera, pero yo siempre podré soñar con un mundo mejor, donde no tenga que verle la maldita cara de bruja.

Cuando el señor Oney aparca la furgoneta, carga el equipaje de Lucille en el coche que compartía con Tom mientras ella se queda ahí parada, diciéndole qué hacer y cómo colocar las cosas, como una consentida maleducada. Supongo que, además de quedarse con

todo ese dinero, se apropiará también del coche. Por el movimiento inquieto de sus ojos verdes, intuyo que en su cabeza ya se ha marchado, pero un último ápice de culpa hace que venga a darme un abrazo. Es como abrazar un perchero. El aliento ya le huele a alcohol.

Todo el dinero que le ha dado la señora Heidelberg se lo va a gastar en beber.

—Cuídate, monina —dice con una sonrisa falsa. Y luego se va.

El señor Oney me abre la puerta de la vieja furgoneta y yo lanzo una última mirada a los alféizares rojos y blancos y a la torre de cuento de hadas erguida a un costado. Me da por pensar que esta casa es como la caja de lápices de colores que encontré aquella vez. No importa cuántos colores exóticos tengas para elegir, si quitas de la caja los mejores, los que tienen más sentido, lo que te queda son unos cuantos lápices muy bonitos y elegantes que prácticamente no puedes usar. Tom era el mejor color de los que había por aquí. Suena cursi, pero es la verdad.

Al poco rato, el señor Oney reduce la velocidad para tomar la última curva. Agarro la manilla de la puerta y considero la posibilidad de salir corriendo, tratar de llegar al pueblo llamado Byhalia, empezar a llamar a las puertas y rezar para que unas personas amables me vean y digan: «Mira, esta niña sería una buena adición para nuestra familia, aunque ya estamos pasando hambre en estos tiempos difíciles».

Puede que esté un poco loca, pero no soy tonta. En la vida real, o bien me devoran los perros cazadores de esclavos, o bien esa familia tan amable me lleva directa a las Huérfanas o a cualquier otro orfanato que quede más cerca, probablemente después de asegurarme que vamos de compras.

Pero, cuando el señor Oney se detiene delante de la casa grande, vuelvo a pensar que quizá debería correr el riesgo.

¡Cómo tienen que estar las cosas para que la idea de que me devoren los perros no me parezca tan mala como lo otro!

Estoy muy cansada de que las peores personas tengan que salirse siempre con la suya.

Willy May me ayuda a bajar de la furgoneta. Cojo mi bolsa de papel y le doy la mano para ir a sentarme en los peldaños del porche.

—La señora Isabelle está arriba, pero quiere que esperes aquí, pequeña. El doctor Pittman ha mandado a alguien a recogerte.

Obedezco sin rechistar. No culpo a la señora Heidelberg por no salir a la puerta. En su lugar, yo haría lo mismo.

Willy May me trae un vaso de leche y me dice que me ha preparado una bolsa con el almuerzo para el viaje. Me bebo la leche y me seco los labios con la manga. Ya no volveré a beber nada tan bueno ni tan frío en mucho tiempo. Mientras espero, Willy May me pasa la mano por el pelo, con largas caricias que me hacen sentir su preocupación.

Durante un rato, no veo a nadie subiendo por el sendero. Es horrible esperar con el corazón desbocado. Los pájaros cantan como siempre. Claro, ¿cómo iban a saber lo que está ocurriendo? Como es sábado, Marybeth y Gloria deben de estar en casa, haciendo cosas divertidas. Seguramente pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a bañarse en el lago de Tom.

—La señora Isabelle ha dicho que vendrían a buscarte esta mañana —dice Willy May, meneando la cabeza.

Ojalá esa arpía haya tenido un accidente en la carretera. Ojalá esté tirada en la cuneta, muerta y cubierta de sangre. De ese modo podría quedarme a vivir aquí, aunque fuera en el garaje.

Entonces lo vemos.

Un coche viene subiendo por el sendero. ¡Vaya! Parece que la señorita Garnett se ha comprado un automóvil de lujo, con el morro alargado y un neumático blanco en un costado. Willy May tira de mi mano para que me ponga de pie y me dice:

—Pórtate bien, Meg. Rezaré por ti.

Estoy a punto de decirle que no se moleste, pero al final cambio de idea.

—Gracias, Willy May —contesto en voz baja.

Recojo la bolsa con mi ropa y también la del almuerzo y bajo los peldaños para dirigirme hacia el coche enorme. Quiero acabar cuanto antes con todo el maldito asunto.

Se abre la puerta del automóvil y sale una mujer. No es la señorita Garnett, pero parece tener prisa para venir a arruinarme la vida. Se me acerca y de repente se para. Las manos le cuelgan a los lados del cuerpo, pero mueve los dedos como si quisiera agarrarme. Retrocedo unos pasos, me giro hacia Willy May, que se ha quedado en la escalera, y después vuelvo a mirar a la señora del vestido azul.

Tengo un lío en la cabeza. Estoy viendo cosas que no debería. Los ojos castaños de la mujer están enrojecidos como si hubiera llorado y en los bordes tienen más arrugas de lo que yo recordaba. ¿Estoy soñando? ¿Es esto un cuento de hadas, como aquel otro del «Vuelvo enseguida» que llegué a creerme? La mujer se inclina un poco, me tiende las dos manos y espera a que yo dé los pocos pasos que me separan de ella.

¿Qué debe hacer una niña en esta situación?

—¿Mamá? —pregunto.

Ella me hace callar y niega con la cabeza, mirando a Willy May.

Pero después ya no puede contenerse, viene hacia mí y me rodea con sus brazos. Entonces estoy con ella y me estrecha con fuerza.

Intento oponer resistencia, pero mi cuerpo se da por vencido. La abrazo yo también y apoyo la cara sobre su hombro. Huele igual que en mis sueños.

—No fue mi intención abandonarte, Meg —susurra—. No sabes cuánto lo siento. Te prometo que no lo hice a propósito.

¿Qué se supone que debe decir una niña?

—¿Dónde demonios te habías metido, mamá?

Me hace callar otra vez, sofoca un sollozo y responde:

—En un lugar muy malo, Margot, pero ahora estoy aquí. —Entonces se pone de pie y dice—: Tenemos que darnos prisa para llegar a Memphis.

Después saluda a Willy May en el porche y le dice:

—¡Gracias! Ya me encargo yo de la niña. —Habla con voz firme. Con su voz de siempre.

Abre la puerta del coche y me hace acomodar en el asiento del acompañante, junto a ella. Pone en marcha el motor y bajamos por el sendero entre dos filas de árboles que se inclinan sobre nosotras.

No me vuelvo para ver lo que dejo atrás. Miro directamente al frente.

## NOTA DE LA AUTORA

Mientras escribía este libro, un dato curioso me llamó la atención. Tenía que ver con una ley aprobada en 1928 en el estado de Mississippi que legalizaba la esterilización de toda persona considerada «imbécil». La junta que decidía a quién se aplicaba la medida, compuesta íntegramente por hombres, incluía entre los posibles afectados no solo a los supuestos dementes, idiotas, imbéciles o epilépticos, sino también a las personas con discapacidad, a los alcohólicos, a las prostitutas y a las mujeres de conducta promiscua.

La mención a las «mujeres promiscuas» aparece a menudo en textos de comienzos del siglo XX. Supuestamente, las mujeres de conducta promiscua tenían una elevada probabilidad de ser «imbéciles» —o «débiles mentales», expresión frecuente en la época — y viceversa. Se creía que la debilidad mental era un rasgo hereditario, que se transmitía casi con seguridad a la descendencia. «Se partía del supuesto de que las mujeres aquejadas de debilidad mental actuaban impulsadas por una sexualidad irreflexiva —escribe el eminente historiador Daniel J. Kevles—, producto de defectos de origen biológico en su carácter moral, que las empujaba a la prostitución y a la procreación de hijos ilegítimos».[1] En la misma época, se creía también que los hombres débiles mentales presentaban «ausencia de pulsión sexual», por lo que no eran «proclives a cometer delitos sexuales». Como resultado, la mayoría aplastante de las personas esterilizadas eran mujeres.[2]

Para aplicar la nueva ley de esterilización del estado de Mississippi, el gobernador Theodore Bilbo, partidario de la eugenesia, participó en la elaboración de un plan para detectar la debilidad mental entre la población escolar. En su discurso inaugural de 1928, declaró que su objetivo era lograr que el estado «se hiciera cargo de los niños defectuosos durante el período formativo, antes de que esos individuos anormales fueran una amenaza y una carga para la sociedad». Sus intenciones eran inequívocas. Quería concentrar a todos esos escolares en colonias, donde serían candidatos a la esterilización.

Cabe señalar que el estado de Mississippi, que ha sido objeto de numerosas críticas a menudo justificadas, fue el vigésimo sexto en aprobar una ley de esterilización, por lo que también entonces fue por detrás del resto. El eugenista nacional Henry H. Goddard, el primero en introducir los modernos test para medir el coeficiente intelectual, evaluó a miles de alumnos de las escuelas públicas de Nueva York. En un artículo de 1913, el *New York Times* informó de que Goddard había clasificado a quince mil escolares como débiles mentales y recomendado su segregación forzosa y posterior esterilización. Tiempo después, el estado de California elaboró un plan de esterilización tan contundente que Adolf Hitler invitó al estadounidense Harry Laughlin, director de la Oficina de Registros Eugenésicos, para que fuera a Alemania a explicar las medidas adoptadas. Laughlin no pudo viajar, pero le envió a Hitler un gráfico donde demostraba que una sola madre «impura» con rasgos de «imbecilidad» podía contaminar a toda una población. Las prácticas de esterilización de California fueron un modelo para el régimen nazi.

Otra ley federal relacionada con la salud de la mujer, aprobada por el Congreso en 1918, mantiene aún una relevancia inquietante.

La ley Chamberlain-Kahn, también conocida como Plan Americano, legalizaba e incluso alentaba la práctica policial de detener por la calle a cualquier mujer de aspecto promiscuo para someterla a análisis médicos de enfermedades de transmisión sexual. Durante más de medio siglo, decenas de miles de mujeres estadounidenses fueron detenidas y examinadas a la fuerza, según el historiador Scott W. Stern. «Si no se comportaban como se esperaba de ellas o carecían de los modales "propios de una dama", las autoridades podían golpearlas, rociarlas con agua fría, confinarlas en celdas de aislamiento o incluso esterilizarlas». Stern indica que las leyes del Plan Americano siguen vigentes con algunas modificaciones en todos los estados del país.[3]

Como escritora y como ser humano, considero mi deber ponerme en el lugar de otras personas y empatizar con ellas. Para conservar la cordura, plasmo esas imaginaciones en el papel. Se calcula que el número de estadounidenses objeto de esterilización forzosa ascendió a setenta mil, aunque he leído informes que hablan de cientos de miles. Es por lo tanto una cantidad enorme de personas con las que empatizar. A partir de 1940, la mayoría de las víctimas de esta práctica fueron mujeres negras de clase trabajadora, entre ellas Fannie Lou Hamer, a quien se atribuye la creación del desgarrador eufemismo «apendicectomía de Mississippi». Con la mayor sinceridad quiero rendir homenaje a las mujeres que padecieron ese vergonzoso capítulo de la historia de nuestro país y a las que lucharon —y siguen luchando— por la atención sanitaria a las mujeres como un derecho humano básico.

Muchas personas me han ayudado con mi investigación histórica. En lo referente a los lugares emblemáticos de Oxford, los comercios de la plaza, los negocios de Freedmen Town y la manera de hablar de la época, admito haberme tomado algunas libertades para narrar

una historia que espero sea coherente. Si se me ha escapado algo importante, animo a los lectores a compartir sus conocimientos para que las generaciones futuras conozcan la verdad sobre la historia de nuestro país.

A una sola persona le corresponde el mérito de haber dado alas a esta historia y lograr que volara: Julie Grau, mi editora. Eres un genio, Julie, una maga, y ha sido un verdadero privilegio trabajar contigo como guía.

De Spiegel & Grau, quiero dar las gracias también a Cindy Spiegel, Nicole Dewey, Jessica Bonet, Amy Metsch, Jacqueline Fischetti, Lila Dubois, Jaden Urso y Lucia Gorman. Gracias, Rodrigo Corral y Adriana Tonello, por el precioso diseño de la cubierta, inspirado en el diseño de Richard Bravery para la edición británica. En el apartado de producción, gracias a Sarah Schneider, Jeff Farr y Beth Metrick, que han hecho milagros, y a la revisora con ojos de lince, Anne Horowitz. Me siento agradecida también con mi agente, Kim Schefler; con Helen Garnons-Williams, de Fig Tree, y con Susanna Lea y su equipo, que han representado en todo el mundo *El club de las indomables* con encomiable dedicación.

Un agradecimiento particularmente efusivo para Sarah Laird, por no permitir que me diera por vencida y por presentarme a Julie. Todos los escritores deberían tener una amiga como tú, Sarah.

También me gustaría dar las gracias a Will Lewis, de los grandes almacenes Neilson, por los datos, los planos y los fascinantes recuerdos de Oxford, así como a la alcaldesa Robyn Tannehill y a Rhea Tannehill, por su amistad y apoyo y por compartir el amor por su ciudad. Gracias a mi hija, Elliott June Murphy, a Nick Augsberger y a Key Whitehead, por facilitarme la vida mientras escribía; también a los amigos Tate Taylor, John Norris, Angel Roberts, Cleta Ellington y Octavia Spencer por su apoyo, y sobre todo a Kristie y David Nutt,

por ofrecerme un refugio cuando más lo necesitaba. Gracias a Alexandra Shelley por las primeras revisiones; a John Wallis, por los registros fiscales históricos; a Charles Greenlee, por sus historias; a Burke Stockett; a Carolanne y Monica Block; a los investigadores Andrea Stover, Phillip Carnell, Jenny Ament, Christopher Massie y Aaron Blanchard, que me enseñaron cómo se hace una prueba casera de sífilis; a la Fundación Eudora Welty y la Colección Eudora Welty del Departamento de Archivos Históricos de Mississippi; a los lectores de las primeras versiones, Ken Kochey, Ruth Stockett y Susan Stockett, y al lector de la última, Clarence A. Haynes. También al doctor Rinsey McSwain y a Victoria Everett, de la Ellisville State School, y a Edward J. Larson, por su brillante libro sobre la eugenesia: *Sex, Race, and Science*.

En Oxford, quiero dar las gracias también al Museo y Centro Multicultural Burns-Belfry; a Elli Morris, de la Morris Ice Company, y a Susie Marshall y Niler Franklin, por su recopilación de relatos de la comunidad afroamericana del condado de Lafayette, incluidos en el libro *We Cannot Walk Alone*. Vaya mi agradecimiento a las bibliotecas de la Universidad de Mississippi, a Katherine Tutor, de Archivos y Colecciones Especiales, y a Jennifer Ford, conservadora jefe de Manuscritos, que me proporcionó información histórica, periódicos, folletos e ilustraciones para que pudiera reconstruir la localidad de Oxford, Mississippi, tal como era en 1933.

Y gracias a la Colonia MacDowell por el tiempo que pasé allí, que me permitió escribir con tranquilidad y relacionarme con otros autores, y por todo lo que hace por tantos artistas, año tras año.

# Notas

## NOTA DE LA AUTORA

1. Kevles, D. J., «Eugenics and Human Rights», *BMJ*, 319, n.º 7207, 14 de agosto de 1999, pp. 435-438. <https://doi.org/10.1136/bmj.319.7207.435>.

2. Ryan, Patrick J., «"Six Blacks from Home": Childhood, Motherhood, and Eugenics in America», *Journal of Policy History*, 19, n.º 3, 2007, pp. 253-281. <https://doi.org/10.1353/jph.2007.0017>.

3. Stern, Scott W., «America's Forgotten Mass Imprisonment of Women», History.com, 30 de junio de 2025. <https://www.history.com/articles/chamberlain-kahn-act-std-venereal-disease-imprisonment-women>.

*El club de las indomables*
Kathryn Stockett

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Calamity Club*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la portada: © Irina Biatturi

© Kathryn Stockett, 2026
International Rights Management: Susanna Lea Associates on behalf of Spiegel & Grau, LLC

© de la traducción, Claudia Conde, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32056-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta